

4339



HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

EN SUS VOLUMENES PRESENTES

SEGUNDA EDICIÓN (1909)

EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

— por el Sr. D. Manuel de Alarcón —

MANUEL DE ALARCÓN

TOMO XV

Esta obra es propiedad de sus autores quienes perseguirán ante la ley al que la reimprima, tanto en España como en los demás puntos á que alcance la ley de derecho internacional, según está prevenido por las reales órdenes relativas á la propiedad literaria.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1860,

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA.

POR

D. DIONISIO S. DE ALDAMA

Y

DON MANUEL A. ALCARAZ.



TOMO XV.

MADRID,

IMPRENTA DE C. MOLINER Y COMPAÑÍA,
calle de Cervantes, 47, principal.

1865.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

(Concluye el año 1808.)

ARAGON.

Primer sitio de Zaragoza.

Era el día 14 de Junio cuando el general francés Lefebvre dió vista á Zaragoza. Su buena suerte le habia deparado unos triunfos de tan poca importancia como fáciles, puesto que solo paisanos mal armados, puede decirse, se habian atravesado en su camino. Estos antecedentes le hicieron, sin duda, enorgullecerse, y creer que presentarse en Zaragoza y posesionarse de la plaza seria una cosa misma.

Cierto que la impresion del primer momento, al ver acercarse las aguerridas huestes imperiales, no fué nada lisongera para la causa española. Impuso mucho á los zaragozanos la llegada de Lefebvre; pero no porque su valor amenguase, sino por la carencia de los necesarios elementos de defensa. Sobre este mal antecedente, faltábales tambien la presencia del general Palafox, que no habia regresado de su expedicion y lejos de esto, la habia continuado en direccion de Calatayud.

La presencia del jefe en quien un pueblo coloca y deposita su confianza, es el todo, en circunstancias críticas; mas como quiera que el enemigo no pensaba en detener el curso de sus operaciones, el Ayuntamiento y la Junta se reunieron para deliberar. El pueblo,

lo mismo que en Valencia, se encargó de votar por todos, sin discutir.

Reunido un buen número de paisanos con mortíferos trabucos, salieron á impedir la entrada á los franceses, sin jefe, sin plan y sin otra cosa que su espontánea y patriótica decision. Al mismo tiempo otro gran peloton de paisanos, armados de la misma manera, interrumpió la sesion de la Junta y Ayuntamiento, mandando bruscamente despejar la sala, *porque lo que allí hacia falta no era CHARRÁR (charlar) sino ocupar los balcones para abrasar el alma á los gabachos.*

Los que salieron fuera de la poblacion hicieron mucho daño á los franceses, con sus tremendos trabucos; mas el terreno y su impericia, no les permitieron resistir á una formidable carga de los dragones de Lefebvre.

Replegáronse los zaragozanos, y algunos ginetes franceses penetraron, acosándolos, en la poblacion. Nunca tal hubieran hecho; porque los acosados fueron los dragones, no solo por los hombres, sino por las mujeres; y hasta los niños lanzaban contra ellos terribles pedradas.

Para apoyar al pueblo, salió á la carrera el coronel Torres, seguido de un peloton de bizarros miñones y de algunos voluntarios: por manera, que unos dragones quedaron tendidos en lo interior de Zaragoza y los que nó, perecieron en el *Portillo*.

Desde aquel momento cesó la indecision, y tambien el recuerdo de si hacia ó no falta Palafox. Instantáneamente comenzaron las campanas de todas las iglesias á dar el alarmante toque de rebato, siguiendo la señal dada en el templo de la Seo.

Al mismo tiempo que el sagrado bronce ponía en alarma á Zaragoza entera, todos los tambores y cornetas que habia en la plaza secundaban el toque de rebato; las mujeres acudían con colchones, ruedas y otros objetos á propósito para la defensa de los que hiciesen fuego; los hombres, á brazo arrastraban cañones; los religiosos levantando las diestras y enseñando el símbolo de la Redencion del humano linage, exhortaban á defender la religion, el trono, la patria; todo era movimiento, ánimo, energía.

Lefebvre, no queriendo dar tiempo á que los de la plaza se preparasen, dispuso el ataque con tres columnas que habrían de cargar por el *Portillo*, por la puerta de Santa Engracia y por la del *Cármén*.

Comenzó el francés su ataque, acometiendo con verdadera fu-

ría, más que con exacto cálculo. La fuerza que cargó por la puerta del Cármen, fué destrozada: el general no tuvo en cuenta que á las inmediaciones de aquella habia elevadas tapias, casas, arboleda, y que tras ellas podria haber trabucos y fusiles, que habia en efecto, y que soltaron una espesa y sostenida granizada de balas de diversos calibres: de suerte que muchos quedaron sobre el suelo; algunos retrocedieron á la carrera.

No tuvo mejor suerte la columna que atacó por la puerta del Portillo, y allí Lefevbre cometió un error más craso todavía. Amenazaban por el flanco derecho los fuegos del antiguo fuerte de la Aljafería, que estaba defendido por un capitán retirado llamado D. Mariano Cerezo, el cual hizo vomitar metralla muy certeramente á la artillería del Castillo; y la columna de ataque fué desecha.

No esperimentó mejor suerte el invasor por el lado de Santa Engracia. Formaron los franceses empeño en apoderarse de un cuartel, que estaba inmediato á la mencionada puerta; y en efecto le tomaron tres veces y otras tantas fueron rechazados. A la tercera ya no insistieron, porque la columna estaba en cuadro.

No era, empero, lo más notable que esperimentasen los franceses tan mala suerte, estando los noveles guerreros zaragozanos tras de las aspilleras y murallas; lo digno de llamar la atención fué que al mismo tiempo, y en tanto unos rechazaban las columnas de ataque, otros en campo abierto, en el llamado de las *Eras*, sostenian una acción formal con los franceses, formando la retaguardia las madres, esposas é hijas de los combatientes, que de allí no se separaban para alentarles, alargarles refrescos que los refrigerasen y prepararles el alimento, á fin de que alternasen; y mientras unos como leones se batian, otros socorrian al débil y fatigado cuerpo, que ni á los héroes es dado eludir el pago de los tributos impuestos á la débil naturaleza humana.

El resultado de aquella *batalla campal* fué el que jamás debió pensar Lefevbre. Duró hasta que la falta de luz puso naturalmente término al combate que *duró nueve horas*; y los franceses, aprovechando las nocturnas tinieblas *se retiraron*, dejando sobre el campo *quinientos muertos, setecientos treinta y tres heridos, con seis cañones y cinco banderas*. ¡Gloria eterna á los bizarros hijos de Zaragoza! Ocurrerá, empero, una reflexión: si hubiese allí estado Palafox, ú otro general acreditado, la mayor y más principal parte de gloria, sobre aquel hubiese recaído. Y para que todo fuese notable y peregrino y raro en la *batalla del campo de las Eras*, como los

franceses la denominaron, *los españoles no tuvieron más general que los quise que el estandarte de la Virgen del Pilar*, ni más jefe de Estado mayor que el grito mil veces repetido de *Independencia ó muerte*. Hubo sí algunos militares, que mandaron parcialmente, á determinadas fuerzas; pero ninguno que mandase en jefe, ni que para ello tuviese los conocimientos necesarios. Los de mayor graduacion fueron el coronel D. Mariano Renovales y el capitán don Mariano Cerezo; y puede decirse, porque así fué en efecto, que *todos* mandaron alternativamente, y alternativamente todos tambien obedecieron. Todos deseaban una sola cosa y tenian idéntico objeto; y en tan absoluta conformidad de ideas, no era posible vacilar. El más atrevido mandaba, y los demás le obedecian: ocurría á otro poco despues un movimiento que le parecia oportuno, y á su manera le mandaba, le dirigia y le obedecian los demás. De este modo se hizo huir á los soldados de Austerlitz, de Jena y de las Pirámides, quitándolos, solo en el campo abierto, 1,233 hombres y cinco banderas y seis cañones.

Era tan milagroso que sin un caudillo inteligente y perito se hubiese vencido, que los principales vecinos de Zaragoza, suponiendo que el destrozado y abochornado francés volveria á vengarse, pidieron se eligiese una persona capaz de dirigir la defensa en ausencia del general Palafox.

Fué propuesto para el caso el Intendente, que era á la vez corregidor, D. Lorenzo Calvo de Rozas, el cual segun su exterior parecia un hombre apático é indiferente á todo; empero bajo tan desfavorable aspecto, ocultaba un alma de fuego. Aceptó sin vacilar el cargo, y sin moverse apenas, sin casi levantar la voz, puso en movimiento instantáneamente á la ciudad entera, que en pocas horas cambio completamente de aspecto. Cortaduras, barricadas, zanjas, caballos de frisa, salchichones, todo se hizo y se hizo por ensalmo. Tan perfectamente distribuyó Calvo de Rozas los trabajos, que todos estaban ocupados segun su posibilidad, sin excepcion de sexos, desde la edad de ocho años hasta la más avanzada; y como no era militar y necesitaba para los trabajos de fortificacion un guia experto, mandó dar libertad á un jefe de ingenieros llamado D. Antonio San Genís, á quien en la tarde de aquel dia, por mala voluntad, habían algunos delatado como sospechoso; y dándole por ayudantes á los dos arquitectos de la ciudad llamados Tabuena, porque eran hermanos, les fió, pero bajo su vista, toda la parte de fortificaciones.

Al mismo tiempo dedicóse Calvo á organizar las fuerzas militares, si así podrian llamarse, multiplicándose materialmente y haciendo ver á todos su pasmosa actividad que su exterior aspecto queria desmentir y no podia, á fin de aprovechar la ausencia del francés. Progresivamente fuéronse reuniendo, hasta dar el resultado siguiente:

Existian en Zaragoza algunas partidas de la guardia Española y de la Walona; un tercio de voluntarios, llamado *cazadores de Fernando VII*; un batallon tambien de voluntarios, llamados *de Aragon*; el primer *tercio de Ntra. Sra. del Pilar*; otro de *fusileros de Aragon*; segundo de *voluntarios de Aragon*, llamado *Reserva del general*; otros tres, tambien denominados *de Aragon*, y que se distinguian por los numeros de *tercero*, *cuarto* y *quinto*; el *tercio de Torres*, así llamado por haberle formado y estar mandado por don Jerónimo de Torres; el segundo *tercio de Ntra. Sra. del Pilar*; el *tercio de jóvenes*; otro *tercio de voluntarios extranjeros*, casi todos *portugueses*, y algunos del reino de Aragon, una *compañía de Pátrias*, y alguna artillería. La fuerza numérica de todos estos cuerpos consistia en *dos mil hombres*, próximamente, de tropa regular, y más de 7,000 paisanos, ya militares pero inexpertos como novicios.

El servicio se hacia con tanta vigilancia, que se empleaban en él diariamente 3,314 hombres; por manera que la fuerza sólo daba para que una mitad descansase y la otra vigilase; y aunque en aquel año el 16 de Junio se celebró la festividad del *Sanctissimum Corpus Christi*, la ciudad continuó ocupada en la fortificacion, puesto que desde el arzobispo hasta el último eclesiástico todos estaban dedicados, paisanos clérigos y militares, á un mismo patriótico objeto.

Era más crítica todavía la posición de los zaragozanos, porque Lefebvre, que habia pedido refuerzos y cañones á Pamplona, la víspera del Corpus mandó un oficio á Zaragoza, pidiendo la entrega y amenazando con un degüello general si encontraba la menor resistencia.

Palafox, por su parte, desacertadamente, llevó seis mil hombres que habia reunido, entre soldados y paisanos, y preparó sin elementos suficientes una batalla, que creyó oportuno dar en Epila, porque era sitio de muy gloriosos recuerdos para los aragoneses. Ganóle, empero, por la mano Lefebvre, que comprendiendo su propósito llegó primero y ocupó á su gusto las posiciones, dando por resultado aquel impremeditado choque la derrota de los es-

pañoles, con más de quinientos muertos y cerca de mil heridos.

En tanto el segundo de Lefevbre, mientras éste entraba en Epila y emulaba en vandálicos actos á sus compañeros, establecía baterías en las alturas más próximas á la plaza. Susurrábase, asimismo, que irritado el enemigo con la enérgica contestacion que obtuvo el oficio en que se amenazaba con el degüello á los aragoneses, trataba de bombardear á Zaragoza. Por esto Calvo de Rozas mandó aviso al marqués de Lazan, deseando que se hallase dentro de los muros de la plaza un general que le aconsejase. En ella habian penetrado por aquellos dias algunos gruesos pelotones del regimiento de Extremadura, y Calvo dispuso que pasasen á guarnecer el punto denominado Monte-Torrero.

Llegó inmediatamente á Zaragoza el general marqués de Lazan, hermano de Palafox, que habia con éste asistido á la derrota de Epila; y en union con Calvo, dispuso convocar á las autoridades, clero, militares y pueblo de todas clases, á fin de que bajo la querida bandera de Ntra. Sra. del Pilar, prestasen *el juramento cívico*.

Hízose la convocatoria para la plaza del Cármen, y puntualmente acudió Zaragoza entera. Para tomar el solemne juramento fué comisionado el sargento mayor del regimiento de Extremadura, el cual con sonora y muy perceptible voz, en medio de tan profundo silencio, que á tener los que se hallaron presentes cerrados los ojos hubiesen seguramente creído que la gran plaza estaba desierta, pronunció la imponente fórmula en los términos siguientes:

¿Jurais valientes y leales soldados y pueblo de Aragon, defender vuestra Santa Religion, vuestro rey y vuestra pátria, sin consentir jamás el yugo del infame gobierno francés ni abandonar á vuestros jefes y esta bandera protegida por la Santisima Virgen del Pilar, nuestra Patrona?

El grito general de SÍ JURAMOS, llenó el espacio, y el libre viento llevóle ciertamente hasta las líneas enemigas, que se estremecieron de pavor; y al juramento general siguieron infinitos, prestados entre amigos, entre padres é hijos, entre hermanos.

Un terrible y desgraciado incidente consternó el dia 27 á los denodados moradores de Zaragoza. El polvorin de la plaza se incendió: probablemente seria este fatal accidente hijo de la intriga francesa. De un modo ó de otro, es lo cierto que desapareció tan útil y preciso elemento para la defensa, y con él una parte de fortificacion y algunos de los valerosos pero desventurados defensores.

Que la traicion amenazaba á la lealtad, era ya un hecho indudable; porque dias antes habian logrado que saliese el gobernador Calvo de Rozas de la plaza, para tratar con un comandante enemigo de la entrega ó pase del mismo ejército enemigo. Cuando estuvo en el campo aquel digno patricio, se encontró amenazado de muerte y no pereció, merced á su sereno arrojo.

Despues formalizó otras proposiciones el general enemigo, pidiendo la entrega de la plaza, con grandes ofertas. No se atacaría á persona ni propiedad alguna; ni se quitaría á nadie el cargo ó destino que á la sazón estuviese desempeñando, ni se haría otra cosa que *beneficios*: el degüello, el *saqueo* y el incendio caerian sobre Zaragoza, si se negaba á aceptar tan ventajosas condiciones. Y sin embargo de tan alarmantes amenazas, Calvo primero y el de Lazan despues, dieron al francés una rotunda y patriótica negativa.

Apenas habia ocurrido la desgracia del polvorin, cuando apareció en el campo enemigo el general Verdier, con cerca de 4,000 hombres, que escoltaban á treinta cañones de grueso calibre, con tres baterías de obuses, además, y una de morteros.

Verdier á su llegada tomó el mando del ejército, como más antiguo general, y habiéndole dado parte los suyos del accidente ocurrido en la plaza, y suponiendo que la voladura habria puesto en consternacion y trastornado á los defensores, sin aguardar un punto, para impedir que remediasen el mal y se serenasen, cargó vigorosamente sobre Zaragoza.

Tres columnas atacaron simultáneamente al Monte-Torrero, defendido por un comandante llamado Falcó, con un peloton de soldados del regimiento de Extremadura, doscientos paisanos y seis cañones. Resistió cerca de cinco horas, al cabo de las cuales se replegó á Zaragoza y dejó la posicion, que sin perder momento ocuparon los franceses.

Fué gran pérdida para los bizarros españoles la de la mencionada posicion, porque apoderado de ella Verdier, colocó perfectamente en aquel punto dominante parte de su artillería de batir, y algunos morteros, en combinacion con otros puntos, é inmediatamente rompió el bombardeo contra la plaza.

No hicieron esperar á Falcó mucho tiempo la penitencia, pues sujeto á un consejo de guerra fué pasado por las armas. Suponemos que el entusiasmo y el fallo populares fueron en aquella ocasion acusador, fiscal y juez; porque con los elementos de que Falcó dis-

ponia tan insignificantes respecto de los de Verdier, hizo más que mucho en sostenerse cinco horas.

El disgusto experimentado en aquel día se mitigó algun tanto por la noche, al ver llegar á la plaza trescientos veteranos del famoso regimiento de Extremadura, y una completa compañía de voluntarios de Tarragona.

Bizarra y serenamente sufrieron los zaragozanos el horrible bombardeo; y entre los raros ejemplos de civismo que se vieron en la célebre y antigua Cesar-Augusta, fué notabilísimo el que dieron algunos propietarios disponiendo por sí mismos que fuesen taladas y aun destruidas sus posesiones, porque su situacion perjudicaba á la defensa.

Admirado Verdier de que tan impertérritamente resistiesen el bombardeo los zaragozanos, siendo así que un vigía encargado de dar la señal cada vez que se elevaba una bomba contó solo en media hora 139, dispuso un ataque general, en la mañana del 1.º de Julio, al propio tiempo que las baterías continuaban batiendo las puertas del Portillo, Sancho, Santa Engracia, Cármen, y la Aljafería.

Hallábanse dichos puntos defendidos por oficiales de mérito, bizarros y decididos; la Aljafería estaba defendida por Cerezo; el Portillo, por Marcó del Pont; la Puerta de Sancho, por D. Mariano Renovales; Santa Engracia, por Larripa; y el Cármen por Ferrer (D. Fernando).

En la del Portillo tuvo lugar un hecho célebre y popularmente conocido, que sin embargo no debemos omitir. Los pocos artilleros que estuvieron sirviendo en dicho punto las piezas, habian gloriosamente perecido, víctimas del plomo enemigo. Estando, puede decirse, sin defensa aquel punto, no quiso Verdier desaprovechar la ocasion; empero no podia seguramente contar con el desengaño que esperaba.

Entre las mujeres que con varonil ánimo asistian y auxiliaban y socorrian á los hombres, habia una jóven de veinticinco años, notablemente bella. Vió desamparadas las piezas, que el enemigo se acercaba, y que iba á penetrar por el Portillo. Corre intrépidamente, arranca la mecha ardiendo de la mano de un artillero que yacia en tierra, y cuando comprendió que estaban á tiro los franceses, la aplicó al oido de un cañon de 24 perfectamente *cargado de metralla*. Juzgue el lector del destrozo que haria en la apiñada columna, destrozo que se repitió; porque instantáneamente dió fuego á todos

los cañones que estaban cargados en aquella parte. Los soldados que notaron la intrepidez de aquella verdadera heroína, acudieron á servir de artilleros, renovaron y multiplicaron las cargas y los disparos, y el Portillo, que estaba ya perdido, causó inesplicable destrozo á los franceses. Aquella hermosa y varonil aragonesa, llamábase Agustina Zaragoza: despues el general Palafox la premió con una condecoracion, con el uso de la divisa de alférez (recordamos haberla visto llevar la charretera sobre la mantilla por los años 1840 ó 41. Era alta y aún de buen aspecto, y representaba como unos 55 años), y la concedió asimismo una pensión vitalicia, que las Córtes otorgaron á la hija de aquella inmortal heroína, en 1859.

No able impulso dió á la defensa la llegada de dos bizarros jóvenes, llamados D. Francisco Rosete y D. Gerónimo Piñeiro, oficiales ambos de artillería. Habíanse fugado de Barcelona y llegado á Zaragoza por trochas, barrancos y, como vulgarmente se dice, por sendas de perdices; pero sin embargo de lo penoso de su marcha, apenas llegaron, sin tomar descanso ninguno, cada uno de ellos se hizo cargo de una batería.

Llegada la noche dejó Verdier de batir con la artillería la ciudad, limitándose á mandar algunas bombas de rato en rato, para no dar completo reposo.

Debemos elogiar cuanto merece el valor del marqués de Lazan, que sin cesar recorría la plaza de un punto á otro, para adoptar disposiciones cada momento y animar á los bizarros defensores. No los merece menos Calvo de Rozas, quien tanto se aproximó al peligro en más de una ocasion, que le mataron los franceses el caballo.

Casi al rayar el dia llegó á Zaragoza Palafox, avisado por don Francisco Tabuena; y fué tal la alegría y entusiasmo del pueblo al verle dentro de la plaza, que en el campo enemigo causó mortal disgusto aquel regocijo, cuya causa era para el francés desconocida.

La voladura del polvorin, si fué de intento causada, sirvió de muy poco; porque todos los alcaldes de Aragon, especialmente los más próximos á la capital, reunian dia por dia cuanta pólvora podian encontrar, así como se recibieron en una sola partida trescientas diez y ocho arrobas de la célebre fábrica de Villafeliche, con más cerca de ochenta quintales de pl. mo. Con esta importante remesa llegaron, como custodiándola, una escasa compañía de infan-

tes, y como de retaguardia un coronel seguido de otra compañía en pié de guerra, y de 300 voluntarios.

Todas estas noticias llegaban hasta Verdier, y lleno de enojo determinó acordonar la ciudad. Este pensamiento ocurrióle despues de haber tratado tenazmente de apoderarse de los conventos de San José y Capuchinos, que estaban extramuros, en cuyos dos puntos perdió muchísima gente; porque á fuerza de cargar tropas logró penetrar en ellos, despues de lo cual tuvo que ganar primero cláustro por cláustro y luego celda por celda, y sin embargo fué desalojado y, por último, como peleaba con aragoneses, fueron estos más tenaces que él y tuvo que apelar al incendio, para que no pudiendo poseer los edificios, no sirvieran tampoco para los españoles.

Seria prolija aunque muy grata tarea, la de enumerar uno por uno todos los sucesos parciales, en los cuales figuró en primera línea el célebre *tío Jorge*, á quien ya el lector debe conocer, pudiendo asegurar que á haber ocurrido la defensa de Zaragoza en los tiempos de la antigua Grecia ó de Roma, mil monumentos grandiosos recordarian el hecho sublime á las generaciones venideras.

Los franceses hacian cobardemente la guerra; incendiaban, talaban, destruian y se vengaban del heroismo de los zaragozanos de la reprobable manera que era en ellos habitual. Uno de los edificios destruidos fué la fábrica de Villafeliche, con gran sentimiento de los heróicos defensores. Pero como para los españoles no hay inconvenientes, dentro de Zaragoza se reunieron todos los simples necesarios, y se fabricó pólvora hasta que se agotó el azúfre.

Tambien el humano Verdier hizo destruir los molinos de harina, para dejar sin pan á los heróicos defensores. Los zaragozanos todos, hasta los más acostumbrados á todo género de comodidades, se redujeron á comer pan de municion; porque á fin de que no faltase á los defensores aquel indispensable alimento, se mandó no amasarle de otra clase, hasta que se agotase la harina que existía dentro de Zaragoza.

Y no solo fueron valerosos intramuros los defensores; hicieron tambien muy intrépidas salidas, hasta atacar al enemigo en sus mismas trincheras introduciendo el desórden y el temor entre aquellos, y regresando despues á la plaza con trofeos que atestiguan su victoria.

Uno de los que más se distinguieron en el sitio fué el coronel

D. Fernando Gómez de Butron, á quien en 1840 conocimos teniente general.

Todo el mes de Julio duró la famosísima defensa, y habia llegado el dia 2 de Agosto cuando apareció un ayudante de Napoleon, proce lente del arma de ingenieros y llamado Lacoste. Aquel militar inteligente y perito hizo ver á Verdier que perderia tiempo, municiones y gente, mientras no circunscribiese el ataque al punto de Santa Engracia.

Respetando Verdier el dictámen del recién llegado, colocó en direccion del citado punto hasta sesenta bocas de fuego, incluso los morteros y obuses, á casi medio tiro de las tapias, que tendrian de espesor un cuarto de pié nada más.

Rompió el fuego el dia 3 de Agosto tan multiplicado, que en aquel dia contó el vigía hasta 200 disparos por media hora. Ni aún perdonó el infame invasor el hospital general de Zaragoza, en donde cayeron, á pesar de la marcada bandera, varios proyectiles, haciendo abandonar el lecho y huir despavoridos á los enfermos, y morir de terror á los imposibilitados.

No era posible resistir á todos los elementos combinados de que disponia el feroz enemigo. Despues de haber destruido las baterías de la plaza y disponiendo de dos brechas practicables, penetran en la plaza los invasores, y los zaragozanos á falta de defensas artificiales opusieron su pecho de bronce y su corazón de acero.

En medio á tanto destrozo, sangre, muerte, escombros, ruinas, horrores, recibe Palafox un pliego de Verdier que solo decia *Paz y Capitulacion*: Palafox tomó la pluma y escribió: GUERRA, CUCHILLO Y MUERTE.

No reposaban, empero, los bizarros oficiales de artillería; así fué que al penetrar los franceses denodadamente en Zaragoza y llegar al Coso, una nueva é improvisada batería les hizo retroceder á metrallazos. En aquel momento, no se sabe cómo, se incendió uno de los repuestos de pólvora, á cuya sorpresa y disgusto debió Verdier el poder llegar al Coso, aunque no de frente sino por las callejuelas accesorias.

Habia determinado Palafox salir de Zaragoza, con el objeto de allegar á toda costa recursos, viendo que el sitio tanto se prolongaba. Salió, en efecto, y tras él sus dos hermanos el marqués de Lazan y D. Francisco Palafox, y no salieron en balde.

Hubo un momento de vacilacion en una parte del pueblo, que encontró ya más fuerte que su sufrimiento el cúmulo de horrores que

le asediaba á toda hora. Si esto se considera detenidamente, nada extraño era; porque los franceses estaban dentro de la plaza, y si llegaban á vencer, los destrozos y los desmanes de todo género seguirían muy inmediatamente al triunfo. Por este temor sin duda salieron en tropel de Zaragoza muchas personas, mujeres especialmente, con el objeto de ganar el puente de piedra, para huir de los horrores que los franceses iban á hacer sufrir á los zaragozanos.

El comandante de la fuerza que guardaba la puerta del Angel, se opuso á la salida de aquella asustada gente, así porque su misma fuga podia ocasionar infinitas desgracias, como por el efecto que aquella huida debia causar en amigos y enemigos, aunque en distintos conceptos.

La turba, empero, era tan inmensa que solamente dejándose llevar del empuje de los que cerraban la marcha, hubieran arrollado la guardia. No llegó esto á suceder, porque apareció oportunamente un teniente de húsares llamado D. Luciano Tornos, que sin pararse en consideraciones hizo volver los cañones del puente hácia aquella azorada multitud, tomó por sí mismo una encendida mecha, y con voz de trueno dijo que si al momento no retrocedían, ametrallaria sin piedad al que persistiese en pasar adelante. La energía del teniente de húsares intimidó á los fugitivos, los cuales prefirieron desafiar á una muerte dudosa, antes que aceptar la cierta é infalible.

Mientras esto ocurría en el puente de piedra, en la ciudad pagaban á muy caro precio su entrada los franceses. Poco conocedores del terreno, queriendo tomar la espaciosa calle de San Gil, fueron á parar á un estrecho callejon, lleno de revueltas, llamado el arco de Cineja.

Terrible momento fué aquel para los invasores. Dentro ya del callejon, recibiendo de balcones y ventanas una lluvia de aceite y agua hirviendo, de piedras, maderos, macetas, muelles y cuanto en las casas habia, los defensores divididos en dos columnas y acometiéndolos por vanguardia y retaguardia, destrozaron la fuerza enemiga.

Al mismo tiempo Calvo de Rozas, convertido en bizarro militar, el capitán retirado D. Mariano Cerezo y otros caudillos, cargaron sobre los que estaban acampados ya en el Coso, los cuales levantaron el campo y se guarecieron en San Francisco y en el hospital general.

Comenzó despues la lucha cuerpo á cuerpo, derribando tabi-

ques los enemigos para pasar de unas casas á otras; empero cuando derribaban el tabique de un lado, los españoles derribaban el del contrario, y apenas penetraban los franceses en una habitacion, estaban degollados. Defensa más heróica, grande, decidida y gloriosa, no la hizo pueblo alguno; y para referir los muchísimos episodios ocurridos, que prueban la bizarría colectiva é individual de los zaragozanos, seria preciso escribir un entero tomo.

También experimentaron en aquel terrible día los enemigos el trascendental percance de quedarse sin general en jefe, puesto que tuvieron necesidad de retirarle herido de gravedad. Inutilizado Verdier, volvió á tomar el mando Lefebvre.

Deshecho el enemigo y en involuntaria tregua la lucha por la llegada de la noche, salió de la plaza Calvo de Rozas en busca de Palafox, con el objeto de enterarle de lo ocurrido en aquella.

Fué aquel benemérito patricio hasta Villafranca de Ebro, en donde encontró al ilustre general: poco despues llegó el denodado y valeroso tio Jorge, con el mismo objeto que Calvo.

El célebre general, despues duque de Zaragoza, hízoles saber hasta qué punto habia aprovechado los momentos. A la sazón estaban reuniéndose en Osera nuevos cuerpos para pasar á Zaragoza, sin contar con una division de 5,000 hombres que á marchas forzadas caminaba desde Valencia, para auxiliar á Zaragoza.

En aquella misma noche regresó el tio Jorge, acompañando á un teniente coronel llamado Barredo, comisionado por Palafox para anticipar tan gratas noticias á los zaragozanos, á fin de que no se dejasen vencer por el desaliento.

La vanguardia del ejército de refuerzo, penetró en Zaragoza al rayar el día 5 de Agosto, mandada por el bizarro marqués de Lazán y compuesta de un escaso batallon de los valerosos guardias Españolas.

Logró penetrar la vanguardia; empero no era tan fácil el ingreso del cuerpo de ejército; porque la aparicion de aquella habia despertado á Lefebvre, que sintió no poco le hubiese burlado el de Lazán.

Tomados los caminos por los franceses, Palafox tuvo necesidad de formar un plan, más fácil de concebir que de realizar. Y al mismo tiempo que él deseaba pero no podia penetrar en la plaza, en esta se habian renovado los combates parciales, sin que hubiese plaza, calle ni casa en donde no se sostuviese una mortífera lucha.

No pudo, empero, realizar Palafox su propósito, ni en aquel día ni en los dos siguientes. Por fin el 8 de Agosto, por medio de un hábil movimiento estratégico, cubrió con tres batallones la altura de Villamayor, y primero con los que le seguían, despues con los expresados tres batallones, en pleno día y á pesar y despecho de Lefebvre, entró Palafox en la plaza.

Reunió en el acto un consejo de autoridades y personas principales, al cual poco despues acudió, sin ser convocado, el pueblo. Allí se prestó un tierno é imponente juramento, digno de la edad remota en que tan comunes eran los hechos heróicos. Nobles y plebeyos, poderosos y desvalidos, hombres y mujeres, eclesiásticos y militares juraron continuar defendiendo palmo á palmo la ciudad, y cuando otro remedio no hubiese, imitar decididamente á Numancia, Sagunto y Astapa.

No llegó, afortunadamente, tan heróico y triste caso; lo que llegó, si, á Zaragoza fué la noticia de la brillantísima batalla de Bailen, y la órden á los franceses para abandonar á Zaragoza y replegarse á Navarra. Poco despues recibieron contraórden, y el día 13 de Agosto se repitió la órden de marchar, y tan apresuradamente hubieron de hacerla, que tuvieron necesidad de experimentar grandes pérdidas.

Lefebvre voló los restos del fuerte (convento antes) de Santa Engracia y otros edificios como los almacenes de Torrero, y arrojó al canal municiones, otros efectos y, lo que fué para ellos más terrible, 5 morteros de 12 pulgadas; 5 obuces de 8; 5 cañones de 18; 4 de 16; 3 de 12; y 35, desde 4 á 12.

Dejaron servibles por no detenerse á arrojarlos, ó quizá olvidados por la gran premura, 3 obuces que se encontraron en la huerta de Capuchinos; 2 morteros en el conejar de la torre Forcada; 4 obuces en la orilla derecha del Huerva; 1 mortero y 29 cañones en la batería frontera á Santa Engracia, y 56 cureñas servibles en Casa-Blanca. Total pérdida: 8 morteros; 12 obuces; 76 cañones y 56 cureñas.

Al tiempo mismo en que rompió la marcha Lefebvre, llegó á Zaragoza la division que se esperaba de Valencia, mandada por el mariscal de Campo español Saint-March, el cual fué picando á Lefebvre la retaguardia, hasta los mismos límites de Navarra.

Tal fin tuvo el famosísimo primer sitio de Zaragoza, que tan alto puso el valor, decision y lealtad de los zaragozanos, y de los españoles todos.

En el mismo día aquel pueblo que caminaba por encima de escombros, de cenizas y de sangre todavía caliente, alegre y recogijado hasta el frenesí, asistió á un solemne *Te Deum* y á dar las gracias á su divina *general* la Virgen del Pilar.

Con motivo de tan heróica y asombrosa defensa se creó una condecoracion que consistia en un escudo circular con las armas de España unidas á las de Aragon, y una leyenda en orla que decia: RECOMPENSA *al* VALOR y PATRIOTISMO.

CATALUÑA.

SITIO DE GERONA.

Continuaban en el antiguo Principado obrando verdaderos prodigios los somatenes, los cuales en algunos casos hasta se atrevian á tomar la ofensiva, y en todos diezmaban á los franceses sin darles punto de reposo.

En tanto Duhesme habia procurado resarcir sus pérdidas y enmendar sus quiebras, firme en el propósito de tomar á toda costa á Gerona. A este fin salió de Barcelona el 10 de Julio y tomó la vuelta de dicha plaza, seguido de una division escogida, y con todo el material de guerra y aprestos necesarios para un formal sitio.

Dícese que en su necia arrogancia y estúpido orgullo, olvidado del desengaño que sufrió poco tiempo antes delante de aquellos mismos muros, dentro de los cuales ni áun formal guarnicion habia, dijo muy convencido de que lo haria segun se lo habia propuesto: *Llegaré el 24; atacaré, el 25; tomaré la plaza el 26, y el 27 la arrasaré.*

Apenas se puso en camino, ya comenzó á luchar con los obstáculos que sembrados encontraba por todas partes. Además, el bizarro D. Francisco Milans y dos hermanos llamados Besós de Guixols, con las respectivas partidas, aquel por un flanco y estos por retaguardia no le dejaban caminar y le ocasionaban contínuas pérdidas; y por el flanco contrario, le hacian fuego sin interrupcion algunos buques catalanes y una fragata inglesa. De tan incómoda y ruinosa manera caminaba el que contaba rendir y arrasar á Gerona en tres días, muy distante de prever la persecucion que iba á sufrir.

El día 24, dió vista á Hostalrich, y destacó al general Goulas para que intimase la rendicion; empero tuvo éste que retroceder

para no perder inútilmente el tiempo, puesto que el gobernador español le contestó de tan enérgica manera, que debió prever una resistencia tan firme como heroica.

Por la tarde llegó Duhesme á Gerona: ya solo le faltaba atacar el 25 y tomar la ciudad el 26, hecho lo cual la operacion señalada para el 27 era fácil cosa, y apenas llegado, apareció llamado por él el general Reille con 7,200 infantes y 500 ginetes.

Gran número de voluntarios encerraba la plaza en su perímetro: la Junta de Lérida, con pasmosa actividad, habia reunido más de 40,000 hombres, que trataba de regimenter y organizar. Al mismo tiempo que, procedente de Figueras, llegaba el francés Reille, aparecía en el puerto de Tarragona el marqués del Palacio, gobernador de Menorca, con una division de 5,000 hombres. La Junta de Lérida se trasladó inmediatamente á dicha plaza y nombró al precitado marqués capitán general de Cataluña.

Ibase preparando tan contrario para Duhesme el curso de los sucesos, que lejos de atacar el 25 de Julio como habia ofrecido, habian pasado ya los primeros dias de Agosto, sin que terminase las preliminares operaciones del sitio; porque íbase haciendo muy grave su posicion.

El marqués del Palacio, investido ya con el supremo mando de las armas españolas, mandó salir al conde de Caldagués (francés de nacimiento, pero militar al servicio de España), que mandaba el regimiento de Borbon, para reforzar y apoyar á los somatenes del Llobregat. Al mismo tiempo dispuso la salida de otras columnas, con el objeto de interceptar los pasos y dificultar las comunicaciones.

Existia entre Barcelona y Gerona un fuerte llamado castillo de Mongat, único punto con que en aquella estensa línea contaban los franceses, defendido por dos compañías de soldados napolitanos.

El célebre caudillo D. Francisco Barceló bloqueó á Mongat; y al mismo tiempo que él asediaba el castillo por tierra, lord Cochrane, al mando de la fragata *Imperiosa*, de 42 cañones, hacia sobre el fuerte un fuego incesante, hasta que se rindió á discrecion.

En tanto los terribles somatenes iban haciéndose temibles á los franceses. Aprovechando la ausencia de Duhesme y de gran parte de la guarnicion de Barcelona, se acercaron denodadamente á la capital. Tan pronto como los habitantes de la ciudad vieron tan próximos á los somatenes, comenzaron á ponerse en movimiento.

La fermentacion de los ánimos no pudo ocultarse al general

Lechi, que habia quedado supliendo á Duhesme, y lleno de pavor se encerró con la guarnicion en Monjuich y la ciudadela, á donde tambien llevó las municiones, y cuanto de valor tenia.

Circuló inmediatamente la noticia y el capitán general, marqués del Palacio, comprendiendo que de Barcelona no era posible socorrer á Duhesme, mandó orden al coronel Caldagues, para que fuese en socorro de los de Girona.

Hasta el dia 12 de Agosto, diez y nueve dias despues de lo que Duhesme se propuso, no se creyó en posicion de intimar la rendicion á la plaza; y esto no precisamente porque tuviese confianza en el buen éxito; sino porque se resintió su pundonor militar, á consecuencia de una orden que recibió de Francia.

La Junta española no quiso oír hablar de rendicion, y Duhesme mandó romper el fuego contra las defensas de San Pedro y Santa Catalina, continuando toda la noche, desde las ocho que comenzó.

Al rayar el dia, sin dejar de batir los mismos bastiones, hizo uso de nuevas baterías contra el castillo llamado tambien Monjuich, como el de Barcelona. Confiaba el francés en la eficacia de sus baterías, que eran de las llamadas incendiarias; pero con tanto desprecio del enemigo como de la vida, á donde se notaba el estrago, allí acudian los defensores guiados por los bizarros oficiales del regimiento de Ultonia, para reparar inmediatamente el daño.

Cuatro dias trascurrieron de la misma manera y llegado el 16, desanimado Duhesme comenzó á pensar en levantar el sitio; porque por retaguardia aparecieron Caldagues, Clarós y Milans con los somatenes, el primero de las inmediateciones de Barcelona, y de Martorell los otros dos. No esperaba, ciertamente, Duhesme que los españoles encerrados en la plaza tuviesen uno de esos arranques peculiares, en los lances extremos, de los hijos de esta predilecta nacion, que son tanto más temibles, quanto son menos esperados y probables.

Antes de que diesen los somatenes vista á las líneas de Girona, D. Narciso Varleta, coronel del segundo batallon de voluntarios de Barcelona, al frente de lo más escogido de la guarnicion de la plaza, y secundado por D. Enrique O'Donnell, mayor del regimiento de Ultonia, hizo una repentina, brusca y arrolladora salida, se arrojó intrépida y denodadamente sobre las baterías francesas, las incendió, deshizo á la infantería que las guardaba, mató porcion de enemigos, hizo abandonar en tropel á los demás las líneas, y regre-

só triunfante y sin pérdida á Gerona. Entre los enemigos muertos se contó al comandante Gardet, jefe de ingenieros.

En aquella misma noche levantó Duhesme sigilosamente el sitio, y desesperado y lleno de vergüenza tomó la vuelta de Barcelona. El general Reille regresó con los suyos á Figueras. Estas tropas francesas eran las mismas que recorrieron la Prusia de extremo á extremo, á la manera de quien da un paseo militar, á pesar de que la infantería prusiana era para Napoleon la primera del mundo. Y fué lo mejor del caso que al volver Duhesme á Barcelona, tuvo que verificarlo á guisa de bandido que con los suyos huye, por vericuetos y trochas, de los caminos reales; porque temia los disparos que le harian seguramente desde la marina, y tenia, en fin, las cortaduras, emboscadas y obstáculos de que estaba sembrado el camino.

En el desusado que adoptó, tuvo que perder toda la artillería rodada en las asperezas y sinuosidades de la montaña: la de batir la habia ya abandonado en el sitio; y sin un cañon, con sus huestes estropeadas y aun casi famélicas, llegó, por fin, á Barcelona.

Tal fué el resultado del segundo sitio de Gerona: el *nuevo Julio César*, que quiso parodiar las célebres palabras: *llegué, vi y vencí*, solo pudo *llegar y ver*, para volver humillado, vencido, sin artillería y destrozado.

MADRID.

Continuaba sin gobierno la córte de España, desde la fuga del pseudo rey José Bonaparte. La Junta se habia disuelto, puede decirse, porque se habia fraccionado al seguir unos á *su nuevo rey* y permaneciendo otros en la córte. Lo mismo, poco más ó menos, sucedia con el consejo de Castilla, al cual no miraba tampoco con muy buenos ojos el pueblo, desde que dió la última muestra de su proverbial dignidad: por manera que nadie mandaba y sin embargo, todos continuaban en las respectivas ocupaciones sin que se alterase en lo más mínimo el órden.

No sabemos cuanto tiempo se hubiera prolongado aquel estado raro y en realidad anómalo, á no haberse interpuesto una verdadera fatalidad, que dió origen á un sério y formal motin. Cierta es tambien que áun existiendo un gobierno constituido hubiese sido lo mismo, como ocurrió cuando el *célebre Squilacce* (Esquilache), cuando Godoy y en otras mil ocasiones. A pesar de esta innegable

verdad, el Consejo de Castilla, fraccionado ó nó y tal como á la sazón se hallaba, aficionado siempre á ejercer el poder supremo y cierta especie de soberanía, como él mismo dijo á Carlos IV, se valió del precitado motin para achacarle á la ausencia del gobierno y arrogarse el poder, como deseaba.

El origen del motin no fué otro que la noticia recibida de uno de los reveses sufridos en la guerra, á consecuencia de la cual comenzaron á recorrer las calles de Madrid algunas turbas, sin acometer hostilmente á nadie, limitándose á lanzar mueras é imprecaciones contra los afrancesados.

Una de las turbas llegó á la calle de Leganitos, en donde vivia un cierto D. José Viguri, hombre acaudalado, americano, y que al venir á la Península habia traído algunos esclavos. Era, segun se dice, bastante cruel con aquellos; y la víspera del dia en que ocurrió el motin, no sabemos por qué leve falta hizo dar una terrible paliza á uno de los negros que á su ser vicio tenia.

El negro sufrió los golpes, á los cuales estaba muy acostumbrado, y se propuso vengarse, que de suyo son vengativos y por desgracia jamás les faltó motivo para desear vengarse. Hallábase el castigado negro en la puerta de la casa de su amo, sentado y pensativo, cuando apareció la turba á bastante distancia, y como oyesse gritar contra los afrancesados, pensó en el momento en el seguro medio que de vengarse se le ofrecia.

Estaba Viguri tachado de afrancesamiento, y no de muy buena conducta; su posicion le hacia ser de todo Madrid conocido, y el que personalmente no le conocia, sí conocia su nombre. El negro se dirigió á la turba y dijo que su amo iba á celebrar con un convite los reveses de los españoles, cosa de todo punto falsa, y que todas las noches tenia juntas con los afrancesados, añadiendo otra porcion de cosas que presentaban al entonces calumniado Viguri como un conspirador contra España, especies que, despues de todo, eran muy creibles, si se consideraba la fama mal ó bien adquirida de que el personaje en cuestion gozaba.

No fué menester más: en el acto fué allanada la casa, se hizo una inmensa hoguera que en pocos momentos redujo á cenizas el rico mobiliario, y, lo que fué peor, habiendo hallado al momento al descuidado Viguri, le ataron una soga al cuello y ferozmente le arrastraron por las calles. Iba el infeliz dejando en las aguzadas piedras los pedazos de carne; y en tan lastimoso estado se hallaba, que al pasar por un cuerpo de guardia, un granadero, creyendo ha-

cerle en aquel terrible momento el mayor y el único servicio, le atravesó el corazón de un bayonetazo para que cesase, como en efecto cesó, de padecer. Tal fué la venganza del infame negro.

Con este motivo asumió en sí el poder supremo el Consejo de Castilla; y en el momento comunicó su determinación, hija según él de las circunstancias, á las Juntas provinciales y á los capitanes generales de todos los distritos ó provincias.

Aquel cuerpo, otro tiempo tan respetado, padeció una terrible alucinación al dirigir una circular á las expresadas corporaciones y autoridades militares, instándoles para que enviasen á la corte sus representantes, á fin de acordar los *medios de defensa*. Juntas y generales, que consideraban á tan alto Cuerpo afrancesado, contestaron, como de comun acuerdo, de un modo no muy lisonjero para el Consejo. Las Juntas de Sevilla y de Galicia, y de los generales Palafox, no se limitaron á dar una simple negativa; dijeron además verdades tan incontrovertibles como duras al Consejo, el cual determinó, para sincerarse, publicar un Manifiesto.

Del descontento que produjo la determinación del Consejo, unido á celos de poder suscitados entre algunas Juntas que no querían conceder supremacía á ninguna de ellas, surgió la idea de crear un poder que legítimamente reemplazase á la autoridad soberana del ausente rey.

Comenzaron, pues, las cuestiones sobre la clase de corporación que había de ejercer el poder supremo, y, como era sobrado natural, estaban divergentes los pareceres. Unos querían el régimen federativo; muchos preferían la convocación de las antiguas Cortes del reino, y los más opinaban por la creación de una Junta central y suprema.

Esta última forma, sobre ser preferida por la mayoría, llegó á parecer á muchos de los que deseaban la reunión de Cortes, la más fácil y conveniente, atendidas las circunstancias.

Aunque muchas importantes personas permanecían vacilantes, hizo bajar la balanza en favor de la Junta central el baillío D. Antonio Valdés, cuyo voto era de gran valía; porque era á la sazón presidente de tres Juntas, tan importantes como las de León, Castilla y Galicia. Adhirieron al mismo pensamiento las de Valencia, Granada, Asturias, Murcia, Badajoz, y poco después la de Sevilla, también muy importante, como que se había erigido en suprema, y se mostraba dispuesta á ceder de sus pretensiones, en obsequio de la causa nacional.

Los más tenaces ó menos dispuestos en favor del voto de la mayoría, hubieron de ceder en obsequio á su propio patriotismo, al saber la nulidad del Consejo de Castilla que obraba muy poco, y cuando algo hacia podia decirse que cometia desaciertos.

Como si la conducta del Consejo no fuese bastante para decidir á los más reacios y tibios, habíase presentado en la Córte el general Cuesta, que se habia colocado en abierta pugna con las Juntas de Galicia, Astúrias y Castilla y Leon, y cuyas intenciones parecieron á muchos un tanto ambiciosas.

Sobraba fundamento para recelar de la actitud del dicho general; porque, sin duda no atreviéndose á erigirse en único jefe del gobierno, habia tratado de atraer al general Castaños, circundado con la reciente y brillante aureola de Bailen, para que se dividiese el supremo gobierno en civil y militar, dejando el primero al Consejo y quedando con el segundo el mismo Cuesta, con Castaños y el duque del Infantado.

Castaños desde el momento se negó á tomar parte en el proyecto de Cuesta, y entonces éste apeló á otro arbitrio, proponiendo en Consejo de generales se nombra-se un comandante en jefe de los ejércitos españoles. Fué tambien desairado en esta segunda intenciona, y furioso abandonó á Madrid, para dar el escándalo de prender al bailío Valdés y al vizconde de Quintanilla, individuos de la Junta de Leon, é impedir que se dirigiesen á Madrid para organizar la Junta central. Haciéndoles torcer en su camino los mandó encerrar en el alcázar de Segovia; y con tan despótica y arbitraria medida, acabó de desconceptuarse el general Cuesta.

Comenzaron en esto á llegar á Madrid los representantes de las provincias, y no sabemos como no se hizo poner inmediatamente en libertad á los dos arrestados, y se exigió responsabilidad al que sin autoridad suficiente dispuso el arresto. A pesar de las intrigas de los descontentos, constituyeron la Junta central los individuos cuyos nombres van á continuacion:

Por *Castilla la Vieja*—D. Lorenzo Bonifaz y Quintano—y despues—D. Francisco Javier Caro, catedrático de Salamanca.— Los de *Leon* estaban presos en Segovia.—Por *Madrid*—El Patriarca de las Indias, D. Pedro de Silva y el conde de *Altamira*.—Por *Sevilla*—El arzobispo de *Laodisea* y el conde de *Tilly*.—Por *Toledo*—D. Pedro Rivero y D. José Garcia de la Torre.—Por *Valencia*—El conde de *Contamina*.—Por *Galicia*—El conde de *Gimonde* y D. Antonio Aballe.—Por *Astúrias*—El marqués de *Campo*



Sagrado y D. Melchor Gaspar de *Jovellanos*.—Por *Aragón*—don Francisco de *Palafox* y D. Lorenzo *Calvo* de *Rozas*.—Por *Cataluña*—El marqués de *Vilhel* y el de *Sabasona*.—Por *Murcia*—El conde de *Florida-Blanca* y el marqués del *Villar*.—Por *Extremadura*—D. Martín de *Garay* y D. Félix de *Ovalle*.—Por *Granada*—D. Rodrigo *Riquelme* y D. Luis Ginés de *Funes* y *Salido*.—Por *Córdoba*—El marqués de la *Puebla* y D. Juan de Dios *Rabé*.—Por *Jaén*—D. Sebastian de *Jócano* y D. Francisco de Paula *Castanedo*.—Por *Mallorca* y demás islas *Baleares*—D. Tomás de *Veri* y don José *Zanglada* de *Togores*.—Por *Navarra*—D. Miguel *Balanzát* y D. Cárlos de *Amatria*.

La presidencia se dió interinamente al conde de *Floridablanca*, y la secretaria á D. Martín de *Garay*.

Poco despues fué nombrado por *Valencia*, en union con el conde de *Contamina*, el príncipe *Pío* que falleció muy pronto en *Aranjuez*, y fué reemplazado por el marqués de la *Romana*. Tambien falleció en *Aranjuez* el patriarca de las *Indias*, á quien no se dió sucesor.

Examinados los respectivos poderes, el dia 25 de Setiembre se instaló con toda solemnidad en *Aranjuez* la *Junta Suprema central y gubernativa del Reino*, con gran satisfaccion de toda España, si se exceptúa á algunos ambiciosos y al Consejo de *Castilla*, que no recibió con gusto aquella instalacion.

No pudo, empero, resistir á la voluntad general, y aunque demostrando su disgusto en la tardanza, prestó juramento de obediencia al nuevo poder supremo, como éste exigió, y expidió las provisiones á los prelados y cabildos y las cédulas á todas las autoridades y corporaciones de todas clases, para que reconociesen al nuevo poder supremo.

Hecho todo esto á gusto ó á disgusto, propuso el Consejo á la *Junta* tres innovaciones, que no podian ser aceptables. Pidió primero que aquella se convirtiese, realmente, en una regencia, limitando su número á un solo individuo, á tres, ó á cinco, como si en vez de estar ausente el rey, fuese menor de edad. La segunda peticion era respecto de las *Juntas provinciales*, cuya disolucion pedia el Consejo, y la tercera, que se convocáran las *Córtes* del reino. Esta peticion la apoyaba el Consejo en un decreto expedido por Fernando VII desde *Bayona*.

De las tres peticiones solamente la tercera tuvo algunos votos, pero pocos, entre los vocales de la *Central*, y entre ellos el del ilustre *Jovellanos*, al cual se opuso el no menos ilustre *Floridablanca*,

quien además de su calidad de presidente de la Junta, tenía gran ascendiente entre los vocales. Por manera, que la Junta vió *con disgusto* las dos primeras peticiones, y aplazó el resolver respecto de la tercera, para más adelante.

Las primeras resoluciones de dicha Junta fueron relativas á su constitucion interior. Dividióse en cinco secciones, de Estado, Hacienda, Guerra, Gracia y Justicia y Marina, tantas cuantos ministerios existian entonces, las cuales despacharian los asuntos correspondientes al respectivo ministerio, excepto aquellos cuya gravedad exigiese que la resolucion se adoptase en sesion general ó plena.

Creóse para el despacho general de los negocios una secretaría tambien general, que se confió á nuestro eminente poeta D. Manuel José Quintana.

No parecieron tan bien las disposiciones que adoptaron respecto de sí propios los individuos de la Junta, tales como decretar el tratamiento de Majestad para la Junta en cuerpo, y de Alteza para el presidente. Adoptaron como distintivo una rica placa con los dos mundos y las columnas, y se señalaron de sueldo 120,000 reales cada uno.

En cuanto á las providencias de otro género, fueron aplaudidas por unos y vituperadas por otros, como sucede siempre que no hay homogeneidad en los pareceres. La Junta tendió en sus primeras providencias á cortar los vuelos á los instintos revolucionarios, puestos en conmocion desde el reinado del terror en Francia, y contenidos apenas por lo poco generalizados que á la sazón estaban. De aquí el aplaudir á la Junta los que no participaban del deseo de los innovadores *de cierto género*, y el motejarla los contrarios.

En cuanto al ramo de guerra, unos y otros se quejaban de notable morosidad en la Junta; porque las circunstancias eran tales, que por lo apremiantes pedian actividad y resolucion.

Cuando se instaló la Junta acababan de ocurrir sucesos de importancia en el vecino reino de Portugal, que no podrian pasar desapercibidos á los ojos de los españoles, así porque no eran ajenos á ellos, como por la identidad de ambas causas, que no se defendia á la sazón en Portugal y en España sino la respectiva independencia.

Oprimida por los franceses, lo mismo que España, la antigua Lusitania, la Junta provincial de Extremadura mandó en auxilio

de los portugueses una brigada, única fuerza de que para el caso podía disponer, al mando del brigadier de infantería, capitán de Reales Guardias Españolas, D. Federico Moretti.

El objeto de la Junta extremeña no era otro que el de vigorizar la sublevación del Alentejo; pero aunque se unió á otra brigada portuguesa al mando del general Leite, ambas fueron vencidas cerca de Evora por el francés Loison, hombre tan cruel como odiado. Dos horas seguidas duraron en la población el saqueo, el degüello y las atrocidades en que tan peritos eran los imperiales de Francia.

Con este motivo decidió Inglaterra dar abiertamente auxilio á Portugal y áun á España, según de antemano tenía proyectado. Al efecto dispuso tomarse rumbo á Portugal la misma escuadra que había preparado contra la América española, con 10,000 hombres de desembarco. Iban estos últimos mandados por Sir Arturo Wellesley (lord Wellington), irlandés; y por consecuencia católico. Al mismo tiempo se publicó en Inglaterra el siguiente documento oficial:

«Habiendo S. M. tomado en consideración los esfuerzos de la nación española para libertar su país de la tiranía de la Francia, y los ofrecimientos que ha recibido de varias provincias de España de su disposición amistosa hácia este reino, se ha dignado mandar y manda por el presente, de acuerdo con su Consejo privado:

»*Primero.*—Que todas las hostilidades contra España de parte de S. M. cesen inmediatamente.

»*Segundo.*—Que se levante el bloqueo de todos los puertos de España, á escepción de los que se hallan todavía en poder de los franceses, etc.»

Para completar las fuerzas auxiliares debía reunirse á Sir Wellesley un cuerpo de ejército mandado por Sir John Moore, y una división mandada por Sir Spencer que había enviado Sir Dalrymple, gobernador de Gibraltar, á disposición de la Junta de Sevilla.

El primero que llegó fué Sir Spencer, y encontró en Leiria al general portugués Freire, con una división de 6,000 hombres, de los cuales Spencer tomó la cuarta parte y se dirigió á Caldas.

El general Junot que aún permanecía en Lisboa, creyó preciso ponerse al frente de su ejército; porque los portugueses, al saber que iban á llegar 30,000 ingleses de todas armas; que Dupont había sido completamente derrotado en Bailen y que á Moncey y Duhesme les iba muy mal en Valencia y Cataluña, habíanse reanimado y el ánimo comenzaba á salir al exterior.

Ya estaba en camino Junot, cuando recibió la infausta nueva de que los ingleses habían batido al general francés Delaborde, junto á la Roliza (17 de Agosto.)

El ejército francés que había en Portugal estaba dividido en diversas guarniciones, por lo que Junot á duras penas pudo reunir 12,000 hombres. Los subdividió en tres divisiones, y dió el mando de la primera al general Delaborde; el de la segunda á Loison, y el de la tercera á Kellerman.

Junot, que comprendió la necesidad de atacar á los ingleses antes de que se reuniesen, se dirigió á Vimeiro con ánimo de tomar la ofensiva.

Empeñóse una formal batalla que comenzó biz arramente Delaborde, quien tuvo necesidad de ser reforzado primero por Loison y por Kellerman despues, quedando el campo sin embargo, por los ingleses. Las bajas de estos consistieron en ochocientos hombres; las de los franceses pasaron de 1,700, entre ellos el general de brigada Solignac, que murió sobre el campo y dos coroneles de artillería, llamados Prost y Foy, que fueron gravemente heridos.

Sir Wellesley quiso perseguir á los franceses; empero mandaba en jefe Sir Harri Burrard, cómo más antiguo, y no quiso seguir el dictámen de Wellesley, por no haber llegado todavía el resto de sus tropas. A esta determinacion debió Junot el poder retirarse á Torres-Vedras.

Poco despues llegó al campo Sir Tlew Dalrimple, que por ser aún más antiguo que Burrard, tomó el mando: Wellesley era el más moderno, pues solo tenia de edad 40 años.

Sorprendió á los generales ingleses la proposicion de armisticio hecha por Kellerman. Los generales ingleses comisionaron á Wellesley para entenderse con el francés, y entre ambos acordaron las condiciones siguientes: «1.º—El ejército francés evacuaria el Portugal y pasaria á Francia con todo su material de guerra, armas, etc.—2.º—Tolerancia con los franceses que se habían establecido en Portugal, á los cuales no se molestaria por su conducta política, y se les fijaria un plazo para salir del reino, sino quisiesen permanecer en él.—3.º—La escuadra rusa podria quedar en Lisboa como puerto neutral; y si determinase darse á la vela, no seria perseguida hasta pasado el término presijado por las leyes marítimas.

Antes de solemnizarse el armisticio se suscitaron sérias dificultades, hasta tal punto, que en poco quedan rotas las negociaciones;

pero como Junot se veía sin fuerzas militares, relativamente, y todo Portugal, alentado con los refuerzos ingleses, se le mostraba contrario, procuró conciliar los extremos, lo que se logró sin más que segregar la parte relativa á la Rusia.

Por fin el dia 30 de Agosto se redactó y firmó la llamada *Convencion de Cintra*, entre los generales Kellerman y Murray, cuyos principales extremos son los que insertamos á continuacion:

1.º Todas las plazas y fuertes del reino de Portugal ocupados por las tropas francesas se entregarán al ejército británico en el estado en que se hallen al tiempo de firmarse este tratado.

2.º Las tropas francesas evacuarán á Portugal con sus armas y bagajes; no serán consideradas como prisioneras de guerra, y á su llegada á Francia tendrán libertad para servir.

3.º El gobierno inglés suministrará los medios de trasporte para el ejército francés, que desembarcará en uno de los puertos de Francia, en Rocheford y Lorient inclusivamente.

4.º El ejército francés llevará consigo toda su artillería de calibre.....

5.º El ejército francés llevará consigo todos sus equipajes, y todo lo que se comprende bajo el nombre de propiedad de un ejército.....

6.º La caballería podrá embarcar sus caballos, así como tambien los generales y oficiales de cualquiera graduacion, quedando á disposicion de los comandantes británicos los medios de trasportarlos.....

7.º El embarco se hará en tres divisiones.....

16.º Todos los súbditos de Francia ó de cualquiera otra potencia su aliada ó amiga que se hallen en Portugal con domicilio ó sin él, serán protegidos, sus propiedades serán respetadas, y tendrán libertad para acompañar al ejército francés ó permanecer aquí.....

17.º Ningun portugués será responsable por su conducta política durante la ocupacion de éste país por el ejército francés; y todos los que han continuado en el ejercicio de sus empleos, ó que los han aceptado durante el gobierno francés, quedan bajo la proteccion de los comandantes ingleses.....

18.º Las tropas españolas detenidas á bordo de los navíos en el puerto de Lisboa, serán entregadas al jefe inglés, quien se obliga á obtener de los españoles la restitucion de los súbditos franceses, sean militares ó civiles, que hayan sido detenidos en España, sin haber sido hechos prisioneros en batalla, ó en consecuencia de ope-

raciones militares, sino con ocasion del 29 de Mayo y dias siguientes.

19.º Inmediatamente se hará un cange de prisioneros de todas graduaciones que se hayan hecho en Portugal desde el principio de las presentes hostilidades.....

Dado y concluido en Lisboa á 30 de Agosto de 1808.—Firmado.—J. Murray.—Kellerman.»

Este convenio, aunque firmado en Lisboa, se llamó de Cintra, porque al ratificarle y firmarle el general en jefe inglés, Sir Hew Dalrimple, se hallaba en dicha última poblacion.

Produjo muy mal efecto en Lóndres la Convencion de Cintra. Creia la generalidad que los franceses habian salido demasiado bien librados, y tal y tan grande fué el disgusto, que los periódicos mas templados aparecieron con orlas negras en señal de luto, y en los más enérgicos se grabaron tres horcas, destinadas á los tres generales, Dalrimple, Burrard y Wellesley, los cuales fueron al fin llamados á Lóndres, en virtud de una sentida y enérgica representacion suscrita por la municipalidad de la capital de Inglaterra y elevada al gobierno.

MEDIDAS ADOPTADAS POR LA JUNTA CENTRAL PARA LA PROSECUCCION DE LA GUERRA.

A consecuencia de la junta de generales celebrada en Madrid, en la que Cuesta quiso que se resumiese en un solo jefe el mando general de las armas, segun antes hemos dicho, y á la que asistió el general Castaños despues de haber hecho en Madrid su triunfal entrada con el ejército vencedor de Dupont, se determinó que Palafox ocupase á Sangüesa, extendiéndose por la ribera del rio Aragon; que Castaños se trasladase á Soria; Cuesta al Burgo de Osma, Llamas á Calahorra, Galluzo al Ebro, y Blake á las provincias Vascongadas, colocando á La Peña en actitud de acudir á donde fuese necesario.

Blake, que por sus conocimientos era un gran militar, expuso á la Junta la inconveniencia de una medida que extendia las únicas fuerzas disponibles de una manera perjudicial. La Junta no pareció muy dispuesta por entonces á anular su determinacion; empero los generales al ponerla por obra procedieron con tal lentitud, que el curso natural de los acontecimientos no permitió su realizacion completa.

Blake, esclavo siempre de la disciplina aunque contra su gusto y sin haber recibido los refuerzos del arma de caballería que habia solicitado, movió su ejército en dirección de Reinosa, con sus cuatro divisiones que componian un total de 23,000 infantes y 400 ginetes.

En Reinosa fijó Blake su cuartel general cuando ya estaba concluyendo el mes de Agosto; y al saberlo Bessieres, puso en movimiento sus tropas desde Búrgos en donde á la sazón se hallaban, y las trasladó á Vitoria.

Hacia entonces menos de quince días (16 de Agosto) que el general francés Merlin, atacó por sorpresa á Bilbao, diez días despues de haber proclamado á Fernando VII y de haber instalado la Junta popular. La guarnicion, si tal podia llamarse, compuesta de paisanos todavía imperitos en el arte de la guerra, con más corazon que elementos de triunfo salieron fuera de la plaza contra los de Merlin, cuyas aguerridas tropas deshicieron muy pronto á los bisoños de Bilbao, causándoles una pérdida de más de 1,100 hombres.

Al saber Blake el movimiento de Bessieres dispuso otros perfectamente combinados, con el objeto de no dejar al francés adivinar su verdadera intencion; hasta que pareciéndole el momento oportuno, adelantó hasta Villarcayo, desde donde destacó al marqués de Portago, jefe de la cuarta division, con orden de atacar á Bilbao.

Bizarramente y con inteligencia procedió el precitado marqués, haciendo en breves horas á la guarnicion francesa que desalojase la plaza, si bien este triunfo no podia ser ni fué duradero, como despues veremos (20 de Setiembre).

La Junta central, despues de haber hecho una nueva y solemne proclamacion de Fernando VII, murmurada del pueblo porque no atendia á los asuntos de la guerra con la preferencia que aquellos exigian, volvió la vista hácia tan importante objeto y dispuso la division de las fuerzas españolas en cuatro ejércitos denominados y distribuidos de la manera siguiente:

Primero: *Ejército de la izquierda*, al mando de Blake, compuesto de las fuerzas militares de Galicia y Astúrias, y destinado á cubrir á Castilla, operando en las Vascongadas, con inclusion de Navarra.—Segundo: *Ejército de la derecha*, al mando de D. Juan Manuel Vives, destinado á Cataluña.—Tercero: *Ejército del centro*, al mando de Castañón, destinado á las Andalucías—y cuarto: *Ejército de reserva* á las órdenes de Palafox, y destinado á Aragon.

Acababa de aparecer en España el mariscal Ney con cerca de 15,000 franceses, cuando supo la ignominiosa manera con que habían sido echados los suyos de Bilbao; y como tan cerca se hallaba, con todas sus fuerzas cargó sobre aquella plaza.

El marqués de Portago tenía orden de no defenderla, si era atacado por fuerzas superiores: por esto antes de que el enemigo diese vista á Bilbao, evacuó la plaza y llegó á Balmaseda, sin haber experimentado baja ni pérdida alguna (26 de Setiembre).

Por entonces llegaron á reforzar el ejército de la izquierda ocho mil hombres de Asturias, distribuidos en dos divisiones de á 4,000, mandada la primera por D. Cayetano Valdés y por D. Gregorio Quirós la segunda, y ambas por el entendido teniente general don Vicente María de Acebedo.

Habia ya llegado el mes de Octubre, cuando Blake, que á haber tenido tanta fortuna como talento hubiera sido el primer general español, comenzó á preparar la recuperacion de Bilbao; porque si mandó al de Portago no resistir á fuerzas superiores, no tuvo otro objeto que el de evitar inútil efusion de sangre, mas nó porque pensase en dejar aquella importante plaza en poder del enemigo.

Después de ejecutar diversos movimientos, segun su táctica peculiar, para desorientar á su contrario, al rayar el alba del día 12 de Octubre atravesó la ría de Portugalete, y por medio de un movimiento rápido tomó las alturas de Begoña.

Avanzando el marqués de Portago con su cuarta division á tomar el Puente Nuevo, se encontró con una brigada francesa que le defendia; pero atacada esta última bizarramente por la cuarta division del ejército de la izquierda, fué puesta en dispersion, con bastante pérdida. Ney sin aguardar á más desocupó á Bilbao, y Blake entró en la plaza en medio del mayor entusiasmo, y en ella estableció su cuartel general.

Por aquel tiempo desembarcó en el puerto de Santander una division procedente de Dinamarca, mandada accidentalmente por el conde de San Roman. Este, mientras el gobierno le daba destino, no queriendo permanecer ocioso, se unió al ejército de la izquierda.

La situacion general de los ejércitos españoles era en Octubre la siguiente: el ejército de la izquierda en Bilbao con el cuartel general y estendida la línea entre Zornoza y Durango. Del de reserva se habia situado en Tudela el general Llamas, con 4,500 hombres;

los generales conde de Grimarest y La Peña, con 10,000 hombres, se situarian en Calahorra y Lodosa; Cuesta, cuya conducta disgustó sobremanera á la Junta, fué llamado á Aranjuez para dar cuenta de su proceder, y se dió el mando interino de sus tropas á D. Francisco Eguía, despues de haber mandado poner en libertad á los dos arrestados en Segovia. Tomó despues el mando en propiedad el general D. Juan Pignatelli, y ocupó con 8,000 hombres á Logroño y otros puntos de Rioja.

Otros 8,000 hombres de la reserva, mandados por D. Juan O'Neill, ocuparon el Ebro, por Sangüesa; el general Saint March se situó en Egea, y el 8 de Octubre salió Castaños de Aranjuez y se dirigió con sus tropas á Zaragoza, para avistarse con Palafox y concertar las subsiguientes operaciones, despues de haber esperado en vano, segun algunos suponen, el nombramiento de generalísimo.

De este modo, en marchas, contramarchas y tomando posiciones, se perdió el tiempo y se dió á los franceses el necesario para reorganizar su ejército. El menos lince debió conocer que al huir José y los suyos de la córte, amedrentados á consecuencia de la espantosa derrota de Bailen, lo que se debió hacer no fué otra cosa que reunir fuerzas suficientes para perseguirle, acosarle y derrotarle. Vencido moral y materialmente como iba, el triunfo hubiese sido tan fácil como poco costoso; empero subdividido el gobierno general en Juntas parciales y concretándose cada una de aquellas á dictar las disposiciones más convenientes á la propia provincia, faltas de unidad las operaciones todas por no existir un centro directivo, sobró tiempo á los franceses para rehacerse.

Aún hubiese habido tiempo despues de instalarse la Junta central, si no para obrar tan desahogadamente como en Julio, al menos con la precisa amplitud para dificultar al enemigo la realizacion de sus miras; más el gobierno de Aranjuez perdió tambien el tiempo, del mismo modo que si aquel pudiese de alguna manera recuperarse. Si á pesar de todo dieron los aragoneses y gerundenses tanta gloria á España, ¿qué hubiese sido si el gobierno hubiera cuidado sola y únicamente de destruir al enemigo, desentendiéndose de proclamaciones, de rencillas y de otros asuntos de ninguna importancia?

Dióse, pues, tiempo para que llegaran grandes refuerzos de Francia. De la llegada del mariscal Ney con cerca de 15.000 hombres, ya hemos dado cuenta. El mariscal Jourdan, con otro fuerte

cuerpo de ejército, penetró también en España y fué á unirse, como se unió en efecto, con José Napoleon; y en la raya se colocó Drouet con tropas de refresco.

Los generales españoles estuvieron en algunos puntos de España bastante desacertados, especialmente Pignatelli. A tales desaciertos se debió el abandono de Logroño, que facilitó á Ney la entrada en dicha ciudad.

El conde de Grimarest, viendo amenazada la Navarra por Rioja, mandó al general D. Juan de la Cruz Murgeon pasar á Lerin con el batallón de tiradores de Cádiz y 120 voluntarios de Cataluña.

No tardó Murgeon en ser atacado por 6,000 hombres de Ney; y aunque Grimarest le habia mandado no hacer frente á fuerzas superiores, no pareciéndole bien abandonar el puesto sin ninguna resistencia, se replegó al palacio de los condes: in más que los 1,120 hombres que tenía contra 6,000 que le atacaban, confiando con justa razon en los refuerzos que Grimarest debía enviarle, mediante al apremiante aviso que le habia dado.

Hizose fuerte dentro del palacio, en donde él y los suyos hicieron prodigios de valor; mas Grimarest, lejos de enviarle refuerzos, repasó el Ebro y se retiró á Sartaguda, dejando á Murgeon en su compromiso. Este bizarro jefe, despues de una gloriosísima resistencia, de haber desoido cinco intimaciones del enemigo y de haber quemado el último cartucho, capituló *con todos los honores de la guerra*.

Ya por entonces hallábase Pignatelli en Cintruénigo, despues de haber abandonado la artillería en el camino. Afortunadamente el conde de Cartaojal, mariscal de campo, que mandaba una columna de 1,700 hombres, recogió los cañones.

Irritado Castaños con Pignatelli, le quitó el mando; formó con las tropas que Pignatelli regía una division llamada de vanguardia á las órdenes del conde de Cartaojal, y á las tropas de Valencia y Murcia dió el nombre de quinta division, al mando de D. Pedro de la Roca, que habia sucedido en el mando al general Llamas, por haber sido este llamado á Aranjuez para confiarle un puesto cerca del gobierno.

Los sucesos de Valencia, Zaragoza y Cataluña despues de los de Andalucía, habian alarmado á Napoleon, y determinó pasar personalmente á España. Con sus palabras siempre jactanciosas y animado por su inmenso y connatural orgullo, dijo en el mensaje

al cuerpo legislativo, el día 25 de Octubre: *Voy á partir para ponerme al frente de mi ejército; para coronar con la ayuda de Dios en Madrid al rey de España, y clavar mis águilas sobre las torres de Lisboa.*

Terrible y amenazadora era la tormenta que lejana rugía. El tirano de Europa habia hecho regresar los cuerpos del *Grande ejército*, y todos se acercaron apresuradamente á la frontera española.

Encomendó el primer cuerpo de ejército al mariscal Victor, nombrado por él duque de Belluno; el segundo al mariscal Bessieres, reciente duque D'Istria; el tercero al mariscal Moncey, nuevo duque de Cornegliano; el cuarto, al mariscal Lefebvre, improvisado duque de Dantzick; el quinto al mariscal Mortier, flamante duque de Trevisso; el sexto al mariscal Ney, agraciado con el ducado de Elchingen; el sétimo á Saint-Cyr, sin título ninguno, y el octavo á Junot, que en memoria de su gloriosa conquista de Portugal, habia sido agraciado con el ducado de Abrantes.

Cada cuerpo de ejército se componia de tres divisiones, de ocho á diez mil hombres cada una, que entre todos ellos y entre todas las armas daban una cifra de doscientos treinta á doscientos cuarenta mil infantes y cincuenta á sesenta mil caballos.

Ya sabe el lector que Blake habia hecho en aquel entonces más que ninguno de los generales españoles. Habia echado al célebre Ney de Bilbao; estaba, además, en una posicion más expuesta y delicada que ninguna, porque por aquella frontera aparecian siempre las mayores fuerzas del enemigo; y Blake, inteligente y bizarro, de continuo disponia movimientos que no dejaban un punto de reposo á los franceses y los tenian siempre en continua alarma.

De tal modo procedia aquel digno general, cuando se le apareció D. Francisco Palafox, individuo de la Junta central, con la orden de esta mandándole cesar en el buen sistema que habia adoptado, para tomar la ofensiva.

Encontró Blake desacertada la determinacion de la Junta central, y antes de darla cumplimiento reunió un consejo de generales, cuya unánime opinion fué tambien contraria al mandato de la Junta. A consecuencia de esto fué depuesto del mando del ejército de la izquierda, y reemplazado por el marqués de la Romana.

Gran disgusto recibió la Junta de Galicia, que tanto distinguía á Blake, por la ingratitude del gobierno que desposeía á tan digno

general de un mando que ella le habia confiado, y de un ejército que él mismo habia formado, organizado é instruido. Por esto dirigió inmediatamente al gobierno la siguiente exposicion:

«El reino de Galicia ha leido con sorpresa en la *Gaceta de Valencia*, número 41, un oficio comunicado á aquella Junta gubernativa por sus diputados en esa Central, dándole parte de haber nombrado V. M. general del ejército de la izquierda, mandado interinamente por el Excmo. Sr. D. Joaquin Blake, al Excmo. Sr. marqués de la Romana.»

«Este reino hace el justo aprecio del mérito de este general que acaba de darles pruebas en cuanto le fué posible de la alta estimacion que le merece; pero no puede desentenderse al mismo tiempo de que el privar al general Blake del mando de un ejército organizado á costa de sus constantes desvelos, y que le entregó este reino por un voto unánime de las tropas que le forman y aplauso general de sus pueblos, ofende la reputacion que se adquirió y gozó siempre tan justamente entre todos los militares y el honor del reino de Galicia, y puede producir fatales consecuencias.»

»Este reino cree probar hasta la evidencia estos tres puntos que indica, y se promete que V. M. suspenderá, si es cierta, esta exoneracion del general Blake en su mando, mientras no oiga las sólidas razones y poderosos motivos que le obligan á reclamarla.»

»Este reino prescindirá en ellos de que para una resolucion tan íntimamente unida con su decoro, no hayan esperado sus diputados; de que habiendo sido nombrado general en jefe cuando por las circunstancias ejercia las funciones de soberanía este reino, se le llamó interino, sin haber precedido orden que revocase este nombramiento: y que ni aun se tuviese la consideracion de insinuárselo, como parecia justo, tratando de un general que habia escogido para contribuir á la salvacion de la pátria. La salud de esta ha sido y será siempre su deseo: Presta gustoso su obediencia á S. M., y hará siempre compatible esta con su derecho de reclamar lo que juzgue conveniente para llenar el sagrado deber que han contraido y jurado á sus respectivas ciudades los individuos que la componen.—Reino de Galicia á 23 de Octubre de 1808.»

ACCIONES DE ZORNOZA, BALMASEDA Y GÜEÑES.

Blake, que si bien de origen extranjero era muy buen español, sintió el inmerecido desaire que le habia hecho la Junta central:

empero comprendiendo que al bien de la patria y á la recuperacion de la independencia española debian estar supeditados todos los afectos, el amor propio, el justo orgullo, el pundonor militar y cuantos pudieran haber sido más ó menos lastimados con aquella inesperada é inmotivada exoneracion, determinó sepultar en su corazon el profundo disgusto, y permanecer al frente de su ejército hasta que se presentase su sucesor. Pudo muy bien entregar el mando á su segundo, para que éste á su vez le entregase al marqués de la Romana; pero aquel gran general y buen patriota preveía lo que iba á ser la terrible guerra que amenazaba, y no vaciló en hacer el costoso sacrificio de su justo resentimiento, en aras de la patria.

Permanecia aún en Zornoza, siempre teniendo en movimiento algunas brigadas de su ejército, para alucinar y no dejar en reposo á los franceses.

En tanto Lefebvre habia sustituido á Merlin y con la mayor actividad organizaba sus divisiones, como quien prepara un golpe de mano, y á fé que bien necesitaba organizarlas, desde que tanto sufrieron en Zaragoza.

Cuando tenia quizá madurado su plan, recibió la órden general de Napoleon, en la cual prevenia á todos sus generales no hiciesen cosa alguna hasta que él mismo llegase á la península. Lefebvre, empero, quiso, como vulgarmente se dice, lucirse; y á pesar de la órden terminante de su jefe supremo y emperador, creyó hacer una cosa muy grata á aquel, dando una batalla y entregándole al recibirle en España, los guerreros despojos; porque él se contaba, positivamente, vencedor.

Para realizar su propósito, puso en marcha su ejército en direccion de Zornoza, á donde apareció decidido á tomar la ofensiva (31 de Octubre). Llevaba dobles fuerzas militares de las que estaban con Blake; porque si bien este disponia de un regular ejército, le tenia diseminado en la extensa línea que debia custodiar. A la sazón el ejército de la izquierda componia un total de 35,528 hombres, distribuidos en la forma siguiente: *Vanguardia*.—2,848.—*Primera division*.—3,886.—*Segunda division*.—4,547.—*Tercera division*.—4,577.—*Cuarta division*.—4,123.—*Division de reserva*.—2,747.—*Division del Norte*.—5,500.—*Division de Asturias*.—7,300.

De todas estas tropas solo habia en Zornoza menos de 7,000 hombres, de los cuales, á pesar de aquel clima que á fines de Octubre es ya rigorosísimo, casi todos estaban sin capotes; muchísi-

mos descalzos, y todos mal mantenidos, puesto que el país tenía que abastecer á todos y no es ciertamente de los más fértiles de España. Lefevbre llevaba sus tropas, que formaban casi un total de VEINTE Y CUATRO MIL hombres, perfectamente equipados.

Atacó Lefevbre á Blake en sus posiciones, empeñándose un formal combate, á cuyo fragor acudieron algunos cuerpos del ejército de la izquierda á reforzar los del general en jefe, sin lo cual no hubiera podido resistir al ejército de Lefevbre; y aún así quedó el general español tan inferior en fuerzas materiales, que determinó replegarse á Bilbao, lo que verificó, con muy escasa pérdida, en muy buen orden y sin dejar de batirse, tanto que sus mismos enemigos, así militares como escritores, le elogiaron muchísimo.

No quiso Blake fijarse en Bilbao, comprendiendo que allí no podría resistir á las fuerzas combinadas de Lefevbre y de Victor, cuyo mariscal con otros 25,000 hombres, que formaban el primer cuerpo, había sido destinado á perseguir á Blake por Orduña y Durango, mientras Lefevbre lo verificaba por la parte de Bilbao.

Además de que tal era el destino del mariscal Victor, José Napoleon, al saber que Lefevbre, contravinendo á la orden recibida, había empeñado una batalla, dió aviso á Victor para que le socorriese, y aquel salió al momento en direccion de Bilbao con dos de sus divisiones.

Súpolo Blake por sus confidentes, y sin detenerse en Bilbao, continuó su movimiento hácia Balmaseda. Al mismo tiempo, las divisiones españolas, mandadas una por el general Acebedo y otra por Martinengo, se habia retrasado y separado accidentalmente de Blake. Al llegar á Orduña, se encontraron con las dos de Victor que iban en busca de Lefevbre; pero los dos bizarros jefes españoles hicieron alto inmediatamente y dispusieron sus líneas, tomaron las mejores posiciones que de pronto encontraron, y el mariscal francés no determinándose á empeñar el combate, al ver el aire resuelto y decidido de los españoles, se replegó sobre Orduña sin querer ni aún defenderse.

Pero Blake, que sabia la llegada de Victor é ignoraba la suerte de las dos divisiones perdidas, acongojado é inquieto, mandó dos de las que consigo tenía para socorrer á las desaparecidas. Afortunadamente, llegó á su cuartel general el conde de San Roman con su division, y poco despues lo verificó la division de Asturias, al mando de D. Gregorio Quirós, en virtud de lo cual repuso la falta

que pudieran hacerle las dos divisiones mandadas en busca de las de Martinengo y Acebedo.

Iba á la sazón de vanguardia la division del bizarro marqués de Portago, que era la cuarta, la cual continuó su marcha á Balmaseda; y antes de seguirla Blake tuvo el gusto de ver llegar á Nava, desde donde habia mandado buscar á las dos divisiones desaparecidas, las cuatro que esperaba: esto es, las de Acebedo y Martinengo y las dos que salieron en su busca.

El de Portago, al llegar á Balmaseda, encontró ocupado este punto por el general francés Villatte, con su division. No arredrado, empero, por esto el valeroso marqués, atacó con la mayor decision al enemigo.

Con tal motivo se empeñó un récio y sangriento combate, al cual acudieron algunos cuerpos españoles que diseminados estaban por aquellas cercanías. Y el resultado fué brillantísimo: Villatte salió arrojado de Balmaseda, dejando casi una compañía prisionera, un cañón, algunos carros de equipajes, y sin perjuicio de perseguir al vencido hasta Bilbao, los vencedores regresaron á Balmaseda y ocuparon aquel punto y sus inmediaciones.

Mucho satisfizo á Blake la bizarría de su cuarta division y del bizarro general que la mandaba; y despues de enviar una division en direccion de Sodupe, él con la primera y segunda se dirigió á Güeñes, en donde se encontró de frente con dos divisiones enemigas, mandadas por Leval la primera y por Sebastiani la segunda.

En el momento se trabó la batalla, que duró algunas horas, hasta que las sombras de la noche pusieron fin al estrago. Blake regresó á Balmaseda, de donde tuvo despues que mover su campo, á consecuencia de la falta de mantenimientos y porque le era necesario dar descanso á sus tropas, que ni un solo dia habian estado en completo reposo. Por esto, no sin correr algunos riesgos desafiados con gran valor, llegó á Espinosa de los Monteros. Pasada una escrupulosa revista, resultaron 5,321 bajas, entre muertos de enfermedad, en campaña, extraviados y heridos, desde que se formó el ejército de la izquierda, quedando reducido este en su totalidad, al comenzar el mes de Noviembre, á 30,207 hombres.

A José Napoleon escribió por este tiempo desde Bayona el general Berthier, entre otros pormenores, los siguientes: *He enseñado al emperador la carta de V. M.... me ordena escribir al mariscal duque de Dantzic (Lefebvre) manifestándole su enojo por haber empeñado una accion tan seria sin orden suya, y de una manera tan in-*

hábil. V. M. pensará como nosotros, que el enemigo debía dar un voto de gracias á la inconsideracion del duque de Dantzick.

Naturalmente habian los franceses de achacar la culpa á la impericia, porque no quisieron jamás confesarse vencidos, como lo prueba, y no es esta la primer vez que lo decimos, el tener colocada entre sus triunfos la batalla de Bailen, cuyo nombre campea al lado de Austerlitz ó de otros análogos. Quejábanse de que fué inhábil Lefebvre, porque chocó con un general habilísimo como Blake, y olvidaron que contra este último tenia su contrario entre sus tropas y las de Victor cerca de 50,000 hombres.

Era, empero, esta siempre su táctica; si eran vencidos, dejar en duda por lo menos el vencimiento y achacar á impericia el no haber logrado un triunfo decisivo; si vencian, exagerar y ensalzar hasta las nubes su triunfo, debido siempre á la multiplicidad y condiciones de sus fuerzas militares, y á la multitud y sobra de recursos. En prueba de esto diremos que en el afan de exagerar hasta el ridículo, que fué siempre su flaco, al entrar de nuevo en Madrid sin encontrar más resistencia de la insignificante que puede oponer un pueblo abierto, remitieron á Francia un ampuloso y detallado parte en el que decian que habian tomado Madrid á viva fuerza, y que los bizarros soldados imperiales *habian pasado el Manzanares á nado con las armas en la boca*: es claro, para llevar los brazos libres. Ridiculez fué esta que dió no poco que reir á los que conocen bien al Manzanares.

En los primeros días de Noviembre se reunieron en España los ocho cuerpos de ejército franceses, plaga realmente temible como compuesta de muchas personas que pisaban por primera vez el suelo español, y que, á la manera de los pretores y cónsules romanos, deseaban llegar á este verdadero paraíso, para saciar hasta donde posible fuese sus rapaces instintos y sus inmoderados deseos de dinero.

La guerra iba á tomar muy diverso aspecto; España iba á entrar en una nueva era; 250,000 hombres mandados por Napoleon en persona, con la aureola que le circundaba adquirida por tantos y tantos triunfos como habia obtenido, lo mismo en próximos países que en climas remotos, eran elementos muy á propósito para que el pueblo se afligiese y los generales vacilasen. ¿Tendria en España Napoleon la misma suerte que en Prusia? ¿La recorrería de uno á otro extremo como vencedor, á la manera no del que pelea sino de quien hace un sencillo reconocimiento? Tales eran las pre-

guntas que unos á otros se hacian algunos españoles, anatematizados por los demás que no podian suponer el triunfo de un usurpador, sobre los defensores de la propia independencia. Es fama que Napoleon, en un arranque no de expansion ni alegría, sino de furor y de ira, dijo: *los españoles concluirán por ser imencibles, porque tienen un general en jefe que puede y sabe más que los míos.* Y preguntándole quién era aquel general, desconocido para los demás, repuso siempre airado: *el general NO IMPORTA.* Y así era en verdad: en aquellos memorables varones, con los reveses se acrisolaba el sufrimiento y se centuplicaban la fé y la esperanza, hija legítima de aquella. Cuando ocurría algun irremediable desastre, *NO IMPORTA*, respondían en efecto los españoles; *tras el vencimiento vendrá el triunfo.*

ACCION EN ESPINOSA DE LOS MONTEROS.

Ya inundada de franceses España, supo Blake que Napoleon habia mandado á Lefebvre y Victor le persiguiesen hasta destruirle completamente. El general español habia reunido unos 20,500 hombres, y los habia colocado así en las cimas de las montañas, como en lo profundo de los valles.

El 10 de Noviembre apareció el mariscal Victor con sus 23,000 hombres, y acto continuo cargó sobre la division San Roman, la procedente de Dinamarca, que hallábase situada en un altozano.

Portábanse los españoles con notable bizarría, pero el número de enemigos era inmensamente mayor, aun despues de haber sido reforzado San Roman por la division Riquelme, el cual, así como el anterior, ya cerca de la noche, tuvo que retirarse herido de mucha gravedad. Los franceses tambien habian recibido mucho daño, merced á la habilidad de Roselló, que mandaba nuestra artillería.

Blake pensó en retirarse, cediendo al número; pero creyó más decoroso y menos perjudicial á la causa que defendía el empeñar de nuevo la lucha, que el emprender la retirada; y mandó aviso al general Malaspina, situado en Medina de Pomar, para que se acercase con sus 4,000 hombres á reforzar el ejército.

No pudo Malaspina llegar, porque se le interpusieron tropas francesas, sin embargo de lo cual al amanecer el dia 11 se renovó el combate con tan mala suerte, que apenas comenzado cayeron heridos el general Valdés y el general Acebedo; porque como los

franceses hacian la guerra, asi contra los militares como contra los pacíficos paisanos, sin ninguna nobleza, tenian compañías de tiradores que, segregados de la batalla, se ocupaban esclusivamente en hacer punteria á los generales y jefes españoles. A esta infame y desleal manera se debió tambien que perdiese la vida, en las primeras horas del combate, el bizarro mariscal de campo D. Gregorio Quirós, general de la division de Astúrias, que al recorrer las filas para alentar á los suyos, un tirador francés, cobardemente y guarecido detrás de un árbol, le disparó un tiro y le hizo caer sin vida del caballo al suelo.

Y habia ya costado la accion de Espinosa nada menos que cinco generales, sacrificados cobardemente. El enemigo veía que en buena ley no podia vencer del modo que en otros paises lo habia hecho, y eran para él todos los medios buenos, cobardes ó decentes, nobles ó innobles, con tal de vencer ó destruir al menos.

Verdaderos milagros de heroismo hizo Blake en aquel terrible y fatal dia, para sostener la decision de las tropas; empero á pesar de todo, le fué absolutamente imposible evitar que la valerosa division asturiana se dispersase, internándose por lo áspero y quebrado del valle de Pas, no por haber disminuido su valor, sino aterrados y desconcertados, con sobrada razon, sus individuos, por haber visto desaparecer instantáneamente á sus generales y principales jefes.

Visto por Blake lo ocurrido y que era empresa superior á las fuerzas humanas el contener la trepidacion de los contagiados con el ejemplo de la division de Astúrias, dispuso la retirada, dejando para apoyarla á la division de reserva.

No se verificó el movimiento con tanta fortuna que no se perdiesen seis cañones al atravesar el rio Trueba; y, lo que fué peor todavía, no pudo en Reinosa dar descanso y racionar á los restos de su ejército, porque supo que el mariscal Sault avanzaba rápidamente para impedirle regresar á Leon, cortándole la retirada. En el valle de Cabuérniga se presentó el marqués de la Romana, para tomar el mando del ejército de la izquierda, cuando se supo que la artillería, excepto la de una division que encontró cortado el camino y pasó por Santander á San Vicente de la Barquera, habia llegado sin novedad por Saldaña.

Nos vemos en la necesidad de referir una nueva *hazaña* de los franceses.

El cuerpo de ejército que mandaba Lefebvre, logró alcanzar á

los enfermos y heridos, cuya marcha no podia ser rápida, y ejecutó con ellos todo género de crueldades, sin *respetar su estado, ni la imposibilidad en que se hallaban de defenderse*. Creemos que á los que de tal manera desconocieron las leyes de la humanidad y lo que la piedad prescribe, no será mucho llamarlos vándalos, ó salvajes del norte, áun cuando no debieran tener con estos ni aquellos punto alguno de contacto.

Como muestra de la barbárie de aquellos verdaderos secuaces de Atila, referiremos solamente que, habiendo encontrado entre los heridos al bizarro general Acebedo, le **ASESINARON** bárbaramente á estocadas, á pesar de los ruegos de su ayudante, el entonces teniente de caballería, procedente del cuerpo de Guardias de Corps, D. Rafael del Riego, el infortunado que quince años despues pereció en un patíbulo, y que entonces libró milagrosamente la vida, pero quedó prisionero. Por más que los atacados de sentimentalismo quieran abogar por el olvido de ciertos hechos, al recordar tanta y tan infame crueldad, al considerar al propio tiempo que los sacrificados defendian sus hogares, su pátria, su religion, y los sacrificadores no eran otra cosa, sirviéndonos de una locucion vulgar, que unos *malhechores en grande* que venian á arrebatár con la gran riqueza de España sus leyes y cuanto una nacion tiene de más venerando y sagrado, es de todo punto imposible legar al olvido tanta infamia, tanta sevicia, tanta barbárie.

Blake entregó el mando al de la Romana, muy tranquilo en su conciencia; y en vez de retirarse inmediatamente á Galicia, como el egoismo hubiese aconsejado á otro, oyendo solo la voz de su patriotismo y los consejos de su nobleza, continuó al lado de la Romana así para auxiliárle con sus luces, como para participar de las penalidades y peligros de sus queridos oficiales y soldados.

En Leon se pasó revista al ejército el dia 24 de Noviembre, y dió una fuerza efectiva de 15,930 entre sargentos, cabos y soldados, y 508 jefes y oficiales, á pesar de la ruda campaña sostenida durante tanto tiempo en Vizcaya, contra fuerzas tan notablemente superiores, y teniendo siempre el ejército bajo la influencia de un clima intensamente frio y destemplado, sin el preciso abrigo y muy mal y muy desigualmente alimentado.

Desde Leon dió Blake á la Junta de Galicia un parte detallado de todo lo ocurrido, la cual inmediatamente le contestó en los siguientes términos:

«El reino, por el oficio de V. E. de 22 del corriente, queda muy

satisfecho de sus operaciones y providencias. La guerra tiene sus reveses, y el reino está bien persuadido de que si la Divina Providencia no ha concedido á V. E. el consuelo de anunciar siempre victorias, las que han conseguido los enemigos con las escasas fuerzas que han hecho concurrir de todas las estremidades de Europa, les han sido bien costosas; pero estos males pasajeros se remedian con el celo y patriotismo que animan á todos los naturales de España.

»El reino asegura á V. E. que en las honras que V. E. dice le ha dispensado, no ha hecho más que dar el mérito debido á las prendas y circunstancias que concurren en V. E., y se promete que estas mismas conducirán á V. E. á mayores satisfacciones, en las que el reino tomará la mayor parte, porque estima y estimará siempre á V. E.—Reino de Galicia, á 28 de Noviembre de 1808.—Juan Fernandez Martinez.—Antonio María Gil.—Excmo. Sr. don Joaquin Blake.»

NAPOLEON EN ESPAÑA.

Así que el tirano de Europa y verdadero coloso en ambicion pisó el suelo español, ordenó los movimientos que debia ejecutar su gran ejército, y al efecto distribuyó oportunamente sus fuerzas militares.

Avanzó en direccion de Búrgos, despues de haber ordenado la persecucion de Blake, como el lector ya sabe, á los cuerpos primero y cuarto; dispuso que el tercero observase al ejército español de Aragon; dividió entre Rioja y Castilla las tropas del sexto cuerpo, y él, con el resto del ejército, con la caballería, cuyo mando dió á Bessieres, con su guardia imperial y la reserva, determinó llegar á Búrgos, para desde allí tomar la vuelta de Madrid.

Habia poco antes llegado á Búrgos el ejército de Extremadura, que constaba en total de 18,000 hombres, de los cuales habian llegado á la ciudad dos terceras partes; el resto habia quedado en Lerma.

Iba por desgracia al frente de aquellas tropas el conde de Belveder, más bien intencionado que práctico en asuntos de guerra, y sin considerar que solo disponia de 12,000 hombres, que el enemigo con quien iba á habérselas era el mismo Napoleon en persona, y que este iba seguido de más de 50,000 hombres cansados de batirse y de triunfar, cometió el incalificable y apenas creible des-

acierto de adelantarse hasta Gamonal y esperar en una inmensa llanura, tal como podía desearla Bessieres para hacer maniobrar á su caballería.

Fué, en efecto, la derrota del de Belveder operacion ni vista ni oida; y la caballería francesa pudo muy á su salvo hacer uso del favorable terreno, acuchillando á los que trataron de atravesar el Arlanzon. Perdiéronse 14 cañones, y muchos de los vencidos entraron en Búrgos mezclados con los vencedores. El conde de Belveder se replegó sobre Lerma, en donde estaba situada su tercera division; de Lerma pasó á Aranda y no paró hasta Segovia en donde fué exonerado, reemplazándole en el mando D. José Heredia.

Hasta entonces pudiérase haber dicho que Napoleon era ageno á todos los reprobables hechos de los suyos, á las depredaciones, robos, incendios, violaciones y crueldades de todo género, porque á tanta distancia como se hallaba, lo ignoraria. Y aunque esto no pudo nunca suponerlo ninguno que supiese el temor que todos los generales de Napoleon tenian á incurrir en su desagrado, todavía algunos ilusos pudieron abrigar alguna duda. Llegó, empero, el mismo Napoleon á España, y apenas profanó con su planta la tierra clásica de la hidalguía y de la humanidad, dió una flagrante prueba de que entre sus generales y él, ninguna diferencia mediaba. Al penetrar en Búrgos unidos algunos de los vencidos con los vencedores, estos acometieron á aquellos y estos últimos se defendieron, como era sobrado natural, de los primeros. Fué cosa momentánea; pero bastó para que *el grande hombre del siglo* autorizase el saqueo y todos los desórdenes consiguientes. Entre los infinitos objetos de valor que *robaron* NAPOLEON y los suyos, se contaron dos mil sacas de lana, propiedad legítima de los más ricos ganaderos de Búrgos, que valieron, vendidas en Bayona, *muchos millones*. Una porcion de casas fueron reducidas á cenizas, y el *gran* Napoleon dió una nueva y miserable muestra de su real y positiva pequeñez.

Hasta dónde llegaron los excesos á que se entregó en Búrgos el ejército francés, autorizado por el mismo Napoleon, lo dice bien claro un historiador, francés por cierto y por ende muy imparcial para el caso, el cual de muy buena fé asegura, refiriéndose á lo ocurrido en Búrgos, que *tamaños desórdenes eran poco apropiado para hacer amar á los españoles la dominacion francesa*.

Y por si no era bastante para que se odiase á Napoleon tanto desastre como habia autorizado, impuso acto continuo duras contri-

buciones extraordinarias, y distribuyó parte de sus fuerzas para pelear en otro género de campaña, con los pacíficos cosecheros, haciendo requisiciones de cereales, de vinos y ganados; semejantes providencias solo servían para dar más ánimo y decision á los españoles. En cambio dió una amnistía general, en favor de todos los españoles que depusiesen las armas en el término de treinta dias, á contar desde el de su entrada en Madrid.

Exceptuó, empero, de la amnistía al duque de *Osuna*, al de *Medinaceli*, al del *Infantado*, al de *Hijar*, al marqués de Santa Cruz de Mudela, al conde de Fernan-Nuñez, al de Altamira, al príncipe de Castell-Franco, á D. Pedro Cevallos y al obispo de Santander.

No se limitó el *restaurador* de la monarquía española á exceptuar de la general amnistía á los antedichos personajes, si que tambien mandó que si eran aprehendidos se les juzgase por una comision militar, se les confiscasen los bienes y *se les fusilase*. Semejante bárbaro decreto honra mucho á los personajes proscritos; pero pudo muy bien el *benéfico* Napoleon hacer caso omiso de la parte referente á la comision militar; porque para fusilar de todos modos á los reos, no habia necesidad de fórmula de juicio, ni de incomodar á los jueces militares, puesto que de antemano estaban condenados; manera de proceder muy conocida del que tranquilamente asesinó al duque de Enghien.

Preparábase el *vencedor* en Búrgos para continuar su camino, deseoso de llegar á la capital de España. Fortuna fué para él y desgracia muy frecuente entre nosotros, que no apareciese en tan críticas circunstancias un hombre tal, que su saber, ó su genio, hiciese á todos obedecerle. Habia, sí, una porcion de generales muy valerosos y aptos para mandar con sujecion al ageno dictámen; pero todos ellos estaban considerados, poco más ó menos, como iguales, ninguno hasta entonces habíase mostrado superior á los demás.

Blake sí demostró más de una vez ser muy entendido; empero muchas veces la fortuna está reñida á muerte con la inteligencia. Reding habia dado una gran muestra de sí en Bailen; pero toda su gloria se habia reunido en Castaños con la de este, y nadie se acordaba del valeroso y muy entendido Reding al siguiente dia de haber vencido tan gloriosamente en Bailen.

La Junta central, que para gobernar á España tenia el gravísimo inconveniente de ser muchos sus individuos y casi ninguno inteligente en asuntos de milicia y de guerra, tenia forzosamente

que proceder muchas veces en virtud de dictámenes ajenos á ella misma, y muchas veces tambien, basados aquellos en personales afecciones de amor ó de ódio, ó en preocupaciones, ó en un celo mal entendido, exagerado y por lo tanto muy perjudicial.

Tacharon algunos á Castaños de moroso y escesivamente circunspecto, como si no hubiesen visto los males que acarreo la poca circunspeccion del conde de Belveder, y la Junta le quitó el mando del ejército del centro, y le dió al marqués de la Romana, con retencion del mando del de la izquierda, como si fuera posible dirigir simultáneamente en dos puntos tan opuestos.

Celebróse por entonces una Junta de generales en el cuartel general del centro, con asistencia de D. Francisso de Palafox, individuo de la Junta, del marqués de Coupigni y del conde del Montijo, personas las tres muy leales y llenas de buenos deseos, pero muy ardientes y demasiado precipitadas. Los pareceres estuvieron muy distantes de hallarse conformes; cada uno tuvo el suyo, y en todo se pensó menos en cargar fuerzas sobre el puerto de Somosierra, para oponerse á Napoleon sin abandonar por esto los demás puntos que debian ser defendidos; porque las fuerzas militares no eran tan escasas. Castaños habia reunido sobre 36,000 infantes, 1,300 entre artilleros é ingenieros y 3,700 caballos.

BATALLA DE TUDELA.

Napoleon, que no dejaba de calcular cuanto era conveniente á sus proyectos; que oía ó nó el ajeno dictámen; que procedia por sí solo y que, en fin, no perdía como los nuestros un tiempo siempre precioso y preciosísimo en asuntos de guerra, suponiendo, como debia, que los españoles acudirian á detenerle en su camino de Madrid, cuidó de impedir que el ejército del centro se replegase sobre la capital; porque no pudo ni debió imaginar que no se pensase en realizar tan precisa operacion.

Mandó al efecto adelantarse al mariscal Lannes, con las divisiones de Lagrange y Colbert, pertenecientes al sexto cuerpo de ejército. Por si esto no era suficiente, mandó al mariscal Moncey, honra de los buenos y humanos generales, seguir con su tercer cuerpo á Lannes, y que fuese como de retaguardia el general Mathieu, que con su division acababa de penetrar en España; porque todos los dias atravesaban los Pirineos nuevas tropas, á medida que se iban de todos los puntos de Europa reuniendo.

Las antedichas fuerzas componian un total de 35 á 40,000 hombres; empero no satisfecho Napoleon todavía, mandó al mariscal Ney marchar desde Aranda de Duero, por el Búrgo y Soria á Navarra, con 20,000 hombres.

El día 20 de Noviembre apareció en las cercanías de Tudela la vanguardia francesa, que habia sido hasta entonces retaguardia; y Castaños, que mandaba todavía el centro, tenia á la sazón tomadas las alturas y disponia inmediatamente de unos 20,000 hombres. Habia situado en Cascante, á hora y media de distancia, la division La Peña, compuesta de 8,000 hombres, y en Tarazona, á dos horas y media, otras tres divisiones al mando del general Grimarest, que componian un total de 13.000 soldados.

Dieron los franceses con mucho acierto el golpe. El primer ataque de aquellos fué bizarramente rechazado por la division de don Juan O'Neill, que los persiguió y acosó largo rato, hasta que cargando como enjambres las brigadas enemigas se replegaron los españoles, envolviendo en la confusion á los que no habian tomado parte en el combate, incluso el mismo Castaños, que se replegó sobre Borja.

Y al mismo tiempo Lagrange, con fuerzas muy superiores, habia atacado imprevistamente en Cascante á La Peña, que no pudiendo hacer frente á los refuerzos que de continuo llegaban, hasta reunirse 20,000 hombres contra los 8,000 que él tenia, se encerró en la poblacion. Lagrange quedó gravemente herido: Grimarest no se movió de Tarazona.

Habia llegado Castaños á Calatayud cuando recibió un apremiante aviso de la Central, para que á marchas dobles acudiese á impedir el paso á Napoleon. Hora era ya ó, más bien, no era ya hora; porque se habia acordado poner el remedio, cuando el mal era incurable.

Recibió Castaños el aviso el día 27 de Noviembre, antes del medio dia, y en la misma tarde se dirigió camino de Sigüenza, encomendando la retaguardia al bizarro y entendido general Venegas. Este llegó 24 horas despues á Buvierca, en cuyo punto le alcanzó la division Maurice-Mathieu, reforzada hasta contar cerca de 12,000 soldados, al paso que la de Venegas solo constaba de pocos más de 5,000. Dicho caudillo español defendió el puesto heroicamente sin reparar en el desigual número que le atacaba, y no se dejó vencer, si bien perdió algunos prisioneros; pero logró el objeto que se proponia y que deseaba Castaños, reducido á dejar que

este llegase sin obstáculo á Sigüenza, como llegó en efecto,

La Junta, empero, que le habia mandado volar, más que correr, hácia Somosierra, le sorprendió en Calatayud con una orden por la que se le mandaba entregar el mando al general D. Manuel de la Peña, que era su segundo, y que se trasladase á Madrid, para desempeñar el cargo de presidente de la Junta militar, ó de guerra.

Llegó la retaguardia á Sigüenza el dia 30 de Noviembre, y de allí salió La Peña el 1.º de Diciembre, encargando á Venegas permaneciese en aquel punto hasta el dia 3, y fuese luego á alcanzarle á Guadalajara, como lo verificó dicho general, reuniéndose al en jefe el dia 4. No por esto fué La Peña quien defendió, hasta donde fué posible, el paso de Somosierra, porque Napoleon caminaba más de prisa que el caudillo español; fué el desgraciado D. Benito Sanjuan, á quien haciéndole juntar de rebato y, como vulgarmente se dice, de cualquier modo, las reliquias del ejército de Extremadura, otros restos de divisiones y algunas partidas, puesto á la cabeza de aquel heterogéneo ejército se dirigió animoso á Somosierra.

Llegó Napoleon, seguido del cuerpo de ejército que mandaba el mariscal Victor, con la Guardia Imperial y la reserva, fuerza triplicada de la que Sanjuan tenia; y para que nada faltase en aquel desventurado dia, la reserva, colocada en Sepúlveda y destinada á auxiliar al ejército de Somosierra, abandonó su puesto y se replegó sobre Segovia, á consecuencia de falsas noticias, intencionalmente inventadas y esparcidas entre los que se hallaban en Sepúlveda.

D. Benito Sanjuan, apoyado en su gran corazon y haciendo jugar incesante y diestramente á la poca artillería con que contaba, detuvo en su camino al que siempre se habia creído invicto.

Grande enojo causó á Napoleon el impensado obstáculo que hacia irrealizable su anhelo de llegar á Madrid sin contratiempo alguno, para poder decir que solo su presencia alejaba del campo á los más bravos: para deshacerle mandó cargar á la bizarra caballería polaca que consigo llevaba, mandada por el valeroso y célebre historiador conde Felipe de Segur. Dió este la más brillante carga que jamás se diera; muchos de los polacos perecieron; centenares de ellos mordieron el polvo destrozados por la metralla, mas los terribles polacos lograron decidir la accion llevándose la artillería española.

A este tiempo ya estaba herido el valiente Sanjuan, que por

atajos tuvo que retirarse á Segovia y luego á Talavera, en donde dias despues pereció villana y cobardemente asesinado por los suyos, sin otra causa que la de querer restablecer la relajada disciplina, y poner coto á los desmanes de la soldadesca mercenaria y allegadiza, que quiso imitar los *dignos* ejemplos que tantas veces dieran los soldados de la *civilizacion*.

A este tiempo ya habian sido desempedradas las principales calles de Madrid; habíanse formado barricadas, cavado fosos, colocado algunas baterías á barbata y preparado otros géneros de defensas inútiles.

Los ministros *hispano-franceses* dirigieron una comunicacion al presidente de la Central, en cuyo escrito la representaban los males que podian afligir á la pátria, si se obstinaban en una quimérica defensa; pero la Junta mandó quemar aquel papel, con otros del mismo ministerio, por mano del verdugo, diciendo en un decreto que se publicó el día 25 de Noviembre por *Gaceta extraordinaria*.....

»Igualmente ha decretado (la Junta) que tan infames escritos, en
 »que con dolor se ven firmas españolas, sean quemados por mano
 »del verdugo, y sus autores abandonados á la execracion pública, te-
 »nidos por infidentes, desleales, y malos servidores de su legítimo
 »Rey, y traidores á la Religion, la Pátria y el Estado.....»

La misma Junta habia encargado la defensa de la capital al marqués de Castelar y al general D. Tomás de Morla; aquel mismo Morla valeroso y digno que con pocas líneas escritas de su mano hizo en Cádiz levar anclas á una escuadra inglesa y abochornó á sus caudillos; aquel exagerado patriota tan lleno de excesivo celo, que en el mismo Cádiz se negó á cumplir la capitulacion de Andujar, porque, segun él, los *usurpadores* estaban fuera de la ley, y que, sin embargo, concluyó por ser de los más decididos afrancesados y tuvo la Junta central que ponerle en bando. ¡Miserable y frágil condicion humana, que tales muestras ha dado en todos los siglos, países y ocasiones de la pequenez del hombre!

Cuando Napoleon hubo vencido el paso de Somosierra y quedó sin obstáculo en su camino de la córte, la Junta resolvió trasladarse á Badajoz, nombrando, para el despacho de los asuntos que no diesen espera, una comision compuesta del presidente, conde de Floridablanca, y de los vocales marqués de Astorga, el bailío Valdés, el célebre Jovellanos, el conde de Contamina y el secretario Garay.

No habia en Madrid más guarnicion de tropa regular que



unos 1,600 hombres distribuidos en dos batallones, y un escuadron de gente bisoña; pero el heróico pueblo del Dos DE MAYO acudió al marqués de Castelar pidiendo armas, y este logró reunir y repartir como unos 8,000 fusiles; pero apenas habia municiones, y lo que fué peor y dió lugar á cierta ruidosa escena popular que costó la vida á una muy benemérita persona, se encontraron de los pocos cartuchos que habia, muchos hechos de arena, en vez de pólvora.

Por desgracia, el marqués de Perales, á la sazón regidor, habia intervenido en la construccion de los cartuchos, y el pueblo receló de su fidelidad. No faltó un mal intencionado, sin duda enemigo de aquel buen patricio, que hizo infamemente circular la voz que el marqués de Perales habia recibido algunos regalos del usurpador, con los que se habia corrompido su fidelidad; y como cierta clase de pueblo pasa con tanta facilidad del amor al ódio como de este á aquel, olvidando en un punto lo mucho que habia querido al de Perales, hombre que habíase distinguido mucho por su llaneza de carácter y su prurito de vestir á usanza del pueblo y de familiarizarse con él, acudió en tropel á su casa, la allanó, privó de la vida, de muchas puñaladas, al desventurado é inocente marqués, y colocándole sobre una estera le arrastró por Madrid.

El dos de Diciembre aparecieron por las alturas del Norte las descubiertas francesas: tres horas despues, como al medio día, llegó á Chamartin el mismo Napoleon, y sin detenerse un punto mandó intimar la rendicion á la capital de España.

Además de que otros asuntos de Europa reclamaban la presencia en Francia del gran ambicioso, el 2 de Diciembre era el aniversario de su solemne coronacion y de la célebre batalla de Austerlitz; y para tener un nuevo hecho notable que conmemorar en el mismo día, quiso entrar sin obstáculo en Madrid; pero no pudo realizar su deseo. Habiendo desoido su intimacion, al anocheecer mandó á Victor establecer baterías fuera del Retiro, hecho lo cual intimó por segunda vez la rendicion, valiéndose para parlamentario de un oficial español que estaba prisionero; porque el primero, que era francés, escapó con vida milagrosamente.

Como no era posible resistir sin armas, sin tropas, sin municiones, sin caudillo y sin verdaderas defensas al aguerrido y pertrechado ejército francés, tratóse de convencer á los más fogosos, poniendo ante su vista á sus hijos y esposas y ante su pensamiento lo que, *aun siendo amigos*, acostumbraban hacer los franceses. Por

esto Castelar contestó á la segunda intimacion consultaria á las autoridades.

Rompió el fuego, sin embargo, Napoleon, y haciendo saltar varios pedazos de la débil tapia del Retiro, por las brechas penetró el general Villate, tomando el antiguo palacio, el Observatorio y la magnífica fábrica de objetos de porcelana.

Calculador siempre Napoleon, no quiso avanzar ni causar estorsion ninguna, para no enagenarse aún más y más la voluntad popular en la capital de España, y dirigió á las autoridades la tercera intimacion, encomendándola al duque de Neuchatel. Este regresó acompañado de Morla y de D. Tomás Iriarte, despues de haber mandado cesar el fuego que se habia roto contra los que aparecieron por las inmediaciones del Prado.

Napoleon reprendió ágricamente á Morla por la conducta que observára en Cádiz con los prisioneros de Bailen; y nosotros, que nos vanagloriamos de imparciales y procuramos ser justos, confesamos ingenuamente que sobró á Napoleon razon y justicia para airarse con aquel caudillo español. El invasor terminó su discurso dando de plazo improrogable hasta las seis de la mañana, á cuya hora serian admitidos si entregaban la plaza, y de no haria sufrir á la córte toda suerte de estragos y de horrores.

Decidida la capitulacion, salieron de Madrid el marqués de Castelar y el vizconde de Gante, que, llenos de ira y de dolor, no quisieron presenciar la entrega. Tomaron la vuelta de Extremadura, en busca de la Central, y á las seis de la mañana, como Napoleon habia mandado á Morla, pasó este acompañado del gobernador, D. Fernando de la Vera, al cuartel imperial, con el siguiente proyecto de

CAPITULACION

propuesta por la Junta militar y política de Madrid, á S. M. I. y R. el emperador de los franceses.

CAPITULACION.

Artículo 1.º Conservacion de la Religion Católica Apostólica, Romana, sin que se tolere otra, segun las leyes.

CONTESTACIONES DE NAPOLEON.

Art. 1.º *Concedido.*

Art. 2.º Libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos y residentes en Madrid, y los empleados públicos; la conservacion de sus empleos, ó su salida de esta córte, si les conviniese. Igualmente las vidas, derechos y propiedades de los eclesiásticos seculares y regulares de ambos sexos, conservándose el respeto debido á los templos, todo con arreglo á las leyes.

Art. 3.º Se asegurarán tambien las vidas y propiedades de los militares de todas graduaciones.

Art. 4.º Que no se perseguirá á persona alguna por opinion ni escritos políticos, ni tampoco á los empleados públicos por razon de lo que hubieren ejecutado hasta el presente en el ejercicio de sus empleos y por obediencia al gobierno anterior, ni al pueblo por los esfuerzos que ha hecho para su defensa.

Art. 5.º No se exigirán otras contribuciones que las ordinarias que se han pagado hasta el presente.

Art. 6.º Se conservarán nuestras leyes, costumbres y tribunales en su actual constitucion.

Art. 7.º Las tropas francesas ni los oficiales no serán alojados en las casas particulares sino en cuarteles ó pabellones, y no en los conventos ni monasterios, conservando los pri-

Art. 2.º *Concedido.*

Art. 3.º *Concedido.*

Art. 4.º *Concedido.*

Art. 5.º *Concedido, hasta la organizacion definitiva del reino.*

Art. 6.º *Concedido hasta la organizacion definitiva del reino*

Art. 7.º *Concedido; bien entendido que habrá para los oficiales y para los soldados, cuarteles y pabellones amueblados conforme á los reglamentos militares, á no ser que sean*

vilegios concedidos por las leyes á las respectivas clases. *insuficientes dichos edificios.*

Art. 8.º Las tropas saldrán de la villa con los honores de la guerra, y se retirarán donde les convenga.

Art. 8.º *Las tropas saldrán con los honores de la guerra; desfilarán hoy á las dos de la tarde; dejarán sus armas y cañones: los paisanos armados dejarán igualmente sus armas y artillería; y despues los habitantes se retirarán á sus casas y los de fuera á sus pueblos.*

Todos los individuos alistados en las tropas de línea de cuatro meses á esta parte, quedarán libres de su empeño y se retirarán á sus pueblos.

Todos los demás serán prisioneros de guerra hasta su cange, que se hará inmediatamente entre igual número, grado á grado.

Art. 9.º Se pagarán fiel y constantemente las deudas del Estado.

Art. 9.º *Este objeto es un objeto político que pertenece á la Asamblea del reino, y que pende de la administracion general.*

Art. 10. Se conservarán los honores á los generales que quieran quedarse en la capital, y se concederá la libre salida á los que no quieran.

Art. 10. *Concedido: continuando en su empleo, bien que el pago de sus sueldos será hasta la organizacion definitiva del reino.*

Art. 11. ADICIONAL. — Un destacamento de la Guardia tomará posesion hoy á las cuatro de la tarde de las puertas de Palacio. Igualmente se entregarán á medio día las diferentes puertas de la villa, al ejército francés.

Artículo adicional, escrito por Napoleon.

A medio día el cuartel de Guardias de Corps y el Hospital general se entregarán al ejército francés.

A la misma hora se entregarán el Parque y almacenes de artillería é ingenieros, á la artillería é ingenieros franceses.

Las cortaduras y espaldones se desharán, y se repararán las calles.

El oficial francés que debe tomar el mando de Madrid acudirá á medio dia con una guardia á la casa del Principal, para concertar con el gobierno las medidas de policia y restablecimiento del buen orden y seguridad pública en todas las partes de la villa.

Nosotros los comisionados abajo firmados, autorizados de plenos poderes para acordar y firmar la presente capitulacion, hemos convenido en la fiel y entera ejecucion de las disposiciones dichas anteriormente.

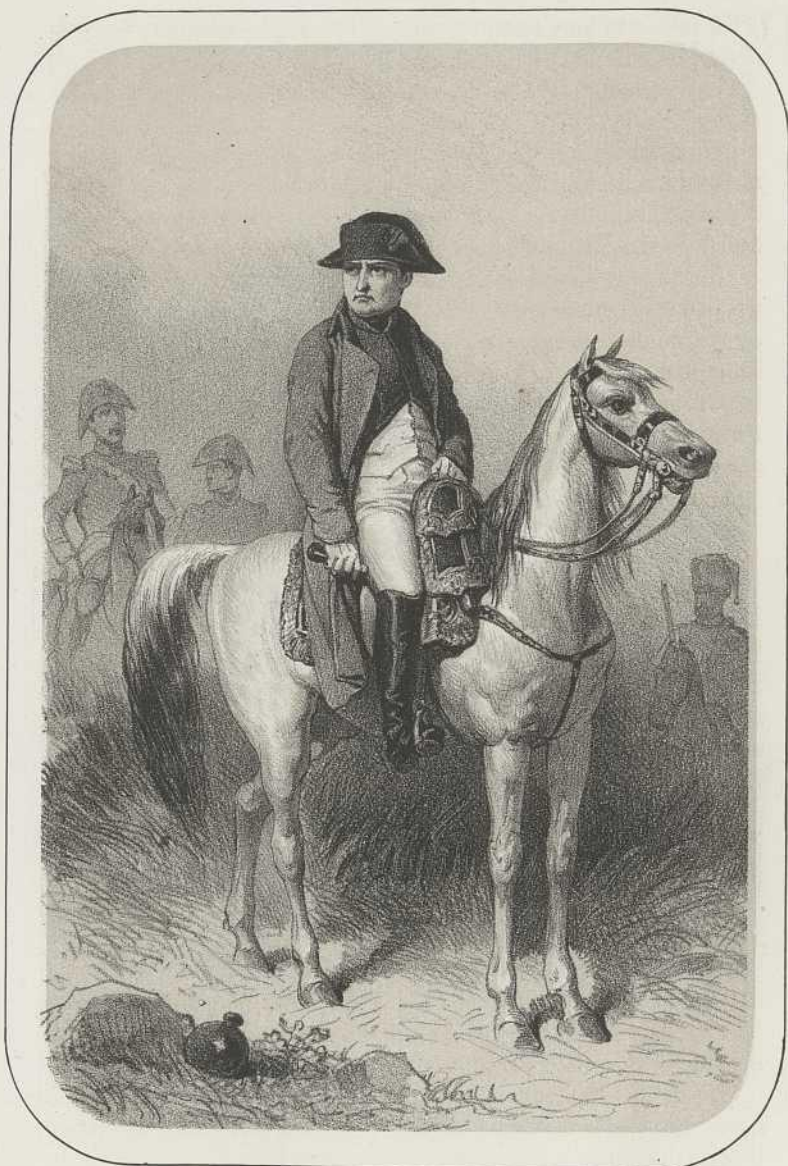
Campo imperial delante de Madrid á 4 de Diciembre de 1808.—*Fernando de la Vera y Pantoja.*—*Tomás de Morla.*—*Alexandre, príncipe de Neufchatel.*

SEGUNDA ENTRADA DE JOSÉ BONAPARTE EN MADRID.

José Bonaparte seguia detrás del ejército de su hermano: ambos estaban muy poco satisfechos el uno del otro. Napoleon echaba de menos en José el ánimo belicoso que á él le sobraba, y resentíale la indiferencia con que veía pelear por su causa, sin tomar realmente parte directa en la sangrienta campaña. José, á su vez, estaba resentido de ver á su hermano disponer como soberano de España, sin curarse de aquel á quien él mismo habia dado aquella rica corona. No queriendo, empero, ceder de su *derecho*, salió de Búrgos siguiendo al ejército francés, y el dia 2 de Diciembre se presentó José á su hermano, en el cuartel general de Chamartin.

La entrevista fué muy poco grata, y el ambicioso Napoleon trató á su hermano con tanta indiferencia, que esto, unido á las disposiciones que como absoluto soberano tomaba en su presencia, hizo al rey de burla decidir su ausencia de Chamartin. Para no hacer un papel ridículo, sin proferir una sola palabra ni darse por sentido, se retiró al Pardo.

En tanto Napoleon, firmada ya la capitulacion que poco hace hemos insertado, en el mismo dia 4 de Diciembre expidió varios decretos; y en el primero faltó á lo solemnemente firmado en la capitulacion de aquel dia, destituyendo en masa á los consejeros de Castilla, de una manera dura y hasta insolente. En dicho decreto decia: *Los individuos del Consejo de Castilla quedan destituidos como*



C. MUGICA, dib^o y lit^o

Lit de J. DONON. Madrid.

Napoleon Bonaparte.



cobardes, é indignos de ser los magistrados de una nacion brava y generosa.

Así como Napoleon no cumplió la capitulacion en toda la parte que no le convino, tampoco, afortunadamente, cumplió la orden bárbaramente dictada contra algunos próceres, orden de que hace poco hemos hablado: por esto el príncipe de Castell-franco, el conde de Altamira y el marqués de Santa Cruz de Mudela, que fueron aprehendidos en Madrid, no fueron pasados por las armas, sino para siempre desterrados de la córte.

Es notable que estando Napoleon tan inmediato á Madrid, rehusase penetrar en él públicamente, cosa sumamente extraña en un hombre tan aficionado al esplendor y al fausto, y que parece debia naturalmente desear hacer público alarde de su *triumfo* y entrar en la córte rodeado de todo su brillantísimo acompañamiento y estado mayor. No falta quien asegure que temió al pueblo de Madrid; pero sea ó nó cierta esta idea, es lo positivo que los dias que estuvo Napoleon en las inmediaciones de Madrid, rehusó constantemente penetrar en él, y solamente entró una vez casi de noche, pues no habia salido el sol y apenas lucía el alba, con el objeto de ver el real palacio, y salió en seguida, sin detenerse ni una hora.

José en tanto, no pudiendo ya hacerse superior á las murmuraciones y al disgusto, dirigió á su hermano una sentida carta, de la cual pueden servir de muestra las siguientes líneas:

«Señor: Urquijo me ha comunicado las medidas legislativas tomadas por V. M. La vergüenza cubre mi frente, delante de mis pretendidos súbditos.

»Suplico á V. M. admita mi renuncia de todos los derechos que me habiais dado al trono de España. Preferiría siempre la honra y la probidad, á un poder comprado á tanta costa.

«Seré, á pesar de todo, como siempre, vuestro más afecto hermano, vuestro más tierno amigo.

»Vuelvo á ser vuestro súbdito, y espero vuestras órdenes para irme donde sea del agrado de V. M.»

Comprendió Napoleon la razon que á su hermano asistía, y de nuevo cedió *sus propios derechos* á la corona de España, en su hermano José. Los expresados *derechos* estaban fundados la vez primera en las memorables cesiones hechas en Bayona, y la segunda *en su conquista*, segun él mismo la llamaba: ¡cómo si pudiera titularse tal su marcha desde la frontera á Madrid! De haberse

empeñado en conquistarla formal y realmente, á esta hora no sería España todavía de los descendientes de Napoleon.

Hecha cesion de lo que por ningun título podia ser suyo, determinó el primer usurpador del mundo que *todos los habitantes de Madrid* prestaran el juramento de fidelidad. Como muestra, empero, de las muchas aberraciones á que está sujeto el entendimiento humano, por recto y claro que sea, diremos que aquel hombre á quien en verdad y justicia no puede negarse un talento superior, se empeñó en que el universal juramento no fuese solo pronunciado con los labios por temor ó compromiso, sino que *habia de ser por fuerza verdadero y cordial*. ¿Podria prescribirse y hacer que se cumpliese, como si fuese una orden de policia urbana?

Las autoridades afrancesadas, no obstante la verdadera imposibilidad de cumplir el mandato del emperador de los franceses, compusieron de modo el asunto, que el dia 10 de Diciembre se le presentó gran número de personas de la córte, en representacion del ayuntamiento, de la nobleza y clero, sin excluir el regular, de los cinco gremios y de los sesenta y cuatro barrios en que, desde tiempo de Cárlos III, estaba dividido Madrid.

Diéronle mil gracias por su *benéfica y piadosa humanidad al aceptar la capitulacion*, y le rogaron *honrra* á Madrid la presencia del *rey José I*. Napoleon les contestó en un largo discurso, en el cual no anduvo ciertamente corto en exagerar los beneficios que habia dispensado y dispensaba á España, siendo muy notable un párrafo en que dijo á la comision, muy parecida á una turba, que *podiera muy bien conservar la corona que habia conquistado, poniendo en cada provincia un virey, en representacion de su persona; pero que, sin embargo, habia determinado hacer á los españoles la gracia de darles un rey*. Concluyó por decir que *todos los vecinos de Madrid* habian de jurar á José en los templos delante del Señor Sacramento, y recomendó á las autoridades que hiciesen á los sacerdotes inculcar al pueblo la idea de fidelidad al nuevo soberano, *en el púlpito y en el confesonario*. Hasta los más sagrados objetos servian para aquel ambicioso sin par, de instrumentos de su insaciable ambicion.

Si adopta el primer medio, hubiera sido España excesivamente *feliz*. Colocado un virey al frente de cada provincia y siendo aquellos los *dignísimos* amigos de Napoleon; aquellos generales que resucitaron los ominosos tiempos de la antigua Roma, mostrándose verdaderos trasuntos de los Galbas y Lúculos, España sin gé-

nero de duda, hubiese estallido mil veces, á fuerza de sufrir humillaciones, de empobrecer y sufrir una diaria y lenta agonía.

Terminada la cesion de *derechos*, volvió Napoleon su vista á Inglaterra, cuyo ejército auxiliar queria destruir, así como los restos del español. Este habia casi por completo desaparecido; y solo existian restos de las antiguas divisiones: hallábanse aquellos en Galicia, Leon, Astúrias, Cuenca, Badajoz, Zaragoza, Cataluña y la Carolina. Los ingleses se hallaban esparcidos por tierra de Salamanca, y Napoleon determinó atacarlos á un tiempo por Extremadura y Castilla, á fin de evitar su marcha á Portugal.

Por aquel tiempo (dia 11) habíase verificado el feroz asesinato del general Sanjuan, en Talavera de la Reina, sin otro motivo que el de haber querido traer á mandamiento á los indisciplinados restos de la tropa fugitiva de Somosierra; y estuvo en muy poco el que sucediese lo mismo al general La Peña. No habiendo llegado á tiempo de socorrer á los defensores del paso de Somosierra, se retiró á Guadalajara; pero como el hambre es tan verdaderamente sediciosa, y además de la excesiva escasez el general fatigaba al ejército sin plan, ni concierto, ni resultado, sublevóse la tropa y á su cabeza se puso un teniente coronel de artillería llamado don José de Santiago. Los insurrectos fueron sometidos y castigados, incluso el teniente coronel Santiago, á quien el conde de Miranda llevó á Cuenca, en donde pagó con la vida su delito, tan repugnante y feo en un militar de honor.

Aquella desagradable ocurrencia movió á La Peña á resignar el mando, lo que verificó en Alcázar de Huete, previo el dictámen de un consejo de guerra, entregándole al duque del Infantado.

Para reemplazar á Sanjuan, el desventurado y benemérito caudillo, fué nombrado el general Galluzo, y con la poca tropa que pudo reunir salió á tomar los puentes y vados del Tajo, entre los cuales distribuyó su escasa hueste, y él se fijó en el de Almaraz.

La disposicion ó situacion de las fuerzas francesas era la siguiente: la caballería del mariscal Bessieres, duque de Istria, se extendia desde Cuenca á Madrid; el mariscal Victor, duque de Belluno, cubria con sus tropas desde Ocaña á Aranjuez; el mariscal Ney, duque de Elchingen, desde Madrid, por Alcalá y Guadalajara, hasta Calatayud; los generales Milhaud y Lasalle estaban en marcha hácia Talavera de la Reina.

En realidad no habia ejército en España, sinó fragmentos y estos muy desorganizados; y en aquellos momentos podia decirse que

España era de Francia; porque aquella corta época fué uno de esos tristes períodos porque atraviesan á las veces las naciones, de aparente insensibilidad, de verdadero marasmo.

El duque del Infantado entró en Cuenca el día 10 de Diciembre con las reliquias del ejército milagrosamente salvadas, así como una buena parte de la artillería.

Seis días después llegó al mismo punto el conde de Alacha con los restos de la división que había mandado el de Cartaojal. Quedó aquella bizarra tropa cortada en Rioja no lejos de Logroño, en un pueblo llamado Nalda; y sin embargo, por en medio de continuos peligros, ya al descubierto, ya por precipicios, caminó hasta Cuenca, haciendo una larga marcha que honraría al mejor ejército y acreditaría al más grande caudillo, llevando consigo bastantes prisioneros adquiridos en su difícil marcha. Escusado es decir que llegó aquella intrépida tropa casi desnuda, descalza, y sin haber tomado otro alimento que el ménos nutritivo, el más escaso y el puramente preciso para no morir.

Por aquel tiempo, la natural exasperación producida por los reveses, por la disminución de esperanzas y por las defecciones de los convertidos en afrancesados, produjo lamentables, pero inevitables desórdenes.

Fueron desgraciadamente víctimas de aquellos un coronel de milicias provinciales en Badajoz, dos prisioneros enemigos, y un antiguo amigo de Godoy; en Ciudad-Real, un canónigo llamado D. Juan Duró, cuyo delito fué solamente sus antiguas buenas relaciones con el príncipe de la Paz; en Malagon, el ex-ministro de Hacienda don Miguel Cayetano Soler, y algunos otros en diversos puntos de España.

Debemos consignar aquí un recuerdo del verdadero heroísmo de los habitantes de Villacañas, los cuales á pesar de haber llegado á dominar los enemigos la muy extensa línea de ambas Manchas, alta y baja, se propusieron que los franceses no profanaran con su traidora planta el suelo de aquel pueblo tan bizarro y leal, y lo consiguieron. Varias veces quisieron entrar en la villa algunas partidas y columnas francesas, pero jamás pudieron conseguirlo: porque siempre fueron rechazados con un tesón, valor y energía superiores á toda ponderación.

Entre tanto la Junta central había pasado de Talavera á Trujillo, desde donde comunicó sus órdenes á los generales españoles y sus acuerdos al inglés Mhoore, dirigidos todos á lograr, haciendo un

supremo esfuerzo, que las Andalucías no fuesen invadidas por el enemigo. Dispuso esto con tanto mayor motivo, cuanto que habiendo desistido de su primer propósito, relativo á fijarse en Badajoz, habia resuelto establecer en Sevilla el gobierno central. Al pasar por Mérida la Junta, ocurrió un suceso notable por lo inesperado y extraño.

El general Cuesta cuya conducta tan problemática habia sido, y que á pesar de sus años no perdía su carácter audaz é intrigante, caminaba con la Junta; más ésta le llevaba como preso y sujeto por medio de un arresto decoroso, á fin de evitar que en aquellos críticos momentos en que se estaba reorganizando el ejército, pudiese ejercer su influjo ni causar alteracion ninguna.

Llegó á Mérida la Junta y se le presentó una comision de la ciudad, apoyada por la Junta de provincia, con el objeto de pedir con gran insistencia que fuese nombrado Cuesta capitán general de la provincia y del ejército de la misma.

No se concibe fácilmente la antedicha peticion, que la Central no esperaba ni podia esperar, atendidos los antecedentes de Cuesta, su carácter, sus circunstancias y la muestra que la Junta habia dado, arrestándole, de su desagrado y disgusto y aún desconfianza. Estas circunstancias eran muy poco á propósito para conferir al anciano general mando ninguno importante, y mucho menos el de una provincia tan vecina de Portugal y el del ejército de aquella.

La comision presentó su súplica á la Central como hija de un deseo tan popular como universal, sin embargo de lo cual aquella no accedió en un principio, si bien concluyó por acceder, mediante las reiteradas instancias y el formal empeño de los peticionarios.

Cuando la Junta se preparaba á internarse en Andalucía, ya amenazaban los franceses forzar el paso de Despeñaperros. Al mismo tiempo apareció en Andujar el marqués de Campo Sagrado, individuo de la Central y comisionado *ad hoc* para promover y apresurar la formación del nuevo ejército.

No pudo el marqués llegar con más oportunidad: habianse reunido los reinos de Sevilla, Granada, Córdoba y Jaen para resolver lo más conveniente, en el estado crítico en que España se hallaba, sabiendo la vuelta de José á la córte é ignorando el paradero de la Junta Central. Por esto los cuatro antiguos reinos andaluces, suponiendo á la Junta disuelta por efecto de las circunstancias, resolvieron unánimemente formar una nueva Junta que

los representase y dirigiese, la cual se establecería en la Carolina. Determinaron, además, dar aviso de su resolución á las inmediatas provincias de Ciudad-Réal y Extremadura, para que se uniesen á las Andalucías, si lo creían conveniente.

En semejante ocasion llegó Campo-Sagrado, manifestó que la Junta no había estado ni un sólo momento disuelta, el sitio en que se hallaba, á dónde caminaba, y la misión de que él mismo venía por ella encargado.

Haciendo las provincias andaluzas un esfuerzo, como de rebato reunieron unos 6,000 infantes y 350 ginetes, que se establecieron en la Carolina, y cuyo mando se dió al bizarro é inteligente marqués del Palacio.

Esperábase de un momento á otro la invasión, si bien en aquellos momentos Napoleon sólo pensaba, con preferencia á todo, en buscar los mejores medios para destruir á los ingleses.

De los restos del antiguo ejército de Extremadura, había reunido el general Galluzo, que substituyó al desgraciado D. Benito Sanjuan, unos 5,000 hombres. Ya dijimos antes que los esparció por los vados y puentes del Tajo, y que él se situó en el de Almaraz. Como era, empero, tan corta la fuerza de que disponía relativamente al objeto, no pudo evitar que el general francés Trias franquease el Puente del Arzobispo y fuese ganando terreno. En virtud de esto Galluzo se retiró á Jaraicejo, desde donde pasó á Trujillo, y el día 28 de Diciembre llegó á Zalamea, punto inmediato á la Sierra que divide la provincia extremeña de las andaluzas.

Ya desde el día 17 hallábase instalada la Junta Central en Sevilla, en donde fué recibida con extraordinario entusiasmo. Había muerto su presidente en el mes anterior (28 de Noviembre), el eminente Floridablanca, viviente y poderosa rémora contra las ideas revolucionarias, que nada tenían de comun ni podían confundirse con las de verdadero y útil progreso; pero que algunos las quisieron confundir siempre, para con el halago del último inocular insensiblemente el veneno de la primera. Fué el difunto conde reemplazado por el marqués de Astorga, personaje más afecto que su dignísimo antecesor á las que se llamaba nuevas ideas, y que debía por ende imprimir un nuevo carácter á la Junta.

Mientras aquella allegaba recursos de metálico y acopiaba armas y reunía hombres, Napoleon continuaba dictando leyes, y su hermano vivía disgustado y sin poder resignarse á las conse-

cuencias de la ridícula posición que ocupaba. Dícese por algunos que le faltaba carácter y energía para oponerse á su hermano. Nosotros, empero, sin que neguemos que respecto de ambas circunstancias habia inmensurable diferencia entre Napoleon y José, diremos todavía que no atribuimos la paciencia del segundo á falta de energía ni de ánimo, sino á carencia de recursos para oponerse á Napoleon, cuyo poder concluiría por confundirle, si trataba de hacer valer lo que llamaba sus derechos. Si José hubiese contado como Felipe V con el decidido apoyo de la nación, se podría haber visto si sufría pacientemente la arbitraria, despótica y hasta despreciativa conducta de su hermano. No tenia, positivamente, á quien volver la vista; y conociendo, como debía conocer, el egoísmo sin igual de su hermano, su acerado corazón y su repugnante impasibilidad, temeria ser sacrificado si no se limitaba á exponer y pedir, y esto muy respetuosamente. Este es, al menos, nuestro juicio.

Cuando hubo concluido de dictar disposiciones, entre las cuales figuró la creación de cuatro batallones y un escuadrón de guardias nacionales en Madrid, y otros en las primeras ciudades de España, proporcionando el número al del vecindario de cada una de aquellas, pasó una gran revista en la Ronda de Madrid á 70,000 hombres de brillantes tropas. Cinco dias despues (23 de Diciembre) nombró á José *su lugar-teniente*, al antiguo rey, dejando bien fortificado el Retiro y guarnecida con 10,000 hombres la corte, y él se alejó de Madrid con los 60,000 restantes, habiendo permanecido en Chamartin veintin dias.

En tanto, franceses é ingleses se miraban y no se acometian; el ejército español estaba reducido casi á cero; Sir John Moore (Moore segun otros) que mandaba en Salamanca las fuerzas británicas, estaba perplejo; porque además de no contar con grandes elementos, habia sabido todas las desgracias experimentadas por los españoles, y no esperaba de ellos grande auxilio. Disponia solamente de infantería; pero logró que se le reuniesen la caballería y artillería que condujo Sir John Hoppe, y contaba, además, con una regular division al mando de Sir David Baird, á quien mandó situarse en Astorga, y allí permanecía.

No sabiendo el general inglés qué determinar, resolvió por fin pasar á Portugal, y ya dió orden á Sir David para que contramarchase á Galicia. No pudo, empero, verificarlo, á consecuencia de los esfuerzos hechos por la Central para impedirlo; y como aquellos

iban eficazmente apoyados por Sir Frére, ministro de Inglaterra en Sevilla, ó sea cerca de los que á Fernando allí representaban, el jefe británico suspendió su determinacion y se resolvió á tomar la vuelta de Valladolid.

Ocurria lo antedicho á 12 de Diciembre, y Mhoore no sabia que Madrid habia capitulado; pero al llegar á Alaejos lo supo de una manera indudable. Los españoles interceptaron un pliego que un oficial francés llevaba al mariscal Soult, á la sazón situado con 18,000 hombres en aquel mismo territorio, vagando sin direccion fija, y llevaron dicho pliego al inglés. Por él supo la entrada en Madrid de los franceses, y el expreso encargo que Napoleon hacia á Soult en el interceptado pliego de que ocupara la tierra llana de Leon y de Zamora, arrinconando en Galicia á sus contrarios.

El general inglés cambió entonces de determinacion; y dejando el camino de Valladolid, determinó marchar en busca de David Baird, á cuyo fin tomó la direccion de Astorga, en cuyo punto permanecia siempre la division de Baird. Hecho esto, pensaba ponerse en combinacion con el marqués de la Romana, que tenia sus tropas, restos de las antiguas divisiones, en Leon.

El día 20 de Diciembre movió su campo el de la Romana, despues de haber pasado revista á 15,000 hombres de los cuales solo pudo contar 8,000 verdaderamente soldados, aunque no todos escogidos, y tomó el camino de Cea. Baird se dirigió á Mayorga, en donde se reunió á Mhoore formando un total de 20,000 á 22,000 hombres de infantería y algunos más de 2,000 caballos. El día 21 el inglés, ya junto á Cea, sentó sus reales en Sahagun.

Soult, inferior entonces en fuerza numérica, no se determinó á librar la batalla y se replegó sobre Carrion, y los ingleses á su vez se replegaron á Valencia de don Juan unos, y á Benavente otros. El ejército inglés dió entonces una muestra de insubordinacion é indisciplina talando y destruyendo, no menos vándalos que los franceses, aunque á la sazón muy *amigos*. So pretexto de quitar *obstáculos* á la defensa y de sembrar dificultades al caminar de los franceses, destruian edificios y cortaban puentes, para que no pudiese pasar el comun enemigo.

No cortaban, empero, puentes de madera ni de barcas, sino los primores de arte, ricas joyas de España y punzante envidia del extranjero, tales como el de Almaraz. Tambien para *defender* á Madrid *creyeron preciso incendiar* la magnífica fábrica de la China, cuyos productos rivalizaban con los que ellos expendian, y perjudicaba á

sus intereses de muy notable manera. Tal era la amistad y alianza de Inglaterra en 1808.

En la ocasion de que venimos ocupándonos, destrozaron y talaron á mansalva; destruyeron el antiguo magnifico palacio de los condes de Benavente, y lo mismo ejecutaron con el puente de Castro González, situado sobre el Esla.

El jefe británico dispuso que el marqués de la Romana impidiese el paso á los franceses si se acercaban, defendiéndole por el puente de Mansilla de las Mulas, camino de Valencia de don Juan hácia Leon. Debíó el de la Romana comprender lo expuesto de la operacion que se le encargaba, y la dificultad de lograr su realizacion. Era el objeto del inglés que no le cercasen los franceses; pero el español debíó decirle que se defendiese á sí mismo, y no le hiciese marchar á una cierta ruina.

Cayeron los franceses sobre los aliados por sorpresa, mandados por el general Franceschi, con dobles fuerzas; y el marqués de la Romana, despues de perder alguna gente y alguna artillería se replegó sobre Astorga, dejando 1,000 prisioneros en poder de Franceschi.

Tambien los ingleses sufrieron bastante, aunque su general al parecer trató de que toda la pérdida recayese sobre los españoles. Habiendo Lefebvre dispuesto que atravesasen el Esla 4 escuadrones de cazadores de la Guardia imperial, encontró y acuchilló en su camino, despues de vadeado el rio, á buen número de ingleses.

Pagó á muy caro precio el francés ésta aventura. Resentido vivamente el general inglés de aquella inesperada pérdida, mientras Lefebvre continuaba orgulloso su camino, hizo revolver sobre sus pasos á todo el grueso de su caballería, parte de la cual cortó todos los caminos, mientras el resto cargaba sobre los escuadrones de cazadores. El resultado fué quedar herido y prisionero el mismo Lefebvre, con otros dos jefes inferiores y unos 60 individuos de tropa.

Este fué el suceso más notable de los que cerraron el agitado, sangriento y terrible año de 1808.

Año 1809.

NAPOLEON EN ASTORGA.

Quando ocurrió lo que de narrar acabamos, ya se acercaban á Astorga por un lado el mariscal Soult, que venia por Leon, y por

Benavente Napoleon en persona. Entre ambos reunian una fuerza de 70,000 infantes y 10,000 caballos, y se reunieron en Astorga al amanecer del dia 2 de Enero. El 31 de Diciembre habian abandonado los ingleses la ciudad.

No habia, en verdad, ejército que pudiese hacer frente á aquella avalancha formada por tantos imperiales. El ejército de la Romana, relativamente reducido á cero, estaba formado de una coleccion de espectros; de hombres que por lo demacrados anunciaban muy de lejos estar famélicos, y que por su andrajoso estado de desnudez antes parecian una reunion facciosa, ó si se quiere de bandidos, que tropas regulares y organizadas. Las inglesas, por el contrario, estaban tan bien equipadas como mantenidas, empero, en un verdadero estado de disolucion, indisciplinadas, llenas de vicios y eran verdaderamente facciosas. Su mismo general en jefe no podia sacar el más pequeño partido de ellas, ni podia hacerse obedecer de unos soldados á todas horas ébrios y encenagados en todos los vicios.

El marqués de la Romana que comprendió lo difícil y expuesto de la posicion del ejército aliado, aconsejó á Mhoore la defensa y resistencia en las fuertes montañas que dividen á Astorga del Vierzo; mas el inglés queria que la Romana con él penetrase, como buscando refugio, en Astúrias, á lo cual no accedió el español.

Como el inglés procedia de tan equívoca manera, y su tropa no ocasionaba sino daños, aseguran que los oprimidos españoles preguntaban: *¿pero son nuestros amigos y defensores los que saquean nuestras casas, destruyen nuestras mejores obras, é incendian nuestros pueblos?*

De tan poco noble y digna manera procedió Mhoore, que determinó marchar por el mejor y más cómodo camino en direccion de Lugo, y dejó á la Romana el casi inaccesible de Fucebadon. Y áun siendo el peor y más expuesto, no le dejó el inglés completamente libre; porque le obstruyó con la division mandada por el general Crawford, que quiso acortiar por aquel ágrío terreno, para llegar cuanto antes al puerto de Vigo.

Interceptado para los españoles el único paso de que podian hacer uso, alcanzaron los franceses á la division de retaguardia, cerca de Turienzo de los Caballeros, perdiéndose casi la mitad de aquella.

Llegó el de la Romana á Valdeorras, dejando un simulacro de guarnicion en el puente de Domingo Florez, y estableció en la

Puebla de Tribes su cuartel general. Napoleon se detuvo en Astorga.

NAPOLEON EN VALLADOLID.

Seria muy largo de enumerar el catálogo de verdaderos crímenes, cometidos por los ingleses en su tránsito; baste decir que ya no pudo Mhoore permanecer impasible, y llegó el caso de mandar fusilar sin forma de juicio á varios individuos de su ejército.

Cuando llegaron á Cacabelos, los alcanzó la vanguardia de Soult: trabóse allí una fuerte escaramuza que costó la vida al valeroso general francés Colbert, y de allí siguieron los ingleses hasta Villafranca.

Los auxiliares, no menos vándalos que los enemigos, aunque doblemente infames por decirse amigos, arrojaron por los precipicios el dinero y vestuarios que iban dirigidos al de la Romana.

Tres dias estuvo Mhoore en Lugo, y de allí salió el dia 8 de Enero en direccion de Betanzos, en donde tambien se detuvo para esperar á los muchos que se rezagaban, sin otro objeto que el de robar en los pueblos del tránsito; y el dia 11 del mismo mes dió por fin vista á la Coruña.

No estaba Mhoore muy inclinado á dar ni aceptar la batalla; empero no podia tampoco moverse, por faltarle medios de transporte.

Napoleon, por su parte determinó retroceder; porque visto el estado del ejército su enemigo, creyó innecesaria su concurrencia, por suponer bastante fuerte á Soult con los suyos: no fué, empero, esta creencia la que le determinó á retrogradar. Habia recibido en Astorga unos pliegos sumamente importantes; las noticias alarmantes que de Austria le habian llegado, le hicieron entrar en consejo consigo mismo, porque creyó encontrar demasiado grave la situacion, y que esta le obligaba á reformar sus planes respecto á los proyectos que agitaban su mente acerca del estado general de la Europa.

Creyó, desde luego, que su presencia en España perjudicaba á sus más caros intereses; y, como hemos antes indicado, determinó volver á Francia, resolucion que sin duda alguna habia de ser gratísima á los españoles.

Despues de encomendar muy encarecidamente á Soult la persecucion y ruina del ejército aliado, tomó la vuelta de Valladolid tan

mal humorado como reventando enojo, á consecuencia de las nuevas de Austria recibidas.

Su primera disposicion tan pronto como llegó á Valladolid, fué la de llamar á su presencia á todas las autoridades y corporaciones, incluidas las eclesiásticas.

Uno de los individuos del ayuntamiento tuvo la desgracia de cortarse, al dirigir al tirano un discurso. Este accidente tan comun en los que no tienen costumbre de hablar con elevados personajes y que siempre sirvió para que nuestros reyes, todos, diesen ánimo con su semblante y sus palabras al que se habia cortado, airó al déspota de Europa hasta tal punto, que arrojó del salon al infeliz turbado, mandando al mismo tiempo presentarse á cualquier otro que *supiese mejor su oficio*: tales fueron sus palabras.

Esto, empero, fué lo de ménos; lo de más fueron los infinitos sangrientos castigos con que aquel *pigmeo*, siempre subyugado por sus pasiones y por consiguiente *pequeño* como todo el que subordina el espíritu al cuerpo, ensangrentó la ciudad y aterró á los vallisoletanos.

Tomó por pretexto el haber sido asesinados algunos franceses tiempo antes: mas no esto sino la ira que en él habian despertado los despachos recibidos de Austria, le hicieron ensangrentarse de una manera cobarde, que prueba su mal corazon y su natural fiereza.

Cuando ya se alejaban de la presencia de Napoleon los individuos del ayuntamiento, mandó éste que los alcanzasen y los prendiesen, para hacerles saber que si no le presentaban para las doce de la noche á los asesinos de los precitados franceses, haria irremisiblemente ahorcar á cinco de los concejales.

Mostráronse aquellos muy dignos y enérgicos ante el arbitrario tirano, incluso el que se habia antes cortado; pero tenia aquel toda la fuerza y no sabemos qué hubiese sucedido, á pesar de la intervencion importante del español Hervás de quien el lector recordará el nombre unido al de Savary, á no haber mediado el corregidor de Valladolid.

Este, recién nombrado, llamado Chamochin, designó como principal causante de los asesinatos á un cierto curtidor llamado Domingo. Ignórase si la denuncia estuvo fundada en razon, ó si la hizo Chamochin á la manera del que hace un experimento *in anima vili*.

Coincidió con la denuncia el encuentro en casa del procesado de algunas prendas de vestuario del ejército enemigo, y Domingo fué condenado á la horca, en union con dos de sus criados.

La esposa del curtidor, á quien se cita como muy bellísima mujer, se arrojó á los piés de Napoleon inundada en lágrimas, y Her-vás y otras muy notables personas la auxiliaron en sus ruegos. Entonces el *justo* Napoleon indultó al curtidor, pero hizo ahorcar á sus dos criados: nueva prueba de la inquebrantable equidad del tirano. Vea ahora el lector de qué modo hablaba el mismo Napoleon de estos sucesos, en su correspondencia epistolar con su hermano José:

«He hecho prender, le decia, doce de los más bribones y los he mandado ahorcar.» Por lo visto no fueron los dos infelices domésticos del curtidor Domingo las únicas víctimas de la repugnante ira de Napoleon, el cual decia en otra carta á su hermano lo siguiente:

«La operacion que ha hecho Belliard es excelente. Es indispensable mandar ahorcar unos cuantos bribones. Mañana lo serán aquí por órden mia siete, cuya presencia tenia aterrados á los habitantes..... Forzoso es hacer otro tanto en Madrid. No deshaciéndose de un centenar de alborotadores y de ladrones, es como si nada hubiéramos hecho. De estos ciento mandad ahorcar ó fusilar doce ó quince, y envidad luego los demás á los presidios de Francia. Yo no he tenido tranquilidad en mi imperio hasta que mandé arrestar doscientos vocingleros, y conducirlos á las colonias. Desde entonces el espíritu de la capital cambió, como se cambian los telones al sonido de un silbato (6 de Enero).»

«..... Los alcaldes de corte de Madrid han perdonado, ó condenado solamente á presidio á los treinta bribones arrestados por Belliard. Es preciso que sean juzgados de nuevo por una comision militar y fusilar á los culpables. Mandad que los individuos de la Inquisicion y del Consejo de Castilla sean trasladados á Búrgos, así como los cien pícaros que Belliard hizo arrestar.—Las cinco sextas partes de los habitantes de Madrid son buenas, pero las gentes honradas se exaltan movidas por la canalla.... En los primeros momentos con especialidad creo necesario mostréis un poco de rigor con la canalla, porque esta solo ama y estima á los que teme, y su temor puede por sí solo hacer que seais amado y estimado por la nacion entera. (14 de Enero).»

DECRETO DE NAPOLEON, EXPEDIDO EN VALLADOLID.

«Napoleon I, emperador de los franceses, rey de Italia, etc.

»Considerando que un soldado del ejército francés ha sido asesinado en el convento de dominicos de Valladolid; que el asesino, que era un criado del convento, ha sido cobijado por los frailes (término muy propio de un real decreto): hemos ordenado y ordenamos lo siguiente:

»Artículo I. Los frailes del convento de San Pablo dominicanos de Valladolid, serán arrestados, y lo estarán hasta que sea entregado el asesino del soldado francés.

»Art. II. Dicho convento será suprimido, y sus bienes confiscados y aplicados á las necesidades del ejército (esto era lo más importante), y á indemnizar á quien corresponda. Cuartel general de Valladolid á 9 de Enero de 1809.»

Dejemos por ahora á Napoleon, puesto que otro asunto urgente reclama nuestra atencion ahora.

BATALLA DE LA CORUÑA.

El dia 11 de Enero llegó el ejército inglés á dar vista á la Coruña, sin que hubiese dejado Sault de perseguirle ni un instante. Mhoore mandó volar el puente de Burgo, casi en el momento en que apareció la vanguardia francesa, la cual por sí y auxiliada por las brigadas que iban sucesivamente llegando, rehabilitó el puente mientras los ingleses embarcaban en aquel puerto á sus enfermos y heridos, en los buques que de su nacion esperaban y acababan de llegar. Tambien embarcaron el parque y todo el material de guerra, excepto una batería comun que unida á otra española, se reservaron para en el caso de trabarse el combate.

Habian los franceses empleado casi tres dias en la reparacion del puente; y ya el 16 pudieron atravesar y tomar posiciones con resolucion de librar la batalla; resolucion que tambien adoptó Mhoore, á pesar de los consejos que en contrario le daban, instándole para que capitulara y se embarcara.

Las fuerzas estaban casi equilibradas; cerca de 20,000 hombres tenia Sault, y Mhoore unos 17,000 pero muy escogidos, y mandados por los generales Hoppe, Baird, Fraser y Paget.

Tomadas posiciones, la division Delaborde cargó con gran de-

cision y arrojó el ala derecha de los ingleses, y cinco minutos despues se generalizó la accion, ocurriendo combates parciales que pusieron muy alto el valor de amigos y enemigos.

Temió Mhoore que comenzase la trepidacion en sus tropas, porque el general Baird cayó herido del caballo al suelo, y bizarramente, pero con notoria desgracia, acudió Mhoore á sostener á los suyos, recibiendo en el hombro izquierdo una bala de cañon que le derribó en tierra. Cuéntase que se incorporó varias veces con ánimo superior, para ver el estado de la batalla; y que se regocijó al observar que los ingleses avanzaban. A pesar de su resistencia sacáronle del campo, y cinco horas despues dejó de existir.

No obstante la desaparicion primero, y la muerte despues, del general en jefe, mandados por Sir Hoppe continuaron los ingleses la batalla, que duró hasta muy entrada la noche. Las sombras separaron á los combatientes, sin que en realidad pudiesen unos ni otros cantar la victoria. Sin embargo, cantáronla despues los franceses, así porque con mucho menos motivo acostumbraban hacerlo, como porque los ingleses determinaron embarcarse, como en efecto lo hicieron el dia 17, durando la operacion todo el dia y casi todo el siguiente.

Bien comprendió la Coruña, ó sus moradores comprendieron, que Soult libre de los llamados auxiliares de España, cargaria sobre la plaza; y cuando los franceses se acercaron á quella, comenzaron por resistir resueltamente. Estaba, empero, la Coruña, como todas las plazas españolas, mal fortificada, peor defendida, y sin guarnicion. Ni habia víveres ni municiones suficientes, y por lo tanto carecian los coruñeses de medios de defensa. El gobierno de Cárlos IV habíase parecido mucho al de Witiza: éste facilitó la invasion de los agarenos, como aquel la de los franceses; el primero por su connatural infamia, el segundo por su habitual indolencia y por el descuido de su favorito, descuido hijo de su desapoderada ambicion, que no le dejaba tiempo para pensar en más que en elevarse.

Preparó Soult un sitio en toda regla, auxiliado por los generales Delaborde, Mermet y Merle; y aunque el general Alcedo, que mandaba en la Coruña, hubiese resistido por su gusto y por que así lo prescribia su deber, el estado de la plaza y el no contar sino con el desarmado pueblo para la defensa, le hizo capitular con Soult en la mañana del 19, penetrando aquel en la plaza para proclamar acto continuo y hacer reconocer y jurar á José I.

Sin perder un momento mandó Soult á Mermet, con tropas suficientes, apoderarse del Ferrol: no podia el francés olvidar aquel magnífico arsenal, cuyo estado de resistencia no era más aventajado ni más defendible que el de la Coruña. Resistió, empero, el Ferrol casi ocho dias, á pesar del mal efecto que allí habia producido la pérdida de la Coruña; mas habiéndose apoderado los enemigos de los castillos de San Martin y la Palma, la defensa fué haciéndose imposible, y el 27 quedó el Ferrol por los franceses, causando esta gran pérdida el enojo de la Junta central contra los que habian cedido á la necesidad y la fuerza, como si á nadie le fuera dado hacer milagros, y como si ella misma tuviese derecho á ser severa con los que se hallaban desprovistos de todo género de medios de defensa, y menos aún cuando la misma Junta no les auxiliaba de manera alguna. Debemos añadir que con el Ferrol se perdieron *siete navios, tres fragatas* y varios buques menores, que hallábanse anclados en aquellas aguas.

ARAGON.

SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA.

A fines del año 1808 y á consecuencia de la rota sufrida por los nuestros en Tudela, segun el lector recordará, habiase estendido por Aragon el tercer cuerpo de ejército francés, mandado por Moncey. Pocos dias despues llegó Mortier con el quinto cuerpo, compuesto de 18,000 hombres, que unidos á los de Moncey dieron un total de 34,000 combatientes.

Dejábase comprender la proximidad del sitio, así por las fuerzas militares que el invasor iba aglomerando, como por la aparición de un abundantísimo tren de batir y todo género de útiles de sitio que llevó consigo el general Lacoste, despues de haber hecho trasladar de Pamplona 60 cañones de diversos calibres.

Poco despues no pudo quedar duda de la intencion del invasor, y Palafox, que continuaba mandando en la plaza pasó revista á los defensores y encontró reunidos intramuros de 27 á 28,000 hombres, entre tropa regular y paisanos armados, con sesenta cañones de todos calibres. Era segundo cabo de la plaza el general Saint-March, y el mando de la artillería é ingenieros se habia, respectivamente dado á Villalba y San Genís, y á Butron, procedente del cuerpo de Guardias de Corps, dió Palafox el mando de la caballería.

Al comenzar el año 1809 ya se habia perdido el Monte-Torrero, sin que ocurriese más suceso notable que éste en favor de los enemigos, ni más en favor de los nuestros que el siguiente:

En la misma tarde en que el Monte-Torrero quedó en poder del invasor, el general Gazan, francés, habia avanzado en direccion de la plaza, y con buena fortuna deshizo cinco compañías de suizos, asalariados por España. Como aquellos formaban el núcleo de un cuerpo avanzado, Gazan intrépida y confiadamente cargó sobre tres baterías españolas, situadas en un arrabal.

Estaba confiada la defensa á D. José Manso, y bajo sus órdenes mandaba la artillería un coronel llamado Velasco. Este hizo un uso tan acertado y oportuno de los cañones, y tan bizarramente procedieron Manso y los suyos, que Gazan, despues de sostener una encarnizada lucha, tuvo que declararse en retirada, dejando sobre el campo setecientos muertos.

Moncey, el único enemigo que procedió siempre digna y humanamente sin jamás contradecirse, que recordaba lo ocurrido durante el primer sitio y que vió el destrozo hecho por los españoles en las tropas de Gazan, remitió á Palafox una sentida comunicacion dándole, segun su modo de pensar, razones en favor de la capitulacion, y á la cual el general aragonés contestó en sentido negativo.

Al comenzar el año 1809, Zaragoza estaba perfectamente circunvalada; habian sido atacadas diversas baterías; Butron habia salido con sus caballos, dado una brillante carga y cogido casi tres compañías prisioneras, y todo hacia prever á los franceses que se preparaba una segunda edicion del primer famoso sitio.

Habia ya comenzado el año, cuando fué relevado Moncey por Junot. No era posible que el carácter de aquel inspirase gran confianza á los que se gozaban con el derramamiento de sangre, con las crueldades y las violencias; y si no le quitaban el mando, no era por otra cosa sino porque no podian desconocer su inteligencia y su valor, sin olvidar sus grandes méritos. Por lo demás, un general humano, conciliador, defensor del vencido, galante protector de la mujer y del débil y enemigo del latrocinio y del incendio, no podia ser mirado en el ejército imperial sino con disgusto, y como una verdadera ave-fénix.

Ya depuesto Moncey, Mortier con la division Suchet se trasladó á Calatayud: supónese que esta operacion tuvo por objeto franquear el camino entre Madrid y Zaragoza; y para que aquella des-

membracion de fuerzas no se hiciese notable en el sitio, fueron las que marcharon reemplazadas por otras, llegadas apresuradamente del territorio navarro.

Pasaron algunos dias sin que se disparase un tiro; empero no por esto estaban mano sobre mano los ingenieros y zapadores. El dia de los *Reyes* (6 de Enero), ya llegaba la segunda paralela á cuarenta toesas del fuerte San José, convento de rebato é improvisadamente fortificado, y quedaron en bateria contra él 30 cañones, que igualmente amenazaban al puente del Huerva, hecho lo cual se rompió un fuego mortífero. Por la tarde quedaron apagados los fuegos españoles por aquella parte, sin que el sitiador obtuviese otra ventaja, hasta que á las altas horas de la noche quedó por suyo el convento.

Continuó el sitio lentamente, hasta el dia 15 (Enero) en que fué arrasado el reducto del Pilar; y poco antes de las nueve de la noche asaltaron los franceses el antepuente del Huerva, y los españoles, pasando á nado el rio, volaron el puente.

Era, empero, muy crítica la posicion de los sitiados que habian perdido todas sus principales defensas, de la cual podia contarse como principal el Monte-Torrero.

Los franceses no tomaban un punto de reposo. Habian emprendido una tercera paralela y formado baterías y contra baterías, que daban un total de sesenta cañones. Determinaron despues pasar el Huerva á toda costa, á cuyo fin constituyeron apresuradamente varios puentes defendidos por espaldones, mientras las tropas españolas hacian intrépidas salidas y los paisanos coronaban en reemplazo de aquellas las murallas. Faltaba, empero, que apareciese una nueva y aún más destructora calamidad, casi siempre inseparable compañera de la guerra, que es el mayor azote de los pueblos. Guerra y hambre y peste, rara vez se dividen: la primera diezmaba á Zaragoza; la segunda se presentía, pero aún no se dejaba sentir; mas la tercera ya asomaba su fatídica y horrible cabeza. Habia para esto sobrados motivos, como siempre ocurre en los sitios.

Como, sobre cuanto ligeramente hemos apuntado, el bombardeo era incesante, toda la gente más tímida por sus años, sus achaques, sus circunstancias y todos los incapaces de llevar las armas, se refugiaban en sitios insalubres y fétidos, que eran excelentes para los refugiados, si servian para libertarlos del estrago del destructor proyectil. Agregábase á esto la mala calidad de los alimentos, en

alto grado nocivos á la salud; porque los menos malos, que ya escaseaban, estaban reservados á los que peleaban. El aire, por otra parte, estaba impregnado de miasmas deletéreos, producidos por los cadáveres insepultos de los que gloriosamente habian succumbido, y que yacian en las calles, ya de muchos dias. Malos, en verdad eran estos elementos para la conservacion de la salud pública, la cual forzosamente vino á alterarse, y comenzaron los enfermos á multiplicarse, y pronto se declaró una terrible y mortífera epidemia.

Aquellos denodados varones, no por esto se rindieron. Luchando casi con el hambre asoladora; haciéndose superiores al azote de la matadora peste; desafiando á la muerte frente al acero y plomo enemigos, la mortandad y la sangre enardecia aquellos corazones privilegiados, y á los sanos lo mismo que á los impulsados por el ardor febril; á los alimentados lo mismo que á los famélicos, el amor de la patria los nutría, los sanaba y los santificaba.

Peró tampoco los sitiadores nadaban en la abundancia: ya en el campamento comenzaban á escasear los víveres, y estaba el invasor reducido á tomar tres cuartos de racion, y amenazado de quedar á media. Debíase esto á que los valientes aragoneses de aquella comarca, armados de sus incomparables trabucos, habian formado diversas columnas volantes, esclusivamente dedicadas á molestar á las de los franceses destacadas en busca de víveres: por manera, que llegaron los sitiadores á no recibir más racion que de pan, y ésta muy mermada.

Prodigios de valor hicieron los aragoneses, hasta llegar á batirse en campo abierto con las tropas del general Berthier, cerca de Alcañiz. Por Villafranca no causaba menores estragos á los sitiadores uno de los que en otras ocasiones son titulados *cabecillas*, llamado D. Felipe Perena, el cual llegó á reunir cerca de 5,000 hombres, que no parecian sino los antiguos almogavares resucitados.

Sin duda el gobierno intruso atribuía la duracion del sitio al sucesor de Moncey, y le destituyó reemplazándole con el mariscal Lannes.

Llegó el nuevo general el dia 26 de Enero á las líneas del sitio, y en el acto dispuso se estrechase aquel por la parte del arrabal; á Morthier le mandó continuar en tierra de Calatayud, y á Gazan despejar las inmediaciones de Zaragoza, de los aragoneses que impedían el libre tránsito.

Redoblando el fuego de cañon, quedaron practicables tres bre-



chas; una por la parte del fuerte San José, otra por un molino, y la tercera por la parte de Santa Engracia.

Es inexplicable, verdaderamente indescriptible, el cuadro que la plaza presentaba, pocos momentos despues de atacar las columnas francesas. Las balas de fusil y cañon, de todos calibres, la metralla, las granadas, chocaban y giraban por el espacio, más abundantes que descende á la tierra el granizo en día de aterradora tormenta. Al mismo tiempo reventaban minas, volaban hornillos, oíase el estridente fragor de los aceros que unos con otros chocaban, iluminaba el espacio la siniestra luz de los fogonazos y disparos, todo era estrépito y fuego, y sangre, y muerte, y terror y lamentos é imprecaciones y ayes y desolacion. ¡Quién podría describir aquella inespllicable é infernal escena!

Lograron, por fin, apoderarse los bárbaros invasores de los conventos de Capuchinos y de las Descalzas; pero los sitiados penetraron en ambos, y ya lanzaban á la bayoneta á sus contrarios, cuando estos imprevistamente se vieron apoyados por nuevas columnas francesas mandadas por el general Morlot, y los españoles tuvieron que replegarse y ceder al número; no al valor ni la fuerza. Al mismo tiempo la lucha se encarnizaba dentro de las casas más próximas á las tres brechas.

Hasta dónde llegaría el heroísmo de los zaragozanos, lo dice bien el mismo mariscal Lannes, en las siguientes líneas, dirigidas á Napoleón:

«Jamás ví, señor, un encarnizamiento parecido al que muestran nuestros enemigos en la defensa de la plaza. He visto á las mujeres dejarse matar delante de la brecha..... El sitio de Zaragoza, en nada se parece á nuestras anteriores guerras. *Para tomar una sola casa, nos vemos precisados á hacer uso del asalto ó de la mina.* Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento tal, que no es fácil formarse de él idea. En una palabra, señor, *esta es una guerra que horroriza.* (Esto decia un mariscal de Francia muy valeroso, y acostumbrado, de muchísimos años, á todos los horrores de la guerra).

»La ciudad arde en estos momentos por cuatro puntos distintos, y lueven sobre ella centenares de bombas; *pero nada basta para intimidar á sus defensores.*»

Creemos que basta lo dicho para comprender todo lo heróico de aquella noble y santa lucha, en la cual todas las desventajas estaban de parte de los bizarrísimos defensores. Las palabras de

un enemigo tal como Lannes, son el mejor y más cumplido elogio de aquella inaudita y sin par defensa.

Y á pesar de todo, despues de escribir las preinsertas líneas el mariscal sitiador á Napoleon, el dia 28 de Enero envió un parlamentario á la plaza proponiendo capitulacion, el cual llevó por toda respuesta: *Mientras se mantenga en pié una sola tapia, defenderemos nuestro suelo.* Admirable teson, digno de las remotas épocas en que tan comunes y familiares eran las hazañas, que muchos han supuesto vinculadas en los héroes de la antigüedad. Nosotros, empero, creemos con un ilustre historiador que floreció en el siglo XVI, el sábio y erudito jesuita Favian de Estrada, que *el obrar las hazañas no es don de los tiempos sino de las personas.*

Desechada la capitulacion, continuó la lucha. Tres ataques dieron los enemigos á los conventos de San Agustín y de Santa Mónica y tres veces fueron rechazados con grandes pérdidas, viéndose, por último, obligados á desistir y retirarse, habiendo ocurrido en aquellas inmediaciones un episodio, entre otros que no es posible referir, porque sería inacabable tarea. Para tomar una sola casa los franceses, tardaron *siete horas*; tuvieron que irse apoderando *piso por piso y pieza por pieza*, sucediendo lo mismo con las demás de aquella manzana, en la cual dejaron los franceses, muertos y heridos, *ciento treinta y siete* hombres.

Leamos lo que copia el erudito Lafuente de un autor francés: «Cuando se lograba entrar en una de ellas, dice un historiador francés, ora por las aberturas que habian practicado los españoles, ora por las que hacian nuestras tropas, lanzábanse sobre ellos á la bayoneta..... Pero frecuentemente solian dejar tras de sí ó en los desvanes, algunos tenaces enemigos....., y nuestros soldados tenian bajo sus piés ó sobre su cabeza combatientes que disparaban á través de los pisos..... A veces solian poner sacos de pólvora en las casas, cuyo primer piso habian conquistado, y hacian saltar los techos y á los defensores que los ocupaban. En otras hacian uso de la mina y volaba el edificio entero. Mas cuando la destruccion era muy grande, veíanse obligados á marchar á descubierto de los tiros de fusil, y la esperiencia de algunos dias les enseñó á no cargar la mina con exceso.....»

A costa de sangre, de pérdidas y de muertes, lograron los franceses apoderarse de dos ó tres conventos y de algunas casas; pero muchas de estas estaban ya minadas y volaban con los invasores, que caian en trozos sobre la tierra. En otras, *sus mismos propieta-*

rios, atentos á presenciar la entrada en ellas de los franceses, tan pronto como veían salir al último español, las incendiaban por los cuatro costados.

En cuanto á los franceses que peleaban por las calles, tenían que ir parapetados con gruesos tablones, convertidos en ambulantes parapetos; y, por último, creemos decir cuanto es posible con afirmar que para *llegar al Coso, nada más, los enemigos, invirtieron TRECE DIAS*, esto es, desde el 26 de Enero al 7 de Febrero. Murieron el general de division Rostoland y su compañero Lacoste, muy entendido ingeniero; quedaron mortalmente heridos dos generales de brigada y mal heridos otro de igual clase, cinco coroneles y otros muchos jefes y oficiales. De la clase de tropa pasaron de novecientos muertos; y los heridos fueron innumerables. Entre los muertos se contaron diez y siete oficiales de ingenieros. No necesitamos decir más, sobre aquella heroica defensa.

Lannes, al ver tan diezmadas sus huestes, mandó no se pelease á cuerpo descubierto, y que solo se hiciese uso de la zapa y de la mina. Y á todo esto, el hambre crecía y la epidemia se desarrollaba. ¡¡Cuánto valor y cuánto patriotismo!!

Siendo la nueva manera de atacar propia para evitar los daños que el pelear dentro de poblaciones acarrea siempre al sitiador, pero no para evitar que las líneas exteriores se estrechen y avancen, dió Lannes orden á Gazan, para que atacara el arrabal, lo que verificó bizarramente.

Hizo muy grande estrago, merced á cinco baterías comunes que consigo llevaba, y á favor de las cuales se apoderó del convento de Jesús; empero al atacar al de San Lázaro, en la misma margen del Ebro, fué valerosamente rechazado.

Volvió con triple fuerza y cuádruple artillería, y penetró por fin. En la escalera principal encontró un centenar de españoles que le obligaron á ganar escalon por escalon; le detuvieron cerca de tres horas, le hicieron perder casi 200 hombres y no le dejaron paso hasta que perecieron 60 de los 100. Los 30 restantes, con un ánimo que es á todo lo más animoso incomparable, se abrieron camino por entre los franceses, atónitos é inmóviles al ver tan desusado valor.

Pero una vez tomados aquellos puntos estratégicos, quedaba cortado á los españoles el camino del arrabal, y érales imposible regresar á él. A consecuencia de esto, el valor no disminuyó porque no era posible, empero se multiplicaron las desgracias. Cerca

de 2,000 españoles quedaron fuera de combate en aquel día, incluyendo con los muertos y heridos los prisioneros.

Llegó ya un día en que el hambre se hizo sentir demasiado, y al mismo tiempo la epidemia había llegado á un grado tal de desarrollo, que arrancaba del mundo diariamente más de trescientas personas por día, en una población que entonces constaba de 100,000 almas.

Al mismo tiempo seguía sin interrupción la lucha; los franceses mandaban tropas de refresco; las cansadas regresaban á su campo y en él permanecían algunas horas, mientras las descansadas se batían y procuraban ganar terreno; los defensores no se relevaban, porque no era posible, y sin embargo, no se rendían al enemigo, ni al cansancio.

Son tantos los gloriosos episodios que ocurrieron en la memorable defensa de que nos venimos ocupando, que ellos solos darían materia para escribir algunos tomos, y no es posible referirlos todos. Añadiremos á lo ya referido y como una muestra de que el espíritu y el cuerpo de aquellos héroes eran infatigables, uno de los muchísimos sucesos parciales, que puede servir de verdadera muestra de los demás.

En el trayecto que dividía al Hospital de dementes del convento de San Francisco, abrieron los pérfidos franceses una mina, en la que encerraron treinta arrobas de pólvora, medio el más cobarde y repugnante de deshacerse de los enemigos. Aplicado el fuego á la mina, voló con horrísono fragor toda la parte minada, lanzando al espacio á 120 soldados del regimiento de Valencia; y por en medio de aquella horrible mina atravesaron los imperiales y cargaron á la bayoneta sobre los españoles que ocupaban el convento. En medio de aquel destrozo, del fuego de unos y otros, del inminente peligro, de los lamentos, de las imprecaciones, varios españoles subieron impávidos al campanario del convento, abrieron hueco suficiente en el tejado de la iglesia, y por aquella grande é improvisada aspillera lanzaron tal número de granadas de mano, que los franceses, cuando se creían dueños del disputado terreno, tuvieron que abandonarle, puestos en verdadera y vergonzosa fuga.

En medio de tan terribles circunstancias, cuando apenas había una familia que pudiese alimentarse ni áun menos que medianamente; cuando ya las víctimas de la asoladora epidemia pasaban de 350 y se acercaban á 400 diarias; cuando todo era en la ciudad

ruinas y escombros, sangre y cadáveres; cuando todo era luto y desolacion y horror y muerte, trataron los bárbaros y aborrecibles enemigos de capitulacion; y el voto general de los zaragozanos fué que *se ahorcase sin consideracion al que hablase de rendirse ó mostrara abatimiento.*

Por desgracia la epidemia que á nadie respetaba, atacó tambien al caudillo defensor, al general Palafox, y esta desgracia produjo más efecto en los bizarros é inimitables defensores, que todos los estragos ocasionados por el enemigo. En virtud de tan desgraciado incidente, tomó el mando de la plaza la Junta, presidida por D. Pedro María Ric, con lo cual comenzó á faltar esa homogeneidad impresa á todas las determinaciones, en su pensamiento y en su ejecucion, que es hija de una sola y enérgica voluntad.

Continuaron aún muchos dias las minas y contraminas; las cargas rechazadas; el fuego de bala rasa, y el de metralla y el bombardeo; y de cada cien defensores, sesenta estaban enfermos y todos famélicos. La mortandad era horrorosa; el infeliz que era atacado por la epidemia, no podia encontrar quien le asistiese y estaba condenado á morir sin recibir ningun auxilio. Y como á medida que los franceses cargaban cada momento nuevos refuerzos y elementos nuevos, crecia el teson de los escasos defensorés, que la poblacion habia disminuido casi en dos terceras partes; queriendo poner un término á tanta desolacion y tanto estrago, la Junta invitó á una sesion á los bizarros jefes militares que dirigian la defensa, á fin de ponerse de acuerdo con ellos.

Aun á pesar de tanto como hemos referido, estuvieron discordes los pareceres: más de la mitad de los vocales decidieron perecer antes que capitular con el infame invasor; algunos resueltamente opinaron, que, *pues en la defensa habian superado* (y era verdad) *los zaragozanos á los numantinos, los imitasen en el desenlace del sitio.* En efecto, muchos quisieron que sucumbiese hasta el último zaragozano, dejando á la ciudad presa de las llamas; así como así, á aquella hora casi no era otra cosa que un informe monton de ruinas.

Hubo por fortuna una voz bastante elocuente, que supo convertir en mayoría la minoría; y á nombre de Palafox, aunque enfermo, se mandó á Lannes un parlamentario con el mismo proyecto de capitulacion que aquel habia enviado dias antes á la plaza, ligeramente modificado.

Lannes, que tenia á sus tropas bastante hambrientas, diezmadás,

abatidas de tan obstinado trabajo é insoportable fatiga, y lo que era peor todavía, tan disgustadas que comenzaban á mostrarse muy próximas á una sedicion, no deseaba otra cosa más que capitular; pero quiso dar una rotunda negativa, con el objeto de hacer que sus proposiciones fuesen aceptadas sin ninguna variante.

Hemos dicho que se mostraban los soldados franceses muy pre-dispuestos á la sedicion, porque á voces y sin temor á sus jefes se decian unos á otros: *Pero ¿en qué piensan los jefes? ¿Se les habrá olvidado su oficio, ó nos habrán traído aquí expresamente para que pe-rezcamos! Que aguarden á nuevos refuerzos y nuevo material para enterrar á esos furiosos (los heroicos defensores) bajo las bombas, y no que nos obligan á dejarnos matar uno á uno, por la triste gloria de apoderarse de algunos sótanos y desvanes! ¡qué tal estaría á aque-lla hora la ciudad!*

En este sentido estaba el ejército sitiador, y Lannes, que lo sa-bia y que procuraba animar y contener á sus soldados, todavía creyó no deber aceptar modificacion ninguna, y en virtud de la negativa se trasladaron al campamento francés varios individuos de la Junta, con su presidente á la cabeza, despues de acordada una suspension de hostilidades.

En la entrevista estuvo poco prudente el mariscal francés, y el presidente le contestó con la acritud que merecia. Tenian los fran-ceses la poca vergüenza de pretender tener razon para airarse, porque no se les dejaba tomar libremente posesion de España, y robar, incendiar y violar á mansalva. ¿Si se habrian llegado á presumir que tenian en realidad derecho alguno, bien así como el que por hábito falta á la verdad, que comienza por persuadirse él mismo de la certeza de sus invenciones?

Llegaron á cuestionar tan ágricamente el presidente y el gene-ral, que los presentes temieron la renovacion de las hostilidades y los estragos, hasta que en Zaragoza no quedase persona en pié. Esto no obstante, Lannes necesitaba tanto de la capitulacion, rela-tivamente, como los zaragozanos, y el presidente no pudo olvidar el estado de la plaza y de sus diezmados enfermos y famélicos de-fensores: dicho esto se comprende muy bien que el enojo fuese per-diendo gradualmente fuerza y viniese á desaparecer, dando aquel cambio por resultado la siguiente

CAPITULACION.

Artículo 1.º «La guarnicion de Zaragoza, saldrá de la ciudad mañana 21 al medio dia por la puerta del Portillo, con sus armas, y las dejará á cien pasos de la puerta mencionada.

Art. 2.º »Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas, prestarán juramento de fidelidad á S. M. C. el rey José Napoleon I.

Art. 3.º »Todos los oficiales y soldados españoles que hayan prestado juramento de fidelidad, podrán, si quieren, entrar al servicio para la defensa de S. M. C.

Art. 4.º »Los que no quieran tomar servicio, irán prisioneros de guerra á Francia.

Art. 5.º »Todos los habitantes de Zaragoza y los extranjeros, si los hubiese, serán desarmados por los alcaldes, y las armas se entregarán en la puerta del Portillo al medio dia del 21.

Art. 6.º »Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas de S. M. el emperador y rey.

Art. 7.º »La Religion y sus ministros serán respetados: se pondrán guardias en las puertas de los principales edificios.

Art. 8.º »Mañana al mediodia se entregarán á las tropas de S. M. el emperador y rey toda la artillería y las municiones de toda especie.

Art. 10. »Las cajas militares y las civiles todas se pondrán á disposicion de S. M. C.

Art. 11. »Todas las administraciones civiles y toda clase de empleados, prestarán juramento de fidelidad á S. M. C.

»La justicia se ejercerá como hasta aquí, y se hará en nombre de S. M. C. José Napoleon I.—Cuartel general, delante de Zaragoza, á 20 de Febrero de 1809.—Firmado.—Lannes.»

Tal fué la capitulacion, dictada por el mismo mariscal Lannes. En virtud de aquella, en la mañana del dia 21 desfilaron con los honores de la guerra unos 10,000 infantes y 2,000 caballos, número á que habia quedado reducida la guarnicion, tan demacrados y cadavéricos que afligía el mirarlos. La poblacion habia disminuido en una mitad, pues de 100,000 habitantes apenas habian quedado 50,000, entre los arrebatados por la aterradora peste y los que fueron víctimas de su inaudito valor. Dos terceras partes de los edificios estaban ó completamente arruinados, ó en estado ruinoso;

habia desaparecido la rica biblioteca, con la preciosa coleccion de 20,000 manuscritos del convento de San Ildefonso, y fueron, en fin, tales las pérdidas, que pueden llamarse innumerables.

Hubo tambien, para que no faltase, como en el primer sitio, su *heroína*, émula de Agustina Zaragoza, y en cuanto á héroes, tanto se multiplicaron, que no es posible designarlos uno por uno. Concluiremos copiando las mismas líneas con que pone fin al relato de tan memorable suceso el erudito Lafuente, tomándolas de autores extranjeros, para que no puedan aparecer parciales. Hé aquí cómo se expresa el Sr. Lafuente:

«No ponderemos nosotros el mérito de los españoles en este memorable sitio. Oigamos á un historiador francés, dado por lo comun á rebajar las cosas de España: «Ningun otro sitio, dice, podia presentar la historia moderna que se pareciese al cerco de Zaragoza: para encontrar en la antigua escenas semejantes á las que allí ocurrieron, era preciso remontarse á tres ejemplos, Numancia, Sagunto ó Jerusalem. Y á decir verdad, áun sobrepujaba el horror del acontecimiento moderno al de los acontecimientos antiguos, á causa del poder de los medios de destruccion inventados por la ciencia..... *La resistencia de los españoles fué prodigiosa.....* »etc.» Y otro: «*La alteza de ánimo que mostraron aquellos moradores fué uno de los más admirables espectáculos que ofrecen los anales de las naciones despues de los sitios de Sagunto y Numancia.*»

Por manera que la segunda campaña se anunció de muy triste manera, prosiguió de la misma y terminó bien infelizmente, con profundo disgusto de aquellos héroes que vencieran en Bailen.

Una de las principales causas de aquellos descalabros era, sin duda alguna, la falta de unidad en las determinaciones, hija natural de la multitud que estaba reunida para formar el centro de accion, el supremo poder. Los enemigos, por el contrario, no dependian sino de una sola voluntad, enérgica y tal como se necesitaba en tan difíciles circunstancias: por esto eran sus ventajas tan grandes. Mientras en España se discutia y se votaba, Napoleon decidia y hacia ejecutar, y los españoles siempre llegaban tarde.

No somos ciertamente nosotros de los que anatematizan la discusion; creemos por el contrario, que de ella forzosamente ha de nacer el acierto. Esta teoría, empero, es excelente, reducida á la práctica, en tiempos normales, y cuando se legisla sin presion ninguna y se trata de mejorar la situacion de un reino y de hacer que se desarrollen progresivamente todos los elementos de su riqueza

y prosperidad. Empero en ocasiones anormales; cuando mientras muchos invierten en discutir un tiempo demasiado precioso, un solo hombre sin rémora ni contradicción avanza, ocupa, destruye, incendia y tala, es forzoso proceder de otra manera, y, sobre todo, ser más espíritu que materia; pensar solamente en la amada pátria y olvidarse de sí mismos.

Para completar el desolador cuadro que fielmente representa todo lo ocurrido en aquella segunda campaña, escribiremos aún algunas líneas.

Habia el ambicioso Napoleon atravesado el Guadarrama durante las fiestas de Navidad, en 1808, luchando contra inmensos obstáculos; teniendo que sacar á hombros sus pacientes soldados una por una las piezas de artillería que en la nieve se enterraban, y sufriendo tanto y tanto, que el hermano del pseudo-rey de España recordó más de una vez el paso del gran San Bernardo. El lector ha visto al llamado emperador-rey meditabundo y melancólico en Astorga y despótico y arbitrario en Valladolid, de donde salió en la noche del 17 de Enero, marchando á caballo siempre hasta Bayona, y siempre á la media rienda y muchos ratos á escape.

Habia asegurado al marchar que regresaría á España dentro de veinte días; y tanto esto como todos sus actos durante su permanencia en España, incluso el de nombrar al que antes había titulado rey lugar-teniente suyo, tenía muy impresionado y preocupado á José. Este, seguramente, no tenía ambición y todo lo deseaba antes que ser rey; empero quería menos, como hombre honrado que era, llevar el título de monarca y representar el triste papel á que su ambicioso hermano le había reducido. Por esto sin duda, apenas aquel había entrado en Francia, salió José de nuevo al Pardo, para hacer en la córte su pública entrada como rey. No era esto que hubiese cambiado de carácter, aficionándose á la corona; sino que su herida dignidad deseaba una compensación, y quería ponerse bien consigo propio.

Nadie conocía mejor á Napoleon que su hermano José, por lo mismo que estaba exento de ambición, y podía observar y calcular á sangre fría. Los actos del primero expresados de una manera rotunda, habían manifestado explícitamente que se designaba á sí propio rey de España casi siempre; y cuando procedía más implícitamente, si no se nombraba rey, hablaba del ente moral, pero no nombraba á persona alguna, y cada uno podía interpretar sus palabras segun mejor le pareciese, como, por ejemplo, las

que consignó en su última orden, dictada el 16 de Enero, víspera de marchar á Francia.

«Todas las ciudades (decia Napoleon en su última orden) ocupadas por el ejército francés, cuya poblacion pase de dos mil habitantes, enviará á Madrid una diputacion de tres individuos para llevar *al rey* el proceso verbal de haberle prestado juramento.— Toda ciudad de más de diez mil habitantes enviará una diputacion de seis miembros.— Toda ciudad de más de veinte mil enviará nueve diputados.— Los obispos irán en persona: todos los cabildos enviarán una cuarta parte de sus canónigos: todos los conventos dos monjes de su orden.— El mayor general transmitirá las instrucciones necesarias para que los comandantes de las provincias hagan ejecutar esta disposicion.»

Solamente Lannes, no Napoleon, llamaba rey á José en la capitulacion de Zaragoza, aunque solo era, segun el segundo, *lugar-teniente del rey*.

Aquí, se hablaba del rey, pero no se nombraba á José, al cual, por otra parte Napoleon acababa de HONRAR con el nombramiento de lugar-teniente de SU MAJESTAD CATÓLICA el emperador y rey de Italia y *rey de España y de sus Indias*.

No era, pues, extraño el resentimiento y disgusto del honrado José; por esto sin duda determinó entrar en Madrid, como rey, y por lo mismo, positivamente, en su discurso pronunciado en la imperial iglesia de San Isidro, hizo muy transparentes alusiones que mostraron el sentimiento de su dignidad herida y el propósito de conservar el propio decoro. Al mismo tiempo trató de procurarse el amor de los españoles, hablando muy ventajosamente de cuanto pudiera agradecerles, y en favor de la Religion Católica, que ofreció mantener incólume y proteger su integridad con el mayor empeño y desvelo. En todo cuando el pseudo-rey dijo, demostró á las claras su deseo de adquirir el favor popular: sin duda hacíase la ilusion de creer que los Borbones jamás volverian á empuñar el cetro; y si esto sucedia y él lograba ser popular en virtud de su proceder, llegaria á poder hacerse fuerte contra su mismo hermano y decirle: *vos sois emperador de los franceses y yo rey de España; conservad vuestra corona y no toqueis á la mia, que defenderé á toda costa contra quien quiera que sea*. Estamos muy convencidos de que formó José verdadero empeño en procurarse con sus actos el afecto de los españoles, para hacerse fuerte contra su mismo hermano, que le hacia su juguete, y pensaba bien; el rey aceptado

por la nacion, rey seria de hecho y de *derecho* á pesar y despecho del emperador y del mundo entero.

Apenas Madrid habia visto á José; estaba como abochornado y no le faltaba, en verdad, motivo. Antes de la gloriosa jornada de Bailen, hábale visto la córte rey de España, intruso ó legítimo; y luego le veia, vardadero ó falso, lugar-teniente de Napoleon. Todavía éste llevaba más allá el escarnio, que no era al parecer otra cosa su manera de proceder con José. Ni aún como lugar-teniente le dejaba gobernar; porque era Belliard, el gobernador de Madrid en el dia Dos DE MAYO, quien á la sazón gobernaba en nombre de Napoleon.

Entró José en Madrid públicamente por orden de su hermano, que iba ya pensando en hacer á los españoles *la gracia*, segun sus mismas palabras, de darles un rey *propio*; y José que era hombre de talento, desde que hizo su pública entrada en la córte, formó verdadero empeño en seguir los usos y costumbres más populares, en no hablar una palabra que no fuese en español, en vestir al uso del país, y cuando usaba uniforme sólo vestia el de coronel de Guardias.

DESGRACIADA JORNADA DE UCLÉS.

Despues de la batalla de la Coruña y rendicion de esta plaza y del Ferrol, quedó Galicia puede decirse por José; porque todo el país se manifestó intimidado, y la misma Junta permaneció mucho tiempo como disuelta; tal era su inercia, hija del desaliento.

El marqués de la Romana con sus heterogéneas y escasas tropas, que no habia tomado parte activa en los sucesos de Coruña y Ferrol, habia pasado á Orense, seguido muy de cerca por el general francés Marchand, y de allí se trasladó á Monterey y llegó hasta la frontera portuguesa. Viendo la absoluta imposibilidad en que estaba de sostenerse, despues de embarcados los auxiliares, supo, además, que Soult y Ney tenian órdenes para apresurar la ruina del exíguo ejército que mandaba, segun le informaron sus confidentes; y sabia tambien que Bessieres habria de apoyar los movimientos de Ney y de Soult, en ambas Castillas. El conocimiento de estos detalles, hizo comprender al marqués la imposibilidad de contenerse él sólo en Galicia, y la ventaja de acercarse á los portugueses, cuya causa estaba identificada con la de los españoles.

En cuanto al ejército del centro, ya sabe el lector que por la di-

mision de Cuesta habia quedado aquel á cargo del duque del Infantado. Respetamos la memoria de este señor: pero sin ofenderla en lo más mínimo, podemos decir que los desastres sufridos en esta segunda campaña, se debieron al poco tacto en la eleccion de generales españoles. Para hacer frente y atajar los pasos de los acreditados, prácticos y activos generales franceses, eran necesarios generales españoles muy inteligentes, prácticos y activos; pero la Junta no escogia ni calculaba lo que seria mejor; con la misma facilidad elegia un buen general, que no abundaban mucho, como un general de córte: podia muy bien ser éste último muy caballero, honradísimo, animoso y excelente como hombre, pero valer muy poco para manejar un ejército y oponerse á otro tan fuerte como el invasor. El duque del Infantado estaba precisamente en este caso: nadie le aventajó en el desinterés ni en la caballeridad; pero era un verdadero general de córte, que habia mandado cuerpos de la Guardia, mas siempre en la forma que mandan y dirigen los de su elevada alcurnia, con muy raras excepciones.

Al terminar el año 1808 (25 de Diciembre) hallábase el bizarro general Venegas, dependiente del Infantado, en Uclés, y el último le mandó cargar sobre Tarazona, en donde habia una columna de dragones franceses. Venegas, que era muy inteligente, no dejó de manifestar todos los obstáculos que se presentaban para cumplir aquella órden, obstáculos que impedirian el triunfo; y en el caso contrario, la victoria ni en su importancia ni en sus consecuencias podia compensar el riesgo y las penalidades que debia costar, previendo Venegas en fuerza de su notable inteligencia, que semejante expedicion podia muy fácilmente ocasionar un gran desastre.

Mantúvose, empero, el del Infantado firme en su resolucion, y Venegas, hijo sumiso de su deber, se dispuso á cumplir la órden recibida, mientras el Infantado hacia, ó presenciaba, mil trabajos de gabinete, pues proyectó ó formuló tantos planes de campaña que si hubiese realizado solamente la quinta parte de los que calculó, hubiérase hecho célebre; más no llegó el caso de realizar ninguno.

Era la noche cruel en demasía, cuando Venegas emprendió la marcha. Una copiosa nevada, un viento glacial y penetrante, un cielo sin estrellas y un suelo helado y escurridizo, eran los elementos auxiliares del valeroso Venegas, á los cuales se debió que nuestra caballería se extraviase; porque era muy difícil conocer los senderos. No fué sorprendida por que el previsor Venegas la hizo bus-

car, puesto que no era posible estuviere muy lejos; y una de las columnas que salió en su busca, compuesta de 1,800 buenos infantes, la encontró precisamente cuando iba á ser sorprendida por los franceses, los cuales fueron rechazados y ahuyentados. La division Venegas no sacó más en limpio de aquella expedición, que se malogró completamente, que las penalidades ocasionadas á las tropas, haciéndoles marchar inútil é incómodamente.

A principios de Enero, habia José pasado revista en Aranjuez al cuerpo de ejército del mariscal Víctor, á la sazón compuesto de 17,000 hombres, pocos más ó ménos, de los cuales 3,000 eran ginetes. Despues de la revista, Víctor habia marchado en busca del ejército del centro.

Venegas, que hubiera estado mucho mejor que Infantado ocupando el puesto de general en jefe, viendo que el segundo no hacia otra cosa que continuar en su formacion de planes que jamás pasaban del terreno teórico, le avisó la salida de Víctor y la direccion que éste habia tomado, concluyendo por consultarle acerca de replegarse sobre Cuenca. Infantado, empero, no contestaba; sus proyectos guerreros que jamás salieron á luz, absorbían su atencion entera, y Venegas que veia acercarse á Víctor y no recibia órdenes de Infantado á pesar de habérselas pedido muchas veces, se puso de acuerdo con Senra para ajustar sus fuerzas militares y reunirse en Uclés. Hiciéronlo así, y el dia 12 de Enero pasaron revista á 9,000 hombres escasos, que fué cuanto pudieron reunir entre ambos. En Uclés tomaron posiciones, y de nuevo Venegas dió parte y esperó órdenes, para proceder segun ellas.

De mal agüero era aquel terreno, sobre el cual siglos antes se habia dado la terrible batalla de los Siete Condes, y que habia recibido el cuerpo desangrado y sin vida del tierno príncipe D. Sancho el Deseado, causando el más intenso é inexplicable dolor al gran Alfonso VI de Castilla y Leon, el valeroso y noble.

Hay sitios siempre fatales y horas menguadas y de verdadera perdicion. Solo el nombre de Uclés era de triste augurio y de muy desoladora esperanza; empero Venegas y Senra, no habiendo tenido tiempo suficiente para buscar mejor terreno, por esperar órdenes que nunca llegaban, allí se detuvieron.

Casi al amanecer del dia 13 apareció la vanguardia francesa, mandada por Villatte, que atacó el ala derecha de los españoles, haciéndola abandonar un pequeño pueblo llamado Tribaldos, en donde se habia situado, y este mal principio dió quizá márgen á

que las demás líneas no se defendiesen con el teson que debian.

Grandes esfuerzos se hicieron por parte de los generales. Nada dejó que desear Senra; pero coincidió la lucha con haber sido Venegas acometido por una fuerte fiebre, sin embargo de lo cual procedió como bueno y recibió una fuerte contusion. Tanto obró con verdadero valor durante la accion el bizarro Venegas, que al ver la pérdida trató de retirarse, y le costó no poco trabajo evitar el quedar prisionero.

Creíanse las pérdidas insignificantes al terminar la accion, y lo eran en efecto; pero al dirigirse la infantería, casi intacta, á ocupar el pueblo de Carrascosa, que se creía libre, fué sorprendida por la division Ruffin, que estaba emboscada, y tuvo una buena parte de la infantería que rendirse. El bizarro y sereno D. Pedro Agustin de Giron acudió al peligro, y con su inteligencia y presencia de ánimo salvó el resto de la infantería y la hizo llegar á Carrascosa, en donde estaban los restos de la division.

El marqués de Albudeite, capitan que habia sido de Guardias de Corps, y que mandaba la caballería española, se portó con gran valor en aquel funesto dia; y aunque el arma de su mando fué diezmada por encontrarse en mal terreno y sin el debido auxilio, Albudeite mostró su inteligencia y su ardiente valor, que le hizo perder la generosa vida sobre el campo de Uclés.

Ni aún al trote, solo al paso, marchaba el Infantado hácia el lugar de la accion; que por fin se habia decidido á abandonar sus planes de campaña, para presentarse en el campo de batalla, y ver lo que prácticamente se hacia por sus tropas.

Cuando llegó, todo estaba concluido: las divisiones de Venegas y Senra estaban deshechas. Grande fué el enojo del duque, que llegó á altercar con Venegas y éste con aquel en términos muy poco convenientes, achacándose mutuamente la culpa del gran desastre, bien así como cuando fallece un enfermo que ningun médico de los que le han asistido quiere haber llegado á tiempo de salvarle y es el de cabecera el responsable, al revés que si el paciente se ha salvado: entonces todos reclaman la gloria. Si una gran empresa se malogra, el jefe la perdió; nadie le concede ni aún el sentido comun, ni la buena y leal intencion, aunque todos colectiva é individualmente hayan contribuido á la ruina. Si por el contrario, se dá á la empresa felice cima, todos han contribuido á salvarla, cuando hablan unidos; cuando aisladamente, cada uno que habla ha sido el verdadero y único salvador. Esta es una inne-

gable verdad, que la práctica ha demostrado, y con mayor motivo sucedería y sucede en asuntos tan trascendentales como los de la guerra.

En la ocasion de que venimos ocupándonos, la verdad fué que Infantado y Venegas fueron culpables del resultado de la funesta batalla de Uclés; empero el primero lo fué mucho más que el segundo. Si á Venegas se le puede tachar de que tuvo poco acierto en esperar en Uclés, no se le podrá ciertamente acusar de tibio, ni de moroso, ni de indeciso: ya cometido el desacierto, no pudo hacer más de lo que hizo, ni como general ni como soldado; al paso que al del Infantado no es posible disculparle. Si tan mal le pareció lo hecho cuando no tenia remedio, hubiera contestado á tiempo á los repetidos oficios de Venegas; hubiérale prescrito lo que debia hacer; pero ni en tiempo ni fuera de él respondió á ninguna de las comunicaciones de Venegas, y mientras este se batía como un héroe, Infantado formulaba y acumulaba unos sobre otros quiméricos é irrealizables planes. Júzguese ahora á quién de ambos generales asisía mayor razon para estar quejoso.

Una vez terminada la desastrosa batalla, entraron los verdaderos vándalos en Uclés, en donde cometieron tan inauditas barbáries, que hubiesen repugnado á los antiguos hérulos y alanos y á los modernos beduinios. Los soldados de la *civilizacion* hicieron sufrir los más *bárbaros tormentos* á muchos de los pacíficos vecinos, para obligarles á descubrir dónde habian ocultado su dinero y alhajas; llevaron aherrojadas á la *carneceria* á sesenta y nueve personas, clérigos, religiosos y nobles, en cuyo sitio, como á reses, *las degollaron; enalbardaron*, dispense la gravedad de la historia que no es posible sustituir la palabra, y cargaron á otras muchas personas con varios enseres y muebles, y formando *una recua*, á palos los hicieron subir á las enemencias, en donde formaron grandes hogueras, que tenian que avivar los mismos que habian sido convertidos en bestias, de los cuales *no pocos perecieron con los muebles*, y horroriza el decirlo, pero sépanlo los españoles, léanlo los *sentimentales*, y grábenlo unos y otros en el fondo de su corazon: aquellos hijos predilectos de Satanás, los *restauradores* de monarquías *que estaban firmes y ellos habian hecho derrumbar*; los propagadores de la *civilizacion*, como su emperador, sin duda por feroz y cínico sarcasmo los llamaba, reunieron trescientas mujeres en un mismo sitio y allí ejecutaron tales actos, que jamás pasaron seguramente por la imaginacion de soldado alguno de las hordas

más feroces, que el mismo Atila no hubiera consentido, y que ni el decoro de la historia, el del lector y el nuestro pueden consentir se consignent.

¿Extrañarían entonces aquellos verdaderos abortos del infierno que cada paisano español fuese un jurado é irreconciliable enemigo de los franceses? Podrán anatematizar los que hoy existen, los asesinatos cometidos en la Mancha y en otros puntos de España? Sería muy propio de los siglos bárbaros el haber deseado que todos los que componían el ejército invasor hubieran tenido un solo cuello, para despachar en un punto la tarea de exterminarlos y dejar libre á España y al mundo de su impuro y pestilente aliento; empero si ellos obraban como si vivieran en los remotos siglos, preciso era conformarse á su modo de proceder y á sus deseos y malos instintos.

Al dar parte el mariscal Jourdan de la batalla de Uclés, al mayor general de los ejércitos del tirano de Europa, decia: «Tengo el honor de comunicar á V. A. que la columna de prisioneros hechos en Uclés, ha llegado hoy á Madrid. Compónese de cuatro generales, diez y siete coroneles, diez y seis tenientes coroneles, 290 oficiales y 5,460 individuos de tropa. He pedido el estado nominal de los oficiales y sargentos, cabos y soldados, por regimientos. Luego que le reciba tendré la honra de dirigirla á V. A.»

Exageradas nos parecen las cifras que Jourdan estampa, por más que algun autor español las crea más exactas que las presentadas por otros. Nosotros, empero, no podemos creer que Jourdan hablase con exactitud, por más que sus palabras fueran oficiales. Se trata no de un gran ejército, sino de dos divisiones y tan exiguas, que entre ambas y algunas partidas sueltas, apenas pasaba el total de soldados de 8,000. Los dos generales que las mandaban se salvaron; Giron, igualmente; Albudeite pereció; ¿de dónde salieron ni qué cargo desempeñaron en la batalla esos cuatro generales prisioneros? ¿Qué puesto ocupaban esos diez y siete coroneles, prisioneros tambien, con diez y seis tenientes coroneles, cuando ambas divisiones no contaban cinco completos regimientos? ¿Habia en Uclés algun batallon de los que se denominan *sagrados*, para haberse encontrado en aquella jornada tanto jefe, sin aplicacion ni destino? Ni aún puede ser exacta la cifra de los prisioneros pertenecientes á las clases de tropa; porque así por los que entraron en accion como por los que en ella se salvaron, dejando aparte los muertos y heridos, consta positivamente que ni á 3,000 pudieron

llegar los prisioneros. El autor del parte era francés, y aunque hubiese sido español ó ruso, sabido es que la verdad no fué ni será nunca la circunstancia que más resplandeció ni resplandecerá en los partes dados en tiempo de guerra, por más que sean aquellos *oficiales*. Y no nos extraña la exageracion del mariscal Jourdan; porque un autor, compatriota suyo, hace mayor milagro. Siendo así que no llegaron con mucho á 9,000 españoles los que asistieron á la funesta jornada de Uclés, el autor en cuestion, *además de los muertos, heridos y dispersos, HACE nada menos que TRECE MIL prisioneros*. Conque no debemos extrañar, sino encontrar muy razonable, el parte de Jourdan.

Despues de tan fatal dia, comprendió el Infantado la necesidad de abandonar los cálculos y planes de campaña, para salir de aquel territorio, en el cual debia considerarse perdido. Así lo verificó el dia 14 de Enero, dirigiéndose de Carrascosa á Cuenca y tomando desde Cuenca la vuelta de Valencia. Pero como á pesar de haber hecho muchos planes ninguno tenia fijo, en el camino de Valencia decidió pasar á Murcia, y antes de llegar á Murcia pensó otra cosa y se dirigió á Sierra-Morena.

CATALUÑA.

A fines de 1808 mandaba ya en Cataluña las armas españolas D. Juan Miguel Vives, que habia pasado de las islas Baleares, en donde era capitán general, á reemplazar al marqués del Palacio, cuyo relevo habian pedido los catalanes. La *falta* de aquel buen general no habia sido otra que la de no querer precipitar las operaciones, á fin de no arriesgar el buen éxito de ellas; empero no hay reflexiones que basten á contener la impaciencia febril de los que, ignorantes en esta materia, solo oyen á sus férvidos deseos, sin comprender las ventajas ni las contras que puede proporcionar ó acarrear la precipitacion.

Vives estrechó el bloqueo de Barcelona, mientras un nuevo cuerpo de ejército francés, mandado por Saint-Cyr, penetraba en España y sitiaba á Rosas, cuya plaza fué tomada despues de una heroica resistencia.

Vives, empero, no comprendió lo más conveniente á la causa que defendia, por más que fuera su mando muy del gusto de los catalanes. Atento únicamente á estrechar á los franceses de Barcelona, descuidó el impedir el paso á Saint-Cyr, á pesar de haber

recibido el refuerzo de dos divisiones, de Granada y Aragon; la primera mandada por el bizarro é inteligente Reding, y la segunda por el no menos valeroso marqués de Lazan.

Lisonjeado con haber cogido á Duhesme algunos prisioneros y clavado algunos cañones en la falda del Monjuich, dejó [avanzar libremente á Saint-Cyr, y cuando quiso detenerle, no pudo. Empeñóse una accion que comenzó muy bien para nuestras armas, pero Saint-Cyr, que comprendió su verdadera posicion y que le era preciso vencer á toda costa ó perecer en la demanda, dirigiendo admirablemente las operaciones y haciendo verdaderos y sobrehumanos esfuerzos, logró quedar vencedor.

Entre los generales que tomaron parte en aquel hecho de armas, estuvo el celebérrimo D. Mariano Alvarez, el cual, verificado el desastre, se retiró á Gerona, en cuya plaza habia muy pronto de inmortalizar su nombre.

Con la pérdida de aquella improvisada accion respiró Duhesme, y Saint-Cyr penetró sin oposicion en Barcelona.

El general Vives habia desaparecido, por cuya razon tomó el mando de aquel ejército el general Reding, reuniéndole en la derecha márgen del Llobregat.

ACCION DE MOLINS DE REY.

Volvió á reaparecer Vives, pero no tomó el mando del ejército, porque fué llamado á Villafranca para ponerse de acuerdo con la Junta.

Saint-Cyr, reforzado con la division Chabran, volvió á salir de Barcelona, proponiéndose buscar el ejército su enemigo para destruirle por completo. Súpolo Reding por los confidentes, y quedó perplejo; porque Vives, que todavía llevaba el nombre de general en jefe, nada le habia prevenido ni ordenado, al marchar á Villafranca. Agradábale poco huir, y sin embargo ni tenia orden ni elementos para tomar la ofensiva. En tan apurado trance resolvió esperar, y defenderse si era acometido.

Llegó Saint-Cyr y atacó á los españoles: la accion fué tal como podia esperarse para España, mandando un general y maniobrando otro. No fué sino un nuevo desastre que añadir á los ya experimentados, que costó la vida al brigadier Serna y la libertad al entendido y valeroso coronel Caldagués.

Los catalanes sintieron tanto este nuevo golpe, que recaía sobre

otros tales como el de Cardedeu, Llinás y Barcelona, que se amotinaron contra Vives, á quien habian pocos dias antes ensalzado; con este motivo resignó el mando definitivamente en el famoso D. Teodoro Reding, el cual comenzó por reunir y reorganizar el disperso y disuelto ejército.

Tales fueron los últimos acontecimientos ocurridos en Cataluña, que, puede decirse, quedó á merced de los franceses.

SEVILLA.

El supremo gobierno legítimo de España, ó sea la Junta central, comenzó el año ocupándose de diversas disposiciones administrativas y de dar una nueva forma á las Juntas locales, que, sin estrechar ó circunscribir demasiado sus facultades, en época tan anormal y delicada, les dejaba suficiente libertad de accion, sin que por esto no hubiesen de estar subordinadas á la Suprema y central, dejando de usar la denominacion de supremas que tambien habian llevado, y llamándose en lo sucesivo *Juntas superiores provinciales de observacion y defensa*. Del mismo modo que estas quedaban subordinadas á la Central, á las provinciales lo estarían á su vez otras Juntas subalternas denominadas *de partido*, en cuyo número serian comprendidas las particulares de las cabezas de aquellos ó de las principales ciudades.

El reglamento en que se prescribian los derechos y obligaciones de las Juntas de todo el reino, obra que distrajo mucho tiempo al gobierno provisional, dió márgen á motivos de sério disgusto, bien fuese porque estuviese defectuoso y no respondiese en realidad á las necesidades de cada localidad, ó bien porque las antiguas Juntas supremas de provincia, ó reino, llevasen pesadamente el que se restringiesen las facultades que hasta entonces habian tenido, y se rebajasen su tratamiento y consideracion. De un modo ó de otro, es lo cierto que el trabajo que habíase tomado la Central para organizar y reglamentar las susodichas Juntas, fué inútil y absolutamente perdido: la observancia del reglamento quedó suspendida, despues de haber ocasionado fuertes reclamaciones y muy sérios disgustos. El arreglo de que venimos ocupándonos, se publicó en 1.º de Enero (1809).

Casi inmediatamente á la residencia de la Junta central, ocurrió una muy sería excision, que no se sofocó sin haberse antes derramado sangre; pero si bien ocurrió en territorio sometido, puede

decirse, al gobierno provisional, su relacion corresponde á otro lugar de nuestra historia, puesto que fué ocasionado por una determinacion del gobierno intruso.

Antes de volver la vista á la guerra, que durante la época de la incua invasion es y debe ser un objeto de verdadera preferencia, daremos cuenta del decreto que fulminó el gobierno provisional, ó Junta central, contra los obispos que habian reconocido al rey intruso.

Pareció á algunos excesivamente rigorosa y severa la medida adoptada contra los prelados antedichos; pero nosotros no la encontramos precisamente severa, porque los obispos, al aceptar el nuevo gobierno, intruso como era, debieron estar ó aterrados por el temor, ó desesperados de que el legítimo se reinstalase de una manera indestructible y segura. En el primer caso, no tuvieron en cuenta lo sagrado de su deber, que les obligaba á mostrar valor en ocasiones dadas, y un valor superior á todos puesto que debe obligarles á aceptar y esperar el martirio; y en el segundo, lejos de llevarles su falta de esperanza á robustecer el poder del intruso, debió adherirles al destronado para agregarle fuerza, con la inmensa que moralmente podian darle. Pero si bien comprendemos todo esto, no podemos aprobar que la Junta se mostrase en ocasiones muy severa y en otras muy laxa, y menos todavía que la severidad fuese lanzada contra la gente inerme á quien no se podia temer mucho, cuando otros daban muy graves motivos para ser anatematizados.

Hé aquí el decreto lanzado contra los obispos que reconocieron á José Bonaparte, á pesar de los muchos sacrilegios cometidos por sus tropas, tales como no los habian cometido los protestantes en la guerra de sucesion:

«El Sr. Vice-presidente de la Junta Suprema gubernativa del Reino, me ha dirigido el real decreto siguiente:

«La guerra á que nos ha provocado un enemigo insidioso y péfido, que se mofa de lo más sagrado que hay entre los hombres, y que no conoce más derecho de gentes ni más respetos á la humanidad que los impulsos de su insaciable ambicion, no ha podido menos de excitar en todos los buenos españoles el mayor horror é indignacion. Si estos se admiraban de que hubiese algunos pocos, indignos de aquel nombre, que por su perversidad, su ambicion ó su debilidad hubiesen abrazado el partido del opresor de la Europa, sirviendo de agentes para consumir el único plan de usurpacion

que tan profundamente ha meditado, parecia que entre ellos no se contaria jamás á ninguno de aquellos pastores que ocupan, en medio de la veneracion pública, las sillas episcopales en que tantos de sus predecesores les habian dejado ejemplos sublimes de virtud y de constancia que imitar.

«Parecia más imposible todavía, al considerar los ultrajes hechos por el tirano y sus satélites (esto era indudable), á nuestra augusta Religion, al venerable padre de los fieles, á nuestros templos santos, á las instituciones más respetables y religiosas. No, no era creible que, olvidados los unguidos del Señor de tantas profanaciones, de tantos escándalos, se constituyesen panegeristas de sus inícuos autores, y se valiesen de su alto y sagrado ministerio para calificar de justicia la perfidia, de piedad la irreligion, de clemencia la inhumanidad, de legítimo derecho la violencia, de generosidad el pillaje, de felicidad la devastacion, y que, invocando el nombre de Dios justo en medio de los templos, y profanando la cátedra del Espíritu Santo, tuviesen la osadía y la depravacion de querer persuadir á sus súbditos la obligacion de jurar obediencia á una autoridad intrusa, y de inculcarles como verdades eternas, como doctrina evangélica, las acciones y atrocidades más inauditas, y que escitan la abominacion del cielo y la tierra.

»Esta es, pues, una de las mayores calamidades públicas que la Junta Suprema gubernativa del Reino se vé, con sumo dolor, obligada á manifestar á toda la nacion, anunciando á la faz del mundo que tal ha sido la conducta de algunos pocos obispos, que, separándose del camino que han seguido muchos de sus hermanos, y más adheridos á los bienes y honores terrenos, de que juraron desprenderse al pié de los altares, que animados de aquel santo celo que inspira la religion y que tantos héroes ha producido en los desgraciados tiempos en que se ha visto amenazada por los impíos, se han señalado á porfia en ser instrumentos del tirano, para arrancar del corazon de los españoles el amor y fidelidad á su legítimo soberano, para prolongar los males de la Patria y áun para envilecer la religion misma y dejarla hollar por los más sacrílegos bandidos; y no pudiendo la Junta Suprema mirar sin el mayor horror tan escandalosos procedimientos, ni dejar impunes á los prelados que, permaneciendo en sus diócesis, ocupadas por los enemigos, hayan favorecido con exhortaciones públicas sus pérfidos y alevosos designios, en nombre del rey nuestro señor D. Fernando VII decreta lo siguiente:

I. «Los obispos que directamente hayan abrazado el partido del tirano, serán reputados por indignos del elevado ministerio que ejercen, y por reos presuntos de alta traicion.

II. »Serán ocupadas sus temporalidades y embargados inmediatamente cualesquiera bienes, derechos y acciones que les pertenecan.

III. »Si llegan á ser aprehendidos, serán al momento entregados al tribunal de seguridad pública, á fin de que les forme su causa y pronuncie la sentencia, consultándola á S. M. para que determine su ejecucion, precedidas las formalidades establecidas por el derecho canónico.

»Este decreto se publicará para que llegue á noticia de todos; y teniéndole entendido, dispoudreis lo conveniente á su ejecucion y cumplimiento.—Real Alcázar de Sevilla á 12 de Abril de 1809.—M. EL MARQUÉS DE ASTORGA, vice-presidente.—A D. Martin de Garay.»

Es incuestionable que el decreto estaba muy en su lugar, y el preámbulo digna y perfectamente escrito. En él se hace una lacónica pero exactísima pintura de las *hazañas* de las *hordas* imperiales, y se califica á Napoleon de la única manera que merece. Debemos manifestar además, que la Junta Suprema estuvo muy en su derecho y tenia el deber de tomar una fuerte determinacion con los prelados que tan malos apóstoles se mostraban, por lo mismo que tan trascendental podia ser el mal ejemplo que daban: únicamente creemos, lo repetimos, que no debió ensañarse la Junta con una clase en particular, sin hacer sentir su enojo y el castigo sobre tantas otras como lastimosamente claudicaron, ninguna por error; porque el asunto era tan claro que no podia haber lugar ni aún á sombra de duda; todas por temor ó por ambicion, y más todavía por esta que por aquel.

MADRID.

Al mismo tiempo que la representación del gobierno legítimo se ocupaba de la manera que lijeramente hemos apuntado, el gobierno intruso tambien á su manera daba señales de vida.

A fuer de imparciales debemos confesar que muchas de las medidas adoptadas por el llamado gobierno de José I, fueron tan útiles como acertadas. La gente de buen criterio las elogiaba en silencio, pera las rechazaba en público: procedian de un poder ilegí-

«mo que trataba de exterminar al legítimo, y esto bastaba y sobra-
na todavía para que la mejor y más útil providencia fuese recha-
zada.

Pero en medio de las determinaciones notoriamente beneficio-
sas, otras eran muy propias de un gobierno opresor, tales como
la creación de una *Junta criminal extraordinaria* que había de en-
tender en las causas originadas por cualquier punto justiciable. Y
era muy de notar que entre los *ladrones* y *asesinos*, colocaba el
gobierno intruso á los *sediciosos* (los españoles leales), *reclutadores*
en favor de los *INSURGENTES* y á *cuantos tuvieran correspondencia*
con ellos. Respecto de los buenos españoles estaba el decreto no-
tablemente explícito, puesto que imponía la pena de muerte con-
tra ellos, aplicada *sin apelacion*, en el preciso perentorio término
de *veinticuatro horas*.

La injusticia de este bárbaro decreto resaltaba más todavía en
que, después de mandar aplicar el último suplicio á los *insurgentes*
y á los que mantuviesen relaciones con ellos luego que fuesen con-
vencidos, añadía que todos aquellos á quienes no se *probase del todo*
el *DELITO*, serían enviados á los tribunales ordinarios, *para ser cas-*
tigados con penas extraordinarias, según la calidad de *casos y per-*
sonas.

Vea ahora el lector unos fragmentos de *Reglamento de policía*,
para la entrada, salida y circulacion de las personas por Madrid, que
muy oportunamente califica de *draconiano* un ilustrado historiador,
cuyo reglamento se publicó en la *Gaceta de Madrid* del día 17 de
Febrero de 1809:

« Ningun forastero puede entrar en Madrid sino por
» las cinco puertas principales de Toledo, Atocha, Alcalá, Fuen-
» carral y Segovia..... Habrá en cada una de las cinco puertas,
» además de la guardia, un agente de policía de toda confianza,
» acompañado de otros tres ó cuatro á sus órdenes: la guardia le
» prestará auxilio en caso necesario.....—En cada uno de los porti-
» llos ó puertas menores habrá un cabo y un agente de policía para
» impedir la entrada por ellos de los forasteros, y se retirarán cuando
» se cierren las puertas.—El cabo de policía de cada una de las puer-
» tas principales tendrá un libro encuadernado y foliado, en el que
» asiente todas las personas que entren en Madrid, *con expresion*
» *del día y hora*. Los que entren firmarán estas partidas si saben
» escribir, y si no supieren, las firmará el cabo de policía con el
» agente más antiguo.—Todos los forasteros que estén en Madrid

»(decía el cap. 7.º) al tiempo de la publicacion de este reglamento
 »deben presentarse personalmente, cualquiera que sea su clase y
 »condicion, dentro del término de cuarenta y ocho horas, al comi-
 »sario de policía del cuartel donde resida.—El comisario se infor-
 »mará de los motivos de su venida, y de la causa de su residencia
 »en Madrid, de su estado, ocupacion, pueblo de su naturaleza y
 »vecindad, y tomará una razon de las principales señas personales.
 »—Si los motivos de estar en Madrid fuesen justos, les dará una
 »cédula, etc.—Ninguna persona (decía el 8.º) puede andar por
 »Madrid sin luz media hora despues de anohecido. La que andu-
 »viese sin ella puede ser detenida y examinada por los agentes de
 »policía, y si pareciese sospechosa, se la arrestará.»

Tenga el lector entendido que estas disposiciones adoptadas por José eran ejecutadas por algunos españoles afrancesados, que, lejos de atenuar el espíritu de aquellas, le aplicaban excediéndose quizá de lo que debian. De aquí los infinitos atropellos y actos despóticos de que fueron víctimas los más leales españoles, cuyo rigor se atribuye á D. Pablo Arribas, ministro de policía, á D. Francisco Amorós, intendente general, y á varios de los individuos de la flamante *Junta criminal extraordinaria*.

Tambien se debió al gobierno intruso un triste suceso ocurrido en Cádiz, al cual poco hace hemos aludido. A consecuencia de haber mandado el intruso sus comisarios á las principales provincias del reino, con el objeto de adquirir prosélitos y afirmar su dominacion, los gaditanos, alborotados contra el marqués de Villeda, uno de los expresados comisarios que procedió con bastante imprudencia, se declararon en abierta sedicion que ocasionó algunas desgracias, pudiendo escapar ileso el marqués, merced á un personaje que le ocultó y le sirvió de escolta, hasta ponerle á bordo de un buque extranjero.

El gobierno intruso determinó tambien crear regimientos de españoles, y no dejó de encontrar algunos, aunque pocos, que se alistasen como soldados y se presentasen como oficiales. Arrepintiéronse, empero, de haberlo hecho, así porque su fatal ejemplo no fué imitado, como porque el pueblo les designó desde entonces con el apodo de *jurados*, que llegó á ser más deshonoroso que el de malhechores.



SUCESOS DE LA GUERRA.

Ya sabe el lector el fatal aspecto que presentaba la guerra al terminar el año 1808, y en el comienzo del 1809. El ejército español, siempre muy inferior en fuerza numérica al de los invasores, estaba deshecho, en cuadro puede decirse, y desorganizado: al paso que el de los enemigos se hallaba en el brillante pié que del siguiente estado se desprende:

TRESCIENTOS MIL HOMBRES habian entrado en España, según un autor francés que presume de bien enterado. Otro, compatriota de aquel, los rebaja á **193,446**, sin duda deduciendo de la primera cifra los muertos, heridos, prisioneros y enfermos. De un modo ó de otro el estado inserto á continuación saca de dudas. Por nuestra parte, no creemos deban tenerse en cuenta las bajas de ningun género, puesto que todos los dias entraban refuerzos en España. Hé aquí el estado:

Primer cuerpo de ejército, destinado á Castilla la Nueva.—General en jefe, el mariscal Víctor, duque de Belluno; generales de division, Ruffin, Lapisse y Villatte; seis generales de brigada, cuyo empleo equivalfa al de nuestros brigadieres, con 22,993 hombres, y 48 cañones.

Segundo cuerpo, destinado á Galicia.—General en jefe el mariscal Sout, duque de Dalmacia; generales de division y brigada, Merle, Dermet, Bonnet, Delaborde, Heudelet y Franceschi, con 25,216 hombres y 54 piezas de artillería.

Tercer cuerpo, con destino á Aragon.—General en jefe, el mariscal Junot, duque de Abrantes; generales de division, Grandjeau, Musnier, Morlot y Dedon.—16,035 hombres, con 40 cañones.

Cuarto cuerpo, destinado á Madrid.—General en jefe, en calidad de interino, el mariscal Jourdan; generales de division, Sebastiani, Leval y Valence, con 15,377 hombres y 30 cañones.

Quinto cuerpo, destinado á Aragon.—General en jefe, el mariscal Mortier, duque de Trévisso; generales de division, Suchet y Gazan, con 17,933 hombres y treinta cañones.

Sesto cuerpo, destinado á Galicia, como el segundo.—General en jefe, el mariscal Ney, duque de Elchingen; generales de division, Marchant, Maurice-Mathieu y Desolles, con 24,681 hombres y 30 cañones.

Sétimo cuerpo, destinado á Cataluña.—General en jefe, el ma-



riscal Gouvion Saint-Cyr; generales de division, Pino, Souham, Chambran, Chabot, Lecchi, Duhesme y Reille, con 41,386 hombres y 50 cañones.

Reserva de Caballería.—10,997 hombres, en cinco divisiones, mandadas por los generales Latour-Maubourg, Lassalle, Lahoussaye, Lorge y Kellerman.

Provincias Vascongadas y Castilla la Vieja.—General en jefe, el mariscal Bessieres, duque de Istria. Este cuerpo de ejército constaba de 14,938 hombres, distribuidos en la forma siguiente.—Diseminados por Castilla, 2,611.—De guarnicion en Valladolid, 1,401.—En Leon, 2,998.—En Aranda de Duero, 644.—En Soria, 494.—En Palencia, 192.—En Zamora, 161.—En Vizcaya, 1,762.—En Guipúzcoa, 3,799.—En Alava, 876.

Gran Parque de Artillería.—132 piezas de campaña.—775 de sitio.—465 de plaza.—En marcha 355, que hacen un total de 1,727 cañones que, unidos á 325 de los cuerpos de ejército y de algunas columnas volantes, forman en su totalidad 2,052 bocas de fuego.

Batallones dobles de tren, 118.

Por manera que, sumando sencillamente las partidas que del anterior estado resultan, componian los cuerpos de ejército 189,526 hombres. Los batallones de tren, aunque solo se les dé la fuerza de 800 hombres á cada uno, prescindiendo de que el Estado los denomina *dobles*, darán un total de 94,400 entre artilleros, ingenieros, zapadores, bomberos, minadores, etc. y reduciéndolo todo á una suma general, ésta arrojará 283,926 soldados de todas armas é institutos, y contando las demás clases, pasaban mucho de los 300,000.

Para que este gran ejército maniobrara, habia Napoleon dispuesto el plan de campaña siguiente:

El duque de Dalmacia (Soul) habria de pasar á Portugal, despues de dar descanso al ejército, y tomar á Oporto primero y á Lisboa despues; para verificarlo le señalaba Napoleon de tiempo todo el mes de Marzo, y las cuatro divisiones mandadas por Mermet, Merle, Delaborde y Heudelet, con más los dragones que mandaban Lorge y Lahoussaye, y los caballos ligeros de Franceschi.

El duque de Elchingen (Ney) permaneceria en Galicia con las divisiones de Maurice-Mathieu y Marchan, para acabar de someter el país y servir de retaguardia y apoyo á Soul.

El duque de Bellune (Victor) con las divisiones Villatte, Ruffin y Lapisse, y además 5,800 caballos, debia imitar á Soul, pene-

trando por Extremadura en Andalucía para apoderarse de Sevilla y Cádiz, que era el golpe maestro, por hallarse allí el gobierno provisional. La orden era *napoleónica*, que equivale á draconiana, tiránica y despótica: si encontraba resistencia, bombardear, talar y destruir.

A la division Lapisse, que guarnecía á Salamanca, se la mandó pasar á Mérida, para trasladarse con las demás del primer cuerpo á Andalucía.

José Bonaparte, en persona, quedaria sosteniendo la soliviantada córte de España, y en caso de necesidad apoyaria á Víctor. Para uno y otro objeto se le destinaban las divisiones Sebastiani y Dessoles, con la brillante polaca mandada por Valence, la guardia real, todas las columnas y partidas sueltas del distrito, los dragones de Milhaud y el parque general.

Saint-Cyr tenia el expreso encargo de someter toda la Cataluña.

El Norte, en donde habia más tranquilidad, en apariencia al menos, quedaria, sin embargo, vigilado y guarnecido por las divisiones Kellerman y Bonnet.

Ultimamente, Suchet, que estaba accidentalmente supliendo á Junot, en combinacion con Mortier, cuidaria del reino de Aragon, y estaria preparado para mandar tropas á Valencia por Cuenca, si fuese necesario verificarlo.

Para contrarrestar todos estos planes y hacer frente á tan gran ejército, contaba España con los elementos siguientes:

El ejército del centro, que tomó la denominacion de ejército de la Mancha, se componia de 17,000 infantes, entre regulares y allegadizos, y 3,000 buenos ginetes. La Junta, sábiamente, habia desistuido al del Infantado; pero no fué tan sábia nombrando en su lugar para general en jefe al conde de Cartaojal.

El general Cuesta organizaba á la sazón otro ejército, casi igual en número, en Extremadura. Dicese que para impedir el paso á los franceses, el anciano general cortó el magnífico puente de Almaraz, á cuyo propósito inserta el señor Lafuente la siguiente nota:

«Este famoso puente estaba tan sólidamente construido, que para cortarle, no habiendo surtido efecto los hornillos, fué menester descarnarle á pico y barreno, cuya operacion se hizo con tan poca precaucion, que al destrabarse los sillares cayeron y se ahogaron veinte y seis trabajadores con el ingeniero que los di-

»rigia. Perjuicios grandes causó esta destrucción á las comunica-
 »ciones y tráfico de Extremadura, y á las operaciones militares
 »mismas, teniendo que proveerse al paso del río con puentes de
 »balsas. Aquellos perjuicios duraron por más de 30 años, porque
 »su reconstrucción ofrecía dificultades inmensas. Al fin se emprendió
 »en 1841, siendo notable que, no encontrándose ingeniero es-
 »pañol, y teniéndose por difícil hallarle en el extranjero que diera
 »garantías de acierto en la obra, y ofreciéndose á ejecutarla un
 »lego ex-jesuita, llamado el padre Joaquin Ibañez, encomendósele,
 »y la llevó á cabo con el éxito más feliz y con general admiración
 »y aplauso. Concluyóse el arco nuevo en 1843: el todo de la obra
 »costó cerca de dos millones de reales.»

A pesar de lo en un principio dicho, nosotros tenemos documentos á la vista en los cuales se sienta como cosa segura que la destrucción del puente de Almaraz fué obra de los *auxiliares* ingleses, muy anterior, naturalmente, á la época de que venimos hablando. El hecho, desde luego, es más propio de los ingleses que de los españoles; y en decirlo así no cabe ofensa, puesto que otros hechos análogos y aun peores todavía, constan de una manera oficial é irrefutable. Bueno es consignar la especie, por si acaso, para que cada uno juzgue lo que más probable le parezca y pueda hacer sobre ello, si es curioso, las convenientes averiguaciones.

Estaba, pues, reducido el ejército español á los dos cuerpos de Cartaojal y Cuesta, si se exceptúan algunas columnas y partidas que, si bien hacían importantísimos servicios interceptando correos, apresando convoyes y diezmando y perjudicando en detalle á los opresores, no podía exigirse de ellas más servicio que el de montaña y guerrilla, importantísimo en un país como España.

El conde de Cartaojal tenía muy buenos antecedentes, como general, y no pudo ser muy mal recibido su nombramiento, así por aquellos como por lo disgustado que estaba el ejército con el duque del Infantado.

La mitad del ejército llamado á la sazón de la Mancha, salió á recorrer esta provincia al mando del bizarro duque de Alburquerque. El objeto de esta expedición no era otro que el de distraer las grandes fuerzas enemigas, que iban á cargar sobre Extremadura.

Brillante fué el primer ensayo: no lejos del pueblo de Mora, el cuerpo de caballería de la vanguardia española, encontró á quinientos buenos dragones franceses, á cuyo frente iba el general Dijon, los cuales en breves momentos fueron deshechos por nuestra

caballería, con muerte de casi cincuenta, quedando prisioneros más de ochenta y en fuga todos los demás. El coche del general Dijon quedó en poder de nuestros soldados.

Alarmáronse los franceses con aquel golpe, pequeño en verdad, empero que por lo inesperado produjo mucho efecto; y su consecuencia más inmediata fué mandar el gobierno francés cargar gente sobre la Mancha.

Sabiendo Alburquerque que se aglomeraban fuerzas enemigas para alcanzarle, se replegó á Consuegra, á donde aquellas se dirigieron, y Alburquerque se trasladó á Manzanares, habiendo logrado, como en un principio se propuso, quitar fuerzas militares de Extremadura.

El conde de Cartaojal debía maniobrar con el otro medio cuerpo de ejército, en combinacion con Alburquerque; pero, por desgracia, hallábanse muy mal avenidos. Atribúyense sus diferencias á la inmensa que mediaba entre el carácter de ambos generales, y quizá podrían agregarse á esto los celos de mando, que tantos y tan irremediables daños han ocasionado en mil épocas y ocasiones distintas.

No pudiendo de ningun modo avenirse al adoptar las disposiciones que debian ser combinadas, acudieron ambos á la Junta Suprema. La Junta y el ejército, en sus particulares decisiones de campamento, prefirieron los planes formulados por el de Alburquerque, que era uno de los buenos generales de la época.

El de Cartaojal, sin embargo, era el general en jefe; y resignándose á aceptar, como no podia menos, la decision de la Junta, sirviose hábilmente del mismo plan de campaña del que pudiéramos llamar su adversario, para quedarse libre de él. De acuerdo con el mencionado proyecto, y para realizar lo aprobado por la Junta, mandó al de Alburquerque marchar á Extremadura con las divisiones Bassecourt y Echavarry, que apenas compondrian 6,000 hombres entre ambas. Esta manera de proceder, no honra mucho al de Cartaojal, puesto que mandaba á su rival á una cierta ruina, y él se quedaba solo para desmentir la buena fama de que como militar gozaba, y que en realidad habia en otra ocasion merecido.

ACCION DE CIUDAD-REAL.

Solo el de Cartaojal se dirigió con el grueso de sus tropas á Ciudad-Real, llevando el mismo camino que su competidor Albur-

querque, el cual tan buen comienzo habia dado á la nueva campaña (23 de Febrero).

Marchando, segun decia, con propósito determinado, y segun las apariencias sin plan fijo, hizo una verdadera correria, de la cual resultó el volver tres dias despues al punto mismo de que habia salido, y esto con extraordinaria precipitacion (26 de Febrero).

Veinticuatro horas despues (27 de Febrero) fué atacado por el general Sebastiani, francés, quien muy pronto le desordenó y llevó al punto de que habia salido. De allí le obligó á pasar al Viso y á Santa Cruz sucesivamente, despues de quitarle bastantes prisioneros y siete cañones.

Los restos del ejército de la Mancha se fijaron despues en Santa Elena. Tal fué el resultado de la enemistad de Cartaojal con Alburquerque.

Y en tanto esto sucedia, Cuesta organizaba é instruía su ejército en Extremadura, para lo cual, más que para batirse en el campo, admirablemente servia.

BATALLA DE MEDELLIN.

Cuando de tal modo se ocupaba Cuesta, supo por sus confidentes que se acercaba Víctor con 22,000 hombres, en direccion de Mérida, segun órden recibida de Napoleon, únicas que eran á la sazón obedecidas. Cuando aquellas no llegaban á tiempo, cada general lo era en jefe, y áun soberano en el respectivo distrito. Sabiendo positivamente que Napoleon no se curaba para nada de su hermano, ni como rey ni como lugar-teniente, estaba José verdaderamente desprestigiado, y érale igual mandar, que permanecer indiferente; porque cuando disponia cualquier movimiento, era obedecido si su disposicion estaba de acuerdo con las recibidas de Francia, ó si en falta de estas coincidia por casualidad con el pensamiento del general que debiera ejecutarla. En el caso contrario no solamente se le negaba la obediencia, sino que los generales disputaban con él como de potencia á potencia y lo desairaban sin respeto ni temor. A tal estado tenia reducido el ambicioso y tiránico Napoleon, á su hermano el honradísimo José.

Llegó el duque de Belluno (Víctor) al inutilizado puente de Almaraz, y dispuso la inmediata y rápida construccion de uno de barcas, ya que el famosísimo de piedra estaba cortado, opera-

cion que no realizó con la velocidad que las circunstancias exigian.

En tanto el nuevo puente se habilitaba, mandó que las dos terceras partes de su ejército, como unos 14,500 hombres, atravesasen el Tajo por el puente del Arzobispo y por Talavera, los cuales fueron avanzando á medida que los de Cuesta se replegaban, llegando hasta Trujillo el dia de San José, 19 de Marzo, y pasando por Santa Cruz del Puerto dieron vista á Medellin.

Una imprudencia ocasionó á los franceses una pérdida tanto más lastimosa para ellos, cuanto que fué innecesaria y de todo punto inútil. El regimiento décimo de cazadores á caballo, procedente de la division Lasalle, avanzó sin saber hasta dónde, y fué impetuosamente acometido por una parte del regimiento del Infante y los dragones de Lusitania, que entre ambos formarian unos 550 caballos, fuerza casi igual, poco más ó menos, al regimiento de cazadores franceses. De aquel bizarro choque resultó la completa pérdida del décimo de cazadores, que fué absolutamente acuchillado.

Retrasaba Cuesta hasta donde le era posible el librar la batalla, pues no queria aventurarse hasta que llegase el duque de Alburquerque, que fué, como el lector ya sabe, desde la Mancha á reforzar el ejército de Estremadura.

El dia 27 de Marzo á las tres de la tarde llegó por fin Alburquerque, y en seguida dispuso Cuesta la batalla, en los llanos inmediatos á Medellin, de la mala manera que tenia por costumbre. Distribuyó su ejército y entregó el mando de la izquierda á D. Juan Henestrosa que mandaba la vanguardia, y al duque del Parque, entonces leal, que tenia á su cargo la primera division; la derecha estaba compuesta de la tercera division, al cargo del marqués de Portago y las tropas que habia llevado Alburquerque, mandando la línea el teniente general D. Francisco Eguía; y el centro, en donde estaba la segunda division, la mandaba el general Trias.

Colocó Cuesta su línea de batalla apoyando la derecha en el Guadiana, formando media luna y sin reserva de ninguna especie segun era su costumbre, á pesar de haberle dado muy funestos resultados esta manera de proceder. Recorrió despues la línea y fué por último á situarse en una elevacion que habia á la izquierda, con la mayor parte de la caballería.

Llegó el dia 28 y pasó toda la mañana sin que apareciese el enemigo, hasta las once, en cuya hora se le vió atravesar el Guadiana por el puente de Medellin. Acercábase Víctor con 18,500 infantes

y 3,000 ginetes, formando cuatro divisiones que mandaban los generales Lasalle, Latour-Maubourg, Villatte y Ruffin.

Estaba visto que por entonces presidia una verdadera fatalidad á todas las operaciones guerreras que en España se practicaban. Casi tres horas de combate iban ya y la batalla estaba ganada por los españoles, de los cuales los mismos autores franceses dicen que *en Medellin se batieron con intrepidez y con audacia*. La batalla, lo repetimos, estaba ganada por Cuesta; pero como en la guerra mientras la lucha no termina no se puede cantar la victoria, porque el más insignificante incidente lo trastorna todo y del vencedor hace el vencido, ocurrió un fatal episodio en la accion de Medellin, que dió al traste con las fundadas esperanzas, ó más bien, con la seguridad del triunfo.

Nuestra izquierda habia avanzado bizarramente á tomar dos baterías enemigas, y ya casi habia logrado su objeto, cuando salieron los dragones franceses á dar una impetuosa carga para impedirlo. Esto hubiese importado muy poco, si la caballería que iba protegiendo nuestra izquierda no hubiese vuelto caras, y envuelto inevitablemente á la infantería. Y como es tan fácil que los caballos desbocados rompan y deshagan una línea de batalla, máxime no teniendo reserva á oportuna distancia que sostenga, y contenga al mismo tiempo la trepidacion, toda la serenidad y el valor y la seguridad del triunfo se convirtieron en un inexplicable desorden, que llegando hasta donde estaba situado el general en jefe, el tropel de caballos le hizo venir del suyo al suelo, al hacer heróicos esfuerzos para restablecer el orden.

Portóse Cuesta, á pesar de su avanzada edad, con muy notable bizarría. No obstante el golpe recibido y una herida que tenia en un pié, volvió á montar á caballo, y desesperado hizo tanto, que estuvo en muy poco el que hubiese quedado prisionero.

No era, empero, posible recuperar lo perdido: la grave falta de nuestra caballería y sus desastrosas consecuencias, fueron perfectamente explotadas por los franceses, siendo muy de notar que aquella caballería, única causa del desastre de Medellin, era la misma que dias antes habia destrozado á un bizarro y muy completo regimiento francés de cazadores á caballo.

El único que se sostuvo hasta que no fué posible más, fué el bizarrísimo duque de Alburquerque, que salvó milagrosamente su vida, puesto que una bala de fusil le llevó la perilla de la oreja derecha.

Las pérdidas fueron grandes, aunque no tanto como han dicho los enemigos, y aún algunos amigos; y la mayor parte de los destrozos no fueron ocasionados por los primeros, sino por el mismo desorden y la inexplicable confusión.

No ha faltado quien estampe la cifra de 7 á 8,000 prisioneros, cuando consta oficialmente que en Talavera se hizo cargo de aquellos el coronel Bagneris, y solo le fueron entregados 850.

No dudamos quedaron fuera de combate de 9 á 10,000 hombres; porque heridos y contusos por los mismos caballos de los nuestros, por las caídas involuntarias y otros accidentes tan frecuentes y naturales en ocasiones análogas, pasaron de 4,000, y luego los 850 prisioneros, y los muertos y heridos durante las tres horas muy largas que duró la batalla.

Cuando la Junta central recibió el parte de la desgraciada acción, procedió bien en un extremo, y respecto de otro de incomprendible manera para muchos. Procedió como debía otorgando pensiones á las viudas y huérfanos de los que gloriosamente habían sucumbido en las inmediaciones de la patria del gran Hernán Cortés, y concedió premios á los infinitos que en aquel funesto y memorable día supieron distinguirse. Lo que no comprendemos, seguramente, es el por qué ascendió al general Cuesta á la suprema dignidad de capitán general de ejército. No contenta con esto la Junta, destituyó al conde de Cartaojal, á consecuencia de la inconcebible acción de Ciudad Real, y dió al flamante capitán general Cuesta el mando del ejército de la Mancha. Dicese que para proceder de tan extraña manera la Junta, tuvo una razón política muy apreciable y bien entendida, á pesar de que, según oportunamente dice el erudito Lafuente, más que á la fuga de algunos escuadrones se debió la pérdida á la mala disposición de la batalla, por lo que el general Cuesta, *habiendo podido hacer de Medellín otro Bailén, hizo una segunda edición de la jornada de Rioseco*. Pero el mismo ilustrado autor, cuyas palabras acabamos de copiar, emite su autorizada opinión respecto del premio concedido á Cuesta, en los siguientes términos:

«Fue cálculo político el que en esto guió á la Central; porque »perdió el ejército de la Mancha, y no quedando para su inmediata defensa sino el de Extremadura, quiso alentar á los amigos »dandoles ejemplo de confianza, demostrar á los enemigos que la »causa nacional no había sucumbido en los campos de Medellín, y »dar á todos un testimonio de que sabía hacerse superior á los re-

«veses, y confiaba en la constancia y en el patriotismo de la nacion.»

Reunió Cuesta las reliquias de su destrozado ejército y se situó en Monasterio, entre Extremadura y Andalucía, pensando en una nueva reorganizacion, en cuya repetida operacion se pasaba lastimosamente el tiempo. La impericia de unos y la ambicion de otros hacian fracasar los mejores planes; y cuando descollaba algun general, se le dejaba supeditado siempre á otro mucho menos apto, como sucedió hasta entonces con Alburquerque.

Pero en la córte se celebraron los desastres seguidos de Ciudad-Real y Medellin, y no, á la verdad, sin razon. Despues de desorganizados los ejércitos españoles en la anterior campaña, se habia logrado reorganizar uno en la Mancha y otro en Extremadura; y en las dos primeras acciones, la impericia de uno y la poca capacidad de otro, que nunca fué lo mismo organizar é instruir que disponer y ejecutar una batalla, deshicieron en el primer ensayo los dos nuevos ejércitos, recién formados á fuerza de trabajos y sacrificios. El francés, que no conocia bien á España, no podia suponer que esta nacion magnánima fuese susceptible de repetir mil veces los titánicos esfuerzos y heróicos sacrificios. No era, pues, extraño que el destrozo de Ciudad-Real y la rota de Medellin, hubiesen hecho creer á José que ya tenia segura su irrisoria corona.

Creyendo terminada, ó poco menos, la cuestion de armas, el intruso creyó tambien muy oportuno establecer negociaciones con la Junta Central, á la cual en su error suponía aterrada, para ver si lo bien comenzado por las armas terminaba del todo por la política.

Comisionó al efecto á D. Joaquin María Sotelo, magistrado, el cual llegó á Mérida; y apoyado por Cuesta hizo llegar á la Junta un pliego redactado en el sentido que el lector puede figurarse.

La Junta, con verdadero patriotismo y notable oportunidad, respondió: *que estaba dispuesta á oír proposiciones, con anuencia de los aliados de España*, esto es, de los ingleses, que eran para Francia gran recomendacion; pero que *solo seria escuchado en el caso de presentarse con poder bastante para tratar de la RESTITUCION Á ESPAÑA DE SU AMADO MONARCA D. FERNANDO VII, Y DE LA INMEDIATA EVACUACION DE LAS TROPAS FRANCESAS DE TODO EL TERRITORIO ESPAÑOL.*

Juzgue el lector de la extraordinaria sorpresa de Sotelo al leer la patriótica respuesta de la Junta. Insistió, sin embargo, respe-

tuosamente, hasta que aquella le hizo saber su inquebrantable voluntad.

Entonces, por encargo de José, el general Sebastiani, que mandaba las tropas de la Mancha, creyendo más fácil el atraer á la Junta despues de haber adquirido la aquiescencia de los más notables de sus individuos, se dirigió al celebérrimo Jovellanos, diciéndole entre otras cosas lo siguiente:

«La reputacion de que justamente gozais en Europa; vuestras ideas liberales, vuestro amor pátrio y el deseo de ver feliz á vuestra nacion, deben moveros á abandonar un partido que combate solamente por la Inquisicion, por sostener sus preocupaciones, por interés egoísta de algunos grandes de España, y, últimamente, por los de Inglaterra.

»Un hombre tal como vos, conocido por sus talentos y carácter, debe conocer que una vez sometida España á *un rey justo é ilustrado*, puede esperar el resultado más feliz..... etc.»

Mucho sorprendió al ilustre Jovellanos el contenido del pliego de Sebastiani, al cual no tardó mucho en contestar; y creemos que al lector agradará conocer la parte principal de la patriótica y dignísima contestacion del ilustre patricio y sábio Jovellanos. Héla aquí:

«Señor general: Yo no sigo un partido; sigo la santa y justa causa que sigue mi pátria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto encargo de defenderla y regirla y que todos habemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas.

»No lidiamos, como pretendéis, por la Inquisicion, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España: lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra Religion, nuestra Constitucion y nuestra independencia.

». Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Europa entera reconozcan que la misma nacion que sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su rey y su libertad contra una agresion tanto más injusta cuanto menos debia esperarla de los que se decian sus primeros amigos, tiene bastante celo, firmeza y sabiduría para corregir los abusos que la condujeron insensiblemente á la horrorosa suerte que le preparaban de una parte la imbecilidad, y de otra la insidia y la felonía.»

Poco antes de verificarse los sucesos antes referidos y cuando casi comenzaba el año, los dominios españoles de América secunda-

ron noble y enérgicamente el santo grito de independencia lanzado por sus hermanos de Europa. Las islas Filipinas y las Marianas, siguieron el digno y patriótico ejemplo de las de América, y todas ellas, no limitándose á los buenos deseos y entusiastas voces, solemnemente se comprometieron á dar auxilios materiales para continuar la gran lucha emprendida, y á no reconocer por soberano á otro que al prisionero Fernando VII.

A las palabras siguieron, en efecto, y muy pronto, los hechos. Comenzaron á recibirse grandes cantidades de metálico y todo género de auxilios; y aún emprendieron y realizaron los cubanos, en union con los de las demás Antillas, el reconquistar la parte española de la isla de Santo Domingo, que el gobierno anterior, de ominosa memoria, habia cedido á la Francia.

No pudiendo permanecer el gobierno de España insensible á tales muestras de lealtad y patriótico entusiasmo, determinó dar á los habitantes de nuestras colonias una clara muestra de que los consideraban realmente como hermanos y como una cosa misma con nosotros, del mismo modo que para ayudarnos se habian tan á las claras manifestado hermanos nuestros.

Al efecto determinó la Junta central dar participacion en el provisional gobierno de la nacion á los americanos y filipinos. A este fin dió orden á los vireyes y capitanes generales de Buenos-Aires, Cuba, Chile, Filipinas, Nueva-Granada, Goatemala, Puerto-Rico, Nueva-España, Perú y Venezuela para que procediesen á nombrar los respectivos representantes de cada uno de aquellos paises que hubie ran de formar parte de la Junta Suprema central, á cuya orden acompañaba un decreto que decia: «Considerando que »los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias, no »son propiamente colonias ó factorías como los de otras naciones, »sino una parte esencial é integrante de la monarquía española, y deseando estrechar de un modo indisoluble los sagrados vínculos »que unen á unos y otros dominios, como asimismo corresponder á »la heroica lealtad y patriotismo de que acaban de dar tan decidida »pruebaá España, etc.»

Bien necesitó la Junta de la gran satisfaccion que la proporcionó la noble decision de los americanos y filipinos, para neutralizar el triste efecto que en ella produjeron otros disgustos. Entre estos figuró la murmuracion injustamente esparcida, respecto de la poca pureza é integridad de la Junta en el manejo de los fondos. No quiso aquella legar al olvido y mostrarse indiferente á lo que

otros consideraban como habillitas sin importancia ni trascendencia. Acogiólas desde luego como muy trascendentales y emanadas de los enemigos de la independencia española.

Epoca era aquella en que no podía haber lugar á la malversacion de fondos; porque en realidad, jamás los habia. Gran parte de España estaba en poder de los enemigos y nada se recaudaba de ella; y la otra parte ni daba lo suficiente para subvenir á todas las necesidades ordinarias, ni mucho menos á las extraordinarias, perentorias, diarias y crecientes del ejército. Además, ninguno de los individuos que formaban la Junta habia manejado ni intervenido por sí mismo en la recaudacion, brevísimo depósito, ni distribucion del corto numerario que se recaudaba: así fué que la Junta presentó una brillantísima y victoriosa defensa de sus actos, en el punto en cuestion, que hizo enmudecer á los infames detractores. Las Juntas provinciales eran las que en verdad tenian más intervencion en el asunto; empero la recaudacion era generalmente tan ilusoria, que habia necesidad de echar mano de los particulares donativos, y los mismos que formaban las Juntas, como hombres acaudalados en el respectivo país, tenian que facilitar auxilios de su propio peculio.

Y tan no eran suficientes los donativos agregados á la recaudacion ordinaria, que de Inglaterra tuvieron que facilitar primero, un millon de duros; despues 20.600,000 reales en barras y dinero. La primer partida fué entregada á las Juntas de Galicia y Asturias, préstamo que esperaba la primera de aquellas y que anunció á Blake en una de sus comunicaciones, como aún recordará el lector, y la segunda directamente á la Central.

En cuanto á las ofertas hechas por los americanos, no quedaron ciertamente ilusorias. En el trascurso del año 1809 enviaron á España **284.000,000** de reales.

Y ya que de Inglaterra hemos poco hace hablado, bien será que digamos algo acerca del formal compromiso que en el año 1809 contrajo con España. Hasta entonces, los auxilios que habia dado podian considerarse como hijos del odio hácia la Francia, ó hácia Napoleon más bien, sin obligacion ni formal compromiso; mas al comenzar el año 1809 se firmó en Lóndres un tratado que comprometia á Inglaterra formal y solemnemente á no reconocer por rey de España á otro que á Fernando VII y sus legítimos descendientes y herederos, *ó al sucesor que la nacion española reconociese*, y auxiliar á la España con todo su poder en la noble y gigantesca

lucha que estaba á la sazón sostenida contra todo el poder del ambicioso Napoleon. España á su vez, representada por la Junta central, se obligaba en el predicho tratado á no ceder á la Francia parte alguna de su territorio ni en Europa ni fuera de ella, y á no firmar paz ni tregua con la nación su enemiga sino de acuerdo con Inglaterra, la cual por su parte también se obligaba á cumplir este último extremo.

El tratado en cuestión terminaba con un artículo adicional, por el que ambas naciones contratantes mutuamente se convenían en conceder ciertas franquicias al respectivo comercio, reservando el realizar un tratado definitivo respecto de este último punto, para cuando terminase la guerra ó las circunstancias lo permitiesen.

Debemos decir á fuer de francos é imparciales, que en la conducta de la Gran-Bretaña habría probablemente de todo un poco, menos de verdadero deseo de auxiliar desinteresadamente á España. Lo que con aquella hicieron antes y después los ingleses lo dice claramente, aunque nosotros quisiéramos ocultarlo, su conducta en el asunto de Gibraltar, que perfectamente los retrata; su oportuna y digna reclamación cuando España sostenía la gloriosa guerra de Africa, los caracteriza; y aún en la misma época de que nos venimos ocupando, recién firmado el tratado de que acabamos de hacer mención, intentaron, pero no se atrevieron á consumar el escándalo, sacar partido de su *amistad*, como de su enemistad le sacaron siempre.

Apenas estipulado el concierto de Londres en 1809, pretendió Sir Jorge Smith, en nombre de su gobierno, guarnecer á Cádiz: esto, se supone, *solo para ponerle á cubierto de un golpe de mano, si los franceses le intentaban; pero no para hacer la segunda edición de la HONROSA toma de Gibraltar.*

No contento el inglés con pretender lo ya dicho, dispuso la traslación de tropas inglesas á las aguas de Cádiz, para apoderarse, *amistosamente por supuesto*, de aquel puerto y plaza, cuya medida tomó Smith sin que la Junta central tuviese la menor noticia. Esto no obstante, tan pronto como tuvo conocimiento de aquel hecho reclamó con notable energía, sin embargo de lo cual el gobierno inglés *encontró razones* para sostener una larga polémica, cuyo fundamento era en realidad incomprensible, á consecuencia de lo cual se cruzaron muchas y muy ácras contestaciones. La Junta central, se sostuvo siempre á la altura de su dignidad; y el gobierno inglés que no podía, por mucho que se esforzase y aunque tan práctico

en sofismas é insidias, probar ni la necesidad ni la justicia de realizar aquella medida, tuvo por fin que ceder mal de su grado, y dar otro destino á las fuerzas británicas que estaban preparadas para guarnecer á Cádiz. Si la Junta no hubiese desplegado tanto teson y tan gran energía, ¿cuándo hubieran salido de la hermosísima Gades nuestros *amigos*? Esto era cuando los ingleses acababan de firmar un tratado de paz, amistad y alianza: creemos que para gráficamente retratarlos, basta y sobra mucho con lo dicho.

GALICIA Y ASTÚRIAS.

Después de haber penetrado en Portugal el mariscal Soult, según lo preceptuado por Napoleon, atravesando con inmensos trabajos la Galicia y especialmente la parte de Orense, por la cruda y obstinada oposicion que los gallegos le hicieron, llegó por fin hasta Lisboa.

No nos incumbe el ocuparnos de los asuntos de Portugal: diremos solamente que los portugueses se mostraron dignísimos hermanos de los españoles, presentando una defensa tan valerosa y obstinada que rayó en el heroísmo. Agregaremos á esto que Soult adoptó el nombre de *gobernador general de Portugal*; que se le supusieron intenciones de llegar á *ser algo más*, y que con motivo de aquella nueva invasion se llegó á descubrir cierto complot contrario á Napoleon, en el que figuraban más de un general y muchos personajes importantes.

Concretándonos, como debemos, á lo que á España se refiere, diremos que la aparicion de Soult en el territorio gallego reanimó el espíritu de aquellos naturales, que amortiguado parecia á consecuencia de tantos sinsabores y desastres.

Millares de paisanos acaudillados y protegidos por los primeros personajes del país, tomaron las gargantas de las montañas, coronaron los riscos, ocuparon los valles y, en una palabra, se extendieron por todo el país: por manera que los franceses, para llegar á Portugal, tuvieron necesidad de sostener un formal combate, cada legua que avanzaban hácia el término de su viaje.

El monótono y siniestro sonido del caracol era el que reunía á los valerosos gallegos; y Soult llegó, por fin, á territorio portugués, habiendo dejado en el camino más de 2,500 franceses, sobre 300 caballos y 36 cañones, que por su gran peso y por los obstáculos que en el camino encontraba, tuvo que abandonar en Tuy.

El valor natural de aquellos buenos y leales patriotas, estaba secundado, ó apoyado más bien, por algunas partidas y columnas sueltas, procedentes del casi disuelto ejército del marqués de la Romana; y el brillante ensayo que habian hecho con Soult, les dió á entender que áun estaba en su mano y en la de los demás españoles, el triunfo definitivo de la buena causa.

Poco ó nada adelantó Soult con llegar á Lisboa, despues de tanta pérdida y tantos obstáculos y trabajos. El mismo lord Welington, que ya habia estado en España y Portugal, apareció de nuevo, á la cabeza de un numeroso ejército inglés.

Ocurrieron diversos combates, que obligaron á Soult á pensar en retroceder: y en los días 10 y 11 de Mayo repasó el Duero su vanguardia, y él mismo en vez de replegarse sobre Tras-os-Montes, como habia pensado, supo inopinadamente que por medio de una operacion tan diestra como atrevida Wellesley, ó Wellington, habia atravesado el Duero por Avintos.

No dió crédito Soult á aquella verdaderamente increíble noticia, hasta que el general de division Foy llegó á decirle, que él mismo desde una altura lo habia visto.

Entró en el ejército francés la confusion y el desórden, y con tan malos elementos y fatales precedentes se trabó la batalla en las cercanías de Oporto. Quedaron los ingleses vencedores; los franceses perdieron mucha gente y no pocos cañones, y los generales Foy y Delaborde la libertad. El primero fué muy pronto rescatado.

El resultado inmediato de aquella batalla fué para los ingleses el penetrar sin obstáculo en Oporto, y para los franceses el determinar su regreso á España.

No siendo posible á Soult, á pesar de sus deseos, adoptar el camino de Amarante, porque aunque encargó de facilitarle al general Loison los ingleses Beresford y Wilson lo impidieron, tuvo que pasar por Braga á Chaves.

Este fatal camino solo servia, con mucha dificultad, para infantes y ginetes; pero era impracticable para la artillería y carruajes: por esto con el más inexplicable sentimiento tuvo necesidad Soult de abandonar toda la artillería y los carros.

A medida que se internaba iba encontrando nuevas dificultades que se oponian á su marcha, obstáculos naturales de aquel fatal camino, aumentados por la necesidad de caminar casi siempre á la desfilada, á uno y dos de fondo, esto cuando más. Acosado por

paisanos desde las cimas de los riscos y montañas y perseguido muy de cerca por los ingleses, que afortunadamente para Soult tenían que luchar con idénticas dificultades, llegó destrozado á la frontera española. Por manera que aquella era una guerra vandálica y bárbara, que hubiera debido avergonzar á los hunnos y á los alanos; porque sobre los muchos infantes y ginetes que se derrumbaban y llegaban á encontrar una horrorosa y cierta muerte en el fondo de los precipicios, todos los franceses que rendidos al cansancio ó con los piés estropeados se rezagaban, eran infaliblemente asesinados por los paisanos; y los franceses á su vez, iban quemando pueblos y asesinando paisanos. Todos estos y otros muchos bienes trajo á España y extendió por Europa el *civilizador y humano* Napoleon.

Por supuesto que los franceses todo lo merecian; porque como muy oportunamente recuerda un ilustre historiador español, todo cuanto en su terrible y sangrienta marcha sufrieron Soult y los suyos, no fué más de lo que él y ellos anteriormente habian hecho sufrir al general Mhoore, inglés, en su retirada de Astorga á la Coruña; porque la expiacion es en este mundo infalible.

Por fin, destrozado, sin aliento y diezmado, llegó el ejército de Soult á Orense, el dia 19 de Mayo; y despues de haber tomado un breve descanso, se trasladó á Lugo para ponerse de acuerdo con Ney, que mandaba por José, ó por Napoleon, en Galicia.

Tal fin tuvo en Portugal la breve dominacion de *Nicolás I*, como por sarcasmo le llamaban algunos; porque parece punto fuera de toda duda que Soult se creyó rey de Portugal, en lo que tiene muy grande disculpa, puesto que soberanos se vieron por entonces de mucho peores condiciones y circunstancias.

A pesar, empero, de todos los desastres, no debe negarse á Soult grandes conocimientos y no menor fuerza de alma, para emprender y llevar á cabo la difícil retirada que supo realizar.

En tanto pasaban en Portugal los sucesos que muy en compendio, por convenir así á nuestro propósito, hemos referido, los gallegos, animados por el buen éxito de la persecucion emprendida contra Soult, habian determinado volver á presentar al francés una oposicion tan vigorosa como decidida.

Apoyaban al pueblo personas de valía, tales como el abad de Couto, el magistrado Cancelada, los Quirogas y otros muy principales sugetos. Reorganizóse, pues, la antigua Junta, y sólo se pensó en la guerra.

Hallábase el marqués de la Romana en las fronteras de Castilla;

y en el mes de Marzo, despues de habérsele unido el general Mahy con su division, se trasladó á las Portillas, con el exíguo y heterogeneo ejército que tenia.

Despues de calcular el de la Romana lo más conveniente, sabedor de lo ocurrido á Soult, determinó acercarse primero al principado de Astúrias, á fin de reanimar á los descendientes de los héroes de Covadonga, para despues de insurreccionar el país, marchar á dar apoyo á los gallegos.

Cuando despues de una penosísima marcha apareció el de la Romana y los suyos en Ponferrada del Vierzo, cuantos lo veian con verdadero asombro, apenas se atrevian á dar crédito á sus ojos.

Ignórase si el Marqués llevaba un plan fijo y preconcebido, ó si se proponia proceder segun le inspirasen las circunstancias; empero debe suponerse lo segundo, por lo que vamos inmediatamente á referir.

Llevaba el marqués sus destrozadas y casi desnudas tropas, sin artillería, sin elementos materiales. En una ermita inmediata á Ponferrada encontró el de la Romana un cañon de á 12 montado en su cureña, con cartuchos y todo el necesario servicio. Se supuso entonces que habríale abandonado allí el inglés Mhoore, en su célebre retirada.

El Marqués, regocijado á guisa del que encuentra un tesoro sin precio, sin más que aquel cañon, resolvió tomar á Villafranca en la raya de Galicia, cuyo punto estaba ocupado por un columna francesa de 1,000 hombres.

Como en la guerra el vencimiento comienza por los ojos, sorprendida la guarnicion con la vista de los españoles á quienes tan distantes creía y al ver á vanguardia un cañon de á 12, se replegaron y fortificarón de la posible manera, en el palacio de los marqueses de Villafranca.

Muy poco tiempo resistieron los franceses, no suponiendo que fuese tal la osadía de los españoles, y creyendo mucho mayores las fuerzas enemigas y bien provistas de artillería: así fué que en la mañana del 17 de Marzo se entregó prisionera la guarnicion, que no tardó mucho en arrepentirse, al ver que se habia entregado á poca y muy destrozada gente, sin más artillería que el cañon que habian puesto á vanguardia.

Y sin embargo, aquel hecho, sencillo en sí, dió grande ánimo á los gallegos; porque á medida que la noticia atravesaba distancias, como frecuentemente sucede, crecia.

La Junta del principado de Astúrias que habia siempre rivalizado con la de Galicia en patriotismo, acierto y energía, se habia malquistado con la gente de valía, porque habia sabido establecer un bien entendido y no quimérico sistema de igualdad.

Es sabido que en las provincias existe siempre mayor ó menor número de *caciques* que lo dominan todo y todo les está supeditado, y no toleran que con nadie que les sea inferior se les iguale. La Junta, empero, no hizo distincion de ellos para servir de todas las maneras posibles á la pátria, así con las armas, como con los bienes de cada uno; y esto disgustó, aunque no precisamente por falta de patriotismo, sino por haber saltado por encima de los acostumbrados privilegios.

A fuerza de gestiones, de sacrificios y desvelos, logró la Junta reunir dos grandes grupos que denominó *ejércitos*, encomendando la direccion de uno al general Worster y el otro á D. Francisco Ballesteros, á la sazón capitán retirado y *visitador de estanquillos*, al cual la Junta de una plumada ascendió nada menos que á *mariscal de campo*.

Don José Worster, general y todo, impremeditadamente quiso hacer una incursión en Galicia, despues de haber reunido hasta 7,000 hombres, paisanos casi todos, al parecer con tanto ánimo como buenos propósitos.

Comenzó por consentir que en el camino hiciese su gente muchos excesos de los que los franceses tan en uso tenían, ¡y concluyó por dejar marchar de Mondoñedo sanos y salvos á los enemigos, pudiendo haberlos sorprendido, y dejando que le sorprendiese despues el general Mathieu y le derrotase, penetrando en el Principado acosándole siempre. Afortunadamente el francés se replegó á Galicia, á consecuencia de la aparicion en aquella provincia del marqués de la Romana, y si la division de Worster no quedó completamente deshecha, se debió al bizarro D. Manuel Acebedo, hermano del valeroso y entendido general vil y cobardemente asesinado por los franceses, como aún recordará el lector, que recogió y alentó á los desbandados y reunió y reorganizó la division.

El espíritu patriótico estaba todavía en Galicia más fuerte y decidido que en Astúrias. Todo el país estaba lleno de partidas, muchas de ellas mandadas por oficiales de ejército, unos naturales de la provincia y residentes en ella, y otros mandados expreso por el de la Romana y aun por la misma Junta central.

Rara era, además, la partida que no contaba á su frente, si no

un militar, una persona autorizada y respetada en el país. Contábanse entre ellas, porque es justo consignar sus nombres, á los Quirogas, los estudiantes Martínez, Tenreiro, Marquez, Cordido, el alcalde de Tuy (Secane), el abad de Couto, el de Valladares y otros menos conocidos.

Como la insurreccion ó, más propiamente dicho, el levantamiento nacional, tanto se habia propagado en Galicia, para darle mayor impulso y, por decirlo así, organizarle, mandó primero el de la Romana á dos capitanes, llamado uno de ellos Colombo, y conocido el otro en aquel país por el apodo de *Cachamuña* (llamábase Gonzalez), nombre del pueblo de su naturaleza.

Poco despues la Junta central mandó otros dos militares de ánimo esforzado, teniente coronel el uno de ellos, llamado García del Barrio, y el otro el intrépido hasta la temeridad D. Pablo Morillo, alférez entonces y á quien despues vió España general y conde de Cartagena de Indias, si no el general más inteligente, uno de los más esforzados de Europa.

A favor de todas estas diligencias, las partidas fuéronse convirtiéndose en compañías, y estas en batallones y regimientos, y se determinó acometer alguna empresa digna de un ejército regular. Para lograrlo se decidió atacar á Vigo, ciudad que estaba guarnecida por más de 1,300 franceses.

Estando al frente de Vigo los españoles, túvose noticia de que los enemigos se aproximaban y preparaban á atravesar por el puente de San Payo. Acudió apresuradamente el intrépido Morillo, impidió el paso á los enemigos y fortificó el puente con cañones que se proporcionó sin saber cómo, por efecto de su actividad y buena imaginacion.

El abad de Valladares acababa de intimar la rendicion á los franceses de Vigo, cuando regresó Morillo del puente de San Payo, con un refuerzo de tres completas compañías.

El jefe francés comprendiendo su mala posicion, repugnaba, empero, rendirse á simples paisanos; todavía sin organizacion verdaderamente militar, cosa que ciertamente no debe extrañar á nadie y que era muy loable en un jefe militar de buenos servicios, aunque prestados á muy mala causa. En aquel caso la Junta determinó elevar á Morillo al empleo de coronel, saltando relativamente tanto como Ballesteros, á fin de que el jefe francés no repugnase entenderse con él.

Morillo, cuya virtud dominante no fué la paciencia, así que se

vió investido de la dignidad militar intimó tan enérgicamente la rendicion al jefe de Vigo, que éste sabiendo ya que habia de entenderse con un coronel español, capituló y entregó la plaza, á condicion de salir con los honores de la guerra y de ser la guarnicion llevada como prisionera á Inglaterra, á bordo de buques de esta misma nacion.

Accedió Morillo; empero el francés tardaba en hacer la entrega; y como la disciplina estaba tan naciente en aquellos grupos llamados compañías y batallones, no teniendo paciencia para esperar mucho, emprendieron á hachazos con la puerta de Gamboa, siendo el primero á manejar el hacha con brazo de hierro segun se refiere, aunque militar y acostumbrado á la disciplina, el capitán Gonzalez, ó sea Cachamuña.

En aquel momento se realizó la entrega. Era el 28 de Marzo: entregáronse á Morillo el jefe francés con 46 oficiales y 1,213 individuos de las clases de tropa. Y al mismo tiempo que esto sucedia, otros de los recientes soldados y antiguos partidarios deshacian completamente á una columna francesa que se dirigía á socorrer á Tuy, tambien muy estrechada por los españoles. Dicha columna dejó sobre el campo 113 hombres y 72 prisioneros.

Pero en prueba de lo incomprensibles que son los sucesos de la guerra, Vigo fué tomada por paisanos, sin un cañon, sin artilleros, sin ingenieros y sin ningun elemento militar. En cambio Tuy no pudo ser tomada llevando cañones y mucho mayores elementos de los que concurrieron á la recuperacion de Vigo. Atribúyese el mal resultado á la multiplicidad de jefes, partidarios y militares, que se agruparon y quisieron mandar en jefe. Acudieron, sobre los que ya habia al frente de Tuy, Morillo y los demás que habian estado en Vigo; y todo eran distintos pareceres y celos de mando y afan de sobreponerse á los demás.

Cuando las rencillas entre los jefes españoles más cuerpo tomaban, el gobernador francés de Tuy hizo una vigorosa é impensada salida, y quitó á los nuestros cuatro cañones que tenian. Al mismo tiempo La-Martinière, que era el general francés que mandaba en Tuy, vió desde la atalaya llegar tropas de las suyas por el camino de Santiago; y poco despues llegó de Oporto una brigada mandada por el general Heudelet y enviada por Sout en socorro de Tuy. Los españoles, viendo tanta reunion de fuerzas enemigas, levantaron el cerco; empero en prueba de que la toma de Vigo habia sido de gran efecto moral y que no habíanse perdido los sacrificios ni el

valor español, á pesar de todos los elementos que en favor de los franceses se habian reunido, no quiso detenerse en la ciudad el gobernador La-Martinière, temiendo la vuelta de los españoles, despues de haber reunido mayores elementos. En efecto, despues de haberse retirado los españoles, las tropas francesas de socorro, que hacian falta en los puntos de donde habian acudido á Tuy, se retiraron. La-Martinière, tan pronto como se vió solo, reunió la artillería, municiones y víveres que habia en la plaza y la abandonó, á 16 de Abril, pasando á incorporarse con Heudelet, en Valenza do Minho, para pasar á Oporto.

Pocos dias despues habian ya tomado las fuerzas militares de Galicia, verdadero aspecto de ejército regular. Habíase mejorado la organizacion y aumentádose las fuerzas, llegando tambien á aquel país una columna procedente de Salamanca, mandada por un famoso partidario llamado D. José María Vazquez, conocido por el *Salamanquino*.

Organizado, al fin, aquel ejército de bizarros paisanos, se le dió la denominacion de *division del Miño*, fuerte de 16,000 hombres, mandadas sus brigadas por Cachamuiña, Morillo y otros militares, habiéndose dado el cargo de general en jefe al bizarro y desventurado general D. Martin de la Carrera, procedente del ejército del marqués de la Romana.

De brillante manera inauguró su mando el valeroso é inteligente la Carrera. Luego que tomó el mando del ejército del Miño se dirigió á Santiago, y salió á impedirle el paso el general Maucune, con una division de 3,000 hombres. Aceptó la Carrera el reto y destrozó á la division Maucune, dejando espedito el paso hasta la antigua y venerada Compostela.

A la cabeza de los españoles que penetraron en Santiago iba el temerario Morillo, y no entró con los suyos en vano; porque en la ciudad hallaron un gran depósito de fusiles, vestuarios, municiones y la plata de las iglesias, reunida por los franceses para robarla á España, que pesaba más de cuarenta arrobas.

No puede negarse que Galicia fué la primer provincia á dar grandes muestras de ánimo y recursos, en favor de la santa causa de la Independencia española. Pero, duélenos el tener que confesarlo, en España cuando con más felicidad van dirigidos los negocios, jamás falta un hombre que los arranca y arrebatada del sendero conveniente, para colocarlos en otro de verdadera perdicion. Sea esto por impericia, por orgullo, por ambicion, ó por lo que

fuere, la intencion quedará casi siempre á salvo; empero no son las intenciones sino los hechos y resultados los que ocasionan siempre los perjuicios. Esto dicho, probaremos que no faltó en Galicia el hombre perjudicial, para no romper la costumbre, por más que la intencion no fuese mala; y lo que, sin duda, asombrará al lector, será el saber que fué el de la Romana el hombre entonces perjudicial.

Quando en tan brillante estado se hallaban las asuntos de Galicia y Astúrias, apareció en este Principado el citado marqués de la Romana. Mejor general que hombre de gobierno, á pesar de sus buenos servicios y gran patriotismo, tuvo el imperdonable defecto en los que tienen mando, de escuchar y creer con excesiva facilidad.

Los muchos descontentos que existian en Astúrias á consecuencia, segun antes hemos dicho, de haber saltado por toda consideracion y deferencia en pró de la patria, salieron á recibir al de la Romana, le hablaron muy mal de la Junta y aquel dióles crédito como si infalibles fuesen.

Mal dispuesto, por lo antedicho, su ánimo hácia la Junta, desde el principio se mostró en abierta pugna con ella, hasta apelar al ridículo extremo de parodiar á Napoleon (quando el famoso 18 brumario), mandando entrar en el salon de sesiones al coronel O'Donnell al frente de 50 granaderos del regimiento de la princesa, para arrojar del salon á los individuos de la Junta.

La Romana, puesto ya en el fatal camino de las arbitrariedades, nombró una nueva Junta; empero el país no recibió bien el nombramiento hijo de un acto verdaderamente despótico, y por consecuencia injusto y perjudicial.

El resultado de la conducta observada por el marqués de la Romana en Astúrias fué malquistarse con todos, menos con los descontentos, que fueron protegidos á costa del país y de España. Los jefes militares se disgustaron; el mismo Marqués, entregado totalmente á la parte gubernativa para servir á la pandilla á que se habia subyugado, descuidó completamente la parte militar, que era á la sazón la preferible é indispensable; y dañada la cabeza el daño se extendió á los miembros que se disgustaron profundamente con aquella, dando márgen y proporcion al mariscal Ney, que habia permanecido hasta entonces quieto en Galicia, para invadir el Principado de Astúrias.

La invasion francesa en Astúrias, fué bien combinada, y, como

vulgarmente se dice, hasta que estuvieron los enemigos encima, no tuvo noticia el de la Romana de la invasión, hecha por dos partes simultáneamente. Estaba ocupado en parodiar á un pequeño soberano, cuando Ney llegó por Cangas de Tineo y Grado, al mismo tiempo que Kellerman desde Valladolid y pasando por el puerto de Pajares, se acercaba á reunirse con Ney.

Cuando el Marqués supo que tenía tan cerca al enemigo, voló á Gijón, no sin riesgo por haberlo sabido tan tarde, y se embarcó para Rivadeo.

Llegó, pues, el malvado Ney á Oviedo el día 19 de Mayo. Y llamámosle malvado, porque sin haber encontrado resistencia ni hostilidad, concedió á sus *esbirros* tres días de saqueo, presenciando Worster la *hazaña*, puesto que más bien que en persecucion de Ney puede decirse que le fué escoltando, dejándole caminar tranquilo.

En cuanto al improvisado general Ballesteros, tuvo por conveniente dejar obrar á Ney y guarecerse en las montañas de Covadonga. Por manera que el malvado Ney, lo repetimos otra vez, dió rienda suelta á sus infames instintos: así tuvo él el fin, como sus hechos fueron.

Por fortuna de los habitantes del Principado, los escesos de las hordas de Ney no pudieron repetirse en otras poblaciones. Coincidió con aquellos sucesos la terrible retirada de Soult, desde Oporto á Galicia; y el estado en que éste último regresaba, obligó á Ney á replegarse á Galicia. Esto, unido al general levantamiento llevado á cabo por los gallegos tan pronto como Ney se dirigió á Asturias, levantamiento favorecido por la oportuna aproximacion del general Mahy, español, con su division, hicieron á Ney regresar á Galicia á marchas forzadas, sintiendo cordialmente no haber podido repetir en otras poblaciones los actos de barbárie ejecutados en Oviedo.

Ney, sin embargo, no se retiró sin dejar tropas en Asturias: dejó en Oviedo una completa brigada al mando de Kellerman, y otra al de Bonnet, en Villaviciosa, que habia pasado á aquel país desde Santander.

Aprovechando la ausencia de Ney, nuestro general Mahy atacó á Lugo, cuya ciudad estaba guarnecida por tropas francesas, á cargo del general Fournier.

Iba de vanguardia el mariscal de campo D. Gabriel Mendizabal, el cual encontró á una distancia de la plaza, como de kilómetro y

medio, á un general francés de brigada, con una columna de 1,500 hombres. Batióla bizarramente Mendizabal, y obligó á retroceder á la plaza á los que quedaron con vida.

Llegó Mahy á incorporarse con Mendizabal, sin llevar un soldado de caballería, dió vista á la plaza y dispuso sus líneas. Salió á esperarle Fournier con el grueso de sus tropas y bastante caballería, que tomó el camino de vanguardia, como para cumplir la orden de cargar á nuestra infantería. Entonces el pronto ingenio de Mahy, al verse sin el arma que necesitaba para hacer frente á los ginetes enemigos, le sugirió un magnífico expediente, para salir del terrible y amenazador conflicto. En el momento hizo montar un buen número de infantes sobre las muchas acémilas que llevaba y que estaban á retaguardia ocultas por la infantería, como si hasta entonces hubiesen estado pié á tierra los ginetes. No fué menester más.

La caballería francesa que firmemente creía desprovisto de aquella arma al enemigo, al ver subir los soldados sobre las acémilas, que ella suponía buenos caballos de guerra, volvió precipitadamente grupas, y tal como en Medellín sucedió con los españoles, introdujo inexplicable desórden, ocasionando infinitas desgracias entre los suyos.

Tal fué la premura y tan grande la confusion, que mezclados con los franceses entraron en Lugo algunos españoles, especialmente voluntarios catalanes, que despues, por estar herméticamente cerrada la plaza, tuvieron que descolgarse por la muralla auxiliados por los habitantes de Lugo.

Satisfecho Mahy con aquel felicísimo ensayo, cercó la plaza todo lo mejor que pudo segun sus recursos militares; empero entonces no le favoreció la suerte, á consecuencia de la intempestiva llegada de Sault, que regresaba de Portugal. El bizarro Mahy tuvo necesidad de levantar el sitio, seguro como estaba de haber triunfado, sin aquella inoportuna aparicion. A fin de no verse comprometido se replegó sobre Mondoñedo y se unió al marqués de la Romana, á tiempo que este señor caminaba, poco menos que huyendo, al puerto de Gijon, segun antes hemos dicho (24 de Mayo).

El soldado español, siempre festivo y oportuno en sus chistes, por muy asendereado, hambriento y desnudo que se vea, cansado de tanta marcha y contramarcha como el de la Romana le hacia verificar sin objeto ni provecho, no le apellidaba de otro modo que *marqués de las Romerías*.

Reunidos en consejo de guerra Sault, Ney, y los generales de

division, acordaron diversas medidas para aniquilar de una vez á los bizarros españoles. A este fin se acordó que Soult persiguiese á las tropas de la Romana y que Ney al frente de 8,000 infantes y casi 2,000 caballos marchase en busca de la division del Miño, entonces mandada por el conde de Noroña.

Este general celebró á su vez consejo de guerra con el valeroso y práctico Morillo, con los otros jefes y con el mismo la Carrera, que habia quedado á sus órdenes. Por unánime acuerdo se retiró el de Noroña al puente de San Payo, al cual fué necesario suplir con otro de barcas, formado de rebato, porque anteriormente habia cortado D. Pablo Morillo el de piedra.

Atravesaron los nuestros el rio y cortaron el improvisado puente de barcas, despues de lo cual en las alturas fronteras al roto puente colocaron baterías, que enfilaban á aquel perfectaménte (7 de Junio.)

Cuando apenas habian tomado los españoles posiciones, aparecieron los franceses; y acto continuo se rompió un nutrido fuego, bien sostenido por ambas partes.

Habian pasado seis mortales horas, los enemigos no habian podido avanzar ni un palmo de terreno, y suspendióse la lucha por la llegada de la noche.

Recomenzóse al siguiente dia el combate; y mientras le sostenia la mayor parte de la infantería francesa, el resto pugnaba por atravesar, valiéndose de un banco de arena que aparecia en seco durante la baja marea; empero no pudo lograrlo. Llegó la segunda noche y se suspendió tambien el fuego, pero no se recomenzó al amanecer del tercer dia. Oculto por las tinieblas se retiró Ney, dejando sobre el campo [más de 1,500 hombres. Los disparos de los españoles, así de fusil como de cañon, fueron tan oportunos como certeros, habiéndose distinguido muchísimo el bizarro Marquez, jefe del regimiento de voluntarios de Lobera, así como el valeroso la Carrera, Morillo, Roselló, Cuadra y el mismo Noroña, que dió en la batalla del puente de San Payo una gran muestra de lo que era.

Soult, por su parte, sobre lo quebrantado que habia quedado en Portugal, sufrió un verdadero diezmo en su travesía por Galicia, perdiendo gente sin cuenta. Habíase indispuerto con Ney por celos de mando; y además, con aquel se indisponian todos, por su génio altanero é irascible; y así por esto como porque iba viendo á sus tropas casi en cuadro, determinó internarse en Castilla.



Al vadear el Sil por Monte-Furado, sufrió enorme pérdida de gente, porque los buenos patricios y animosos hermanos D. Juan de Quiroga y el abad de Casoyo, le hicieron con sus partidas un fuego vivísimo desde la opuesta ribera.

Vengóse Soult, con la *caballerosidad* y *nobleza* que usaban los franceses, sobre gente pacífica que nada tenía que ver con lo sucedido, mandando al general Loison que hiciese prender fuego, como lo ejecutó, á los pueblos de Castro-Caldelas y San Clodio.

Legó por fin Soult el día 23 de Junio á la Puebla de Sanabria, destrozado y con incalculables pérdidas. Despues de dar y tomar el mismo algun descanso, que bien lo necesitaban él y sus tropas, tomó la vuelta de Ciudad-Rodrigo; y desde allí mandó al general Franceschi con pliegos para José Bonaparte, refiriéndole cuanto en España, y en Portugal primero, habia sufrido, y manifestando la necesidad que tenia de socorros y refuerzos.

El pliego, empero, no pasó entonces á manos de José; porque al llegar Franceschi á Toro le hizo prisionero una guerrilla mandada por el independiente y entusiasta Fr. Juan de Delica, capuchino.

Libre el suelo gallego de Soult y de sus hordas, no tardó mucho en quedar igualmente libre de Ney y sus secuaces. Este último, no contemplándose seguro despues de salir Soult, con quien habia tenido muy sérios altercados á consecuencia de su violento carácter y génio insufrible, comprendió que no podia atajar por sí solo la insurreccion que tan generalizada estaba, y tomó la vuelta de Astorga, decidido á pasar á Castilla.

Ney, que tan enemigo se mostró de Soult, por efecto de su alternería, ambicion y orgullo, fué su verdadero émulo en la barbárie, en la crueldad y en la tiranía. Los incendios, las violencias y los robos fueron señalando la marcha de Ney, que dejó cruel y sangrienta memoria de su viaje en todas las poblaciones, que por casualidad habíanse salvado de la barbárie, tiranía y crueldad de Soult. ¡Y estos hombres se llamaban mariscales y grandes de un imperio, y Napoleon se titulaba emperador!! Deshonra fueron éste y aquellos y la mayor parte de sus colegas, de la humanidad. ¡Qué importa que el fatal emperador fuese un eminente político y un hombre de privilegiado talento y grandes dotes de mando, si tantos preciosos dones con que se encontró adornado los usó en pró de su ambicion y avaricia y para convertirse en verdugo de la Europa! Un beneficio hizo indudable, que fué el de enfrenar la revolucion francesa, tan desbordada y ame-

nazadora; pero áun en esto se sirvió á sí propio; y si para dar rienda suelta á su avaricia y ambicion hubiera necesitado apoyar y fomentar la revolucion y no la dignidad real, ó imperial, se hubiese puesto decididamente al frente de aquella, y habria quizá hecho olvidar á Marat, Robespierre y Danton. Golpes de atroz crueldad dió tantos, que por ser demasiado conocidos, seria inútil el consignarlos aquí.

Débase advertir que lo mismo Ney que Soult, estaban furiosos, cada uno á su manera. El primero dando con su desbordada ira pábulo á sus feroces instintos: el segundo dando ensanche á su melancólico génio, que se esparcia alguna cosa dejando cometer atrocidades y autorizándolas, bien así como aquel sultan de quien, por exageracion, se refiere, que en un momento de melancolía hizo prender fuego al harem que encerraba doscientas de sus mujeres.

Motivo tenian uno y otro para no estar contentos. Ambos regresaban, puede decirse, sin ejército: lo que quedó del de Soult en Portugal, lo vió destrozado en Galicia. En cuanto á Ney, desde que puso el pié en dicha provincia, no tuvo más que pérdidas; obligándole los gallegos á estar en continuo movimiento, no andaba con los suyos cien pasos sin sufrir algunas bajas; porque cada árbol, cada breña, cada matorral se convertia para él en un hombre armado que hacia fuego sobre los suyos, y Ney se apercebía de ello, cuando alguno de sus soldados ú oficiales mordía el polvo. Galicia en aquella época de dolor y de gloria, se distinguió muchísimo por su teson y ánimo en pro de la española Independencia.

Soult, que caminaba, con mil trabajos, á mucha distancia de Ney, llegó á Zamora el mismo día y casi á la misma hora que Ney llegó á Astorga. El conde de Noroña con su division del Miño, entró sin obstáculo en la Coruña, en donde fué recibido con tal entusiasmo y alegría que rayaron en frenesí y en locura.

Habian quedado en Astúrias las divisiones que al regresar Ney de su incursion dejó en Oviedo y en Villaviciosa; pero tuvieron que abandonar el suelo que en siglos remotos fué cuna de nuestra Independencia y de la española monarquía, para procurar tomar la vuelta de Castilla é incorporarse á los suyos.

Kellerman, que habia quedado en Oviedo, se encontró perseguido por el general D. Pedro de la Bárcena y por Worster; y Bonnet tambien tuvo que ponerse en movimiento, sin pensar en tomar la ofensiva ni en otra cosa que en salvarse, porque activa-

mente le perseguía Ballesteros, al frente de un batallón de la Princesa al mando de D. José O'Donnell y con otras tropas, incluso el batallón de voluntarios de Laredo, procedente de Santander.

Kellerman y Bonnet, aunque no sin pérdidas, lograron llegar á Castilla; y Ballesteros no conduciendo bien á sus tropas las hizo pasar y pasó él mismo muchos trabajos y escaseces, por falta de buena dirección. Llegó, por fin, con grandes trabajos á la comarca de Liébana; de acuerdo con otros jefes, determinó acometer una empresa importante, y hubiérale valido mucho más no haberla acometido, para hacer lo que hizo.

Determinó, pues, caer sobre Santander; pero tomó tan mal sus disposiciones y de tal modo se acercó á la plaza, que la guarnición francesa, escasa en número, se abrió paso por en medio de los que pensaban ser los sitiadores. Esto no fué lo más original de aquella irrisoria empresa: lo inusitado, ciertamente, fué que la misma guarnición francesa que había escapado de Santander, volvió multiplicada con nuevas fuerzas de los suyos, y á vista y presencia de los de Ballesteros volvió á entrar en la ciudad tan tranquila é ilesa como había salido.

Asustado Ballesteros, que creyóse perdido con su división, se embarcó apresuradamente con D. José O'Donnell, y ambos no encontrando á mano mejor embarcación que una lancha y no dando tiempo ni espera su premura, hicieron entrar en la desmantelada lancha algunos soldados para que sirviesen de marineros y convirtieron los fusiles en remos.

Esta ridícula y poco honrosa expedición proporcionó grande honra al regimiento de la Princesa, cuyo coronel era el mencionado O'Donnell; porque huérfano de su jefe superior, que según hemos dicho habíase embarcado apresuradamente, verificó una larga travesía con tanta serenidad como arrojo, haciendo sus jornadas sin apresurar el paso, desafiando peligros, batiéndose casi todos los días, y de este modo fué aunque sin coronel, *desde Santander por Castilla, hasta Molina de Aragon*, en donde se incorporó á las tropas del general Villacampa.

La alegría de los coruñeses al verse libres de franceses y con Noroña y sus tropas en la ciudad, duró muy poco, y no, cierto, por culpa de los enemigos. Por desgracia, poco después que el conde de Noroña, llegó el marqués de la Romana á la capital de Galicia. En el acto hizo y deshizo según le pareció, lo mismo que en Asturias, oyó á cuantos le inspiraron y se empeñó en convertirse en una

especie de reyezuelo. Resumiendo en sí los mandos político y militar, suprimió Juntas y las reemplazó en las cabezas de partido con gobernadores militares. Como tan fácilmente daba oídos á los que se dedicaban á inspirarle, se le hicieron muchísimos obsequios, probablemente la mayor parte de ellos con el fin de tenerle contento y propicio, obsequios que recibía muy complacido, y si aquellos y los festejos eran públicos, aún le agradaban mucho más.

El trastorno ocasionado por las medidas que el de la Romana adoptó, disgustó mucho á los gallegos; empero afortunadamente, después de haber corregido el Marqués algunos abusos, que no todo lo que le inspiraron fué malo, dejó formados cuadros de regimientos en Galicia para el núcleo de un ejército de reserva, dió al general Mahy el mando de Astúrias y se ausentó de la Coruña, para trasladarse á Castilla. Después mandó á Ballesteros juntar cuanta tropa le fuese posible y que después se reuniese con él; acto continuo se dirigió á Leon.

CATALUÑA.

La lucha sostenida en Galicia y Astúrias fué tan gloriosísima para España, que el éco llevó desde uno á otro ángulo de aquella la fausta nueva de la marcha de los franceses Soult y Ney.

Tales noticias causaron en toda la nacion extraordinario entusiasmo; empero los catalanes á pesar de su natural valor, verdadero patriotismo y ódio innato á los franceses, no tuvieron tan próspera suerte como los asturianos y gallegos. Comprendiendo bien el tirano con que clase de gente tenía que habérselas, cuidó de duplicar los hombres y los medios de ataque en Cataluña.

Permanecía en Tarragona el bizarro Reding, ocupado asiduamente en reforzar, organizar é instruir el ejército, que tan diezmado quedó á consecuencia de los desastres de Barcelona, Molins y Cardedeu.

Durante algunos meses, todo fué perfectamente: los somatenes y partidas sueltas destacadas desde Tarragona, dañaban al enemigo á favor de la mortífera, aunque lenta, guerra de montaña y guerrilla. Los catalanes, empero, tenían escasa paciencia para contentarse con operaciones que no dan prontos y grandes resultados. Reding, por otra parte, si hemos de decir verdad, tampoco había aceptado aquel género de lucha sino como una necesidad, mientras reforzaba y organizaba: su belicoso génio, por lo demás, y su par

Ócular carácter le llevaban tambien á los lances guerreros parecidos al de Bailen, y no á esa guerra que por más que parezca lenta y perezosa, no es ciertamente el torrente despeñado que todo lo arrolla y hace doblegar las plantas que despues que ha pasado se enderezan; pero es en cambio la gota de agua que llega á socabar la piedra y hace en ella un agujero, imposible de cerrar.

El nuevo ejército era ya numeroso; habíanse reunido 25,000 hombres, casi todos paisanos pocos dias antes. De ellos 15,000, al mando de D. Juan Bautista de Castro, se extendian en una dilatada línea de cerca de quince leguas, y los 10,000 restantes permanecian dentro de Tarragona.

No estaba el plan de guerra mal combinado: Castro estaba encargado de colocarse entre los franceses y la plaza de Barcelona, y esto hecho, Reding atacaría á aquellos, al mismo tiempo que á guisa de irresistible avalancha bajarían de las montañas trabuco en mano y reunidos, todos los somatenes de aquellos contornos. No podia estar, lo repetimos, mejor combinado el plan; más Reding debió tener muy cerca algun traidor, que facilitó noticias á los espías de los franceses. Decimos esto, porque antes de dar tiempo á nada, el mariscal Saint-Cyr acometió imprevisamente y rompió la línea española, cargando por medio de un hábil movimiento de flanco sobre la parte de línea que se apoyaba en Igualada, con cuyo movimiento se encontró Castro sorprendido y tuvo que replegarse sobre Cervera. Con tal motivo entraron los franceses en Igualada, y se apoderaron de todo el acopio de víveres hecho por los españoles.

Dejando allí Saint-Cyr á los generales Chabot y Chabran, se dirigió á San Magin, en donde se hallaba el brigadier Iranzo, que se encerró en el monasterio de Santa Creus.

A este tiempo ya habia llegado á noticia de Reding lo que ocurría, y voló en socorro de Iranzo que era á la sazón el más apurado. El diestro Saint-Cyr se interpuso á tiempo entre el primero y Tarragona, volviendo, por decirlo así, del revés el plan formulado por Reding, que sin duda conocia perfectamente por efecto, segun hemos indicado, de alguna traicion.

El bizarro y entendido Reding que vió con profundo disgusto cómo le habian trastornado su gran proyecto que él creía y debia creer infalible, en trance tan apurado no quiso tomar sobre sí solo la responsabilidad de los venideros sucesos. Por esto sin duda, se dirigió á Montblanc, en donde reunió un consejo de guerra.

El punto, ó cuestion, que sometió al consejo se redujo á preguntar qué seria más conveniente; si replegarse á Tarragona, ó dirigirse en busca del enemigo. Decidióse por el primer extremo la mayoria y Reding no se opuso, habiendo de hacer la marcha sin tomar la ofensiva, pero aceptando la batalla si provocaba el enemigo, despues de haber librado á Iranzo.

Quizá el duro carácter y génio guerrero de Reding llevaron pesadamente la decision del consejo; porque cuando halló la ocasion de pelear, que seria sin duda alguna su deseo, su excesiva tenacidad ocasionó un desastre. Estaba muy irritado por haberle robado Saint-Cyr su proyecto, y solo deseaba pelear.

ACCION DE VALLS.

Marchaba nuestro ejército la vuelta de Tarragona, cuando encontró cerca de Valls á una division francesa mandada por el general Souham.

Como no era posible esquivar el combate, aceptóle el general Martí, que iba de vanguardia y tomó el mando del centro é izquierda, extendiéndose por la orilla derecha del rio Francolí, y Castro se puso al frente de la derecha.

Habian pasado cuatro horas, la victoria estaba del lado de los españoles, y hubiera por fin coronado los esfuerzos de aquellos á no haber aparecido Saint-Cyr con todo el grueso de su ejército. Desde aquel momento debió comprenderse que habia de vencer el número, estando dirigido por el hábil y osado Saint-Cyr; pero Reding, que tambien llegó con la retaguardia, no quiso retirarse, áun despues de ver rota la principal línea española, despues de resistir bizarramente los españoles, aunque menores en número.

Tenia Reding gran empeño en no ceder el campo á Saint-Cyr, que le habia copiado su plan; y aquel y todos los generales franceses no habian podido olvidar que el mismo Reding era el glorioso y verdadero vencedor de Bailen.

Desde aquel momento todo fué confusion, y los soldados solo pensaron en llegar á Tarragona por donde mejor pudiesen. Pero si Reding fué obstinado porque se dejó llevar de sus naturales instintos y de su enojo, no se dirá que nó fué un héroe digno de eterno lauro: no imitó, ciertamente, á los que se embarcaron apresuradamente en Santander; llegó por el contrario á Tarragona, ya de noche, y *con cinco heridas* que recibió *batiéndose con cuatro ginetes*

franceses, que formaron empeño en hacerle prisionero. El bizarro general dijo: *muerto me llevareis; vivo, jamás.*

Acudieron algunos minutos despues sus ayudantes, y se multiplicaron tambien los ginetes franceses; pero despues de casi tres horas de combate personal, huyeron los ginetes franceses que tuvieron la fortuna de no perecer en la lucha, y Reding y sus ayudantes regresaron á Tarragona. Esta es una incuestionable prueba del valor personal de Reding.

Entraron en Reus los franceses sin que hiciesen los ciudadanos resistencia, deseando evitar á sus esposas é hijos los horrores del saqueo, y las violencias.

Saint-Cyr, con el objeto de dejar aislada á Tarragona, se corrió hasta el puerto de Salou, muy persuadido de que el golpe sufrido por el ejército español, le habria dejado, por lo menos, deshecho para algunos meses. No se vió, empero, tranquilo ni en paz el francés: el general Wimpffen, procedente como Reding de un regimiento de suizos, dirigiendo con tanto valor como destreza á los somatenes y miqueletes, en combinacion con los bizarros y osados partidarios Milans y Clarós, á mal traer traía á los invasores.

No se limitaron el valeroso Wimpffen y sus infatigables auxiliares á empresas de escasa importancia: se atrevieron á arrojar de Igualada á los franceses y á formar un cordon al rededor de Barcelona, que tuvieron los enemigos que romper, para no verse incomunicados á costa de sacrificios y de sangre.

El día de San José, 19 de Marzo, recibió Reding un parlamento de Saint-Cyr. Ibasele haciendo enojoso el estar esperando á que en Tarragona cundiese el desánimo, y determinó marchar contra Gerona. El parlamento del francés se reducía á manifestar á Reding que estaba pronto á entregarle un hospital que habia formado en su campo de Valls y que debia abandonar, porque le era preciso dirigirse á la frontera de Francia. Reding aceptó la proposicion y Saint-Cyr levantó su campamento.

Dirigióse en seguida á Barcelona; porque habia recibido reiterados avisos de aquella capital, dentro de cuyos muros habia una intranquilidad, casi casi semejante á la sedicion. Las más notables personas barcelonesas mantenian continua comunicacion con los jefes españoles, y aún se asegura que el general Villalba, capitán general del Principado, que fué nombrado por el gobierno intruso en reemplazo del conde de Ezpeleta, era el primero que se comunicaba con los jefes españoles.

Duhesme, que fué sin duda alguna uno de los franceses más duramente castigados en aquella sangrienta guerra, enteró á Saint-Cyr de lo que ocurría; y éste último determinó comprometer formalmente á las personas importantes y autoridades civiles, obligándoles á reconocer y jurar al intruso José. Los jefes militares habian ya prestado el mismo juramento.

Autorizado Duhesme por Saint-Cyr, convocó el dia 9 de Abril á todos lo que habian de jurar. Reunidos en la morada del general francés, pronunció éste un discurso muy oportuno y bien calculado; empero contra toda su esperanza, porque, en efecto, debia esperar todo sino del amor del temor, unánime y heroicamente todos los convocados, sin una sola escepcion, rotundamente se negaron á prestar el exigido juramento.

Habian sido llamados los individuos del municipio, los magistrados, los jefes de administracion, las dignidades eclesiásticas y todos, en fin, cuantos estaban investidos de alguna autoridad ó desempeñaban algun cargo importante. Pero hubo una unanimidad absoluta: y no limitándose á la negativa, se expresaron de una manera resuelta y enérgica. Entre otros, un magistrado llamado Dueñas, dijo con tanto enojo como ira: *antes pisuria mil veces la toga que visto, que deshonorarla con un juramento tan contrario á la lealtad.*

Refiérese tambien del contador de Hacienda, llamado Asaguirre, que habiendo contestado con tanta energía como Dueñas, hizo le Duhesme algunas reflexiones respecto del gran partido que iba adquiriendo el nuevo gobierno y de lo inútil que era á la causa española la tenacidad de unos pocos; empero cortando bruscamente Asaguirre á Duhesme la palabra, dijo con extraordinaria energía: *Pues bien, si toda España acepta y proclama á José yo solo aceptaré el destierro y la persecucion.* Y se retiró sin esperar á más. No hay palabras bastantes para elogiar tanto cuanto merece tan patriótico valor.

Muy pronto fué buscado Asaguirre para ser conducido con Dueñas y con los demás insignes y memorables varones que no quisieron jurar, á la Ciudadela y á Monjuich, de donde algun tiempo despues fueron trasladados á Francia. Esto hizo Saint-Cyr; y por cierto, se extrañó mucho. Nosotros que presumimos, y creemos que fundadamente, de imparciales, debemos decir que Saint-Cyr fué más parecido al benigno Moncey, que á los demás mariscales que en la guerra de España, más bien que como jefes de un

ejército regular, se condujeron como capitanes de bandoleros.

El día 15 de Abril salió de Barcelona dicho general, y el 18 llegó á Vich; y al penetrar en la ciudad no pudo menos, aunque hombre de tanto ánimo, de sentir un vago temor, hijo de un extraño espectáculo. Vich no era otra cosa que un desierto con habitaciones; pero semejaba un desierto, porque aquellas no contenian ni un habitante. Todos, hombres y mujeres, se habian dirigido á las montañas, llevando consigo el dinero, las alhajas y cuanto pudieron trasportar. Hay autores que dicen se hallaban dentro de la ciudad el obispo, seis hombres decrepitos y algunos enfermos; pero hay manuscrito coetáneo que asegura no quedó viviente alguno en Vich. De un modo ó de otro, poco significa el que hubiesen permanecido en una vasta ciudad quince ó veinte personas solamente, si bien debe creerse que los sanos y vigorosos tendrian bastante buen corazon y humanidad, para no abandonar á su suerte á los infelices imposibilitados.

El día 23 experimentó la causa española una muy sensible pérdida. Cerca del anochecer falleció, con gran sentimiento del ejército, el denodado é inteligente D. Teodoro Reding, el verdadero héroe de Bailen, á quien cupo el primero la gloria de humillar el orgullo del llamado coloso del siglo, y de hacer rodar por el polvo las orgullosas águilas imperiales.

Fueron causa de su muerte las heridas que tan heroicamente recibió en Valls, y quizá más que las heridas, una fuerte y desgarradora hipocondria que se habia apoderado de él, originada, segun debe suponerse del mortal disgusto que le ocasionaba de continuo el ver cometer desaciertos, y el no poder proceder sin rémoras. Quizá, por más que lo disimulase, le mortificaría tambien el verse muy mal recompensado.

Modesto hasta el exceso y convencido, como todos sus compatriotas, por regla general, de que las hazañas que obra un militar son hijas de un sagrado deber y por lo tanto ajenas á la esperanza de premio, vió tranquilo como otros obtuvieron la recompensa de lo que él habia obrado; trabajó como ninguno, siempre que se le dió algun mando; desplegó siempre tanta inteligencia como valor personal, y no recibió ni el más pequeño premio. Con el empleo que comenzó la campaña, terminó su vida; y si otros que en escribir la historia nos precedieron, han hecho caso omiso de la injusticia con que el famoso Reding fué tratado despues de la gloriosísima jornada de Bailen, nosotros que ni por nuestra edad, pudimos cono-

cerle ni conocemos á ningun descendiente suyo, deseamos legar á la posteridad con toda la aureola de gloria que merece, el ilustre nombre del gran D. TEODORO REDING, siquiera solo tuviese en su favor el inmarcesible laurel que adquirió al hacer ver á la asombrada Europa que los siempre invictos, podian tambien ser vencidos. El puso la piedra angular al sagrado monumento de la Independencia española, y cuando sus amigos le recordaban lo mal tratado que habia sido, contestaba tranquilo y contento: *he cumplido con mi deber*; empero no sabemos lo que pasaria en su corazon: sabemos sí, que fué siempre leal.

Por de pronto tomó el mando del ejército el marqués de Coupigny; y ya que en vida no fué el famoso Reding considerado, hicieronle con fúnebre y solemne pompa los últimos honores y honras militares.

CASTILLA.

Napoleon hallábase en Schoenbrun, en donde recibió noticia de los desastres sufridos por sus tropas en Galicia y Portugal. Desde allí dispuso la reunion en uno solo de los tres cuerpos de ejército 2.º, 5.º y 6.º, que mandaban Soult, Ney y Morthier, dando el mando general al primero, que era de los tres el más antiguo.

No habia contado Napoleon con la guerra que existia entre Soult y Ney; ni más tuvo en cuenta el génio insoportable del segundo; ni previó tampoco que siendo mariscales los tres y estando acostumbrados á no obedecer más que á su emperador, difícilmente se avendrian á prestar obediencia á un compañero suyo, por más que le abonase la antigüedad. En Mortier podia confiarse más, porque era de carácter amable y muy modesto: Ney, al decir de los que le conocieron, tenia más de hiena que de hombre; y si á esto se agregaba el ódio que profesaba á Soult, dicho se está si se avendria fácilmente á obedecer las órdenes del hombre á quien miraba como irreconciliable enemigo.

Hacfase cada dia más trabajosa la guerra para los invasores; si el ejército español estaba, en realidad, bastante mal parado, en cambio las partidas parecian surgir de la tierra, y raro era el dia en que no aparecia alguna nueva; Castilla, más que ninguna otra provincia, se distinguió mucho en este concepto.

Uno de los más célebres partidarios de Castilla fué el conocido *Juan Martin*, llamado el *Empecinado*. Dicen unos que así llamaban

á los naturales de Castrillo de Duero, pueblo en que nació el Empecinado; pero otros aseguran que el haberle aplicado aquel apodo tuvo origen en que *Juan Martin Diez* fué de oficio botero, y andaba siempre manchado de la pez que á toda hora manejaba.

Habia servido en el ejército como simple soldado, y no pudo permanecer ocioso cuando vió en peligro la Independencia de su patria. Hallóse con las armas en la batalla de Rioseco, y fué despues muy perseguido. La persecucion le hizo determinar hacerse partidario y pelear por su propia cuenta. El Empecinado solo con tres hermanos suyos permaneció bastante tiempo, diezmando franceses por breñas y matorrales. Cuando contó ya con mayor número de compañeros, fijó sus operaciones en el territorio comprendido desde Aranda á Sepúlveda, visitando tambien otros puntos de Castilla, deteniendo correos, apresando convoyes, quitando del mundo franceses y haciendo grandes servicios á la causa española. Tiempo adelante, la Junta central le remitió el despacho de capitán de ejército.

Tambien entre los más célebres partidarios distinguióse mucho en Castilla D. *Juan Diaz Porlier*, llamado el *Marquesito*, por ser deudo aunque no próximo del marqués de la Romana.

Porlier habia sido oficial del ejército; y habiéndose encargado de reunir dispersos, despues de una derrota, con ellos y con los voluntarios que cada dia se le presentaban formó una numerosa partida; al frente de la cual prestó grandes servicios por Tierra de Campos, por San Cebrian, Paredes de Navas y otros puntos, habiendo llegado hasta cerca de Astúrias.

Era segundo de Porlier un hombre valeroso á quien todos hemos conocido general. Hablamos del bizarro jefe de caballería *don Bartolomé Amor*. Este hombre, militar por instinto primero y por carrera despues, fué siempre uno de los más denodados é intrépidos hasta la temeridad, y hombre de una inteligencia poco comun.

Otro de los partidarios de Castilla fué el cura de Villoviado *don Gerónimo Merino*, conocido por el *cura Merino*. Pasando por su pueblo una columna francesa, el jefe que la mandaba hizo servir de *bagajes* á todos los naturales de Villoviado. No quiso dejar libre ni al cura; pero como éste se resistiese, le hizo por irrision cargar con el bombo y otros instrumentos de la banda de música. Iba con él, cargado tambien, un criado muy fiel que tenia; y al llegar á cierto paraje, á cuyo lado derecho habia unas montañas, hizo una

seña á su criado, tiró el bombo y los demás instrumentos, imitóle su criado y al llegar á la montaña se volvió hácia la columna francesa, la amenazó con la mano, jurándoselas, como vulgarmente se dice, y se internó en un intrincado y verdadero laberinto. Era ya casi de noche; los franceses buscaron inútilmente durante algun tiempo á los fugitivos, y despues siguieron su camino.

Antes de que amaneciese salieron de su escondite amo y criado, regresaron á su pueblo, en donde permanecieron todo el dia siguiente, y ya de noche marcharon con sus escopetas, que eran ambos cazadores, despues de haber fundido y convertido en balas la mucha municion, llamada perdigones, que tenian, y se dirigieron á lo más fragoso del país. Ellos dos solos formaron el núcleo de su partida, y solos permanecieron muchos dias, mandando balas desde inaccesibles escondites, á los franceses que por la parte llana transitaban. Así se mantuvieron, hasta que circulando por el país la noticia de las inútiles pesquisas de los franceses, porque amo y criado eran muy prácticos en el conocimiento del terreno, que sufrían bajas sin llegar á saber quien las ocasionaba, fuerónse agregando á Merino otros buenos españoles de aquellos contornos, hasta formar una muy numerosa partida, que hizo como las demás de su clase muy grandes servicios á la santa causa de la Independencia española.

En el correspondiente lugar hablaremos de otros partidarios muy célebres tambien, que figuraron en otros puntos de España, y que tiempo adelante fueron muy nombrados generales, tales como Manso, Longa, los Minas, tio y sobrino, y otro varios.

Otro célebre guerrillero tuvo la desgracia que no experimentaron sus compañeros, puesto que no tardó mucho tiempo en caer en manos de los infames invasores, quienes se apresuraron á fusilarle. Llamábase D. Juan Echavarry, de quien ya hemos hablado en el discurso de esta obra, el cual formó, organizó y adiestró una numerosa partida que denominó *Compañía del Norte*, y que sola unas veces, y otras formando parte de las divisiones del ejército, prestó grandes servicios en toda la parte de Vizcaya.

SEVILLA.

Llegaron á noticia de la Junta central las voces que habian esparcido y hecho circular por España los afrancesados, con el objeto de avivar el espíritu favorable al nuevo gobierno, que era em-

presa de todo punto imposible, y de amortiguar el de la lealtad y patriotismo, que no era menos irrealizable propósito.

Habíanse los malévolos servido perfectamente de los reveses sufridos por los españoles, para propalar falsas especies; y era por desgracia cierto que en Cataluña lo mismo que ántes en Castilla, y casi en todas partes, no se había dado ni aceptado acción ninguna que bien por un incidente bien por otro, no se hubiese convertido en un verdadero desastre. No tenían los desleales en cuenta lo que al mismo tiempo sufrían los enemigos en Galicia, en Asturias y Castilla, perdiendo gente y bagajes y no siendo dueños de mandar un correo, si querían evitar que cayese en poder de los *brigantes*, como ellos llamaban á los atrevidos guerrilleros. Pero sucedía entonces lo que siempre sucedió en el mundo: encómiase mucho al que socorre con una gruesa cantidad á un necesitado, y no se para mientes en el que da el pan de cada día y evita á más de un pobre la total ruina. Solo se apreciaban los resultados de las batallas, contrarios entonces á España, y nadie hablaba de los guerrilleros sino como de una cosa despreciable y sin importancia ni consecuencia, siendo así que las partidas eran entonces la peligrosa enfermedad latente que amenazaba la existencia de los enemigos.

Valiéndose de las derrotas sufridas y muy especialmente de las más recientes, como la de Medellín y Ciudad-Real, partió de Madrid la voz de que asustada la Junta central á consecuencia de tanto desastre y completamente perdidas las esperanzas de triunfo, había decidido embarcarse para fijar el gobierno en los dominios de América.

Apresuróse la Junta á desmentir tan falsa especie, por medio de un decreto expedido el día 18 de Abril, fijando las circunstancias únicas en que podría mudar de residencia, cuyas circunstancias ni habían llegado ni esperaban su llegada.

Era poco oportuno y conveniente para la homogeneidad que debían presentar todos los acuerdos de la Junta, el no estar muy acordes sus individuos respecto de la parte política. Unos eran fieles partidarios de las ideas del difunto Floridablanca, y por ende enemigos de cierta clase de reformas, que miraban con prevención, no precisamente por ellas mismas, sino por sus inmediatas consecuencias. Otros, á cuyo frente, puede decirse, estaba Jovellanos, eran partidarios de las precitadas reformas, pero en el buen sentido y no concediendo que pudieran tener las consecuencias que los del anti-

guo partido de Floridablanca temian; y otros, en menor número, eran decididamente revolucionarios, muy pagados de las ideas de Voltaire y Rousseau, muy partidarios de los revolucionarios franceses que inundaron en sangre á su pátria, abrigando este grupo revolucionario toda la mala intencion de los que mandaban en Francia durante la época del terror, pero con menos talento y osadía, y que por necesidad ocultaban todavía sus verdaderas ideas y permanecian unidos á los reformistas, sin más aspiraciones aparentes que las de estos; bien así como los que no teniendo bastante ánimo para declararse francamente absolutistas, se acogen al partido más templado de los que se llaman liberales. Esta es la verdad, respecto de los que á la sazón figuraban en el gobierno provisional de España, por más que los más célebres autores solo dividan á aquella agrupacion de hombres políticos en reformistas y en partidarios del antiguo régimen. Las ideas emitidas, aunque muy embosadas y con el temor del que sale á la calle dudando del efecto que producirá su presencia, por el secretario D. Manuel José Quintana, en su *Semanario patriótico*, ya daban bien á entender que existia un partido muy avanzado, latente y temeroso, que *decia lo que no queria*, sin embargo de lo cual *queria lo que no decia*.

Se acerca el momento de que abordemos cuestiones de que, ciertamente, quisiéramos no tener que ocuparnos. ¿Qué espera, por desgracia, el escritor en España, sabiendo que el premio material ó sea la recompensa de sus trabajos no ha de ser ni aún lo indispensable para hacer frente á los trabajos de la vida, tanto como se multiplican los disgustos en la azarosa época en que nos ha tocado vivir? Espera sola y únicamente la aceptacion de su obra, aceptacion que sino indemniza lo que del premio material falta, es más que todo apreciable para las almas y corazones elevados. Y á nosotros ni aún este premio nos es dado esperar; raro es el autor que escribe una obra política, que no se incline á uno ú otro partido; y ya que no el aplauso general, sabe que alcanzará el del partido que se vea citado con elogio.

Los partidos políticos, por otra parte y sin escepcion, son intransigentes; no quieren conceder cualidad buena á sus adversarios, ni que á ellos se atribuya ninguna mala; y esto es de todo punto imposible. Todas las creaciones de los hombres llevan por distintivo y sello característico la imperfeccion, triste circunstancia que separa, ó mejor dicho, diferencia á la criatura del Creador. Este concedió á aquella dotes suficientes para darse á conocer como hechura

de la infinita Sabiduría; empero no concedió la perfeccion á sus obras, así porque existiese la necesaria y justa diferencia entre las obras de Dios y las de los hombres, cómo para evitar que aquellos, ingratos y soberbios por naturaleza, se declararan más en abierta rebelion de lo que se muestran generalmente con el Autor de la vida.

Es, pues, inútil que los políticos se afanen y gasten su vida en buscar en política la piedra filosofal: todos los sistemas tienen, en mayor ó menor número, ventajas y contras; todos los hombres llamados á llevar al terreno de la práctica la teoría de los sistemas políticos son hombres, y las unas y los otros serán tan imperfectos como producto de creadores humanos y como humanas creaciones.

He aquí la razon, demasiado fuerte y positiva, por la que debien-do agradar á todos, si hoy la imparcialidad valiese lo que merece esperamos no agradar á ninguno, con muy contadas escepciones. Por carácter y naturaleza somos enemigos de esa verdadera barahunda que hoy se llama política; encontramos, lo diremos otra vez, algo bueno y algo malo en todos los sistemas; no pertenecemos á *partido* ninguno; somos españoles, muy cordialmente, y queremos ante todo el bien de nuestra pátria, venga del partido que venga y realicese á favor de uno ú otro sistema; queremos que España figure á la par, sino á vanguardia, de la nacion más civilizada, pero que la civilizacion no camine á nivel de la corrupcion y de la demoralizacion, como frecuentemente sucede; no queremos que las doradas palabras oculten tenebrosas ideas, ni que se engañe á los verdaderamente ilusos con quiméricas esperanzas é irrealizables ilusiones, y, últimamente, en religion, si bien deploramos y jamás admitiremos la supersticion, jurada enemiga de aquella, ni admitiremos más la *verdadera* preocupacion, en cambio no aceptamos término medio: *qui non est mecum contra me est*. Por esto así rechazamos á los que tanto se desvelan y tanto dicen con melifluas palabras en favor de la religion, estando muy distantes de practicarla de la misma manera que la ensalzan, como pedimos á Dios nos libre de los que tachando é increpando á aquellos y diciéndose á sí propios verdaderos cristianos, embozadamente tienden á la destruccion del cristianismo católico y de la doctrina del Salvador del mundo, sin la cual no hay sociedad posible. En pocas palabras, nosotros que por deber de escritores hemos de ser imparciales; que no somos demócratas ni absolutistas, progresistas, ni moderados, ó sea, liberales ó realistas, *más ó menos intransigentes y precipitados*; que somos única y exclusivamente muy españoles, vamos á dar á los hombres y á las

cosas su verdadero nombre, y á encomiar ó vituperar á los que respectivamente lo merezcan. Solo deseamos que nuestra recta intencion y nuestra natural imparcialidad, formando continuo concilio con nuestra conciencia, suplan á nuestra insuficiencia é ignorancia. Anudemos ahora el quebrado hilo de nuestra desaliñada narracion.

Hallábase, puede decirse, fraccionada la Junta central, si bien como la mayoría de sus individuos solo queria lo mejor para nuestra pátria, y como en realidad eran necesarias muchas reformas para destruir la ignorancia general en que España, abandonada muchas veces por su gobierno, estaba sumida, se presentó á la Junta una proposicion en favor de la reunion de Córtes, hecha por el partido *jovellanista*, y se tomó en consideracion.

Estaba la mayoría de la Junta, hemos dicho, por las reformas; empero no por la revolucion, si bien en el seno de aquella habia algunos, muy contados, revolucionarios. Entre estos figuraba el bailío D. Antonio Valdés, que fué quien presentó el proyecto de decreto para la convocatoria, cuyo decreto, segun autoridades competentes, fué retirado por haber parecido *excesivamente libre*: no son palabras nuestras.

Tambien era avanzadísimo D. Ramon Calvo de Rozas, el famoso defensor de Zaragoza, cuyo reciente ingreso en el seno de la Junta dió grande impulso á los que querian las innovaciones, aunque no todos en el mismo sentido y con idéntico fin. Pero como la mayoría queria reformas, á la verdad necesarias y útiles, pero sin revolucion y sin trastornos, en cuyo número se contaba el ilustre y sábio Jovellanos, se aprobó un proyecto de decreto, que se publicó el día 22 de Mayo, en el cual se manifestaba el acuerdo tomado por la Junta, respecto de *restablecer la representacion legal y conocida de la monarquia en sus antiguas Córtes, convocando las primeras para el próximo año, ó antes de esta época si las circunstancias lo permitiesen.*

Este decreto descontentó á todos: á los revolucionarios, porque no era lo que deseaban; á los reformistas, porque no precisaba época para la reunion y estaba impregnado, por decirlo así, de vaguedad, y á los fanáticos porque eran jurados enemigos de toda reforma ó innovacion. Disgustó á los avanzados, además de haberles parecido muy distante de sus deseos, por otras razones de que nos iremos haciendo cargo á medida que sea necesario.

No agradó más á los avanzados otro decreto, en virtud del cual

se restablecía el antiguo consejo de España é Indias, que á la letra decia:

»El Rey nuestro señor D. Fernando VII, y en su real nombre la Suprema Junta Gubernativa de España é Indias, á consecuencia de lo determinado por su decreto hecho en este dia, estableciendo la nueva planta del Consejo Supremo de España é Indias, ha venido en nombrar los sugetos de que debe componerse por ahora el expresado Tribunal, en la forma siguiente, por el orden y antigüedad aquí señalada:

»D. José Joaquin *Colon*, decano; D. Manuel *Lardizabal y Uribe*; el conde del *Pinar*; D. Francisco *Requena*; D. José Pablo *Valiente*; D. Sebastian de *Torres*; D. Antonio Ignacio *Cortabarría*; D. Ignacio Martinez de *Villela*; D. Antonio Lopez *Quintana*; D. Miguel Alfonso *Villagomez*; D. Tomás *Moyano*; D. Pascual *Quilez Tolon*; don Luis *Melendez Bruna*; D. Juan Miguel *Perez Tafalla*, y D. Ciriaco *Gonzalez Carvajal*.

»Para fiscales á D. Nicolás María de *Sierra*, y D. Antonio *Cano Manuel*.

»Para una de las secretarías generales del mismo Consejo, á D. Esteban *Varea*, encargándose por ahora del despacho de ambos.

»Y habiendo tenido á bien establecer una contaduría general para las dos Américas, ha nombrado por contador general á don José *Salcedo*.

»En atencion á las actuales circunstancias, disfrutarán por ahora todos los expresados ministros individuos del Consejo el mismo sueldo que gozaba respectivamente cada uno por sus anteriores destinos.

»Tendréislo entendido, y dispondreis lo conveniente á su cumplimiento.—En el Alcázar de Sevilla á 25 de Junio.—M. El marqués de Astorga, presidente.—A D. Benito Hermida.»

El disgusto que causó el precedente decreto, tenia su fundamento en que el antiguo Supremo Consejo habíase mostrado declarado enemigo de toda reforma. Y es muy notable, que atribuyéndose la votacion favorable á la convocatoria de las Cortes á haber sustituido al célebre Floridablanca en la presidencia de la Junta el marqués de Astorga, que era de los más decididos reformistas, firmase, sin embargo, el decreto de la reinstalacion y organizacion del Consejo de España é Indias, á quien de tan mala voluntad miraban los reformistas.

Muy distinto efecto produjo en todos los españoles, en general hablando, otro decreto expedido por la Junta con el objeto de hacer ver á los que la creían aterrada y próxima á salir de la Península, que era fuerte y estaba decidida á castigar á los desleales y perjuros.

He aquí los importantes artículos del decreto á que acabamos de referirnos.

Artículo I. «Serán confiscados todos los bienes, derechos y acciones pertenecientes á todas las personas de cualquiera estado, calidad ó condicion que fueren, que hayan seguido y sigan al partido francés, y señaladamente los de D. Gonzalo O'Farril, de don Miguel José de Azanza, del marqués Caballero, del conde de Campo de Alange, del duque de Frias, del conde de Cabarrús, de don José de Mazarredo, de D. Mariano Luis de Urquijo, del conde de Montarco, de D. Francisco Javier Negrete, de los marqueses de Casavalco, de Vendaya, de Casa-Palacios, y de Monte-Hermoso, de D. Manuel Romero, de D. Pablo Arribas, de D. José Marquina y Galindo, del marqués de San Adrian, de D. Tomás de Morla, de D. Manuel Sixto Espinosa, de D. Luis Marcelino Pereira, de don Juan Llorente, de D. Francisco Gallardo Fernandez, del duque de Mahon, de D. Francisco Amorós y de D. José Navarro Sangran, cuyos sugetos por notoriedad, son tenidos y reputados por reos de alta traicion.

Artículo II. «Cualquiera de ellos que sea aprehendido, será entregado como tal, al Tribunal de seguridad pública, para que sufran la pena que merecen sus delitos, etc.»

MADRID.

Entre los sugetos proscritos y declarados reos, á que el decreto preinserto se refiere, los habia muy dignos y que habian sido muy leales, tales como el duque de Mahon y Urquijo, que tanto insistieron en la idea de facilitar la fuga á Fernando VII cuando éste se dirigía á Bayona; y como el gran patricio y eminente marino Mazarredo. No sabemos si les cegó la ambicion, que es lo que suponemos en el segundo atendido su carácter, y la creencia de que la dinastía de Borbon estaba para siempre hundida, y borrada para lo porvenir de la cronología de los monarcas españoles. En cuanto al duque de Mahon y Mazarredo, atendidos tambien el carácter, firmeza y antecedentes de ambos, solo debemos suponer

á fuer de imparciales, que disgustados al ver la conducta que observaba Fernando en Francia, creerian de buena fé que el nuevo gobierno podia hacer á España más feliz que el antiguo. Quizá tiempo adelante conocerian su error, porque de hombres es el errar y de cuerdos y sábios el reconocer el error y arrepentirse, mas como la justicia de los hombres difiere tanto de la de Dios; como esta concede ámplio perdon sin restriccion alguna al arrepentido, al paso que aquella, y mucho más si el delito es político, nunca perdona completamente, porque cuando menos jamás olvida el delito, muchos que en la época de que nos venimos ocupando se reconocieron, no quisieron confesarlo; y otros no tuvieron tiempo bastante para adular á Fernando, cuando de nuevo empuñó el cetro.

Por de pronto, el decreto de proscripcion llegó hasta Madrid, y á algunos de los proscritos sirvió de gran sentimiento el verse tratados de traidores y de reos, por una corporacion que al fin y al cabo era la genuina y legítima representacion de la monarquía española, que con denuedo y lealtad hacia frente á una usurpacion injustificada como todas ellas, y á un invasor que sembraba el luto y la desolacion y talaba y robaba y violaba é incendiaba. Esta justísima consideracion, no dejaria de amargar en los proscritos el placer de ocupar los primeros puestos al lado de un rey intruso, sin corona y sin más reino que la parte ocupada por sus tropas.

Y para colocar al pseudo-rey en más triste y ridícula posicion, los mismo jefes superiores de su ejército tan pronto le obedecian como le desobedecian, segun estaban ó no las órdenes de José en relacion con su propio parecer ó con las órdenes de su emperador.

Napoleon, como muchos de los que en el mundo pasan por hombres eminentes, cometia errores y desaciertos, que difícilmente hubieran ocurrido á personas de mediano criterio y mediocre talento. Estaba empeñado en no tomar en cuenta las indicaciones de José, á pesar de hallarse tan próximo al foco de la guerra y de ser testigo de las necesidades del país; y se propuso siempre dirigir él mismo, ya desde Francia ya desde Alemania, todas las operaciones. Llevábaselo todo de calle, como vulgarmente se dice, en la nueva guerra con los alemanes, y creia que en España habria de suceder lo mismo. José, empero, necesitaba y temia á su hermano, porque no le apoyaban los españoles; y se resignaba á esperar las órdenes de aquel y sufría los desaires de sus generales.

Cuando las órdenes no llegaban á tiempo, por retrasarlas Napo-

leon ó por interceptarlas los guerrilleros españoles, procedía según lo exigían las circunstancias, apoyado por Jourdan que era el jefe de las tropas del distrito de Madrid y se mantenía fiel á José. Como éste comprendía ya lo que eran los españoles y sabía bien que los destrozados ejércitos se reorganizarían, dispuso que el mariscal Victor se colocase junto al Tajo, entre Almaraz y Talavera, y mandó replegar á Sebastiani sobre Madrideojos, para quitarle de la espuesta posición que ocupaba pasado el Guadiana, amenazado como estaba por el general Venegas.

Victor y Sebastiani ó hicieron ánimo de no obedecer, ó procedieron con tanta lentitud que temiendo José verlos comprometidos y serlo él mismo de rechazo, salió de Madrid el 21 de Junio con Jourdan y seguido de 6,000 hombres. El día 25 llegó á Madrideojos habiendo pasado por Toledo; y sin haber hecho otra cosa que dar una especie de paseo militar, regresó á Madrid el día 29, temiendo que su ausencia, con la principal parte de la guarnición, de dicha capital, espusiese á esta á un golpe de mano.

Tal era el estado general de la mayor parte de España, al terminar la primera mitad del año 1809, y antes de pasar á ocuparnos de lo sucedido en el transcurso de la segunda, para satisfacción del lector copiaremos las mismas palabras de un historiador francés, que no podrá, ciertamente, ser tachado de parcial.

«Mientras con soldados que casi eran unos niños, dice, ponía á término Napoleón en tres meses á la guerra de Austria, no podían sus generales con los *primeros soldados del universo*, aniquilar un puñado de *hordas* indisciplinadas (dispensemos al francés el serlo) y el no poder disimularlo) y un puñado de ingleses mandados con cordura. Eternizábase, pues, la guerra en España *en detrimento de nuestro poderío, de nuestra gloria* algunas veces, y en mengua de la dinastía imperial.»

Pero son aún mucho más significativas é importantes otras palabras que en un momento de acerbo dolor se escapan de la pluma del autor francés, al recordar los 300,000 hombres deshechos casi por completo en España, á pesar de haber sido invictos en Egipto, Italia, Rusia y Alemania.

«Hé aquí, dice, á lo que nos ha conducido la conquista de España, que en un principio se miró como asunto simplemente de un golpe de mano. Con ella *se perdió nuestra reputación de recios, nuestro prestigio de invencibles*, viendo perecer unos tras

«otros soldados pertenecientes á ejércitos admirables, cuya formacion habia costado diez y ocho años de guerras y de victorias.»

ARAGON.

Despues de terminado el glorioso sitio de Zaragoza en que los hijos de aquella ciudad, y los aragoneses en general, tan alto pusieron su nombre, los invasores creyeron que una vez sometida, de bueno ó del mal grado, la capital, seria breve operacion la de apoderarse de todo el antiguo reino.

No les fué muy costosa la toma de Jaca. Allí hizo traicion un agustino, quizá el único Judas de aquella compañía de modernos apóstoles, el cual tuvo arte y maña para facilitar á los franceses la entrada en la plaza.

Sufrió la de Monzon igual suerte; porque la escasa guarnicion, no pudiendo resistir á la innumerable fuerza francesa que se acercaba, antes de que esta llegase evacuó la plaza.

En Mequinenza no fueron las cosas tan felizmente como en Monzon y en Jaca: tres veces fué la plaza acometida y otras tres fueron rechazados con gran pérdida los franceses.

En tanto esto sucedia, el inteligente y leal Blake daba la última mano, hasta donde las circunstancias lo permitian, á la instruccion de su ejército, que contaba en sus filas mucha gente hisoña.

No hemos hace tiempo hablado de este modesto héroe, porque dejó de figurar á consecuencia de su injusta separacion. El, empero, mal avenido con el ocio y el reposo cuando la patria estaba en continuo riesgo, no cesó ni un dia de rogar al provisional gobierno le ocupase, y no le obligase á permanecer inactivo. En virtud de sus gestiones y despues de haberle agregado al ejército de Cataluña, le confió la Junta el encargo de organizar el segundo ejército de la derecha, conociendo su gran talento organizador, y dióle tambien el mando de aquel.

Ocurrió en esto el fallecimiento del valeroso Reding, el héroe de Bailen, y con tan triste motivo fué nombrado Blake sucesor de aquel, en el mando de Cataluña: por manera que habiendo quedado con el mando que tuvo Reding unido al que ya tenia, quedó como jefe superior de todo el territorio comprendido en la antigua corona de Aragon, ó sea en Cataluña, Aragon y Valencia.

Rechazados tres veces los franceses en Mequinenza, pensó Mortier, de acuerdo con las órdenes que tenia, en franquear la

comunicacion y dejar expedito el camino de Zaragoza á Madrid.

Dirigióse, pues, Mortier hácia la parte del Mediodia y llegó hasta Molina, que habia sido evacuada por los españoles; pero no tardó mucho en tener que marchar á Castilla la Vieja con su quinto cuerpo de ejército, y quedó en Aragon el mariscal Suchet con el tercero.

El núcleo del segundo ejército de la derecha, lo formaba la antigua division del marqués de Lazan, sobre cuya base aglomeró Blake, por decirlo así, gran número de voluntarios, que todos los dias se presentaban, incluso ocho batallones que formó solamente con los voluntarios de Valencia.

Los aragoneses un tanto repuestos del triple horror y pérdida ocasionados por el memorable sitio, por el hambre y la peste, así que vieron desaparecer á Mortier con los suyos, comenzaron á moverse y á recordar los tiempos pasados, de heroismo, peligros y gloria.

Las nuevas señales de insurreccion diéronlas en primer término los de Albelda, que resueltamente se negaron á pagar al gobierno opresor las contribuciones. Volvieron los recaudadores provistos de fuerza militar para sacar violentamente los impuestos y castigar á los *desobedientes*; pero estos se hallaban auxiliados por el gobernador de Lérida y salieron á encontrar á los opresores, que en Tamarite sufrieron un rudo descalabro.

La insurreccion de los de Albelda fué realmente la señal de general insurreccion. Pocos dias despues, los habitantes de Monzon arrojaron de la plaza á los franceses. Fué á someter á los insurrectos una brigada de los invasores; pero fué tambien rechazada y perseguida sangrientamente. Para desgracia de los franceses, no les fué posible vadear el Cinca, ni á ellos, ni á los que en su auxilio acudieron de Barbastro y todos fueron acuchillados, hasta que por evitar una muerte segura se entregaron prisioneros (21 de Mayo).

Estos antecedentes contentaron mucho á Blake, y llenaron de entusiasmo á sus tropas, por lo cual aquel determinó ponerse en movimiento y aprovechar el entusiasmo del país.

Hallábase nuestro general en Tortosa, y dejando apostado en Morella al general D. Pedro de la Roca con los ocho batallones valencianos, salió de la plaza y tomó la vuelta de Alcañiz.

Poco despues de llegar Blake obligó á salir de Alcañiz á los franceses, que no eran pocos, puesto que hallábase allí la division

Leval con este general á su frente. Alarmado entonces Suchet salió de Zaragoza, y con el grueso del cuerpo de ejército fué en busca de Blake, presentándose cerca de Alcañiz el día 23 de Mayo.

ACCION DE ALCAÑIZ.

Diéronse vista ambos ejércitos y acto continuo comenzó el combate. Este fué largo, y el triunfo estuvo indeciso, hasta que la victoria despues de algunas alternativas, se declaró por los españoles. El mariscal Suchet se vió obligado á retroceder vencido, habiéndose perdido entre muertos, prisioneros y heridos cerca de 900 hombres. Contribuyeron muy directamente al triunfo D. Martin Garcia de Loygorri, que mandaba la artillería española, y el mariscal de campo Areizaga, encargado de defender una ermita, llamada de Fornóles, cuya posesion disputó tenazmente Suchet. Alarmado éste con su derrota, fortificó muy bien á Zaragoza temiendo algun golpe de los *osados* españoles, como él y los suyos les llamaban, y no era infundado su temor. Blake siguió tras la huella de Suchet, haciendo alto á poco más de dos horas de Zaragoza (15 de Junio).

Despues de haber dejado en Botorrita la division Areizaga, avanzó al pueblo de María, y Suchet salió de Zaragoza para encontrar de nuevo á su enemigo, reforzado con nuevas tropas que habian llegado de Tudela, á consecuencia del desastre de Alcañiz.

ACCION DE MARÍA.

El principio del combate fué favorable á los españoles; empero una hábil maniobra de sorpresa ejecutada por la caballería enemiga, desordenó nuestra ala derecha, cundiendo rápidamente el desorden, á pesar de la tenaz serenidad de Blake, de su extraordinario valor y del acierto en sus órdenes. Todo fué, empero, inútil porque la trepidacion se hizo casi general; y yendo á parar algunas columnas á unos pegajosos barrizales, ni infantes, ni cañones pudieron salir de allí por el pronto, lo que ocasionó una pérdida de quince piezas de artillería.

Pudo Blake, sin embargo, contener el desorden y practicó una retirada ya ordenada y bien sostenida, sobre Botorrita. Suchet regresó á Zaragoza, soñando siempre con que la perdería, llevando prisioneros al general Odonójú que mandaba la caballería y al coronel Menchaca.

ACCION DE BELCHITE.

Debe suponerse que el mariscal francés entrando en consejo consigo mismo, ó aconsejado quizá por los generales de division, comprenderia el desacierto que habia cometido en no perseguir á Blake despues de haberle vencido en María, para ver de destrozár el ejército español de un modo verdaderamente sensible. Por esto, sin duda, volviendo á salir de Zaragoza se dirigió en busca de Blake, y le encontró en Belchite (18 de Junio).

El triunfo de Suchet debía preverse: habia en el ejército español mucho soldado bisoño y muy pocos veteranos, y estaba demasiado reciente la impresion de lo ocurrido en María, para no producir muy mal efecto moral en el ánimo de gente novel en el manejo de las armas y no acostumbrada á las sangrientas alternativas de la guerra.

Como si lo antedicho no fuera bastante, al comenzar el combate cayó en un regimiento nuevo de españoles una granada, cuyo olor pestífero y los desastres que ocasionó al reventar, infundieron gran pavor en aquella gente bisoña y la desordenaron. Hubo más todavía, para completar la obra.

Otro incendiario proyectil cayó sobre un monton de municiones nuestras, é hizo volar varias granadas, ocasionando destrozos é infundiendo pavor. Naturalmente los más cercanos corrieron, porque iban progresivamente reventando los rellenos proyectiles; la fuga de unos, arrollaba á otros y aquello no fué accion ni fué nada, ni debió satisfacer á Suchet, si estimaba en algo su reputacion militar, pues en Belchite ni como general ni como guerrero hizo cosa alguna. La ciega fortuna dirigió por él, y le proporcionó un triunfo hijo de imprevistos accidentes que le fueron favorables.

Cuéntase con elogio la firme serenidad que mostraron Blake y los generales Lázan y la Roca en medio de la fuga y de los infinitos proyectiles que por el aire silbaban, lanzados del seno de los que habian reventado á consecuencia del incendio ya referido. Pérdidas de hombres ocurrieron muy pocas, porque no hubo verdadero combate; pero sí se perdió la artillería que en la accion anterior se habia salvado.

Merece censura Blake por haber aceptado un combate que pudo rehuir, estando tan reciente el mal efecto producido por la accion

de María, y no contando con gente veterana, y por consiguiente serena. Merece, además, censura porque no pudo fiar en su suerte ó, como vulgarmente se dice, en su buena estrella, puesto que debía saber por propia esperiencia que jamás á su inteligencia y valor acompañó la fortuna. Solo así se puede comprender que sufriese tantas derrotas un general tan entendido y valiente como Blake.

Retrocedieron, pues, nuestras armas al dia anterior al en que se puso en movimiento el ejército; esto es, los voluntarios valencianos con D. Pedro de la Roca volvieron á Morella; Lazan con su division, á Tortosa, y Blake á imitar á Penélope, en el tejer y destejer la inacabable tela. Desorganizado lo antes organizado, forzoso fué organizarlo de nuevo.

Fuéle más fácil en aquella ocasion la tarea, porque ya tenia mejores elementos que algunos meses antes; empero necesitó abandonar el territorio aragonés. Escusado es decir que Suchet recobró á Monzon y cuanto habia perdido.

CATALUÑA.

MEMORABLE SITIO DE GERONA.

Saint-Cyr habia cobrado ánimo con la muerte del célebre Reiding, para realizar su propósito de tomar á Gerona, en cuya rendicion tenia formado verdadero empeño. Instábase además Napoleon, que deseaba ver todas las plazas fuertes de Cataluña en poder de sus tropas.

Dos veces se habia acercado Saint-Cyr inútilmente á Gerona, y otras tantas, con vergüenza suya y de sus soldados, habia tenido que retirarse. Quiso acercarse la tercera, pero decidido á no recibir un tercer bochorno.

El dia 6 de Mayo dió vista á Gerona el general Reille encargado por Saint-Cyr del sitio, y sin dar descanso á sus huestes comenzó las operaciones preliminares.

Era por demás difícil la defensa de Gerona sin una numerosa guarnicion, puesto que su dilatado y vasto perímetro, exigia muchas tropas para guarnecerla; estaba dominada por algunas eminencias que favorecian grandemente al sitiador, y aunque tenia castillos que la protegian, para defenderlos era forzoso disminuir la guarnicion de la plaza, y una vez tomados por el enemigo, eran

otros tantos peligros para los defensores y grados menos de probabilidad para el buen éxito de la defensa.

Menos de 5,800 hombres formaban á la sazón la guarnición de Gerona; empero el gobernador accidental de la plaza suplía con su lealtad, valor y carácter á muchos defensores. Era aquel el hoy celeberrimo, pues que su nombre vivirá eternamente, D. MARIANO ALVAREZ DE CASTRO, y era su segundo el teniente de rey D. Juan Bolívar, acreditado tambien de muy leal, valeroso y entendido en los dos sitios anteriores. Llamábase el jefe de ingenieros D. Guillermino Minalf, y el de artillería D. Isidro de la Mata.

Tan pronto como apareció Reille á la vista de Gerona, se presentaron al general Alvarez todos cuantos, en más ó en menos, podían contribuir á la defensa, sin excluir los clérigos ni religiosos.

D. Enrique O'Donnell que se hallaba en Gerona y estaba muy acreditado en Cataluña, organizó un batallón de ocho compañías, formadas de lo más apto de los recién presentados, con cuyo batallón llegó el número de *defensores con armas* á 6,473, y además un batallón, que tal podía llamarse, de mujeres, con destino á construcción de cartuchos, asistencia de heridos, conducción de víveres y confección de ranchos. El batallón formado por O'Donnell tomó el nombre de *Cruzada*.

Antes de terminar el mes fué relevado Reille y reemplazado por Verdier. Los españoles fueron procesionalmente á la hermosa basílica de Gerona, encomendaron á Dios la defensa y nombraron, ó eligieron más bien, protector de la difícil empresa á San Narciso, patron de la ciudad.

Iban muy lentamente los trabajos del sitio, y quizá por esto Saint-Cyr reemplazó á Reille con Verdier. El primero mandó refuerzos de tropas desde Vich, con lo cual llegó el número de los sitiadores á 18,000.

Los primeros días de Junio pasaron en diversos ataques á los fuertes, y el 12 llegó á la plaza un parlamentario francés para intimar la rendición. Los términos del parlamento se ignoran; porque el ilustre Alvarez no quiso leerle ni oír al parlamentario: sábese positivamente que dicho heroico caudillo contestó con energía: *no quiero trato ni comunicacion con los enemigos de mi patria; y el emisario que en adelante venga, será recibido á metrallazos.*

En aquella misma noche (13 de Junio) comenzó el bombardeo, sin suspender el ataque á los castillos. El día 15, los castillos de San Luis, San Narciso y San Daniel estaban casi destruidos por la



artillería enemiga, y los que guarnecían dichos fuertes habíanse replegado á la plaza.

El día 21 tomó Saint-Cyr á San Feliú de Guíxols, con una enorme pérdida de gente; empero dióla por bien empleada, puesto que la tropa que sobrevivió quedó libre, y pudo reforzar las líneas del sitio hasta el punto de reunir 30,000 soldados. No había contado, empero, con los somatenes, que, cuando menos lo esperaba, surgían de la tierra, acometían furiosamente las líneas francesas, mataban los enemigos que podían, y desaparecían rápidamente como si la tierra los tragase.

De este modo terminó el mes de Junio, no habiendo obtenido el sitiador ninguna ventaja desde el 21 al 30, á pesar de sus 30,000 hombres: lejos de esto perdió bastante gente, del modo que queda referido.

Desesperado Saint-Cyr, trató de tomar á Monjuich á toda costa, puesto que era un gran paso avanzado la posesión de aquel castillo, para apoderarse de la plaza. Ya sabe el lector que defendía á Gerona un fuerte que llevaba el mismo nombre del célebre Monjuich de Barcelona.

Comenzó el ataque de Monjuich el día 3 de Julio, con 20 piezas mayores y 2 obuses. Y como el menor incidente daba ocasión á los españoles para practicar rasgos de heroísmo, referiremos uno que debe ser conocido, por el gran corazón que revela en el héroe que le practicó.

Entre los 900 hombres que defendían á Monjuich, había un subteniente llamado D. MARIANO MONTORO; conste perpétuamente su nombre, para gloria eterna de quien tan dignamente le llevó en el mundo.

Una de las balas de cañon que tan frecuentemente, ó sin interrupcion, mandaban los franceses, derribó la bandera española, que tremolaba sobre un adarve. Temeroso el bizarro y temerario Montoro de que aquella quedase en poder del enemigo, con sin igual valor bajó á recogerla, la tomó ante la vista del admirado enemigo, subió por la misma brecha y la enarboló de nuevo con la mayor tranquilidad y sangre fria.

Al día siguiente, 4 de Julio, intentó el asalto el enemigo; pero fué con gran pérdida rechazado. El día 8 se repitió el asalto: cargaron los franceses en columna cerrada, mandada por un coronel llamado Muff. Por cierto que éste dejó en duda si entre tanto valiente como allí se hallaba reunido, habría alguno más audaz y

temerario que él. *Tres veces seguidas fué rechazado y aún volvió la cuarta*, con menos fortuna que en las anteriores, porque fué mal herido; y como en los cuatro ataques hubiesen perecido más de 2,000 franceses, incluidos 3 jefes y 9 oficiales, no se intentó el quinto asalto.

La pérdida nuestra fué naturalmente muy inferior á la del enemigo; pero ocurrió la muy sensible del capitán que mandaba en la brecha, llamado D. Miguel Pierson.

Como nunca faltó en los lances críticos de aquella guerra algun incidente que nos perjudicase, hijo ó de traicion ó de mala fortuna, volóse el día 4 de Julio el castillo ó torre de San Juan, situada entre Monjuich y Gerona, para neutralizar la alegría justísima de los españoles producida por su victoria en los tenaces y reiterados asaltos. La terrible explosion hizo parecer á los que guarnecian el castillo, salvándose, empero, un corto número, merced al arrojo del intrépido D. Carlos de Beramendi.

Quedó el caudillo francés muy intimidado con el mal éxito de los asaltos, puesto que no entraba en su cálculo se resistiesen cuatro, y entre ellos el que se dió atacando una impetuosa y compacta columna cerrada. Así fué que trascurrió todo el mes de Julio, desde el 4 al 31, sin que adelantase nada el sitiador, fuera de haber impedido la entrada en la plaza de un convoy de socorro que llevaba un coronel irlandés, llamado Marshall, voluntario que habia tomado las armas en favor de España.

No solamente pasaron los franceses veintisiete dias en forzada inaccion ante la plaza, si que tampoco pudieron hacer cosa alguna para tomar á Monjuich, y eso que era un simple castillo amenazado por tantos millares de hombres y tanta boca de fuego. Esto era vergonzoso para los franceses, y aún por esto al comenzar Agosto, pusieron todo su conato en apoderarse de aquel fuerte, y al efecto levantaron nada menos que diez y nueve baterías; pero el terminar esta obra de destruccion, no les costó poco tiempo y trabajo. Seis jefes de somatenes y miqueletes les dieron guerra bastante para hacerles desesperar: eran dos de aquellos los célebres y ya conocidos *Milans* y *Clarós*, con otros cuatro llamados *Robira*, *Cuadrado*, *Iranzo* y *Porta*.

Tal fué el empeño de Verdier y tanto multiplicó los ataques y los disparos, que el día 12 de Agosto habian perecido de los defensores de Monjuich 511 (de 2,000), incluidos 18 oficiales, y estaba tan acribillado el fuerte que, por acuerdo de un consejo de guerra reuni-

do en aquella misma mañana, se evacuó á las dos de la tarde del referido día 12. Antes, empero, hicieron el necesario destrozo para que Monjuich solo fuese en realidad un informe monton de ruinas, sobre las cuales cantaron los franceses una victoria que les costó 3,200 hombres, y solo les proporcionó un fuerte destruido.

Verdier, no obstante, recibió muy grande satisfaccion, y avisó á Saint-Cyr, asegurándole que muy en breve seguiria la rendicion de la plaza. El mariscal habia anunciado tambien la toma del puerto de Palamós, realizada en aquellos dias.

Debió Verdier suponer lo que en su parte dijo á su superior; porque, en efecto, perdido Monjuich, las defensas artificiales de la plaza eran relativamente de escasa importancia. Y sin embargo, podia decirse que cada cuarto de hora se levantaba una nueva defensa; porque como hombres, mujeres y niños, sin escepcion ni diferencia de clases ni categorías, estaban convertidos en obreros bajo la direccion de los ingenieros inteligentes y activos, cada cuarto de hora, como hemos ya dicho, aparecian nuevos parapetos, cortaduras, zanjas y multitud de defensas.

El impertérrito y severo D. Mariano Alvarez distribuyó por sí mismo la artillería para contestar á los continuos disparos de 200 piezas que el sitiador tenia en continuo juego, y mandó colocar cañones hasta encima de la suntuosa catedral.

Llevaba á Alvarez de Castro su patriotismo, unido á su carácter severo, hasta el extremo de recibir mal toda indicacion que pareciese tender á esquivar el peligro. Por esto al decirle, como era sumamente natural, el jefe de la fuerza que iba á verificar una salida: *¿Mi general, en donde me refugiare con mi tropa, si fuese necesario?* Y Alvarez, con terrible laconismo, contestó: EN EL CEMENTERIO.

Las salidas que hizo multiplicar, ó repetir, el ilustre Alvarez, jamás fueron perdidas; porque no solamente quitaban gente al enemigo, si que tambien sucedia en ellas lo que tal vez en España solo sucedió, merced al denodado esfuerzo de sus hijos. Multitud de catalanes se aprovechaban de las salidas de la guarnicion de Gerona, para entrar á reforzarla, osadamente, por en medio de todo género de peligros. Y no crea el lector que entraban seis ó siete haciéndose invisibles á favor de la confusion y del tumulto, nó; en una sola salida entraron más de 100 hombres, solamente de Olot, y 30 de otro pueblo, y varios de otro, y en total más de 300 denodados catalanes.

Dijimos no ha mucho que Blake tuvo que abandonar el territorio aragonés, y así fué en efecto. Tan pronto como de rebato y del mejor modo posible reorganizó su mal parado ejército, determinó marchar en socorro de Gerona, como capitán general que era también de Cataluña.

A fin de no ser detenido ni embarazado en el camino por los enemigos, ejecutó una brillante marcha, por lo espuesta y trabajosa, llegando á Vich por asperezas y precipicios (27 de Agosto).

Allí pasó revista á su ejército, y continuó por el Coll del Buch á Sant Hilary, siempre siguiendo por el camino montañoso y menos practicable.

En Sant Hilary se le reunieron D. Enrique O'Donnell, á la sazón coronel del regimiento de Ultonia, y otro coronel á quien despues hemos conocido teniente general, ministro de la Guerra y marqués del Valle de Rivas; hablamos de D. Manuel Llauder.

Hizo alto Blake, y determinó dar comienzo á las operaciones de auxilio. Estaba ya Gerona por demás apurada, despues de casi cuatro meses de heroica defensa. Como general de grandes conocimientos, así hubiesen corrido parejas con aquellos y con su lealtad su fortuna que la tuvo menguada, pronto calculó las operaciones que debia practicar.

Mandó á Llauder desalojar á los franceses de la ermita del cerro ó altura de los Angeles, situada al norte de la sitiada plaza; á O'Donnell que, para facilitar dicho operacion, llamase la atencion al enemigo por el lado de Bruñolas; y el mismo Blake con menos de 6,000 hombres que le quedaban, se dirigió á vista de la ciudad á las alturas del Padró (31 de Agosto).

Don Manuel Llauder en muy poco tiempo y con gran bizzarria desalojó á los franceses de la ermita de los Angeles, cosa que no puede extrañarnos á los que hemos servido á sus órdenes cuando ya era él teniente general, y nosotros comenzábamos la carrera.

No se mostró menos bizzarro O'Donnell, á quien se habia unido García de Loigorri, atacando con tal denuedo la posicion de Bruñolas, que logró el objeto que Blake se propusiera; esto es, llamar la atencion de los enemigos, cuya mayor parte cargó en efecto á aquella disputada posición.

Ni estaban ociosos los somatenes en tanto; porque en la orilla izquierda del Ter batallaban como héroes, distrayendo también por su parte á los franceses. Y mientras todo esto sucedia, se acercaron á la plaza cerca de dos MIL acémilas bien cargadas de cuan-

to pudiera ser necesario en la plaza, escoltadas por el general García Conde, al frente de 4,000 infantes y 500 ginetes.

Ya supondrá el lector que el francés no estaria ocioso para hacer frente á la inesperada tempestad que habia hecho Blake estallar sobre su cabeza. Saint-Cyr, Verdier, Reille, todos los generales se multiplicaron y multiplicaron sus fuerzas militares; empero si Blake tuvo gran tacto para calcular las operaciones y para elegir los bizarros jefes, no careció, contra lo acostumbrado, de fortuna en aquella ocasion. A un tiempo peleaban bizarramente Llauder, que habia clavado la bandera española en la elevada ermita de los Angeles, y sobre el cual habia cargado gran número de enemigos; O'Donnell, en la posicion de Bruñolas; el mismo Blake en el Padró; Clarós y Rovira en la orilla del Ter, y García Conde, que custodiaba el gran convoy, á pesar del inmenso cuidado que pedia la conservacion de las 2,000 acémilas cargadas, tuvo bastante ánimo é inteligencia para sorprender y destruir un cuerpo avanzado de enemigos situado en Salt, y que era un verdadero obstáculo para realizar el objeto que habia sido encomendado al bizarro García Conde.

Destruido el mencionado obstáculo con gran bizarría y arrojo, y mientras Blake, O'Donnell, Llauder y los jefes de somatenes tan perfectamente cumplian su cometido, García Conde llegó tranquilamente á la plaza, y las 2,000 acémilas, los 4,000 infantes y los 500 caballos, entraron felizmente sanos y salvos en Gerona.

Grandes fueron la desesperacion y el enojo de Saint-Cyr al ver socorrida la plaza, y no fué menor el de Verdier que habia ligeramente asegurado al primero que la rendicion de Gerona seguiría inmediatamente á la posesion de Monjuich.

No fué, empero, este solo el disgusto de los generales franceses, á pesar de la esquisita vigilancia que desplegaron despues del socorro de la plaza. Restaba en pié despues de socorrida aquella, el sacar de Gerona las 2,000 acémilas, que, sobre ser inútiles y servir de estorbo en la plaza, habia necesidad de mantenerlas. Pero aquella vez, la fortuna apoyó el talento militar de Blake y la bizarría de sus auxiliares. El día 3 de Setiembre, á pesar de que los generales enemigos estaban vigilantes porque comprendieron muy bien que las acémilas estorbaban en la plaza, salieron aquellas y llegaron á San Feliú felizmente, escoltadas por 1,000 infantes y los 500 caballos, mientras los generales españoles daban bien en que entender á los enemigos; y segun acabamos de decir, acé-

milas, soldados y caballos llegaron de vuelta intactos á su destino. Tres mil hombres de los que habia llevado Garcia Conde con el convoy quedaron para reforzar la guarnicion de Gerona, con gran contento del denodado Alvarez. En cuanto al bizarro Garcia Conde diremos que salió con las acémilas para poner término á su delicado y espuesto encargo, como felizmente le terminó.

Grande gloria recayó sobre el ilustre Blake, que tan acertadamente socorrió la apurada plaza, y relativamente sobre cuantos generales, jefes y partidarios le auxiliaron en la difícil empresa. Cumplido, empero, su propósito y comprendiendo que era inútil su permanencia allí, porque sus tropas no se hallaban todavía en estado de poder permanecer largo tiempo sin defensa y á cuerpo descubierto, socorrida Gerona retrogradó Blake con su ejército para disponer y llevar nuevos socorros, dejando dispuesta la manera de ir evacuando sucesivamente las posiciones tomadas mientras entraba el convoy en la plaza.

Verificóse la operacion como estaba proyectada, sin más percance que la sorpresa dada por los franceses á la guarnicion de la ermita de los Angeles, que en poco cuesta la vida al bizarro coronel Llauder.

Libre Saint-Cyr de los auxiliares que habian llegado cuando aquellos á las líneas del sitio, redobló el fuego y logró abrir tres brechas absolutamente practicables. Determinóse, pues, á dar el asalto; pero conociendo por propia esperiencia la manera con que sabian defenderse los sitiados, á fin de evitar desgracias en sus tropas, se decidió á enviar un parlamentario ántes de dar el asalto.

Tal vez Saint Cyr creeria que el impetuoso y leal Alvarez ofrecia lo que no habia de cumplir; empero si tal supuso, seguramente se equivocó: ofreció el bizarro caudillo español recibir á metrallazos á todo enemigo que se acercase á la plaza, y como lo dijo lo hizo.

Lleno de ira Saint-Cyr dispuso el asalto, en cuatro columnas de á 2,000 hombres cada una. Al sonar las cuatro de la tarde rompieron la marcha dirigiéndose á las brechas, que eran ya cuatro, sin dejar de hacer fuego sobre la plaza todas las 200 piezas de artilleria, que tantos meses llevaban de arrojar la destruccion por la boca.

El infernal estrépito formado por las detonaciones y por la griteria de los sitiadores, formaba verdadero y siniestro contraste con el profundo silencio en medio del cual acudian á los respecti-

vos puestos los columnas de defensores, viéndose siempre en el más peligroso sitio al impávido general Alvarez. Ni una voz, ni una exclamacion se oía dentro de la plaza: no se escuchaba otra cosa que el pavoroso sonido de las campanas que llamaban á todos los moradores de Gerona, y el alarmante fragor de las cajas y clarines que lanzaban al viento los toques de guerra.

Dia de verdadera gloria fué el memorable 19 de Setiembre, para D. Mariano Alvarez de Castro; para el bizarro ejército defensor; para España en general, y en particular para Gerona. No, por desgracia, sin que se espermentase alguna sensible pérdida. En la brecha de Santa Lucía pereció el muy bizarro coronel irlandés Marshall, jefe de aquel puesto, víctima de su extraordinario valor; empero en la brecha quedaron TRESCIENTOS CINCUENTA Y TRES franceses.

En la brecha llamada de los Alemanes, fueron los sitiadores rechazados por los brillantes regimientos de Borbon y de Ultonia, que los recibieron con las bayonetas y allí quedaron CUATROCIENTOS DIEZ Y NUEVE franceses.

En la brecha de San Cristóbal, sucedió lo mismo; y en la que acababa de abrir el enemigo, momentos ántes de darse el asalto, el bizarro D. Blas Fournás, que luego mandó la Guardia Real de infantería (por los años 1826 á 1828), rechazó igualmente á los franceses, haciendo quedar al pié de la brecha *quinientos doce*. De Alvarez nada hay que decir: tan pronto aparecia en una brecha como en otra; á donde parecia mayor el peligro, allí estaba siempre el gobernador Alvarez de Castro.

No contentó Saint-Cyr con dar el ataque simultáneo á las cuatro brechas, atacó igualmente la torre de Gironella y los castillos llamados el *Calvario* y el *Condestable*; pero con igual mala suerte ó, mejor dicho, en todas partes encontró igual el terrible valor de los defensores.

En resúmen: TRESCIENTOS SETENTA Y NUEVE españoles perecieron en aquel dia de bárbara gloria, debida esta última al denuedo de los españoles, y los bárbaros destrozos á la injustificable é insaciable ambicion del fatal corso. En cambio, las brechas quedaron tapadas con cadáveres de franceses, en número de DOS MIL TRESCIENTOS CUARENTA Y SIETE, perfectamente colocados para cerrar los grandes huecos practicados por las 200 bocas de fuego de los sitiadores.

La primera impresion que aquel verdadero desastre hizo en el

ánimo de Saint-Cyr, fué de terror. No suponía él que encontraría tanto denuedo unido á tan gran tenacidad y á tan extraordinario sufrimiento. En cuanto á Verdier, estaba en un estado de verdadera desesperacion, al ver cuán distante de la verdad había estado el pronóstico que ligeramente hizo á Saint-Cyr. Cierta es también que no hay en la guerra cálculo posible, cuando aquellos se refieren á los incomparables españoles.

En este sitio de Gerona fué herido el bizarro brigadier D. Luis Roca de Togores, conde de Pino-Hermoso, á quien quería entrañablemente D. Mariano Alvarez de Castro, que había sido su jefe en un regimiento de Guardias Españolas. Mandaba el de Pino-Hermoso una de las brigadas del ejército de Blake, quien le apreciaba, si no más porque no era posible, tanto como Alvarez. Recibió la herida en una de las acciones sostenidas para socorrer á Gerona.

Dió el de Pino-Hermoso la primera muestra de su acendrado patriotismo, proclamando denodadamente la Independencia de su patria al frente de un regimiento creado y sostenido á sus expensas.

Dióle modestamente, aunque hechura suya y por él mantenido, el nombre de *cuzadores de Orihuela*, su país natal; empero como quiera que los grandes hechos se eternizan á pesar de la modestia de los que son capaces de consumarlos, los mismos soldados de aquel bizarro regimiento dieron en llamarse *Voluntarios de Pino-Hermoso*, y este nombre prevaleció sobre el otro. Este valerosísimo cuerpo, quedó en cuadro en la memorable é inaudita defensa de Zaragoza.

Convaleció felizmente el valeroso conde de la herida que recibiera en Gerona, y continuó prestando sus desinteresados y grandes servicios á su patria.

Blake, que, segun antes hemos dicho, se había replegado, se fijó en Hostalrich y se ocupó de preparar nuevos socorros, comprendiendo el gran consumo que diariamente había en la sitiada plaza. En virtud de sus activas gestiones, no tardó mucho tiempo en reunir los necesarios víveres, para ocupar de nuevo las 2,000 acémilas. Pero en aquella ocasion no sucedieron las cosas con tanta felicidad como la vez primera, á causa de una valerosa imprudencia del bizarro coronel D. Enrique O'Donnel'.

Este atrevido jefe, conociendo Blake su denuedo, fué por aquel comisionado para escoltar el convoy con 2,000 soldados; y aquel general en persona fué á retaguardia con 10,000 hombres que formaban el resto del ejército, para proteger el convoy.

El día 20 de Setiembre se encontró O'Donnell con dos columnas francesas, á tiempo que Blake se ocupaba de tomar las alturas de La Bisbal. O'Donnell, aunque se encontró aislado en aquel momento, puede decirse, no halló obstáculo como nunca le hallaba, para emprender con el enemigo. Hízolo así, en efecto, destrozó el obstáculo, é imprudentemente llegó hasta la plaza y él mismo penetró en ella con la mitad de la fuerza, y comenzó á introducir el convoy, dejando la otra mitad de aquella en guarda del resto de aquel.

La bizarra imprudencia de O'Donnell hizo fracasar el golpe: por otra parte, era tambien muy difícil burlar dos veces á Saint-Cyr, vigilante y furioso como estaba, sin ser extremadamente cautos y precavidos. Así fué que mientras O'Donnell penetraba en Gerona sin dejar que Blake se acercase, Saint-Cyr acudió rápidamente y se interpuso entre aquel y O'Donnell, impidiendo la llegada del resto del convoy: por manera que este último tuvo que permanecer dentro de la plaza, sin haber podido introducir más que 300 de las 2,000 acémilas. Las 1,700 restantes cayeron en poder de Saint-Cyr con los que las custodiaban, muchos de los cuales fueron ahorcados por orden de aquel vándalo, que algunas veces se habia mostrado más humano que sus colegas, si bien estaba entonces muy exasperado.

Anduvo muy cuerdo Blake en calcular lo inconveniente de empeñar la batalla, no queriendo sin duda, por imprudencia suya, hacer la segunda edicion de la accion de Belchite. No pudiendo hacer frente á las fuerzas militares de Saint-Cyr, replegóse de nuevo sobre Hostalrich, desde donde se dirigió á Vich para establecer su cuartel general.

Habia agravado O'Donnell la precaria y angustiosa situacion de la plaza; porque los víveres que habia podido introducir no bastaban más que para pocos dias, y en cambio de haberlos introducido habian entrado con ellos 1,000 hombres más para ayudar á consumirlos. Esta reflexion hizo pensar á O'Donnell en salir de Gerona con los 1,000 hombres que habia llevado: operacion difícil, peligrosa, espuesta y casi casi irrealizable. No obstante, no era hombre aquel á quien arredrasen las dificultades.

Despues de haber prohibido á los suyos el bizarro O'Donnell so pena de la vida, mover el menor ruido, hasta toser ó hablar en voz sumisa, á la una de la noche del 12 de Octubre salió de Gerona con sus 1,000 hombres. Cinco dias despues se habia incorporado al ejército, *caminando de dia, por camino real y por llanuras, batiendo á los destacamentos franceses que al paso*

eneontraba y haciendo una brillante marcha que con razon fué calificada de atrevida, llegó á Vich entre la admiracion y el aplauso de generales y del ejército entero.

Cuando el valeroso O'Donnell llegó al campo leal con admiracion y aplauso de Blake y de todo su ejército, segun acabamos de decir, hacia tres dias que habia sido depuesto Saint-Cyr en el sitio de Gerona, y reemplazado por el veterano mariscal Augereau.

Habia, empero, comenzado ya á batirse en favor de los franceses un general y un ejército harto más fuertes y poderosos que Augereau y sus tropas. El hambre destructora se sentia ya demasiado intensamente dentro de la plaza; hacia ya algunos dias que solo se repartia tan exígua y poco apetitosa racion á los defensores, que consistía aquella en una corta cantidad de trigo ó de cebada, groseramente molido en cascós de bomba y en morteros, y mal cocido por temor de que se agotasen los combustibles, como los comestibles estaban para agotarse.

La siguiente curiosa nota del ascenso que tuvieron los artículos de consumo durante el sitio, desde el precio que se pagó por cada uno cuando empezaron á escasear y á encarecer, hasta el más subido á que llegaron, dirá al lector sobrado claramente lo muchísimo que sufrieron los valerosos defensores de Gerona.

ARTICULOS.	PRECIOS BAJOS.	PRECIOS ÚLTIMOS.
Un lechon.	40 reales.	200 reales.
Una gallina.	14.	320.
Una perdiz.	12.	80.
Un pichon.	6.	40.
Un gorrion.	2 cuartos.	4.
Libra de pescado del rio Ter.	4 reales.	36.
Libra de bacalao.	18 cuartos.	32.
Un par de huevos.	4 id.	8.
Libra de aceite.	24 id.	24.
Id. de arroz. ,	12 id.	32.
Id. de queso.	4 reales.	40.
Id. de pan.	6 cuartos.	8.
Id. de chocolate.	16 reales.	64.
Id. de café.	8 id.	24.
Una galleta.	4 cuartos.	8.

ARTICULOS.	PRECIOS BAJOS.	PRECIOS ÚLTIMOS.
Cuartera de trigo.	80 reales.	112.
Id. mezcladò.. . . .	64 id.	96.
Id. de cebada.	30 id.	56.
Id. de habas.. . . .	40 id.	80.
Por moler una cuartera		
de trigo.	3 id.	80.
Una arroba de carbon. . .	5 y medio rs.	40.
Un quintal de leña. . . .	5 reales.	40.
Libra de azúcar.. . . .	4 id.	24.
Id. de velas de cera. . .	12 id.	32.
Id. id. de sebo.	4 id.	10.
Id. de tabaco.. . . .	24 id.	100.
Vendíanse además:		
Cada gato.	8 id.	30.
Cada raton.	1 real.	5.

Solamente las carnes de cerdo gordo, ó tocino, caballo y mula, se vendieron, hasta que se agotaron, que fué muy pronto, á un tipo que fijaron de acuerdo el gobernador y la Junta, en los cuales no permitieron alteracion ninguna.

Por el preinserto curioso estado, cuyo original es auténtico, puede perfectamente comprenderse el angustioso estado de los defensores de Gerona. El mal era incurable ya: no habia medios humanos para socorrer la plaza; porque los sitiadores llevaron á tal extremo su cruel y bárbara vigilancia, que temiendo ser burlados á favor de las sombras de la noche, colocaban atravesadas en los caminos cuerdas con campanillas, para que no pudiese pasar ni una persona sin que se enredase en las primeras é hiciese sonar las segundas. Y por si esto no era suficiente, tenian adiestrado gran número de perros que esparcidos por los caminos y siempre vigilantes, al menor rumor ponian en alarma al campamento con sus ladridos.

Las doloridas madres que estaban criando á sus amados hijos, con el corazon destrozado los veian desfallecer y espirar, porque careciendo ellas de alimento, no podian alimentar á sus hijos. ¡Qué más puede decirse! Hasta los pocos irracionales que aún existian cuando estaba ya próximo el fin del memorable sitio, hubo dia que

no pudiendo resistir el terrible tormento del hambre, se embistieron para despedazarse y comerse unos á otros.

No hubo animal, por inmundo que fuese, seguro de no ser con ánsia devorado; y estos indispensables excesos atrajeron á la otra hermana predilecta de la guerra: la destructora peste. Hubo dia en que fallecieron, sin auxilio ninguno porque ni medicinas habia, cerca de 800 personas; y las que no eran atacadas de la mortífera epidemia, perecian de inanicion. Y todo esto ¿por qué? ¿Por qué tanto horror, tanto huérfano, tanta calamidad, tanto desastre? Por la ambicion de un solo hombre á quien quisieron llamar grande, y cuya grandeza no debe ser envidiada por ningun hombre que merezca el epíteto de grande, ni podria satisfacer á un hombre honrado por muy modesta que fuese su posicion social. En el único concepto que lo fué, lo hemos confesado más de una vez; empero pónganse en la equitativa balanza de la justicia la verdadera grandeza y la raquitica pequeñez del hombre en cuestion, y veamos cuál platillo llega al abismo, de puro abrumado con la enorme pesadumbre de sus faltas. Estas en un particular hubieran sido menos perjudiciales; mas en el que supo hacerse árbitro de los destinos de la Europa, sin otra razón que la de no haber cumplido su deber cada nacion de Europa como cumplió España, no pueden tener perdon y mancharán eternamente la memoria de quien tuvo el funesto y repugnante valor de consumarlas; porque costaron torrentes de inocente sangre y la ruina de algunas generaciones. Muchas familias desaparecieron completas de la haz de la tierra en aquella calamitosa época, y otras quedaron arruinadas y sus descendientes sufren hoy todavía todas las consecuencias de la desapoderada y vertiginosa ambicion de un solo hombre.

Con las esquisitas precauciones tomadas por los feroces sitiadores, no fué ya posible introducir ningun socorro en la plaza, á pesar de las proezas ejecutadas por varios caudillos, y muy especialmente por el coronel O'Donnell. Blake hizo verdaderos milagros; mas no pudiendo con su exíguo ejército hacer frente al relativamente innumerable del infame invasor, tuvo que replegarse y se trasladó á Manresa, en donde despues reunió una Junta de salvacion, cuyos esfuerzos para socorrer á Gerona fueron de todo punto inútiles.

La peste cada dia ganaba inmensurable terreno. Lo mismo que en Zaragoza, yacian hacinados en medio de las plazas y calles los insepultos cadáveres; las inmundicias de todo género, y ya no habia

esperanza ni posibilidad de vivir de aquella manera. Ochocientas defunciones ocurrieron muchos días durante el mes de Octubre; en Noviembre, por término medio, se contaron al día cerca de **1,400**; y ya habían pasado más de seis meses de sitio, de angustia y de inexplicable padecer: ¡qué lealtad y qué constancia y cuán admirable sufrimiento!!

Y no los proyectiles, ni la peste, ni el hambre eran bastante poderosos, con serlo tanto, para entibiar el valor y amenguar el sufrimiento del inmortal D. Mariano Alvarez de Castro. En medio á tan acerbas, dolorosas y aterradoras circunstancias, tuvo suficiente energía para dictar y hacer publicar el siguiente bando:

Sean las tropas que guarnecen los primeros puestos que los que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego, en caso de ataque, contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo más daño que el mismo enemigo.

Pero si hemos de dar una aproximada idea, que exacta es obra imposible, del vigoroso carácter de Alvarez y de su tenaz valor, no son para el caso suficientes las preinsertas palabras; es forzoso consignar las siguientes, mucho más notables todavía.

Recorría una mañana los puestos el inolvidable gobernador de Gerona, y llegó á sus oídos la palabra *capitulacion*, pronunciada por uno de los que se hallaban á su espalda. El rudo choque de la desnuda carne sobre un cuerpo candente, no hubiera hecho retroceder más velozmente al severo gobernador que aquella fatal palabra, quizá soltada al acaso, y sin intencion. Con airado semblante y voz sonora, dirigiéndose al que habia hablado, exclamó: *¡Cómo capitular! Será usted aquí sólo el cobarde! Cuando ya no haya vivres, NOS COMEREMOS Á USTED Y Á LOS DE SU RALEA, y despues de comerlos..... resolveré lo que más convenga.*

Creemos innecesario decir más, para retratar á aquel hombre admirable, siendo tanto más notable su energía, cuanto que su salud comenzaba ya á resentirse de tanto sufrimiento.

Al comenzar el mes de Diciembre el nuevo jefe de los sitiadores, el de los perros y las campanillas, Augereau, en fin, redobló y multiplicó tanto los disparos, que aportilló la vieja muralla; y cargando con ímpetu y con algunos millares de hombres, se apoderó del arrabal del Cármen. La plaza ya no tenia más que 1,120 defensores, demacrados, escuálidos y famélicos; los demás, ó habían perecido víctimas de la peste y de los proyectiles y del hambre, ó estaban postrados á impulso del mortífero mal, é incapaces de con-

tribuir á la defensa. Y aún faltaba otra nueva y última calamidad, de tantas como hubo conjuradas contra los defensores.

El insigne, integérrimo, valeroso é incomparable gobernador D. Mariano Alvarez de Castro, tuvo que rendirse á una fatal enfermedad, que ya hacia dias estaba en él latente, y que concluyó en calenturas nerviosas. Y mientras el enemigo, apoderado del arrabal del Cármen y de las casas de Gironella, se enseñoreaba de los fortines exteriores, el ilustre Alvarez de Castro recibia el último Sacramento de la Iglesia: la Extrema-uncion (7 y 8 de Diciembre.)

Faltaba, pues, el alma y la vida de los heróicos defensores; solo la presencia de su bizarro y consecuente gobernador, les hacia arrostrar el hambre y la peste y los peligros de la guerra; muerto aquel, que por muerto le contaban y ojalá hubiese entonces fallecido, los peligros se aumentaron y se agravó la fatal situacion en la imaginacion y el pensamiento de aquellos verdaderos espectros, que como autómatas se movian.

Nuestro celoso amor pátrio y nuestro cariño y respeto á la memoria del inolvidable Alvarez de Castro, nos ha hecho exclamar involuntariamente de una manera que parece contraria al héroe de Gerona; empero pronto verá el lector que de ese mismo cariño y respeto ha sido hija legitima nuestra exclamacion.

Mandaba en la plaza desde la enfermedad de Alvarez su segundo, el teniente de rey D. Juan Bolivar, que era muy digno de ser el segundo de tan gran gobernador. Sin que su valor disminuyese ni amenguase su sufrimiento, creyó oportuno reunir á la Junta y principales personas de la ciudad, para pedirles parecer. El estado no podia ser más precario y angustioso: aumentábanse el hambre y la peste; no habia guarnicion, y el enemigo estaba casi dentro de la plaza.

Lo que hasta allí habia sido valor, aunque horroroso y terrible, ya era una terrible y horrorosa y trascendental temeridad. La Junta en obsequio de los que habian sobrevivido á tanto y tanto estrago, contra todos sus deseos y mal de su grado, decidió capitular siempre que la capitulacion fuese digna de la tenaz y valerosa defensa. Al efecto fué comisionado el brigadier D. Blas Fournás para pasar al campo francés, el cual negoció la capitulacion siguiente:

- 1.º «La guarnicion saldrá con todos los honores de la guerra.
- »2.º Serán respetadas las vidas y haciendas de los habitantes. 3.º Con-
- »tinuará observándose la religion católica y será protegida.»

Tales eran las principales condiciones de la capitulación, que terminaba señalando el día siguiente, 11 de Diciembre, para salir la guarnición de la plaza y desfilar por la puerta de Areny.

Cuando penetraron los franceses en Gerona, á los cuales en medio de su vandalismo y de la injusticia de su proceder no puede negárselas gran valor y mucha práctica en asuntos de guerra, quedáronse asombrados al contemplar, casi sin dar crédito á sus ojos, el estado de la plaza: la multitud de insepultos cadáveres, tantos destrozos, tanta miseria y tanto corazón magnánimo, que habíase hecho superior á tanto desastre.

Es fama, y está averiguado, que durante tan dilatado sitio fueron arrojadas sobre la plaza 14,000 granadas, 6,000 bombas, 40,000 balas rasas y 20,000 balas rojas. Los gerundenses colocaron su gloria al nivel de la de los zaragozanos, y cuanto la historia diga, aunque llegase á parecer exageración, nunca sería mucho.

Réstanos consagrar algunas líneas á la memoria del ilustre, desgraciado y heróico D. Mariano Alvarez de Castro; magnífica y colosal figura que realmente oscurece las de todos los jefes de sitio, porque de mayor talla que la suya, quizá no se encuentre uno.

Este bizarro y leal español no sucumbió de la enfermedad, al parecer mortal, que le arrastró hasta el borde del sepulcro y, lo diremos otra vez, debemos sentirlo; porque entonces hubiera muerto honrado y llorado por sus súbditos y de una manera natural y digna de su valor. No sucumbió, empero, porque su cuerpo tenia una resistencia, comparable solamente con la fuerza y energía de su alma. También hubiese sido su muerte natural más conveniente al honor de los mismos franceses, aunque tan acostumbrados á hollarle en España.

¿Hubieran hecho nada de extraordinario los secuaces del ambicioso Napoleon, en haber respetado la libertad y la vida del inmortal defensor de Gerona? Sí, mucho hubieran hecho; porque quien no es capaz de practicar acciones generosas y dignas, hace muchísimo cuando sobreponiéndose á sus fatales instintos, ejecuta alguna de aquellas.

La víspera del día de la Natividad de N. S. J. (23 de Diciembre), estando ya convaleciente Alvarez, fué llevado prisionero á Francia. De Francia volvieron á conducirle á España (ya en 1810); y el lector podrá preguntar, ¿para qué? Sin duda para que pudiese ponerse en duda la patria del infame autor del repugnante y alevoso

so crimen que meditaba el hombre *grande* y sus no menos *grandes* allegados.

Encerraron, pues, al héroe de Gerona en el castillo de Figueras, mostrándose tan crueles con él que le prohibieron la compañía de su ayudante, que era verdadero amigo suyo, y de sus criados, en quienes tanta confianza tenía.

Al día siguiente apareció el cadáver del ilustre y valeroso Alvarez envuelto en una sábana y tendido sobre unas angarillas, figurando que había muerto de una manera comun y natural.

Este suceso impresionó vivamente á todos los españoles que lo presenciaron, y dió márgen á mil comentarios, todos deshonorosos para los infames invasores. Pero más alto que los comentarios de los buenos patriotas habla el siguiente documento oficial, que nuestros lectores verán con interés, porque los sacará de toda duda. Dice así:

«Excmo. Sr.: Por el oficio de V. E. de 26 de Febrero próximo pasado que acabo de recibir, veo ha hecho V. E. presente al Supremo Consejo de Regencia de España é Indias el contenido de mi papel de 4 del mismo, relativo al fallecimiento del Excelentísimo Sr. D. Mariano Alvarez, digno gobernador de la plaza de Gerona, y que en su vista se ha servido S. M. resolver procure apurar cuanto me sea posible la certeza de la muerte de dicho general, avisando á V. E. lo que adelante, á cuya real orden daré el cumplimiento debido, tomando las más eficaces disposiciones para descubrir el pormenor y la verdad de un *hecho tan horroroso*; pudiendo asegurar entretanto á V. E. *por declaracion de testigos oculares* la efectiva muerte de este héroe en la plaza de Figueras, á donde fué trasladado desde Perpiñan, y donde *entró sin grave daño en su salud, y compareció cadáver, tendido en una parihuela* al siguiente día, *cubierto con una sábana, la que destapada por la curiosidad de varios vecinos*, y del que me dió el parte de todo, puso de manifiesto *un semblante cárdeno é hinchado*, denotando que su muerte había sido *obra de pocos momentos*; á que se agrega que el mismo informante encontró poco antes en una de las calles de Figueras á un llamado Rovireta y por apodo el *fraile de San Francisco*, ahora canónigo, dignidad de Gerona, *nombrado por nuestros enemigos*, quien marchaba apresuradamente hácia el castillo, á donde dijo iba corriendo *á confesar al Sr. Alvarez, porque debia en breve morir*. Todo lo que pongo en noticia de V. E. para que haga de ello el uso que estime por conveniente.—

»Dios guarde á V. E. muchos años.—Tortosa 31 de Marzo de 1810.
 »—Excmo. Sr.—Cárlos de Beramendi.—Excmo Sr. marqués de
 »las Hormazas.»

He aquí confirmada la nueva hazaña de los *civilizadores* de Europa. Cuantos en aquella tomaron parte no pudieron ser ni valientes, ni caballeros, ni aún personas decentes.

La Junta central, cuando ignoraba todavía el trágico é inmerecido fin del inmortal Alvarez, decretó en su favor, ó de su familia, si el héroe de Gerona hubiese perecido, los premios y honores que á su constancia, valor y patriotismo eran debidos.

Tiempo adelante, las Córtes de Cádiz mandaron esculpir en letras de oro el ilustre y memorable nombre de Alvarez, para colocarle en el salon de las sesiones.

Más adelante todavía, el general Castaños hizo colocar en e calabozo en que pereció aquel héroe una lápida con una inscripción, que recordara á las generaciones venideras el nombre y el sin par patriotismo de aquel hombre verdaderamente grande, y, en fin, en nuestros días se creó el título de marqués de Gerona, en favor del más próximo descendiente del ilustre é incomparable héroe de Gerona. Nosotros tuvimos el placer de tratar al Sr. D. José de Castro y Orozco, primer marqués de Gerona, presidente del Congreso en 1846, que era dignísimo descendiente del inolvidable héroe, por su patriotismo, caballerosidad y bellísimas circunstancias, muerto en lo más florido de su edad y cuando ocupaba el más importante puesto en una nacion regida por gobierno representativo.

MADRID.

En tanto tenían en España lugar los sucesos que acabamos de referir, y los españoles del siglo XIX daban sobrado á entender que habian en ellos revivido los héroes de Astapa, de Numancia y de Sagunto, el titulado rey de España hizo diversas salidas para ponerse al frente de su ejército, creyendo que su presencia daría vigor y ánimo á los suyos y haría multiplicar sus triunfos.

No quiso, empero, dar á entender que la guerra absorbía toda su atencion, y que por ella descuidaba los asuntos civiles. A este fin en el año 1809, despues de trascurrida la primera mitad de éste, expidió varios decretos, resumidos en los siguientes extremos: 1.º Suprimió los Consejos Supremos de Guerra, Marina,

Hacienda, Ordenes é Indias, y los refundió en el de Estado, instalando una seccion por cada uno de los suprimidos Consejos. 2.º *Suprimió las grandezas de España y los títulos de Castilla:* en lo sucesivo no habria más ni de las unas ni de las otras, que las creadas por el intruso. 3.º Declaró cesantes á *todos los empleados del reino*, los cuales solicitarian de nuevo sus respectivos destinos, para ser atendidos *segun sus méritos*. 4.º Suprimió todas las órdenes religiosas, lo mismo las mendicantes que las monacales y todas las demás; señaló una módica pension á los individuos que las formaban, y mandó residir á cada uno de ellos en el pueblo de su naturaleza. 5.º Confiscó todos los bienes á los emigrados, y los aplicó al pago de la Deuda pública. 6.º Mandó presentar á los intendentes de provincia, en el preciso término de treinta dias, todo documento de la expresada Deuda, so pena de quedar declarados extinguidos en favor del Estado. 7.º Creó 100.000.000 de reales en cédulas hipotecarias, destinando 50.000.000 al ministerio de la Guerra y 50.000.000 al de lo Interior (ó Fomento), con destino á la indemnizacion de los que hubiesen prestado á *la causa del rey* (el falso se supone) eminentes servicios, ó sufrido alguna pérdida, á consecuencia de la *justificada guerra*. 8.º Abolió el *voto de Santiago*. 9.º Dictó una proscripcion general, comprendiendo en ella á todos los que se habian declarado por la santa causa de la Independencia nacional, incluyendo en ella á los primeros aristócratas, literatos, prelados, magistrados, ect. 10.º Mandó recoger toda la plata de las iglesias. 11. Decretó que los padres cuyos hijos formasen parte de las filas del ejército de la lealtad, que el fatal gobierno afrancesado llamaba traidor, presentasen un *sustituto* que ingresase en la filas de la usurpacion, ó entregasen en el caso contrario una suma, no pequeña, en metálico.

Tales fueron los arbitrarios y despóticos decretos que dictaron, más bien que el prudente José, sus allegados franceses y españoles, los unos por asegurarse en los puestos que ocupaban, y los otros porque estaban directamente interesados, como tan comprometidos, en que no se verificase la restauracion. Cuestiones de ambicion y avaricia, tantas veces confirmadas con el nombre de cuestiones políticas.

Dictarónse otras disposiciones más dignas y útiles, relativas á organizacion del ejército y á la enseñanza pública, siendo muy de notar que todos los decretos tiránicos y odiosos se cumplieran al pie de la letra con asombrosa rapidez; los beneficiosos y civilizadores,

con perezosa lentitud los menos; ni aprisa ni despacio los más.

Con lo antedicho y con decretar multitud de derribos para embellecer la córte, entre los cuales desaparecieron las manzanas de casas y la parroquia de San Juan que ocuparon el espacio que hoy llamamos plaza de Oriente, cuyos decretos hicieron dar á José á más del nombre de *José Botellas*, el de *Rey Plazuelas*, queda reseñado lo que dicho intruso ó los que le rodeaban dispusieron, en 1809.

EXTREMADURA.

Para cumplir la órden de Napoleon de que en su correspondiente lugar dimos al lector cuenta, reunió Soult los dos cuerpos de ejército de Ney y Mortier, al que siempre estuvo bajo sus órdenes.

Sufrió Ney un terrible disgusto, pero no se atrevió á desobedecer á su emperador; y Soult se colocó orgulloso, al frente de un ejército de casi 60,000 hombres de todas armas. Propúsose ante todo expulsar de Portugal á los ingleses, ganoso de vengar la afrenta que en el mismo país le infirieron. Esto fué cuidar antes de saciar una venganza y satisfacer su excesivo amor propio, que de examinar maduramente antes de proceder, lo más ventajoso y oportuno.

Comenzó, pues, Soult por dirigirse á la plaza de Ciudad-Rodrigo y sitiarla. Al mismo tiempo pidió á José nuevas fuerzas militares, para quedar protegido por el Norte, y además una fuerte division que le guardase en el Tajo por retaguardia. No satisfecho todavía con esto, aún pidió que el ejército de Madrid formase un cuerpo de reserva.

Para evitar que su peticion sufriese retraso en la córte, despachó para Madrid al general Foy, el cual iba por Soult encargado de obtener lo que por escrito habia pedido, y además una fuerte suma de dinero, y un completo tren de batir.

No aprobó José el proyecto de Soult, á pesar de lo mucho que en favor de aquel dijo Foy. Jourdan que merecia toda la confianza del intruso, y que en asuntos de guerra era un gran consejero, desaprobó é hizo á José desaprobado el plan dispuesto por el mariscal Soult, y en este sentido recibió Foy para aquel la respuesta. Hicieron ver á este último que estaba muy engañado el referido mariscal, respecto de la época en que los ingleses se pondrian en movimiento, así como en la direccion de aquel; que la guarnicion de Madrid, de suyo escasa, no podia abandonar la córte y menos aún alejarla de su verdadero

destino, hasta un punto relativamente tan distante como Salamanca, y, en pocas palabras, le dijeron sobradas razones para convencerle de que iba Soult á proceder de muy inconveniente manera.

La única concesion que se le hizo á Foy fué la promesa del tren de batir, si insistia en sitiar á Ciudad-Rodrigo, más acerca de remitirle dinero, contestó José que ni aún á los empleados se podia pagar, y que él mismo se mantenía deshaciéndose de su plata labrada, que estaba reduciendo á moneda. Tal era el estado financiero del gobierno intruso.

Hallábase Wellesley con sus tropas muy tranquilo en Abrantes; y el día 27 de Junio levantó su campo y pasando á España, llegó á Plasencia. El día 10 de Julio tuvo una conferencia con el capitán general Cuesta, y acordaron el plan de campaña en la mejor armonía. El 16 regresó á Plasencia el caudillo inglés, y desde allí se expresó en términos bastante inconvenientes, respecto de la falta de subsistencias que, segun él, experimentaba su ejército, y amenazando con retirarse á su país, si el mal no se remediaba.

No fué, empero, Cuesta, perezoso para contestarle no solamente haciéndole ver lo injusto de su queja, sino diciéndole que suponiendo fuese fundada, aun así y todo no debía quejarse; porque el pillaje á que se entregaba á toda hora el ejército aliado, no permitía que la escasez fuese conocida en sus filas.

Y tan ciertos eran los vandálicos actos de los auxiliares ingleses, que el mismo Wellesley los confesaba, como puede ver el lector en las siguientes líneas:

«Hé aquí cómo se esplicaba acerca de esto el mismo Wellesley en su correspondencia. «Hace tiempo estoy pensando (le decía á su amigo Jorge Williers) que un ejército inglés no podría sufrir ni los triunfos ni los reveses, y la conducta reciente de los soldados del que mando me prueba claramente lo exacto de mi opinion en cuanto al triunfo, pues han saqueado el país del modo más horrible..... Entre otras cosas se han apoderado de todos los bueyes, sin más objeto que venderlos á la misma poblacion que han robado. Os agradecería infinito manifestaseis este hecho á los ministros de la Regencia, etc.»

»Y al vizconde Castlereagh, secretario de Estado: «No puedo prescindir de volver á llamar vuestra atencion sobre el estado de indisciplina en que se encuentra este ejército..... Me seria imposible describiros todos los desmanes y violencias que cometen nuestras tropas. Apenas se separan de ellos sus oficiales, ó por mejor

»decir los jefes de cuerpo ó los oficiales generales, cuando se entregan á todo género de excesos..... no recibo un pliego, un correo que no me traiga relacion de ultrajes cometidos por los soldados.....»

«Y cannot, with propriety, omist to draw your attention again to the of discipline of the army, which is a subject of serious concern to me, and well deserves the consideration of his Majesty's Ministers, etc.» (Laf. T. XXIV. P. 197).

Acercábase el momento de poner por obra el plan acordado entre Cuesta y Wellesley, reducido á lo siguiente. El primero de ambos pasaria el Tajo por Almaraz y por el puente del Arzobispo, llegando á Talavera de la Reina. El general Venegas, que se hallaba en Santa Cruz de Mudela, pasaria tambien el Tajo por Fuentidueña y se acercaria á Madrid, empero si Sebastiani lo impedia, que hallábase á la sazón entre Consuegra y Madrideojos, se replegaria Venegas por la Sierra de Tarancon.

El duque del Parque, que habia sustituido al marqués de la Romana, avanzaria desde Galicia á Ciudad-Rodrigo, dejando en aquella provincia una division.

El general Wilson, inglés, reforzada su division con dos batallones de españoles, partiria de la Vera de Plasencia por la márgen derecha del Alberche, y llegaria hasta Escalona.

El resto del ejército inglés atravesaria el Tietar para dirigirse á Oropesa y al Casar, poniéndose en comunicacion con la tropa de Wilson. Tal era el plan adoptado por Cuesta y Wellesley.

En cuanto al enemigo, tenia el cuerpo de ejército de Victor, que era el primero, á lo largo de la márgen izquierda del Alberche, y su vanguardia en Talavera de la Reina.

Soult tenia tres cuerpos de ejército, el 2.º en Salamanca y Zamora, el 5.º extendido por Castilla la Vieja desde Valladolid, y el 6.º distribuido por Leon, Astorga y Benavente.

El 4.º cuerpo, con Sebastiani, seguía en la Mancha los pasos á Venegas. Es decir, que el ejército invasor por seguir las órdenes del emperador, ó las de Soult, y desentenderse de José, dejaba á los leales expedito el camino de la corte.

GRAN BATALLA DE TALAVERA DE LA REINA.

El dia 21 de Julio, como principio de la realizacion del proyectado plan de campaña, se reunieron Cuesta y Wellesley, y Wilson

llegó á Escalona: acto continuo avanzaron sobre Talavera. El mariscal Victor dió apresuradamente parte á José, muy alarmado, porque entonces habia comprendido el peligro que corria la córte de España. Habia, por cierto, estado muy tarde de comprension.

José no se sorprendió; porque en la contestacion dada á Foy para que á su vez la diese á Soult, dió sobrado á entender que preveía las intenciones de su enemigo. Como, no obstante, hay gran distancia entre prever y ver, no dejó de recibir José fuerte disgusto con el parte de Victor. En el acto se dispuso á salir de Madrid, dando antes orden á Soult para que á marchas dobles se dirigiese con los tres cuerpos (de 55 á 60,000 hombres) á Plasencia, y á Sebastiani mandó se replegase sobre Toledo, despues de lo cual abandonó á Madrid seguido de unos 5,000 hombres y tres y media baterias comunes, tomando la direccion de Alberche, para reunirse con Victor.

Siempre que manda más de uno, hay poca homogeneidad en las resoluciones: la divergencia de opinion entre los dos jefes, español é inglés, no permitió la completa derrota de Victor. Wellesley, con sobrada razon, quiso comenzar por destruir el ejército de aquel en cuanto le dió vista y mientras estaba aislado (23 de Julio); empero opúsose decididamente Cuesta. Wellesley se incomodó mucho y con sobrada razon; mas apeló á su ordinaria manera de incomodarse; renovó sus exigencias y amenazó con su marcha, á guisa del niño que si el compañero no cede á sus instancias, se disgusta y amenaza con no jugar más. Wellesley, en efecto, parecia un niño con sus amenazas, tan pronto como no se le complacia.

En aquella ocasion tuvo motivo para disgustarse, aunque no para salir con sus ordinarias peticiones, y tanto que los mismos españoles murmuraron largamente de Cuesta, cuya conducta en más de una ocasion ambigua, dió márgen á que más de una vez se le mirase como sospechoso.

Seria quizás en aquella ocasion, que no queria dependencia ninguna del inglés, ni áun que tomase la iniciativa; porque su carácter fué un tanto díscolo y muy poco dispuesto á subordinarse á otro, y menos á un extranjero, ni áun para deferir á su voto. Esto parece que se desprende más bien de su conducta, antes que sospechar contra su lealtad. Decimos esto porque el dia 24, sin contar con nadie, el mismo Cuesta que no quiso moverse el dia 23, el 24 levantó sólo su campamento, y sólo tambien avanzó en direccion de Torrijos por Santa Olalla.

Quizá sus años habian debilitado sus facultades intelectuales, pues á tenerlas cabales, no hubiese dado tan imprudente paso. Primeramente, fué temerario avanzando sin los auxilares, cuando las fuerzas francesas estábanse ya reuniendo, y no habiendo querido hacerlo la víspera acompañado, mientras Victor se hallaba aislado todavía; y despues, porque aquella brusca segregacion de las fuerzas inglesas, al mismo tiempo que rompía el plan de campaña préviamente acordado, debia naturalmente ofender á Wellesley, quien despues de todo parecia una delicada dama, segun la facilidad con que se resentía; y en aquel entonces, sobrábale la razon.

Ya estaban casi por completo concentradas las grandes fuerzas militares del invasor sobre Toledo, cuando Cuesta llegó á Torrijos (25 de Julio); pero aquel general fué tan cándido ó tan poco veraz en aquella ocasion, que dió un largo y ampuloso parte á la Junta central, manifestándola que no habia manera posible de atacar á los franceses, *porque iban de huida*. Así llamaba á la bien calculada concentracion de fuerzas.

Invitó Cuesta, á pesar de todo, á Wellesley para que se reuniera con él; y Wellesley, naturalmente disgustado, no procedió por completo de la manera que Cuesta deseaba; empero este último tuvo la culpa.

En tanto Wilson habia llegado á Navalcarnero; y como este pueblo está tan próximo á la córte, la atencion de los enemigos se dividió, como era natural, porque sobrado sabian el espíritu del pueblo de Madrid, y lo que podria resultar de la aproximacion de un cuerpo de ejército favorable al espíritu de aquel mismo pueblo.

Comenzó, sin embargo, el choque, cerca de Talavera: Latour-Maubourg, que mandaba la vanguardia francesa, atacó á la nuestra mandada por Zayas, que procuraba incorporarse al grueso del ejército. Al comenzar el choque, llevaron la mejor parte los enemigos; porque los dragones de Villaviciosa, sirviendo en aquel momento como caballería, se vieron atacados bizarramente en un terreno para ellos muy desventajoso. Acudió, empero, el valeroso duque de Alburquerque con 3,000 caballos y retrocedió la vanguardia francesa, llegando á su destino la española.

Los franceses en su natural orgullo, no queriendo confesarse vencidos, por más que lo hubiesen sido muchas veces aunque, relativamente, sin elementos favorables á la causa española por lo

que el vencimiento era todavía más humillante, achacaron el resultado de la batalla de Talavera, de que ahora hablaremos, á no haber batido por completo á los españoles, al acometer la vanguardia. Pero si este argumento sirviera, los españoles pudieron á su vez decir que el negarse Cuesta á batir á Victor cuando éste se hallaba sólo les facilitó el camino de la victoria, y si no la obtuvieron fué por la bizarría é inteligencia de los españoles.

Ni fué bondad, ni indecision, ni consideracion alguna lo que impidió á Victor el continuar la batalla, despues de acometer á la vanguardia española. Fué que no quiso aventurar el lance de guerra hasta la llegada de Soult y de los suyos. Y para que se juzgue de la manera que tenian de combatir para triunfar los *invictos*, diremos queria Víctor que llegasen los **60,000** hombres de Soult, aunque ya con los de Sebastiani, los de José y los suyos se habian reunido 45,000 hombres. Los españoles eran en realidad nada más que 18,000 *soldados* y 16,000 *bisoños*, y los ingleses tenian cuatro divisiones de á 5,000 hombres poco más ó menos. Por manera que reunian los aliados 38,000 soldados y 16,000 paisanos armados, y para batirlos, deseaban los franceses sobre los **45,000** *veteranos* que tenian, que se les reuniesen otros **60,000** *nada más*.

Las divisiones españolas iban mandadas por el marqués de Zayas, la vanguardia; la primera, por D. Vicente *Iglesias*; la segunda por el marqués de *Portago*; la tercera, por D. Rafael *Manglano*; la cuarta, por el general Dutey, y la quinta ó de retaguardia, por don Luis Alejandro *Bassecourt*. Las dos divisiones de caballería, las mandaban D. Juan de *Henestrosa* y el duque de *Alburquerque*, y la reserva D. Juan *Berthuy*.

Poco despues de amanecer el dia 27 de Julio, se dejó ver el primer cuerpo de ejército francés sobre una elevacion situada á la orilla izquierda del Alberche, habiendo José encargado á Victor el paso del rio, como más conocedor del terreno.

Hallábase desprevenida una division inglesa, situada delante del cuerpo que mandaba Wellesley, al cargo de Sir Mackenzie, cuando cargó sobre ella Victor tan impensada y decididamente, que la division inglesa se desordenó y envolvió en el desorden al cuerpo de Wellesley, á quien faltó muy poco para quedar prisionero. En tanto, todo el ejército enemigo atravesó el Alberche y extendió sus líneas, tomando despues posiciones en direccion de Talavera.

Despues de muchas horas de estar inmóviles, hicieron otra acco-



metida de sorpresa, que de nuevo desordenó á los nuestros; pero la artillería española procedió tan diestra y activamente, que á metrallazos hizo á los invasores replegarse sobre su centro.

Habia llegado la noche. A las nueve de esta hubo una falsa alarma, sin que se llegase á saber de dónde habia procedido, despues de un ligero choque en que fueron los franceses rechazados, y que ocasionó gran movimiento y bastante fuego, siendo casi los tiros sin resultado, como que habian sido disparados en medio de la confusion, sin blanco fijo.

Apenas habia rayado el alba del dia 28 de Julio, tomó la ofensiva el mariscal Víctor; y no habiendo obtenido el resultado que se propuso con los ataques parciales que habia dado en los dias anteriores, determinó dar uno general al centro del ejército aliado.

Hízolo en efecto, mandando atacar dicho centro á las divisiones de Ruffin, Villatte y Lapisse, fuertes de 16,000 veteranos. La tercera de aquellas, que era famosa y célebre en el ejército francés, fué encargada de desalojar á los nuestros de la eminencia que como punto estratégico habian tomado. Pagó, empero, á muy caro precio el intentar tal empresa: cerca de 2,000 veteranos perdió, y tuvo que retroceder con su gente en desorden.

Nosotros que no perdemos ocasion de dar fuerza á nuestras palabras con las de algun autor francés, siempre que á mano las tenemos, porque claro es que han de hablar más en favor de los suyos que de los nuestros, disminuyendo lo malo y aumentando lo bueno, pondremos á seguida las que consigna un historiador, compatriota de José y de sus soldados. Dice así:

Pagó con una pérdida enorme (la division Lapisse) su atrevido ataque y su BRILLANTE retirada. Cerca de quinientos hombres por cada regimiento ó, lo que es lo mismo, mil quinientos por toda la division (bajó algunos cientos) quedaron tendidos en las gradas de aquel cerro fatal, contra el que habian ido á estrellarse dos ataques sucesivos ejecutados con extraordinario heroísmo.

Ya contaba de duracion la batalla cerca de seis horas, sin que pudiera preverse de qué lado se inclinaria en definitiva, si bien la victoria hasta entonces estaba del lado de los nuestros.

A las diez hubo si no una formal suspension, un momento de esos en que sin cesar el fuego, los movimientos son lentos y el fuego es parcial.

Aprovechó el intruso aquellos instantes para consultar con su amigo el inteligente y valeroso Jourdan, y con Víctor que manda-

ba inmediatamente la batalla. Y como ni aun siendo dos hombres solos se encuentra, por punto general, homogeneidad de ideas é igualdad de pareceres, el veterano Jourdan dijo resueltamente que debia suspenderse la batalla y hasta alejarse si era posible del campo, mientras no llegase Soult á cortar por retaguardia al enemigo. Víctor, naturalmente presuntuoso, manifestó resueltamente que si José atacaba la derecha y centro del enemigo con sus tropas y las de Sebastiani, él se comprometia á desalojar á los nuestros de la disputada eminencia; y concluyó su razonamiento con las siguientes palabras: *Si esto no se logra con soldados como los míos, bien será renunciar de una vez á la guerra.*

Encontróse José fluctuante é indeciso; queria seguir el consejo de Jourdan, porque le parecia mejor, como todo lo que aquel mariscal decia, temeroso, además, de comprometer al ejército; mas por otra parte no estaba menos temeroso de que si suspendia la batalla, le diera Napoleon en rostro con su indecision, si Víctor decia á éste último que por falta de ánimo y sobra de pueriles temores, se habia perdido la más propicia ocasion de dar un golpe de muerte á los ingleses. Esto dicho á Napoleon, con razon ó sin ella, hubiérale causado tal enojo que seria imposible calmarle en mucho tiempo, siendo su verdadera pesadilla los ingleses.

Cuando más indeciso se hallaba el intruso, recibió una comunicacion de Soult, en la que éste decia no serle posible llegar hasta el dia 4 ó 5 de Agosto. Como si esto no fuese bastante para decidirle, tuvo al mismo tiempo un aviso confidencial en que se le advertia que el general Venegas, á quien Cuesta habia mandado retroceder, se hallaba próximo á Toledo. Ya no pudo dudar y se decidió en favor del parecer de Víctor.

Los autores franceses para atenuar el mal efecto de la gran derrota, achacan el vencimiento á que Ruffin atacó nuestra izquierda, sin aguardar á que Sebastiani atacase la derecha, y otros dicen otra cosa, y cada uno busca, lo mejor que puede, la manera de hacer ver que el vencimiento fué nada más que una de tantas desgracias, ó un golpe de mala suerte. Y son extraños tantos escrupulos, en los que colocaron entre los nombres que designan sus triunfos el de BAILEN, sin empacho, ni cuidado.

La verdad es, confesada por ellos mismos, que los españoles desplegaron un valor fabuloso, así batiéndose en línea, como dando cargas á la bayoneta con la destructora fuerza del rayo y la velocidad de la saeta que hiende los aires. Los ingleses se batieron

en línea con esa asombrosa sangre fría que jamás les faltó ni aún en los casos de retirada.

Por parte de ambas infanterías, estuvo varias veces en balanza la victoria; pero nuestra caballería y artillería decidieron la cuestión y José y Víctor, y Sebastiani y todos, en una palabra, tuvieron que declararse en retirada y abandonar el campo á los anglo-hispanos.

Los datos oficiales que de sus pérdidas dieron los franceses son los siguientes: **944** muertos; primera falsedad. Un autor francés, según el lector ya ha visto asegura que Lapisse solamente perdió **1,500** hombres al intentar tomar las alturas, que son **556** más del número que fijan en sus estados oficiales: esto, solamente en la division Lapisse. La verdad es que fueron los enemigos muertos **2,433**, entre ellos el general Lapisse, que fué, ciertamente, gran lástima, porque era un bizarrísimo y noble militar, y á fuer de imparciales no negamos las escepciones de la regla común, cuando encontramos alguna. Los heridos, según los datos franceses, fueron **6,294**, contándose entre ellos *un general de brigada y ocho coroneles*. Aun la enorme cifra de heridos está disminuida, puesto que casi llegaron á **8,000**. Perdieron además **29** cañones y siete banderas.

Pecieron de los ingleses **2,000** próximamente, entre ellos los generales Mackenzie y Langworth, y tuvieron cerca de **4,000** heridos; y la pérdida de los españoles no pasó de 1,700 hombres entre muertos y heridos, siendo de este último número el jefe general de la 3.^a division, D. Rafael Manglano. Tal fué el resultado de la famosa y sangrienta batalla de Talavera, la mayor y de más importancia de cuantas se dieran después de la de Bailen.

Hé aquí una importante nota que inserta el erudito Lafuente:

«Fué esta batalla causa de muchas y muy graves discordias entre los franceses. No sólo hubo ácras y mútuas increpaciones sobre la retirada entre Víctor y Sebastiani, sino tambien entre el mariscal Víctor y el rey José, asegurando aquel haberlo hecho por orden de éste, negando éste haber dado semejante orden. Por otra parte, Napoleón reconvino ágría y duramente á su hermano José por sus disposiciones para la batalla, y entre otras cosas decia, que el plan de hacer venir á Soult sobre Plasencia era fatal y contra todas las reglas, que tenia todos los inconvenientes y ninguna ventaja, y concluía diciendo: «No se entiende una palabra de los grandes movimientos de la guerra en Madrid.» Pero añaden, que cuando José fué

»á París al bautizo del rey de Roma, tuvo con Napoleon una larga
 »conferencia sobre esta batalla de Talavera, y que en ella le conven-
 »ció de la conveniencia de su plan, tanto, que le dijo el emperador:
 »Pues ahora digo que no debiste contentarte con dar á Soult la órden
 »de marcha por medio del general Foy, sino que debiste enviarle dos,
 »tres, y cuatro oficiales, y exigir que uno de sus propios ayudantes
 »de campo no volviese sino con el cuerpo de ejército del duque de
 »Dalmacia.»—Sobre los muchos documentos que sobre este asunto
 »hemos visto, y los muy curiosos que se encuentran en las Memo-
 »rias del rey José, tambien Thiers puso al final del tomo XI de la
 »*Historia del Imperio*, un apéndice con el título de *Documentos sobre*
 »*la batalla de Talavera*.—Todo lo cual prueba la importancia que
 »ellos dieron á este hecho de armas, y el dolor que les causó no
 »haber triunfado en él, así como se vé por sus historias la violen-
 »cia que les cuesta reconocer, no que confesar, que fuese victoria
 »la que consiguió el ejército anglo-hispano. Todos se culpan reci-
 »procamente, todos se quejan del mal éxito de aquella jornada, y
 »nadie se lamenta de lo que le ha salido bien.»

El día 29 de Julio sentenció Cuesta á un cuerpo que habia fla-
 queado en Talavera, á ser diezmado; y no solamente hizo la amena-
 za sino que con una crueldad impropia de sus años, aunque muy
 propia de su fuerte carácter, realizó su amenaza y llevaba ya fusi-
 lados cincuenta, cuando se interpuso eficazmente Wellesley, y lo-
 gró se suspendiese la sangrienta ejecucion.

La Junta central dió con profusion premios y ascensos á todos los
 vencedores de Talavera, y á fé que bien lo merecian. A Cuesta con-
 cedió la gran cruz de Carlos III, y á Wellesley le nombró capitan
 general del ejército español. El gobierno inglés, por su parte, le
 concedió á este último el título de vizconde de Welington.

En aquella ocasion, como en más moderna época, no parecia
 sino que habia un formal empeño en alargar la duracion de la
 guerra y hacerla interminable. Se empezaban las cosas; pero jamás
 se concluian, y, lo mismo que en ocasiones anteriores, se desaprove-
 chó la de consumir la ruina del ejército francés en Talavera. En
 vez de seguir al desordenado enemigo y perseguirle, cuando ade-
 más de ir en desórden iba impresionado con la derrota, Wellesley,
 ó Welington, se quedó en Talavera sin pensar en seguir á los fran-
 ceses y otro tanto hizo Cuesta. Allí llegó el general Craufuird con
 una brigada de 3,000 hombres, con los que se aumentaron las fuer-
 zas británicas: pero ni el español ni el inglés pensaron en moverse,

con gran placer de los franceses, que repasaron tranquilamente el Alberche, José el primero; y por Santa Olalla pasó á Toledo y de Toledo tomó la direccion de Madrid, con el 4.º cuerpo y la reserva. Víctor con el primer cuerpo se retiró á reponerse, llegando á Maqueda el 1.º de Agosto.

Entre las razones que se presentan para cohonestar la falta cometida por los generales inglés y español en no haber perseguido á los franceses, la primera es casi un argumento contraproducente. Dícese que el ejército francés aunque vencido no habia sido deshecho, y precisamente por esto debieron perseguirle, para procurar deshacerle; la segunda se refiere á la pesadilla de Welington, la falta de víveres; y la tercera, poco más ó menos tan débil como las demás, era que Soult se acercaba ya con sus tres cuerpos de ejército. Pero mientras llegaba podian haber destruido la gran parte de ejército que acababan de vencer; y de todos modos Soult habia de llegar, y hubiera sido menos perjudicial su llegada, si de las tropas de José, Víctor y Sebastiani no hubiesen quedado más que reliquias.

Hallábase el marqués del Reino con poco más de 2,000 hombres, *de todas clases*, en el puerto de Baños, no sabemos para qué como no fuese para comprometerle sin necesidad; porque para detener la marcha de Soult, que traía 50 ó 60,000 hombres, era sin duda un buen refuerzo el que tenia el referido marqués. Así fué que al llegar Soult se replegó aquel, repasó el Tietar y dejó expedito el camino.

Entonces Cuesta y Welington (2 de Agosto) acordaron que el primero permaneceria en donde se hallaba, por si repuesto Víctor regresaba para coger entre dos fuegos al ejército aliado, y que Welington se moviese á encontrar á Soult.

ACCION DEL PUENTE DEL ARZOBISPO.

El dia 3 de Agosto tomó el inglés la vuelta de Oropesa; y á pesar del acuerdo pactado el dia 2, el 4 se apareció en Oropesa también el general Cuesta. Dícese que éste temió la vuelta de José y Víctor, y no quiso le cogiese sólo; pero si esto hubiese sido cierto, que lo creemos mera suposicion, probaria que el ejército aliado carecia de confidentes y de las necesarias noticias, pues de no ser así hubiesen sabido el español y el inglés que José hallábase muy tranquilo, sin pensar en moverse. Disgustóse Welington, y con sobrada razon: obsérvese la conducta de Cuesta durante la guerra, y

se verá claramente que hizo mucho más de malo, que de bueno, y que dió pábulo á la maledicencia de sus enemigos, obrando muchas veces de tan ambigua manera que, aunque no lo fuese, pudo muy bien traducirse simulada deslealtad.

Llevaba Soutl á vanguardia el 5.º cuerpo mandado por Mortier, el cual llegó al puente del Arzobispo. Habian llegado los anglo-españoles; y áun cuando tenian medio fortificado el puente, tomaron tan malas disposiciones para impedir el paso al enemigo, que solo cuidaron de hacerle frente, sin curarse de la retaguardia y de los flancos. Por esto no vieron al general Caulincourt con 8 escuadrones vadear el Tajo, hasta que cargó por retaguardia á los nuestros, y solamente la sorpresa bastó para introducir el desórden, mientras Caulincourt protegía el paso de otros 6,000 ginetes, nada menos. Y como Cuesta con faltar al acuerdo tomado con Welington hizo sufrir á sus tropas mil contratiempos y enredarse en pasos casi inaccesibles á la caballería española, por más que á toda brida corrió el duque de Alburquerque con sus 3,000 caballos, llegó tarde.

La sorpresa, segun antes dijimos, introdujo el desórden y, como vulgarmente se dice, cada uno tiró por su lado. Unos llegaron á Guadalupe, otros á Valdelacasa, y el enemigo se quedó, sin trabajo alguno, con siete y media baterías comunes, con parte de los equipajes y con cerca de 500 prisioneros.

Avanzó el enemigo, pero encontró cortado el puente de Almaraz; y cuando Soutl pensaba en los medios de suplir aquella falta, nuevas órdenes de Napoleon le hicieron variar de plan. Su emperador le mandó permanecer en Plasencia con su 2.º cuerpo, á Mortier esparcir el 5.º por las inmediaciones de Oropesa, y á Ney pasar con el 6.º á Salamanca.

Cuando el último de los antes nombrados se dirigia á cumplimentar por su parte la órden recibida, encontró á Wilson con una division inglesa en el puerto de Baños, y aunque venció el primero, como que llevaba 15,000 hombres y Wilson apenas tenia 6,000, se batió este último con extraordinario denuedo, y no pasó Ney el puerto sin trabajo y sin sangre, despues de haberle detenido más de seis horas el bizarro Wilson.

MADRID.

Llegó José á la córte con Jourdan y Sebastiani, y llegó muy á tiempo. Terminada la famosa batalla de Talavera y ganada por los

nuestros, Venegas contramarchó de nuevo en direccion de Madrid. Estaba dicho general español nombrado por la Junta central capitán general de Castilla la Nueva, y habíale dado orden aquella para residir en Madrid, en el caso de llegar á arrojar de él al intruso.

No era el ejército de Venegas uno de tantos como en aquella época de gloria y de desastres se honraron con tan pomposo nombre, sin ser en realidad otra cosa que una numerosa reunion de gente imperita, indisciplinada y allegadiza. Componíase de casi 30,000 hombres, que si entre ellos no faltaban soldados improvisados porque no era posible faltasen, ni carecian de la precisa instruccion, ni Venegas consentia faltas contra la disciplina.

Habíalos dividido dicho general en cinco divisiones: mandaba la primera ó de vanguardia, el valeroso y desventurado D. Luis Lacy; la segunda, D. Gaspar de Vigodet, y la tercera, la cuarta y la quinta, ó de retaguardia, mandábanlas respectivamente los generales Giron, Castejon y Zerain, tan justamente acreditados como los dos primeros; la caballería estaba regida por el marqués de Gelo.

ACCION DE ALMONACID.

Habia José pensado decididamente en impedir la realizacion del propósito de Venegas; pero desistiendo de fijar entonces su permanencia en Madrid, viendo que el general español habia fijado el núcleo de su ejército en Aranjuez para atender á la defensa de los pasos del Tajo, acordó con Sebastiani dirigirse á ganar los tres puentes que en aquellas inmediaciones existian sobre el expresado rio.

El 5 de Agosto dieron la fuerte acometida los enemigos; pero encontraron defendiendo los tres puentes, respectivamente, á los tres bizarros generales Lacy, Vigodet, y Giron; y despues de tres horas de sangriento combate, los franceses tuvieron que retirarse con grandes pérdidas, pasando á Toledo y atravesando el Tajo por los vados de Añover. José con la reserva se fijó en Vargas.

Venegas, que observaba al enemigo, despues de consultar á los demás generales, concentró sus fuerzas militares en Almonacid, decidido á presentar la batalla; empero tomó la ofensiva el enemigo en las primeras horas de la mañana (14 de Agosto). José lo ignoraba; salió de Toledo resuelto á dar la batalla, y al llegar á reunir-

se con Sebastiani encontró comenzado el lance de guerra, lo que prueba la poca consideracion con que los mariscales franceses miraban al intruso.

La quinta division española hallábase vacilante, precisamente cuando apareció de refresco José con la reserva, y esto casi hizo decidir la victoria en favor del enemigo.

Quedaba, empero, para que el resultado fuese en realidad decisivo en favor de los franceses, una posicion importante en poder de los españoles. Habia unas colinas cuya posesion fué tenazmente disputada por Lacy, con su acostumbrada bizarría; pero una vez abandonada por no ser posible sostenerla, Venegas ordenó la retirada. Tampoco allí faltó un accidente, como de costumbre, que aumentase la confusion. Volaron unos carros de municiones, muy inmediatos á la caballería, que salió dispersa destruyendo cuanto encontraba á su paso, no por culpa de los ginetes, que no pudieron contener á los caballos aterrados con la tremenda detonacion. Parece que los incidentes extraordinarios, los buscaban como al proviso y muy calculadamente para dar, cuando habia vacilacion, el golpe de gracia.

Sucedió á José lo que á Godoy: uno y otro escribieron sus *Memorias*, y cuando cayeron, respectivamente, de su puesto, no se acordaron de destruir ó enmendar todo cuanto pudiese ponerles en contradiccion con ellos mismos.

Despues de la accion de Almonacid publicó el intruso una ampulosa proclama (*Gaceta de Madrid* del 15 de Agosto, dias de Napoleon), para dar cuenta de su victoria. En ella decia que el ejército enemigo *era fuerte de 40,000* hombres; en sus *Memorias*, dice, que no llegaban á **30,000**, y en realidad de 28,000 no pasaban mucho. En la proclama dijo que habian cogido á los españoles *treinta cañones*; en sus *Memorias*, no son más que *diez y seis*; en la *Proclama* añadió que fueron tambien tomados *cientos* carros de municiones, y en sus *Memorias*, los *cientos* se convierten en *treinta y uno*; dice tambien en la proclama que habian apresado *doscientos* carros de equipajes; y en sus *Memorias*, *no cita semejante cosa*, que de haber sido cierta, no era para olvidada; y por último, en la proclama mata, hiere y hace prisioneros á más de 9,000 hombres, **3,000** de los primeros, *número infinito* de los segundos, y **4,000** de los terceros; mas en sus *Memorias*, *entre las tres clases*, apenas llegan á **4,000**. Estas contradicciones son muy curiosas, y es muy importante el conocerlas. Por lo demás, es lo positivo que entre muertos,

prisioneros y heridos llegaron á 3,900; que se perdieron 16 cañones y tres banderas. Carros de equipaje ninguno, y de municiones los que accidentalmente, ó intencionalmente, se volaron.

Después de la jornada de Almonacid, dejó José el 4.º cuerpo cubriendo el Tajo desde Aranjuez á Toledo, destinó á Víctor á la Mancha y él regresó á Madrid, en donde entró el 15 de Agosto, con el mismo silencio y las mismas muestras de disgusto que siempre le dieron, en general, los madrileños.

Tres dias antes habia hecho dimision del mando del ejército de Extremadura D. José de la Cuesta. Era hombre ya casi octogenario, y se ignora si por sus muchos años, ó por las murmuraciones, ó por disgustos de otro género, él mismo, tan apegado al mando, voluntariamente le abandonó. Reemplazóle interinamente el general D. Francisco Eguía, en el mismo dia de la inesperada dimision (12 de Agosto). Wellington hallábase ya camino de Portugal, habiendo salido de Jaraicejo en direccion de Badajoz, desde cuya ciudad á la frontera lusitana colocó su ejército, fijándose él mismo en aquella el dia 20 de Agosto.

Estos últimos acontecimientos pueden considerarse como el término de aquella breve campaña. El encargo expreso que se nos ha hecho de abreviar todo lo posible nuestra ímproba y cada dia más escabrosa tarea, nos impide extendernos en hacer comentarios y apreciaciones. Diremos, empero, que, en nuestro concepto, carecen de razon los que murmuran de esta última campaña, en la cual, segun aquellos, estuvieron los caudillos de la Independencia española muy distantes de cumplir lo que se proponian. No tienen presente, por cierto, los que tan de ligero juzgan y fallan, el número y las condiciones de nuestros ejércitos, cuando mejores estaban. Salta más pronto á la vista la falta de cumplimiento de los caudillos franceses, nada detenidos para hacer promesas, contando, como siempre contaban, con superabundantes medios materiales y con *trescientos mil* no simplemente soldados, sino muy aguerridos veteranos. No recuerdan, además, que si perecian de aquellos tres ó cuatro mil, venian seis ú ocho mil á reemplazarlos, trayendo á España siempre los más aguerridos, y dejando los soldados que vulgarmente llamaban *la metralla*, ó *del saquillo*, para guarnecer á Francia y para las demás guerras, porque sólo la de España daba á Napoleon verdadero cuidado. Y sin embargo de esto, los franceses se jactaron de que estarian posesionados de Lisboa en el mes de Julio, de *Sevilla*, que era su verdadero afan, por estar allí el

gobierno legítimo, de Valencia y de Cádiz, simultáneamente, y sin embargo de sus 300,000 guerreros y 6,000 cañones y esceso material de guerra, y mariscales célebres y consumados generales, ni estaban en Portugal, antes por el contrario, habian sido ignominiosamente echados de él, y para llegar á Lisboa, un mes despues del en que debió realizarse su promesa (en Agosto), no habian pasado de Salamanca; para llegar á Valencia, sólo habian llegado á Zaragoza con la horrorosa pérdida que el lector ya sabe, y para ir á Sevilla y Cádiz, ni aún en camino estaban. Esto basta, y con decirlo sobra.

Un autor francés, célebre por su talento é instruccion, no ciertamente por su imparcialidad y cordura cuando habla de España, M. Thiers decimos, manifiesta que dejándose llevar de su furor Napoleon al saber lo ocurrido en España, quiso emprender un proceso criminal contra todos los jefes, incluso su hermano José, á consecuencia de los sucesos que habian tenido lugar en nuestra Península.

Es verdad tambien que no se entendian los caudillos entre sí: estaban por punto general mal avenidos y celosos unos de otros. Y no hubo mejor acuerdo entre Cuesta y Welington, ni entre éste y la Junta central.

Por aquel tiempo llegó á Sevilla como embajador del rey de Inglaterra el marqués de Wellesley, hermano de lord Welington, circunstancia que prometia un arreglo definitivo en las cuestiones pendientes, y el restablecimiento de un acuerdo ventajoso entre el jefe de los auxiliares y el gobierno español.

Habiéndose presentado Wellesley (el embajador) á la Junta, ésta le manifestó las quejas que tenia de Welington (hermano del embajador), y aquel interrogó al segundo, especialmente respecto á su inoportuna retirada á la frontera portuguesa. Welington no tuvo á mano mejor contestacion de la que fué siempre su favorita: la falta de víveres. Conócese desde luego que uno de sus placeres favoritos le tenia en la mesa, y el propio afan le hacia cuidar tan decididamente en favor de sus soldados.

Semejante queja era una insigne falsedad. Cierto es que no siempre hubo víveres abundantes, pero lo es igualmente que jamás faltaron y que al notarse la escasez para los ingleses, se les aplicaban los víveres destinados á los españoles, quienes en último caso padecian la escasez con su sólita paciencia; y además, como Cuesta con su habitual dureza dijo muy bien al caudillo inglés, lo que fal-

taba alguna que otra vez á los ingleses, ellos lo buscaban y lo tomaban de balde. Que jamás padeció el ejército auxiliar verdadera necesidad, lo han confesado *los mismos escritores ingleses*.

Enterado el marqués de Wellesley minuciosamente de todo, se propuso arreglar de una vez todas las diferencias; pero él mismo no tardó en presentar una inaceptable exigencia, en favor de su hermano.

NUEVOS GUERRILLEROS Y JEFES DE FRANCOS.

Tan pronto como sufría el ejército español algun descalabro, aparecían en España nuevos guerrilleros, que eran el verdadero cáncer de los franceses. No negaremos que á la sombra de la santa causa que España entera defendía, enarbolaron en apariencia la misma bandera algunos verdaderos malhechores, con el objeto de santificar aparentemente sus infamias y fechorías. Esto sucede siempre en tiempo de guerra y es, ciertamente, tan inevitable, como es positivo que ellos hacen perder infinito á los verdaderos patriotas, que desinteresadamente abrazan la bandera de los leales.

A pesar de que no faltaron en la época á que nos referimos verdaderos malhechores con-máscara de patriotas, se multiplicaron tambien los verdaderos partidarios. A los que en otro lugar hemos enumerado se agregaron el médico D. Juan Palarea, otro médico, que lo era del Buen-Retiro, D. José Martinez de San Martin, apellidado despues *Tin-tin* por los llamados liberales; nuestro ya conocido D. Mariano *Renovales*, que terminado el glorioso sitio de Zaragoza, habia levantado una partida; D. Saturnino *Albuin*, conocido por el *Manco*; D. Gerónimo *Saornil*; D. Juan *Gomez*; D. Francisco *Fernandez de Castro*, primogénito del marqués de *Barrío-Lúcio*; el cura *Tapia*; D. Ignacio *Cuevillas*; D. Ignacio *Narron*, capitán de navío; *Mina*, llamado el *Mozo*, para distinguirle de su tío don Francisco *Espoz y Mina*, y otros infinitos de los cuales sucesivamente iremos ocupándonos.

Todos ellos más bien que valerosos eran intrépidos hasta la osadía, é inteligentes hasta la astucia: tenían, realmente, tanto de leon como de zorra; y si habia alguno que otro un tanto cruel, crueldad de que los extranjeros les daban, y habian dado, todos los dias el funesto ejemplo, hábálos tambien sumamente humanos, tales como Palarea, de quien dijo el gobernador militar de Madrid

Belliard: *el Médico es un buen general y un hombre muy humano. (Le Medecin est un bon general, et un homme très humain.)*

La Junta central que habia observado, y hacíanla observar, los servicios inmensos que prestaban los guerrilleros á la causa nacional, mandó espresamente la formacion de partidas, llamándolas *cuadrillas*, y dando tanta latitud á dicha disposicion que hasta se permitió el ingreso en ellas á los que se habian ejercitado en el contrabando.

A este fin publicó el gobierno un largo y minucioso reglamento cuyo artículo 29 decia, á propósito de lo que acabamos de indicar: «Atendiendo á que muchos sugetos de distinguido valor é intrepidez, por falta de un objeto en que desplegar dignamente los talentos militares con que les dotó la naturaleza, á fin de proporcionarles la carrera gloriosa y utilísima al Estado que les presentan las circunstancias actuales, se les indultará para emplearlos en otra especie de partidas, que se denominarán CUADRILLAS.....»

En otro artículo determinadamente decia:

«A todo contrabandista de mar y tierra que en el término de ocho dias se presente, para servir en alguna cuadrilla, ante cualquiera juez militar ó político de partido, ó jefe del ejército, se le perdonará el delito cometido contra las Reales rentas; y si se presenta con caballo y armas, se le pagará uno y otro por su justo valor.»

Después de publicado el precedente decreto, mandó el gobierno á todas las provincias comisionados *ad hoc* para fomentar la formacion de las partidas, cuidando puntualmente de la aplicacion práctica del decreto y de la organizacion de las llamadas *cuadrillas*.

Existian además otros grandes grupos levantados y organizados por militares, denominados *cuerpos francos*. Al frente de estos se hallaban en Aragon el brigadier *Perena* y el coronel *Gayan*.

Don Mariano Renovales, el militar bizarro de Zaragoza, prisionero después de terminado el sitio y que tuvo bastante audacia y fortuna para escaparse cuando entre bayonetas le llevaban á Francia, mandaba ya una columna franca, que organizó admirablemente, después de haberse mantenido á duras penas en las fragosidades de los bosques, y últimamente al pié del Pirineo. Allí mismo fué reuniendo soldados dispersos y denodados paisanos, y comenzando por una partida, con la cual hizo frente y batió á diversas columnas francesas mandadas en su persecucion, llegó á formar dos batallones francos.

En la Peña de Undarí sostuvo un formal encuentro con una fuerte columna, á la cual destruyó completamente un entero batallón: y tanto llegó Renovales á llamar la atención, que entrando en grave cuidado los franceses, determinaron mandar á su encuentro fuerzas combinadas de las dos capitales de Navarra y Aragón.

Hallábase el intrépido Renovales hácia el valle de Ansó, y su teniente D. Miguel Sarasa, en el celeberrimo monasterio de San Juan de la Peña.

El valeroso segundo de Renovales, aunque tenia á sus órdenes cerca de 800 hombres, se vió vigorosamente atacado por **3,000**. Resistió más de tres horas de rudo combate, y admirablemente salió y se replegó en orden para unirse con su jefe, operacion expuesta y que necesitó de tanta inteligencia como valor. Entonces los vándalos, llamados franceses, prendieron fuego al venerando monasterio, gloria de la primitiva monarquía aragonesa y sepulcro de sus primeros condes y reyes, quedando destruida una parte de él y reducidos á cenizas los importantes y curiosos pergaminos que se encerraban en el archivo (26 de Agosto).

Dobles fuerzas qué á Sarasa atacaron á Renovales, que no tenia una quinta parte de las que le acometian. En honor de aquel denodado é inteligente jefe diremos solamente que despues de una gloriosa y larga resistencia, *obtuvo una honrosa capitulacion* en el Valle del Roncal, á donde fué acometido. Los *civilizadores* nada pudieron hacer allí en virtud de la capitulacion; empero se trasladaron á la villa de Ansó, cabeza del valle de este mismo nombre, y la prendieron fuego.

Impertérrito y tenaz en su propósito, del Roncal se trasladó Renovales á las orillas del Cinca, en donde se le reunió Sarasa, y continuó dando verdadera guerra á los franceses.

Quien llamaba por entonces la general atención era el *Empecinado*; y en prueba de su extraordinaria fama, diremos que los franceses, más que *brigands*, ó *brigantes*, llamaban ya á todos los guerrilleros de España *los Empecinados*. Tan *presente* tenían, entre todos, este nombre en la memoria.

Habia este célebre partidario recorrido toda Castilla la Vieja, y se fijó en tierra de Guadalajara, en donde simultáneamente interceptaba correos, batía columnas enemigas, les quitaba convoyes y reclutaba y organizaba nueva gente.

Llegó el caso, más de una vez, de aglomerarse fuerzas francesas y acordarle para que no pudiera escapar por ninguna parte;

empero él, despues de convencerse de que la astucia era insuficiente, apelaba á aquel valor que no reconocia rival hasta entonces, y arrimando las espuelas á su brioso y ligero caballo, atropellaba franceses, rompía el cordon, sufría los disparos, y se salvaba con verdadero arrojo é inusitada fortuna.

Dijeron algunos que habia sido cruel y esto es una insigne falsedad. Lo único que hizo, é hizo muy bien, fué al saber que un general francés habia mandado no dar cuartel á ningun *empecinado* y arcabucear en el acto á cuantos se cogiesen prisioneros, él respondió á esta orden mandando fusilar tres franceses, por cada *empecinado* que aquellos arcabuceasen. Y si consideramos lo injustísimo de la causa que sostenian los enemigos, y la justificadísima en favor de la cual se batian los españoles, no es ciertamente de extrañar que la irritacion de estos últimos llegase al extremo.

Cómo serian los *empecinados*, cuando el que llevaba este nombre tenia por su segundo á D. Saturnino Albuín, el *Manco*, á quien despues hemos visto jefe militar de gran nombradía; á ese original Manco á quien muy bien pudieran haber denominado *Cuatro-Manos* y que mereció que de él dijesen los mejores caudillos franceses: *si este hombre (Albuín) hubiese militado en las banderas de Napoleon y EJECUTADO TALES PROEZAS, á esta hora seria MARISCAL DE FRANCIA!* Este juicio formaron los generales enemigos de don Saturnino Albuín.

Tambien habian aparecido en la Mancha guerrilleros. Tres eran hasta entonces los más notables; *Francisquete*, cuyo verdadero nombre era Francisco Sanchez, era tremendo paladin á quien impulsaba el terrible espíritu de venganza; porque los franceses habian quitado la vida á un hermano suyo. Habia tambien otro llamado Jimenez, y el tercero, D. Isidro Mir, de profesion escribano.

En tierra de Salamanca era el más atrevido y fuerte D. Julian Sanchez, que habia formado por sí un regimiento, tal podia llamarse, de lanceros, compuesto de trescientas plazas. Este partidario ya solo, ya formando parte del ejército, siempre á vanguardia, hizo de continuó verdaderas proezas. El motivo que le movió á hacerse partidario, fué como á casi todos, una de las infinitas y crueles atrocidades de los vandálicos secuaces de Napoleon. Aquellos habian *asesinado á los padres y una hermana* de Sanchez. Creemos le sobraba motivo para perseguirlos hasta exterminarlos, si esto le hubiera sido posible.

Tambien por tierra de Toledo y Extremadura campeaban *Ayes-*

teran y Longedo, y el presbítero Quero; por manera, que España estaba plagada de guerrillas que ibanse convirtiendo en batallones y escuadrones, y que hacian mayor daño á los enemigos que los ejércitos hechos y deshechos en pocos dias. Eranles más terribles los guerrilleros, porque los franceses no sabian nunca que iban á encontrarlos hasta que se los veian á tiro; aparecian en los caminos y en los mismos alojamientos; hacian fuego desde rocas inaccesibles; atacaban tambien en los llanos y despues de dañar cuanto les era posible, desaparecian y se hacian repentinamente invisibles; eran el azote de los correos, los perseguidores de convoyes, y los que, en fin, hicieron confesar á los franceses que de nada les serviría destruir ejércitos, sino lograban destruir á los *empecinados*, aunque los tenian por indestructibles.

SEVILLA.

Ya llevaba bastante tiempo la Junta central de estar dividida entre sí, y murmurada por la generalidad. Lo primero nada de extraño tenía porque entonces, como ahora y como siempre, todo el que llega al mando supremo desea ascender más si es posible, y, sobre todo, ser más que los otros y sobreponerse á todos. Entre estos, segun de público se decia, contábase á D. Francisco de Palafox, vocal de la Junta y hermano del general aragonés, que deseaba figurar mucho y tenia desmedida ambicion.

Cuéntase que llegó á convencerse de que era imposible empresa la que pretendia: sospechóse entonces que su deseo llegaba nada menos que hasta pretender para sí el poder supremo; pero que desistió despues de convencido, como de indicar acabamos.

Realmente estaba la Central tan fraccionada, que perjudicaba infinito á la uniformidad que debia caracterizar y presidir á todas las resoluciones del supremo gobierno. Al mismo tiempo, el reinstalado Consejo de España é Indias deseaba hacerse superior á la Junta, y tratando de perjudicarla y desprestigiarla, hacia propalar cuanto pudiera perjudicar á aquella, y procuraba apoyar á los que de ella se quejaban.

La nacion, en general, por otra parte, á la Junta achacaba todos los males que la primera experimentaba, sin excluir los de la guerra, como si los desaciertos unas veces, y otras la emulacion de algunos generales, fuesen culpa de la Junta. Es, empero, muy sabido que la poca fortuna en las empresas, se traduce por incapaci-

dad ó mala fé del que las acomete; y la buena suerte, igualmente se equivoca siempre con el talento y la honradez de los que muchas veces carecen de estos y sólo tienen aquella.

Pero quejábanse muchos, con mayor fundamento, de lo perjudicial que era al reino la multiplicidad de pareceres y de votos, en los que ejercían el poder ejecutivo: las prontas resoluciones y la eficacia en la práctica del gobierno, están, puede decirse, en contradicción con los grandes cuerpos en donde es siempre milagroso encontrar unanimidad. Para discutir leyes, para llegar al perfecto conocimiento de los vicios en cualquier sistema de administración, cuando hay buena fé y verdadero desinterés, la multitud de personas es sumamente útil; empero si esto conviene cuando se trata del poder legislativo, es altamente pernicioso respecto del ejecutivo.

Las enunciadas cuestiones y el convencimiento que adquirió Palafox (D. Francisco) de que su excesiva ambición habría de quedar en definitiva burlada, unido á los que le manejaban, le hicieron ejecutar un cuarto de conversión para mostrar que sus anteriores gestiones no eran en su propio beneficio, sino en el de la nación. Al efecto, en la sesión del día 21 de Agosto, presentó á la Junta un largo escrito, que era el segundo que presentaba, del cual no podemos excusarnos de presentar algunos fragmentos, porque es demasiado extenso para insertarle íntegro. En él proponía como el único remedio que podía encontrarse para conjurar todos los males que afligían al reino, que el poder supremo y ejecutivo quedase concentrado en una persona sola, esto *siempre* lo quiso, y que la persona elegida fuese el cardenal de Scala y arzobispo de Toledo D. Luis de Borbon, tío de Fernando VII y único individuo residente en España de la sangre real de Borbon.

Veamos, pues, los anunciados fragmentos del escrito de don Francisco Palafox.

«Señor: Los males que exigen un ejecutivo remedio se agravan con medicinas paliativas: el lenitivo aumenta lo que ha de curar el cáustico, y nunca se han evitado ni precavido los daños, con sola la indicación y anuncio de los medios que han de atajarlos. Nos amenazan males horribles; nos afligen calamidades terribles; estamos envueltos en un cúmulo de peligros que el menor de ellos puede producir la ruina del Estado.

»La congregación de las Cortes para 1.º de Marzo próximo (poco tiempo antes se había señalado dicho día para la reunión),

será un remedio tardío, y la publicacion del decreto convocatorio no satisfará á la nacion, acostumbrada por desgracia á desconfiar de tales anuncios.

»La pátria peligra; la nacion lo vé y lo llora; sus esfuerzos son sobre sus recursos, y con mucho menos se salva el Estado.

»El giro de los negocios ha perdido el rumbo; todo se abisma en el más profundo entorpecimiento, y esto conduce con precipitacion á la perdicion de este hermoso reino. El mal es del momento, y en el momento se ha de ocurrir á remediarle: en la dilacion todo se pierde, y la pátria pedirá la sangre de tantas víctimas á los que debieron conservarlas.

»Los incesantes anhelos, el celo infatigable de V. M., sus desvelos, sus luces, los sacrificios de su reposo y talentos, han sido infructuosos, y á su pesar han dejado al reino en el mismo estado de languidez é inercia. No hemos conseguido progreso alguno con nuestras armas, y mientras que el enemigo aprovecha nuestra indolencia para talar nuestras provincias, V. M. pierde la autoridad, es insultado en el poder y mira con dolor en insurreccion á la nacion toda. Las provincias faltan al respeto, amenazan levantar la obediencia, fijan y esparcen decretos subversivos, los pueblos los leen y los aplauden, llegan hasta el trono los insultos á la autoridad, y este cuerpo soberano, sin energía, sin resolucion y falta de poder, calla, lo tolera, lo sufre, y deja correr impune el desprecio de la soberanía y de la majestad.

». No tenemos demarcado el poder que ejercemos, hemos despreciado los santos Códigos, sacamos de su base la autoridad; y el edificio del Estado se estalla, se arruina y envuelve en sus escombros los derechos del soberano y del vasallo que estamos encargados de conservar. España por un interés individual, criminal y delincuente, cuenta tantas corporaciones soberanas, cuantas son las provincias que componen el reino, y aun cuantas ciudades y villas populares han tenido bastante orgullo para creerse autorizadas á ejercer un poder que no les pertenece.

». La pátria no puede salvarse por el orden que hemos seguido hasta ahora. Estas corporaciones si son buenas para proponer, son muy defectuosas para mandar y llevar á la ejecucion; por la igualdad de autoridad y diferencia de dictámenes. En este sistema veremos consumir en la inaccion nuestros ejércitos, talar las provincias, dominar el enemigo en ellas y acaso la total pérdida del Estado y de la nacion.

«... Erijase, pues, un Consejo de Regencia luego sin dilacion ni demora. La nacion lo pide, el pueblo lo desea, la ley lo manda, el rey desde su infeliz cautiverio clama por la observancia de la ley. No se espere á las Córtes, porque se agravan los males que nos afligen, y nos oprimirán entre tanto todo género de infortunios y calamidades que impedirán aquel recurso. El mal es de ahora, ahora debe sanarse y remediar los errores pasados.

»Desapruebo y desaprobare siempre el plan que se ha propuesto y el reglamento para la seccion ejecutiva; y mi voto es y será siempre que tales ideas sólo pueden abrigarse en las cabezas de nuestros implacables enemigos: que debe adoptarse el plan que propone el señor marqués de la Romana para la ereccion y nombramiento de una Regencia de la Corona, y esto ahora mismo y sin dilacion por ser conforme á lo que tengo ya dicho tantas veces á V. M., á la ley, á los deseos del pueblo y á los intereses del Estado. Sevilla 20 de Octubre de 1809.—M. Francisco Rebolledo de Palafox y Melci.»

La primera impresion que hizo en los individuos de la Junta central la lectura del preinserto documento, fué de asombro, casi casi terrorífico; despues la fuerte impresion, disminuyó mucho, si bien exigieron de Palafox borrarse algunos párrafos que juzgaron como ofensivos á la misma Junta. En cuanto á la Regencia única desempeñada por el Cardenal de Borbon, no encontró éco ni en un sólo individuo. Era muy conocida la limitada capacidad de aquel prelado, que ocupó la silla primada de España por pertenecer á la familia de Borbon. Sin embargo, su talento no corría, ciertamente, parejas con sus virtudes; porque era escelente persona, recta, bien intencionada y sólo necesitaba quien le indicasen el bien, en la parte dudosa y poco comprensible á sus escasas facultades intelectuales, para decididamente seguirle.

A todo esto las intrigas del Consejo cada dia se multiplicaban; soñaba, puede decirse, con suplantar á la Junta central, pasando tanto la línea de lo justo, que llegó á poner en cuestion la legitimidad de aquella; y entre el mismo Consejo, puede decirse tambien, y los infinitos é importantes descontentos se llegó á tramar una conjura contra la Central, á favor de cuya maquinacion habian los conjurados ganado á gran parte del ejército existente.

El duque del Infantado, que conocia bien el proyecto, reveló los pormenores de la conspiracion al embajador de Inglaterra, marqués de Wellesley. Por este medio se salvó la Junta, á quien

los de la conjura creían ignorante de todo, y España también se evitó un grave conflicto.

Todo esto, empero, convenció á los individuos de la Central de la necesidad de adoptar decididamente un remedio á tamaño desorden. Al efecto, despues de tener en cuenta las encontradas opiniones de los que más abiertamente habian tomado la iniciativa, se acordó crear una *comision* llamada *ejecutiva* para el despacho de toda la parte gubernativa, y al propio tiempo, segun poco hace hemos indicado, se fijó el dia 1.º de Marzo del próximo venidero año, para la reunion de las Córtes.

Al tratarse de nombrar á los individuos que habian de formar la expresada comision, se desentendieron los centrales de las personas que pasaban por más reformistas, y el mismo Palafox se llevó gran chasco al verse excluido de ella. Pero como quiera que la Junta habia desaprobado casi en su totalidad dos representaciones que le habia presentado, una de la que hemos insertado una parte, y habia además comprendido que más hablaba por instigacion agena que por conviccion propia, aprovechó la ocasion de estar recién llegado á Sevilla el marqués de la Romana, que era de los partidarios de la Regencia, el cual habia entregado el mando de su ejército á D. Vicente de Cañas y Portocarrero, duque del Parque, y le eligió para formar parte ó presidir, puede decirse, la comision ejecutiva, para la cual quedaron elegidos y nombrados el marqués de la Romana, D. Rodrigo Riquelme, D. Francisco Caro, D. Sebastian Jócano, D. José de la Torre y el marqués de Villel.

Con general asombro notaron todos que la Junta se habia desentendido del sábio Jovellanos y del bailío D. Antonio Valdés, si bien respecto de éste no habia motivo de tan grande asombro, si se tiene en cuenta que la mayoría de la Junta era poco reformista, y que Valdés pasaba de reformista, y era mirado como excesivamente avanzado en ideas.

Tampoco mereció general aprobacion la fecha señalada para la reunion de Córtes; empero el dia 4 de Noviembre se publicó un decreto anticipando dos meses la reunion, fijando para verificarla el dia 1.º de Enero. Dejemos aquí á la Junta y á la comision ejecutiva, cuyos individuos aunque en tan corto número, no por esto dejaron de ser tan apáticos como hubiera podido serlo el cuerpo más numeroso y menos activo.

TRATADO DE VIENA.

Fatal fué el año 1809, hasta en su terminacion, para la justa causa española; y para que nada faltase á hacer más crítica y espuesta su fatal situacion hasta el Austria la abandonó, despues de haberse sacrificado España por ella. Si estos sacrificios los hizo para contar con los auxilios de aquel imperio, siempre redundaron en beneficio cierto y positivo de aquel; y sin embargo, egoista como por punto general lo son los soberanos cuando el mal de otro de su clase no puede afectarles directamente, aunque España habia sido bastante..... cándida para remitir al Austria las barras de oro y plata que de América llegaban á la Península, siendo así que el tesoro español estaba exhausto, Austria, lo repetimos, cuando creyó conveniente firmar la paz con Napoleón, para nada contó con su íntima y fiel aliada. Celebró, primero, con el francés uu armisticio en Znaim, al cual siguió el tratado de Viena, solemnizado en 25 de Octubre. En virtud del predicho tratado se estableció definitivamente la paz, y el tirano de Europa y sanguinario verdugo de España, quedó en aptitud de poder aplicar á esta última todos los tesoros y soldados que la guerra con la primera le ocupaba. Y áun fué tan poco *decente* Austria (poco digna seria favorecerla mucho, lo que entonces no mereció), que por uno de los artículos del tratado de Viena *se obligó á reconocer todas las variaciones hechas ó QUE PUDIERAN HACERSE en España en Portugal y en Italia.*

Alta y justísimamente indignada la Junta central quiso, y quiso bien, que su justificado enojo trascendiese á la nacion entera; y áun cuando esta muestra de dignidad ofendida no remediaba el mal de quedar España frente á frente del poderoso tirano, puesto que los auxilios de Inglaterra ya sabe el lector que eran siempre interesados, convencionales y limitados sobre ser siempre tambien intermitentes, juzgó muy conveniente el quejarse de la indigna accion del ingrato imperio austriaco.

Publicó al efecto la Central un Manifiesto, del cual sólo insertaremos unos cortos fragmentos. Dicen así:

«Hemos ayudado á sostener la guerra de Austria con todo cuanto podíamos, cediendo una porcion de plata en barras..... que se hallaban ó iban á llegar á España: consentimos, no obstante de los perjuicios que esto pudiera ocasionarnos, que Inglaterra negociase tres millones de duros en nuestros puertos de América, sin más

»razon que el exponernos carecia el gobierno británico de plata
»acuñada con que socorrer al Austria.»

«Si por parte del Austria se hubiese cumplido lo que ofreció á la
»Junta su ministro en la nota núm. 4, como la Junta y la nacion
»española lo cumplieron, ¡cuán diferentes hubieran sido los resul-
»tados de la batalla de Talavera, cuán diferente la suerte de Espa-
»ña, cuánto la de la casa de Austria, humillada hasta el abatimiento
»de que la Europa ha quedado escandalizada, y de que no podrá
»levantarse si no vuelve sus miras al país en donde reinaron sus
»abuelos!»

«La desgraciada é inoportuna paz que la Alemania hizo con el
»emperador de los franceses cuando nuestros planes debian empe-
»zar á realizarse, y faltando á las ofertas que nos tenia hechas aquel
»gobierno tan solemnemente, destruyeron nuestras esperanzas y
»sistema, volviéndonos á dejar solos en la terrible lucha que habia-
»mos comenzado; pero satisfechos de que así nosotros como don
»Eusebio Bardají, ministro en aquella córte, nada hemos dejado de
»hacer para impedir tan desagradable acontecimiento.»

BATALLA DE TAMAMES.

Ya sabe el lector que Wellington permanecia inactivo en la frontera lusitana, sin otra ocupacion que la de procurar no faltasen en abundancia los víveres, que fué siempre uno de sus primeros cuidados.

En cuanto al ejército enemigo, que con motivo de la paz de Francia y de Austria esperaba con razon grandes auxilios de gente y de dinero, seguia extendido por casi toda la Península. El feroz Ney habia sido llamado á Francia y habia ocupado su puesto el general Marchand, que permanecia aún en Salamanca. Kellerman estaba en Valladolid, y el general de brigada Carrier, dependiente de éste último, se dirigió á Astorga, con ánimo de posesionarse de ella. Don José María de Santocildes era el gobernador de la ciudad, que sólo contaba con poco más de 1,000 hombres de guarnicion. El pueblo empero, acudió en auxilio de aquellos y Carrier tuvo necesidad de retirarse, con 500 soldados menos de los que llevó consigo, bien escarmentado.

En tanto no permanecia ocioso el duque del Parque, que contaba con un ejército de 10,000 infantes, pocos más ó menos, y cerca de 2,000 caballos. Mandaban las respectivas divisiones el valeroso

general la Carrera, el veterano Mendizabal y el no menos animoso Losada. La caballería estaba á cargo del conde de Belveder.

Habia fijado el del Parque en Ciudad-Rodrigo su cuartel general; mas desde la plaza hacia salidas en busca del enemigo, si bien Marchand hasta entonces se habia limitado á observarle.

El dia 16 de Octubre se dirigió á Tamames. Ocupó la llanura, tomó las mejores posiciones y esperó, á guisa del que reta al enemigo, y aguarda la aceptacion del reto.

El dia 18 apareció Marchand, que se hallaba en Salamanca, á nueve leguas de Tamames. Llevaba consigo 10,000 hombres de infantería, tres y media baterías comunes y la correspondiente dotacion de caballería.

Apenas se avistaron amigos y enemigos, se rompió el fuego; y despues de un empeñado combate y de estar á punto de vencer el francés, en cuyo momento el duque del Parque, antiguo *capitan de guardias de José*, desplegó gran valor personal y cortó rápidamente el mal, el conde de Belveder en union con el príncipe de Anglona decidieron la victoria en favor de nuestras armas, secundados por los demás generales.

Despues de vencidos los franceses fueron perseguidos y acosados, hasta que á favor de la noche pudieron salvarse por sendas escusadas, llegando cerca del dia á Salamanca. Setecientos hombres quedaron fuera de combate, de los nuestros; el enemigo perdió cerca de 900 en la batalla, y casi 700 en la persecucion: 1,600 en total.

El dia 19 se reunió al del Parque el general Ballesteros, con 8,000 hombres de todas armas. El primero viéndose con tan oportuno refuerzo se dirigió sin vacilar á Salamanca, á donde habia regresado Marchand y en donde estaba todo el cuerpo de ejército que mandó Ney.

No se determinó el general francés á esperar al español. Cuando éste llegó á las puertas de la ciudad aquel habia ya salido, y el primero penetró en ella con gran placer de los salmantinos, que le aclamaron y agasajaron largamente (25 de Octubre).

ACCION DE MEDINA DEL CAMPO.

No estuvo tan acertado el duque del Parque en una de las operaciones que despues emprendió. Habia tenido noticia del propósito formado por el gobierno provisional respecto de dar un golpe

sobre Madrid, y para secundarle habia avanzado con el laudable objeto de llamar la atencion del enemigo, para distraer sus fuerzas y desunirlas.

Avanzó, pues, hasta Medina del Campo, en donde le salieron al encuentro 12,000 franceses. Comenzó en el acto la accion, que fué bastante reñida, y favorable á los nuestros. Terminada aquella se replegó al Carpio, para racionar y dar descanso á sus tropas (23 de Noviembre).

Hallábase en el Carpio cuando Kellerman, que habia salido de Valladolid en su busca, sentido del desastre de Tamames y de la ocupacion de Salamanca, se acercó con ánimo de atacarle.

Allí mismo habia tenido el del Parque noticia de un gran desastre, del cual daremos despues cuenta al lector, y sin esperar á Kellerman salió del Carpio.

BATALLA DE ALBA DE TORMES.

Replegóse el duque sobre Alba de Tormes; pero ya en el camino se acercó demasiado Kellerman y mortificó con su vanguardia á la retaguardia del ejército español, á consecuencia de lo cual llegó éste á Alba de Tormes menos ordenado de lo que conviene á un ejército que espera entrar en accion de un momento á otro.

Por otra parte, no se ha podido averiguar qué se propuso el duque, tan valeroso y atinado en Tamames, al cometer el verdadero desacierto de alejar dos de sus divisiones con la artillería y los bagajes, dando al enemigo una inmensa superioridad material. Pero aún es más notable ó chocante, que es más propia palabra, que habiendo llegado perseguido ya por el enemigo y debiendo suponer que sería inmediatamente atacado, diese orden para racionar sus tropas.

Cuando Kellerman atacó la villa, estaban diseminados los soldados del duque, buscando raciones y alojamientos. Al toque de generala reuniéronse aquellos, y en desórden y confusion formaron y salieron á sostener una mal llamada batalla. Solamente la division Mendizabal, con éste á su cabeza, y parte de la vanguardia, se sostuvieron dignamente. Aquel valeroso general hizo á la infantería formar cuadros indestructibles que por tres veces rechazaron á la caballería francesa, despues de lo cual renunció aquella á flanquear los cuadros. Los demás se dispersaron, y unos llegaron

hasta Ciudad-Rodrigo y otros á Tamames. Muertos hubo muy pocos: heridos y prisioneros cerca de 2,000.

BATALLA DE OCAÑA.

El gobierno de España, más que nunca desacertado, se propuso dar un golpe al enemigo sobre Madrid, segun hemos antes indicado, creyendo tan llano el camino y tan fácil la empresa, que segun es fama, nombró las autoridades civiles y militares para la corte, ni más ni menos que si ya estuviese rigiendo desde ella los destinos de la patria.

No bastaron los consejos de las personas juiciosas ni de buen criterio, ni del mismo Wellington que hallábase accidentalmente en Sevilla, á donde habíase trasladado para visitar á su hermano: cada vez más convencido el gobierno de ser su idea tan hacedera como excelente, dió las órdenes oportunas y no pensó más que en su próxima traslacion á la capital de España. Jovellanos y otro individuo, Riquelme si no estamos engañados, fueron los encargados de disponer cuanto fuese necesario y conveniente al verificar el gobierno su entrada en Madrid.

El general Eguía, que por dimision de Cuesta mandaba el ejército de Extremadura, apoyó aquella descabellada idea y se jactó de que la pondria en práctica, y la realizaria con extraordinaria facilidad.

Abandonando, al efecto, á Extremadura se trasladó á la Mancha y fijó su cuartel general en Daimiel, llevando consigo 40,000 infantes, 5,700 ginetes y más de 50 piezas de artillería, despues de haber dejado en Extremadura 12,000 hombres. Pero toda esta fuerza no fué sino un vano é inútil aparato; porque al encontrarse con Víctor que mandaba el primer cuerpo y con Sebastiani que llevaba el cuarto, se replegó hácia Sierra-Morena.

Indignóse justamente la Junta con Eguía, que despues de haber ofrecido tanto, obró de una manera que puede calificarse de inconveniente, por lo menos; y quitándole el mando del ejército, le reemplazó con el general D. Juan Carlos de Areizaga, que estaba bien relacionado entre los individuos de la Central y habia dado gran muestra de sí en la batalla de Alcañiz.

Areizaga dividió el ejército en dos cuerpos, mandando tomar la direccion de Madrid al uno desde Manzanares y al otro desde Valdepeñas (3 de Noviembre).

Al llegar á la Guardia chocó nuestra caballería con la del enemigo, que habia preparado una celada. El general Freire, á la sazón comandante general de dicha arma en el ejército de Extremadura, procediendo con tanto valor como inteligencia, rechazó á la caballería francesa y la persiguió y acosó bizarramente hasta llegar á Ocaña (8 de Noviembre). Cualquiera hubiera juzgado por el feliz principio, que iba á ser parecido el fin; empero el desastre que se preparaba, hasta entonces no habia tenido igual. Y fué más peregrino todavía que aquellos mismos valerosos ginetes que rechazaron, hicieron volver grupas y persiguieron desde la Guardia hasta á Ocaña á los enemigos, tuvieron la principal parte en la causa del desastre antes anunciado.

Después de lo arriba referido, fijó Areizaga su campo en Templeque. Desde allí salieron el marqués de Zayas, con la vanguardia; Lacy con la primera división, y Freire con la caballería, con el objeto de desalojar de Ocaña al enemigo, y cumplieron como buenos: arrojáronle de allí y le hicieron replegarse sobre Aranjuez.

El día 11 pasó á Ocaña el resto del ejército, después de haberle aburrido su general en jefe haciéndole realizar muchas maniobras inútiles, á pesar de lo crudo del temporal que abrumaba al soldado, con un frío glacial acompañado de copiosos aguaceros y violentos huracanes.

Todos los jefes superiores comenzaron á notar las vacilaciones de Areizaga, el cual sobradamente indicaba no tener norte fijo; por esto sin duda aburrió al soldado con marchas y contramarchas y perdió casi ocho días, adoptando y desechando planes unos tras otros. En tanto los franceses, que siempre procuraron no perder el tiempo, reunieron sus diseminadas fuerzas y las concentraron en Aranjuez, sin que el numeroso ejército español lo impidiese.

Habia avanzado Areizaga; empero de pronto hizo alto, mandó repasar el Tajo á parte del ejército y él con el resto regresó á Ocaña, sin que se pueda calcular para qué avanzó y por qué retrocedió.

Regresó en efecto sin que ocurriese más accidente al avanzar ni al retroceder que un nuevo choque de ambas caballerías, cerca de Ontígola, que costó la vida á un general francés llamado París.

Ya aquella fecha (18 de Noviembre) estaban reunidos los cuerpos 4.º y 5.º, franceses, otro de reserva mandado por Dessolles y toda la Guardia real con José: en total, 50,000 hombres próximamente.

El titulado rey mandaba la batalla de derecho, y de hecho Soult, que habia reemplazado á Jourdan en el empleo de mayor general del ejército. Aquel habia encomendado toda la infantería á Mortier, á Sebastiani la caballería, y mandó aviso á Víctor para que con los 14,000 hombres del primer cuerpo, pasara el Tajo y se incorporase inmediatamente al ejército.

Viendo Areizaga dispuesto al enemigo para entrar en combate, colocó sus tropas segun le pareció mejor, en derredor de Ocaña. El dia 19 apareció el enemigo y Areizaga se subió á un campanario para desde allí ver mejor y más exactamente las posiciones que tomaba el francés, y todos sus movimientos preparatorios.

El general Leval comenzó la batalla atacando á la derecha del ejército español; el marqués de Zayas y D. Luis Lacy le rechazaron con ímpetu, y el segundo, no contentándose con esto, tomó la bandera del regimiento de Búrgos y á la cabeza de una columna avanzó tanto que arrolló al enemigo y le arrancó dos cañones, haciendo caer del caballo al general Leval mal herido, y muerto á uno de sus ayudantes.

Si el de Zayas hubiera ayudado al bizarro Lacy, la batalla se hubiese ganado muy pronto, porque el arrojó del segundo impuso gran pavor; pero le dejaron sólo. Sin embargo, no fué culpa del marqués, que primero ayudó bizarramente á Lacy á rechazar al enemigo; fué que recibió orden del general en jefe para no moverse.

Mortier tuvo que acudir *con todo el 5.º cuerpo*, para hacer retroceder á Lacy: como éste habia quedado sólo, no pudo resistir al número; eran casi 30,000 hombres contra una division de 3,000, y aquellos rompieron naturalmente la línea, y el general Girard entró con su division en Ocaña.

Al mismo tiempo que esto sucedia, José, ó más bien, Dessolles, con la reserva y la Guardia real atacaba nuestra izquierda, y desde aquel momento todo fué desorganizacion y trepidacion y desorden.

Así el tiempo perdido por Areizaga, que aprovecharon los franceses para concentrar sus fuerzas, como la mala disposicion de la batalla y la órden en virtud de la cual abandonaron todos al bizarrísimo Lacy, que pudo muy bien ganar la batalla, fueron, en nuestro concepto, méritos suficientes para sujetar á Areizaga á un consejo de guerra. El ejército español estuvo peor que sin general en jefe; porque el tenerle en los términos que le tuvo, no fué otra



cosa que un grave daño y un verdadero é incalculable perjuicio.

Perdiéronse casi 40 cañones; murieron, de nuestro ejército se trata, 1,800 hombres, quedaron heridos 2,700, y prisioneros más de 17,000. Dos mil bajas tuvieron los franceses, y casi todas causadas por la extraordinaria bizarría de Lacy. Tal fué la hazaña del general Areizaga, que tan diestro y valeroso habia sido en Alcañiz.

Para nosotros ha sido siempre este punto histórico realmente ininteligible. Los españoles sin elementos de ninguna especie, vencieron muchas veces; en Ocaña los tuvieron de todo género, como jamás hasta entonces los habian reunido, y sin embargo sucedió lo que el lector ha visto. Si á esto agregamos el entusiasmo de Eguía, acreditado de valiente, que desapareció al ver á los franceses y retrocedió á guisa de hombre asustado, y la decision de Areizaga que duró hasta el momento crítico, despues del cual solamente mandó poco y muy mal mandado, concluiremos por decir nuevamente que no comprendemos este fatal episodio histórico, si bien entrevemos una mano oculta é imaginamos lo que no debemos decir, porque no hay pruebas ostensibles en que apoyar nuestra sospecha y el raciocinio que á aquella debe seguir. De un modo ó de otro, es lo cierto que en aquel dia de fatal recordacion quedó deshecho y en cuadro el mejor y más numeroso ejército que se habia formado en España, desde la invasion de los infames enemigos.

Este fué el desastre que hizo retroceder al duque del Parque, segun en su lugar hemos indicado, así como tambien el duque de Alburquerque, que avanzó con sus 12,000 hombres al puente del Arzobispo con igual objeto que el del Parque, y tan pronto como supo lo ocurrido en Ocaña, se replegó sobre Trujillo.

Nuestros *auxiliares y amigos* los ingleses, no se movieron de la frontera portuguesa, y dejaron completamente abandonados á los españoles. Sin embargo, ya se movieron despues, impulsados por su habitual egoismo, cuando ocurrida la rota de Ocaña supusieron que deshecho el ejército español, podria tocarles algun rechazo.

Wellington se despidió muy atentamente de la Junta de Extremadura y la dió muy repetidas gracias, *por el celo y cuidado con que aquella habia atendido á proporcionar víveres y todo género de provisiones al ejército inglés.* Vea, pues, el lector la justicia con que el general inglés ponía siempre por pretexto para no moverse, la falta de subsistencias.

En nadie produjo peor efecto la derrota de Ocaña que en la Junta, puesto que se había creído ya dentro de Madrid, y en un solo instante se desvaneció su ilusión y desapareció su mejor ejército.

Desde aquel momento entró en ella un verdadero desconcierto; mandaba, pero de una manera que caracterizaba el estado de angustia de los gobernantes.

Una de las disposiciones que adoptaron fué la de nombrar un individuo de su seno para reorganizar el destruido ejército, y la elección recayó en el único individuo de la Junta que tenía inteligencia para el caso, en el marqués de la Romana, ó, según los soldados, de las *Romerías*. El marqués, empero, más afecto desde algún tiempo á la política que á las armas, hizo trasladar á otro su nombramiento, manifestando á la Junta que hacia él más falta en Sevilla que en el ejército, para seguir la huella á los enemigos del nuevo poder ejecutivo, entre los cuales se distinguían Palafox (don Francisco) y el siempre inquieto conde del Montijo.

El marqués de la Romana dió la orden de arresto contra ambos grande de España y vocal de la Junta; empero atendidos los antecedentes del de la Romana y la conducta que observara en Galicia y Asturias, unido á otra circunstancia de que muy pronto haremos mención, pudo sospecharse muy bien, como en efecto se sospechó, que lejos de ser aquel alarde de carácter un golpe de patriótica severidad, solo fué un pueril deseo de quitar, ó entorpecer, aquellos dos estorbos que pudieran oponerse á la realización de sus miras, no exentas de ambición.

La sospechosa circunstancia á que poco hace hemos aludido, no era otra que la conducta observada en Valencia por D. José Caro, hermano del de la Romana, que era á la sazón capitán general de dicha provincia. Este que no era muy querido de los valencianos por su despótica manera de mandar, ocupábase de encomiar las altas dotes de su hermano el de la Romana, y de encarecer la conveniencia de resumir en su mano el poder supremo, como regente del reino. Poca dificultad ofrece el dar crédito á esta idea, puesto que su afición al mando supremo la demostró en Asturias cuando se hizo medio soberano, y hasta parodió á Napoleon, según en su lugar dejamos indicado.

Tales fueron los desastrosos sucesos con que terminó el año 1809.

Año 1810.

Aun cuando en el primer día de este año debieron ser instaladas las Cortes del reino, y aunque muchos miraban su reunion como la verdadera panacéa áun despues de ocurrido el grave y trascendental desastre de Ocaña, éste habia trastornado el órden en todas las operaciones y deshecho todos los propósitos del gobierno.

Sabíase de público que Napoleon, desembarazado de la guerra de Austria y gozoso con el triunfo de Ocaña, habia determinado duplicar su ejército beligerante. Igualmente sabíase que el sueño dorado de José era penetrar en Andalucía y hacer con la Central lo que esta quiso hacer con él antes del desastre de Ocaña, y era ante todo forzoso pensar en la propia seguridad y en la del gobierno. Destituido éste de fuerzas materiales y sobrando estas al enemigo, intentar la marcha sobre Sevilla y realizarla, debia ser una cosa misma. Estaba, empero, lo peor del mal en que el Tesoro no tenia absolutamente para proveer á lo más urgente y necesario; y en tal conflicto, no habia otro medio que el de apelar al patriotismo de los españoles.

Hízose así, en efecto, y en 12 de Enero se aprobó por la Junta central y la comision gubernativa una *Instruccion para la imposicion y exaccion de la contribucion extraordinaria de guerra*, cuya principal parte debemos insertar para provechoso conocimiento del lector.

INSTRUCCION, etc.

Art. 1.º «Todos los habitantes de estos reinos han de satisfacer por via de contribucion extraordinaria, un tanto proporcionado á sus haberes.

Art. 2.º »Para aventurar menos la justicia de la exaccion, los contribuyentes sobre quienes ha de recaer, que *serán todos los ciudadanos absolutamente en todos los estados y condiciones*, sin otra excepcion que la de los que no tienen otros bienes que los sueldos de los empleos civiles ó militares, por cuanto estos contribuyen por el método prevenido en el real decreto de 1.º de este mes, se repartirán en veinte y dos clases, y en cada una se colocarán los vecinos de cada pueblo, segun la diversidad de sus fortunas.

Art. 3.º »A la más ínfima pertenecerán los que no siendo abso-

lutamente pobres ó meros jornaleros, tienen algun oficio ó industria de que viven, y se les reputa por tanto algun caudal, aunque sea módico, y se juzga que podrán contribuir con la limitada cuota de dos pesetas al mes ó noventa y seis reales al año.

»A proporcion que los ciudadanos vayan subiendo de estado, se les cargará mayor suma de contribucion hasta llegar á la clase primera de la escala; en la que la contribucion es de 12,000 reales al año, ó 1,000 reales al mes; y para que un vecino sea puesto en esta clase es necesario que su fortuna se regule á juicio prudente en un millon y medio de reales de caudal. Si subiera de esta cantidad, por cada medio millon de caudal que se aumente, se aumentarán 4,000 reales al año de contribucion.

Art. 4.º »La escala de las clases y el tanto de contribucion que se ha fijado, es en esta forma:

	CONTRIBUCION ANUAL.	IDEM MENSUAL.
1.º de un capital estimativo de millon y medio de reales.	12,000.	1,000
2.º de un millon.	8,000.	666. ² / ₃
3.º.	7,200.	600
4.º.	6,000.	500
5.º.	4,800.	400
6.º.	3,840.	220
7.º.	2,880.	240
8.º.	2,400.	200
9.º.	1,920.	160
10.º.	1,680.	140

Art. 7.º »Examinado detenidamente entre todos el modo de vivir de cada parroquiano y el conjunto de todas sus facultades, se le asignará clase segun la opinion que se tenga, ó se forme, sobre estos antecedentes de lo que podrá contribuir extraordinariamente en la actual crisis, en que todo debe ofrecerse á la patria con heroico desprendimiento.

Art. 10.º »Como solos los absolutamente pobres, ó meros jornaleros, están exentos de hacer este sacrificio, se comprenderá en él bajo el nombre de *subsidio extraordinario de guerra*, al clero re-

gular y secular; y cómo se habrán asignado clases también á uno y otro, al secular por personas y al regular por casas ó conventos, se pasará copia autorizada de la regulacion que se les haya hecho á los provisosores ó vicarios generales.

Art. 12. »Si alguno de los contribuyentes no pudiese satisfacer su parte en metálico, podrá hacerlo en frutos ó efectos directamente útiles y de recibo, que sirvan en especie para las provisiones del ejército, los que se les admitirán á los precios corrientes.»

El angustioso estado del Tesoro y las consecuencias que se temian de la inesperada paz de Viena, hicieron sin duda que la Junta apelase al precitado extremo, siempre sensible y poco grato.

En efecto, Napoleon mandó acercar á la frontera española 100,000 hombres, y preparó 50,000 más; porque se propuso reunir en España por lo menos, ya que no fuese el medio millon, 400,000 soldados y áun se preparó para volver en persona á España, segun anunció en pleno Senado.

José presentó á Napoleon su plan de campaña, que éste último desaprobó en un principio, aunque luego convencido, le aceptó sin restriccion ninguna.

Quedó, pues, decidida la invasion en Andalucía, sueño dorado de José, con 80,000 hombres; gran masa que se formaria por los cuerpos 1.º, 4.º y 5.º, mandados respectivamente por Víctor, Sebastiani y Mortier; la reserva, mandada por Dessolles, la Guardia real que constaba de 15,000 hombres, la division de dragones y 10,000 caballos que seguirian á José y á Soult, mayor general del ejército. El segundo cuerpo, mandado por Reynier, no se moveria del Tajo, en observacion de Wellington; por cierto que no sabemos la clase de auxilio que se propusieron dar los ingleses, cuando en los lances más críticos se limitaban á destruir lo que podian, á comer y cometer desmanes.

La predicha fuerza habria de ser distribuida en la forma siguiente: Víctor, con el primer cuerpo, pasaria desde Almadén á situarse entre Bailén y Córdoba; Sebastiani, con el 4.º, pasaria por San Clemente y Villamanrique á penetrar en Despeñaperros; Mortier, con el 5.º, seguiria el mismo destino, por la carretera; José con Soult, como mayor general, iria con las demás fuerzas, también por el camino real.

A pesar del inolvidable desastre de Ocaña, el general Areizaga continuaba siéndolo en jefe del ejército español. Este se habia

reunido al cabo de mucho tiempo, hasta juntar una masa de unos 25,000 hombres, tan desmoralizados é indisciplinados como podia esperarse despues de tan gran derrota.

Las divisiones estaban mandadas por generales tan buenos como el marqués de Zayas que regia la 1.ª, Vigodet la 2.ª, Lacy la 3.ª, Giron la 4.ª, y Gonzalez del Castejon la reserva. Mandaban, además, las divisiones auxiliares el bizarro y entendido duque de Alburquerque, D. Tomás de Zerain, Copons, etc.

El segundo habia sido destinado á defender el paso de Almaden; pero tuvo que replegarse, al encontrarse con 5,000 hombres para hacer frente á más de 15,000 que llevaba Víctor.

Alburquerque estaba situado junto al Guadiana, y su principal encargo era el de cubrir á Sevilla, en caso necesario, y á fé que supo cumplir su cometido, como despues veremos.

INVASION EN ANDALUCÍA.

Rodeado José de casi todos sus ministros, de algunos consejeros de Estado, gentiles-hombres y numerosa comitiva, llegó á dar vista á Despeñaperros el dia 15 de Enero. La operacion de franquear el difícil y peligroso paso fué obra, no ciertamente milagrosa, pero breve y facilísima.

Estaba en primer lugar, sin fortificar, y lejos de sacar de aquellas gargantas y asperezas el inmenso partido de que eran susceptibles sus accidentes naturales, sólo habíanse formado dos ó tres baterías y alguna que otra cortadura, como quien quiere cumplir sin esforzarse; en segundo, se acercaban 80,000 hombres con todos los elementos de guerra necesarios, con grandes generales, y alentados con el recuerdo de Ocaña. Este mismo tenia desalentados á los españoles que eran mucho menos de una cuarta parte de los enemigos, y los guiaba un general en jefe en quien por muy inmediatos antecedentes no podian tener gran confianza. Por esto hemos dicho que el vencer el temido paso de Despeñaperros, no fué por cierto obra milagrosa, ni mucho menos.

Al mismo tiempo que Mortier con el 5.º cuerpo y auxiliado por la reserva atacaba los puertos del Rey y de Despeñaperros, una brigada de *volligeurs* (especie de cazadores), trepaba temerariamente para franquear el puerto del Muradal y llegar al de Despeñaperros, dejando en medio de dos fuegos á los españoles. Por mane-

ra que el 20 de Enero á la 9 de la mañana comenzó el ataque, y á las 3 de la tarde eran dueños los enemigos del temido paso.

No fué, por cierto, que los españoles no se batiesen; empero á cada uno tocaban por lo menos cinco ó seis franceses. Por otra parte, sin que neguemos á Areizaga el valor que mostró cuando era general de division, despues que lo fué en jefe, procedió como entorpecido ó abrumado por la pesadumbre de su responsabilidad. Es un hecho indudable que en Ocaña estuvo muy desacertado; y aunque el valor no le faltó, respecto de la decision y la energía, recordamos el célebre dicho de Sertorio: *más quiero un ejército de ciervos con un leon por cabeza, que un ejército de leones con un ciervo por guia.*

Por de pronto el general en jefe se salvó con algunos, atravesando el Guadalquivir; Vigodet con su segunda division situada en Venta Nueva y venta Quemada, se sostuvo bizarramente durante seis horas; Lacy cumplió como quien era, aunque tuvo tambien que abandonar el campo casi solo: todos se reunieron en Jaen, excepto Castejon que, cumpliendo como bueno, quedó prisionero de Sebastiani.

Víctor con los suyos avanzó libremente hasta Córdoba; Dessolles pasó á Baeza con la reserva; Sebastiani á Jaen, impidiendo que las reliquias de nuestro ejército formasen un campo atrincherado, y José á Andújar, desde donde pasó á Córdoba sin obstáculo alguno. En dicha ciudad, fuese por temor ó por lo que fuese, recibió víctores y aclamaciones y fué obsequiado con fiestas públicas, cosa que le asombró tanto cuanto le animó y causó gran placer.

Hizo alto en Carmona, para dar tiempo á que O'Farril, Azanza y Urquijo, valiéndose de su cualidad de españoles, pusiesen en juego algunas intrigas bien calculadas para procurar la entrada en Sevilla, sin necesidad de apelar á la fuerza.

En tal conflicto la Junta pudo dar aviso á Alburquerque, que se hallaba todavía con sus 8,000 infantes y 6 escuadrones en las márgenes del Guadiana, mandando al propio tiempo se le reuniesen los restos de las divisiones auxiliares de Zerañ y Copons. Alburquerque no los aguardó é hizo muy bien; porque los primeros estaban ya en el condado de Niebla, y en Cádiz, por Jerez y sin pasar por Sevilla, los segundos.

Atravesó Alburquerque el Guadalquivir por las barcas de Cantillana, y aunque aislado y con tan poca fuerza, respecto de la enemiga, voló á cumplir, como bueno y leal, su deber.

El día 24 comenzó á trasladarse la Junta á la isla de Leon. No confesó el verdadero motivo de su marcha; lejos de esto hacia ya once dias que habia publicado un decreto en el que manifestó la resolucion de trasladarse á dicha isla, á fin de preparar la apertura de las Cortes. Pero sobre conocerse á primera vista la futilidad del pretexto, la manera de marchar hubiese aclarado toda duda, de haber podido abrigarla, porque unos salieron antes, otros despues; algunos marcharon dos ó tres dias antes, y una parte de ellos fué por tierra, y la otra embarcados.

El pueblo que no habia encontrado á los vocales tales cuales los queria y deseaba, les era ya muy poco afecto; el rasgo de temor, que no extrañamos cuando sin medios de defenderse tenian ya en Córdoba 80,000 enemigos, los habia acabado de desacreditar; y todos los que fueron por tierra padecieron grandes trabajos.

Conmovidos todos los pueblos del tránsito, les dieron muy malos ratos; tanto, que estuvo muy en poco el que fuesen arrastrados el arzobispo de Laodisea y el marqués de Astorga, presidente aquel y ex-presidente éste, quienes tuvieron que huir y refugiarse en Jerez.

No habia acabado de salir de Sevilla el último vocal, cuando estalló el motin. La Junta entre todos su desaciertos, cometió uno más y no pequeño, que fué el de dejar á los dos presos Montijo y Palafox en Sevilla. El pueblo los sacó de la prision y entre ellos y algunas cabezas ligeras, dando por disuelta á la fugitiva Junta, declararon á la provincial de Sevilla *Junta Suprema nacional*, quedando ambos personajes como individuos de ella, y siendo elegido presidente D. Francisco Saavedra.

Formóse, además, una Junta de guerra, que nombró al marqués de la Romana, el que habia puesto en prision á Palafox y á Montijo, general en jefe del ejército de la izquierda y á Blake del centro, en reemplazo del duque del Parque y de D. Carlos Areizaga, cuyo general quedaria á las órdenes de Blake.

La nueva Junta habló mucho y apostrofó de cobardes y malos patriotas á los vocales de la antigua; empero todos los nuevos cuando vieron que el pueblo sevillano no estaba por la resistencia, comenzaron tambien á desfilar, siendo el primero de todos, aunque tan fácil de lengua, el conde del Montijo, el antiguo *tio Pedro*. Este salió el 26.

Émulos los gobernantes españoles unos de otros, en aquella fatal y breve época, en no querer ser menos en cometer desaciertos,

hicieron trasladar desde Andújar 30 piezas de artillería tan *previosamente*, que no llevaban infantería ni caballería que las protegiese. Este error no le hubiera cometido un cabo de escuadra y dá margen á que se sospeche cuanto se quiera. De todos modos, y sin detenernos á hacer la menor reflexion ni formular cargo alguno, sólo diremos que el general enemigo Peyremont cogió las 30 piezas sin dificultad ninguna, como que ninguna defensa llevaban. Los conductores; no teniendo medio de resistir, desengancharon con tiempo las piezas, y se salvaron con los tiros.

En tanto ya habian avanzado los cuerpos 1.º y 5.º en direccion de Sevilla; porque las intrigas de los desleales españoles y ministros de José, se habian estrellado en la fuga de los de la Junta. Mientras Víctor y Mortier caminaban la vuelta de Sevilla, Sebastiani llegaba á Granada, en donde fué muy bien recibido y se le pasó inmediatamente el regimiento entero de suizos, llamado de Reding.

Llegaron á Écija los franceses y avistaron á las avanzadas de la caballería del duque de Albuquerque; pero este buen general comprendió perfectamente que seria una insigne necedad el resistir con poco más de 8,000 hombres, á más de 40,000 hombres que se acercaban. Su mision, por otra parte, era la de salvar al gobierno provisional; y como temiese que los invasores se interpusieran entre Sevilla y la isla, creyó que no debía dar lugar á que se le anticiparan, sino por el contrario, anticiparse él á los enemigos. Al efecto por medio de una rápida y admirable marcha, desde las inmediaciones de Écija en donde se hallaba, llegó con sus tropas á Jerez, y allí estableció su cuartel general.

Puede asegurarse, sin temor de incurrir en equivocacion, que el duque de Albuquerque salvó con su prevision al que, bueno ó malo, era el legítimo gobierno de España, puesto que con los suyos formó un respetable baluarte ó ante-mural que defendió á la Junta concentrada en la isla.

Sin más que los preparativos que tomó Víctor, le rogaron los sevillanos concediese capitulacion á aquella plaza, que nada tenia de fuerte. El primer dia de Febrero entraron los franceses en Sevilla por los caños de Carmona, mientras por Puerta de Triana salian algunos vocales de la última Junta que aún permanecian en Sevilla. Pasaron aquellos á Ayamonte y allí constituyeron una nueva Junta, que fué el núcleo de la verdadera Junta provincial de aquel antiguo reino.

Falto Víctor de noticias, recogió cuanto le convino de la gran riqueza que había en Sevilla. Siguiendo la Junta en su sistema de punibles imprevisiones, no se cuidó de mandar ante ella el material de guerra y multitud de cañones de la gran maestranza, ni el inmenso caudal que existía en azogues y tabacos. No desaprovechó el *buen* general la oportuna ocasion, y tomó la direccion de Cádiz, ignorando que había cortado el paso el leal y bizarro Alburquerque.

Tuvo Víctor que detener su marcha, cosa que ciertamente no esperaba; y se limitó á tomar los pasos y guardar las cercanías de Jerez, á la manera de quien bloquea la ciudad.

Sebastiani, que había recogido no poca riqueza, pensó en pasar á Málaga, pues tenía noticias de que allí había mucho que poder *tomar*. Dirigióse, pues, á Loja y desde allí á Antequera, y llegó á la bella ciudad sin más contratiempo que el encuentro con algunos paisanos mal armados, en el puerto de Boca de Asno.

Al dar vista á Málaga encontró á un coronel llamado D. Vicente Abello que, lleno de buena intencion y de ánimo, pero sin elementos de ningun género, salió con un grupo de paisanos á detener á Sebastiani. Este insignificante obstáculo fué bien pronto destruido; pero dió márgen á que Sebastiani ejerciera su crueldad, puesto que aquellos jefes del vandalismo solo deseaban un levisimo pretexto para entrar en todas partes como enemigos, á fin de justificar lo que, en verdad, era en todo caso injustificable.

Saqueo y escándalo y desórden autorizó Sebastiani, y concluyó por exigir á los malagueños una contribucion de 12.000,000 de reales, de los cuales cinco habian de entregarse en el mismo momento, sin lo cual continuarían de nuevo los horrores y desmanes. Además destinó á la horca á muchos buenos patriotas, entre ellos al P. Fernando Berrocal, capuchino. Abello pudo fugarse y llegar á Cádiz.

Eran algunos de los jefes enemigos tan verdaderamente cínicos para satisfacer su sórdida avaricia, que un anciano, testigo presencial, refiere de uno de los jefes de brigada cuyo apellido recuerda era Boyer, el cual entraba en todos los pueblos poniendo presos á los alcaldes y personas más pudientes.

Como las respectivas familias de los presos sabian la facilidad con que encontraban pretextos los feroces enemigos para quitar la vida á cualquier buen ciudadano, acudían las mujeres inmediatamente á ver al jefe, llorando y suspirando.

Refiere dicha respetable persona que las afligidas mujeres, en

tre sollozos y lágrimas, pedían la vida de los presos, y como muestra de respeto, ignorantes de los tratamientos usados en Francia, le suplicaban llamándole Sr. D. Boyer; á lo que él con vergonzoso desenfado contestaba las siguientes palabras, que *literalmente* copiamos: *Eh bien, mi non liamarmé D. Boyer, liamarmé Don DINIER, ó D. Galina ó D. Vaca, D. Trico ó D. Cochon.*

Basta y sobra el precedente ejemplo, referido, lo repetimos, por un testigo presencial fidedigno, y veraz en extremo, como puede esperarse de su edad, carácter y circunstancias. Y como aquel jefe eran la mayor parte de ellos: si no habia dinero, era indispensable alguna cosa que lo valiese, si habia de recobrar su libertad y asegurar su vida el que estaba preso.

Entre los individuos arrestados por el despótico Sebastiani, lo fué el anciano capitán general D. Gregorio de la Cuesta, que hallábase de cuartel en Málaga; pero pudo, no sabemos si seria á fuerza de dinero, embarcarse para Mallorca. Y estamos autorizados para sospechar cualquier cosa de Sebastiani, porque segun el conde de Toreno, solo al duque de Osuna le exigió é hizo entregar casi 50,000 duros.

En tanto los individuos de la Central que habian llegado á la Isla tan desengañados como aburridos, decidieron resignar el mando superior, y entregar el gobierno de la nacion á otra autoridad suprema, que por lo nueva seria probablemente bien acogida, como aún no gastada. A este fin el dia 29 de Enero se publicó un decreto, por el cual se creaba un SUPREMO CONSEJO DE REGENCIA. Principalmente el expresado decreto, despues de manifestar cuán necesaria era la concentracion del poder, aunque pareciera á la sazón inoportuno por estar las Córtes convocadas para un próximo dia, continuaba diciendo: «. Los sucesos se han »precipitado de modo que la detencion, aunque breve, podria disolver el Estado, si en el momento no se cortase la cabeza al »mónstruo de la anarquía. Nada bastaba á contener el »ódio que antes de su instalacion ya se profesaba á la Junta: sus »providencias siempre fueron mal interpretadas y nunca bien obedecidas.

»Desencadenadas con ocasion de las desgracias públicas todas »las pasiones, han suscitado contra ella todas las furias que pudieran enviar contra nosotros el tirano á quien combatimos.

»Empezaron sus individuos á verificar su salida de Sevilla con »el objeto tan público y solemnemente anunciado de abrir las Cór-

»tes en la isla de Leon; y los facciosos cubrieron los caminos de
 »agentes, que animaron los pueblos de aquel tránsito á la insurrec-
 »cion y al tumulto, y los vocales de la Junta Suprema fueron trata-
 »dos como enemigos públicos, detenidos unos, arrestados otros,
 »y amenazados de muerte muchos, hasta el presidente. No parecia
 »sino que Napoleon era dueño de España, y vengaba la tenaz resis-
 »tencia que habiamos opuesto.»

Despues de desahogar la Junta su disgusto en las precedentes líneas, de acuerdo con el decreto, fué nombrado el Consejo de Regencia, el cual quedó compuesto de los señores D. Pedro de *Quevedo y Quintano*, obispo de Orense, autor de aquel célebre documento que en su lugar hemos insertado, y en el que se negaba á formar parte de las Córtes de Bayona, convocadas por el usurpador; D. Francisco de *Saavedra*, consejero de Estado; D. Francisco Javier *Castaños*, teniente general; D. Antonio *Escaño*, general de Marina, y D. Estéban *Fernandez de Leon*, que fué inmediatamente reemplazado por D. Miguel *Lardizabal*. Debiendo ser, con arreglo á lo prescrito, uno de los vocales natural de una de las provincias ultramarinas, y no siendo Fernandez de Leon más que individuo de una familia residente en Ultramar, fué reemplazado con *Lardizabal*, que había nacido en Nueva España.

Despues de haber jurado los cinco regentes, fué absolutamente disuelta la Junta central, cuyos individuos, por su acuerdo unánime, no podian formar parte de la Regencia.

En el mismo dia se publicó una Instruccion acerca de la manera de convocar y celebrar las Córtes, cuyo documento, por más que sea un tanto extenso, hace en la historia demasiada falta para que omitamos su insercion, así como el Reglamento que á aquella es adjunto. Dicen así:

«EL REY, y á su nombre la Suprema Junta central gubernativa de España é Indias.

»Como haya sido uno de mis primeros cuidados congregar la nacion española en Córtes generales y extraordinarias, para que representada en ellas por individuos y procuradores de todas las clases, órdenes y pueblos del Estado, despues de acordar los extraordinarios medios y recursos que son necesarios para rechazar al enemigo que tan pérfidamente la ha invadido y con tan horrenda crueldad vá desolando algunas de sus provincias, arreglase con la debida deliberacion lo que más conveniente pareciese para dar firmeza y estabilidad á la constitucion, y el orden, claridad y perfeccion posibles á la legislacion civil y criminal del reino, y á los

diferentes ramos de la administracion pública, á cuyo fin mandé, por mi real decreto de 13 del mes pasado, que la dicha Junta central gubernativa se trasladase de Sevilla á esta villa de la isla de Leon, donde pudiese preparar más de cerca, y con inmediatas y oportunas providencias la verificacion de tan gran designio; considerando:

1.º »Que los acontecimientos que despues han sobrevenido y las circunstancias en que se halla el reino de Sevilla por la invasion del enemigo, que amenaza ya los demás reinos de Andalucía, requieren las más prontas y enérgicas providencias.

2.º »Que entre otras ha venido á ser en gran manera necesaria la concentracion del ejercicio de toda mi autoridad real en pocas y en hábiles personas que pudiesen emplearla con actividad, vigor y secreto en defensa de la pátria, lo cual he verificado ya por mi real decreto de este dia, en que he mandado formar una Regencia de cinco personas, de bien acreditados talentos, probidad y celo público.

3.º »Que es muy de temer que las correrías del enemigo por varias provincias, antes libres, no hayan permitido á mis pueblos hacer las elecciones de diputados á Córtes con arreglo á las convocatorias que les hayan sido comunicadas en 1.º de este mes, y por lo mismo que no puede verificarse su reunion en esta Isla para el dia 1.º de Marzo próximo, como estaba por mí acordado.

4.º »Que tampoco seria fácil, en medio de los grandes cuidados y atenciones que ocupaban al gobierno, concluir los diferentes trabajos y planes de reforma, que por personas de conocida instruccion y probidad se habian emprendido y adelantado bajo la inspeccion y autoridad de la comision de Córtes, que á este fin nombré por mi real decreto de 15 de Junio del año pasado; con el deseo de presentarlas al exámen de las próximas Córtes.

5.º »Y considerando en fin que en la actual crisis no es fácil acordar con sosiego y detenida reflexion las demás providencias y órdenes que tan nueva é importante operacion requiere, ni por la mi Suprema Junta central, cuya autoridad, que hasta ahora ha ejercido en mi real nombre, va á transferir en el Consejo de Regencia, ni por éste, cuya atencion será enteramente arrebatada al grande objeto de la defensa nacional.

»Por tanto yo, y á mi real nombre la Suprema Junta central, para llenar mi ardiente deseo de que la nacion se congregue libre y legalmente en Córtes generales y extraordinarias, con el fin de lograr los grandes bienes que en esta deseada reunion están cifrados, he venido en mandar y mando lo siguiente:

1.º »La celebracion de las Córtes generales y extraordinarias que están ya convocadas para esta isla de Leon, y para el primer

día de Marzo próximo, será el primer cuidado de la Regencia que acabo de crear, si la defensa del reino en que desde luego debe ocuparse lo permitiere.

2.º »En consecuencia, se expedirán inmediatamente convocatorias individuales á todos los RR. arzobispos y obispos que están en ejercicio de sus funciones, y á todos los grandes de España, en propiedad, para que concurran á las Córtes en el dia y lugar para que están convocadas, si las circunstancias lo permitieren.

3.º »No serán admitidos á estas Córtes los grandes que no sean cabezas de familia, ni los que no tengan la edad de 25 años, ni los prelados y grandes que se hallaren procesados por cualquiera delito, ni los que se hubieren sometido al gobierno francés.

4.º »Para que las provincias de América y Asia, que por estrechez del tiempo no pueden ser representadas por diputados nombrados por ellas mismas, no carezcan enteramente de representacion en estas Córtes, la Regencia formará una Junta electoral compuesta de seis sugetos de carácter naturales de aquellos dominios, los cuales poniendo en cántaro los nombres de los demás naturales que se hallan residentes en España y constan de las listas formadas por la comision de Córtes, sacarán á la suerte el número de cuarenta, y volviendo á sortear estos cuarenta solos, sacarán en segunda suerte veinte y seis, y estos asistirán como diputados de Córtes en representacion de aquellos vastos países.

5.º »Se formará asimismo otra Junta electoral compuesta de seis personas de carácter naturales de las provincias de España que se hallan ocupadas por el enemigo, y poniendo en cántaro los nombres de los naturales de cada una de dichas provincias que asimismo constan de las listas formadas por la comision de Córtes, sacarán de entre ellos en primera suerte hasta el número de diez y ocho nombres, y volviéndolos á sortear solos, sacarán de ellos cuatro, cuya operacion se irá repitiendo por cada una de dichas provincias, y los que salieren en suerte serán diputados de Córtes por representacion de aquellas para que fueren nombrados.

6.º »Verificadas estas suertes, se hará la convocacion de los sugetos que hubieren salido nombrados por medio de oficios que se pasarán á las Juntas de los pueblos en que residieren, á fin de que concurran á las Córtes en el dia y lugar señalado, si las circunstancias lo permitieren.

7.º »Antes de la admision á las Córtes de estos sugetos, una comision nombrada por ellas mismas examinará si en cada uno concurren ó nó las calidades señaladas en la Instruccion general y en este decreto para tener voto en las dichas Córtes.

8.º »Libradas estas convocatorias, las primeras Córtes generales y extraordinarias se entenderán legítimamente convocadas: de forma, que aunque no se verifique su reunion en el día y lugar señalados para ellas, pueda verificarse en cualquiera tiempo y lugar en que las circunstancias lo permitan, sin necesidad de nueva convocatoria: siendo de cargo de la Regencia hacer á propuesta de la diputacion de Córtes el señalamiento de dicho día y lugar, y publicarle en tiempo oportuno por todo el reino.

9.º »Y para que los trabajos preparatorios puedan continuar y concluirse sin obstáculo, la Regencia nombrará una diputacion de Córtes compuesta de ocho personas, las seis naturales del continente de España, y las dos últimas naturales de América, la cual diputacion será subrogada en lugar de la comision de Córtes nombrada por la misma suprema Junta central, y cuyo instituto será ocuparse en los objetos relativos á la celebracion de las Córtes, sin que el gobierno tenga que distraer su atencion de los urgentes negocios que la reclaman en el día.

10.º »Un individuo de la diputacion de Córtes de los seis nombrados por España presidirá la Junta electoral que debe nombrar los diputados por las provincias cautivas, y otro individuo de la misma diputacion de los nombrados por la América presidirá la Junta electoral que debe sortear los diputados naturales y representantes de aquellos dominios.

11.º »Las Juntas formadas con los títulos de Junta de medios y recursos para sostener la presente guerra, Junta de hacienda, Junta de legislacion, Junta de instruccion pública, Junta de negocios eclesiásticos y Junta de ceremonial de congregacion, las cuales por la autoridad de mi suprema Junta y bajo la inspeccion de dicha comision de Córtes, se ocupan de preparar los planes de mejoras relativas á los objetos de su respectiva atribucion, continuarán en sus trabajos hasta concluirlos en el mejor modo que sea posible, y fecho los remitirán á la diputacion de Córtes, á fin de que despues de haberlos examinado se pasen á la Regencia, y ésta los ponga á mi Real nombre á la deliberacion de las Córtes.

12.º »Serán estas presididas á mi Real nombre, ó por la Regencia en cuerpo, ó por su presidente temporal, ó bien por el individuo á quien delegaren el encargo de representar en ellas mi soberanía.

13.º »La Regencia nombrará los asistentes de Córtes que deban asistir y aconsejar al que las presidiere á mi Real nombre de entre los individuos de mi Consejo y Cámara, segun la antigua práctica del reino, ó en su defecto, de otras personas constituidas en dignidad.

14.º »La apertura del sólio se hará en las Córtes en concurren-

cia de los estamentos eclesiástico, militar y popular, y en la forma y con la solemnidad que la Regencia acordará á propuesta de la diputacion de Córtes.

15.º »Abierto el sòlio, las Córtes se dividirán para la deliberacion de las materias en dos solos estamentos, uno popular compuesto de todos los procuradores de las provincias de España y América, y otro de dignidades, en que se reunirán los prelados y grandes del reino.

16.º »Las proposiciones que á mi Real nombre hiciere la Regencia á las Córtes, se examinarán primero en el estamento popular; y si fueren aprobadas en él, se pasarán por un mensajero de Estado al estamento de dignidades para que las examine de nuevo.

17.º »El mismo método se observará con las proposiciones que se hiciesen en uno y otro estamento por sus respectivos vocales, pasando siempre la proposicion del uno al otro, para su nuevo exámen y deliberacion.

18.º »Las proposiciones no aprobadas por ambos estamentos, se entenderán como si no fuesen hechas.

19.º »Las que ambos estamentos aprobaren, serán elevadas por los mensajeros de Estado á la Regencia para mi Real sancion.

20.º »La Regencia sancionará las proposiciones así aprobadas, siempre que graves razones de pública utilidad no la persuadan á que de su ejecucion puedan resultar graves inconvenientes y perjuicios.

21.º »Si tal sucediere, la Regencia, suspendiendo la sancion de la proposicion aprobada, la devolverá á las Córtes con clara exposicion de las razones que hubiere tenido para suspenderla.

22.º »Así devuelta la proposicion, se examinará de nuevo en uno y otro estamento, y si los dos tercios de los votos de cada uno no confirmaren la anterior resolucion, la proposicion se tendrá por no hecha, y no se podrá renovar hasta las futuras Córtes.

23.º »Si los dos tercios de votos de cada estamento ratificaren la aprobacion anteriormente dada á la proposicion, será esta elevada de nuevo por los mensajeros de Estado á la sancion Real.

24.º »En este caso la Regencia otorgará á mi nombre la Real sancion en el término de tres dias; pasados los cuales, otorgada ó nó, la ley se entenderá legítimamente sancionada, y se procederá de hecho á su publicacion en la forma de estilo.

25.º »La promulgacion de las leyes así formadas y sancionadas, se hará en las mismas Córtes antes de su disolucion.

26.º »*Para evitar que en las Córtes se forme algun partido que aspire á hacerlas permanentes, ó prolongarlas en demasía, cosa que sobre trastornar del todo la constitucion del reino, podria acarrear otros muy graves inconvenientes, la Regencia podrá señalar un*

término á la duracion de las Córtes, con tal que no baje de seis meses. Durante las Córtes, y hasta tanto que estas acuerden, nombren é instalen el nuevo gobierno, ó bien confirmen el que ahora se establece para que rija la nacion en lo sucesivo, la Regencia continuará ejerciendo el poder ejecutivo en toda la plenitud que corresponde á mi soberanía.

»En consecuencia las Córtes reducirán sus funciones al ejercicio del poder legislativo, que propiamente les pertenece, y confiando á la Regencia el del poder ejecutivo, *sin suscitar discusiones que sean relativas á él*, y distraigan su atencion de los graves cuidados que tendrá á su cargo, se aplicarán del todo á la formacion de las leyes y reglamentos oportunos para verificar las grandes y saludables reformas que los desórdenes del antiguo gobierno, el presente estado de la nacion y su futura felicidad hacen necesarias: llenando así los grandes objetos para que fueron convocadas. Dado en la real isla de Leon, á 29 de Enero de 1810.»

Adjunto á este real decreto, segun ya hemos indicado, se publicó el siguiente:

REGLAMENTO PARA EL CONSEJO DE REGENCIA.

1.º «La Regencia creada por la Junta central gubernativa de España é Indias por decreto de este dia, será instalada en el dia dos del mes próximo, ó antes si se estimase conveniente.

2.º »Los individuos nombrados para esta Regencia que residieren en el lugar en que se halla la Suprema Junta, prestarán ante ella el juramento segun la fórmula que va adjunta.

3.º »Prestado que le hayan, entrarán en el ejercicio de sus funciones, aunque solo se reunan tres.

4.º »Los individuos nombrados que se hallaren ausentes prestarán el mismo juramento en manos de los que le hubieren hecho ante la Suprema Junta.

5.º »Instalada que sea la Regencia, la Suprema Junta cesará en el ejercicio de todas sus funciones.

6.º »La Regencia establecerá su residencia en cualquier lugar ó provincia de España que las circunstancias indiquen como más apropósito para atender al gobierno y defensa del reino.

7.º »La Regencia será presidida por uno de sus individuos por turno de meses, empezando este por el orden en que se hallan sus nombres en el decreto.

8.º »La Regencia despachará á nombre del rey N. S. D. Fernando VII; tendrá el tratamiento y honores de Majestad; su presidente en turno, el de Alteza Serenísima, y los demás individuos el de Excelencia entera.

9.º »No podrá admitir proposicion alguna, ni hacer paz, ni tregua ni armisticio alguno con el emperador de los franceses, que sea contrario á los derechos de nuestro rey y sus legitimos sucesores, ó á la independenciam de la nacion.

10.º »Los individuos de la Regencia en particular usarán de la insignia adoptada por la Junta Suprema para sus individuos, y una banda de los colores nacionales.

11.º »Los individuos de la Regencia y los ministros serán responsables á la nacion de su conducta en el desempeño de sus funciones.

12.º »No podrán conceder títulos, decoraciones ni pensiones sino por servicios hechos á la pátria en la presente guerra nacional.

13.º »La Regencia propondrá necesariamente á las Córtes la cuestion pendiente acerca de que proteja y asegure la libertad de la imprenta; y entretanto protegerá segun las leyes esta libertad, como uno de los medios más convenientes, no solo para difundir la ilustracion, sino tambien para conservar la libertad civil y política de los ciudadanos.

14.º »La Regencia guardará y observará religiosamente lo mandado por la Suprema Junta central en decreto de este dia en cuanto á la celebracion de las Córtes.

15.º »Que las vacantes del Consejo de Regencia se llenen en la forma siguiente hasta las próximas Córtes. Luego que se verifique la vacante, el Consejo de Regencia lo avisará á las Juntas superiores, manifestando la clase de la vacante, es decir, si es de individuo militar, eclesiástico, político, marino, ó por representacion de las Américas. Las Juntas elegirán uno de la misma clase ó profesion, sin atenerse al grado, esto es; si la vacante es militar, podrán nombrar un general, ú otro militar, aunque no sea del mismo grado; si la vacante es eclesiástica, podrán nombrar un obispo ú otro eclesiástico: si política, cualquier grande, ó título, ó persona particular que tenga conocimientos políticos.

16.º »Estos votos se dirigirán al Consejo de Regencia, el cual reunido examinará los votos. Si de ellos resulta eleccion canónica, quedará elegido el que la tenga, y si no procederá la Regencia á la eleccion canónica.

17.º »Los individuos de la Regencia gozarán el sueldo de doscientos mil reales sin deduccion, mientras la nacion junta en Córtes no señalase mayor dotacion.

»Real isla de Leon, 29 de Enero de 1810.—El arzobispo de Lacedicea, presidente.—Pedro Rivero, vocal secretario general.»

Establecióse la fórmula del juramento que habian de prestar los

regentes, el cual sustancialmente se reducía á las preguntas siguientes: *Jurais observar fielmente y conservar la Religión Católica? —¿Jurais no perdonar medio alguno para arrojar de España á los franceses?—¿Jurais volver á Fernando VII al trono de sus mayores?—¿Jurais no reconocer en España otro gobierno que el que ahora se instala, hasta que la legitima congregacion de la nacion en sus Córtes generales determine el que sea más conveniente para la felicidad de la pátria y conservacion de la monarquía?—¿Jurais contribuir por vuestra parte á la celebracion de aquel augusto Congreso en la forma establecida por la Suprema Junta y en el tiempo designado en el decreto de creacion de la Regencia?*

INSTALACION DE LA REGENCIA.

Quedó, pues, instalada la Regencia del reino el dia 31 de Enero. El señalado para celebrar la precitada ceremonia fué el 2 de Febrero, como festividad solemne en que se celebra la Purificacion de Nuestra Señora; mas se anticipó dos dias, ó cerca de tres, á consecuencia de haber llegado hasta la isla de Leon el espíritu contrario á la Junta central. Con este motivo estalló un terrible motin, que puso á los de la Junta muy en peligro de ser sacrificados.

No tuvieron tiempo de llegar el obispo de Orense ni Saavedra, que se hallaban ausentes, y se instaló con los tres individuos restantes, quedando de presidente el general Castaños.

De los regentes, el obispo de Orense era el de más recto y firme carácter, de lo cual dió tiempo despues una ostensible prueba. Era Castaños hombre apropósito tambien para ocupar aquel elevado puesto, aunque no por parecerse al obispo en la inflexible severidad, sino por su carácter especial que le hacia lograr con facilidad sus propósitos, adoptando el camino de la maña antes que el de la fuerza: era simulado y astuto, sin dejar de ser honrado y caballero.

En cuanto á Saavedra era un regente muy respetable por sus años y por su gravedad; pero era ya su ancianidad tan escesiva y tan grandes sus achaques, que estaba en un estado muy poco á propósito para estar al frente del gobierno.

Esaño era todo un marino: dicho se está con esto que ni le faltaria carácter ni instruccion; pero era hombre demasiado franco y poco político. En cuanto á Lardizabal era muy excelente persona;

peró su eleccion satisfacía poco á los revolucionarios; porque los exaltados, pertenezcan al partido que quieran, no pueden conceder buenas prendas al que en política piensa de diversa manera que ellos.

Delicadas eran, en verdad, las circunstancias para aceptar el cargo de regente y como no fuese en fuerza de un muy acendrado patriotismo, no sabemos como se decidieron á aceptar algunos de los que fueron nombrados.

El primer asunto sobre el que tuvieron que fallar fué tan difícil como desagradable. A pesar de haberse cortado el motin con la instalacion del Consejo de Regencia, la persecucion contra la Central no cesó sino públicamente.

En Cádiz, al mismo tiempo, los individuos de una Junta popular más manejables, aunque muy honrados, de lo que convenia al público sosiego, contribuyeron á la persecucion de los que habian formado la Central.

Ensañaronse con muchos, y principalmente con el conde de Tilly y Calvo de Rozas. Acusado el primero de planes revolucionarios y el segundo de poco íntegro en el manejo de intereses, se formó contra ellos un proceso y fueron reducidos á prision. Tilly no vió el fin de su causa, porque falleció algunos meses despues y antes de fallarse, en el castillo de Santa Catalina. Los demás vocales tambien fueron perseguidos, reduciéndolos á la condicion de gente sospechosa y por decirlo así, de mal vivir, puesto que se les mandó marchar á las respectivas provincias, no permitiéndoles pasar á los dominios ultramarinos y *sometiéndolos á la vigilancia de los capitanes generales.*

La Regencia inauguró su mando de una manera poco digna; y esto lo decimos con la misma pluma que la defenderá dentro de poco: porque nuestra mision es decir la verdad y no conocer ni amistad ni partido, y alabar y vituperar á un mismo sugeto ó corporacion, siempre que merezca ó vituperio ó alabanza. Probaremos ahora que no procedió con dignidad la Regencia.

A todos los individuos de la Junta sin excepcion, se les achacó el haber defraudado á la nacion para enriquecerse. Menester eran, ciertamente, otras circunstancias para que tantas personas se enriqueciesen á un tiempo, cuando tan grande era la penuria del Tesoro. El vulgo, empero, dió en decirlo así y *vox populi vox Dei*; aunque el erudito Feijóo, autoridad imparcial y respetable por sus ideas avanzadas para los que eran afectos á las llamadas reformas, dijo en puro romance: *Voz del pueblo, voz de los ignorantes; y los igno-*

rantes por muchos que sean, nunca dejan de serlo. Pero voz de Dios, ó voz de ignorantes, el pueblo se opuso á que se marchasen los de la Central con los equipajes llenos, formalizando la denuncia uno de los que más se oponian, llamado Noceda.

La Regencia entonces, sin considerar que no se puede ofender á nadie en materia tan grave sin vehementes indicios que se parezcan muchísimo á pruebas; sin recordar la alta dignidad que habian pocos dias antes representado los acusados y sin tener presente la altísima mision que ella misma habia recibido de sus manos, sin lo cual nada seria, tuvo la debilidad, segun la califican algunos, ó mejor dicho, la torpeza y el punible temor de desagradar á la gente de accion, accediendo indignamente á que fuesen públicamente registrados los equipajes de los que habian investido del poder supremo á aquellos mismos regentes que tan dócilmente se plegaban á deshonrarlos. Cuantos estaban ya á bordo de la fragata *Cornelia*, sufrieron tamaña humillacion resignadamente, aunque en su mayoría excelentes y verdaderos patriotas, y habian salvado á la nacion de la anarquía y del caos.

Regentes y exaltados fueron los humillados á su vez, puesto que á la mayoría solo se encontró una cantidad demasiado módica, y algunos apenas llevaban consigo lo necesario para llegar al término de su viaje.

Sin embargo, se formó proceso sobre aquel ruidoso acontecimiento; y como nos hayamos propuesto no insertar ningun documento que sea demasiado extenso como no nos parezca demasiado interesante para omitirle, renunciarnos á copiar íntegra la consulta relativa al asunto en cuestion, de la cual solo pondremos algunos fragmentos, porque conviene conocerlos.

«Señor (decia el Consejo á la Regencia).—Con real orden de 18 de Marzo último se remitió al Consejo Supremo de España é Indias por el ministerio de Gracia y Justicia una consulta que hizo á S. M. el Tribunal de policia establecido en la Isla de Leon.

» A esta consulta se ha acompañado una súplica de los mismos interesados, dirigida á solicitar se indemnice su honor, haciendo recaer la pena de la ley, sobre el que ha originado esta calumnia. Una y otra se ha remitido á este tribunal, para que proponga la providencia que corresponda en justicia, y combine mejor los extremos de castigar al delator y desagraciar á los sugetos tan falsamente calumniados.

» Para ellos ha dado el tribunal su dictámen, y el Consejo ha

examinado atentamente la sumaria, reducida á que D. Francisco Fernandez de Noceda, *movido de su patriotismo* (en política, casi siempre andan trocados los nombres), se presentó á la Junta de gobierno de la Isla, asegurando como cierto que se hallaban á bordo de la expresada fragata (la *Cornelia*) los individuos citados, con **300** baules de *plata y oro*; pero mandado ratificar en su delacion por el tribunal de vigilancia á quien se remitió, se afirmó en ella diciendo se lo habia oido así al contador de Rentas D. Francisco Sierra, con la diferencia de que el de la propia fragata, D. José María Croquer decia ser 150 nada más los baules, y que algunos de ellos, *sin embargo de ser de media carga no los podian levantar entre seis marineros*. El mismo añadía que para reducir la plata á oro, habian pagado sus dueños cinco reales por cada duro, noticia que apoyaban igualmente el tercenista D. Pascual de las Veneras, el oficial mayor D. Manuel Diosdado, D. José Antonio Martinez y otros que no tenia presentes.

Evacuadas las citas, y refiriéndose los citados á conversaciones tenidas en aquella oficina, resultó ser el autor de esta especie el contador de la fragata, el cual no aseguraba en qué consistía el contenido de los baules, y por consiguiente que era falso el descuento del cambio que se decia; pero tomadas declaraciones al contra-maestre, al bodeguero y á dos de los marineros, y examinados cuantos equipajes existian á bordo, pertenecientes á los mencionados sugetos (que entre todos fueron 24 baules nada más) *solo se encontraron cantidades de dinero muy cortas y alhajas de plata como cubiertos y otras semejantes y propias DEL USO DIARIO de sugetos de su clase.*»

Pues á pesar de haber sido tan grave y trascendental la calumnia y tan público el escándalo, escandalizó más el Tribunal pidiendo por todo castigo para Noceda *que se le apercibiese para que se abstuviese en lo sucesivo POR UN FALSO CELO de exagerar especies absurdas desnudas de un fundamento sólido, y que fuese aún más severo el apercibimiento respecto de D. José María Croquer, como que en calidad de jefe del ramo de la Real Hacienda en la fragata *Cornelia*, debia conocer mejor la falsedad de las especies que propalaba, etc.*»

Al pronto se supuso que habia parecido al Consejo demasiado laxo el tribunal; mas fué quizá que tuvo una segunda intencion, como puede inferirse, sin que pueda ni remotamente asegurarse, porque elevó una consulta, cuya principal parte decia:

»El Consejo, exacto observador de las disposiciones legales, *conformándose con el anterior dictámen*, no puede menos de opinar

que para que tenga efecto la voluntad de V. M. es necesario dar á la causa otro estado diferente, porque puede asegurarse *no estar verificada la diligencia del reconocimiento con una exactitud tal*, que pueda dar márgen á una providencia capaz de indemnizar el honor ultrajado de los interesados, y castigar la falta de precaucion y ligereza de los delatores; pues no resultando plenamente convencidos estos de su malicia, de ninguna manera deben tenerse por reos, mayormente cuando no se han tomado declaraciones por preguntas de inquirir, ni se han hecho los cargos correspondientes.

Lo mismo reconoció el Tribunal de policía, y por ello no consultó á V. M. la imposicion de la pena de la ley á los calumniadores.

El Consejo cree muy importante el que en este negocio se administre rigurosa justicia; y no teniendo para ello estado la causa, es de parecer que V. M., siendo servido, podrá mandar que se devuelva al referido Tribunal de policía y seguridad pública de la real isla de Leon, para que sustanciándola legalmente, la determine en justicia.

V. M. resolverá sin embargo, etc.

Sobre la precedente consulta recayó la real resolucion siguiente:

«Real resolucion.—Como parece.—*Javier de Castaños*, presidente.»

El Consejo, enemigo como siempre se habia mostrado de la Junta central, no sabemos si además de encontrar ilegalidad en los procedimientos, quiso *algo más*, como puede sospecharse de las palabras: *es necesario dar á la causa otro estado diferente, porque puede asegurarse no estar verificada la diligencia del reconocimiento con una exactitud tal que pueda dar márgen á una providencia capaz de indemnizar el honor ultrajado*, etc. Estas palabras pudieron ser dictadas por espíritu de justicia, ó por el inextinguible antagonismo, avivado con la caída del antiguo enemigo, por el mezquino y reprobable deseo de venganza.

El ilustrado é integérrimo Jovellanos se libró de la humillacion, porque se habia dado á la vela en otro buque, algunas horas antes de dictarse el reconocimiento.

La no extinguida animosidad del Consejo contra la disuelta Junta, la demostró aquel en otro documento, de una manera tan fuerte como virulenta; pero omitimos su insercion, diciendo solamente



C. MUGICA, dib.^o y lit.^o

Lit. de J. DONON, Madrid.

D.^{na} Francisco Javier Castaños,
(Primer Duque de Bailén.)



que se referia á los presos conde de Tilly y Calvo de Rozas y á cuantos se encontrasen en su caso.

La Regencia se conformó con lo expuesto por el Consejo, siendo con él tan deferente, que por serlo faltó á uno de los extremos incluidos en el juramento que habia prestado al empuñar las riendas del gobierno; si bien algunos aseguran que retiró de la fórmula la parte relativa al extremo en cuestion.

Aproximándose el dia señalado primero, aplazado despues y vuelto á señalar de nuevo para la reunion de las Córtes, la Regencia aplazó nuevamente dicha reunion, para cuando el estado del país mejorase y lo permitiese. Suponemos que se fundaria en que muy á las claras se traslucía una marcada tendencia á innovaciones mayores de las que pretendian los reformistas de buena fé; empero esto debieron considerarlo antes de aceptar su compromiso, bajo juramento, ó simple promesa y palabra, si aquel no se habia realizado.

En un sentido, y muy principal é interesante, no pudo ni podrá jamás motejarse á la Regencia: respecto de su verdadero patriotismo ó independencia, nada dejó que desear.

Uno de sus primeros cuidados fué el de fortificar á Cádiz, aumentando las defensas de Santi-Petri, el puente de Zuazo, Gallineras y todos los fuertes, añadiendo algunos fortines. Mandó además volar los puentes del Guadalete y tomó cuantas providencias pudiesen servir para la defensa, haciendo recomponer y habilitar todos los buques y lanchas que pudo reunir, hasta formar con las fuerzas sutiles dos escuadras: el mando de la primera se dió á D. Cayetano Valdés, y á D. Juan Topete el de la segunda, cuyo crédito como jefes de marina era una verdadera garantía.

Tambien adoptó la Regencia una resolucion importantísima. Estableció un servicio continuado de correos marítimos que iban y volvian á todos los puertos libres de España, por cuyo medio, lo mismo de las partes del Océano que del Mediterráneo, se podian recoger jefes y oficiales, voluntarios y soldados, y dar noticias del gobierno á los que estuviesen distantes de él á fin de que su existencia evitase el desánimo. Y nada era sobrado; porque los invasores estaban tan próximos, que se habian apoderado del Puerto de Santa María, de Puerto Real, de Chiclana y de cuantos puntos estaban más inmediatos á la residencia del gobierno español.

Ya entonces estaban dando sus resultados los correos marítimos; cada dia llegaban nuevos voluntarios y oficiales, y con acuerdo de la Regencia se creó una division llamada volante, en el Nor-

te de España, cuyo mando se dió al bizarrísimo y leal Renovales, ya mariscal de campo; y á fé que bien merecia su empleo.

Cuando los franceses tuvieron á Cádiz reduci lo á forma de bloqueo, intimaron á la Junta de aquella plaza la rendicion, por medio de tres individuos peores que los franceses; por medio de tres *afrancesados*. Estos desgraciados cumplieron su cometido el dia 7 de Febrero, pasando á la Junta un oficio seductor en sus promesas, y unas proclamas del mismo género. La Junta devolvió estas últimas sin leerlas, y al márgen del oficio puso las siguientes lineas: *La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, no reconoce otro rey que el Sr. D. Fernando VII.*

Era ya difícil empresa la que el usurpador intentaba; el valeroso, cuanto inteligente y modesto duque de Alburquerque, habia salvado al gobierno y quizá á España con 8,000 hombres, cuando otros habian destrozado sin provecho y sin gloria 40 ó 50,000. Era, pues, forzoso ganar al de Alburquerque, y al efecto Soult le escribió en 16 de Febrero, dia en que llegó al Puerto de Santa María con José, ofreciéndole más de lo que el mismo duque pudiera desear. Contestó vivamente resentido, manifestando á Soult que *jamás habia dado motivo para que se le supusiera desleal y poco caballero.*

Habiendo dado golpe en vago el héroe de Portugal, practicó con D. Ignacio de Alava, capitán general de aquel departamento marítimo, igual diligencia que con Alburquerque. Alava, más franco ó brusco si se quiere, contestó á Soult de una manera que pudiera haberse calificado de ofensiva, si se pudiera ofender al que se llama caballero y se ocupa de querer corromper la fidelidad de los hombres de honor.

Como las fuerzas y elementos franceses eran muy grandes, acordóse no salir de la defensiva, ó al menos no empeñar una acción general, sino lances parciales que proporcionasen á los bisoños la ocasion de hacerse al fuego.

El estado de las fuerzas terrestres de España era á la sazón el siguiente. Alburquerque mandaba el ejército de la izquierda compuesto de poco más de 8,000 hombres, y Blake se esforzaba por aumentar y organizar el del centro, al cual habian servido de núcleo los restos de los brillantes ejércitos malamente destrozados en Ocaña y Sierra-Morena.

El de la izquierda se iba aumentando por la parte de Estremadura, y el del centro engruesaba tambien, como que la parte de

España en que más vigilante y multiplicado estaba el enemigo, era la extremidad del reino, por Andalucía.

El proyecto de la Regencia era, al paso que socorria con dinero y armas cuanto podia á Blake y Alburquerque, formar tres cuerpos de ejército de 80,000 hombres cada uno, ó sean 240,000 hombres. El primero debería operar en Andalucía, el segundo en Castilla, y en la Corona de Aragon, especialmente en Cataluña, el tercero.

La Isla seria el centro de una gran posicion militar, estableciendo su ala derecha por el campo de Gibraltar y Serranía de Ronda, la izquierda por Ayamonte, extendiéndose por las costas de Huelva, Moguer y Serranía de Arazena: la derecha amenazaría á Málaga y Granada; la izquierda á Sevilla, Córdoba y hasta las Manchas, alta y baja.

Respecto de las fuerzas maritimas se experimentó un descalabro natural en la noche del 6 de Marzo. Los navíos *Purísima Concepcion*, de 110 cañones, *San Roman*, de 74, y *Montañés*, tambien de 74, con la fragata *Paz*, fueron estrellados contra la costa del Nordeste, á consecuencia de un fuertísimo temporal. Con ellos perecieron quince marineros.

Comenzaron los franceses las hostilidades, y los españoles se sostuvieron muy dignamente, arrojando á los enemigos de algunas posiciones, y destruyendo inmediatamente las fortificaciones que habian hecho.

Aprovechando la ventaja, se mandaron salir refuerzos en direccion del condado de Niebla, nombrando comandante general de aquel al mariscal de campo D. Francisco Copons y Navia. Mandáronse igualmente refuerzos á la Serranía de Ronda, y auxilios de todo género á Cartagena y Ayamonte, y se mandó á la Habana á un jefe y varios oficiales del cuerpo de ingenieros hidráulicos, con el laudable y útil objeto de fomentar la construccion de buques de guerra.

Por lo expuesto se vé muy claramente que si la Regencia fué débil y *no más* segun se la quiso calificar, en algunas cosas, ni fué poco activa ni descuidó nada de cuanto el bien de la patria exigia.

Poco despues fueron sorprendidos los Regentes con una proposicion, que con razon sobrada fué calificada de atrevida.

Cuando estaba más afligida la Regencia por la escasez de recursos pecuniarios, asombrada, ó aterrada más bien, con un déficit de 500.000,000 de reales que habria de resultar anualmente, á pe-

sar de poner en juego todos los recursos imaginables, si queria cumplir cuanto se habia propuesto y era necesario, recibió una proposicion de la Junta de Cádiz, dividida en 19 artículos, ofreciendo hacerse cargo de la recaudacion de todas las rentas del Estado, en España y las Américas, en cambio de lo cual, se encargaria de sostener todas las cargas del gobierno, *sin excluir el mantenimiento y aumento de los ejércitos españoles.*

Asombro grande causó tan atrevida proposicion á los Regentes; calificados fueron los que la idearon y suscribieron de más patriotas que interesados, puesto que la pérdida era infalible, y que el exigir la recaudacion no era por esperanza de lucro, sino para perder de menos lo que pudiesen recaudar.

Por lo mismo que era tan ventajosa la proposicion, dió mucho que pensar y promovió grandes y animadas discusiones; empero los nombres de los firmantes, capitalistas fuertísimos todos; el no exponerse á perder nada la Regencia pudiendo ganar mucho, porque aquellos nombres eran una garantía del cumplimiento, y más que todo para evitar se creyese que no cedian por deseo de manejar los caudales públicos, recordando el reciente ejemplo ocurrido con la disuelta Junta central, el dia 31 de Marzo, aceptaron, por último, y firmaron la proposicion.

No tardó en formarse un solo ejército de los del centro é izquierda, cuyo mando se dió á Blake. Alburquerque habia pasado de embajador extraordinario á Lóndres, para dar cuenta al rey de Inglaterra de la instalacion de la Regencia.

Habíanse desavenido de una manera bastante grave la Junta de Cádiz y el de Alburquerque; y la Regencia creyó conveniente cortar aquellas destempladas cuestiones alejando al dignísimo general, que habia recientemente salvado al gobierno y á la nacion.

Blake llegó á la Isla el dia 21 de Abril, y en el acto recibió su nombramiento con inclusion del de director general de infantería.

Nombró además la Regencia capitán general de Aragon al marqués del Palacio, y de Cataluña al duque del Parque. Estaba ejerciendo interinamente el general O'Donnell (D. Enrique) desde que fué relevado Blake, y tanto se habian pagado de su bizarría los catalanes, que rogaron al gobierno le diese la propiedad de aquel elevado cargo. El del Parque, que sin duda lo supo, renunció y O'Donnell recibió el nombramiento de capitán general del Principado.

No queriendo la Regencia dejar sin ocupacion al duque del Parque, así por sus recientes servicios como por ser del número de

los arrepentidos, le dió una muestra de su plena confianza, confiéndole la comision de pasar á las islas Canarias, á restablecer el órden, á la sazón alterado.

El valeroso marqués de Portago fué nombrado en comision jefe de las fuerzas militares del campo de Gibraltar, en donde habia muy poca tranquilidad, alterada ésta por celos de mando entre los jefes militares que se creian iguales y no querian reconocer superior.

Tambien fué llamado á la isla el bizarro general D. Gaspar Vigodet, con su division, compuesta de unos 5,000 hombres.

La Regencia auxilió tambien con armas y con dinero al general D. Luis Alejandro Bassecourt, que con su division operaba bizarra y entendidamente por tierra de Cuenca, y, por último, determinó igualmente formar de pronto un nuevo ejército de 15,000 hombres, cuyo núcleo habrian de ser las tropas de Villacampa.

Hacia ya algun tiempo que el brigadier Villacampa (D. Pedro) habia sido comisionado por el general Blake, para organizar y hacer adquirir cierta disciplina á la multitud de partidas que pululaban por las márgenes del Ebro. Estaban discordes y divididas entre sí, porque cada jefe queria predominar sobre todos los de su clase; y como otro tanto sucedia con los cuerpos francos, causando grave daño á la causa que defendian y no pequeña estorsion á los pueblos de aquella comarca, la providencia adoptada por Blake fué tan oportuna como útil.

Breve trabajo fué aquel para el severo Villacampa, naturalmente duro por carácter. Poco tiempo despues de haber llegado tuvo formada una buena division, tan organizada y disciplinada, que al frente de ella arrojó el mencionado brigadier á los franceses de todo aquel territorio, desalojándolos despues de tierra de Calatayud, del Frasnó y de la Almunia.

Sorprendidos los franceses y no menos avergonzados, reunieron grandes fuerzas de infantería, con artillería y todos los elementos de guerra necesarios, como si se tratase de vencer á un ejército compuesto de muchos millares de hombres aguerridos y veteranos.

Villacampa, que vió próximo tan terrible nublado y temiendo descargase sobre su gente, tan inferior en número y en circunstancias militares, se replegó hasta las Sierras de Albarracín, y se apoyó en el célebre santuario de Nuestra Señora del Tremedal, allá en la cúspide de un elevadísimo y muy agreste cerro, cuya su-

bida procuró Villacampa dificultar más con algunas cortaduras.

Trabajo y tiempo costó á los franceses el lograr su objeto, y no les costó menos sangre que tiempo y trabajo; pero habia un medio seguro de hacer abandonar su asilo á aquellos bizarros españoles; el cerco y el hambre.

Villacampa, empero, se abrió paso y descendió, sufriendo alguna pérdida. Los franceses saquearon é incendiaron un pueblo inmediato y volaron el santuario, con escándalo de todos aquellos piadosos ciudadanos que por las inmediateciones moraban. Gracias que un capellan logró con tiempo ocultar la venerada y milagrosa imágen, por cuya razon no voló con el santuario; y mostrándola al pueblo le tranquilizó, sin lo cual hubiéranse puesto en armas hasta los más niños y los más ancianos.

Esta tropa mandada por el bizarro Villacampa, era la que debia servir de núcleo al nuevo ejército de 15,000 hombres; y hemos hecho la precedente ligera reseña, para que el lector tenga algun conocimiento de los antecedentes de tan bizarra hueste.

La Regencia continuó en la isla de Leon hasta el dia 29 de Mayo, en el que se trasladó á Cádiz. Entraron en esta hermosa ciudad los Regentes por entre las filas de la guarnicion que cubria la carrera, con batidores y escolta, y en la misma forma que si fueran el rey en persona, pasando á alojarse al bello edificio de la Aduana, que habia de servirles de palacio.

El obispo de Orense se incorporó en Cádiz á la Regencia.

Debemos manifestar, porque así es la verdad, que la Regencia apenas descansaba, y ocupaba todo el dia y gran parte de la noche en organizar y dirigir los trabajos relativos al fomento de la santa guerra, á buscar los hombres más idóneos para encargarles de los puestos más delicados é importantes, á proporcionar víveres, municiones y todo género de recursos á los ejércitos, y, muy especialmente, á fomentar y aumentar la marina de guerra. Cítase con grande elogio la providencia que la Regencia dictó, autorizando al comercio de la Habana para proveerse de harinas de los Estados- Unidos; mas poniendo por condicion precisa que fuesen á buscarlas con sus buques los mismos interesados, y no las recibiesen ni admitiesen en los buques norte-americanos.

SEVILLA.

Aunque bajo este epígrafe hablábamos antes de todo cuanto tenia relacion con el gobierno legítimo de España, porque Sevilla

era su residencia fija, como cambiaron despues tanto los asuntos de la guerra, le empleamos ahora para tratar de lo que pertenece al usurpador, que es quien ocupa la importante conquista del santo rey D. Fernando.

Habia José recorrido los más bellos puntos de Andalucía: habíase dejado ver en Granada, en Málaga y en todos los demás puntos dominados por sus tropas; sólo en la bellissima Cádiz, nuestra amada pátria, no habia podido penetrar. Tenia verdadero empeño en poseer el corto recinto que encerraba al nuevo legítimo gobierno, así como al antiguo le habia hecho salir de Sevilla.

El asunto, empero, iba para el usurpador muy despacio: pasaban los dias y trascurrían los meses, sin que se hiciese otra cosa que dar combates parciales, casi diarios, y destruir mutuamente con la artillería, amigos y enemigos, los parapetos y defensas improvisadas.

En un punto importante para la defensa de la plaza, se colocó voluntariamente un pobre albañil, pero muy rico de amor pátrio, con los útiles de su oficio y con pedazos de ladrillos, piedra y cuanto pudo reunir. Con un valor tan grande que hubiera hecho honor á un buen general, estaba expuesto al fuego enemigo; y tan pronto como una bala rasa hacia algun estrago en aquel punto, el albañil reparaba el daño, con la misma tranquilidad que si estuviera en plena paz y trabajando dentro de la ciudad á cuerpo cubierto. Del mismo modo continuó durante algunos dias, hasta que un fatal proyectil cortó aquella existencia digna de ser eterna. Si el albañil de quien venimos hablando, hubiese nacido en otra esfera y tenido otra educacion, con un corazon tan grande y valeroso, ¿qué no hubiera sido capaz de hacer? Pues nadie se cuidó de saber ni aún el nombre de aquella verdadera víctima de su patriotismo. Sabemos el hecho y le aseguramos como auténtico, porque le presenciaron varias personas que nos le han referido; pero nadie, absolutamente nadie, tuvo la idea de saber cómo se llamaba el denodado español que mereció eternizar su nombre en la historia. Así fuimos siempre, por más que nos duela el confesarlo: esta es una de las muchas ediciones que se han repetido en España del mismo género; y si nó, recuerde el lector al célebre molendero de chocolate, que fue preso en Madrid el dia 2 de Mayo de 1808.

José, cansado de esperar, y viendo que la rendicion de Cádiz se prolongaba, se trasladó del Puerto de Santa María á Sevilla. Y, cierto, no quedaria descontento, porque casi en todas partes fué re-

cibido con aplausos, vítores y festejos. Todo esto lo atribuyen algunos al temor; otros á que creyeron los andaluces, en general, que toda esperanza de restauracion estaba perdida. Para nosotros, tan criminal es el primer motivo, como el último: si todos los españoles hubiesen tenido temor ó hubiesen dado por muerta la justa causa que defendian, ¿qué hubiera sucedido? Medrados hubiésemos estado si todos los españoles hubieran imitado á los sevillanos, cordobeses, granadinos, etc., etc. Si los gaditanos les hubiesen imitado tambien, ¿qué hubiera sido de la Independencia española! La conducta de los andaluces, en general, hace que resalte muchísimo la gloria que de derecho pertenece á los gaditanos.

Para nosotros está fuera de toda duda que en Andalucía no hubo otro motivo para obsequiar y aplaudir á José que los 80,000 hombres que tenia por ella repartidos, y el convencimiento de lo bárbaramente que procedian, cuando encontraban el más leve pretexto.

José, sin embargo, tomaba los aplausos por moneda corriente, y llegó á cambiar su disgusto en placer: hacíale mucha falta el cariño de los españoles, y se persuadió entonces de que le iba adquiriendo, y muy cordial.

En Sevilla publicó varios decretos, entre ellos uno que disgustó á toda España, porque vió esta claramente que iban á desaparecer poco á poco sus leyes, sus costumbres y su forma de gobierno.

El decreto en cuestion mandaba dividir el reino en prefecturas, subprefecturas y municipalidades. No insertamos este decreto, porque en compendio no es otra cosa que una copia exactísima de la administracion francesa, para hacer que desapareciese la española.

Por otro decreto mandó formar la estadística general de España, y creó, por otro, una milicia ó guardia cívica, á la manera de la que se había formado en Cádiz por la Regencia, cuyos batallones llevaban los nombres vulgares de *lechuguinos*, *guacamayos*, *pavos*, etc., aludiendo á los colores de los respectivos uniformes.

No fué, empero, muy duradera la alegría de José: poco despues de haber regresado á Sevilla, se convenció de que había otro rey, más poderoso que él, en España; y esto sin contar con el que aún permanecía en Valencey, que era el único legítimo.

Era el otro rey el ambicioso Napoleon Bonaparte, quien desde París, siguiendo en su fatal empeño de gobernar y avasallar-lo todo, remitió tambien varios decretos para gobernar á España.

Dividia la nacion al efecto en cuatro gobiernos militares, denominados Cataluña, Navarra, Aragon y Vizcaya, como que estaban *situados á la márgen izquierda del Ebro*, y cuyos distritos queria para sí el ambicioso. Con este decreto mandaba sus órdenes á los generales, encargándoles el cuidado de la autoridad militar y civil, y mandándoles muy terminante y rotundamente no obedecer órdenes ni instrucciones que él mismo no remitiese, y lo que era aún, si cabe, más notable, les mandaba no tener con la córte de José más relaciones *que las de pura cortesía*; no faltar abiertamente, pero no curarse de José para cosa ninguna. En un papel aparte y bajo el epígrafe reservado, manifestó á los cuatro mariscales que mandaban en los cuatro distritos, que habia resuelto incorporar á la corona de Francia toda la parte comprendida en la orilla izquierda del Ebro; es decir, que ni aún á su mismo hermano perdonaba su ambicion. Ya que se hizo la ilusion de regalarle una corona, no pudo su ambicion hacer el *obsequio*, sin cercenarle una muy principal parte. Decia él que esta exigencia no lo era, pues se limitaba á indemnizarse, con su realizacion, de los enormes gastos que al imperio habia ocasionado y ocasionaba la guerra de España.

No se concretaba á esto Napoleon: mandaba, además, otras órdenes en virtud de las cuales de todo disponia, hasta de las rentas de España.

Profundo disgusto ocasionaron en el ánimo de José las órdenes de su hermano, pues comprendió que era para él un objeto de verdadera irrision. Creció el disgusto y la tristeza del intruso, porque no faltó quien le dijo, y pudo hacerle ver que decia verdad, que Napoleon no consideraba como rey á su hermano; sino como *general de sus ejércitos del otro lado del Pirineo*.

Y tan cierto era que solo le consideraba como general, que por una nueva órden distribuyó sus ejércitos de España en tres cuerpos; uno destinado á Portugal, al mando de Massena; otro del Mediodia de España, al mando de Soult, y otro al de José Bonaparte, denominado del Centro. Pero procedió de tan indigna manera con su hermano, porque no respetaba su ambicion y avaricia ni aún los sagrados vínculos de la sangre, que para formar el cuerpo de ejército que habia de mandar José destinó nada más que la division Desolles, y algunas fuerzas de los cantones inmediatos á Madrid: hasta el cuerpo de ejército, podia llevar por irrision este nombre.

Semejante determinacion hirió muy profundamente el amor

propio del titulado rey de España; y si esto le ofendió mucho, no le entristeció menos el verse casi abandonado; porque su hermano, egoísta también como no podía menos de serlo siendo ambicioso, había jurado no pasarle más recursos materiales que *cien mil duros* cada mes. Esta cantidad nada suponía; y aun cuando se la agregase lo que de contribuciones forzosas pudiese recaudarse, era esto tan poco y tan por fuerza sacado, que José veía claramente que su hermano, sobre ponerle en ridículo, quería que se perdiese su causa. Así es que dió cuenta de todo cuanto ocurría á su esposa, manifestándole su resolución de abandonarlo todo, si ella no lograba saber de boca de su cuñado los motivos que aquel tenía para observar con él semejante conducta y poner en claro la verdad. La carta de José á Julia, su esposa, terminaba con estas palabras: *Deseo, pues, que prepares los medios para que podamos vivir independientes en un retiro, y ser justos con los que me han servido bien.*

Dirigida dicha carta á su destino, mandó el pseudo-rey á su ministro Azanza á París, á fin de que en su nombre hiciese presente á Napoleon su disgusto, por la manera inmerecida con que era tratado. Despues salió de Sevilla tan triste, como alegre había entrado en ella.

Llegó á Madrid el día del regocijo popular de los madrileños; el día de una alegría tan frenética que se hace comunicativa en tanto grado, que se estiende á los provincianos y hasta á los extranjeros que en Madrid residen. Hablamos del día de San Isidro Labrador, patron de esta villa y córte (15 de Mayo). Hacia 20 días que había fallecido uno de los ministros de José; el conde de *Cabarrús* (27 de Abril).

MADRID.

En Madrid alcanzó á José un ayudante del general Berthier con pliegos de Napoleon. Ni las gestiones de Azanza, ni las de la reina Julia habían logrado que el ambicioso egoísta se separase de la línea de conducta que se había trazado. Lo mismo que con su hermano José hacía con sus dos hermanos los reyes de Holanda y de Hannover.

El ayudante de Berthier entregó al llamado rey de España un *decreto imperial*, en virtud del cual se creaban otros dos gobiernos militares en España: el uno en Búrgos y en Valladolid el otro.

Napoleon despues de haber desaprobado todas las operaciones

militares practicadas por José, cuando éste permanecía en Sevilla hizo que Berthier á su nombre, que no se dignó escribir él mismo á su hermano, desaprobase cuanto éste último había hecho en España, respecto de administracion. El ayudante trajo una carta del expresado mariscal, escrita en dicho sentido.

Airado José, fuera de lo ordinario y á pesar de su carácter dulce y templado, determinó abdicar la irrisoria corona que en realidad no ceñía. Los afrancesados, temerosos por su suerte futura, le rogaron y suplicaron tanto, que lograron calmarle; pero determinó mandar un enviado extraordinario á París, y eligió al marqués de Almenara, con el objeto de pedir á Napoleon revocase todos sus últimos decretos que tanto ponian á José en ridículo, y que acababan de irritar á los españoles más de lo que estaban. Referíase principalmente en esto al decreto relativo á las provincias situadas en la margen del Ebro; porque los españoles jamás supieron soportar ni aún la idea de que pudiera llegar á desmembrarse su territorio.

Dejemos al marqués de Almenara caminar á París, y volvamos la vista á los asuntos de la guerra.

ASTURIAS.

La Regencia del reino alarmada al saber las últimas providencias dictadas por Napoleon y las facultades discrecionales que, sobre las prefijadas, daba á sus mariscales, hizo un llamamiento general al patriotismo de los españoles. El resultado del llamamiento fué multiplicarse tanto las *partidas*, que no parecia sino que de la tierra surgian los guerrilleros.

El célebre D. Juan Diaz Porlier, habia logrado reunir y organizar militarmente un cuerpo de 1,000 hombres, con los cuales auxiliaba á las escasas fuerzas del ejército que permanecian en el principado de Asturias.

Era el general francés Bonnet el encargado de arrojar de aquel territorio á los españoles, y logró Bonnet, en efecto, dispersar las fuerzas que mandaba el mariscal de campo Arce, y ahuyentar á los confines de la provincia á un brigadier llamado Llano-Ponte. No contó, empero, Bonnet con Porlier, ó con el *Marquesito*, como generalmente le llamaban, quien dejándose caer sobre la retaguardia de la division Bonnet, bajando como una exhalacion de las montañas, la puso en fuga, haciéndole cerca de *trescientos prisione-*

ros. Hecho esto, el valeroso Porlier se situó tranquilamente en Pravia.

Rehízose Bonnet y determinó vengarse; mas distraían su atención tan simultánea y acertadamente Porlier, Bárcena, Cienfuegos y Llano-Ponte, que ni áun en Oviedo le dejaban tranquilo, á pesar de contar con más tropas que los españoles, y muy aguerridas, y con todos los recursos materiales que son indispensables en la guerra.

SITIO DE ASTORGA.

Tratábase ya de hacer una nueva y terrible invasion en Portugal, y era forzoso asegurar á Galicia. Por Castilla la Vieja nada había que temer, puesto que Kellerman tenia allí fuerzas inmensas y casi por completo dominaba el país; y además tambien en Castilla se hallaba el cuerpo que mandó Ney, y que accidentalmente dió despues á Marchand el *dominador*.

Junot estaba en los límites de Galicia; pero en el límite contrario, y era forzoso asegurar á Astorga, que si como plaza fuerte no lo era, se la consideraba con justa razon como la llave de Galicia.

El general Loison fué el encargado de sitiar á Astorga, y el dia 11 de Febrero se presentó ante la ciudad, con unos 9,000 hombres, y un pequeño tren de batir, tal como lo exigia la ciudad que iba á ser acometida.

Aun era gobernador de Astorga D. José María Santocildes, que tenia á sus órdenes 3,000 hombres, sin contar las partidas de paisanos, que se armaron, tan pronto como se acercó Loison.

Ya por efecto de la decision de la guarnicion y de los astorgueños, ya porque habian mejorado cuanto fué posible las defensas, despues del sitio sufrido anteriormente, pasaron cerca de siete días, sin que Loison pudiese ganar ningun terreno. Dicidióse á intimar la rendicion, como la intimó en efecto el dia 16. Santocildes se negó enérgicamente á tratar de la entrega; y Loison, comprendiendo que la entrada nada llana estaba, se retiró; pero dejó alguna fuerza como en observacion.

No aprobó Junot lo hecho por Loison; porque la posesion de Astorga estaba preceptuada por Napoleon, para luego hacer la invasion en Portugal. Por esto casi un mes despues (21 de Marzo) volvieron á aparecer los franceses. Llegaron en efecto, pero en

mayor número y con mayor tren de batir, decididos á tomar la ciudad.

El día 25 sufrió Astorga la primera embestida, y los enemigos fueron rechazados con bastante pérdida.

Así trascurrieron los días; los sitiadores esperando amenguase el ardor de los sitiados, y estos aguardando al general Mahy con socorros de hombres, víveres y municiones.

No llegaba Mahy, empero, y á fuerza de lanzar proyectiles contra la plaza lograron aportillar el muro cercano á la puerta de Hierro. Lanzando al propio tiempo gran número de granadas, incendiaron la preciosa catedral cuyo exterior, gloria del arte, fué preciso restaurar despues.

Junot, más cruel que Loison, viendo aportillado el muro y en disposicion de ser franqueado, intimó la rendicion, con el aditamento de que pasaria á cuchillo á cuantos encontrase dentro de Astorga si no se entregaban.

Si el mariscal creyó intimidar á los sitiados con su alarde de crueldad, quedó muy pronto tristemente desengañado: hicieron volver al parlamentario con una respuesta bien lacónica: *mueitos, si; rendidos, nó.*

A consecuencia de tan enérgica respuesta acometieron los feroces sitiadores con igual fuerza é impulso la puerta y el arrabal de Hierro; y desde las nueve de la mañana hasta el anochecer, continuaron los invasores repitiento los ataques, y los sitiados rechazándolos enérgica y vigorosamente.

Recomenzó el fuego el día siguiente (21 de Abril); pero á las once de la mañana se habian agotado las municiones de los defensores, y se acordó la capitulacion por la Junta que allí gobernaba en union del jefe militar, para evitar la multiplicidad de desgracias. La gente de corazón queria perecer como los numantinos y así lo propuso alguno en la sesion. Un cabo, sobre todos, cuyo nombre, *segun costumbre* se ignora, hallándose en su puesto el día 22 en que los franceses habian de tomar posesion de Astorga, y en el mismo momento de estar tomándola, de pronto arroja el fusil, tira del sable y gritando *si han capitulado yo no capitulo*, se arroja por entre los enemigos á guisa de leona á quien han privado de sus hijos, hiere y mata, derribando gente á derecha é izquierda, hasta que entre tantos dieron fin á su heróica vida, despues de haber el valeroso cabo arrancado más de veinte.

Las Córtes, tiempo adelante, decretaron una pension para la fa-

milia del denodado cabo, tan verdadero patriota, que si le secundan Dios sabe lo que hubiese sucedido en el acto de la entrega. La primera dificultad que se encontró, á pesar de los buenos deseos de las Cortes, fué el no saber el nombre ni áun al pronto el regimiento; y si hemos de creer á unos apuntes contemporáneos, antes dejó de existir aquella forma de gobierno, que se averiguase el nombre del valeroso cabo. Además, cierta clase de pensiones se proponen por uno ó más entusiastas; empero se discuten y votan cuando se puede, y no hay asunto de preferente atención, que ciertos de los encarnados en la política. En este mundo supone poco para darle preferencia sobre cierta clase de política, el que una familia, huérfana por la patria, gima en la miseria.

Astorga, pues, quedó en poder del ladron de coronas, que dió un gran paso avanzado para la realizacion de sus proyectos respecto de Portugal. La guarnicion, empero, obtuvo una capitulacion tan honrosa como merecia.

NAVARRA.

Poco podemos decir respecto de este antiguo y glorioso reino de los Sancho Abarca y Sancho el Mayor. No omitiremos, empero, el manifestar al lector que el mariscal Suchet, que mandaba en Aragon, tuvo necesidad de pasar personalmente á Navarra, á cuya provincia traia en continua alarma Mina, el sobrino, llamado el Mozo.

El mando de las autoridades francesas estaba absolutamente reducido á Pamplona: fuera de los muros, ni áun podian asomarse. Ni llegaba correo, ni parte, ni comunicacion de ningun género, que no cayese en poder de Mina, el Mozo, burlándose todos los dias y á todas horas de los enemigos, y siendo un vivo trasunto del gran Viriato; porque bajaba al llano, se batia, desaparecia de pronto, y reaparecia muy distante de donde desapareció. Hizo tanto aquel heróico campeon, que obligó á tratar con él al general francés gobernador de Pamplona, como de potencia á potencia, para cangear prisioneros.

Burlóse Mina de Suchet como de sus antecesores, con ser de los más famosos é inteligentes generales del imperio. Ni le valió el ser secundado por el general Harispe y por el gobernador. Desesperado ya el veterano mandó reforzar las tropas de Navarra con otras de Rioja y de Aragon; y Mina que juzgó la imposibilidad en que estaba

de hacer frente á 25,000 hombres con menos de 1,200 que tenia, imitó una vez más al inmortal Viriato; hizo dispersar á los suyos, escondió en muy seguro paraje las armas y quitada la divisa que llevaba, comenzó á recorrer de paisano el país, á fin de espiar la ocasion de reorganizar su gente, contando con el pleno y completo apoyo de todos los navarros sin escepcion.

VALENCIA.

Diariamente llegaban á España refuerzos al ejército francés, á medida que regresaban las tropas del ambicioso por excelencia, desocupadas por efecto del reciente tratado de Viena.

El cuerpo de ejército que mandaba Suchet fué reforzado, hasta reunirse en él la suma de 30,000 aguerridos veteranos. Con los refuerzos y recursos llegó la indicacion, más bien que la órden, de Bonaparte respecto de sitiar y adquirir á toda costa la posesion de las plazas de Lérida y Mequinenza.

José, cuyo plan de campaña diferia absolutamente del de su hermano, mandó al mismo tiempo á Suchet pasar á Valencia y apoderarse de la capital, cosa que juzgó facilísima, quizá engañado por sí propio ó por otros.

Acababa Suchet de obligar al célebre guerrillero navarro á dispersar su gente y desaparecer; y como de una parte Navarra estaba tranquila, y de otra, segun él, no habia recibido órdenes formales y terminantes de Napoleon, si no fué que era de los pocos jefes superiores afectos al rey intruso, es lo cierto que preparó la expedicion de Valencia, dejando algunas fuerzas en Aragón para habérselas con los *brigantes*.

Guerrecaban por Aragón el famoso Villacampa, Perena y algun otro, entre los cuales, cuando les convenia reunirse, juntaban sobre 13,000 hombres, y cuando nó, se fraccionaban; empero todo lo ejecutaban con tanta oportunidad como inteligencia.

Suchet dejó en Aragón como unos 15 á 16,000 hombres y tomó la vuelta de Valencia con el resto de su ejército, en circunstancias muy poco á propósito y menos ventajosas para la causa española; porque los valencianos, de suyo vivos con exceso y poco sufridos, estaban á punto de estallar, merced al capitán general D. José Caro, á quien no debe confundirse con su hermano D. Juan, general tambien y hombre de muy diversas y excelentes circunstancias.

El Caro de Valencia gobernaba con bastante tiranía, y cuidaba mucho más que de los asuntos de milicia, de las políticas intrigas. Era, además, muy duro para el mando y cometió más de un atropello. Hé aquí el por qué hemos dicho que eran poco favorables las circunstancias á la causa española, y añadiremos ahora que, segun se infirió entonces y se supone hoy, el empeño de José, aunque tan acostumbrado á deferir de grado ó por fuerza á la voluntad de su hermano, fué porque el insoportable yugo del general español, facilitó á los franceses buenas inteligencias de Valencia. Quizá por esto tambien se desentendió Suchet de lo determinado por Napoleon, aunque en abono de esta creencia no tenemos otro fundamento que la extrañeza que nos causa aquella especie de desobediencia, siendo así que las indicaciones del hombre irascible se tomaban por sus súbditos como órdenes, y en este concepto eran obedecidas.

Cuando Suchet se acercó al territorio valenciano, separó en dos divisiones sus tropas, mandando la una por Morella y la segunda por Teruel. Con esta iba el mismo Suchet, el cual sostuvo un choque en Alventosa con unos pocos, relativamente, y bisoños soldados, y penetró en Segorbe, cuya poblacion, como otro tiempo sucedió en Vich, estaba absolutamente desierta.

Pasó Suchet de Segorbe á la famosísima Sagunto, hoy Murviedro; antes plaza de primísimo orden, entonces, como hoy, pueblo desamparado y abierto. En las inmediaciones de Valencia reunióse á Suchet el general Habert, que mandaba la division que siguió su marcha por Morella.

El día 5 de Marzo dieron vista á la célebre ciudad del Cid, con cuyo motivo redobló Caro su tiranía y sus persecuciones. Suchet, ó porque estuviese en connivencia con gente de la plaza, ó porque sabedor de la tiranía de Caro esperase algun pronunciamiento ó motin en favor de su injustísima causa, esperó hasta el día 7 sin adoptar ninguna providencia militar.

En la tarde del antedicho dia, viendo que esperaba en vano, intimó la rendicion á Valencia; y Caro contestó como buen español y pundonoroso militar. Esperó otros cinco dias el francés, tan inútilmente como los tres primeros; y como supo que dentro de la plaza estaban firmemente adheridos nobles y plebeyos, pobres y ricos, sacerdotes y seglares; que habian depuesto, siquiera sólo fuese momentáneamente, en aras de la pátria, los ódios, las rencillas y los particulares resentimientos, determinó no esperar mucho.

Las guerrillas, atrevidas y osadas allí como en todas partes, comenzaban á pulular por el país, y Suchet temió verse cogido entre dos fuegos.

Al amanecer del día 11, muy sigilosamente levantó su campo el francés, y tomó la vuelta de Aragon. Él y los suyos oyeron sin duda alguna los vítores y aplausos, unidos al bullicioso fragor de las campanas que, á pesar de la hora, celebraban la marcha de los verdaderos tiranos. Esta retirada, despues de una penosa marcha y para emprender la contramarcha sin haber hecho más que pasar una semana frente á los muros de Valencia, es un dato más para creer que fué Suchet engañado, y que desengañado, regresó á Aragon.

ARAGON.

Quizá el engaño, si le abrigaron los valencianos, fué de acuerdo con los aragoneses; porque tan pronto como Suchet volvió la espalda, el bizarro Villacampa tomó á Teruel, arrojando gran trecho á los franceses. Luego tomó la ofensiva y atacó á una fuerte columna enemiga, la dispersó, mató é hirió bastantes hombres, hizo como unos 200 prisioneros y tomó cuatro piezas de campaña, de las cuales estaba muy necesitado, y quizá el codiciarlas le hizo emprender aquel honroso hecho de armas. Poco despues llegó Suchet y se internó Villacampa, llegando aquel á Zaragoza el día 17 de Marzo.

No necesitaba Napoleon del vergonzoso resultado de la expedicion á Valencia, despues de haber dado su ejército una verdadera campanada, para airarse más y más con los *despropósitos*, segun él, que se hacian en España. Todas las veces que eran vencidas las águilas imperiales, lo achacaba á *despropósitos*; cuando aquellas vencian, se debian los triunfos á sus acertadas disposiciones. En su orgullo infinito, se alababa de ser el único que conocia la manera de hacer la guerra en España, siendo así que ni comprendía el carácter de ella ni áun la topografía del país, como no fuese por el mapa. Harto mejor debia conocer uno y otro su hermano José, que al fin y al cabo vivia y trabajaba sobre el terreno, y no le podian engañar respecto del carácter de la guerra y de los decididos españoles.

Insistiendo Napoleon en la expedicion á Cataluña, se dirigió á su antiguo amigo Berthier, que fué su compañero, y á quien hizo duque, creyendo que éste por deber, por amistad y por carácter, se atendria á la exacta observacion de sus preceptos, y haria

cumplirlos á todos los demás, sin escepcion de clases ni categorías.

Cuando más decidido se hallaba el emperador de los franceses, respecto de los sitios de Mequinenza y Lérida, recibió la noticia de la retirada de Suchet, siendo así que esperaba un nuevo triunfo, que hiciese olvidar la falta de obediencia.

Redoblóse, pues, el disgusto de Napoleon al saber que sobre no estar Lérida ni Mequinenza sitiadas, habian sido sus armas puestas en ridículo, ante los muros de Valencia. Por esto escribió, respirando enojo, las siguientes líneas al mariscal Berthier: *Primo mio: Haced conocer al general Suchet que le reitero la orden de sitiar á Lérida y Mequinenza. . . .*

« Tengo especial interés en acabar pronto con lo de Cataluña. Prevenidle que el duque de Castiglione (este era Augereau, convertido en duque y par) ha ido hasta Barcelona, y que trata de ponerse en comunicacion con él. Decid á Suchet, que si recibiese ÓRDENES CONTRARIAS Á LAS MIAS, LAS TENGA POR NO RECIBIDAS, y sobre todo, en punto á administracion.»

Berthier mandó á Suchet la orden, y las necesarias prevenciones, con la severidad que le era connatural; empero el segundo no quiso dejar á Mina, el Jóven, en libertad para aprovecharse de su ausencia, puesto que mientras el francés se dirigió á Valencia, reapareció Mina.

Hallábase el bizarro Mina en las cinco Villas de Aragon, y comenzó para él una persecucion, á la cual no le era posible resistir. Suchet, Harispe, Dufour y otros generales pusieron en combinacion sus fuerzas, y activamente perseguido cayó en poder de los franceses (á 1.º de Abril) el bizarrísimo é inteligente jóven.

Milagro fué positivamente que no le privaron de la vida; pero ya que no lo hicieron, y no sabemos cómo, fué tratado con un rigor extraordinario, y trasladado despues á Francia le encerró Napoleon en el castillo de Vincennes.

Con la prision terminó su gloriosa carrera: se tuvo de él especial cuidado, y hasta la restauracion no recobró la libertad. A pesar de esto, mal avenido con el orden de cosas que se estableció en España al regreso de Fernando VII, emigró voluntariamente y vivió en América el resto de sus dias.

Quizá sin el desgraciado accidente que ocasionó la prision de Mina el Mozo, no hubiese salido á campaña ni se hubiera hecho célebre el bizarro D. Francisco Espoz y Mina, tio del prisionero, quien sin tener muchos más años que su sobrino era distinguido

de este último por el epíteto que al mismo le aplicaban, para diferenciarle después de su tío. D. Francisco Espoz y Mina se puso, pues, al frente de la bizarra hueste que con tanto valor y destreza había acaudillado su sobrino.

CATALUÑA.

Era á la sazón capitán general del Principado el ya teniente general D. Enrique O'Donnell, á petición de los catalanes y por dimisión del duque del Parque.

Había O'Donnell sucedido á D. Juan de Henestrosa, quien á su vez reemplazó á D. Jaime García Conde, y éste á Blake.

Era el caso que si bien los franceses ibanse apoderando de las principales plazas fuertes catalanas, en cambio tenían que pasar, casi casi, la vida dentro de ellas; porque cada mata arrojaba de pronto un miquelete y un somaten, cada peña una docena de los unos y de los otros: por manera, que eran infinitas las partidas de miqueletes y somatenes, é innumerables los valerosos hombres de que estaban formadas. Así era que á los franceses para llevar un simple parte, les era preciso ocupar á centenares de soldados.

Queremos hacer gracia al lector de las verdaderas atrocidades que Verdier y otros generales franceses hicieron, con los que caían en sus crueles manos.

Pagaron su barbárie con las setenas los verdugos de la humanidad, puesto que, fuera de otros ejemplares, entre miqueletes y somatenes cogieron por su cuenta á tres batallones que salieron de Barcelona, y los pasaron á cuchillo. Bárbara represalia, cuya atrocidad recae sobre los franceses, que desde el célebre 2 de Mayo dieron el ejemplo de la más inusitada é inaudita ferocidad en Madrid, repetida después en Córdoba, en Jaén, en Castilla y en cien partes más. Cierto es, y mil veces lo hemos repetido, que la comisión de un delito, jamás podrá justificar la de otro análogo; empero si alguna disculpa puede admitirse, será siempre en favor del que sigue el ejemplo dado por otro, por más que no proceda bien con tan funesta imitación. ¿Qué habian de hacer, por otra parte, los españoles, sabiendo por una muy larga esperiencia que la humanidad con aquel linaje de enemigos, era traducida como cobarde debilidad, y enorgullecía y ensañaba más y más á los verdugos de los españoles? No tenían otro arbitrio que el de destruir cuantas ma-

sas podian, seguros de que cada francés que perecia, era un im- placable enemigo de menos en el mundo.

Hablando con exactitud, puede decirse que los franceses esta- ban bloqueados en Barcelona. No podian mandar grandes fuerzas en busca de subsistencias, porque los barceloneses sólo esperaban una ocasion parecida, para proclamar á Fernando VII. Si manda- ban pocas, los convoyes caian en poder de los guerrilleros; si se dirigian por mar, los cruceros ingleses no les dejaban ni adelantar ni retroceder. Tal era la posicion del ejército francés de Cataluña, que si queria comer necesitaba traer los víveres de Francia á Gero- na, y tenerlos allí tres ó cuatro meses hasta poder escoltarlos con 8 ó 10,000 hombres, por lo menos, parte tomados de la referida plaza y de los pueblos circunvecinos, y de Barcelona la menor, para no exponerse á una sublevacion que cada dia era menos latente y más ostensible.

El dia 9 de Mayo se publicó en el ejército francés una órden del dia, tan feroz y poco humanitaria como ellos tenian por costumbre. Cierta que estaban, sirviéndonos de una locucion vulgar, realmen- te quemados, porque apenas podian moverse, y todo escaseaba.

Soult, fué el autor del *humanitario* decreto, émulo aquel de Au- gereau, por el cual *no reconocia en España otro ejército que el del rey José*, y á toda fuerza armada fuese en pequeño ó en gran nú- mero, se la consideraria y trataria como *reunion de BANDIDOS*. Con- cluia diciendo que desde aquella fecha serian pasados por las ar- mas cuantos fuesen aprehendidos, y sus cadáveres espuestos en los caminos reales.

Faltábales sólo esta nueva prueba de vandalismo, para creer resucitada la época de los hunnos y de los alanos y suevos. ¿Qué querian aquellos descreidos tiranos, que España se dejase oprimir inerme é impasible? ¿Qué pretendian con tan bárbaro rigor; extin- guir la guerra? ¡Ignorantes é ilusos que eran! La sangre vértida enardecia la nobilísima que circulaba por las venas de los españo- les. ¿Creerian Soult y sus colegas, en su verdadera imbecilidad so- bre el punto en cuestion, ser más poderosos que la república y los emperadores romanos? Pues ni aquella ni estos pudieron domeñar á los españoles, aunque estos tenian la inmensa desventaja de ver á una gran parte de los suyos, nobles y generosos hasta la más quimérica ilusion, auxiliando á sus opresores. Ni tampoco pudo más la formidable república cartaginesa; ni los ilustrados musli- mes, dueños en su época, que para los agarenos pasó quizá para

no volver, de los secretos del arte de la guerra; y querian hacer más los franceses, porque estaban acostumbrados á vencer á soldados que sin dejar de tener valor personal, la sangre les desvanecía y no era su fuerte esa tenacidad proverbial del español en los grandes sucesos de la vida; esa sobriedad que casi siempre le hizo batirse mal alimentado, y á las veces famélico; esa resistencia que le hace sufrir la intemperie y el destemple de las estaciones, y, en fin, toda esa combinacion de excelentes cualidades para ser soldado, que sólo el español posee, porque tiene por alimento la abnegacion y la resistencia, y jamás hizo ni hará lo que el extranjero, que si falta el prest ó el alimento tal como está estipulado, allí se quedó la disciplina y vayan ó vengan los enemigos.

Un poco tardó la Regencia, pero al fin aunque tarde, contestó con otro decreto, ofreciendo mandar *ahorcar*, (no pasar por las armas), verdadero suplicio de los verdaderos bandidos, á tres franceses por cada español que ellos fusilasen.

Pero lo notabilísimo en el decreto de la Regencia española, justamente escandalizada al ver tan bárbara infamia, que ni al ejército regular perdonaba, fué su último párrafo, que, sustancialmente, decia:

«*Si el mismo mariscal Soult, duque de Dalmacia, cayese en poder de las tropas leales, SERÁ TAMBIEN TRATADO COMO BANDIDO.*»

Pues debe saber el lector que el terrible Soult, sin duda iba ya conociendo á los españoles y su facilidad en cumplir al pié de la letra sus compromisos, enfrenó mucho su ira en cuanto recibió el decreto de la Regencia, que le fué atentamente remitido, y dejó de ejercer, por entonces, el papel de verdugo. Temió ser víctima de su misma ferocidad.

Como una prueba de lo que sucedia en Barcelona con los con-voyes, diremos, que el día 20 de Enero conducia uno el mariscal Augereau en persona con 9,000 soldados, reunidos de todos los puntos inmediatos y de Gerona. De Barcelona salió Duhesme con una brigada de casi 3,000 hombres á encontrar á Augereau; y sin embargo, á pesar de los 12,000 hombres, aparecieron los somatenes, mandados por los jefes Orozco, Campoverde y Porta. El segundo de aquellos atacó á Duhesme, deshizo sus tropas y le cogió cerca de 500 prisioneros.

El mismo Campoverde, ayudado por Porta, hizo despues prisioneros á 120 coraceros con sus oficiales, estandarte y trompetas,

y á duras penas y en fuerza de llevar el convoy tanta tropa, pudo ser introducido en la ciudad.

Entró, por fin, Augereau en Barcelona; se nombró, puede decirse, gobernador general del Principado, depuso á Duhesme del mando militar de Barcelona, reemplazóle con el general Maurice-Mathieu, y volvió á salir para dirigirse al bloqueo de Hostalrich.

Caminaba á todo esto Suchet en direccion de Cataluña, á cumplir las órdenes de Napoleon, y en tanto no estaba ocioso O'Donnell. El 14 de Febrero atacó y venció á los franceses en Moya, desde donde pasó á Vich, pero no con tan buena suerte; porque atacó con unos 9,000 hombres á 11,000 que poco despues fueron reforzados con 14,000, componiendo un total de 25,000 soldados.

Era imposible resistir á tan gran número de fuerzas reunidas: O'Donnell tuvo 2,000 bajas, y casi otras tantas los enemigos, porque presentaban mucha masa y nuestra artillería estuvo muy certera. Estuvieron los franceses mandados por el general Soham, el cual fué herido de tanta gravedad, que tuvieron necesidad de trasladarle á Francia. Tomó el mando de aquellas tropas el general Augereau, hermano del conocido mariscal de este nombre, que aún no habia dado muestra de sí, buena ni mala, en España.

Despues de aquella desgraciada batalla, O'Donnell se retiró al campo atrincherado de Tarragona, en donde recibió el refuerzo de 7,000 aragoneses, que formaban una buena division. Augereau en cambio recibió refuerzos de Francia.

Cuidaba el mariscal francés con particular atencion del castillo de Hostalrich, cuyo bloqueo duraba ya más de dos meses, no solamente por lo mucho que se alargaba el desenlace, si que tambien porque la posesion del referido castillo era de bastante importancia. Situado sobre una elevacion, dominaba perfectamente el camino de Barcelona, y podia asegurarse que aquellos que le poseyeran serian los verdaderos dueños de aquel tránsito.

Era gobernador de aquel disputado recinto un coronel llamado D. Julian de Estrada; y cuando se trataba de adoptar algun expediente que pusiese término al bloqueo, contestaba tranquilo: *Hostalrich es hijo de Gerona, y debe seguir el ejemplo de su buena madre*. Esta digna energía duró aún más de un mes, hasta que concluyeron absolutamente las provisiones. O'Donnell hizo grandes esfuerzos para socorrer á Estrada, y no siempre con mala suerte; pero no era posible llegar hasta el castillo, pues los franceses te-

nian puesto todo su empeño y conato en apoderarse de aquella verdadera llave del camino.

Uno de los brillantes hechos ocurridos entonces fué bajo el mando del intrépido general D. Juan Caro, hermano de D. José y muy diverso de éste, que acudió con su division, compuesta de unos 6,000 hombres, contra Villafranca del Panadés. Emprendióse la lucha, y el bizarro Caro tanto hizo, que recibió una herida; empero destrozó al enemigo y le hizo cerca de 800 prisioneros.

A consecuencia de la herida de Caro fué forzoso encargar á otro del mando de aquella division. Reemplazó á aquel valeroso general el marqués de Campoverde, quien se dirigió á Manresa con el objeto de distraer y desunir las fuerzas enemigas.

Una noche, era la del 12 de Abril, despues de concluidos los mantenimientos y de haber recurrido á los más nocivos y repugnantes, deseando morir como bueno y no de la pestilente muerte del hambre, despues de concluida toda esperanza de socorro, salió Estrada de Hostalrich, espada en mano. Bajó la pendiente á la carrera, y seguido de los suyos, sorprendió y puso en fuga á los franceses. Como quiera, empero, que no basta el valor, ni el talento, ni la intrepidez, ni nada, en una palabra, cuando la suerte vuelve la espalda, el bizarrísimo gobernador, despues de haber asombrado hasta á sus mismos enemigos, perdió el camino y fué hecho prisionero, con unos 240 infantes que le seguian.

Habia, empero, como batallon y medio que compondrian un total de 1,120 hombres distribuidos en 14 compañías de á 80 plazas cada una, los cuales perdieron de vista á su jefe como que era noche cerrada y no le pudieron seguir. Esta casualidad los libró de caer tambien en poder del enemigo porque oportunamente acudió á salvarlos el teniente coronel de artillería Lopez Baños, y los condujo libres y sanos á Vich.

SITIO Y TOMA DE LÉRIDA.

Llegó por fin Suchet á dar vista á Lérida, casi al mismo tiempo que el feroz Augereau, el antiguo republicano, era depuesto del mando de Cataluña. Napoleon se disgustaba muy pronto, cuando el mejor éxito no coronaba sus empresas en muy pocos días. Así mudando de mano, creia lograr sus propósitos; y para reemplazar á Augereau nombró á Macdonald, á quien acababa de ascender á mariscal del imperio. Macdonald no era del natural feroz que Auge-

reau, ó al menos sabia dominarse, y se esperaba de su política y dulzura mucho bueno. Ignoraba Napoleon que ya no habia medio de avenencia: habíanse mostrado los franceses demasiado sanguinarios, demasiado opresores, demasiado impíos, demasiado avaros, para que los españoles admitiesen ni áun á los más puros y benéficos ángeles, si se les aparecían en forma de franceses.

Lérida, que enhiesta se erguía sobre la derecha del Segre, estaba defendida por dos castillos; el de Garden, y otro situado sobre la cúspide de un elevado cerro. Estaba circuida por un muro, pero sin primero ni segundo foso, aunque con varios reductos recién hechos en la planicie del fuerte de Garden.

Su poblacion consistia en unos 12,000 habitantes, con algunos más que habíanse recluido en la plaza, y tenia de guarnicion unos 8,000 hombres, sin contar con la fuerza que mandaba Perena, el cual acababa de pasar de Balaguer á Lérida. Era supremo jefe militar el general García Conde.

Tan pronto como supo O'Donnell que Suchet se acercaba, movió sus tropas del campo de Tarragona, con el objeto de socorrer á Lérida, si era posible. Llegó antes que él el mariscal francés (13 de Abril), el cual, sabiendo la aproximacion de O'Donnell y suponiendo la intencion que llevaba, cosa, en verdad, nada difícil, ejecutó un movimiento falso; O'Donnell le tomó por verdadero, y se aproximó á Lérida, encontrándose de pronto cortado por una parte, y por otra rodeado. Sostuvo el general español la lucha con su bizarría acostumbrada y no perdió la serenidad, que no fué poco; empero el francés le hizo un gran número de prisioneros, y gracias á la pericia y sangre fria de O'Donnell, á favor de las cuales ejecutó una brillante retirada con el resto de sus tropas, sobre Montblanch.

Animado Suchet con el triunfo que debió no á su valor, sino á su engaño, atacó durante todo el dia al castillo de Garden, sin lograr otra cosa que apoderarse de uno de sus reductos.

El dia 14 mandó un parlamentario, para pedir al general español enviase una persona de su confianza, á fin de que se enterase de la derrota sufrida por O'Donnell, y de la ninguna esperanza que debia abrigar de recibir socorro. El digno y valeroso García Conde dió á Suchet esta lacónica y notable respuesta: «*Señor general, esta plaza nunca ha contado con el auxilio de ningun ejército.*» Lástima que tanta dignidad y energía no hubiesen sido sostenidas hasta el fin.

Desde aquel momento empleó Suchet todos sus grandes cursos militares; comenzó los trabajos de trinchera y rompió el fuego contra la plaza. De los reductos de Garden el denominado San Fernando, se defendió con una tenacidad heróica; baste decir que solo sobrevivieron 60 de sus 300 defensores.

Habia, empero, transcurrido demasiado tiempo; habia pasado un mes desde que Suchet estableció sus líneas, y encomendó el asalto al general Habert, para romper de una vez aquel nudo gordiano; y García Conde convino repentinamente en capitular. Unos le tachan de desleal, fundándose en que tiempo adelante tomó parte en las huestes enemigas; otros le motejan de excesivamente piadoso, que no pudo soportar los estragos que las multiplicadas bombas enemigas hacian en las mujeres y gente inofensiva é inerme.

El día 14 de Mayo salió de Lérida la guarnicion con el general á la cabeza, con todos los honores de la guerra: fué despues conducida á Francia.

Poca disculpa cabe en la rendicion, sabido que la piedad en ciertos lances de la guerra es delito, pues Suchet encontró en Lérida provisiones para muchos meses, abundantes municiones y bastantes bocas de fuego.

SITIO Y TOMA DE MEQUINENZA.

A Mequinenza fué comisionado por Suchet el general Musnier, que la conquista de aquella plaza no le pareció digaa de ir él personalmente.

Situada Mequinenza en la confluencia del Segre y del Ebro, tenia para su defensa tambien un buen castillo, colocado sobre una elevadísima roca. Su guarnicion no pasaba de unos 1,200 hombres.

Son inexplicables los trabajos que sufrió el ejército francés, no habiendo encontrado camino practicable para trasportar la artillería. Fué, pues, preciso abrirle á través de aquellas terribles montañas, que por la parte occidental estaban á nivel con el castillo que defendía á Mequinenza. Desde el día 13 de Mayo hasta el 1.º de Junio necesitó Musnier, para poner á tiro del castillo su artillería. Pero así como en Lérida habia muchos elementos de defensa, en Mequinenza nó, ni áun guarnicion que pudiera defender la plaza contra las fuerzas enemigas que la sitiaban. La defensa sólo pudo

prolongarse hasta el día 8, en que aquel puñado de valientes capituló con los honores de la guerra. La villa sufrió no pequeños perjuicios, puesto que la mayor parte de ella fué saqueada, é incendiadas algunas casas.

Antes de continuar dando cuenta de los sucesos de la guerra ocurridos en el resto de España, debemos referir un notable hecho que tuvo lugar en Valencey, á fin de que no salga en lo posible de la fecha en que ocurrió, de cuyo hecho nos es forzoso dar ciertos detalles é insertar, más ó menos en extracto, interesantes documentos.

PROYECTO DE EVASION.

Continuaban en su reclusion los príncipes españoles, no tan distraídos como algunos suponen y otros aseguran, sino muy mortificados por el aislamiento y la soledad, y poco alegres por la duda del porvenir que les esperaba.

Una de las providencias del tirano que más sensibles habian sido para los ilustres prisioneros, fué la de hacer internar á todos los allegados que habíanse mantenido fieles á Fernando, separándolos de los príncipes, incluso Escoiquiz, y destinándolos á diversas ciudades de Francia. Como de caridad y por compasion dejó el tirano en Valencey á D. José de Amézaga, que era á la vez mayordomo, secretario, caballero, sumiller y cuanto habia que ser.

En los dos años trascurridos, habian sido presentados á Fernando VII varios proyectos de evasion, sin que aquel se hubiese decidido por ninguno, puesto que suponía muy enterada de ellos á la sagaz policía de M. Fouché, y además le parecian muy poco realizables.

El más formal é importante que se presentó, fué el fraguado y calculado orillas del Támesis.

Un cierto Carlos Leopoldo de Kolly, baron de Kolly, á quien unos suponen irlandés y otro borgoñés, ó borgoñon, pero que segun su declaracion era lo primero, jóven dispuesto y atrevido y avezado á encargarse de comisiones delicadas, presentó á Jorje de Inglaterra un proyecto para sacar á Fernando de su cautiverio. El rey de la Gran Bretaña y sus ministros aprobaron el mencionado proyecto, y Kolly fué comisionado para realizarle, á cuyo fin se le proveyó de todo lo necesario, incluso algunos interesantes docu-

mentos. Eran estos, entre otros, una carta de Carlos IV á Jorje III, escrita en latin, cuando Fernando VII casó en primeras nupcias, no en segundas, como algun autor moderno dice, y otra carta credencial del rey Jorje á Fernando VII, para acreditar la mision de Wellesley, cuyo contesto es como sigue:

»Señor mi hermano: por mucho tiempo he deseado una ocasion de mandar á V. M. una carta firmada de mi mano, en que manifestara el vivo interés y profundo sentimiento que he tenido desde que V. M. fué arrancado de su reino y de sus leales vasallos.

»No obstante la violencia y crueldad con que el usurpador del trono de España oprime aquella nacion, debe ser de mucho consuelo para V. M. el saber que vuestro pueblo conserva su lealtad y amor á la persona de su legítimo soberano, y que España hace continuos esfuerzos para sostener los derechos de V. M. y restablecer los de la monarquía.

»Los recursos de mi reino, mis escuadras y ejércitos, se emplearán en ayudar á los vasallos de V. M. en esta gran causa; y mi aliado el príncipe regente de Portugal ha contribuido tambien á ella, con todo el celo y perseverancia de un fiel amigo.

»Solo falta á los vasallos de V. M., igualmente que á sus aliados, la presencia de V. M. en España, donde inspirará una nueva energía.

»Por tanto, exijo de V. M. con toda la franqueza de la alianza y amistad que me une á sus intereses, que piense los medios más prudentes y eficaces de escapar de las indignidades que experimenta, y de presentarse en medio de un pueblo unánime en sus deseos de la gloria y dicha de V. M.

»Incluyo una copia de las credenciales que mi ministro de España ha de presentar á la Junta central, que allí gobierna, en nombre y por la autoridad de V. M.

»Ruego á V. M. esté seguro de mi sincera amistad y del verdadero afecto con que soy—Señor mi hermano.—Vuestro digno hermano.—Jorge, rey.—En el palacio de la Reina, hoy lunes 31 de Enero de 1810.—Por mandado del rey.—Wellesley.»

Provisto Kolly de letras sobre la casa de Maensoff y Clanoy, de pasaportes, estampillas, sellos, y cuanto pudiera serle necesario, se dirigió á Francia, llevando la certeza de que en Quiberon le esperaria una escuadra, para cuando regresase con Fernando, provista para medio año. Llevaba tambien algunas alhajas, por si de pronto necesitaba hacer dinero.



Llegó Kolly á Francia en el primer tercio de Marzo, y ya sabia Fouché á lo que iba. Veinticuatro horas despues de su llegada, estaba Kolly preso, y poco despues encerrado en Vincennes.

Hoy todavía cuestionan algunos sobre el comportamiento de Fernando VII, siendo muy general la opinion de que procedió de poco digna manera al descubrir la trama y al que queria favorecerle. Nosotros por el contrario, opinamos que hizo lo que debió, y creemos probarlo fácilmente.

O Fernando fué en aquella ocasion muy previsor, ó tuvo quien desde París le informase del fracasado proyecto y de la prision de Kolly; y en manifestarse muy distante de desear evadirse, procedió con mucha cordura; porque de haber observado en aquella ocasion diversa conducta de la que observó, hubiérase convencido el tirano de que el prisionero se hallaba inclinado á la fuga, el golpe se hubiera dado de todos modos en vago y la reclusion habria sido en lo sucesivo aún más estrecha. En efecto, si Fernando procede de otro modo y no comprende la trama, se hubiese perjudicado mucho.

La policia, que tiene casi siempre la funesta y poco envidiable necesidad de ser artera y simulada, ideó la manera de descubrir la intencion del prisionero Fernando, respecto de su poca ó mucha predisposicion á escaparse de su encierro.

Fouché, el ministro de policia, luego que tuvo á Kolly á buen recaudo, imaginó que tenia en su mano la ocasion de saber de una manera positiva lo que respecto de fuga pensaba Fernando. Al efecto propuso á Kolly pasase á Valencey y que guardando el más absoluto silencio respecto de su prision y de estar descubierto el proyecto de evasion, comenzase sus gestiones y tratase con Fernando del asunto de la fuga. Kolly, ofendido por tan indigna proposicion aunque acompañada de grandes ofertas, contestó resueltamente á Fouché, que preferiria su prision y perecer en ella, á representar un papel indigno de un caballero como él.

Fouché, decidido á seguir adelante con su farsa, echó mano de un tunante, de esos que, por desgracia, en todas partes existen, y para quienes toda accion es buena y aceptable si produce dinero. Llamábase Richard el tal desalmado; y adoptando el nombre de Kolly y provisto de todos los papeles que habian sido ocupados á aquel, pasó á Valencey disfrazado de buhonero y se introdujo á favor de las mercancías que llevaba, para ver si el prisionero queria comprarle algunas.

Su primera entrevista fué con Amézaga, la segunda con el mismo rey; y éste, fuese porque sospechó la trama, porque tuvo algun aviso secreto, ó por lo que quiera que fuese, denunció inmediatamente el hecho, dirigiéndose á Mr. de Berthemey, gobernador del castillo de Valencey, en los siguientes términos:

«Sr. Gobernador: habiéndose introducido aquí una persona desconocida *con pretexto de trabajar de tornero*, se ha atrevido en seguida á proponer á D. José Amézaga, nuestro primer caballero é intendente, sacarme de Valencey, entregarme algunas cartas que trae: en una palabra, llevar á cabo el proyecto y plan de esta terrible empresa.

»Nuestro honor, nuestro reposo, la buena opinion debida á nuestros principios, todo se hubiera visto comprometido si el señor Amézaga no se hallara al frente de nuestra servidumbre; y si no hubiera dado en esta ocasion peligrosa una nueva prueba de su fidelidad hácia S. M. el emperador y rey, y hácia mí. Este oficial, cuyo primer paso fué informaros al momento del proyecto dicho, me dió cuenta inmediatamente despues.

»Deseo vivamente informaros por mí mismo de que estoy impuesto en el asunto, y tener esta ocasion de manifestar de nuevo mi inviolable fidelidad al emperador Napoleon, y el horror que siento respecto á este infernal proyecto, cuyos autores y fautores deseen sean castigados segun merecen.

»Recibid, señor gobernador, los sentimientos de nuestro afecto.
—En Valencey á 6 de Abril de 1810.—FERNANDO.»

El hecho de que venimos ocupándonos es uno de los que se envuelven en el misterio en vez de aclararse, á medida que el tiempo avanza. Créese que el mismo baron de Kolly, que permaneció en los calabozos de Vincennes hasta 1814 despues de la caida de Napoleon, desfiguró el hecho de acuerdo con Fernando VII, en la parte que éste tuvo en aquel asunto, respecto de su conducta poco decorosa con su opresor y destructor de su reino. Tiempo adelante fueron premiados por el rey los sufrimientos de Kolly, con un privilegio para la introduccion de harinas en Cuba, con bandera extranjera.

Para no dejar incompleta la relacion de este curioso episodio histórico, insertamos á continuacion el siguiente

INTERROGATORIO

Y DECLARACION DEL BARON DE KOLLY, EN 8 DE ABRIL DE 1810.

«En 8 de Abril de 1810 fué conducido ante el ministro general de policía un hombre arrestado en Valencey en 6 de dicho mes, que fué preguntado como sigue:

»*Pregunta.*—¿Cuál es vuestro nombre, apellido, edad, patria, profesion y domicilio?

»*Respuesta.*—Carlos Leopoldo, baron de Kolly, de treinta y dos años de edad, nacido en Irlanda, ministro de S. M. el rey Jorge III, al príncipe de Astúrias Fernando VII.

»*P.*—¿A quién os dirigístes en Lóndres para proponer y hacer admitir el proyecto que os ha traído á Francia?

»*R.*—A S. A. R. el duque de Kent, quien lo puso en noticia del rey su padre. Todo lo demás fué dirigido por el marqués de Wellesley.

»*P.*—¿Qué medios se pusieron á vuestra disposicion para ejecutar la empresa?

»*R.*—Se me dió: 1.º Una carta credencial para quitar duda respecto de mi persona y mi mision al príncipe Fernando. 2.º Dos cartas del rey de Inglaterra al príncipe, que se han hallado entre mis papeles. 3.º Pasaportes fingidos, itinerarios, órdenes de los ministros de guerra y de marina, estampillas, sellos, firmas de los oficiales del departamento de la Secretaría de Estado, encontrado todo ello al tiempo de prenderme; lo cual llevaba conmigo para convencer al príncipe de los medios que estaban á mi disposicion. 4.º Por lo que hace á los fondos necesarios para la empresa, tenia como 200,000 francos, y por lo que pudiera ofrecerse, una letra abierta sobre la casa de Maensoff y Clanoy de Lóndres. 5.º Los navíos que fuesen necesarios, á saber: el *Incomparable*, de 74 cañones: *Dedaigneuse*, de 50, la galeota *Picante* y un bergantin. Esta escuadra, con provisiones para cinco meses, espera mi vuelta sobre la costa de Quiberon.

»Habilitado de esta manera, despues de haberme despedido del rey y de su ministro en 24 de Enero, salí de Lóndres el 26 para Plimohut con el comodoro Dockburn, á quien se habia confiado el mando de la escuadra. Mr. Alberto de Saint-Bonell, á quien habia comunicado mi plan, se quedó en Lóndres para recoger los pasa-

portes, itinerarios, estampillas, sellos, etc., que se le habian mandado entregar. La salida de Mr. de Saint-Bonell se retardó por indisposicion del marqués de Wellesley; no se reunió hasta fines de Febrero, y nos hicimos á la vela algunos dias despues. Yo desembarqué en Quiberon el 9 de Marzo en la noche.

»P.—¿Qué precauciones tomásteis al saltar en tierra para ocultar los documentos concernientes al objeto de vuestro viaje?

»R.—Metí dentro de mi baston la credencial de que he hablado; las dos cartas de S. M. el rey de Inglaterra venian ocultas en el forro de mi casaca; parte de los diamantes estaban ocultos, cosidos en el cuello de mi sobretodo y en la pretina de mis calzones. Mr. de Saint-Bonell trajo todo lo demás, oculto del mismo modo, y tambien en su corbata.

»P.—¿Teniais alguna comunicacion establecida en Valencey antes de vuestra salida de Inglaterra para Francia?

»R.—Ninguna.

»P.—¿A dónde os dirigisteis despues de desembarcar?

»R.—A París. Caminé con el auxilio de uno de los itinerarios que habian dado en Inglaterra, el cual llené yo mismo.

»P.—¿Estuvisteis mucho tiempo en París?

»R.—Me detuve á vender los diamantes que me habia dado el marqués de Wellesley, y compré un caballo y un calesin á M. de Couvert, que vive en el hotel de Inglaterra, en la calle de *Filles de Saint Thomas*. Mr. de Saint-Bonell compró dos caballos á personas de cuyos nombres no me acuerdo: debia comprar uno de Francoini, y otro de la princesa de Carignan, despues que yo salí para Valencey.

»P.—¿Cómo lograsteis la entrada en el castillo de Valencey?

»R.—Con pretexto de vender algunas cosas curiosas. Esperaba lograr ocasion de este modo de entregar al príncipe las cartas que se me habian confiado, manifestarle mi plan y obtener su consentimiento. Solo pude hablar con el infante D. Antonio. El príncipe Fernando rehusó verme y oirme. En verdad que por el extraordinario modo con que se recibieron mis proposiciones, tengo razon para creer que dió parte al gobernador del castillo, y en consecuencia de esto fuí preso.

»P.—¿Qué medios teniais preparados para conducir al príncipe Fernando á la costa en caso de que consintiera en ello?

»R.—El objeto de mi primer viaje á Valencey era imponer al príncipe en mi plan y si le admitia, determinar con él cuándo ha-

bia de volver á buscarle. Despues de esto debia ir á la costa á avisar al comandante de mi escuadra, del dia convenido. De allí hubiera vuelto á París á disponer los hombres y caballos necesarios para los apostaderos en el camino. En la noche del dia señalado, el príncipe debia escapar de su cuarto, y con el auxilio de los tiros apostados, hubiera estado muy lejos de Valencey antes de que pudieran echarle de menos.

»P.—¿A dónde pensabais llevar al príncipe despues de estar á bordo?

»R.—La intencion del marqués de Wellesley era que fuese á España. El duque de Kent estaba por que se llevara á Gibraltar. Pero este plan me disgustaba, porque en verdad era mandarle preso. Yo pensaba proponerle que eligiese y llevarlo á donde fuese de su gusto, porque sabia yo que el comodoro Dockburn tenia orden de seguir las mias.

»P.—¿Qué personas pensabais emplear?

»R.—Mr. de Saint-Bonell era el único que sabia mis designios. No quise buscar á nadie para ayudarme en la ejecucion, hasta saber la determinacion del príncipe. Siempre hubiera empleado á muy pocos.

»P.—¿Conoceis las cercanías de Valencey y el país que teniais que atravesar?

»R.—Nada absolutamente. Pero compré algunos excelentes mapas cuando llegué á París, los cuales me hubieran dirigido sin dificultad.

»P.—¿Qué os movió á formar este proyecto?

»R.—El parecerme muy honroso.

»P.—¿Conoceis este paquete?

»R.—Lo conozco: contiene los documentos, estampillas, sellos y demás cosas que he dicho, y que se me hallaron al tiempo de prenderme.—*Firmado.*—KOLLY.»

Tal es el interrogatorio que inserta Llorente en sus Memorias. Desde luego puede sospecharse que no es original, sino verídico en la mayor parte de él, y en el resto apócrifo. No creemos, empero, que sea inventado por autor ninguno, sino arreglado á medida del gusto del ministro Fouché, para que así quedase en su ministerio consignado, y no constasen ciertos detalles poco decentes, tales como el relativo á la farsa en que Richard fué el primer actor. Decimos esto, porque el interrogatorio está en abierta contradiccion con los datos verdaderamente auténticos y originales y con la opi-

nión de los primeros historiadores. Según aquellos y estos, el baron de Kolly fué arrestado en seguida que llegó á París; no tuvo tiempo para ir á Valencey, ni vió por lo tanto al infante D. Antonio. El Kolly fingido, ó sea Richard, fué el que llegó hasta Valencey y quien vió á Amézaga y no á D. Antonio. Así lo consigna el mismo Fernando VII, en su carta al gobernador Berthemy, que el lector ya ha visto.

El día 6 de Abril llegó Kolly á Francia, y con fecha 8, ó sea dos días despues, dirigió el ministro de policía á Napoleon el siguiente parte:

«Señor.—He hecho saber á V. M. que el señor Berthemy, oficial del estado mayor, comandante del palacio de Valencey, asignado á la comitiva del príncipe Fernando, me instruyó por medio de un correo extraordinario de haberse introducido en el palacio un baron de Colly, que se dice ministro de Inglaterra, enviado al príncipe Fernando como á rey de España. Habiendo sido el baron conducido al ministerio de mi cargo, remito á V. M. las piezas siguientes: 1.ª La carta del Sr. Berthemy que anuncia el arresto y conduccion del que se titula Colly. 2.ª Copia de la carta del príncipe Fernando al Sr. Berthemy, relativa al arribo del dicho Colly. 3.ª Copia del interrogatorio y respuestas del mismo Colly. 4.ª 5.ª y 6.ª Copia de tres cartas sorprendidas al susodicho: dos de estas cartas las dirige el rey Jorge al príncipe Fernando. Una de ellas está en latin; y finalmente, una carta del Sr. Berthemy y otra del príncipe Fernando, que yo agregó con los números 7 y 8.

»He hecho arrestar al que se nombra Colly. Está detenido en el castillo de Vincennes *secretamente*, y espero las órdenes de V. M. *en este punto*.

»Los diamantes y otros efectos encontrados en poder de Colly se han pasado al ministerio de policía general.—Fouché.—París ocho de Abril de 1810.»

El precedente documento no se hizo público hasta el *veintiseis* de Abril, que se insertó en el *Monitor* francés, y el día dos del mismo mes, ya se habia avistado el falso Kolly, Richard, con Amézaga. Trascurrieron, pues, diez y ocho días desde su fecha hasta su publicacion, durante los cuales pudo hacer el ministro de policía lo que bien le pareciese, especie que indicamos por las razones poco hace presentadas. Consta que fué positiva la farsa de Richard; que éste fué el único que llegó á Valencey, pues el verdadero Kolly no tuvo tiempo para verificarlo, y que la segunda farsa de la farsante

policía fué originada por la primera, porque ni Fouché, ni el mismo emperador querrian que constase una cosa tan poco digna de un gobierno decente, y la noble repulsa que el irlandés Kolly dió al ministro Fouché, porque, á fuer de hombre honrado, no quiso tomar parte en tan infame indignidad.

Dejemos este asunto, pues basta lo ya dicho, y continuemos nuestra narracion, despues de recordar al lector que en el tomo anterior hemos insertado otros documentos pertenecientes en realidad al año de que nos venimos ocupando, por parecernos entonces conveniente el hacer constar la *original* y desacertada conducta observada en Valencey por Fernando VII, por más que pudiese haber sido con estudio simulada. Nos referimos á los plácemes y festejos con ocasion de la boda del tirano de España con la archiduquesa de Austria.

NUEVAS OPERACIONES DE CAMPAÑA.

Respecto de Aragon, el bizarro Villacampa habia llegado á imponer temor á las columnas y brigadas francesas, hasta el punto de hacer que se dirigiese contra él una entera y fuerte division al mando del general Klopicki, polaco al servicio de Francia. Con este motivo el atrevido Villacampa tuvo que replegarse hasta Cuenca, y concentrar sus fuerzas militares, defendiéndolas á favor de los pinares y montes.

En cuanto al ejército del centro, estaba en camino de reorganizarse cuando la Regencia llamó al fiel é inteligente Blake, el cual dejó el mando á D. Manuel Freire, entregándole ya 12,000 hombres de todas armas, instruidos y disciplinados.

Freire, poco tiempo despues, se vió obligado á retirarse de la línea de Granada y Murcia que á la sazón ocupaba, porque se acercaba Sebastiani con más de 17,000 hombres. Replegóse, pues, Freire dividiendo su ejército entre Cartagena y Alicante, y Sebastiani corriendo de Baza á Lorca y de Lorca á Murcia, entró en esta ciudad, libre hasta entonces de tan fatal y repugnante visita, ofreciendo respetar personas y propiedades.

Nadie, pues, opuso obstáculo alguno á su libre entrada; empero como los invasores no tenían palabra, ni procedían con aquel pundonor que nunca falta al hombre honrado aunque haya nacido en humilde cuna y ocupe muy modesta posicion, pensó desde luego Sebastiani en desentenderse de la palabra empeñada

Buscando un pretexto, que fué por cierto cosa peregrina que se detuviese á buscarle, le halló muy propio de su tiránica é injustificable costumbre. Quejóse, pues, Sebastiani de que no habia sido recibido con aplausos, regocijo, repiques de campanas y grandes demostraciones de un placer que los murcianos no podian sentir, y, sobre todo, de que el cabildo no le hubiese recibido y cumplimentado al presentarse en la catedral para *examinarla*.

Tan *graves faltas* merecian, sin duda, un fue te correctivo, y Sebastiani, por pronta providencia, exigió allí mismo y sobre el terreno, CIEN MIL DUROS; esto, en cuanto al vecindario por no haberle aplaudido. Respecto del cabildo, como hombre sacrílego, mandó suspender los divinos oficios y llevar preso á un canónigo con las vestiduras sagradas, que á la sazón puestas tenia, porque le hizo ver con religiosa energía que ni rey ni general tienen derecho para faltar al respeto debido á la casa de Dios. Este lenguaje era ininteligible para el general invasor, y contestó mandando que en el término de dos horas le entregasen *todos los fondos de la iglesia*. El cabildo abrumado por el temor y comprendiendo lo escaso del tiempo prefijado para cumplir la orden del moderno Sila, pidió en tono humilde y suplicatorio un plazo de cuatro horas, en vez de dos, para cumplir el mandato del *dictador*. Este, empero, con una arrogancia insolente y una barbárie sin ejemplo hasta que los franceses vinieron á España, contestó volviendo la espalda á personas que por carácter y costumbres valian mil veces más que él, diciendo bruscamente: *Un conquistador jamás revoca lo que una vez manda*.

Pero no quedó en esto la tiranía de Sebastiani y su avaricia, de la cual eran émulos sus secuaces. Durante tres dias se verificó un *saqueo político, ó disimulado*. Todos los conventos, templos, casas de comercio y de particulares de cierta fortuna, fueron visitados y tuvieron que resignarse todos los que tenian algunos bienes á ser despojados, como el viajero que en su camino es atacado por los salteadores. En cambio pasados tres dias, dejaron libres los invasores de su fatidica presencia á aquella tierra leal, de la cual habian ya sacado cuanto pudieron. Habian ido á *tomar* cuanto posible fuese; estaba realizado el propósito, y ya nada tenian que hacer allí. Es decir, que en vez de saquear con amenazas y destrozos, saquearon *pidiendo*, aunque dejando entrever la boca del trabuco. Cierto que son realmente repugnantes los detalles de la invasion francesa.

Apenas habian salido de Murcia los franceses, dió la voz de

alarma la primera, la temible gente de la huerta. El primer movimiento popular fué terrible, y víctimas de él fueron los que estaban tildados de afectos á los franceses. Entre ellos fué reputado con razon ó sin ella, algunos aseguran que sin ella, como afrancesado el alcalde-corregidor interino de Murcia, que pereció á impulso de la ira popular.

Logró Sebastiani, por fin, su *deseo*: quejábase de no haber sido recibido con repique de campanas, pero esto fué al entrar; al salir oyó más repiques de los que deseaba. Todas las poblaciones del antiguo reino de Murcia repicaban al pasar los franceses, mas era para dar el terrible y alarmante toque de rebato, á cuyos écos reuníanse todos los habitantes, armados del modo que cada uno podía. Muchos buenos tiradores, parapetados, con sendas escopetas, acechaban la oportunidad, y Sebastiani, más que de prisa y no sin pérdida, tuvo que regresar á Granada. Entonces encontró ya en la áspera Alpujarra á varios guerrilleros que, como Villalobos y Mena, se hicieron famosos.

Respecto de Cataluña, despues de entregadas Lérida y Mequinenza, sólo podemos añadir que O'Donnell sin desanimarse por los reveses sufridos, renovó su campo atrincherado en Tarragona, haciendo siempre de este punto uno de apoyo para sus operaciones de campaña.

El ejército de la izquierda, al mando del marqués de la Romana, se hallaba extendido por los confines de Extremadura. Por la parte de Alburquerque habia dos divisiones mandadas por los bizarros generales D. Gabriel de Mendizabal y por un hermano de D. Enrique O'Donnell, llamado D. Carlos; no era D. José. De la parte de Olivenza habia otras dos, mandadas por D. J. Senen de Contreras y por el ya conocido general Ballesteros.

El ejército de la izquierda era á la sazón el más numeroso: componíase de 26,000 infantes, y se procuraba el aumento de la caballería que constaba solamente de 1,000 ginetes; pues si bien habia más de otros 1,000 soldados pertenecientes á dicha arma, era entonces como si no existiesen, porque estaban desmontados.

Ni un sólo dia habian dejado de ocurrir acciones parciales, reencuentros ó escaramuzas. Sosteníalas por el flanco izquierdo D. Carlos O'Donnell contra el general francés Reynier; y por la derecha Ballesteros, contra Mortier.

SITIO DE CIUDAD-RODRIGO.

Recordará el lector que Napoleon habia resuelto llevar á cabo la gran expedicion al vecino Portugal, á cuyo fin, despues de una muy heróica resistencia por parte de los españoles, se habian los franceses posesionado de Astorga.

La expedicion la habia encomendado el tirano de Europa al mariscal Massena, á quien habia hecho duque de Rívoli, y dió orden al propio tiempo al mariscal Ney para que regresase á España y sitiase á Ciudad-Rodrigo, cuyo gobernador era un valeroso general llamado D. Andrés Perez de Herrasti. La guarnicion llegaba á 6 batallones que componian un total de 5,500 hombres, y 2 escuadrones completos. La caballería estaba mandada por un coronel graduado, llamado D. Julian Sanchez, que pasaba, con justa razon, por una de las mejores espadas del ejército.

Rodeaban á Ciudad-Rodrigo 50,000 franceses, mandados por los mariscales Junot y Ney, y por el general Montbrun. La plaza éralo sólo en el nombre, y no tenia verdaderas condiciones de defensa.

Casi cincuenta bocas de fuego de grueso calibre comenzaron á batir la ciudad; pero los bizarros defensores no curándose del fuego y sabiendo que encerrados tras de unos débiles muros poco ó nada podian hacer, verificaban todos los dias impetuosas salidas, y jamás regresaban á la plaza sin haber dejado sobre el campo tendidos á algunos de sus enemigos.

El dia 25 de Junio rompió el fuego general contra la plaza. Gruesos cañones, obuses, morteros, todos los elementos de destruccion entonces conocidos, lanzaban proyectiles contra Ciudad-Rodrigo. Napoleon queria tomarla á toda costa, porque sin esto era peligroso avanzar hácia Portugal.

Veinticuatro horas despues fué batido en brecha y destruido el torreón del Rey, y dos dias despues (el 28) intimó Ney la rendicion. El veterano Herrasti, lacónicamente contestó: *Conozco las leyes de la guerra y mis deberes militares como quien lleva cuarenta y nueve años en el servicio de las armas..... Ciudad-Rodrigo no está hoy en estado de capitular.*

Aunque con disgusto del altivo y soberbio Ney, Massena, como jefe de la proyectada expedicion, examinó y renovó las obras de ataque, y el dia 3 de Julio despues de sufrir terribles destrozos los

franceses, ocasionados por nuestra artillería hábilmente dirigida por su jefe el brigadier D. Francisco Ruiz y Gomez, lograron penetrar en el arrabal de San Francisco.

Cargaron, empero, los defensores sobre los franceses que habian ocupado el arrabal y los desalojaron, despues de haber hecho en ellos gran carnicería.

En tanto el *renombrado* Wellington, el *inglés grande de España y capitán general español y gran Cruz de Carlos III*, hallábase muy tranquilo en Viseo, mientras los españoles luchaban y resistian esperando su aparicion. Casi veia y oia perfectamente lo que ocurría á sus *amigos y aliados* sin pensar en auxiliarlos ni en moverse: quizá se ocuparía en racionar su gente.

Fué tan escandalosa la conducta de los ingleses AUXILIARES de España, que en el periódico oficial de Francia se leyeron pocos dias despues las siguientes líneas: *Los clamores de los habitantes de Ciudad-Rodrigo se oian en el campo de los ingleses.... pero estos se mantuvieron sordos*. Conste, pues, esto: nosotros lo consignamos con mucho gusto, y ojalá sirva de saludable enseñanza á los españoles. Y decimos que lo consignamos con gusto, porque nunca hemos mirado á los extranjeros, sean cualesquiera su patria y condiciones y circunstancias, sino como amigos aparentes *temporales* é interesados, y enemigos disimulados y perpetuos.

Destrozados los franceses en el arrabal de San Francisco, se convencieron de que cuerpo á cuerpo era muy difícil vencer á los españoles, aunque fuese inferior su número. Por esto decidieron redoblar las baterías, hasta lograr abrir brecha. Lograron, en efecto, abrir una en la muralla alta, hasta de 20 toesas (140 piés castellanos).

Aun teniendo ya abierta una brecha tan excesivamente practicable, temieron los enemigos penetrar en la plaza, sin duda recordando el suceso del arrabal de San Francisco. Por esto, tal vez, el mariscal Ney pasó una comunicacion al general Herrasti, invitándole á pasar á su campo para tratar de la capitulacion.

Aceptó el bizarro jefe español, porque ya no habia en la plaza defensa posible, y pasó al campamento enemigo, en donde su justo orgullo de buen español y su justificado amor propio de guerrero, pudieron quedar plenamente satisfechos; todos los generales, incluso el mismo altanero Ney, le colmaron de elogios por su inteligencia y su bravura.

Las condiciones de la entrega fueron tan honrosas, como me

recian los bizarros defensores de Ciudad-Rodrigo. Massena, en honor de aquellos valerosos españoles, dijo en su parte, alabando tanta constancia: *No es posible formar idea del estado á que está la ciudad reducida: todo yace por tierra, destruido; una sola casa no ha quedado intacta.* ¡Y será posible olvidar tanto destrozo, ocasionado por la insaciable ambicion de un solo hombre!

Cumplióse la capitulacion; mas como los enemigos habian de hacer siempre alguna cosa reprobable, porque tal era su habitual manera de proceder, ya que no se determinaron á faltar á lo capitulado respecto de los defensores, desfogaron su ira en la Junta, á cuyos individuos pusieron presos; y á pié y de una manera ignominiosa los llevaron hasta Salamanca y desde allí los hicieron pasar á Francia prisioneros.

Por aquel tiempo habia llegado á las cercanias de Astorga el general español Mahy, con cuyo motivo mandó Massena hácia dicho punto una division. Cuando esta avanzaba estaba ya muy cerca de Astorga el bizarro Mahy; mas suspendió la sorpresa que meditaba.

Algunos jefes españoles se disgustaron tanto á consecuencia de la conducta observada por Welington, que se separaron de él. Entre ellos el valeroso y entendido general La Carrera, que se ausentó inmediatamente y se unió á la Romana.

Estaban á la sazón los franceses tan acosados por todas partes, que vivian en un verdadero estado de desesperacion. Tenian que luchar muchas veces con enemigos poco menos que impalpables é invisibles, y temian pasar por donde hubiese montañas, mucho más que á entrar en una campal batalla. Los guerrilleros, que no les dejaban punto de reposo, no podian obtener triunfos decisivos; mas, sin embargo, diezmaban á los enemigos en detalle y no les dejaban sosegar ni permanecer veinticuatro horas seguidas tranquilos.

Ya en posesion de Ciudad-Rodrigo Massena, hizo repartir una proclama, en la que daba ánimo á los suyos y arrebatava, ó queria arrebatara el ánimo y vigor á sus contrarios. Decia en dicho papel que disponia de cuanto le era necesario y de **110,000** hombres. Supónese que en esta cifra lejos de exagerar, disminuyó mucho el contingente de tropas. El estado de las fuerzas francesas que á la sazón ocupaban á España, es el siguiente:

EJÉRCITO DEL MEDIODIA.—*Andalucía.*—General en jefe.—El duque de *Dalmacia* (mariscal *Soult.*)—Primer cuerpo.—Jefe el ma-

riscal Víctor.—Cuarto cuerpo.—Jefe, el mariscal *Sebastiani*.—Fuerza **55,000** soldados.—EJÉRCITO DE CATALUÑA.—General en jefe.—El duque de Tarento (mariscal *Macdonald*).—Tres generales de division y seis de brigada.—Sétimo cuerpo.—Fuerza 36,000 soldados.—EJÉRCITO DE ARAGON.—General en jefe, mariscal *Suchet*.—Tercer cuerpo, con 27,000 hombres.—EJÉRCITO DEL CENTRO.—*Castilla la Nueva*.—General en jefe.—*José Napoleon*.—Fuerza total.—19,000 hombres.—*Ejército de Portugal*.—General en jefe, mariscal *Massena*.—Mariscales *Ney*, *Junot* y *Reynier* con cinco generales de division y siete de brigada.—Cuerpos de ejército 2.º, 6.º y 8.º, fuerza **64,000** soldados.—Ejército de Extremadura, al mando de *Mortier* y comprendido en el ejército de que disponia *Massena*.—Se calcula la fuerza de este cuerpo que era el 5.º en 17,000 hombres.—Contábase además, entre los que obedecian á *Massena*, una division situada en Astúrias de 8,000 hombres; otra casi igual en Leon, y 20,000 guardias jóvenes que *Napoleon* estaba acabando de organizar para hacerlos pasar á España, como reserva del 9.º cuerpo. Por manera, que sólo calculando sobre lo ya expresado, contaba *Massena* con **120,000** hombres.

En Santander se hallaba el general *Bonnet* con 7,000 hombres.—*Kellerman* tenia 16,000 repartidos entre Valladolid, Toro y Palencia.—El general *Dorsenne* tenia 10,000 pocos más, en Búrgos.—Otros tantos tenia en Vizcaya el general *Thuvenot*, y *Doussour* en Navarra 7,000. Por último, avanzaba por Castilla la Vieja, recién llegado de Francia, el general conde de *Erlon*, seguido del 9.º cuerpo, que constaba de 12,000 soldados; y como retaguardia seguian los 20,000 guardias jóvenes.

Por el precedente estado, si contamos las escoltas de ambulancias, bagajes, etc., vendremos á encontrar una suma de **320,000** hombres, sin exajerar absolutamente nada.

La única ventaja que los españoles tenian contra tanta fuerza militar, era la desunion de los generales. *Ney* que habia tiempo antes tenido fuertísimos disgustos con *Soult*, habia comenzado á tenerlos tambien con *Massena*. Era de un carácter altivo, ácre, intransigente, y tenia además una gran dosis de orgullo que no le permitia conocer superior alguno, fuera del emperador, y esto porque no le era posible evitarlo.

Las reyertas de los generales extendian demasiado sus ramificaciones, pues uno y otro tenian en el ejército sus amigos y parti-

darios, que respectivamente defendian ó censuraban á uno y otro; de suerte que hasta la disciplina podia salir mal parada.

Massena, empero, mariscal de los más veteranos, sabia que debía dar debido cumplimiento á su mision y no por las cuestiones que le suscitaban, dejaba de atender á las exigencias de su deber. Este le mandaba apoderarse de Almeida, á seguida de haberse posesionado de Ciudad-Rodrigo, y se dispuso á cumplir las órdenes napoleónicas.

SITIO DE ALMEIDA.

Estableció, pues, Massena el sitio, colocó sus líneas, y en 11 baterías 65 cañones, con poca esperanza de que la plaza se rindiese tan pronto como él deseaba.

Era Almeida una plaza fuerte y bien defendida, y contestaba á los fuegos de las baterías del sitiador tan acertadamente, que apagó algunos de aquellos. No obstante, la fatalidad apareció á pelear en favor de Massena. Los artilleros de éste dispararon una bomba con tan fatal suerte para los sitiados, que cayendo en los almacenes de pólvora que habia en la plaza, voló el castillo en que aquellos estaban.

El inflamable mixto estaba, por desgracia, excesivamente abundante, y la conmocion causada por la terrible explosion desmontó los cañones, deshizo la fábrica y hasta aportilló por varias partes las murallas y, lo que fué peor todavía, perecieron hasta quinientas personas. Una sola casa no quedó sin que hiciese más ó menos sentimiento y muchas quedaron reducidas á escombros.

No hay para que decir cuáles serian las consecuencias de aquel verdadero cataclismo, que dejó á los sitiados embargados y sin accion durante muchísimo tiempo, cuyo tiempo aprovechó Massena perfectamente.

El lector puede muy bien calcular el efecto de sorpresa y asombro que causaria tan grande catástrofe, y si el veterano Massena desperdiciaria la oportuna y ventajosa ocasion. Lejos de esto, preparó las columnas de ataque y al mismo tiempo intimó la rendicion; y en la plaza ni ánimo ni decision hubo para contestar.

Entró, pues, Massena en Almeida sin disparar un tiro, tomando la guarnicion como prisionera de guerra, sin que nadie se opusiese ni pensase en hacer resistencia.

Túvose por muy seguro que dentro de Almeida y entre los

mismos portugueses, contó Massena con buenos auxiliares. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que muchos oficiales, de diversas graduaciones, y buen número de los soldados, prisioneros unos y otros, se ofrecieron á servir, é ingresaron al momento, en el ejército francés. Este dato exacto robustece la enunciada idea.

Dícese que impresionó mucho á los ingleses la pérdida, casi simultánea, de Ciudad-Rodrigo y de Almeida; empero pudieron muy bien decirles así los españoles como los portugueses, que en vez de ser tan *impresionables* pudieran haber sido más activos. Es incomprendible la conducta de Welington, y ciertamente no sabemos qué se propuso con hacer que sus soldados comiesen su racion y permaneciesen en la inaccion y acampados.

Disculpan algunos á Welington achacando su inmovilidad á su prudencia, que le hacia temer el aventurar una batalla contra un enemigo tan superior en fuerzas á su ejército; mas para nosotros su conducta lejos de ser disculpable, es hasta criminal, si de algo valen entre las naciones las amistades y alianzas.

Welington solo, no podria presentar ni aceptar una campal batalla; pero en primer lugar, antes de hacer el ridículo papel que hacia bastante tiempo estaba representando, debió retirarse, ó de nó obligar á su gobierno á que le facilitase todos los elementos necesarios para no ponerse en ridículo á sí mismo y al pabellon de Inglaterra. Pero fuera de esto, ¿por qué no socorrió á Ciudad-Rodrigo, teniendo una estrecha é imperiosa necesidad de hacerlo? ¿Si el valeroso Herrasti y los suyos resistieron tanto y tan vigorosamente solos, no hubieran triunfado, seguramente, si Welington, que tenia consigo casi 50,000 hombres entre ingleses, españoles y portugueses hubiese atacado las líneas francesas, al tiempo que los sitiados hacian una de las infinitas salidas que tan bizarramente hicieron durante tan largo sitio? ¿Qué clase de alianza era y para qué servia la de Inglaterra?

Dicen que Welington tenia formado, reservadamente, su plan, y que de él, como buen inglés impasible, no quiso salir. Por de pronto, la rendicion de Almeida le hizo levantar el campo y replegarse sobre la orilla izquierda del Mondego, fijando en Gouvea su cuartel general, y mandado al general Hill al Alentejo, para que observase al mariscal Reynier.

Un mes entero estuvo Massena con sus tropas acampadas junto á Almeida. El violento Napoleon estaba desesperado á consecuencia de la lentitud con que su mariscal favorito procedia; más éste

sabia que no le era posible proseguir por su camino, pues las partidas le acosaban lo mismo que si estuviese en España; y por otra parte le costaba inmenso trabajo el encontrar víveres para tanta gente como llevaba. Desconfiaba Massena de sí mismo; esto nada, tenía de extraño, puesto que cada paisano á quien tenia que dirigirse y de que no podia prescindir, era un encarnizado enemigo de los franceses, que si podia engañarlos seguramente lo hacia.

Casi á mediados de Setiembre movió Massena su campo, despues de haber racionado para algunos dias sus tropas. Reynier se le reunió en Celórico, y el dia 18 de Setiembre la vanguardia francesa dió vista á Viseo. El invasor encontró desierta esta ciudad.

La artillería y bagajes tardaron más: llegaron el 20; porque una division inglesa, mandada por Traut, les salió al encuentro. Iban bien escoltados; pero sin embargo, perdieron los franceses bastante gente antes de poder romper y continuar su marcha.

Wellington se habia puesto en movimiento porque no le era posible estar ya perplejo, cuando se murmuraba de él tan abiertamente, que ni españoles ni portugueses se reataban de hablar contra sus intenciones. El saber, como positivamente supo, que se exponia sino auxiliaba realmente á sus aliados, le obligaria quizá á separarse, contra su gusto, del plan preconcebido y que tan madurado podia tener, despues de tanto tiempo de inaccion.

Aprovechando el general inglés los dos dias que perdió Massena esperando la artillería, mandó á Hill se le incorporase, y pasando á la otra parte de la Sierra de Murcela, entre el Mondego y la Sierra de la Estrella, hizo alto para dar descanso á las tropas. Despues, haciendo una buena marcha, ganó la delantera á Massena, y mientras éste esperaba su artillería, Wellington llegó á Sierra de Alcoba.

El 26 llegó Ney con su cuerpo de ejército al pié de la Sierra, y ya Wellington habia ocupado toda la parte más elevada de la montaña, delante de Busaco.

ACCION DE BUSACO.

Habíanse trocado los papeles. En la ocasion de que venimos hablando era Massena el perplejo, y el previsor y el cauto. Habíale sorprendido el movimiento de Wellington; y como éste tenia demasiadas ventajas, aquel temia empeñar un batalla que podia muy bien serle desfavorable y trastornar absolutamente una campaña

bajo tan buenos auspicios comenzada. Pero Wellington era á la sazón el más vivo, porque creía llegada la ocasión, y la impasibilidad había desaparecido. No era lo mismo triunfar por las circunstancias, que dar auxilio á sus aliados de Ciudad-Rodrigo, que afrontaron todos los peligros con la esperanza del socorro que no pensó darles Wellington.

Quizá Massena hubiera buscado algun medio honroso de esquivar una batalla en la cual iba á entrar vencido, puesto que anticipadamente creía serlo, presentimiento muy desfavorable en los lan- ces de la guerra, y aún en los críticos de la vida. Sus subordinados, empero, le hicieron resolver contra su misma intencion y deseo.

Llegaron, pues, á noticia de Massena las murmuraciones de sus súbditos, principalmente las de sus émulos los generales, que le motejaban no ya de irresoluto, sino de temeroso del enemigo; mas nada resintió tanto su amor propio, como una carta del díscolo y casi envidioso Ney, en la cual vió Massena una ágría censura de su conducta militar. No fué esta la primera ni la última vez que la imprudencia de unos, la envidia de otros y el insensato ardor bélico de los más, comprometieron muy graves y respetables intereses.

Picado en su honor Massena, que debió despreciar ruines hablillas teniendo, como en efecto tenia, tan acreditados su valor y pericia, determinó librar la batalla, y comenzó por asaltar la escabrosa y casi inaccesible montaña.

Comenzó el movimiento por la division Reynier, que procedió con temerario arrojo, derrotó una de las divisiones de Wellington, llegó á la cúspide y fué dueña de aquella, durante algunos minutos. Rehechos, empero, los aliados; dividieron su atencion entre la division de Reynier, que era á la sazón dueña de la montaña, y las tropas de Ney, que iban salvando la difícil subida por otro flanco.

Brevísimo fué, pero sangriento, el choque: las tropas de Ney y las de Reynier bajaron, por su desgracia, con harto mayor velocidad de la que habian empleado para subir. Las de Ney sufrieron primero un mortífero fuego y despues una tremenda carga, y las de Reynier que desde luego fueron desalojadas por una terrible carga á la bayoneta. Acosadas unas y otras con un brio y una tenacidad incomparable, lastimosamente se despeñaron, llegando unos destrozados á la llanura y encontrando otros muy cruel muerte en los precipicios y barrancos.

La pérdida de los franceses pasó bastante de 4,000 hombres.

Murió el general Graindorge; quedaron heridos los de igual clase Merle y Foy, y prisionero Simon, el primero de bastante gravedad, y ligeramente el segundo.

Massena, que no quedó sorprendido por el funesto resultado de la accion, puesto que le previó á tiempo, dando una nueva muestra de su inteligencia, dispuso varios falsos ataques para disimular la retirada, que verificó con toda la posible habilidad, y salvó el grueso de sus fuerzas. Aun así hubiérase visto en grave compromiso, si un paisano que se le apareció y fué para él y los suyos una verdadera Providencia, no le hubiera indicado un camino que no conocia, por el cual salvó la Sierra de Caramuela y tomó la direccion de Coimbra.

Tal fué el resultado de la envidia é imprudencia de algunos y del excesivo amor propio del jefe supremo, de que, como siempre, fueron víctimas los subordinados, que pagan los caprichos unas veces, otras la emulacion y algunas la imprudencia de los respectivos caudillos.

En Coimbra no existia habitante ninguno: todos habian huido, pero dejando en la ciudad lo bastante para que los soldados saqueasen, y tomasen aquel *consuelo* por via de indemnizacion de lo que habian sufrido en la accion de Busaco, ó de la Sierra de Alcoba, que de ambos modos puede ser llamada.

Critican, con razon, á Welington que no sacó de su triunfo el partido que pudo y debió sacar. Lo mismo le sucedió en Talavera; y si bien es verdad que el paisano que indicó á Massena aquel camino para él desconocido le hizo un inmenso servicio, no lo es menos que á pesar de todo, tan gran masa de gente no pudo hacerse invisible. Hubiérale sido á Welington muy fácil, aprovechando el animoso ardor de los vencedores y el temeroso desconcierto de los vencidos, acabar por desorganizar á estos y destruirlos; empero Massena verificó por un lado su retirada, y Welington por otro. Este pasó á las famosas posiciones de Torres-Vedras, cuyas líneas habia anteriormente calculado y dispuesto.

Los ingleses se señalaron funestamente en su marcha por los desmanes que cometieron; como si en vez de ser auxiliares fueran declarados enemigos. Welington castigó con mano fuerte tan punibles excesos, y restableció, aunque á fuerza de severidad y de tiempo, la disciplina.

Otra cosa, por todavía si es posible, hicieron los ingleses, que los honró y favoreció muy poco. Una brigada de aquellos, manda-

da por Traut, penetró en Coimbra, en donde los franceses habian dejado á los heridos y enfermos que no pudieron trasportar. Lleváronlos consigo los ingleses á Oporto, y allí con una inhumanidad que sólo pudiera haberse encontrado en los indios bravos, los entregaron á lo más abyecto del pueblo, á fin de que los insultase, escarneciese y maltratase libremente. Este es un hecho inaudito, que sólo el haber de consignarlo repugna y disgusta.

Poco tiempo despues, necesitó Massena de toda su serenidad y su inteligencia, para no sucumbir ante la inteligencia y la impasibilidad de Welington.

Continuó el primero su camino y llegó á dar vista á las famosísimas líneas, recibiendo tal impresion y tan grande sorpresa, que jamás la habia experimentado igual. Habia hecho trabajar Welington más de un año seguido á sus hábiles ingenieros, para formar aquellas inexpugnables líneas; pero con tal secreto, que ni los mismos individuos de su ejército tenian la menor noticia de aquellos admirables trabajos que, sin género de duda, honraron muchísimo á la inteligencia militar de Welington.

Habia elegido el caudillo inglés un sitio de suyo casi inaccesible. En el camino de Coimbra, en la Extremadura portuguesa, no lejos de Lisboa, formaban las fortificaciones *una especie de isla entre el Tajo y el mar*. A vanguardia tenian la natural defensa de precipicios y barrancos, con mil defensas artificiales tan terribles como bien imaginadas y ejecutadas. Entre las estacadas y defensas se veia una línea de 600 cañones. A retaguardia estaban las líneas defendidas por montañas poco menos que inaccesibles.

Fué la sorpresa de Massena tan grande, como la verdadera maravilla que asombrado contemplaba: ni él ni persona alguna habíase apercibido de aquellos trabajos, para cuya realizacion se necesitaron tantos meses y tantos brazos. Brillaron entonces sin duda el talento militar de Welington y la pericia y reserva de sus ingenieros y de sus obreros todos.

Examinó el caudillo francés aquellas formidables posiciones, y comprendiendo la dificultad de saltar por encima de tan insuperable obstáculo, estendió sus tropas por Sobral, Villafranca, Orta y otros puntos, dejando entre los aliados y su ejército un no muy ancho valle.

Establecido su cuartel general, celebró Massena un consejo de generales, á consecuencia del cual se resolvió mandar á París al general Foy, aón convaleciente de su herida, á fin de que verbal-

mente enterase á Napoleon del gran compromiso en que se hallaba uno de sus mejores ejércitos y sus más entendidos generales.

Salió en efecto Foy, y Massena determinó esperar paciente-mente al 9.º cuerpo, que ya habia entrado en España y estaba destinado al ejército de Portugal, y la reserva de los 20,000 guardias jóvenes. Pero no habia previsto que le era muy difícil el esperar mucho tiempo: tenia consigo un ejército demasiado numeroso, para los víveres de que podia disponer; y teniendo, como en efecto tenia, á todo el país por enemigo, podia llegar á verse, y muy en breve, en una posicion sobrado crítica.

Forzar las líneas era obra sobrehumana; el ejército enemigo no solamente tenia centuplicadas sus fuerzas por efecto de las admirables defensas naturales y artificiales, si que tambien por la fuerza numérica de las tropas. Dentro de aquellas formidables posiciones habian penetrado las milicias voluntarias de portugueses, organizadas ya, y cuanto voluntario suelto podia llegar hasta aquel sitio. Habian, además, llegado una division española de 4,300 hombres, mandada por D. Cárlos O'Donnell, otra de 4,700, al cargo de don Martín de la Carrera y ambas bajo las órdenes del marqués de la Romana, quien de su propia autoridad y sin prévio mandato de la Regencia, habia resuelto reforzar al ejército aliado: por manera que en breves dias y cuando estaba Octubre ya en su último tercio, habia dentro de las eternamente célebres líneas de Torres-Verdras **70,000** hombres de tropas regladas é inmejorables y **60,000** de milicias y de voluntarios, que daban un total de **130,000** hombres.

Massena, por su parte, no solamente veia cerrado delante de sus pasos el camino, y cerrado de una manera que por entonces no era posible abrirle: por retaguardia se habian extendido y puesto en comunicacion las milicias de Beira Baja y las del Norte, eficazmente apoyadas las primeras por una brigada española mandada por D. Cárlos España, de cuya bizarría y rigor militar, nadie podia dudar.

La brigada de D. Cárlos de España, como hemos antes dicho, no era la que menos daba que hacer á Massena, en combinacion con las milicias de la Beira Baja, que estaban enseñoreadas de la parte de Abrantes.

Las guerrillas españolas que pululaban por Castilla y por Leon, se habian pasado á Portugal, á fin de hacer más crítica la posicion de Massena; y nuestro general Mahy, además, procedia

con tanta actividad por los puntos limítrofes, que ocupaba muy oportunamente á las fuerzas francesas que pudieran haber ido en socorro del comprometido Massena, y muy de propósito las tenia en continuo movimiento, llegando hasta arrojar de Leon á los franceses.

Al mismo tiempo Porlier hizo muy buenos servicios por la costa de Santander, á donde fué desde Astúrias embarcado. Uno de sus más gloriosos é importantes hechos fué la atrevida entrada en Santoña, en donde desmanteló fortificaciones, deshizo baterías y aprisionó muchos enemigos.

No fueron tan felices los guerrilleros en la parte de Extremadura. En Cantaelgallo tuvieron aquellos un descalabro; pero se deshicieron y rehicieron como por ensalmo y segun su especial táctica. Por esto los franceses se replegaron sobre Zafra; y á pesar de estar allí todo el 5.º cuerpo de ejército que mandaba Mortier, tan poco éste pudo abandonar el territorio que le estaba encomendado para dar auxilio á Massena.

En Fuente de Cantos hubo un choque que se prolongó hasta resolverse en accion de guerra, entre nuestro ejército de Extremadura y el de Mortier. Estaba ya decidida la victoria en favor de los franceses, cuando llegó oportunamente una brigada portuguesa de que se desprendió Welington, por haber llegado á su formidable campamento la division inglesa de Hill.

Aún así no quedaron equilibradas las fuerzas, pues el número de franceses era casi doble que el de los nuestros. Esto no obstante, el oportuno refuerzo reanimó á los denodados españoles; y el ánimo dió tiempo á que llegase nuestro bizarro general D. Fernando Gomez de Butron con su division de caballería, y esta restableció la pelea y permitió á nuestro ejército terminar de mejor manera que habia comenzado.

Era muy de notar la circunspeccion con que procedia Massena, que parecia falta de valor, y la impasibilidad de Welington, que le hacia aparecer como un ser insensible, casi inerte. Mirábanse unos á otros, sin pensar en ofenderse; mas como quiera que el francés ni encontraba ni sabia de dónde sacar recursos, y veía muy cercano el dia en que no habia de poder alimentar á su ejército, cuando á los ojos de sus enemigos más tranquilo é inmóvil parecia, fué cuando comenzó su movimiento de retroceso.

En la noche del 13 de Diciembre, en las altas horas, comenzó la marcha por los enfermos, que eran muchos, y por las acémilas de

equipajes, movimiento de que nadie se apercibió, pues las líneas no se movieron. El día 14, por la noche también, se concluyó la importante operación y comenzó la de las divisiones; los que salieron el 13 tomaron la vuelta de Santarem, y los que marcharon el 14, se dirigieron hacia Alcoentre.

El día 15 en las primeras horas de la mañana tuvo noticia Wellington de lo ocurrido, por unos campesinos. No se alteró por ello; mandó cerca de 8,000 hombres en dos divisiones, cada una de las cuales tomó distinto camino, con el simple encargo de observar á los enemigos que se alejaban, sin hostilizarlos.

El aviso de los campesinos coincidió con el movimiento del grueso del ejército francés, el cual tres días después (18 de Noviembre) estaba ocupando ya sus nuevas posiciones. El segundo cuerpo se había extendido á espaldas del río Mayor, en Santarem; el 6.º había ocupado á Leiria y Thomar; el 8.º había acampado en Aviella, y Massena había establecido su cuartel general en Torres-Novas. Colocado su ejército tan hábilmente, pudo adquirir todo cuanto le era indispensable, después de lo cual hizo atravesar el Cecére á la división Loison, con el encargo de apoderarse, como en efecto se apoderó, de Punhete. Allí se facilitaron á Loison útiles de ingenieros, maderas, hierro, para construir puentes y establecer la comunicacion con España.

Dió Massena en aquella ocasión una gran muestra de su saber, puesto que habiéndose encontrado en realidad perdido y sin socorro de ninguna especie, todavía tuvo serenidad para escapar al peligro y colocarse en aptitud de aprovisionar abundantemente á sus tropas, y de emprender las operaciones de campaña libremente, bien á vanguardia ó bien por el flanco izquierdo.

Wellington en tanto destacó algunas fuerzas, exploradoras más que otra cosa; pero enterado perfectamente de las posiciones de Massena, resolvió continuar sin salir de su impasibilidad acostumbrada.

La posición del francés era ya ventajosa; más sin embargo, no podía ser duradera. Ciertamente que no carecía de víveres; pero la mala voluntad de los portugueses se plegaba á la fuerza y nada más, y las situaciones violentas si no hay quien las haga caer, por sí mismas se desploman.

A mediados de Diciembre llegó parte del 9.º cuerpo tan esperado; pero no llegó más que una división, mandada por Couroux, y la brigada de Gardanne, en total 8,500 á 9,000 hombres.

La otra division, mandada por Claparède tuvo que habérselas con el general Silveira, portugués, y no llegó hasta despues de Navidad. El 9.º cuerpo le mandaba Drouet. Este entregó á Massena unos despachos de Napoleon, aprobando su conducta y ofreciéndole mucho para que creciese su ánimo. Entre las ofertas iba una copia de la órden remitida á Soult, para que mandase fuerzas de Andalucía en socorro de Massena, como si el primero no necesitase de cuantas fuerzas militares disponia y áun de mayores.

Al terminar el año, Welington, siempre impasible y firme, mandó acantonar parte de sus tropas en Alenquer y Cartaxó, de suerte que pudieran defenderse de los desatados aguaceros que se desprendian de las nubes; y como si las fortificaciones hechas ya no fuesen formidables y suficientes, se dedicó con el mayor conato á hacer otras nuevas, y una magnífica cadena de fortines erizados de bocas de fuego. Ciertó que llamaban la atencion de la anhelante Europa, Welington y Massena, y áun se cruzaron muy fuertes apuestas respecto de cual de ambos célebres generales seria en definitiva el vencedor.

MOVIMIENTOS MILITARES EN ESPAÑA.

Retrocediendo á la mitad del año para concluir con las operaciones de campaña y terminar aquel con los asuntos relativos á la reunion de las Córtes, diremos que Blake, como general en jefe del ejército del centro, tomó la venia de la Regencia para dirigirse á Murcia.

Era el objeto del siempre leal Blake, el ver de restablecer el órden en Murcia, notablemente alterado desde la entrada de Sebastiani, y á consecuencia de la propaganda que en favor de la usurpacion extendian los enemigos.

El dia 23 de Julio tomó Blake rumbo á Gibraltar y el 2 de Agosto llegó á Cartagena. Tomó un brevisimo descanso, y marchó en busca del general Freire, que tenia en Elche su cuartel general.

Mandaba Freire más de 13,000 infantes, cerca de 2,000 caballos, y tenia tres y media baterías comunes; pero tenia las tropas diseminadas por los pueblos de la provincia, y extendidas hasta la frontera granadina y una parte de la Mancha.

Con tanta prevision como acierto dió Blake el mando militar al bizarro y desgraciado general D. Francisco Javier de Elio. La fir-

meza de carácter y la energía de este gran general, bastaron para restablecer brevisimamente el alterado sosiego. Trasladó el nuevo jefe militar á Murcia el cuartel general; él pasó al frente de 5,000 hombres á Caravaca, y colocó á Freire con 6,000 en Lorca.

El día 18 de Agosto abandonó Sebastiani á Granada, y se dirigió á Murcia, con ánimo de dar un golpe decisivo. Súpolo Blake, y despues de haber hecho repartir una proclama, estableció el estado de sitio, puesto que resumió el mando de todas las autoridades en la militar. Mandó despues á Elio pasar á Lorca á reunirse con Freire, y él personalmente con la artillería, 3,000 infantes y casi todos los caballos, se adelantó hasta Alcantarilla.

Presentósele allí un innumerable paisanaje, gente de accion, aunque ignorante de milicia, de la Huerta toda ella; y Blake la admitió y la distribuyó en compañías y secciones, dándola por el pronto el destino de trabajar en las fortificaciones que debieran hacerse. Una de las cosas que Blake proyectó entonces, fué la de inundar en un caso extremo con las aguas del Segura, la inmensa Huerta.

Llegó muy decidido y esperanzado Sebastiani; pero sorprendido de que Blake le esperase, en vez de avanzar á Murcia, se replegó sobre Totana. Antes de esto redobló su ánimo, porque vió á Freire retirarse disimuladamente con la caballería, haciendo, como general procedente de aquella arma, una magnífica evolucion que le valió grandes elogios. Por esto el francés avanzó hasta Lebrilla; pero mudó de parecer y de ánimo, al ver la actitud imponente de Blake. Este que si bien solo habia reunido unos dos tercios de la fuerza que llevaba Sebastiani y comprendía unos 10,000 hombres con 17 piezas, habíalos repartido con tan especial habilidad, que al ver á Blake tomar la direccion de Totana, Sebastiani sin esperar, retrogradó á Lorca, y de allí volvió á Granada, sin hacer otra cosa que dejar á sus tropas cometer actos de vandalismo, para *indemnizarlas* de las cien leguas que las hizo andar inútilmente. Tal fué la *gloriosa* expedicion de Sebastiani, que tanto honró á Blake y á Freire.

Tomó nuestro ejército grande ánimo con la frustrada empresa de Sebastiani, y Blake, á quien jamás faltó el espíritu, no quiso desaprovechar los bríos de su tropa.

Para dar una prueba de fortaleza, determinó marchar en busca de Sebastiani. Muy loable fué su propósito; mas no tuvo en cuenta que la inteligencia y el valor no son prendas seguras de fortuna, y



que, por desgracia, él tuvo muy poco de afortunado en sus empresas. Si la buena suerte hubiera corrido parejas con la lealtad, pericia y ánimo de Blake, él solo hubiese bastado para salvar en poco tiempo á España y confundir á sus enemigos.

ACCION DE BAZA.

Salió, pues, de Murcia el animoso é inteligente Blake llevando consigo dos divisiones y tres baterías. Atravesando por Velez Blanco y Velez Rubio llegó el día 2 de Noviembre á Cúllar, de donde casi al llegar los españoles salieron los franceses.

Dejó en Cúllar parte de la infantería y seis cañones, y con el resto siguió hasta la hoya de Baza. Tomó en el acto las alturas que dominan á aquella, y vió desde ellas las avanzadas enemigas. En el acto salió el bizarro Freire con la caballería, guardados sus flancos por numerosas parejas de guerrillas, y apoyada por la famosa partida de Villalobos.

Hizo Freire retroceder á 400 caballos franceses, al mismo tiempo que Blake bajó al llano con unos 4,000 infantes y tres cañones. Desplegó la línea de batalla; pero triplicada la caballería enemiga, los 800 caballos que llevaba Freire no podían resistir con esperanza de suceso, á más de 1,200 que le acmetían. Por esto el general Freire emprendió muy serena y ordenadamente su retirada, á buscar el apoyo de la infantería. La caballería enemiga avanzó al trote largo; nuestros infantes procuraron contenerla haciendo fuego por mitades, casi á quema-ropa; los disparos tan inmediatos espantaron á los caballos de las últimas hileras de nuestros escuadrones, no menos que á los de los franceses, y la caballería, como en tales casos sucede siempre, descompuso á la infantería y todo fué despues confusion y desórden.

En realidad la victoria no quedó ni por los amigos ni por los enemigos; empero permanecieron estos sobre el campo con cinco cañones nuestros y algunos prisioneros, hechos por casualidad en medio de aquel verdadero tumulto: por esto pudieron los franceses llamarse vencedores. En cuanto á muertos y heridos, no hubo gran diferencia, si bien tuvieron menos los franceses. Estos, sin embargo, no se determinaron á subir á las lomas: la division española que dejó Blake sobre aquellas, allí permaneció firme; y no las abandonó hasta que el general ordenó que siguiese el movimiento de retirada (3 de Noviembre).

Después de terminada la acción continuó Sebastiani avanzando, hasta llegar á Lorca. Allí racionó á sus tropas, á costa del país, y sacó fuertes contribuciones, hecho lo cual retrocedió, hasta volver á sus posiciones de Granada (17 de Noviembre).

No estaban en tanto ociosos los partidarios que sin cesar recorrian aquella comarca y las inmediatas. Contábase entre ellos al valeroso Villalobos, que se halló en la acción de Baza; algo más distante, traía desasosegados á los franceses el ex-médico del Retiro, ya coronel, Martínez de San Martín (TIN-TIN), y por tierra de Jaén el bizarrísimo brigadier Calvache. Este, por desgracia, extendiendo sus correrías, tuvo innumerables encuentros, hasta que pereció gloriosamente junto á Villacarrillo. Juzgue el lector del alto concepto y consideración que el famoso Calveche merecería á los enemigos, generalmente tan crueles y sanguinarios como inconsiderados y desatentos, que recogieron el cadáver y con el mayor decoro le llevaron al campo español, diciendo que así lo hacían, para que se le dispensasen los honores que *su gerarquía, su noble proceder y su valor merecian*. Estamos siempre tan dispuestos á elogiar como á vituperar á los enemigos: no es, ciertamente culpa nuestra el que se nos presenten muchas menos ocasiones de hacer lo primero que lo segundo.

Dispúsose Blake á reorganizar su ejército, y á instruir los paisanos que voluntarios se le presentaban cada día. No pudo, empero, continuar su árdua tarea, tantas veces repetida, porque le sorprendió el nombramiento de individuo del Consejo de Regencia, hecho por las Córtes. Detúvose, sin embargo, hasta dejar asegurada la tranquilidad en toda la provincia de Murcia; y después de levantar el estado del sitio, entregó el mando al general Freire y á 3 de Diciembre salió del cuartel general, para dirigirse á la Isla de León.

CATALUÑA.

Continuando el mariscal Suchet el encargo de Napoleon, respecto de apoderarse de todas las plazas del Principado catalán, estrechó el sitio de Tortosa. Llamó á las divisiones Leval y Habert, y después de hacer construir algunos puentes para facilitar por diversos puntos el paso del Ebro, el día 7 de Julio estableció su cuartel general en Mora.

El ejército español daba bien en qué entender á Suchet, hábil

y valerosamente dirigido por D. Enrique O'Donnell; y puede decirse que ni un solo día dejó de haber ó accion, ó encuentro, ó escaramuza.

El día 15 de Julio, el marqués de Campoverde atacó vigorosamente al general Leval, cerca de Falset, y el primero quedó vencedor del segundo.

O'Donnell personalmente atacó á la division Habert, no con tan feliz éxito como Campoverde; pero sin sufrir ningun descalabro (29 de Julio). No pudo arrancar al francés de sus posiciones, pero sí penetrar en Tortosa: desde allí dispuso otra acometida contra Leval, que verificó bizarramente el general D. Isidoro Uriarte, aunque sólo consiguió destruir bastantes obras de las ejecutadas por el general enemigo, perdiendo al desgraciado coronel D. José María Torrijos que quedó prisionero.

Trasladóse despues O'Donnell á Tarragona, de donde nunca quitó su cuartel general, á fin de procurar reunir algunos elementos de socorro para los tortosinos.

El mariscal Macdonald, general supremo por el invasor en el Principado, logró á fuerza de penalidades y pérdidas introducir en Barcelona un segundo convoy de provisiones, hecho lo cual tomó la vuelta de Tarragona, con el objeto de impedir que O'Donnell socorriese á Tortosa. Este último, que jamás reposaba, comprendió la intencion del francés, y por medio de un hábil y veloz movimiento redujo á Macdonald á tal estrechura en Reus, que sino levanta apresuradamente al campo, él y los suyos perecen de hambre. No pudo, empero, O'Donnell, evitar que Macdonald sacase de Reus una contribucion de DOS MILLONES Y SETECIENTOS *veinte mil reales*.

Con dinero abundante, fruto de su insaciable avaricia é intolerable tiranía, pero acosado por el hambre, dirigióse Macdonald en busca de Suchet, para ponerse con él de acuerdo.

Reuniéronse en Lérida, despues de haber hecho el primero un camino trabajosísimo, siempre acosado por el bizarro general don Pedro Sarsfield y por el brigadier Georget que le mataron más de quinientos hombres. Celebraron una secreta conferencia; despues de la cual salió Macdonald, seguido de los suyos. O'Donnell, que no perdía de vista al enemigo, por los movimientos de éste último comprendió lo que se había acordado en la entrevista y determinó no dejar tranquilo á Macdonald, á fin de favorecer de este modo, ya que de otro no podía por entonces, á los de Tortosa.

Dispuso en el momento que la division Campoverde pasase á Villafranca, y mandó por agua desde Tarragona la artillería y material de guerra que le eran necesarios para el objeto que se proponia. Colocó despues otras fuerzas escalonadas para cubrir el camino de Barcelona, unas y otras en observacion del general en jefe enemigo.

SORPRESA EN LA BISBAL.

Ejecutado brevemente cuanto habia dispuesto O'Donnell, salió éste con una division y llegó á Vidreras. Sin detenerse y sin tomar más tropa que, para no ir solo, una compañía de infantes y otra de ginetes, que fueron los húsares de Numancia, anduvo en cuatro horas, poco más ó menos, ocho leguas, y llegó á La Bisbal.

Comó antes de ponerse O'Donnell en movimiento habia tan hábilmente distribuido sus tropas, verificó la sorpresa tal y conforme se lo habia propuesto. Comenzó por hacer prisioneras á todas las patrullas francesas que á la sazón vigilaban, sin dar tiempo al general Schwartz para más que para recoger apresuradamente y de rebato sus tropas y encerrarse con ellas en el castillo; pero le sirvió de poco: *enemigo sorprendido, medio vencido*, dice un adagio militar, y así es la verdad: Schwartz capituló con O'Donnell, y se tuvo por muy feliz en lograr semejante desenlace.

Como el bizarro O'Donnell habia combinado con la sorpresa que pensaba hacer otros movimientos, cumpliendo sus delegados la parte que los encomendara mientras él sorprendia en La Bisbal al enemigo, el mariscal de campo D. Honorato Fleyres tomaba á San Feliú de Guixols, y el coronel D. Tadeo Aldea á Palamós.

La expedicion tan rápidamente pensada como ejecutada, costó á los franceses cerca de 1,300 prisioneros y diez y siete cañones, 450 muertos y unos 900 heridos. Entre los prisioneros quedó el general Schwartz y sesenta oficiales de diversas graduaciones.

El bizarro O'Donnell fué despues recompensado con merced de título de Castilla, bajo el de *conde de LA BISBAL*, recompensa que por cierto supo merecer y que no dejó de serle demasiado costosa, puesto que recibió en una pierna una herida de tal gravedad, que de resultas quedó cojo.

Era una viveza tal la del nuevo conde de La Bisbal que ni sosegaba, ni dejaba sosegar á los franceses, distribuyendo por todas partes ya columnas volantes, ya brigadas, ya divisiones, distin-

guiéndose mucho por la parte Norte el general Campoverde y el brigadier Georget. También hizo muy relevantes servicios el intrépido Clarós.

Poco después tomó el mando de los distritos de la parte Norte, en reemplazo del marqués de Campoverde, el barón de Eroles. Era éste el comandante general del Ampurdam, cuyo título llevaba también por el intruso el general Baraguay d'Hilliers. El barón de Eroles llegó á estrechar y acosar tanto á Baraguay, que no encontrándose éste bastante fuerte para proteger un convoy de víveres que marchaba á Barcelona, tuvo que salir á protegerle personalmente con grandes fuerzas militares el mismo Macdonald, que se titulaba capitán general del Principado.

Otro general español, el barón de la Barre, al mando de su división, prestó también muy buenos servicios. Activo y vigilante siempre, no daba al enemigo punto de reposo, recorriendo sin cesar la margen del Ebro. Un batallón, napolitano, pero perteneciente al ejército francés, creyendo cierto día distante á La Barre, vadeó el Ebro; pero al llegar á la opuesta orilla cayeron todos en poder del general español, desde el comandante al último soldado, con bagajes y ollas de rancho.

Dicho se está que la brillante manera con que se sostenía por los españoles en Cataluña la campaña, dificultaba mucho el resultado que Suchet se proponía del sitio de Tortosa. Contaba éste ya casi seis meses de duración, y tan pronto estaba formalizado, como se rompían sus líneas, para llevar fuerzas á otra parte. En la entrevista, otro tiempo secreta, de Suchet y Macdonald, sólo se había tratado de activar el sitio y apoderarse de la plaza; y como una de las dificultades que se oponían era el casi impracticable transporte de alguna artillería de batir que aún faltaba, convinieron ambos mariscales en llevarla por el Ebro, aprovechando una gran crecida del río, efecto de las continuas lluvias. Por tierra era obra imposible, sin gran riesgo de que todo cayese en poder de los españoles. Para llegar, empero, hasta el río era forzoso correr primero la suerte por tierra, y con este objeto hizo sus primeras operaciones Macdonald, que O'Donnell perfectamente comprendió y frustró, con la famosa y atrevida sorpresa de La Bisbal y demás movimientos simultáneos.

Hasta entonces Cataluña no había recibido ni socorro ni apoyo de Valencia, á pesar de que en esta última provincia no ocurría lo que en Cataluña, en donde era á la sazón más activa la guerra

que en ningun otro punto de España. Siempre el jefe supremo imprime su propio carácter á los asuntos en que interviene. El carácter activo de O'Donnell se hacia conocer en el de la guerra, tan brillantemente sostenida en Cataluña. En Valencia, por el contrario, D. José Caro continuaba ocupado de sus intrigas, y en cometer los sólitos desafueros, sin curarse de lo que pudiera ocurrir en Cataluña.

O'Donnell, como capitán general de dicho Principado, continuamente reclamaba, aunque inútilmente, del de Valencia, socorros para Tortosa; mas éste se hacia sordo, hasta que fuertemente reconvenido por O'Donnell y al cabo de casi medio año, reunió dos divisiones y como unos 10,000 paisanos y tomó la vuelta de Cataluña.

Salió Suchet á encontrar á Caro, y éste sin esperar á más se replegó sobre Alcalá de Gisbert y en seguida se retiró hasta Murviedro, pudiendo muy bien, para hacer lo que hizo, no haberse movido ni haber molestado á sus tropas.

Frecuentemente llegaban hasta la Regencia quejas de los valencianos contra D. José Caro, y en su virtud aquella dispuso pasase á Valencia el marqués de la Romana, hermano de los Caros, para reemplazar á D. José. El marqués jamás llegaba; no sabemos hasta qué punto le agradaría el deponer por sí mismo á su hermano D. José; empero como el mal apremiaba, las quejas populares se repetian y el mismo O'Donnell las dió de que el capitán general de Valencia no socorria á Tortosa ni se cuidaba de otra cosa más que de abusar del mando, unido todo esto á la ridícula figura que hizo Caro al huir, que tal puede decirse, de Suchet, mientras el de la Romana llegaba ó no llegaba, se dió orden al general D. Luis Alejandro de Bassecourt, á la sazón comandante general de Cuenca, para que con retencion de este cargo, pasase de capitán general á Valencia.

Las instrucciones que se dieron al general Bassecourt se redujeron á encargarle mucho la reorganizacion del ejército de Valencia, cuya disciplina se habia relajado con el descuido de Caro; y sobre todo encargósele que á cualquier costa socorriese á Tortosa y procurase libertarla.

Dirigióse Bassecourt en busca de D. José Caro; quien tan odiado era que su mismo hermano D. Juan, á la sazón ocupado en la guerra de Cataluña, no queria ni oír hablar de él, pero no le fué posible encontrarle. Despues de llegar á Murviedro, desapareció;

esto es, abandonó al ejército, no á Valencia. Pero se difundió rápidamente la noticia de la llegada de Bassecourt y la exoneracion de Caro, y entonces, viéndole el pueblo desposeido de su carácter de autoridad, quiso dar rienda suelta á su reprimido furor. Burló, empero, las iras populares el excapitan general, disfrazándose de fraile francisco, y á favor del disfraz pudo embarcarse y pasar á Mallorca.

Entre las *hazañas* consumadas por este fatal jefe, se cuenta que dejó apoderarse de Morella á los franceses, sin disparar un tiro. Despues de perdida, mandó al general Odonjú para recuperarla; y aunque este caudillo procedió lo mejor que pudo, en la segunda vez que acometió se replegó para no volver.

En el momento conoció O'Donnell los efectos del cambio de capitan general ocurrido en Valencia. Bassecourt, en cumplimiento de las órdenes recibidas, reunió dos divisiones que subdividió en tres brigadas, dotando á la de la derecha con 2,500 hombres, con otros 2,500 la de la izquierda, y á la del centro, cuyo mando se reservó, con 3,000.

Así distribuidos sus 8,000 hombres, se dirigió á Uldecona; pero encontró á la division Musnier antes de que llegasen las otras dos columnas. Debió esquivar el combate del mejor modo posible, hasta reunir todas sus fuerzas, pero bien que no le diese tiempo el enemigo, bien que su natural impaciente no le permitiese esperar, es lo cierto que luchó contra dobles fuerzas, llevando desde el principio de la accion una pérdida segura, cuya principal parte consistió en unos 250 prisioneros, entre estos el bizarro D. José Velarde, coronel del regimiento de la Reina. Bassecourt se replegó sobre Peñíscola.

El lluvioso invierno facilitó á Suchet el transporte de la artillería de batir; porque convertidos los rios en brazos de mar y en rios los arroyos, verificó por medio de barcas lo que por tierra jamás hubiera realizado. Y aún así no pudo hacerlo tranquilamente, que perdió algunas barcas y con ellas el cargamento, pues O'Donnell se multiplicaba y estaba hecho un Argos. En una de las infinitas acometidas quedó prisionero de los franceses el valeroso general García Navarro.

Pero el impaciente Napoleon que veia trascurrir los meses y nada se curaba de los rigores de la estacion ni de las inclemencias del cielo, fatigaba á Suchet uno y otro dia con apremiantes órdenes. Aquel mariscal, cuyas intenciones probablemente serian de

dejar trascurrir la época más cruda del invierno, tuvo necesidad de estrechar el cerco.

Estableció Suchet, por fin, sus baterías; reforzó Macdonald con algunos millares de nombres, que no bajarían de 13 ó 14,000, las líneas del sitio, y todo quedó á punto de colocar á Tortosa en el último aprieto. O'Donnell, sin embargo, no decrecía de ánimo, y hacían los españoles terribles acometidas, que á guisa de desbordado torrente lo arrollaban todo.

El día 28 de Diciembre hicieron de la plaza una bizarra salida, que coincidió con la aparición de 3,000 españoles que descendiendo de la montaña, cargaron con furioso ímpetu sobre las trincheras que el enemigo tenía colocadas al Sur y al Este. La reserva francesa acudió á reforzar á los suyos; mas cuando llegó, ya los nuestros habían deshecho la mayor parte de las trincheras y habían perecido muchos franceses, entre ellos gran número de los ingenieros, incluso bastantes oficiales. Otros refieren solamente la salida de la plaza, y nada dicen de los que bajaron de la montaña. De un modo ó de otro, consta oficialmente el destrozo de las trincheras y las muchas pérdidas de hombres que sufrió el enemigo.

El día 29 rompió Suchet el fuego contra la plaza, haciendo jugar incesantemente casi 50 piezas, distribuidas en diez baterías, que lanzaban contra la plaza infinidad de bombas, granadas y balas rasas y rojas. El día 31 ya estaba aportillada la muralla, por más de una parte.

En tal situación se encontraba la sitiada plaza de Tortosa, al terminar el año.

BREVE RESEÑA DEL RESTO DE LAS OPERACIONES

DE CAMPAÑA.

CÁDIZ.—Las tropas más inmediatas á la Regencia del Reino estaban diseminadas, parte en el condado de Niebla, al mando de D. Francisco Copons, y parte en el campo de San Roque y Serranía de Ronda, al cargo de D. Francisco Javier Abadía.

La Junta de Sevilla, situada en Ayamonte, daba calor á la guerra, y había formado en la isleta de la Canela un reducido pero completo arsenal, en donde se fabricaban fusiles, se fundían proyectiles huecos y sólidos, se construían monturas y se hacían vestuarios. Servía al mismo tiempo la precitada isla de refugio á los

perseguidos por el opresor, y de depósito y punto de reunion á los dispersos.

De órden de la Regencia salió por mar el bizarro Lacy con una division de 3,500 hombres. Hízose circular la voz de que la expedicion se dirigia á Ayamonte; mas fué derechamente á desembarcar en Algeciras.

El objeto principal de la expedicion, que era el de apoderarse de Ronda, no pudo realizarse; empero Lacy hizo sufrir grandes pérdidas á los franceses y los llevó largo tiempo al redropelo, auxiliado por los bizarros jefes de partida llamados Becerra, Aguilar y Valdivia, y por una brigada auxiliar ó sea inglesa.

Víctor y Sebastiani que supieron las hazañas de Lacy, hicieron cargar fuerzas contra él, y aquel se hizo dueño de la fuerte posicion de Casares.

Embarcóse despues en Marbella, volvió al campo de San Roque y recorrió todo aquel territorio, fuertemente apoyado por el comandante general Abadía. En resúmen, Lacy verificó una atrevida expedicion con gran gloria suya, de las armas españolas, y con no menor utilidad de la causa que defendia; y despues de haber visitado de nuevo á Marbella y su fuerte, defendido por el bizarro Cevallos Escalera, regresó á Cádiz á 22 de Julio.

Como unos veinte dias permaneció en la antigua Gades, ocupado en acopiar provisiones, adquirir pertrechos y municionar su gente. Ya avanzado el mes de Agosto salió de nuevo, siempre con 3,000 hombres, escoltado por fuerzas sutiles de las marinas española é inglesa. Pero aquella vez no adquirió el mismo grado de gloria que la anterior, y áun los pueblos de la parte de Huelva, en donde desembarcó á 23 de Agosto, y el mismo comandante general Abadía, quedaron muy disgustados de Lacy; porque pocos dias despues se reembarcó, sin haber hecho cosa alguna. Créese que su determinacion tuvo origen en la aglomeracion de fuerzas enemigas, que le amenazaban. Los pueblos, empero, tuvieron sobrada razon para disgustarse. Entusiasmados con la presencia de Lacy, se comprometieron demasiado abiertamente contra los enemigos, confiados en el apoyo de aquel; y al ver que se reembarcaba, comprendieron toda la extension del compromiso en que semejante abandono les dejaba. No se equivocaron en efecto; porque ni perezosos ni sóbrios fueron, en verdad, los franceses para vengarse con su sólita manera, de aquel entusiasmo popular.

Un mes despues hizo Lacy otra salida; y en 29 de Setiembre,

siguiendo por el camino del puente de Zuazo, destruyó las obras de fortificación del enemigo.

Continuaba el sitio de Cádiz sin que ocurriese en él otra cosa que algunos choques parciales, de poca importancia material. Unos y otros, amigos y enemigos, como que debían dominar las aguas más que la tierra, tenían puesto todo su conato en aumentar las fuerzas marítimas.

También ocurrieron diversos choques navales, llevando generalmente la peor parte la marina francesa, lo que, ciertamente, no era milagroso, puesto que la española estaba auxiliada por la inglesa, cuyo auxilio hasta entonces había sido harto más eficaz que el que habían los aliados prestado por tierra.

En uno de los mútuos ataques pereció el general francés Senar-mont, muy renombrado artillero.

ARAGON.

En este antiguo y glorioso reino poco ocurrió de notable, en la última parte del año. Quien dió más que hacer á los franceses, fué el denodado brigadier Villacampa. Tanto hizo este heróico caudillo que obligó al gobierno intruso á mandar contra él, que solo tenía **3,000** hombres, **7,000** infantes, y **500** caballos, mandados unos y otros por el polaco Klopicki.

Apoyado el bizarro español en las alturas de la Fuen-Santa, resistió el choque y se sostuvo bizarramente más de siete horas. La enorme diferencia de fuerzas materiales hizo que Villacampa se replegase con bastante pérdida, especialmente por haberse hundido bajo los piés de los españoles un puente, al atravesar el Guadalaviar, yendo este rio muy crecido (12 de Noviembre).

CASTILLA.

Aumentábanse cada dia en esta tierra clásica del heroísmo las guerrillas: los jefes *Aguilar*, *Tapia*, *Amor*, *Durán*, *Príncipe* y otros infinitos tenían en continuo movimiento y desesperado á Kellerman.

Propusieron sin duda los franceses en su injusta guerra con España, hacer buenos á los antiguos caudillos de las más bárbaras huestes, y que se olvidasen todos los más feroces é infucos hechos cometidos desde la época primitiva hasta aquel entonces. Keller-

man escedió en ferocidad á los más feroces, puesto que fué capaz de consumir un acto de barbárie que ningun otro de cuantos análogos se registran en la historia del mundo, puede esceder al que vamos á referir, si es que alguno está á su nivel en atroz crueldad.

Descubrió Kellerman, nombre que con gusto legamos á la justa execracion de las venideras generaciones, que un niño *de doce años* llevaba pólvora á una de las partidas más inmediatas á Valladolid, de donde era aquel natural é hijo de un latonero de la expresada ciudad. Mandóle prender el feroz é inhumano Kellerman y formó empeño en que la pobre criatura declarase quién ó quiénes le entregaban la pólvora que él llevaba á los guerrilleros. El niño, con una firmeza no propia de sus años, se propuso no confesarlo, y se hizo superior á todo el aparato guerrero de que se rodeó Kellerman, y que á hombres formales hubiera impuesto mucho. Firme siempre la tierna criatura en su primera contestacion, no hubo medio de hacerle confesar lo que se pretendia. Entonces Kellerman *mandó aplicar fuego lento á las palmas de las manos y plantas de los piés del tierno niño*, martirizándole de una manera horrible, sólo propia de séres inhumanos y bárbaros. Pero aunque á medida que el animoso niño negaba, mandaba el feroz francés aumentar el tormento, logró martirizarle de una manera inaudita, pero nó que se intimidase, ni que el bárbaro padecimiento le hiciese revelar lo que el infame tirano deseaba saber. Con la firmeza y constancia de un hombre de gran corazon procedió el niño de doce años, dejando burlado el deseo del repugnante opresor, el cual, lo mismo que los franceses todos, debió conocer lo que podian esperar los invasores, en un país en que se encontraban niños cuyo carácter les hacia superiores á los más bárbaros tormentos.

En cuanto á lo *sagrado* de las palabras empeñadas por los franceses, referiremos, como muestra, que el general Roguet, digno delegado de Kellerman, tuvo la impía crueldad de asegurar, de palabra, la vida de veinte prisioneros procedentes de la partida de Durán, y luego que los hizo confiar en que vivirian y los hizo experimentar la natural alegría de quien se salva cuando ya perdido se cree, mandó fusilar á los veinte.

Pagaban los enemigos con las setenas todos sus bárbaros hechos, porque desdichado del que se rezagaba; esto no obstante, conste siempre que los franceses tomaron la iniciativa y dieron el ejemplo en la crueldad, superior á cuanto pudiéramos referir.

Las partidas de Castilla hicieron inmensos servicios á la causa española, y ocasionaron perjuicios muy grandes á los invasores, distinguiéndose entre los jefes de aquellas, que tanto se multiplicaron, el *Chambergo* (D. Manuel Pastrana), *Chaleco* (D. Francisco Abad) *Francisquete* y otros de menor nombradía, pero dignos de loor.

Sobresalía entre todos el *Empecinado* (D. Juan Martín) el cual al frente de 2,000 de los suyos se batió ya formalmente con la división del general Hugo. Llegó á causar tanta impresion el impetuoso arrojo, el denodado valor y la natural estrategia del *Empecinado*, que los *guerreros del siglo* trataron de *ganarle*, haciéndole formales proposiciones, y proponiéndole grandes ventajas no sólo para él si que tambien para todos los suyos.

Desechó el digno español unas proposiciones tan ultrajantes á su lealtad, y contestó de tan dura manera, que no dejó gana al francés de acordarse de escribirle. Procuró, empero, vengarse aquel reuniendo todas las fuerzas que pudo, hasta cuadruplicar las del *Empecinado*; y despues de haberse éste corrido por tierra de Guadalupe, el dia 9 de Diciembre fué alcanzado en Cogolludo. El bizarro español no huyó; se sostuvo, aunque atacaban más de 8,000 hombres á los 2,000 que él tenia, verdadera temeridad que le costó perder algunos prisioneros; y no perdió más porque diseminó á tiempo su fuerza, para reunir la despues en Atienza.

De Asturias y Galicia hemos dicho en otro lugar lo bastante, y desde aquella época nada tenemos que añadir sino consignar los nombres de *Campillo* (honra por su valor y noble comportamiento de los guerrilleros españoles) y *Castañon* (D. Federico, el que despues fué general), que cada dia hacian más importantes servicios.

Porlier continuaba verificando sus expediciones, siempre con tanta gloria, como utilidad de la causa que defendia.

NAVARRA.

Llamaba por entonces mucho la atencion de los franceses el bizarro D. Francisco Espoz y Mina, tio del *Mozo*, habiéndose mostrado superior, desde que tomó las armas, á su bizarro y célebre sobrino.

Auxiliábanle por la parte de Vizcaya D. Juan Aróstegui; por la de Alava, otro célebre partidario, en un principio herrero de oficio, llamado D. Francisco Longa, natural de la Puebla de Arganzon, y

por Guipúzcoa el no menos célebre *Pastor* (D. Gaspar de Jáuregui).

Espoz y Mina se hizo en poco tiempo un verdadero general y dió tanto que hacer á los enemigos, que Reille, gobernador militar por el intruso, se ofendió de tanta *audacia*. Reunió el francés nada menos de **30,000** soldados aguerridos, para batir á menos de **3,000** que acaudillaba Mina; empero este hombre, militar por instinto y animoso por naturaleza, burló al iracundo Reille. Distribuyó sus fuerzas militares, que distribuyó perfectamente entre Aragon y Castilla, reservándose 500 hombres escogidos para llamar poco la atencion y continuar haciendo sorpresas, interceptando correos y convoyes.

En Octubre volvió á parecer en Navarra, herido, despues de haber hecho mil proezas y desesperar á los franceses; y entonces recibió con un oficio de la Regencia, lleno de pomposos y merecidos elogios, el real despacho de coronel.

Restablecido de su herida, reunió de nuevo sus 3,000 infantes, organizó 120 ginetes y con unos y otros, despues de operar en Navarra, pasó á Aragon y de Aragon á Castilla.

Se batió por entonces Mina muchas veces en campo abierto, y venció á los franceses, con mucha gloria suya y aplauso de sus bizarras tropas, en Monreal, en Aibar y en Tiebas.

Tenia este heroico español á la sazón veintisiete años; hallábase dedicado á la labranza, cuando la prision de su sobrino le hizo arrojar la esteva y empuñar la espada. Uno de sus primeros actos, como jefe de guerrilla, acreditó la rectitud de su corazón, la firmeza de su carácter y su temple de alma.

Queriendo Mina librar á los españoles de un terrible azote y que no se extendiese hasta los verdaderos guerrilleros la mancha que sobre su nombre podian echar los que bajo el de partidarios no eran otra cosa que unos verdaderos malhechores, sin contemplacion de ningun género prendió y fusiló en Estella al cabecilla Echevarría, y á tres de los que en sus fechorías le auxiliaron.

Del ex-médico Martinez de San Martin, ya hemos hablado: el otro de igual profesion Palarea y el *médico de Villaluenga*, continuaban prestando importantes servicios por la provincia de Toledo.

REUNION DE CÓRTESES.

No dejaron de causar mucho efecto en España las cartas dirigidas por Fernando VII á Napoleon, á pesar del ciego cariño que los españoles le profesaban; pero afortunadamente tan desdichada noticia no trascendió tanto como Napoleon se propuso. El ambicioso hizo insertar las predichas cartas en el *Monitor*, porque le interesaba desacreditar al legítimo rey de España. Sin embargo, ya lo hemos dicho, no trascendió aquella fatal noticia al pueblo en general; pero sí lo supieron la Regencia, el Consejo de España é Indias, y parte de la gente más cercana á los gobernantes.

Lo que más vivamente disgustó fué la parte relativa al proyectado enlace de Fernando, con una hija de José, el rey intruso, en virtud de cuyo casamiento recibiría Fernando, como *un favor especial*, el título é investidura de príncipe de Astúrias. El expediente no estaba del todo mal buscado, para dar cierta solidez y estabilidad á la nueva dinastía si hubiera sido posible hacer olvidar á los españoles la procedencia de su *nuevo* rey; pero era esta obra superior á las fuerzas humanas. Los nobles, religiosos y humanos españoles, no podían olvidar á los tiranos del Dos de Mayo; á las hordas sacrílegas que habían profanado los templos y escarnecido la santa Religion de sus padres; á los que encerraron á centenares las aterradas mujeres en el templo de Dios, para bárbaramente violarlas; á los que atormentaron á un niño de doce años; á los que, irritados por haber sido vencidos en Talavera, vencedores despues en el puente del Arzobispo, *sacaron violentamente del lecho*, en Plasencia, *al virtuoso obispo de Coria, gravemente enfermo y venerable anciano de ochenta y cinco años, y despiadadamente le arcabupearon*; á los saqueadores, incendiarios y violadores. ¡Quién que, sobre honrado, independiente fuese, había de admitir la dominacion de semejante deshecho del infierno!!

El conde de Torremuzquiz fué quien tomó la iniciativa, en la sesion celebrada por el Consejo á 9 de Junio. Fueron asistentes á aquella los Sres. D. Manuel de Lardizabal, decano; D. Bernardo de Riega, D. José María Puig, D. Sebastian de Torres, D. José Navarro, D. Antonio de Cortabarría, D. Ignacio Martinez de Villela, don Miguel Alfonso de Villagomez, D. Vicente Duque de Estrada, don Tomás Moyano, D. Pascual Quilez, D. José Salcedo, el conde de Torremuzquiz, D. Ignacio Omnibrian, D. José Pablo Valiente, don

Tadeo Galisteo, D. Antonio Lopez Quintana, el baron de Casa-Davalillo, D. Francisco Lopez Lisperguér, D. Lope de Peñaranda, don Francisco Javier Romano, D. Vicente Alcalá Galiano y D. Antonio Ranz Romanillos.

Tomó la palabra el de Torremuzquiz para dar cuenta de la noticia que alarmado le tenia, añadiendo que segun el proyecto del tirano de Europa, despues del enlace de Fernando con la hija del intruso, dejaria aquel de llamarse Fernando de Borbon, para llamarse FERNANDO NAPOLEON, como hijo adoptivo del destructor de los Borbones y opresor de España. Era esto, en efecto, el colmo de la bajeza, de haber sido aceptado por Fernando; y el pueblo español solo hubiera podido aceptarlo, colocándose ya en la clase de un pueblo degenerado, abyecto é indigno de existir y de figurar como nacion en el mapa europeo.

El Consejo y la parte de españoles á cuyas manos llegaron los documentos suscritos por Fernando, creyeron, y así parece probable, que toda aquella maniobra era parto único del ambicioso y maquiavélico Napoleon. En efecto, cautivo y en su poder el rey de España; irascible, violento y lleno de poder su opresor, nada de extraño tenia le hubiese obligado á firmar cuanto hubiera querido.

Como el rey legítimo de España estaba, empero, en poder del tirano, y los actos de opresion podian repetirse hasta perjudicar de una manera aún más grave y decisiva á la justa causa de la Independencia española, creyó el Consejo de su deber el tomar en cuenta las palabras del conde de Torremuzquiz. Mandó al efecto que la mocion de aquel pasase á los fiscales del Consejo, y en virtud del informe de aquellos se acordó publicar un Manifiesto, para por su medio hacer conocer la verdad á los habitantes de todos los dominios españoles. Hizose así, en efecto, y creyóse tambien por el Consejo que uno de los principales y más eficaces medios para conjurar las maquiavélicas arterias del falaz Napoleon, era sin duda alguna el apresurar la reunion de las Córtes del Reino, concluyendo la consulta por una proposicion relativa á la libertad de imprenta, que el Consejo juzgaba necesaria para la defensa de la nacion, cosa que maravilló á los *avanzados*, puesto que por muy *retrógrado* tenian al Consejo.

Ya sabe el lector que las Córtes habian sido convocadas, y que la Regencia aplazó la reunion. Los reformistas *de todo género*, murmuraron largamente de aquella determinacion; más es innegable que despues de la invasion de las Andalucías se dificultó tanto la

reunion, que la mayor parte de los diputados ó no hubieran querido correr los evidentes riesgos del camino, ó no hubiesen podido llegar, ni aun la mitad, al punto designado para la reunion.

Crecia la impaciencia de la gente de buena fé, vivamente excitada, con capa de buena intencion, por los revolucionarios que tenian formado su proyecto. La Regencia que temia hacerse impopular si no accedia á lo que el mismo Consejo, tan poco amigo de innovaciones, creia indispensable, llamó á D. Martin de Garay, ex-secretario de la disuelta Junta central.

Preguntóle la Regencia si el ánimo de la Junta al disponer la reunion de Córtes habia sido que aquella se verificase por Estamentos, ó en un solo cuerpo. El ex-secretario contestó, que lo primero, si bien habiendo variado tanto las circunstancias pudiera muy bien variarse tambien la forma de la convocatoria. Añadió que la disuelta Junta solo habia hecho la convocatoria al Estado general, por ser lo más urgente y por la crítica posicion en que las circunstancias de entonces habian colocado á la Junta.

Pidiéronse antecedentes, revisáronse documentos, y mientras se deliberaba y resolvia por la Regencia lo que esta entendiese ser más conveniente, el dia 17 de Junio, el conde de Toreno, diputado por Leon, y D. Guillermo Hualde, que lo era por Cuenca, y ambos á la sazón residentes en Cádiz, presentaron á la Regencia una exposicion, á nombre de sus colegas, pidiendo se apresurase la reunion de las Córtes, y que se conservase íntegra sin añadir ni quitar, la convocatoria fechada en 1.º de Enero. Coincidió con esta peticion, otra análoga presentada por la Junta de Cádiz; y cuando esto ocurrió, que fué anterior á la sesion del Consejo de que ya hemos dado cuenta, la consulta de aquel vino á ultimar el debatido asunto.

El dia 18 de Junio expidió, por fin, la Regencia el anhelado decreto convocando las Córtes del Reino, mandando presentarse en Cádiz en todo el mes de Agosto á los diputados, y que se procediese á mandar la noticia sin pérdida de momento á los dominios de América, á fin de que sus diputados tuvieran el suficiente tiempo para oportunamente presentarse.

Omitiendo detalles que sobre no ser indispensables alargarian demasiado nuestra narracion, sólo deberemos observar que aquellas Córtes no pudieron ser consideradas como la verdadera y genuina representacion nacional. Hemos dicho más de una vez que no tenemos más partido que el de la verdad, y ahora añadiremos que

no tenemos por qué ni para qué adular, ni deprimir, ni contentar, ni disgustar á ninguno de aquellos. Los hombres verdaderamente imparciales y pensadores, de todos los partidos, darán el valor que crean puede merecer nuestra verdadera independendencia, hija de que no esperamos ni tememos, y de nuestra severa conciencia de historiadores, aunque humildes y oscuros. Procuraremos probar lo que de indicar acabamos.

Cada una de las provincias invadidas por la calamidad y verdadera epidemia de allende el Pirineo, fuesen más ó menos grandes y pobladas, tuviesen en su jurisdiccion menos ó más ciudades de voto en Córtes, *solo tendrian en las próximas un representante suplente*: Las provincias libres elegirian *un diputado por cada cincuenta mil almas, y otro por cada ciudad de voto en Córtes, y por cada Junta de defensa otro*. Monstruoso resultado de esta disposicion: al mismo tiempo que una provincia tuvo DIEZ Y OCHO representantes, por hallarse libre, otra opresa, *de mayor poblacion*, tuvo sólo UNO, siendo así que las invadidas necesitaban aún más representacion en las Córtes que las libres, por lo mismo que eran mayores y mas apremiantes sus necesidades y su infelicidad.

Reuniéronse en aquella memorable ocasion CIENTO CUATRO diputados, es á saber: CINCUENTA Y SIETE propietarios y 47 suplentes. Examinemos, aunque sumariamente, el absurdo que nos hemos propuesto demostrar.

Galicia reunió VEINTE Y TRES diputados; *dos* por ciudad y *uno* por Junta de armamento, y VEINTE por poblacion ó número de almas. *Cádiz*, tuvo uno por ciudad, otro por Junta superior y dos por poblacion: *Extremadura*, dos por ciudad, uno por Junta, seis por poblacion; y *Cataluña* aunque invadida en su mayor parte, tuvo cuatro por ciudad, y doce por número de almas. Es decir, que de CINCUENTA Y SIETE diputados propietarios que se reunieron, CINCUENTA Y DOS representaban á cuatro provincias, que absorbian á todas las demás, puesto que para representar al resto de España, sólo quedaban CINCO diputados propietarios.

Sigamos examinando este importante asunto. *Cataluña* ocupada casi en su totalidad por los invasores, reunió DIEZ Y SEIS diputados, y *Aragon* solo UNO; *Cádiz* tuvo seis diputados; *Murcia*, uno; y al mismo tiempo que *Galicia* tuvo VEINTE Y TRES, *Leon ninguno* tuvo, y las *Baleares uno* solo.

La desproporcion es todavía más notable, si se considera que tres solas provincias *Calaluña, Galicia y Extremadura*, que á la sa-

zon reunian sobre *dos millones y seiscientas mil almas*, estaban representadas por la mitad, puede decirse, del total de diputados, propietarios y suplentes; y el resto de España, que ascendia entonces á unos *ocho y medio millones* de habitantes, sólo estuvo representada por cuatro diputados propietarios y diez y nueve suplentes. Mas claro todavía: En aquel entonces estaba dividida España de tal suerte que podia fijarse el todo de ella en veintiuna fracciones ó partes. Las provincias mejor representadas, formaban cinco de las ventin partes de ese todo; y sin embargo, esas cinco partes de veintiuna, estuvieron representadas por CINCUENTA Y DOS diputados, (de Galicia, Cataluña, Extremadura y la ciudad de Cádiz). Al mismo tiempo las provincias de *Aragon, Cuenca, Murcia* y las *Baleares*, sólo tuvieron *cuatro*, que las representasen. *Guadalajara, Leon, Valencia, Mancha, Guipúzcoa y Canarias*, ningun representante tuvieron durante la célebre sesion en que se tomó lo grave resolucion que despues veremos. A Granada no le alcanzó ningun representante propietario, y para toda la provincia sólo tuvo un suplente.

Lo dicho basta para comprender la forma en que se reunieron las Córtes de Cádiz, á las que uno y otro partido han dado tanta celebridad, agregando solamente el siguiente dilema. Si tres provincias y una ciudad solas, estaban bien y legalmente representadas por CINCUENTA Y DOS diputados, las demás debieron ser representadas por TRESCIENTOS DOCE: si estas últimas estuvieron bien y legalmente representadas por CINCUENTA Y SIETE, se concedió á las primeras la ventaja de deliberar y votar con casi el mismo número de votos que todas las demás provincias de España, y esto fué ilegal é hizo naturalmente viciosos todos los acuerdos, puesto que tres solas provincias y una ciudad sola, tuvieron la seguridad de imponer la ley al resto de España.

Los suplentes, por otra parte, ni fueron admitidos por las provincias, porque no pudieron serlo, ni quien los nombró pudo tener facultades para tanto. De no ser así, el nombrar un gobierno los diputados que han de representar á las provincias y llevar su voz é interpretar su voluntad, seria igual á que se impusiese á cualquiera la obligacion de admitir por su representante y apoderado á un desconocido, advenedizo y hasta mercenario, ó, por lo menos, ductil y manejable. No es esto decir que, concretándonos al delicado punto de que nos venimos ocupando, pretendamos motejar en lo más mínimo á los diputados suplentes en las Córtes de Cádiz;

es, únicamente, manifestar todos los inconvenientes que podían ofrecerse á las provincias de España, para admitir los representantes que las imponían como de real orden, que á su consideración, por muy excelentes que fuesen, sólo aparecían desconocidos y por ende de ninguna confianza.

Menos ilegal fué sin duda el expediente adoptado respecto de nuestros dominios de Asia y de América. Como medida transitoria, y en tanto se daba tiempo á que en aquellos fuesen elegidos los representantes propietarios de las respectivas provincias, se mandó nombrar suplentes; pero elegidos entre los naturales de los puntos que habían de ser representados y que á la sazón residían en España, los cuales cesarían en su encargo tan pronto como llegasen los elegidos. El consejero de Indias D. J. Pablo Valiente, fué encargado por el gobierno de formar las listas por que habían de ser elegidos los suplentes por América y Asia, y de presidir las elecciones. Estas se hicieron en todas las provincias de España libres del enemigo, dando el resultado que en un principio hemos indicado, respecto de diputados propietarios.

Con las elecciones comenzó la lucha entre los reformistas y anti-reformistas, muchos de aquellos alucinados por los que pretendían obtener algo más que útiles reformas, y muchos de los últimos preocupados con la falsa idea de que nada bueno pueden producir los que profesan ciertas ideas.

La Regencia comprendió lo que iba á suceder, á medida que fué conociendo el resultado de las elecciones, y sabiendo la de algunos jóvenes de imaginación acolorada, y muy conocidos por sus ideas volterianas. Y no se alabe tanto la independencia de algunos que llamaban *serviles* á los que seguían la bandera real, como quien no la había seguido jamás ni se humillaría ante la dignidad de un rey, porque de pocos, muy pocos, hombres de larga carrera política, podrá decirse que fueron siempre impecables. D. Agustín Argüelles, por ejemplo, á quien hemos conocido un dignísimo hombre, modesto y probo, porque el trascurso de los años obra milagros, ¿fué siempre lo mismo que en los últimos tiempos? ¿El fogoso tribuno, el intransigente liberal, el aborrecedor del despotismo, no rindió nunca párias á éste ni en su primera juventud? ¿No fué jamás servil? Fué peor todavía que adorador del despotismo de un rey, porque lo fué del de un privado. Fué, en efecto, uno de los hombres de confianza del célebre Godoy; obtuvo de éste comisiones reservadas é importantes, dentro y fuera de España; incensó al ido-

lo, al rey sin corona, hasta el año 1808; empero en 1810 ya odiaba mortalmente al despotismo. En tratándose de los que en política han figurado, sea cualquiera la bandera que hayan seguido, es lo mejor, por regla general, no elogiar escesivamente á nadie y, sobre todo, no citar á ninguno como incorruptible é inquebrantable modelo de fé política.

Vivamente agitada la Regencia por las noticias que recibia cada dia que pasaba, y buscando un medio de neutralizar el ascendiente que probablemente llegaria á tener sobre la generalidad la gente más fogosa, por un decreto fechado en 16 de Setiembre restableció todos los Consejos en la misma forma y bajo la misma planta que habian funcionado en tiempos anteriores.

Fijóse, pues, para la apertura de las Córtes el dia 24 de Setiembre, en la Isla de Leon, á la cual anticipadamente se trasladó la Regencia. Para cortar cuestiones relativas al exámen de poderes de los diputados propietarios, se acordó que la Regencia examinase los de seis de aquellos y una vez aprobados, dichos seis individuos examinarían los de los demás.

Fué en realidad un dia de verdadero júbilo para los que esperaban el remedio de todos los males de la reunion de las Córtes. Otros iban llamados por aquella verdadera novedad, y todos, por deseo y por curiosidad, segun las ideas de cada uno, acudieron á presenciar la solemne ceremonia.

Reuniéronse los diputados en las Casas consistoriales, y presididos por la Regencia salieron procesionalmente por en medio de las tropas que cubrian la carrera, y se dirigieron á la iglesia mayor. Celebró de pontifical la misa del Espíritu Santo el cardenal de Toledo, D. Luis de Borbon, terminada la cual prestaron en sus manos el juramento, cuya fórmula fué la siguiente:

«¿Jurais la Santa Religion católica, apostólica, romana, sin admitir otra alguna en estos reinos?

»¿Jurais conservar en su integridad la nacion española, y no omitir medio alguno para libertarla de sus injustos opresores?

»*Jurais conservar á nuestro amado SOBERANO el señor D. Fernando VII* todos sus dominios, y en su defecto á sus legítimos sucesores, y hacer cuantos esfuerzos sean posibles para sacarle del cautiverio y colocarle en el trono?

»¿Jurais desempeñar fiel y lealmente el encargo que la nacion ha puesto á vuestro cuidado, guardando las leyes de España, sin

»perjuicio de alterar, moderar y variar aquellas que exigiese el bien de la nacion?»

Dada la respuesta de fórmula.—*Si juramos,—y agregando el cardenal las palabras, si así lo hicieréis, Dios os lo premie, y si nó, os lo demande,* palabras terribles para el hombre de verdaderas creencias, se entonó un solemne *Te Deum* y terminado, procesionalmente como habian ido Regencia y diputados, se trasladaron al Coliseo, único edificio que se encontró más apropósito para celebrar las sesiones. El bronce sagrado y el bronce militar dieron más augusta majestad á aquel acto solemne.

La primera sesion comenzó por un breve discurso pronunciado por el obispo de Orense, como presidente del Consejo de Regencia, declarando instaladas las Córtes, las cuales podian proceder á la eleccion de la mesa.

Terminado el discurso se retiraron los regentes, dejando sobre la mesa de la presidencia un escrito, con el cual manifestaban que habia cesado su encargo, puesto que sólo le habian aceptado hasta la instalacion de las Córtes. Paso fué éste, en nuestro sentir, demasiado ligero, para ejecutado por personas de tanta experiencia, las cuales no pudieron desconocer todo lo que de grave tenia el dejar en semejante momento á la nacion sin gobierno, y á las Córtes en aptitud de elegir otro, sentando precisamente un fuertísimo precedente contra lo mismo que deseaban.

Una fraccion de las Córtes que consideraba á los dimisionarios más que como otra cosa como un verdadero estorbo para la ejecucion de sus proyectos, se felicitó por la inoportuna determinacion de los regentes.

Las Córtes eligieron presidente de edad á D. Benito Ramon de Hermida, y secretario á D. Evaristo Perez de Castro. Despues resultó presidente por eleccion el diputado por Cataluña D. Ramon Lázaro de Dou, y Perez de Castro fué confirmado en el cargo que interinamente y por breves momentos habia ejercido.

Ahora nos vemos á nuestro pesar en el caso de motejar á los partidos más exaltados, en ambos extremos de progreso y retroceso, por su poca, ó ninguna imparcialidad. Critican con la mayor acritud á los sacerdotes que quieren inmiscuirse en cuestiones políticas; pero esto, solamente cuando se separan de las ideas y miras de los murmuradores. Por nuestra parte creemos, y creeremos siempre, que es absolutamente ageno del carácter sacerdotal y de la augusta mision de un ministro de Dios, el ocuparse de cuestiones políticas,

sea cualquiera el objeto que intenten favorecer ó anatematizar; y así mismo creemos que el sacerdote en un Congreso político, está completamente fuera de su lugar. Esto es lo que, en nuestro concepto, debe creer el que de imparcial blasone. Pero ¿por qué se han de llevar la parcialidad y la intransigencia hasta el extremo de admitir que tomen ó dejen de tomar cartas en asuntos políticos los prelados y sacerdotes, segun en el sentido que lo hagan? ¿Por qué, pues, los mismos que anatematizan, concretándonos á la época de que nos venimos ocupando, al obispo de Orense, encomian al canónigo Muñoz Torrero? ¿No hubiera estado este señor y otros de su mismo estado sirviendo, como era su estrecha obligacion, las respectivas canongías, dejando á los elocuentes Argüelles, Calatrava y sus colegas el cuidado de avanzar todo cuanto creyeran conveniente por la senda del progreso? ¿No hubieran estado mucho mejor en el templo y en el confesonario los sacerdotes y religiosos que iban mezclados con los militares en el estado mayor de D. Cárlos de Borbon? Para nosotros todas las opiniones son iguales, cuando los que las profesan merecen censura.

El ya citado canónigo Muñoz Torrero fué el primero que en un brillante discurso sentó como principio inconcuso, que la soberanía nacional residía en las Córtes. Esto era un verdadero contrasentido en quien, como Torrero, acababa de jurar á *su muy amado soberano* D. Fernando VII. ¿O era que debian establecerse dos soberanías, la nacional y la real?

No es, ni puede ser, nuestro propósito ni de nuestra incumbencia, el negar ni conceder la teoría política del Sr. Torrero: nos limitamos á presentar pura y simplemente el contrasentido ó, si se quiere, el perjurio del canónigo. Manifestó éste, así mismo, que las Córtes sólo reconocerian por rey, aunque por lo visto sin soberanía, á Fernando VII; que los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, deberian quedar separados, dejando el ejercicio del primero á cargo de las Córtes; que debian quedar sujetos á responsabilidad los encargados del poder ejecutivo, por los actos de su administracion; que la Regencia deberia reconocer y jurar la soberanía de las Córtes; que se debia decretar la inviolabilidad de los diputados, y confirmar todos los tribunales.

Tales fueron los puntos cardinales del discurso que pronunció Muñoz Torrero, los cuales, todos fueron aprobados despues de una animada y brillante discusion, en que lucieron, entre otros, sus dotes oratorias Argüelles, Oliveros y Mejía.

Acordóse despues que continuase la Regencia del reino interinamente, bajo la condicion *sine qua non* de que en aquel mismo dia habria de jurar la soberanía nacional, y al propio tiempo el empeño de restablecer en el trono á su muy amado rey (hablaban las Córtes) D. Fernando VII.

Esto, forzoso es confesarlo, prueba que los *avanzados* al reunirse en Córtes en la isla de Leon, no tuvieron ni la dignidad ni el arrojo de los revolucionarios franceses. Comprendemos perfectamente que si querian ser soberanos, se hubiesen constituido de su propia autoridad, se hubiesen negado á prestar ninguna clase de juramento que les obligase á ser perjuros, cosa que á nadie puede favorecer mucho, y que se hubiesen erigido en soberanos, esta última parte con tanta mayor facilidad, cuanto que el impremeditado paso dado por los regentes les facilitó el camino, y cuando de público se decia que el ejército era todo de la revolucion entonces. Obrando así, hubiesen demostrado arrojo, inteligencia, conviccion, dignidad; empero jurar á las dos á su amado soberano; decretar á las cuatro la propia soberanía; declararse contituidos despues de haber prestado un juramento que les señalaba determinadas obligaciones; jurar en manos del representante de la Regencia por la mañana y hacer jurar en las suyas por la tarde á la Regencia! Todo esto tuvo más de ridículo y de pobre que de digno y de grande, como muchos han dicho. El sábio Jovellanos, autoridad que, cierto, no puede ser rechazada, llamó *heregia política* al juramento de la mañana unido á la declaracion de la tarde, y juzgó, como debia semejante cúmulo de contradicciones.

Juró la Regencia con más ó menos expontaneidad, bajo la siguiente fórmula:

«¿Reconocéis la soberanía de la nacion representada por los »diputados de estas Córtes generales y extraordinarias?

»¿Jurais obedecer sus decretos, leyes y constitucion que se establezca, segun los altos fines para que se han reunido, y mandar »observarlos y hacerlos ejecutar?

»¿Jurais conservar la Religion, católica, apostólica, romana?

»¿Jurais reconocer el gobierno monárquico del reino?

»¿Jurais restablecer en el trono á nuestro muy amado rey don »Fernando VII de Borbon?

»¿Jurais mirar por el bien del Estado?»

Declarados soberanos los diputado:, decretáronse el tratamiento de majestad; se confirmaron todos los tribunales, justicias y auto-

ridades civiles y militares del reino, provisionalmente, y se adoptaron todas aquellas medidas que fueron necesarias para que no parase el curso natural y diario de los negocios.

Hemos dicho que juró la Regencia, *soberana* en representación del rey, la *soberanía* de las Cortes, y nos ha faltado exceptuar al obispo de Orense que se negó á jurar, pretestando, segun se dice, una enfermedad que le impedía salir de su casa, aunque todos por pretesto la tomaron.

Desatáronse contra el venerable anciano muchas lenguas y plumas; y en el seno de las mismas Cortes un diputado, canónigo de Compostela, llamado D. Antonio Ros, habló destempladamente y de una manera impropia de su alta dignidad; trató de muy indigna manera al prelado; poco menos que llamóle díscolo, y llamóle en efecto *terco, voluntarioso, amigo de obrar á su antojo y á burlarse de la autoridad*, y, por último, dijo que *valiérale más estar cuidando de su diócesi*, etc. Palabras que se pudieron aplicar muy bien al mismo diputado que así, siendo sacerdote, tan escandalosamente faltaba á la caridad y á lo que debía á un príncipe de la Iglesia, siendo él un súbdito suyo, y que hubiera estado mucho mejor ocupando su silla y sirviendo su plaza como cobraba su renta, en vez de estar escandalizando impúnemente con su ligero proceder, sin rémora ni restriccion alguna. Y decimos impúnemente, porque, ¿qué le hubiera sucedido á un jefe militar, si hubiese dicho de un general del ejército la mitad de lo que dijo el canónigo Ros de un prelado, en su injurioso y áun calumnioso discurso?

Alabamos al obispo de Orense, á quien no pudimos conocer porque falleció mucho antes de que nosotros naciésemos, porque es una de las más dignas figuras que se encuentran en el gran cuadro histórico, no por su *terquedad*, como ligeramente dijo el canónigo de Santiago, sino por su inquebrantable carácter. Jamás capituló con nada que su conciencia admitiese con prevencion ó simple recelo; tuvo el verdadero valor de su propia dignidad, y no juró porque creyó que no debía. Los que le increpan porque achacan su negativa á sus ideas contrarias al gobierno representativo, ó hablan impulsados por la exageracion de sus ideas, ó han olvidado la historia. El obispo de Orense encontró todas las contradicciones que naturalmente se desprendian de la manera con que las Cortes inauguraron sus tareas parlamentarias, y no quiso admitirlas como cosa legal y corriente. No fué, empero, porque fuese amigo ó enemigo de unas ú otras ideas políticas. Esto se prueba hasta la evidencia

recordando la firmeza con que rechazó la dominacion de Napoleon, y la ilegalidad de las Córtes de Bayona, del mismo modo que no quiso humillarse ante el *omnipotente* Godoy, ni ante el verdadero despotismo del pobre rey Carlos IV, como tampoco se doblegó ante el rígido Carlos III, monarca *absoluto*; y del mismo modo que procedió en tiempo de Carlos III y Carlos IV y Napoleon, procedió en la Isla. No comprendió que pudiesen declararse soberanos los que acababan de jurar á su amado soberano, ni que pudiesen despojar de su soberanía al que la debia ejercer legítimamente, segun ellos mismos, y no más aceptó que pudiesen existir dos soberanías á la par, ni que tuviesen derecho á hacer jurar por la tarde á aquellos mismos que le habian tenido por la mañana para exigirles un solemne juramento, que pocas horas despues quebrantaron. El digno prelado que jamás fué heresiarca en Religion, no quiso serlo tampoco en política, segun la feliz espresion del ilustre Jovellanos, y no quiso más contribuir con su juramento á aquella que nosotros llamamos verdadera barabunda política, así como la llamó herejía política uno de nuestros sábios, que nada tuvo de retrógrado y sí mucho de avanzado.

Dicen muy respetables autoridades históricas que terminó el ruidoso incidente, cuyos detalles corresponden al año 1811, jurando el obispo y regresando despues á su diócesi. Otros, respetables tambien, aseguran que D. Pedro de Quevedo y Quintano, obispo de Orense, fué expatriado.

Despues de haber elegido otro secretario, para que actuase en union con Perez de Castro, cuya eleccion recayó en D. Manuel Lu-xán, se acordó que la eleccion de individuos de la mesa se renovase todos los meses; se nombraron comisiones; se acordó formular, discutir y votar un reglamento interior y que las votaciones fuesen por *sentados* y *levantados*, escepto en las cuestiones de gran interés, para cuya votacion habrian de pronunciar *si* ó *nó*.

La Regencia agració á muchos diputados con cargos importantes y condecoraciones, lo que dió márgen á la suposicion de que trataba de sobornar votos, y á que el diputado Capmany, reputado escritor, hiciese una proposicion, con fundamento llamada célebre, en la cual, entre otras cosas, dijo: «Ningun diputado, así de los »que componen este Cuerpo como de los que en adelante hayan de »completar su total número, podrá *solicitar* ni *admitir* para sí, ni »para otra persona, empleo, pension, gracia, condecoracion ni merced alguna de la potestad ejecutiva interinamente habilitada, ni de

«otro gobierno que en adelante se constituya bajo de cualquiera denominacion que sea; y si desde el dia de nuestra instalacion se hubiese recibido algun empleo ó gracia, será declarado nulo.»

Presentóse una sola enmienda á dicha proposicion, pidiendo se hiciese la prohibicion estensiva al plazo de un año, despues de haber dejado sus cargos los que entonces eran diputados.

Mucho hubiera ganado España con esta bellissima teoria, si se hubiese llevado desde entonces hasta hoy al terreno de la práctica.

Durante el resto del año y despues de aprobar el reglamento y diversos puntos de órden interior, quedó establecida la libertad de imprenta, aboliendo la prévia censura, escepto únicamente en materias religiosas, por SETENTA VOTOS CONTRA TREINTA Y DOS. Se establecieron juntas en la capital de la nacion y en las de provincia, para entender en los delitos de imprenta y calificarlos.

Dividiéronse las Córtes, para perpétua desgracia de España, en tres partidos: uno, denominado *liberal*, que se aplicaron los reformistas y los revolucionarios, é hicieron muy bien en adjudicarse el mejor, puesto que nadie les iba á la mano, y dieron á los anti-reformistas el dictado humillante, ó degradante más bien, de *serviles*, aludiendo á que *eran viles*. Ambas calificaciones eran inexactas y por ende mal aplicadas, puesto que unos y otros tenian unas y carecian de otras circunstancias de las que dichas calificaciones espresaban. El tercer partido se denominaba *neutral*, formado por los diputados de allende los mares, los cuales votaban siempre con los flamantes liberales, escepto cuando se trataba de asuntos ultramarinos, ó de quitar fuerza al gobierno, en cuyo caso votaban con éste en el segundo caso y en contra en el primero, si creian lo que se proponia contrario á los intereses de su país.

La calificacion de servil la debió el partido realista á una poesia de D. Eugenio Tapia, en la que al decir *ser vil*, la escribió, sin duda intencionadamente, *ser-vil*. Muchos de los liberales de 1810, habian sido muy serviles hasta 1808: sobre este particular hemos hecho ya una indicacion que no multiplicamos por no alargar nuestra narracion, y por que es de todo el mundo ya sabido que la política es para muchos hombres, eminentes en otro sentido, sirviéndose de una locucion vulgar, un verdadero juego de cubiletes.

Entre los más decididos liberales se contaron en aquel Congreso D. Agustín Argüelles, D. José María Calatrava, D. Manuel García Herreros, D. Antonio Porcell, D. Isidro Antillon y el conde de Torreno; empero Argüelles llevaba la bandera y era jefe del partido.



Tambien pertenecian á él con un fuego muy impropio de sacerdotes, fuesen liberales ó realistas, los canónigos Muñoz Torrero, Ros, Espiga, Gallego (D. Juan Nicasio, el poeta), Oliveros y Villanueva.

En el bando realista se distinguian, entre otros, Gutierrez de la Huerta, Valiente (D. José Pablo), Borrull, Aner y los eclesiásticos, que hubieran estado tan bien como sus contrarios fuera de las Córtes, D. Jaime Creux, D. Pedro Inguanzo y D. Alonso Cañedo. El jefe de los neutrales, ó americanos, era D. José Mejía.

A fines de Octubre fué renovada la Regencia, y fueron elegidos nuevos regentes D. Joaquín Blake; D. Pedro Agar y D. Gabriel Ciscar. Blake, como el lector ya sabe, estaba al frente de su ejército, cuando fué llamado por las Córtes, y tampoco Ciscar estaba en la Isla, por lo que en tanto llegaban, fueron nombrados suplentes D. José María Puig y el marqués del Palacio.

Fueron llamados á prestar juramento, que Agar y Puig prestaron sin dificultad, pero el marqués del Palacio creyó deber hacer la salvedad de decir que *juraba sin perjuicio del juramento de fidelidad que habia prestado á Fernando VII*. Sin duda el buen marqués no comprendia bien el raro misterio de las dos soberanías y lo de mandar y ordenar las Córtes á la Regencia, genuina y legítima representación del rey ausente, y creyó que su conciencia quedaria tranquila con hacer aquella salvedad, que despues de todo á nada ni á nadie perjudicaba. Pero como á pesar de proclamarse la libertad del pensamiento y de la pluma y de cuanto pudiese ser libre, los partidos todos dejan usar de esas libertades cuando están de acuerdo con sus ideas, y de no ser así todos son, lejos de libres, opresores, el marqués del Palacio fué llamado á la barra, se le formó causa, y gracias que la sentencia se redujo á obligarle á jurar *velis nollis*, sin restriccion ninguna. Verdad es tambien que no hubo mérito para encausarle.

En Setiembre se publicó el siguiente

REAL DECRETO.

Don Fernando VII, por la gracia de Dios, rey de España y de sus Indias, y en su ausencia y cautividad el Consejo de Regencia, autorizado interinamente, á todos los que las presentes vieren y entendieren, sabed: que en Córtes generales y extraordinarias, congregadas en la Real Isla de Leon, se resolvió y decretó lo siguiente:

«Los diputados que componen este Congreso y que representan la nacion española, se declaran legítimamente constituidos en Córtes generales extraordinarias, y que reside en ellas la soberanía nacional.

»Las Córtes generales y extraordinarias de la nacion española congregadas en la Real Isla de Leon, conformes en todo con la voluntad general, pronunciada del modo mas enérgico y patente, reconocen, proclaman y juran de nuevo por su único y legítimo rey al señor D. Fernando VII de Borbon; y declaran nula, de ningún valor ni efecto la cesion de la corona que se dice hecha en favor de Napoleon, no solo por la violencia que intervino en aquellos actos injustos é ilegales sino principalmente por faltarles el consentimiento de la nacion.

»No conviniendo queden reunidos el poder legislativo, el ejecutivo y el judicial, declaran las Córtes generales y extraordinarias que se reservan el ejercicio del poder legislativo en toda su extension.

»Las Córtes extraordinarias declaran que las personas en quienes delegaren el poder ejecutivo en ausencia de nuestro legítimo rey el Sr. D. Fernando VII, quedan responsables á la nacion por el tiempo de su administracion, con arreglo á las leyes.

»Las Córtes generales y extraordinarias habilitan á los individuos que componian el Consejo de Regencia para que bajo esta misma denominacion, interinamente y hasta que las Córtes elijan el gobierno que más convenga, ejerzan el poder ejecutivo.

»El Consejo de Regencia para usar de la habilitacion declarada anteriormente, reconocerá la soberanía nacional de las Córtes, y jurará obediencia á las leyes y decretos que de ellas emanaren, á cuyo fin pasará inmediatamente que se le haga constar este decreto, á la sala de sesiones de las Córtes, que le esperan para este acto, y se hallan en sesion permanente.

»Se declara que la fórmula del reconocimiento y juramento que ha de hacer el Consejo de Regencia, es la siguiente: «¿Reconocéis la soberanía de la nacion representada por los diputados de estas Córtes generales y extraordinarias? ¿Jurais obedecer sus decretos, leyes y constitucion que se establezca segun los santos fines para que se han reunido, y mandar observarlos y hacerlos ejecutar? ¿Conservar la Independencia, libertad é integridad de la nacion? ¿La Religion católica, apostólica romana? ¿El gobierno monárquico del reino? ¿Restablecer en el trono á nuestro amado rey

D. Fernando VII de Borbon? ¿Y mirar en todo por el bien del Estado? Si así lo hicieris Dios os ayude, y sino sereis responsable á la nacion con arreglo á las leyes.

»Las Córtes generales y extraordinarias confirman por ahora todos los tribunales y justicias establecidas en el reino, para que continúen administrando justicia segun las leyes.

»Las Córtes generales y extraordinarias declaran, que las personas de los diputados son inviolables; y que no se pueda intentar por ninguna autoridad ni persona particular, cosa alguna contra los diputados, sino en los términos que se establezcan en el reglamento general que vá á formarse, y á cuyo efecto se nombrará una comision.

»Lo tendrá entendido el Consejo de Regencia, y pasará acto continuo á la sala de las sesiones de las Córtes para prestar el juramento indicado, reservando el publicar y circular en el reino este decreto, hasta que las Córtes manifiesten como convendrá hacerlo; lo que se verificará con toda brevedad. Real Isla de Leon, á 24 de Setiembre de 1810, á las once de la noche.—Ramon Lázaro de Dou, presidente.—Evaristo Perez de Castro, Secretario.»

«Y para la debida ejecucion y cumplimiento del decreto que precede, el Consejo de Regencia ordena y manda á todos los tribunales, justicias, jefes, gobernadores y demás autoridades así civiles como militares y eclesiásticas, de cualquier clase y dignidad, que le guarden, hagan guardar, cumplir y ejecutar en todas sus partes. Tendréislo entendido y dispondreis lo necesario para su cumplimiento.—Francisco de Saavedra.—Francisco Javier Castañón.—Antonio de Escaño.—Miguel de Lardizabal y Uribe.»—Real Isla de Leon á 24 de Setiembre de 1810.—A D. Nicolás María de Sierra.»

REAL DECRETO.

«Don Fernando VII por la gracia de Dios, rey de España y de las Indias, y en su ausencia y cautividad el Consejo de Regencia, autorizado interinamente, á todos los que los presentes vieren y entendieren, sabed: que en las Córtes generales y extraordinarias, congregadas en la Real Isla de Leon, se resolvió y decretó lo siguiente:

»Las Córtes generales y extraordinarias declaran á consecuencia del decreto de ayer 24 del corriente, que el tratamiento de las

Córtes de la nacion debe ser y será de aquí en adelante de Majestad.

»Las Córtes generales y extraordinarias ordenan que durante la cautividad y ausencia de nuestro *legítimo rey* el señor D. Fernando VII, el poder ejecutivo tenga el tratamiento de Alteza.

»Las Córtes generales y extraordinarias ordenan que los tribunales supremos de la nacion, que interinamente han confirmado, tengan por ahora el tratamiento de Alteza.

»Las Córtes generales y extraordinarias ordenan que la publicacion de los decretos y leyes que de ellos emanaran, se haga por el poder ejecutivo en la forma siguiente:

»Don Fernando VII por la gracia de Dios, rey de España y de las Indias, y en su ausencia y cautividad el Consejo de Regencia, autorizado interinamente, á todos los que las presentes vieren y entendieren, sabed: Que en las Córtes generales y extraordinarias, congregadas en la Real Isla de Leon, se resolvió y decretó lo siguiente:

»Las Córtes generales y extraordinarias ordenan que los generales en jefe de todos los ejércitos, los capitanes generales de las provincias, los muy reverendos obispos, todos los tribunales, juntas de provincia, ayuntamientos, justicias, jefes, gobernadores y demás autoridades así civiles como militares y eclesiásticas, de cualquiera clase y dignidad que sean, los cabildos eclesiásticos, y los consulados, hagan el reconocimiento y juramento de obediencia á las Córtes generales de la Nacion en los pueblos de su residencia, bajo la fórmula con que lo ha hecho el Consejo de Regencia: y que el general en jefe de este ejército, los presidentes, gobernadores ó decanos de los Consejos Supremos existentes en Cádiz, como los gobernadores militares de aquella y esta plaza, pasen á la sala de sesiones de las Córtes para hacerlo: y ordenan así mismo que los generales de las provincias, y demás jefes civiles, militares y eclesiásticos exijan de sus respectivos subalternos y dependientes el mismo reconocimiento y juramento. Y que el Consejo de Regencia dé cuenta á las Córtes de haberse así ejecutado por las respectivas autoridades.

»Dado en la Real Isla de Leon á 25 de Setiembre de 1810.— Ramon Lázaro de Dou, presidente; Evaristo Perez de Castro, secretario; Manuel Luxán, secretario.»

Real decreto de 27 de Setiembre de 1810, ampliatorio del de 24

del mismo mes, referente á las facultades del poder ejecutivo en el desempeño de sus funciones.

«Las Córtes generales y extraordinarias declaran que en decreto de 24 de Setiembre de este año no se han impuesto límites á las facultades propias del poder ejecutivo, y que interin se forma por las Córtes un reglamento que los señale, use de todo el poder que sea necesario para la defensa, seguridad y administracion del Estado, en las críticas circunstancias del dia; é igualmente que la responsabilidad que se exige al Consejo de Regencia excluye únicamente la inviolabilidad absoluta que corresponde á la persona sagrada del rey. En cuanto al modo de comunicacion entre el Consejo de Regencia y las Córtes, mientras éstas establecen el más conveniente, se seguirá usando el medio adoptado hasta aquí. Lo tendrá entendido el Consejo de Regencia en contestacion á su Memoria de 26 del corriente mes. Dado en la Isla de Leon á las cuatro de la mañana del dia 27 de Setiembre de 1810. Ramon Lázaro de Dou, presidente.—Evaristo Perez de Castro, secretario.—Manuel Luxán, secretario.»

En Octubre se publicó el siguiente

REAL DECRETO.

«Don Fernando VII por la gracia de Dios rey de España y de las Indias, y en su ausencia y cautividad el Consejo de Regencia, autorizado interinamente, á todos los que las presentes vieren y entendiéren, sabed: que en las Córtes generales y extraordinarias, congregadas en la Real Isla de Leon, se resolvió y decretó lo siguiente:

»Las Córtes generales y extraordinarias confirman y sancionan el inconcuso concepto de que los dominios españoles en ambos hemisferios forman una sola y misma monarquía, una misma y sola nacion y una sola familia, y que por lo mismo los naturales que sean originarios de dichos dominios europeos ó ultramarinos son iguales en derechos á los de esta Península, quedando á cargo de las Córtes tratar con oportunidad y con un particular interés de todo cuanto pueda contribuir á la felicidad de los de Ultramar; como tambien sobre el número y forma que debe tener para lo sucesivo la representacion nacional en ambos hemisferios. Ordenan así mismo las Córtes que desde el momento en que los países de Ultramar, en donde se hayan manifestado conmociones, hagan el debido re-

conocimiento á la legítima autoridad soberana que se halla establecida en la madre pátria, haya general olvido de cuanto hubiese ocurrido inmediatamente en ellas, dejando sin embargo á salvo el derecho de tercero. Lo tendrá así entendido el Consejo de Regencia para hacerlo imprimir, publicar y circular, y para disponer todo lo necesario á su cumplimiento.—Ramon Lázaro de Dou, presidente.—Evaristo Perez de Castro, secretario.—Manuel Luxan, secretario.—Real Isla de Leon, 15 de Octubre de 1810.—Al Consejo de Regencia.

»Y para la debida ejecucion y cumplimiento del decreto precedente, el Consejo de Regencia ordena y manda á todos los tribunales, justicias, jefes, gobernadores, y demás autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas, de cualquiera clase y dignidad, que le guarden, hagan guardar, cumplir y ejecutar en todas sus partes. Tendréislo entendido, y dispondreis lo necesario á su cumplimiento.—Francisco de Saavedra.—Javier de Castaños.—Antonio de Escaño.—Miguel de Lardizabal y Uribe.—Real Isla de Leon, 15 de Octubre de 1810.—A D. Nicolás María de Sierra.»

Terminaremos refiriendo concisamente un curioso episodio, en que se procedió con poco acierto y menos política, al cual se ha debido más de un incidente poco agradable entre España y Francia, luego que esta se *convirtió* en *amiga* de aquella.

En 1810, el duque de Orleans (después Luis Felipe I, rey de los franceses) hombre de gran perspicacia, que veía ocupado el trono de Francia por un intruso con sus puntas de tirano; que creía muy problemática la vuelta de los Borbones; que en ciertas cosas era muy digno hijo del que votó la destitucion del mártir Luis XVI y qué, por último, acariciaría en su mente el argumento del sangriento drama que se desarrolló y desenlazó rápidamente en Francia en 1830, presentándose como muy amigo de España, solicitó se le emplease en la guerra en servicio de aquella.

La Junta central, que aun existía, sin considerar la importancia de que un francés de la alcurnia del de Orleans tomase parte en la guerra, desechó rotundamente la pretension. La Regencia, posteriormente, comprendiendo el desacierto de la Junta, comisionó á don Mariano Carnerero, antiguo diplomático, para que se avistase con el de Orleans, y le ofreciese el mando de un ejército que á la sazón se formaba en la raya francesa, por Cataluña. Aceptó el duque y desembarcó en Tarragona; empero los catalanes, que tienen la alta prenda de no capitular con ningun extranjerero sea cualquiera su

opinion y cualesquiera que sean sus intenciones, le recibieron con tal frialdad que vivamente resentido se reembarcó, y fué á desembarcar en Cádiz (20 de Junio).

Con sobrada razon exigió de la Regencia se le diese el mando ofrecido ú otro análogo; pero la intriga inglesa comenzó á agitarse sordamente, porque los hijos de la artera Albion no podian querer el concurso de un príncipe francés en los asuntos de España.

Firme siempre la Regencia en enmendar el desacierto de la Junta, confirmó al de Orleans su concesion; más las Córtes se encargaron de concluir la impremeditada resolucion de la Junta central: negaron aquella y, como debía suceder, más de una vez se pusieron en desacuerdo las dos *soberanías*.

Sin desconcertarse el duque se presentó en las Córtes pidiendo hablar desde la barra, y las Córtes, por unanimidad, no quisieron atender á las razones que el príncipe francés daba, ni á los ruegos que hacia, porque deseaba á toda costa guerrear en España; y con una obstinacion poco cortés, ni áun escucharle quisieron. Fueron, pues, las Córtes tan poco atentas como imprevisoras: no puede decirse que repugnaban el origen francés, porque su espada, que valia mucho, estaba limpia de sangre española, lo que no sucedia con otras de extranjeros admitidos al servicio de España, y muy atendidos.

El rey jamás olvidó el desaire hecho al duque, porque pocos poderosos olvidan, y los soberanos menos, y menos un francés, cuando se le desaira por complacer á Inglaterra. Así fué que el de Orleans, vivamente resentido por el fuerte desaire hecho por las Córtes, se embarcó en la fragata Esmeralda, y á 3 de Octubre, tomó rumbo á Sicilia. Por esto Luis Felipe I jamás pasó, siendo rey, de ser un *politico* y frio amigo de España, que habiendo podido hacer mucho bueno nada hizo, encerrado siempre en un sistema basado en la suspicacia, hija del fatal é inolvidable recuerdo.

DECENIO SEGUNDO.

—
Año 1811.

CÓRTESES.

El gobierno español no dejaba de gestionar en favor de Fernando VII, subrepticamente y del modo que á la sazón era posible. Sus buenos deseos ocasionaron indirecta é involuntariamente la

muerte al marqués de Ayerbe. Este recibió del ministro de Estado encargo de gestionar en favor de la evasión del rey. A tal fin se embarcó el marqués en el bergantín Palomo, llevando cien mil duros para facilitar las dificultades que necesariamente habian de surgir; que la empresa no era llana.

Más cauto que Kolly avanzó el de Ayerbe con mucha prudencia en sus gestiones, hasta que se convenció de que era inútil cuanto hacia, pues que la empresa debía por entonces considerarse como irrealizable.

Regresó á España; y en Aragon, porque se les figuró hombre sospechoso á unos paisanos, le asesinaron, sin más razon que la figuracion susodicha. Tal fin tuvo el desgraciado marqués de Ayerbe, quien lejos de merecer se le tuviese por sospechoso, volvía de dar con sus gestiones una palpable prueba de su lealtad.

Ibase poniendo la nacion en un estado de agitacion que en parte ninguna se hallaba tranquilidad. A los partidos español y afrancesado, éste relativamente muy reducido, habíanse agregado los políticos. El gobierno intruso dictaba decretos de proscripcion; en represalia, el gobierno español le imitaba, y uno y otro hacian víctimas, inocentes cuantas los franceses inmolaban, porque sólo tenían el delito de ser buenos españoles. Uno de estos, afrancesado é individuo del tribunal criminal de Madrid, llamado D. Domingo Rico Villademoros, sufrió en Cádiz la pena de garrote. Hiciéronle prisionero los guerrilleros y, á decir verdad, su delito era grave: ser español y al mismo tiempo individuo de un tribunal francés dedicado á juzgar y castigar el *crimen de españolismo* de sus mismos compatriotas, era sin duda delito de no pequeña gravedad.

Continuando en tanto las Córtes sus tareas, votaron la suspension de nombramientos relativos á prebendas eclesiásticas; fijaron el máximun de los sueldos de los empleados en 40,000 reales, á escepcion de los regentes, ministros, embajadores y generales; el diputado Capmany propuso se prohibiese el matrimonio de los reyes de España sin prévia *aprobacion* de las Córtes, y el diputado Bofarull atenuó la proposicion algun tanto, sin embargo de lo cual ocasionó una acalorada discusion, que dió por resultado el siguiente

REAL DECRETO.

«Las Córtes generales y extraordinarias, en conformidad de su decreto de 24 de Setiembre del año próximo pasado, en que decla-

raron nulas y de ningun valor las renunciaciones hechas en Bayona por el legítimo rey de España y de las Indias el Sr. D. Fernando VII, no sólo por falta de libertad sino tambien por carecer de la esencialísima é indispensable circunstancia del consentimiento de la nacion, declaran que no reconocerán y antes bien tienen y tendrán por nulo y de ningun valor ni efecto todo acto, tratado, convenio, ó transaccion, de cualquier clase y naturaleza que hayan sido ó fueren, otorgados por el rey, mientras permanezca en el estado de opresion y falta de libertad en que se halle, ya se verifique el otorgamiento en país enemigo, ó ya dentro de España, siempre que en éste se halle su real persona rodeada de las armas, ó bajo el influjo directo é indirecto del usurpador de la corona; pues jamás le considerará libre la nacion, ni le prestará obediencia hasta verle entre sus fieles súbditos en el seno del Congreso nacional que ahora existe ó en adelante existiere, ó del gobierno formado por las Córtes.

»Declaran, así mismo, que toda contravencion á este decreto será mirada por la nacion como un acto hostil contra la pátria, quedando el contraventor responsable á todo el rigor de las leyes.

»Y, declaran, por último, las Córtes que la generosa nacion á quien representan no dejará un momento las armas de la mano, ni dará oídos á proposicion, acomodamiento ó concierto, de cualquier naturaleza que fuese, como no preceda la total evacuacion de España y Portugal, por las tropas que tan infucamente la han invadido, pues las Córtes están resueltas con la nacion entera á pelear incesantemente hasta dejar asegurada la Religion santa de sus mayores, la libertad de su amado monarca y la absoluta independencia é integridad de la monarquía. . . . (1.º de Enero de 1811.)»

Este decreto agradó en toda España, por el patriotismo que respiraba; y respecto de aquellas Córtes, á parte de no poder ser legalmente la verdadera representacion nacional y de la ilegalidad con que inauguraron sus tareas, no puede menos de proclamarse su españolismo, y la circunstancia notabilísima de que entre tantos individuos como formaban el Congreso, no hubo uno que tendiese á las ideas afrancesadas, públicamente al menos.

En cuanto á providencias relativas á la guerra, las Córtes no tomaron demasiadas. Respecto del punto en cuestion sólo autorizaron á la Regencia para levantar una masa de 80,000 hombres y tomaron un acuerdo favorable á la fabricacion de fusiles.

Las Córtes de 1810 ya tendieron á la centralizacion, puesto que

decretaron la reunion de todos los caudales de España en una sola tesorería.

Tambien recomendaron la conveniente actividad á los encargados de formular un proyecto de *Constitucion politica de la monarquía*. Fueron los comisionados para redactar el expresado Código D. Diego Muñoz Torrero; D. Agustin Argüelles; D. José Pablo Valiente; D. Pedro María Ric; D. Francisco Gutierrez de la Huerta, D. Evaristo Perez de Castro; D. Alonso Cañedo; D. José Espiga; D. Antonio Oliveros, y D. Francisco Rodriguez de la Barcena, europeos todos y algunos de ellos pertenecientes á los llamados serviles, en union con los americanos siguientes: D. Vicente Morales; D. Joaquin Fernandez de Leyva y D. Antonio Joaquin Perez, á los cuales fueron despues agregados D. Mariano Mendiola, diputado por Querétaro y D. Andrés de Jáuregui, por la Habana.

El proyecto no era nuevo; habíale formado, aunque reservadamente, la Junta central, y habia encargado la redaccion del Código á D. Antonio Ranz Romanillos, consejero de Hacienda. Por esto el citado Romanillos fué tambien, aunque posteriormente, agregado á la expresada comision.

Tambien decretaron las Córtes que la representacion de las provincias ultramarinas en aquellas, fuese igual en número de diputados á los de la Península española, y expidió otros decretos, relativos principalmente á agricultura, asimilando aquellas provincias á las europeas, sin tener en cuenta la diferencia de climas y la diversidad de países.

Todos los expresados decretos tuvieron su origen en los deseos de cortar el fuego de la insurreccion que habia prendido en Buenos Aires, y habíase extendido por Nueva-España, Chile, Tucuman y el Paraguay. Quisieron las Córtes complacer á los insurrectos, creyendo que de aquella manera lograrían calmarlos y restablecer la tranquilidad. No comprendieron, empero, que la fatal y perniciosa ambicion, disfrazada como otras muchas veces con la bellissima máscara de independenciam, casi santificada, por la mala y tiránica manera de gobernar de algunos de nuestros vireyes, habian ya sembrado la semilla que estaba germinando y que muy pronto daría abundantísimos frutos, hiciesen lo que hiciesen el gobierno y las Córtes.

El día 24 de Febrero se cerraron las Córtes en la Isla, para verificar la reapertura en Cádiz, traslacion que no se hizo mucho antes, porque durante el Otoño de 1810 y parte del siguiente invierno se

desarrolló en dicha última ciudad la fatal peste amarilla, que asoló cruelmente la población.

Dejemos á las Córtes en su clausura para ocuparnos de otros importantes asuntos que reclaman nuestra atención, sin perjuicio de ocuparnos despues de la reapertura.

SUCESOS DE LA GUERRA.

Continuaba Welington encerrado en sus famosas líneas de Torres-Vedras, y Napoleon decididamente empeñado en terminar victoriosamente la guerra de Portugal.

A este fin avanzó Soult por órden de su emperador, aunque sintiendo abandonar los asuntos de España, por temor de perder lo que con tanto trabajo había ganado, y decidido á dar cuantas largas pudiese al cumplimiento de las repetidas órdenes de su emperador.

Habian llegado á reforzar á Massena, despues de retirarse á Santarem, les generales Drouet, Gardanne y Claparède con las respectivas divisiones, y Foy con 3,000 veteranos. El sueño dorado de Napoleon no era otro que el de destruir á los ingleses, y para lograrlo le era indiferente todo género de sacrificios. La pérdida de hombres le importaba muy poco, como jamás importó á ningun tirono y ambicioso.

Tambien Welington recibió refuerzos, que condujo á Portugal el excelente general Sir Williams Carr Beresford, quien fué á reemplazar á Hill, el cual abandonó el campo enfermo de gravedad.

Welington que supo á tiempo el movimiento, mandó regresar á España las divisiones españolas de D. Carlos España, D. Martin de la Carrera y D. Carlos O'Donnell, cuyo general en jefe era el marqués de la Romana. Este nada pudo hacer, porque falleció imprevistamente el dia 23 de Enero. Fué remplazado por el general don José Virués y Spínola.

No dejó de impresionar tristemente á los españoles la muerte del marqués de la Romana, que causó sorpresa por lo repentina, por que á pesar de que en él se observaron alguna vez ciertas tendencias ambiciosas, y sin embargo de no haber sido infalible en sus cálculos guerreros, como ningun hombre en asunto ninguno puede serlo, fué un buen general y prestó grandes servicios, habiendo permanecido siempre fiel á la causa española. Los mismos

soldados sintieron aquella imprevista muerte del que jamás les trató con dureza ni injusto rigor, por más que le hubiesen denominado el marqués de las *Romerías*, en aquella época en que dicho ilustre jefe creyó conveniente, con más ó menos acierto, marchar y contramarchar casi incesantemente. Las *Córtes* decretaron se pudiese una honrosa inscripción sobre la losa sepulcral del de la Romana.

Aun tuvieron tiempo las divisiones españolas para pasar á Extremadura; porque Soult procedía con notable calma. Considerándose el verdadero rey de Andalucía, puesto que la autoridad real de José era tan nula para los españoles como para los franceses, y poco satisfecho de pasar á Portugal como simple auxiliar de Massena, del cual sería la principal gloria si se triunfaba, ya que no pudo desobedecer á Napoleón, le obedeció con toda la posible lentitud. Con igual disgusto caminaba el mariscal Mortier con su cuerpo de ejército, que iba también como auxiliar de Massena y dependiente de Soult.

Llevaba el predicho mariscal unos 25,000 hombres, y mandó de vanguardia 3,000, á las órdenes de Lahoussaie, el cual debía llegar, como en efecto llegó, á Trujillo. Soult, después de haber obtenido la venia de Napoleón, se detuvo á tomar las plazas de Olivenza y Badajoz, para no dejar enemigos á la espalda, contra el dictámen de los generales sus colegas, y muy especialmente del entendido y veterano mariscal Jourdan. Pronto veremos que le salió bien la empresa, por efecto de combinaciones naturales que no pudieron entrar en sus cálculos.

Olivenza estaba desmantelada y casi sin guarnición, por cuya razón y mediante las baterías preparadas por Soult, se entregó en 22 de Enero. Mendizabal quiso socorrerla tan inoportunamente y fuera de tiempo, que los 3,000 hombres que mandó cayeron en poder de Soult.

SITIO DE BADAJOZ.

Apoderado Soult de Olivenza, se dirigió contra Badajoz. Era su gobernador el mariscal de campo D. Rafael Menacho, y tenía á sus órdenes 9,000 hombres.

Estableció Soult diversas baterías que daban un total de 54 cañones, y rompió el fuego contra la plaza el día 30 de Enero. El primero de Febrero intimó la rendición, y Menacho que era hombre leal, valeroso y severo, dió una fuerte repulsa al enemigo.

Mandaba el general D. Gabriel de Mendizabal las tropas españolas de Extremadura, y las había situado en la orilla del Gévora, ó más bien en la confluencia de aquel rio con el Guadiana, á cuya izquierda márgen está situado Badajoz, protegidas además por el fuerte de San Cristóbal.

Decidió Mendizabal introducirse en la plaza y para lograrlo, el 6 de Febrero mandó al desgraciado general D. Martin de la Carrera que cargando á la caballería enemiga, la ahuyentase del sitio que ocupaba.

El valeroso La Carrera ejecutó con tanta pericia como valor la precitada operacion. La caballería francesa huyó, y Mendizabal entró en Badajoz con toda la infantería.

Cobraron grande ánimo los sitiados, y el gobernador resolvió hacer una salida de la plaza. Verificóse aquella el dia 7, á las órdenes y bajo la direccion de D. Carlos de España. Este general, cuyo valor é inteligencia jamás fueron dudosos, cumplió su encargo muy á satisfaccion del gobernador de Badajoz. Arrolló las líneas, mató muchos enemigos y destruyó algunas baterías clavando muchas piezas. Pero el gran número de franceses permitió que estos se rehiciesen y no diesen tiempo para clavar todos los cañones, que eran 54, y al regresar los españoles á la plaza sufrieron bastante pérdida. El dia 8 volvió á salir de la plaza Mendizabal con sus tropas, y tomó de nuevo la misma posicion que ocupaba antes de penetrar en aquella.

El 11 tomaron los franceses el castillo de Pardaleras. Este contratiempo se debió á la debilidad, facilidad, ó lo que fuese, de un oficial de los nuestros, á la sazón prisionero, que indicó á los franceses el flanco débil por donde podia tomarse. Le guarnecian 400 hombres y se salvaron más de 300.

Cometió Mendizabal la imprudencia de no fortificar ni atrincherar su campamento, fiado en que tenia bastante defensa en la creciente de los dos rios que protegían su posicion. No obstante su poco fundado cálculo, el dia 18 descendieron las aguas, y Soult aprovechó el momento oportuno para hacer que vadease una parte de sus tropas el Guadiana, y comenzó á bombardear el campamento español.

Bien comenzada por Soult la accion, quiso de igual manera concluir la. Mortier se hizo cargo de la operacion llevando la infantería guiada por Girard, y por Latour-Maubourg la caballería.

Por medio de un hábil movimiento cogió Mortier entre dos fue-

gos á los nuestros, y los portugueses sorprendidos, se pusieron en fuga. Salió á detenerlos el valeroso general de caballería D. Fernando Butron al frente de los bizarros regimientos de Lusitania y Sagunto: hizo prodigios de valor, pero los portugueses no estaban para detenerse.

Mendizabal, que si fué imprevisor nunca dejó de ser valiente y entendido, abandonado por los portugueses, formó con los españoles dos grandes cuadros, empero el mal era ya incurable y el resultado fué desastroso. Entre los prisioneros quedó el general en jefe D. José Virués, y se perdieron 17 cañones.

D. Carlos de España se retiró á Campomayor, y Butron, lo mismo que el brigadier D. Pablo Morillo, á Yelves. El primero de estos dos remitió una enérgica exposicion á las Córtes contra Mendizabal, á quien, ciertamente, no se pudo disculpar, por más que se mostrase heróico en la pelea, por una imprevision que tampoco en realidad lo fué, sino tenacidad, ó necia confianza; porque los generales le aconsejaron á tiempo la fortificacion del campamento, y tambien Welington le mandó por escrito el mismo consejo. Tambien la Junta de Extremadura representó contra Mendizabal.

Creyó Soult, y así debía creerlo, que despues de tamaño desastre, la plaza se entregaria sin condiciones; pero se equivocó, porque no conocia al general Menacho. Este hombre previsor y valeroso, suponiendo que más pronto ó más tarde podian abrir brecha los enemigos y penetrar en la plaza, hizo aspillerar todas las casas de la ciudad, fortificó los edificios principales y más fuertes, hizo infinitas cortaduras, cavó hornillos y, en una palabra, lo dispuso todo de suerte que si llegaban á entrar los franceses en Badajoz, les costase un combate cada paso que adelantasen, y sufriesen de todas las casas un fuego asolador y mortífero.

Soult, que ignoraba todo esto, tan pronto como regresó Mortier, triunfante, intimó á Badajoz la rendicion; pero Menacho, airado, contestó que se entregaria, cuando *se quedase solo, y no tuviese un cartucho ni un cadáver de que sustentarse*, sobrándole todavia municiones y víveres.

Dios sólo sabe lo que se hubiera prolongado el sitio y lo costoso que éste hubiera sido al invasor, sino hubiese estado el triunfo de éste decretado por la Providencia.

La guarnicion y los ciudadanos estaban firmemente decididos y entusiasmados con el vigoroso ánimo de su gobernador, cuya actividad febril era comunicativa. Por desgracia, empero, su misma

actividad y su firme decision le llevaban de continuo de un punto á otro para inspeccionarlo todo por sí mismo, y una traidora bala de cañon le arrebató la preciosa existencia, que desde sus más tiernos años empleó en servicio de su patria.

Fué la muerte del bizarro general Menacho tan sentida y llorada por los militares, como por los paisanos; y al ver á aquel hombre valeroso, tan vigoroso poco antes y ya inerte, y borrado del libro de los vivientes, todos creyeron ya perdida la plaza. Las Córtes, justa y oportunamente, pensionaron á la familia del malogrado general. Sucedióle en el mando de Badajoz D. José Imáz, verdadero reverso de la medalla.

El desánimo general que cundió á consecuencia de la muerte del bizarro Menacho; la apatía de su sucesor; la brecha abierta por el enemigo y la noticia, cierta ó supuesta, de que Massena se retiraba de Portugal y socorrería á Soult, hicieron capitular á Imáz, contra el dictámen de los principales jefes que habia dentro de la plaza. En está habia sobre las armas todavía 7,000 hombres, 170 cañones y municiones y víveres para mucho tiempo. No tuvo Imáz disculpa, y menos aún con la multitud de obras de defensa interior que dejó preparadas su inolvidable antecesor (10 de Marzo).

Esta pérdida dió margen á una calorosa sesion de Córtes, promovida, puede decirse, por la Regencia. Esta al dar cuenta á las Córtes, manifestó que hallaba méritos para que tan desgraciado suceso fuese militarmente juzgado, con arreglo á ordenanza. Y cuenta que á la sazón la Regencia estaba compuesta de muy ilustres generales de tierra y mar. Tambien se pidió se averiguase y esclareciese la conducta militar de Mendizabal, en la desgraciada batalla de que ya tiene noticia el lector.

Para probar el aterrador efecto que, lo mismo en la Regencia que en las Córtes produjeron ambos inmediatos desastres, bastará decir que un diputado, acongojado en medio de su vigorosa decision, exclamó: *¡Dios nos salve! QUIA NON EST ALIUS QUI PUGNET PRO NOBIS.*

CÉLEBRE RETIRADA DE MASSENA.

Decidido, por fin, Massena á retirarse, despues de haber examinado y probado toda la inconveniencia y peligro de permanecer en Portugal, y visto que Soult bajo uno ú otro pretexto alargaba su llegada, comenzó á preparar el difícil movimiento. En tanto

Soult íbase apoderando de Alburquerque, Valencia de Alcántara, Campomayor, etc.

Hizo Massena marchar primero de noche y sigilosamente á los enfermos, heridos y bagajes. Despues figuró una marcha, para contramarchar á cruzar el Tajo, á fin de dirigirse al Mondego, llevando su disimulo hasta el extremo de dar órdenes, como para verificar lo que no pensaba hacer, á todos aquellos jefes superiores en quienes tenia poca confianza, porque los consideraba ó envidiosos ó no bien intencionados, ó celosos los unos de los otros.

Difícilmente podrian detallarse con exactitud todos los obstáculos que superó Massena, y cuanta pericia é inteligencia demostró; pero bastará decir que llevaba ya dos dias de tener en movimiento su gran ejército, cuando Welington comprendió que el enemigo se retiraba.

El inglés no menos hábil, pero aún más cauto y mucho más receloso que el francés, se puso tambien en movimiento; mas con todas las imaginables precauciones, siempre á buena distancia, pero decidido á no perder ocasion, si se le presentaba, de batir á su enemigo.

No dejaron, por cierto, de presentarse, como lo prueban los combates de Pombal, Redinha, Couderia y Casal-Nuovo; empero nada ocurrió de decisivo.

Nosotros, que ciframos nuestra menguada y pobre gloria en la imparcialidad con que procuramos referir los hechos, sin conocer partidos, ni amigos ni enemigos, cosa que ciertamente no se encuentra en historias escritas por personas de verdadera y grande autoridad, no encontramos palabras bastantes para elogiar á Massena. En su notabilísima retirada, anduvo nada menos que **SESENTA LEGUAS**, siempre tenazmente perseguido por un enemigo fuerte, numeroso, bien alimentado y provisto y vestido, al paso que él conducia unas tropas famélicas, que llevaban seis meses de apenas alimentarse, durante los cuales habian destrozado su equipo.

El inmenso trayecto de sesenta leguas, inmenso, repetimos, para quien no puede apresurar la marcha, por más que le acosen y persigan y dañen, como sucedia á Massena con Welington, le atravesó el primero tan pronto teniendo que cruzar rios, como dominando sierras, al parecer inaccesibles, ó franqueando peligrosos desfiladeros, teniendo que sostener combates cada dia y haciendo verdaderos prodigios en todo su penoso camino, para no dejar en

poder del enemigo ningun bagaje ni abandonar ningun herido, como en efecto ni abandonó estos ni perdió aquellos.

Acabaron de dificultar la grande y gloriosa retirada de Massena, los generales Reynier y Drouet, que se mostraron díscolos, insubordinados é inobedientes, en términos, que otro general en jefe tal vez los hubiera fusilado. En cambio Ney, bizarro y decidido siempre, á pesar de su orgullosa altivez y envidia, cumplió brillantemente su deber: encargado de defender la retaguardia con su cuerpo de ejército, desempeñó su encargo tan brillantemente que fué el verdadero salvador de los heridos y de los bagajes. Pero á la manera que el monomaniaco habla en razon mientras no se toca á su dominante manía, los franceses en su brillante retirada no quisieron dejar de ser lo que en realidad eran, ni olvidar sus viejas mañas, ni tener una historia militar de sesenta dias sin borron que la afease. Señalaron su marcha, tan brillante por otra parte, con infinitos robos, desmanes, atropellos, incendios y asesinatos, hasta el punto de no poder referirse sin que se estremezca la mano que los escribe y se conmueva de horror y de ira el que los lee.

Templos, palacios, casas, sepulcros que encerraban los venerables restos de los antiguos monarcas lusitanos, como sucedió en el monasterio de Alcobaza, todo fué presa de las voraces llamas; y tan numerosos fueron los asesinatos que aquella gente fatal cometió, que, segun la historia asegura, los lobos en bandadas hasta componer algunos centenares, tuvieron horrible banquete para muchos dias con los cadáveres que hallaron por los caminos.

Con dificultad se encontrará un ejército más feroz que el francés, en aquella desdichada época: dificilmente al leer las bárbaras crueldades que aquel cometió, se podrá creer que procedia de un país civilizado. Ni aun procedian los franceses humanamente con lo suyo, si creian que les estorbaba ó podia perjudicarles. Cuéntase á este propósito que si los ingleses no lograron quitarles nada en retirada tan larga, ellos mismos tuvieron que abandonar parte de sus equipajes, cuando la persecucion era demasiado viva, y el terreno dificultaba la marcha. Por esto en una ocasion tuvieron necesidad de abandonar 500 acémilas; y para que á nadie pudiesen aprovechar, las desjarretaron. Cuando llegaron los ingleses las encontraron desangrándose, unas espirando y otras dando verdadero^t quejidos. Aquellos hombres eran más bien fieras, esparcidos por la tierra para castigo de la rebelde humanidad y oprobio del género humano.

Tacharon á Wellington, y nos parece que con razon, de no haber hostilizado á Massena todo lo que pudo; puesto que si bien no dejó de hacerlo, tampoco le molestó hasta el punto que pudo y que le hubiera quizá destruido, y evitado á los pacíficos moradores de aquellos países muchos de los enormes males que sobre ellos desplomaron los *inolvidables* franceses.

Por fin llegó Massena á ver con gran gozo la frontera española; y deseoso de endulzar con una próspera campaña todo lo que de triste y poco glorioso habia tenido la anterior, señaló á sus tropas las posiciones que debian ocupar para realizar sobre Extremadura el plan que meditaba.

No contaba el veterano general con la verdadera insubordinacion de los suyos, en la cual se distinguieron siempre Drouet y Reynier; pero en aquella ocasion con mejor resultado, porque les ayudó un hombre de mayor importancia que ellos. Ney, siempre altivo, envidioso y díscolo, que habia cumplido penosamente su deber por que no queria reconocer superior, pero que lo habia hecho por honor de su nombre, de su cuerpo de ejército y por odio á los ingleses, se decidió á no servir más como dependiente de Massena, siendo tan mariscal del imperio como él, y favoreció la insubordinacion de los generales de menor categoría.

Rota la valla, la escision dió por resultado la separacion de Ney, que con el 6.º cuerpo que mandaba y que se componia de la gente más bizarra y veterana, se separó de Massena, quitando á éste una de las partes más importantes de su ejército.

Llegó Wellington, y Massena tuvo que sostener un fuerte combate en las orillas del Coa, al quererle vadear el primero por Almeida y por Sabugal. Ganó el inglés la batalla, puesto que hizo abandonar al francés sus posiciones; pero fué á costa de grandes pérdidas. Massena penetró en España y repartió sus tropas estratégicamente entre Almeida, Ciudad-Rodrigo, Zamora y Salamanca. Reunió en Portugal cerca de 80,000 hombres, y regresó á España con pocos más de 40,000: es decir, que perdió la mitad, poco más ó menos, en seis meses.

El mariscal francés redactó un largo parte, detallado, de cuanto habia ocurrido, y lo remitió á Napoleon con un ayudante de su confianza. Despues se fijó en Salamanca, en donde se puso de acuerdo con el mariscal Bessieres, que mandaba las tropas francesas del Nortede España.

EXTREMADURA.

A consecuencia de la imprevista muerte del marqués de la Romana, fué nombrado en su reemplazo D. Francisco Javier Castaños, general en jefe del entonces denominado 5.º ejército; porque la nueva Regencia, en vez de las antiguas denominaciones de *derecha*, *izquierda*, *centro*, etc., había distribuido los ejércitos nombrando PRIMERO al de *Cataluña*; SEGUNDO al de *Aragón* y *Valencia*; TERCERO al de *Murcia*; CUARTO al de *Cádiz* y la *Isla*; QUINTO al de *Extremadura*; SESTO al de *Asturias* y *Galicia*, y SÉTIMO al del *Norte*, ó de *Navarra* y provincias Vascongadas.

De las plazas tomadas por Massena antes de penetrar en Portugal, la de Campomayor llegó á estar sitiada por el inglés Beresford, sucesor de Hill. Los franceses que la guarnecían, no entrando en los planes de su jefe, tal vez, el conservarla, la evacuaron; pero como en los franceses la avaricia no conocía límites, sacaron de Campomayor tan inmenso convoy, que por cuidar de conducirlo y no perderle, Beresford los batió y les hizo perder mucha gente (23 de Marzo).

Habiendo llegado Castaños al campo español, dividió su ejército en dos cuerpos, dando el mando de uno á D. Carlos de España, y el otro á D. Pablo Morillo, ya general, haciendo ocupar al primero la plaza de Alburquerque y al segundo la de Valencia de Alcántara, operacion que ambos generales desempeñaron breve y dignamente.

Después de haber entregado Castaños el mando de su caballería al general conde de la Penne Villemur, francés de origen, procedente de dicha arma y muy buen general y cumplido caballero, se avistó, como era indispensable con Beresford, el cual acababa de atravesar con no pequeña dificultad el Guadiana. Una fuerte avenida se había llevado el puente y tuvo necesidad de hacer construir balsas y hacer trasladar en ellas á sus tropas, empleando casi cuatro días (del 5 al 8 de Abril).

Wellington había establecido su campo en las márgenes del Coa, en donde le dejamos; pero pasó personalmente á avistarse con Castaños y Beresford, y regresó á su campo del Coa.

En cuanto á los franceses, Mortier había marchado á Francia y había quedado su cuerpo de ejército al cargo de Latour-Mau-

bourg: éste hallábase á la sazón en Llerena; y Castaños y Beresford acordaron incomunicarle con Badajoz.

Apartóse del campo aliado el general inglés Spencer, con el objeto de recuperar á Almeida. Sitióla el inglés á 23 de Abril, y la redujo á muy estrecha posición.

En tanto Massena, que habia ya repuesto sus pérdidas y dado suficiente descanso á sus maltratadas tropas, determinó ponerlas en movimiento. Favorecióle el veterano Bessieres, dándole las fuerzas necesarias para reemplazar á los muchos enfermos que habian resultado de su malhadada expedición á Portugal, y llegó á reunir hasta 40,000 hombres, que pudieron llamarse escogidos. Preparado de este modo Massena, dispuso un movimiento.

Wellington habia establecido su cuartel general entre los rios Doscasas y Turones: su ejército era, á la sazón, menor que el de Massena en 3 ó 4,000 hombres; más en cambio tenia á corta distancia y como auxiliar al muy bizarro coronel D. Julian Sanchez, de quien en otra ocasión hemos dicho que era una de las mejores espadas del ejército español, al frente de un intrépido regimiento franco.

ACCION DE FUENTES DE OÑORO.

Imprevistamente Massena hizo franquear á sus tropas el Azava (2 de Mayo), y el día 3 de Mayo cargaron con gran ímpetu sobre Fuentes de Oñoro, pueblo situado en la parte más honda del flanco izquierdo del rio Doscasas, y se posesionaron de la parte más baja, de la cual poco despues fueron arrojados por los ingleses.

Ya habia llegado Wellington en persona y habia tomado posiciones, cuando apareció personalmente tambien Massena (día 4), con el mariscal Bessieres, el resto de su ejército y la brillante guardia imperial.

Despues de dar á las tropas descanso, en la mañana del cinco empezó la batalla. Comenzóla el tercer cuerpo francés por un decidido ataque dado por Pozovelho, al mismo tiempo que la caballería cargaba á la que en defensa de su magnífica infantería llevaba D. Julian Sanchez; pero despues de un obstinado combate que duró hasta muy entrada la noche ó, lo que es lo mismo, once horas, el triunfo fué de los aliados, puesto que los franceses no pudieron desalojar á Wellington de Fuentes de Oñoro, por más que lo intentaron, ni más pudieron socorrer á Almeida, reducida á gran

estrechura por Spencer y que fué el principal objeto del francés al librar la batalla, y porque, en fin, los enemigos tuvieron que repasar el Doscasas.

Wellington siempre cauto, hasta el esceso, y poco decidido, no cargó sobre los que abandonaban el campo de batalla, renovando, como pudo, el combate y obteniendo un triunfo decisivo. En cambio Massena careció, á juicio de personas competentes, de su decision acostumbrada, lo que se atribuye á que se sabia ya que él, Junot y Loison, que habia reemplazado á Ney, iban á ser relevados.

Despues de repasar Massena el rio Doscasas, mandó órden al general Brenier, gobernador de Almeida, para que volase las murallas y la abandonase, saliendo al frente de la guarnicion.

Hechas las necesarias minas y encendidas las mechas de tiempo, salió Brenier con sus tropas de Almeida. Poco despues volaron las murallas de la plaza con horrísimo estrépito, y el francés bizarramente se abrió paso á través de los que intentaron impedirsele (10 de Mayo). Veinticuatro horas despues (dia 11), hallándose Massena en Ciudad-Rodrigo, recibió la órden para regresar á Francia. Napoleon no entendia de dificultades: el que no realizaba sus proyectos, por más que hiciese milagros, era relevado.

Reemplazó á Massena el mariscal Marmont, hecho duque de Ragusa por su protector Napoleon Bonaparte.

FAMOSA BATALLA DE LA ALBUERA.

A este tiempo el general Beresford habia sitiado á Badajoz con los aliados, directamente auxiliado por el general D. Carlos de España, que mandaba la primera de nuestras divisiones.

Considerábase de muy gran importancia la toma de la capital de Extremadura; y así como los franceses se preparaban para impedir la rendicion, los españoles trataban de favorecer eficazmente á los sitiadores.

Tiempo antes (en Febrero) las Córtes españolas pasaron una atenta comunicacion á la Regencia, preguntando las causas que pudieran haber influido en las reiteradas desgracias experimentadas por los ejércitos españoles, incidente que debemos referir aquí para aclarar un suceso que vendrá despues.

El honrado Blake, á la sazón presidente de la representacion real, en nombre de los demás regentes expuso las causas de los

daños, y los medios que en su concepto podían poner el remedio á tan graves males. Aquel modesto general, tan modesto como entendido, y tan circunspecto como valeroso, puso al fin de su larga comunicacion las siguientes notabilísimas líneas: «Ni todos los valientes son útiles para mandar, ni todos los buenos patricios son á propósito para administrar. No soy tan modesto que no me crea con derecho para ser reputado hombre recto y amante de mi pátria: como tal aseguro á V. M. que no soy á propósito para este elevado destino, y es de la obligacion de V. M. colocar en este puesto á otro que le llene más dignamente, como lo ha sido en mí el manifestarlo luego que me ha confirmado la experiencia en una opinion que no dejaba ya de ser la mia, cuando fuí sorprendido con el aviso honroso de mi nombramiento. . . .»

Las precedentes líneas muestran hasta lo más recóndito del noble corazón de Blake, y ellas solas sobran para calificarle del modo más honroso y presentarle como un tipo de los que en todos los siglos se encontraron muy contados, y en la actualidad, por desgracia, casi han desaparecido. Las Córtes, procediendo con tanta cordura como justicia, contestaron al digno regente no admitiendo su dimision; y aunque por la ley estaba prohibido que los regentes ejerciesen mando alguno militar, saltando por encima de la ley, en pró de la pátria y de la justa causa, encomendaron á Blake el mando en jefe del ejército expedicionario que habia de marchar en auxilio del de Extremadura, con cuya determinacion daban las Córtes una prueba plena de la confianza de la pátria en el digno presidente de la Regencia, al mismo tiempo que se reunia la incuestionable ventaja de que pusiese en práctica las teorías que habian de enmendar los resultados de los pasados males, el mismo que las habia presentado.

Al mismo tiempo que las Córtes, dignísimas respecto de su desvelo y cuidado por la salvacion de la Independencia española, daban las oportunas órdenes para que se formase el ejército expedicionario en el Condado de Niebla, comunicaron á Blake su resolucion, tan honrosa y satisfactoria para aquel.

La expedicion debia constar de 12,000 hombres, distribuidos en tres divisiones de á 4,000 cada una, mandadas respectivamente por el teniente general D. Francisco Ballesteros y por los mariscales de Campo D. José de Zayas, y D. José de Lardizabal. El mando de la caballería se dió al general D. Casimiro Loi.

Blake tomó inmediatamente la vuelta del Condado de Niebla, y

el 10 y 11 de Mayo pasó revista al ejército expedicionario, en sus cantones de Monasterio, Fregenal, Jerez de los Caballeros y Montemolin, despues de lo cual emprendió su marcha, avistándose el dia 24 en Valverde de Leganés con Castaños y Beresford, el cual siete dias antes habia logrado abrir brecha en la sitiada Badajoz, por la parte de San Cristóbal.

Los tres generales examinaron las bases que habia remitido Wellington para establecer el plan de operaciones; y para evitar celos de mando y rivalidades tan indispensables á veces como perjudiciales siempre, cuerda y oportunamente determinaron que fuese general en jefe el que reuniese á sus inmediatas órdenes y separado del cuerpo general del ejército aliado, mayor número de soldados. Aprobado este acuerdo, quedó como general en jefe, por hallarse en dicho caso, Sir Wiliams Carr Beresford.

Casi al mismo tiempo que llegaba Blake á Extremadura lo verificaba tambien Soult, quien para socorrer á los suyos, siempre á disgusto, tuvo que abandonar de nuevo á Andalucía.

Llegó Soult á Santa Marta el 15 de Mayo, con 20,000 infantes, 5,000 caballos y 10 baterías comunes. Beresford, sin esperar á que Soult llegase, levantó el sitio despues de perder casi 1,000 hombres y de haber abierto brecha. Dicese que los ingenieros ingleses se mostraron ó flojos ó imperitos, ó ambas cosas á la vez.

El mismo dia 15 con arreglo á las bases de Wellington y al acuerdo tomado por los generales en Valverde de Leganés, nuestras tropas llegaron á la Albuera, en donde se las reunieron la quinta division mandada por D. Carlos de España y otra inglesa al mando de Sir Kole: el general España llevaba seis cañones.

Reuniéronse, pues, cerca de la Albuera por parte de los aliados sobre 32,000 hombres, de los cuales más de 15,000 eran españoles, y como 17,000 entre ingleses y portugueses. Soult recibió tambien refuerzos, compuestos de las brigadas y columnas que corrían las inmediatas comarcas.

Era la Albuera un pueblo insignificante, que hizo, como otros á él parecidos, célebre su nombre, por el famoso hecho de armas que le tomó de aquel. Situado casi á cuatro leguas de Badajoz, en el camino real de Extremadura á Sevilla, tenia á su derecha el pobre rio Albuera, que á pesar de su exiguidad daba nombre al pueblo, y estaba formado por los arroyos Chicapierna y Nogales.

Estaba el pueblo fundado en la parte honda y en medio de una





C. MUÑOZ, dib. y lit.

Imp. de J. DONON Madrid.

Célebre Batalla de la Albuera.

vega, cuyo terreno ibase gradualmente elevando á derecha é izquierda, formando por esta parte unas eminencias que dan paso en descenso al lado opuesto, por la parte del arroyo Valdesevilla.

Rayaba el alba del dia 16 de Mayo, cuando el ejército aliado llegó á las lomas ó pequeñas eminencias por el lado de Valdesevilla, y tomó posiciones en la siguiente forma:

Colocáronse á vanguardia las divisiones Ballesteros y Lardizabal; doscientos pasos á retaguardia la division Zayas; á la derecha de las dos primeras divisiones, en orden de batalla, la caballería mandada por D. Casimiro Loi, y en igual posicion, junto á la division Zayas, la de Penne Villemur; el ejército anglo-portugués prolongaba la línea de batalla al flanco izquierdo de la vanguardia española; los ginetes ingleses se situaron junto al arroyo Chicapierna; los portugueses, al flanco izquierdo de la línea general de batalla; las tropas inglesas, llamadas ligeras, entraron en la Albuera y su artillería con la portuguesa, quedó en las inmediaciones del pueblo.

A las seis de la mañana llegó Castaños con las divisiones de los generales España y Kole, un batallon español y la artillería, española tambien, se colocaron al flanco derecho de la division Zayas, y el resto de ambas divisiones recién llegadas, tomaron posicion al flanco izquierdo de la línea general.

Hemos ya dicho que por acuerdo unánime de los generales quedó encargado del mando en jefe el general Beresford, porque yendo á sus órdenes los portugueses, lo mismo que los ingleses, era quien mandaba mayor número de soldados.

Hora y media despues, poco más ó menos, se divisaron las avanzadas francesas, por la parte de Santa Marta. Poco despues destacóse una columna enemiga hasta el arroyo Albuera, desde donde rompió un vivo y nutrido fuego de artillería; la nuestra avanzó en direccion del puente, y la infantería á paso redoblado subió la loma, hasta dejarse ver del enemigo.

El inteligentísimo Blake, luego que vió empeñada la batalla, á favor de un antejo y por las noticias que le trajeron los oficiales de su Estado mayor, se cercioró de las operaciones del enemigo, el cual oculto por los matorrales y las sinuosidades de aquella parte del terreno, se dirigia á ganar los arroyos Chicapierna y Nogales. Entonces Blake manda repentinamente un cambio de frente, que con universal aplauso de ingleses y portugueses verificaron los españoles con tanta serenidad, aplomo y precision, como si en un simulacro y no al frente del enemigo estuviesen.

El golpe, en realidad magistral, dado por el inteligente Blake, desconcertó á los franceses; porque al salir de las malezas y quiebras del terreno y pasar los arroyos para dar un impetuoso ataque de flanco á los nuestros, se encontraron con que el flanco se habia convertido en frente, y en vez de atacar á un punto débil, dieron con fuertes posiciones y con una bien dispuesta línea de batalla.

Atacaron, sin embargo, porque ya no les era posible otra cosa. La division Zayas resistió el impetuoso choque, y tras de ella la division Lardizabal. Cargaron despues con indescriptible decision varios batallones de la division Ballesteros, y los franceses fueron con gran pérdida rechazados sobre su primera reserva.

Rehicieronse los enemigos á favor de la bizarra caballería de Latour-Maubourg y de su artillería, que en la Albuera trabajó de admirable manera, y la infantería enemiga logró ocupar las lomas en que estaban los nuestros, en cuyo auxilio se desplegaron la division inglesa de Stewart y tras de esta la de Kole.

Los elementos, á pesar de que reinaba la tranquila y risueña primavera, se desencadenaron en aquel dia; y para hacer más terrible é imponente aquella memorable batalla, violentos huracanes y copiosísimos aguaceros estorbaban los movimientos y quitaban la vista en términos, que á duras penas podia verse á pocos pasos de distancia.

En aquellos críticos y terribles momentos, en que naturalmente comenzó la indispensable y natural confusion, dió Blake una patente muestra de su gran serenidad.

Ocurrió que á favor de la confusion, unas secciones de la terrible caballería polaca que llevaban los franceses, lanza en ristre salieron al escape, y metiéndose por entre ambas líneas españolas cargaron por retaguardia á los ingleses, les tomaron casi 800 prisioneros y 5 cañones.

Creyó la segunda línea inglesa que su primera estaba destruada, y comenzó á hacer fuego en direccion de los polacos, pero dañando á las tropas de Blake involuntariamente. Esto duró pocos momentos; porque el intrépido general avanzando denodadamente por entre el plomo y el acero, como si invulnerable fuese, hizo muy pronto comprender su error á los ingleses, y acto continuo mandando á las últimas compañías de su línea dar frente á retaguardia y hacer fuego sobre la caballería polaca, cogida esta entre los españoles y los ingleses, ni un polaco quedó con vida.

En medio de aquella terrible batalla, una de las mayores que

dentro y fuera de España se han dado en el presente siglo, se observaba á un *simple soldado* que ejecutaba verdaderas proezas, y cuya fisonomía y porte y maneras eran de una persona de elevada posicion social. Aquel héroe, que tal fué en aquel memorable dia, no era otro que el teniente general *D. Gabriel de Mendizabal*, que pidió y obtuvo el permiso de asistir *como soldado voluntario* en la Albuera, deseoso de rehabilitarse en el concepto del gobierno, de las Córtes y de la nacion entera, y recuperar el buen nombre que habia casi perdido á consecuencia de su poca prevision en Gévora, á la cual se atribuyó el desastre, de que ya hemos dado cuenta, ocurrido en 19 de Febrero. Y se rehabilitó, en efecto, porque se portó en verdad, heroicamente y tales hazañas obró, que milagrosamente libró con vida y salió ileso de la gran batalla.

Pero el desastre de los polacos, despues del mal estado en que los franceses tenian la batalla, hizo desistir á estos. Formando masas paralelas acometen á nuestras líneas con el mayor denuedo, y los españoles salen á recibirlos con el mayor orden; baste decir que la division Zayas salió á encontrar al enemigo, arma al brazo.

Tan gran serenidad desconcierta á los franceses, comienza en ellos la vacilacion, cargan sobre ellos los españoles, y el enemigo se declara en abierta fuga. Atropellando unos regimientos á otros, caen, ruedan por las colinas y todo es confusion y horror y muerte. Fortuna fué para los franceses que su caballería y su artillería no perdieron la serenidad y les protegieron en aquella verdadera huida, sin lo cual los que pudieron salvarse no hubieran llegado á pasar el Nogales.

Ya de noche, los que pudieron llegar, se concentraron en un bosque, en la dehesa de la Natera. Allí permanecieron toda la noche y el siguiente dia, hasta que despues de haberse ocultado el sol y cerciorados de que en nuestro campo reposaban los vencedores, cerca ya de la media noche, emprendieron con grandes precauciones la retirada (18 de Mayo).

No pudieron caminar con tranquilidad, porque nuestra caballería les molestó cuanto pudo, aunque no cuanto quiso, porque era inferior en número á la francesa. Sin embargo, necesitó Soult siete dias para llegar á Llerena (dia 23).

Quedaron en nuestro poder buen número de banderas, estandartes y cañones. Perdieron los franceses DOS MIL SETECIENTOS muertos, CUATRO MIL QUINIENTOS TREINTA Y TRES heridos y gran número de prisioneros. Entre los muertos se contó á los generales

Pepin y Werlé, y entre los heridos, á los generales Gazan, Maransin y Bruyer.

La pérdida de los nuestros consistió en 590 españoles muertos y 1,300 heridos; y de los aliados 1,311 de los primeros y 1,890 de los segundos. Murieron los generales ingleses Houghton y Myers, y quedaron heridos Stewart y Kole, ingleses los cuatro. De los nuestros quedó herido D. Carlos de España, y contuso el bizarro Blake. Por lo expuesto puede comprenderse si fué brava y memorable la batalla de la Albuera.

Celebróse en España muy largamente la gran victoria: las Cortes declararon benemérito de la patria á todo el ejército que había obtenido el glorioso triunfo, decretando al propio tiempo una pública accion de gracias á las naciones que concurrieron á la famosa batalla.

Concedióse la gran cruz de Carlos III al general Beresford, y el empleo de capitán general de ejército al dignísimo Blake, y á fé que lo tenía bien merecido. Su mérito en la inolvidable jornada de la Albuera fué tal, que la Cámara inglesa, más que imparcial para el caso, declaró en pleno Parlamento *reconocia altamente el distinguido VALRO É INTREPIDEZ con que se habia conducido el ejército español, al mando de S. E. el general Blake, en la batalla de la Albuera.*

Las Cortes españolas decretaron la ereccion de un monumento en el mismo sitio de la batalla, que recordase á las generaciones venideras la memorable y gloriosa jornada, y que se formase un regimiento de caballería que llevase el nombre de la Albuera, tan distinguido desde entonces. Subsiste todavía el expresado regimiento bajo un brillantísimo pié, como dirigido hoy por su bizarro y entendido coronel D. Luis D'Arcourt y Pardiñas.

Terminada la batalla, el general Welington volvió á caer en su habitual apatía. Blake recibió la honrosa y merecida satisfaccion de que el Parlamento inglés le comunicase su satisfactorio acuerdo por medio de lord Welington, el cual lo verificó de muy placentero modo. Sin embargo, no estaria en demasía contento, á consecuencia de un incidente pocos dias antes ocurrido.

El marqués de Wellesley, hermano del general Welington, había solicitado para este último el mando superior de las provincias españolas limítrofes de Portugal, peticion que seguramente creyó concedida atendida su influencia como embajador de Inglaterra en España y la circunstancia de ser Welington, su hermano,

el general en jefe del ejército aliado. Apoyaba su petición en la razón, especiosa sin duda, de que accediendo podrían emplearse con más acierto los recursos, y acordar más acertadamente las combinaciones para continuar con ventaja la guerra.

Blake, como presidente de la Regencia, hizo una dura y tenaz oposición á la solicitud de Wellesley, y manifestó sin ambages «que era aquella una lucha popular; que los españoles tenían, »además, decidida aversión á toda dominación extranjera, y que »de acceder el gobierno, mostraria una condescendencia que sería »interpretada como debilidad. No obstante, para conciliarlo todo, »se nombraría un general español para mandar aquellas provin- »cias, de tal carácter y condiciones, que obrase unido y de acuer- »do con lord Welington.»

No agradaría ciertamente á ninguno de los dos Wellesley la repulsa, por más dulcificada que fuese, ni más bien les parecería la entereza y patriotismo de Blake, que encontró éco en sus dos compañeros de Regencia y un decidido apoyo en las Cortes. Por esto la afable manera con que lord Welington comunicó el acuerdo del Parlamento inglés al muy digno general Blake, pertenecería más al *exterior* que al *interior*.

El general nombrado para el mando de las provincias en cuestión y para entenderse con Welington, fué D. Francisco Javier Castaños, que reemplazó al duque de Alburquerque, quien según ya hemos referido, falleció por entonces.

Después de haber descansado los aliados de la gloriosa batalla de la Albuera, volvieron al sitio de Badajoz. Sault permanecía pacíficamente en Llerena, y el inglés no pensaba en molestarle: jamás sacaron los aliados el partido que pudieron y debieron, de ninguna derrota.

Welington, á quien muy bien pudieran haber apellidado el *cauteloso*, mandó á Beresford en observación del enemigo, sin hostilizarle y con *cautela*. Hill, ya restablecido, regresó al campo y se hizo cargo nuevamente de su división. El mando de la de D. Carlos España se dió accidentalmente y á consecuencia de estar aquel herido, á D. Pedro Agustín Giron, que pasó con sus tropas al frente de Badajoz, cuya plaza asaltaron dos veces, inútilmente, los ingleses.

Un terrible siniestro ocurrió por aquellos días. Unos artilleros portugueses padecieron un trascendental descuido, á consecuencia del cual se prendió fuego en las matas ya casi secas (3 de Junio), y

ganando instantáneamente terreno hasta la distancia de algunas leguas, porque las mieses estaban ya para ser segadas, y todo lo asoló desde Badajoz á Mérida, no solamente los frutos del campo, sino alquerías, dehesas, montes y cuanto habia por la comarca. El fuego duró con llama hasta el día 18: fueron incalculables las pérdidas.

Preparóse Soult para socorrer á Badajoz, reforzado con el quinto cuerpo al mando de Drouet; pero no ejecutó entonces el movimiento, porque recibió aviso de haber entrado en Extremadura el mariscal Marmont, al frente del cuerpo de ejército que mandó Massena. Marmont dividió sus fuerzas militares entre Mérida y Medellin.

Con esta noticia Wellington mandó levantar el sitio de Badajoz, y repasando el Guadiana, á 18 de Junio estableció su campo en Yelves.

Cinco días despues (23 de Junio) pasó Blake con sus tropas el Guadiana por Mértola, desde donde se dirigió al condado de Niebla, cuya capital intentó tomar, pero sin insistencia (30 de Junio); porque no llevaba material de guerra, ni artillería á propósito. El 11 de Julio entró en Cádiz, siendo tan obsequiado y aplaudido como merecia.

Casi al mismo tiempo regresó Soult á Sevilla, despues de haber hecho volar los muros de Olivenza, cuya plaza habian abandonado los ingleses.

Al terminar la primera mitad del año 1811 los cuerpos de ejército reunidos bajo las órdenes de Soult y Marmont (antes Massena) habian quedado reducidos casi á la mitad de fuerza númeroica. El primero constaba de 80,000 hombres, y en 1.º de Julio sólo tenia 36,000; y el segundo que contaba 70,000, llegó á reducirse á 30,000, pocos más ó menos. Esto es, el primero habia sufrido 44,000 bajas, 40,000 el segundo, y en total 84,000. Y aun así Napoleon no queria comprender la verdad, ni sabia leer en el tremendo libro de lo porvenir.

ANDALUCÍA.

Corria el segundo mes del año, cuando el gobierno proyectó un golpe de mano contra el ejército que sitiaba á Cádiz y á la Isla de Leon, con objeto de obligarle á levantar el sitio.

Dió el mando de la expedicion al general D. Manuel de la Peña, á pesar de lo que habia manifestado la experiencia. Quizá el lector

recuerde todavía que este general demostró en el mando un carácter escesivamente meticuroso, y menos enérgico del que necesita un general en jefe. El veterano D. Manuel de la Peña aceptó el cargo, y reuniendo 12,000 hombres, 8,000 españoles y 4,000 ingleses, los distribuyó en tres divisiones, dando el mando de la vanguardia al general Lardizabal, el centro al príncipe de Anglona, la reserva al inglés Sir Graham, y la caballería al célebre Whittingham, autor de un brillante sistema de instruccion para caballería ligera.

Reuniéronse en Tarifa españoles é ingleses, á 27 de Febrero, llegando allí tambien una brigada al mando del brigadier D. Antonio Begines de los Rios, que era muy bizarro militar.

Al dia siguiente, 28 de Febrero, comenzó el ejército su marcha, llevando seis baterías comunes, dirigiéndose al puerto de Facinas, hasta llegar á dar vista á Casas Viejas. Allí el general La Peña cambió de dictámen, y el dia 3 de Mayo tomó la vuelta de Chiclana.

Esta vacilacion, que se interpretó por falta de un plan fijo y preconcebido, disgustó mucho al ejército, que sin esto no tenia gran confianza en el general en jefe. Su vacilacion fué, pues, como era natural, comunicativa.

Mandó La Peña un oficial, para dar aviso al general Zayas del cambio de itinerario; pero el oficial, mucho antes de llegar á su destino fué hecho prisionero por los ingleses, merced á una original equivocacion. Zayas, cumpliendo las órdenes recibidas, habia echado un puente de barcas en Sancti-Petri; pero en la misma noche fueron sorprendidos, porque estaban muy descuidados, los que debian guardarle, y todos quedaron prisioneros: eran casi 300.

Entonces Zayas mandó cortar el puente; y como el oficial no habia llegado, aquel se preparó á auxiliar la llegada de Peña por el camino de Casas Viejas.

Estaba el mariscal Víctor colocado entre Medina y Conil, cuyo camino habia seguido La Peña; pero como éste tomase luego la direccion de Sancti-Petri, el francés, que tenia una division disponible, además de los 15,000 hombres que sitiaban ó bloqueaban, más bien, á Cádiz y la Isla, se corrió hacia los pinares de Chiclana, escalonando las divisiones de Leval, Ruffin y Villatte.

El dia 5 se encontró nuestra vanguardia con la division Villatte. Atacó á éste Lardizabal muy bizarramente, en términos que le arrojó impetuosamente é hizo replegar largo trecho, dejando abierta la comunicacion con la Isla.

Contento el general La Peña del buen desempeño de Lardizabal, mandó á Graham pasase al campo de la Bermeja para auxiliar á la division de vanguardia, y al brigadier Begines que pasase á ocupar el Cerro del Puerco, cuya posicion iba á ser abandonada por Graham.

Víctor, empero, mandó la division Leval contra la de Graham, y él personalmente con la de Ruffin atacó el Cerro del Puerco, posicion que tomó, cortando la comunicacion entre las divisiones españolas. El intrépido Graham mandó entonces romper el fuego á su artillería, encargando á Duncan hostilizar sin tregua con aquella á la division Leval, en la cual hizo tal destrozo con la metralla que la impuso y detuvo.

No contento Graham con lo ejecutado mandó cargar sobre el Cerro del Puerco hasta desalojar á los franceses, operacion que se verificó con una decision verdaderamente heroica.

Hora y media duró la lucha; pero fué muy sangrienta, y concluyó por enseñorearse Graham del Cerro y arrojar de él á los franceses. Perecieron más de 1,000 aliados, incluso CINCUENTA oficiales. De los franceses ocurrieron más de 2,000 bajas, entre muertos y heridos, con más cerca de 500 prisioneros. Murió en la accion al general francés Rousseau, y tres horas despues el valeroso Ruffin, á consecuencia de las heridas que recibió durante la accion.

El bizarro general español Lardizabal protegió el hecho heroico de Graham, batiéndose con la division Villatte, para impedir que socorriese á Víctor. Villatte quedó tambien herido.

Víctor quiso restablecer la pelea, pero en vano: su ejército habia quedado vencido moral y materialmente. La Peña nada hizo, absolutamente nada, disculpándose con que no habia sabido la contramarcha verificada por Graham, ni el empeño en que se habia colocado. Esta disculpa fué ridícula, por no calificarla de otro modo; porque Graham habia empezado á maniobrar por orden suya, y no estaban tan separados que el nutrido fuego de la fusilería y el incesante cañoneo no le hubiesen advertido que se luchaba con encarnizamiento. Graham se resintió muy vivamente de la conducta de La Peña y sin perseguir á Víctor se metió en la Isla, jurando no salir de las líneas sino para favorecer los movimientos de los españoles, que como Lardizabal le habian auxiliado (5 de Marzo).

La Peña viéndose abandonado de los ingleses, se retiró (dia 7) á Sancti-Petri; Víctor, envió á Jerez los heridos y los equipajes,

llamó á la division Cassagne, que se hallaba en Medina, y colocó el grueso de sus tropas en las cercanías de Puerto Real.

Por aquellos mismos dias el bizarro marino D. Cayetano Valdés, al frente de las fuerzas sutiles, recuperó á Rota, y destruyó las baterías enemigas de toda aquella parte.

No podemos comprender el por qué se sirvió el gobierno del general D. Manuel de La Peña, cuyo carácter y hechos el lector ya conoce, que estaba ya separado de todo mando, no porque le hubiese faltado lealtad, ni buenas circunstancias de honradez é inteligencia, sino porque tal vez no podría vencer su carácter vacilante, meticuloso y poco decidido.

Su nombre fué por entonces muy llevado y traído en el Congreso, á consecuencia de su inexplicable conducta en la accion del Cerro del Puercu. La Peña remitió un largo escrito á las Córtes, dirigido á justificar su proceder, cuyo escrito se leyó en sesion pública, omitiendo la lectura de ciertos documentos que le acompañaban, por haberlos considerado ofensivos á los ingleses. De todos modos, Graham y Lardizabal lo hicieron todo, y La Peña los dejó completamente abandonados; y cuando la gloria nacional y la Independencia española peligraban, deber fué suyo, como de todo buen español, acudir al peligro, conjurarle y desentenderse de documentos y de rencillas y de cuanto pudiera y debiera ventilarse despues de haber salvado la honra nacional.

A pesar de todo, una junta de generales nombrada *ad hoc*, declaró no resultar hecho ninguno que diese motivo á proceder contra La Peña; y no fué esto solo. Las Córtes tambien declararon despues estar satisfechas de la conducta del citado general, y tiempo adelante le agraciaron con la gran cruz de Cárlos III, además de haberle condecorado, con más razon que entonces, en otras ocasiones. Pero como ni los generales, ni las Córtes, ni el gobierno pudieron desvirtuar el hecho de haber dejado sólo al bizarro y entendido Graham, y al no menos valeroso é inteligente Lardizabal que impidió á Villatte socorrer á Víctor, siendo así que La Peña permaneció tranquilo é inmóvil á pesar del continuo cañoneo y fuego de fusil que duró nada menos que *hora y media*, la opinion pública contra el gobierno y las Córtes y los generales, falló contra La Peña. Tambien se murmuró de Zayas por la sorpresa del puente de Sancti-Petri, si bien en este punto no podemos estar tan conformes; porque pudo ser solamente culpable de aquella el jefe del puesto.

No obstante la proteccion universal que experimentó La Peña,

fué exonerado del mando, así porque el anatema popular habia caído sobre él, como por no ser posible que Graham se aviniese con él en lo sucesivo. Fué reemplazado por el marqués de Coupigny. Respecto del primero, el gobierno y las Córtes le remitieron un oficio laudatorio, acompañado de la grandeza de España de primera clase, con el título de marqués del *Cerro del Puerco*. El bizarro inglés contestó con otra comunicacion muy atenta, pero no admitiendo el honor que se le dispensaba. Sobre esta negativa se hicieron diversas versiones. Creyóse por unos que movió á Graham un impulso de delicadeza, que no le permitió aceptar la grandeza sin que la hubiese obtenido el general en jefe Wellington; pero otros dijeron que le desagradó el título por la palabra *Puerco*, cuya significacion en inglés no es más aceptable que en español; empero pudieron haberle denominado lisa y llanamente duque del Cerro.

El resultado de la reciente accion, tan desastrosa para los franceses, irritó á estos tanto cuanto era natural; y no sabiendo de qué modo vengarse sobre la marcha, recomenzaron sobre Cádiz un vivo bombardeo. Afortunadamente pocas bombas reventaban; porque la pérfida intencion de que alcanzasen los destructores proyectiles al centro de la poblacion, hacia necesario el réllenarlos de plomo. Una, sin embargo, reventó en la iglesia de la Merced (el día 13 de Marzo), y causó no pequeños destrozos.

Como el gobierno no podia hacer otra cosa que mandar expediciones contra el enemigo, hizo salir al general Zayas con 5,000 infantes y 3 escuadrones en direccion del Condado de Niebla, en donde estaban los generales Copons y Ballesteros.

No sabemos si fué casualidad ó imprevision; pero el día 19 de Marzo desembarcó Zayas cerca de Huelva y el 23 tuvo necesidad de reembarcarse, abandonando los caballos; porque los enemigos se habian situado entre Zayas y Ballesteros. Asegúrase que éste último dió pocas muestras de querer incorporarse con Zayas, y que el primero tampoco mostró gran prisa por unirse á aquel.

Refugiado Zayas en la isla de la Cascajera, desde allí intentó hacer alguna cosa; pero todo se redujo á recuperar parte de los caballos perdidos y hacer á una compañía francesa prisionera. Sin más regresó á Cádiz, á donde llegó el 31 de Marzo.

Antes de terminar la relacion de los sucesos ocurridos en la mitad del año 1810, deberemos ocuparnos, si bien someramente, de algunos importantes detalles, é incluir algun documento no menos importante, como el que insertamos á continuacion.

Real cédula de S. M. y Señores del Consejo destinando la mitad de los diezmos para el mantenimiento de los ejércitos, etc.

Art. I. «El clero secular y regular, que ha dado siempre ejemplo de desinterés religioso y patriotismo contribuirá, ínterin dure la guerra con Francia, con la mitad de sus diezmos, por vía de subvencion extraordinaria.

Art. II. »Se exceptúan del expresado servicio los curas párrocos y los que están sirviendo ó se nombraren para las prebendas ó beneficios que tienen anejas la cura de almas; pero los provistos nuevamente para las demás piezas eclesiásticas que no tengan dicha calidad, en vez de contribuir con la mitad de sus rentas segun lo dispuesto en el art. IV del decreto de 14 de Abril último, quedan sujetos á esta subvencion extraordinaria.

Art. III. »Igual servicio deberán hacer todos los demás partícipes en diezmos, de cualquiera clase y condicion que sean, sin excluir los dueños de las tercias reales enagenadas.

Art. IV. »Todas las encomiendas de las Ordenes militares y de San Juan de Jerusalem, están sujetas á la misma carga en sola la parte de diezmos de granos que resulte, pagadas las obligaciones de justicia á que están afectas.

Art. V. »Esta subvencion se ha de sacar de la masa general de diezmos, despues de separada la Casa excusada, el Noveno, las tercias Reales de la Corona, y los Novales.

Art. VI. »La otra mitad de los diezmos que queda y pertenece á partícipes que no sean el clero secular y regular, la mitad de las tercias Reales enagenadas y los granos de las encomiendas que no necesiten para su precisa subsistencia sus poseedores, y hayan de enagenar estos, ha de aplicarse igualmente á los suministros de los ejércitos y plazas; pero se les pagará religiosamente su importe á fin del año, contado de una cosecha á otra, al precio medio que hubieran tenido en él.

Art. VII y último. »Este subsidio extraordinario de la mitad de los diezmos, debe entenderse subrogado en la cuota que por esta razon habria de corresponder á sus partícipes por el artículo 10 de la instruccion aprobada en decreto de 12 de Enero último sobre la contribucion extraordinaria de guerra que se circuló con fecha 15 del propio mes, quedando por lo demás en su fuerza y vigor dicha

contribucion extraordinaria, cuya exaccion ha de tener su más exacto cumplimiento, sirviendo de hipoteca su producto para el pago de la mitad de los diezmos sujetos á reintegro.

»El Consejo de Regencia, en representacion del rey nuestro Señor, D. Fernando VII, protesta solemnemente recurrir á la Silla Apostólica para obtener de ella la debida aprobacion en la parte que sea necesaria de lo acordado por este decreto, cuando lo permitan las circunstancias, y no duda conseguirlo de su piedad, atendido el gravísimo y justo medio en que se funda; y en su defecto empeña su Real palabra de reintegrar en épocas felices y proporcionadas la parte de diezmos que se señalan por la Santa Sede.

»Tendréislo entendido y comunicareis las órdenes oportunas á su cumplimiento.—En la Real Isla de Leon á 24 de Mayo de 1810.—*Xavier Castaños*. Presidente.—*Francisco de Saavedra*.—*Antonio de Escaño*.—*Miguel de Lardizabal y Uribe*.—Al marqués de las Hormazas.»

CÓRTEES.

El día 24 de Febrero reanudaron sus tareas las Córtes del reino, interrumpidas por haberse trasladado de la Isla á Cádiz, y se instalaron en el convento de San Felipe Neri.

En una de las sesiones leyó el ministro de Hacienda D. José de Canga Argüelles el presupuesto de gastos é ingresos, que causó muy honda sensacion en los diputados. El gasto anual ascendia á MIL DOSCIENTOS MILLONES de reales, y los ingresos sólo debian dar DOSCIENTOS CINCUENTA; por manera, que habia un déficit de MIL CIENTO NOVENTA Y NUEVE MILLONES, *novecientos noventa y nueve mil setecientos cincuenta reales*.

De la lectura de tan aterradora cifra resultó una discusion acalorada y fuerte, que dió por resultado el acuerdo de arbitrar recursos para cubrir tan horroroso déficit, aprobándose entre varios arbitrios el de llevar á efecto la contribucion extraordinaria de guerra que decretó la Junta central; que se fijase la base de dicha contribucion en relacion á los productos líquidos de las fincas, así como del comercio y de la industria, y que la cuota que se repartiese á cada contribuyente estuviese sujeta á una tabla determinada en una escala progresiva que deberia acompañar á la ley.

Entre los demás arbitrios que se adoptaron para cubrir el enorme déficit, figuraron el de recoger la plata y alhajas de los templos

y de los particulares; otro sobre los cochés; otro relativo á la confiscacion de los bienes de los afrancesados y los que tuvieran en España los franceses; y algunos de menor importancia.

En 6 de Julio, el ministro de la Guerra, leyó en las Córtes una Memoria relativa á las operaciones de campaña, y fué aprobada la formacion de un Estado mayor general, creado por la Regencia del reino.

Un mes despues, á 6 de Agosto, fueron suprimidos los señóros jurisdiccionales y los dictados de vasallo y vasallaje, acuerdo dignamente tomado, puesto que dichas palabras tenian mucho de humillante para la especie humana.

Tambien crearon aquellas Córtes la órden militar de San Fernando, por cuya adquisicion tantas proezas se han ejecutado desde entonces hasta hoy; abolieron la bárbara prueba del tormento, sábia y humanamente. Sábiamente, porque la misma ley reconocia la inutilidad de semejante prueba, puesto que mandaba que el presunto reo ratificase fuera de la tortura lo que en ella hubiese declarado. Y como los atroces dolores y bárbaros tormentos arrancaban al desventurado paciente la confesion de crímenes que no habia pensado cometer, sólo porque los verdugos dejasen de atormentarle, al hacer la ratificacion, negaban cuanto pocos minutos antes habian confesado.

Sucedió más de una vez que un inocente, por sospechas, fué cruelmente atormentando, y aunque al fin de la causa se le declaró inocente, quedó privado del uso de los brazos y piernas. Entre otros ejemplares que pudiéramos citar, sólo recordaremos el de un infeliz y honrado guitarrero que vivia en la calle de Majaderitos (hoy de Cádiz), que por haberse cortado un dedo con un formon y manchádose el chaleco de sangre el mismo dia, desgraciadamente, en que se cometió en su vecindad un horrible asesinato, fué ferozmente atormentado hasta que se descubrieron los verdaderos criminales. Entonces el guitarrero fué declarado inocente; pero no pudo volver á trabajar, porque habia perdido el uso de los brazos á impulso del feroz tormento. Carlos IV le señaló una pension, sin cuyo auxilio hubiera perecido (1807).

Este y otros ejemplares tendrian tal vez presentes las Córtes para tomar el humanitario y sábio acuerdo de la abolicion del tormento, acuerdo que, sin duda alguna, es uno de los que más honran á las Córtes de Cádiz. Tambien quedaron abolidos los apremios.

Del mismo modo se aprobaron reglas fijas, ó se formuló y aprobó un reglamento para que por él se rigieran las juntas provinciales; prohibiéronse los privilegios exclusivos, los privativos y los prohibitivos, y al decretar la supresion de los señoríos jurisdiccionales, mandaron conservar los señoríos solariegos y los territoriales, suprimiendo con los jurisdiccionales, las prestaciones de igual origen, así reales como personales.

Por lo espuesto se deduce que no fueron infecundas las Córtes de 1810 á 1811, á pesar de la poca pericia que tenian los noveles diputados en las prácticas legislativas. Las sesiones fueron públicas, excepto en ciertos casos, que se constituian los diputados en sesion secreta. Entre ellas se citan las disidencias entre las Córtes y la antigua Regencia; el incidente relativo á elecciones en que se recomendaba á sí propio el ministro de Gracia y Justicia y al oficial mayor de su ministerio D. Francisco Tadeo Calomarde, y á D. Eusebio de Bardaxí, á la sazón ministro de Estado. Tambien se trató en secreto el incidente del prelado de Orense ex-regente del reino, y todos los demás que pudieron afectar á la dignidad del Congreso ó de personas colocadas en pública y respetable posicion.

Tales fueron los principales asuntos de que se ocuparon aquellas Córtes hasta fin del período histórico que hemos abrazado, sin incluir las infinitas proposiciones que se presentaron y que dieron lugar á animadísimos debates, como la relativa á la de establecer en España una ley parecida al *Habeas Corpus* de Inglaterra, porque seria tarea sumamente prolija, y porque nuestro principal objeto no es relatar proposiciones sino consignar acuerdos, y de estos solamente los más importantes y trascendentales.

DOMINIOS DE AMÉRICA.

Hemos hablado del desagradable incidente ocurrido en nuestras posesiones ultramarinas demasiado someramente para la importancia que en sí encierra, porque incidentalmente debimos recordarle, sin perjuicio de tratarle despues menos ligeramente, pero con toda brevedad. Si bien, en apariencia al menos, no tuvo la insurreccion por entonces el carácter que desplegó algunos años despues, ya fué aquella sublevacion una verdadera prueba, ó como la precursora de la que habia de arrancar á España aquellas preciosas posesiones, dándolas una independenciam que hasta ahora les ha sido más nociva que provechosa, como que abrió anchuroso campo

á mil bastardas y sanguinarias ambiciones, al paso que á España, si á la luz de la razon imparcialmente se examina, más la favoreció que la perjudicó, especialmente para lo porvenir.

La revolucion americana tuvo, pues, su origen en las intrigas de los ingleses, á la sazón nuestros *amigos* y aliados. Cierto es que fueron necesarios grandes esfuerzos para quebrantar la lealtad americana, ó, más bien, que aquella fuese vilmente engañada; porque no solamente no la corrompió, ni áun la alteró en lo más mínimo el fatal ejemplo dado por los Estados del Norte-América, por los que *fueron* Estados-Unidos y á los que tan desunidos hemos visto en nuestros días. La América española, sin embargo, permaneció firme y fiel, como si tal suceso hubiese ocurrido.

Con este motivo viene á nuestra imaginación un recuerdo, que muy oportunamente hacen respetables historiadores respecto de la política seguida por Carlos III, que tan eficazmente contribuyó á fomentar la sublevacion de los norte-americanos. Alábase por algunos al tercer Borbon que reinó en España (tercero, porque no debemos contar á Luis I que solo reinó seis meses), y el principal origen de la exajerada alabanza se funda en la proteccion que dió, impulsado por el conde de Aranda, á los modernos *filósofos*, por sus altercados con la Santa Sede y por la expulsion de los jesuitas. Nosotros, empero, á quien ni pasion ni parcialidad guian, no podemos reconocer como *gran* rey, que así muchos le denominan, ni mucho menos dar el epíteto de Justo con que algunos le califican, al soberano que se separó completa y absolutamente del sábio sistema de neutralidad seguido por su hermano Fernando VI, verdadero modelo de reyes; al monarca que imaginó y firmó el desastroso Pacto de familia, que inundó á España en sangre y dejó exhausto su Tesoro por servir á los intereses de la Francia y de los Borbones franceses, y últimamente, y para abreviar, al jefe del Estado que no supo prever que, sino él mismo, sus sucesores y su reino á quien, segun dicen, tanto amaba, habian de sufrir un dia las consecuencias de la proteccion que dispensaba á los insurrectos de Norte-América. Ciego en su deseo de perjudicar á los ingleses, no por servir á España sino á Francia y á su *amada familia*, no supo comprender ó, más bien olvidó, que los hijos de Albion si olvidan con los lábios, jamás con el corazon, y que ellos buscarian la ocasion de devolver, más pronto ó más tarde y con mucha usura el mal que se les hacia. ¿Por qué, pues, se alaba á Carlos III de gran político, cuando en política fué tan miope?

Consumóse la revolucion Norte-Americana, y sin embargo la América española permaneció firme. Se verificó la infamia, artera y villana invasion francesa, y la Península no llevó ventaja á la América en detestar la ambicion del invasor y no vacilaron los americanos en sacrificarse hasta donde les fué posible, para facilitar medios de resistencia á sus hermanos los peninsulares. Lejos de aprovecharse de la desaparicion del soberano legítimo, de la proclamacion de un intruso y de tantos elementos favorables á una insurreccion y hasta á la emancipacion, los americanos reconocieron y prestaron obediencia á la Junta central, primero; á la Regencia, despues. Todas estas son flagrantes pruebas de que no habia en los dominios españoles de América verdaderas tendencias á la emancipacion. Podria haber, sí, algunos ambiciosos que la deseasen, para sacar partido de ella, y algunos descontentos del gobierno de más de un virey, poco *á propósito* para el mando; empero la generalidad dió demasiadas muestras de fidelidad acrisolada y de hallarse bien con su dependencia de España.

La intriga de los vengativos ingleses hizo circular por América la noticia de estar completamente hundida la causa española, destruido su gobierno legítimo y asegurado el intruso. Este, desde España, difundia las mismas falsas especies; el infame y verdadero invasor hacia lo mismo desde Francia y á manos llenas desparrahaba el oro, y los pocos descontentos unidos á unos cuantos ambiciosos, que soñaban allí, como en otras partes, con presidencias y ministerios y generalatos, se declararon decididos agentes de franceses é ingleses, dando fuerza á las falsas noticias y caracterizándolas con todos los signos de verosimilitud y, despues de todo, los incautos con razon les prestaban oidos; porque destruido para no renacer el gobierno legítimo, antes de ser franceses, valía más que los americanos fuesen americanos, y nada más. Tales fueron los elementos que prepararon la insurreccion de la América española, que si entonces no tuvo trascendentales consecuencias, en realidad no fué otra cosa que el amago de ataque apoplético de que el enfermo se salva, para un año despues ser de nuevo atacado y succumbir irremediamente. Tambien los brasileños contribuyeron á la insurreccion en cuanto les fué posible, especialmente por Méjico y por el Rio de la Plata; pero quienes trabajaron con *extraordinario celo* fueron los anglo-americanos.

Caracas habia dado el ejemplo: se destituyeron autoridades y se nombraron nuevas, protestando los insurrectos de que la procla-

macion de su independencía seria temporal y hasta que Fernando VII volviese al trono de sus mayores, ó las Córtes estableciesen un gobierno legítimo. A Caracas siguió Buenos Aires, y despues otros puntos de que ya en otro lugar hemos hecho mencion; pero permanecieron tranquilos aquellos en que las autoridades españolas tuvieron acierto y energía.

El gobierno español mandó á América á los generales Elío, Venegas y Vigodet; y cuando la insurreccion comenzaba á propagarse, expidió un real decreto de que no dimos cuenta al ocuparnos de los sucesos ocurridos en 1810, porque nos reservábamos el reseñar despues, aunque con el necesario laconismo, los sucesos ocurridos allende los mares.

Hé aquí el precitado real decreto:

«El rey nuestro Sr. D. Fernando VII, y en su Real nombre el Consejo de Regencia de España é Indias: considerando la grave y urgente necesidad de que á las Córtes extraordinarias que han de celebrarse inmédiatamente que los sucesos militares lo permitan, concurren diputados de los dominios españoles de América y de Asia, los cuales representen digna y legalmente la voluntad de sus naturales en aquel Congreso, del que han de depender la restauracion y felicidad de la monarquía, ha decretado lo que sigue:

»Vendrán á tomar parte en la representacon nacional de las Córtes extraordinarias del reino, diputados de los vireinatos de Nueva-España, Perú, Santa Fé, y Buenos-Aires, y de las capitanías generales de Puerto-Rico, Cúba, Santo Domingo, Goatemala, Provincias Internas, Venezuela, Chile y Filipinas.

»Estos diputados serán uno por cada capital cabeza de partido de estas diferentes provincias.

»Su eleccion se hará por el ayuntamiento de cada capital, nombrándose primero tres individuos naturales de la provincia, dotados de probidad, talento é instruccion y exentos de toda nota, y sorteándose despues uno de los tres: el que salga á primera suerte será el diputado.»

Con el precedente real decreto mandó el gobierno á los americanos un Manifiesto ó Relacion de la verdad de los hechos, y de la falsedad de las noticias que intencionalmente se habian hecho circular por aquellos países; una formal declaracion en que se consideraba á aquellos dominios como parte integrante de la monarquía española; la similitud en que se colocaba á aquellos naturales con los de la Península española, dando á los primeros parté, en igual-

dad de circunstancias con los segundos, en el gobierno supremo de la nacion y en la representacion de esta, como se consignaba esplícitamente en el anunciado decreto.

Las tropas se unieron á los insurrectos en algunos puntos; en otros permanecieron fieles, y tuvieron que salir á batir á los primeros, cuyas hordas crecian demasiado.

A pesar de la insurreccion, tomaron asiento en el Congreso los diputados americanos, siendo jefe de aquella fraccion un diputado por Santa Fé de Bogotá, llamado D. José Mejía, del cual se hacen grandes elogios como persona de claro talento, no comun instruccion, imaginacion viva, fácil palabra y enérgico carácter.

Uno de los rasgos característicos que retratan al diputado americano Mejía, le forma la imágen que presentó para culpar de tibieza al gobierno, á las autoridades y á las mismas Córtes, diciendo sustancialmente: *«Yo veo una mano oculta, semejante á la que vió el rey Baltasar que escribia sobre la pared la terrible sentencia de su muerte y el exterminio de su reino. De los cinco dedos de esta mano el pulgar, es el Congreso; el índice, la Regencia; el del corazon, el pueblo de Cádiz, y los dos restantes el capitan general, y el gobernador de la Isla. Las Córtes, demuestran notable flojedad para hacerse obedecer; la Regencia, teniendo consideraciones ajenas á la critica situacion porque atravesamos, procede con extraordinaria lentitud; el pueblo gaditano, no obedece sin visible resistencia las órdenes del Congreso; el capitan general no es activo, quizá porque su constitucion fisica no se lo permite, y porque es interino y no propietario, y el gobernador, por el contrario, manifiesta un carácter duro y de una fortaleza poco á propósito para las circunstancias presentes....»*

De este modo se expresaba Mejía, culpando á todos y precisando la parte de culpa que á cada persona ó cuerpo correspondia, sin exceptuar á nadie.

Continuando nuestra breve reseña relativa á la insurreccion americana, diremos que el general Venegas, á quien el lector ya conoce, prestó muy buenos servicios en América.

Tocóle presentarse como virey en Nueva-España, en donde traía agitadas las masas un clérigo llamado *Hidalgo de Costilla*, alma de la insurreccion, que ganó terreno á paso de gigante á consecuencia de un notable y trascendental desacierto del gobierno.

Un año antes habíase ya notado bastante fermentacion en los ánimos, y muy grande predisposicion á estallar una insurreccion popular. El gobierno que creyó al virey (Iturrigaray) en cierta

connivencia con los jefes del proyectado movimiento, separó á aquel y le reemplazó con el arzobispo de Nueva-España, llamado D. Francisco Javier de Lizana, persona muy digna; pero que por carácter, por su avanzada edad y por sus achaques, era la menos á propósito para tomar el mando, cuando la energía, la actividad y el teson debian ser los elementos que el virey debiera desplegar para conjurar la amenazadora tormenta. A este craso error del gobierno se debió quizá el que la insurreccion tomase en Nueva-España mayor incremento que en otros puntos de América, y que el clérigo Hidalgo, que sobre astuto, sagaz y diestro, era el reverso de la medalla del arzobispo, pudiese desarrollar ámpliamente sus miras de ambicion.

Puesto al frente de gran número de indios, mulatos y alguna tropa que le siguió, se apoderó sin obstáculo de Guanajuato, poblacion cuya inmensa riqueza era un incentivo para el *patriótico* caudillo y sus secuaces y llegó hasta Valladolid de Mechoacan.

Llegó el virey Venegas cuando el atrevido Hidalgo amenazaba osadamente á Méjico; pero el virey, que no era ciertamente parecido al venerable arzobispo, restableció muy pronto en la capital la tranquilidad, y mandó contra Hidalgo una columna al mando del coronel Trujillo.

Llevaba el cabecilla mucho mayor fuerza numérica que Trujillo, y tomando posiciones en el monte de las Cruces, allí esperó á las tropas reales. Rompióse el fuego y se sostuvo un combate de alguna duracion, hasta que cerciorado Trujillo de la multitud de insurrectos que podia caer sobre él de un momento á otro, se replegó sobre la capital.

Envalentonado Hidalgo con el buen resultado de su primer hecho de armas siguió tras de Trujillo, con ánimo de atacar á la capital. Uno de sus confidentes le avisó que habiendo el virey comprendido su propósito, mandaba una brigada de 3,000 hombres para impedir su realizacion, mandada por el brigadier Calleja, jefe de las fuerzas militares de San Luis del Potosí.

Sin más que esta noticia, dirigióse el atrevido Hidalgo á encontrar á Calleja. Trabóse en Aculco la lucha que dió por resultado la completa derrota de Hidalgo.

Rehízose y reorganizó su hueste más de una vez y siempre con el mismo fatal resultado, hasta que Calleja le destrozó tan completamente que vióse precisado á refugiarse en lo interior del país. Persiguiósele, empero, activamente y se verificó por fin, su aprehen-

sion y fué pasado por las armas, con los principales que le seguian.

Quedó desecha la insurreccion en la parte interior del vireinato, manteniéndose viva todavía en la costa meridional, merced á los esfuerzos de otro clérigo llamado Merelos, ó Morelos, muy semejante á Hidalgo, puesto que no tenia ni su inteligencia ni su astucia, sino un carácter enérgico y, si se quiere, un tanto cruel. Despues, empero, de haberse sostenido tambien por aquella parte una muy ruda y sanguinaria lucha, Morelos tuvo idéntico fatal paradero que Hidalgo, y la insurreccion quedó vencida.

En los demás puntos de América que se resintieron del contagio general, si bien los cabecillas, únicos traidores por ambicion, lograron seducir á muchos, pintándoles los sucesos de Europa, ó de España, de la manera más conveniente para seducir á la agena lealtad y servir á la propia traicion, el carácter enérgico de Elío, de Vigodet y del intendente Cortabarría, por una parte, y por otra el no haberse puesto al frente del movimiento un hombre del temple y circunstancias del desgraciado Hidalgo de Costilla, fueron bastante para que la rebelion tuviese menos consecuencias que en Nueva-España.

No obstante lo dicho, los diputados americanos tuvieron sobrado fundamento en lo ocurrido, para clamar en favor de las posesiones ultramarinas, esforzándose en obtener concesiones y medidas legislativas, en virtud de las cuales quedasen asimilados aquellos dominios á los de Europa. Propusieron, así mismo, los dichos diputados la abolicion de ciertos tributos onerosos y de otras determinaciones adoptadas por autoridades abusivas en aquellos países, la concesion de ciertas ventajas en el cultivo y en otras operaciones agrícolas, con otro gran número de peticiones relativas á administracion, las cuales, lo mismo que todas las demás proposiciones fueron discutidas por las Córtes, y casi todas en sesiones secretas.

PROYECTO DE CONSTITUCION.

Corria el mes de Agosto, cuando la comision nombrada para formular un proyecto de Constitucion de la monarquía española, comision de cuyo personal dimos oportunamente cuenta, presentó sus delicados trabajos á las Córtes, precedidos de un bien escrito discurso, obra del diputado D. Agustin Argüelles.

Estaba el proyecto subdividido en títulos, capítulos y artículos.

En el primer título se daba por sentada, proclamada y admitida la soberanía nacional, siendo aquel trabajo en sentir de los que profundamente le han examinado un *tratado general de los derechos de los españoles*.

En el segundo se reconocía como religión única de la monarquía la católica, apostólica, romana, sin mezcla de secta alguna, como correspondía á los antecedentes y tradiciones de la nación española.

En el tercero se trataba de la constitucion de las Córtes, y sobre él se entabló una larga discusion, sostenida principalmente por Argüelles, Toreno y Giraldo, que defendieron la unidad legislativa, contra Inguanzo, Borrull y Cañedo, que preferían la diversidad de estamentos ó brazos para formar el poder legislativo, prevaleciendo el dictámen de los primeros, que hablaron por la comision.

Respecto de elecciones para representantes de la nacion, el proyecto no podía ser más amplio y lato. Sólo quedaban excluidos los ministros, los consejeros de Estado y los empleados de la casa real: por lo demás, ni era necesario pagar contribucion alguna, ni pertenecer á la aristocracia del talento, del comercio, ni de clase alguna determinada: en teniendo veinticinco años, cualquier ciudadano podia ser elegido diputado, siempre que residiese en la provincia por la cual fuese elegido.

Para tomar la iniciativa en la formacion de las leyes, quedaban habilitados todos y cada uno de los individuos que formasen el Congreso.

Quedaba el rey facultado por la Constitucion para oponer el veto hasta tres veces; pero si este caso llegaba, la proposicion tendria fuerza de ley y se daría como sancionada por la corona, aunque el rey negase su sancion.

El rey era declarado inviolable, y su persona era considerada como sagrada, lo que no impidió lo que despues veremos.

Preceptuábase la reunion anual de las Córtes, sin cuya autorizacion ó consentimiento no podria contraer matrimonio el soberano.

Tambien la nueva Constitucion aseguraba la libertad individual, determinacion justísima, muchas veces acordada y siempre reducida á verdadera letra muerta: prohibíase, pues, la prision de todo ciudadano, mientras no hubiese precedido á aquella una sumaria informacion del delito por el cual el presunto reo mereciese justamente ser afligido con pena corporal.

En otro título se declaraba de competencia exclusiva de las

Córtes el decretar toda contribucion ordinaria ó extraordinaria; por otro se aprobaba y establecia la libertad de imprenta, en los términos que ya estaba acordada por 70 votos contra 32 (en 19 de Octubre de 1810) en los siguientes términos: *Todos los cuerpos y personas particulares, de cualquier condicion y estado que sean, tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas sin necesidad de licencia, revision y aprobacion alguna anteriores á la publicacion, bajo las restricciones y responsabilidades que se expresarán en el presente decreto.*

Los escritos religiosos quedaron sujetos á la prévia censura, sin más diferencia que la de quedar aquella encomendada á los prelados ó diocesanos y nó al Tribunal de la Inquisicion, como hasta entonces habian estado.

La prévia censura en asuntos religiosos fué aprobada por una inmensa mayoría, sin más oposicion que la de muy contadas personas, cuyos nombres vale más no consignarlos; y como nos hemos propuesto ser imparciales equitativamente con todos, estamos en el deber de manifestar que el canónigo Muñoz Torrero con elocuente y poderosa voz cortó la discusion, hablando contra los que querian colocar á la Religion á merced de la herejía y de la ignorancia, no menos nociva, relativamente que aquella.

Como se habia anunciado que un tribunal especial entenderia en los delitos de imprenta, que no podian faltar cuando tan lata libertad se daba á cuantos quisieran escribir, no se estableció el jurado, pero tampoco se dejaron los delitos de imprenta sujetos á ningun tribunal ordinario. Se creó uno *ad hoc*, como término medio entre los dos antedichos extremos, compuesto de nueve jueces en la córte, y de cinco en las capitales de provincia, para los juicios de hecho. En cuanto á la aplicacion de las penas, en los casos justiciables, quedaba á cargo de los tribunales ya establecidos.

Los nueve jueces en la córte ó residencia del gobierno fueron elegidos por las Córtes en votacion por papeletas, y recayó la eleccion en D. Andrés Lasauca, consejero de Castilla; D. Antonio Cano Manuel, fiscal del expresado Consejo; D. Manuel Quintana; don N. Ruiz del Burgo, del Tribunal de Guerra y Marina; D. Ramon Lopez Pelegrin; D. Bernardo Riega, consejero de Castilla; el obispo de Cuenca; D. Martin de Navas, canónigo de la colegiata de San Isidro de Madrid y D. Fernando de Alva, cura párroco del Sagrao de Cádiz. Eran eclesiásticos los tres últimamente nombrados, porque debian serlo tres de los nueve jueces, segun acuerdo de las

Córtes. Algunos suponen que esta determinacion tuvo su origen en la influencia que hasta entonces habia tenido el clero; más pudo muy bien ser que el acuerdo procediese del gran número de sacerdotes que se sentaba en los escaños del Congreso, que procuraron dar aquella muestra de deferencia á su estado.

La libertad tan lata, degeneró en licencia, como debió suceder y sucederá siempre en casos análogos; y con esa mal entendida y perjudicial libertad, nadie perdió más que el mismo sistema representativo, que se acababa de iniciar y se deseaba afianzar en España.

Tan lata libertad, lo repetimos, dió márgen á la publicacion de multitud de escritos que convirtieron á muchos de los que comenzaban á ser de los llamados liberales, en los titulados serviles; porque observaron unas tendencias á subvertir el orden y á preparar una verdadera disolucion social, que creyeron oportuno ponerse en guardia primero, y desertar despues de las banderas que habian de buena fé abrazado. Y no se entienda que nos referimos á los escritos de personas vulgares, de comun instruccion y de poca importancia literaria. Nos referimos á otras ilustradísimas personas, tales como D. Bartolomé José Gallardo, cuya pluma sola, hizo más daño al sistema representativo, con ser tan liberal, que centenares de intransigentes y entusiastas realistas; y esta no es solamente opinion nuestra, sino de muy competentes personas.

Escribió Gallardo un *Diccionario critico burlesco*, que fué calificado por muchas eminencias literarias y políticas como un verdadero libelo. Sarcástico, mordaz, incisivo, irritable y violento por carácter Gallardo, mojó su pluma en veneno; pero el célebre Diccionario, con arreglo á la ley, circuló tanto, como circulan siempre todos los escritos que pueden dar pábulo á la maledicencia, proporcionando ratos de solaz y de gran hilaridad á los que no penetraban más allá de la superficie y á los que estaban de acuerdo en sus ideas con las del autor del dicho Diccionario. No esquivaba Gallardo las cuestiones religiosas; empero se ocupaba de ellas con notable habilidad para ponerlas en ridículo, sin dar lugar á que se le pudiese denunciar ni motejar por lo que *explícitamente* decia. Sirva de ejemplo la siguiente parte de su original Diccionario crítico-burlesco. Decia, poco más ó menos, en la B: BULA; como PAPEL lo más malo del mundo. ¿Quién podia decir ni oponer nada á esto, cuando el papel de las bulas y el sellado fué siempre malísimo, por lo mismo que el que desea comprar las primeras y necesita del se-

gundo, no tiene otro remedio que tomar el papel, bueno ó malo que sea?

Pero á vuelta de los que reían y celebraban el poco envidiable gracejo del autor del Diccionario, muchos, equivocada y ligeramente sin duda, creyeron que las ideas impías y liberticidas, las revolucionarias y disolventes, eran patrimonio de los llamados liberales, y como de gente anti-religiosa y anárquica se separaron. Tal fué el fruto de la exajerada libertad de escribir; por lo que creemos no equivocarnos al decir que fué muy nociva á la causa liberal.

A pesar de lo antes espuesto, fué Gallardo perfectamente admitido, y desempeñó la plaza de oficial mayor del *Diario de las Córtes*, cuya direccion fué encomendada á Fr. Jaime de Villanueva, sacerdote regular, hermano de D. Joaquín Lorenzo Villanueva, sacerdote tambien pero secular, y uno de los más distinguidos diputados en aquella legislatura. Respecto de Gallardo diremos, por último, que fué tambien nombrado bibliotecario de las Córtes, mucho antes de que se publicara el Diccionario crítico-burlesco. En su correspondiente lugar manifestaremos lo que determinaron las Córtes respecto de aquel escrito, que fué generalmente calificado de libelo infamante.

Para concluir con el proyecto de Constitucion, fáltanos agregar que aquella concedia á todos los ciudadanos el derecho de peticion, y concluia mandando no proponer ninguna reforma en la nueva Ley ó Código constitucional, hasta que hubiese trascurrido cierto número de años.

Con motivo de la discusion, artículo por artículo, del proyecto presentado por la comision, ocurrió un desagradable incidente, que fué uno de los lunares que afearon las determinaciones adoptadas en aquella legislatura, cosa sensible puesto que en el punto principal se mostraron realmente patrióticas aquellas Córtes. Nos referimos al orden de suceder en la corona, cuyo asunto fué afortunadamente discutido en secreto. Hemos dicho afortunadamente, porque eschuyeron de la sucesion al infante D. Francisco de Paula y sus descendientes. Esta incalificable decision tuvo, segun algunos, su origen en las intrigas que se agitaban con el objeto de colocar al frente de la Regencia á la princesa de Portugal, hija de los ex-reyes de España y hermana del infante D. Francisco.

A decir verdad, no encontramos que dichas intrigas pudiesen tener conexion con el impremeditado acuerdo de las Córtes: mejor pudo atribuirse dicho acuerdo, que bien puede llamarse incalifica-

ble, á motivos deshonrosos para la memoria de augustas personas, sentando como cierto lo que nadie podia asegurar como tal, y penetrando en el sagrado de las conciencias para afrentar á los predecesores y sucesores de un príncipe, precisamente el más bueno, humano y excelente de todos los de su raza. Consagramos con gusto este recuerdo á la memoria del infante, á quien poco tiempo hace hemos perdido, y reprobamos, como lo han reprobado respetables escritores de diversas opiniones políticas, el acuerdo que tan poco favorece á las Córtes de Cádiz, por más que en otro concepto y por otras determinaciones sean dignas de loa.

En aquella primera legislatura se declaró la libertad de comercio del azogue en las Indias orientales y occidentales. Esta concesion se agregó á otras de que ya hemos dado cuenta, con el objeto de calmar los ánimos y apagar el fuego de la insurreccion.

Determinóse igualmente en aquel período levantar un empréstito de 5.000,000 de duros, bajo la denominacion de *empréstito nacional voluntario*, dividido en cédulas admisibles en pago de la tercera parte de los derechos de aduanas, y de otras de las tesorerías principales.

Acordóse tambien admitir en pago de una tercera parte de contribuciones ordinarias y mitad de las extraordinarias, los suministros que se hiciesen bien por ayuntamientos ó bien por los particulares, para el mantenimiento de los ejércitos españoles. Esta disposicion habria de entenderse hasta aquella fecha; y desde esta en adelante se admitirian los suministros de raciones por el importe total, y no por mitad ó por tercera parte, respectivamente.

Como una prueba de que hay tambien muy grande riesgo en las decisiones que se toman por muchas personas, y de que no están vinculados los errores ni en el poder absoluto, ni en el reducido personal de un ministerio, consignaremos el desacierto que en poco cometen las Córtes de Cádiz, aunque tanto cuidaron de no dejar al poder ejecutivo en aptitud de desmembrar el territorio español.

Se propuso, pues, la cesion de los presidios menores de Africa al emperador de Marruecos. El objeto de la cesion era el de adquirir por medio de ella granos y comestibles; porque se anunciaba ya, desgraciadamente, el hambre asoladora que un año despues debia afligir á España. Tratóse, afortunadamente, la grave cuestion en sesion secreta y no en una sola, encontrando éco en muchos diputados que la sostuvieron con mucho calor. Sin embargo, llegado el caso

de votar (en votacion nominal), la proposicion fué desechada por 84 votos contra 49.

En otra ocasion hemos consignado el enorme déficit anual que resultaba de los presupuestos presentados por el ministro de Hacienda D. José de Canga Argüelles, y hemos, así mismo, manifestado la resolucion de contratar un empréstito de cinco millones de duros, cuya realizacion se cometió al Consulado de Cádiz. Fáltanos agregar á lo ya manifestado, que el principal objeto de este empréstito era precisamente el de hacer frente al enorme déficit; empero como quiera que además de aquel, los gastos ocasionados por la guerra hacian que todos los recursos buscados fuesen insuficientes para cubrir las diarias necesidades, las Córtes expidieron un decreto en virtud del cual se creó una Junta superior y varias comisiones dependientes de aquellas, denominadas de confiscos, con el objeto de aplicar á los fondos nacionales, en calidad de reintegró se supone, el producto de las rentas pertenecientes á los españoles que residian en país ocupado por el invasor. Hé aquí las reglas que se detallaban en el precitado decreto. «A todo español residente en país ocupado por el enemigo que no tenga en el mismo renta suficiente para vivir con la decencia correspondiente, y esté moralmente imposibilitado por su ancianidad ú otras causas que deberá justificar, se le socorrerá con la mitad de sus rentas (con lo suyo).—Al que sin ninguna de dichas causas resida en país enemigo, nada se le entregará de sus rentas (esto era justo).—El que se presentare en país libre despues de haber habitado seis meses continuos sin las causas dichas en país ocupado por los franceses, solo gozará de un tercio de sus rentas, mientras durase la guerra con aquellos.—A las esposas é hijos de los sugetos residentes en país enemigo que vivan entre nosotros, se les dará el haber que correspondiese á sus maridos ó padres, si fuesen estos de los imposibilitados; mas cuando fueren de los que voluntariamente residen entre los enemigos, se dará entonces á sus mujeres é hijos únicamente lo que les corresponda por alimentos, á proporcion de sus bienes.»

La contribucion que se impuso sobre carruajes, punto á que en otra ocasion ligeramente hemos aludido, se estableció en los siguientes términos:

Por un carruaje de un sólo caballo, ó mula 2,000 reales anuales.—Por cada uno de dos caballos, ó mulas, 6,000 reales anuales.—Por cada uno de cuatro caballos, ó mulas, 12,000 reales, y en esta misma proporcion seguia hasta los de ocho caballos, que diff-

cilmente llevaria nadie, ni áun de cuatro, costando á tan alto precio. Al mismo tiempo se prohibió el uso de coche, birlocho, berlina, tartana, calesa, etc., sin obtener prévia licencia, la cual caducaria pasado un año, siendo obligatorio el renovarla, ó cesar en el uso del carruaje.

Otros arbitrios se propusieron y adoptaron, cuya enumeracion sobre ser prolija, interesaria poco al lector, si se exceptúa uno relativo á llevar rigurosamente á cabo la contribucion extraordinaria decretada por la Junta central en 12 de Enero de 1810, alterando, empero, el sistema de exaccion de muy notable manera. Se establecia una escala gradual ó progresiva desde una renta de 1,000 reales anuales, hasta la de 400,000, sobre las cuales se imponia la contribucion desde un 2 y medio por ciento hasta el 75.

Abrióse algun tanto la puerta á la esperanza. El marqués de Wellesley facilitó por aquel tiempo **1,200,000** reales para la gloriosa expedicion que emprendió el ilustre Blake y que produjo la gran victoria de la Albuera, y ofreció, además, hacer un anticipo de **10,000.000** de reales, reintegrables en libramientos sobre la caja de Lima. Todo esto no era otra cosa que buscar medios de adquirir la gratitud de las Córtes para facilitar la concesion de un tratado de comercio, que habria de tener por base la libertad mercantil que pretendia tener Inglaterra en las provincias ultramarinas pertenecientes á España. Esta no pequeña dificultad dió márgen á muchas sesiones secretas, sin que los diputados se determinasen á decidir en favor de las pretensiones inglesas. Lisongeaba Wellesley á las Córtes con la seguridad de que su gobierno apaciguaria las disidencias ocurridas en América, y en efecto, el que prende el incendio, está en el deber de extinguirle; más sin embargo, la cuestion no se decidió por entonces.

Fortificó mucho la esperanza del gobierno y de las Córtes la oportuna llegada á Cádiz de D. Francisco de Cea Bermudez, que regresaba de San Petersburgo, á donde habia ido secretamente con carácter de agente diplomático. Era portador de un mensaje del czar Alejandro I, por el cual aseguraba que si España podia sostenerse en su gloriosa resistencia un año más, contasen con su decidido apoyo y con que seria el primer enemigo del emperador de los franceses. Cea Bermudez emprendió de nuevo su viaje á Rusia para llevar la respuesta, reducida á decir que no solamente un año sino cuanto fuese menester, hasta agotar completamente las fuerzas de la nacion, se resistiria.



Las Córtes de Cádiz acordaron la apertura de las universidades y colegios, cuya clausura decretó la Junta central en 30 de Abril de 1810. Se creó una superintendencia de policía; un tribunal llamado de *Honra*, para juzgar sin apelacion cierta clase de delitos militares; el tribunal del Protomedicato; se reconocieron todas las deudas, ó la general denominada *pública*, esceptuando solamente (y fueron muy bien esceptuadas) las procedentes de los empréstitos hechos por el público tesoro de Francia y el verificado en Holanda, en tiempo de Cárlos IV.

En sesion de 26 de Setiembre se creó para el arreglo de la deuda general y para entender en todo lo concerniente á ella, una Junta denominada *Crédito público*: habiase de componer de tres individuos elegidos por las Córtes, entre nueve que en forma de propuesta presentaria la Regencia al Congreso. Tambien se declaró entonces *fiesta nacional* el dia Dos DE MAYO, con general satisfaccion; porque la gloria de aquel memorable é inaudito suceso alcanza á todos los españoles, sin distincion de colores políticos, y en vano pretenderá ningun partido adjudicársela exclusivamente.

En el ramo de guerra, concedieron las Córtes á los cuerpos de artillería é ingenieros el privilegio de ser juzgados sus individuos por sus tribunales especiales, contradiccion, si se quiere, en que incurrieron los mismos que habian abolido los privilegios de todas clases. Concedieron igualmente la opcion al goce del Monte-pio á las viudas de los jefes y oficiales de milicias, y acordaron la redencion del servicio militar por el período de tres años y por 15,000 reales efectivos, para atender á la subsistencia y equipo de los individuos del ejército.

Tomaron despues las sesiones un carácter borrascoso é impropio de la gravedad que debe ser inseparable de los que se honran con el dictado de legisladores. La piedra de escándalo fué un escrito del ex-regente D. Miguel de Lardizabal y Uribe, que éste publicó queriendo hacer uso de la amplia libertad de imprenta que se habia concedido. Era la concesion como todas cuantas hacen los partidos, sin esceptuar ninguno: lata y sin traba, mientras no se oponga á sus ideas y miras; en el caso contrario, á todos ellos agrada el sistema de represion más absoluto y fuerte. Nosotros vamos gastando nuestra vida en buscar un partido político realmente imparcial y justo, y no le hemos encontrado todavía, por lo cual tenemos la satisfaccion, para escribir sin pasion al menos, de no pertenecer á ninguno y de poder decir, sin consideracion, lo que

por verdad entendemos respecto de cada uno de ellos, leal y concienzudamente.

El escrito de Lardizabal se extendia en demostrar las nulidades de que adolecian los primeros pasos dados por las Córtes en 1810 (respecto de lo cual hemos consignado lo que nos ha parecido oportuno), manifestando al propio tiempo que si la Regencia prestó el juramento que las Córtes exigieron, fué solamente obligada por las circunstancias. La forma, quizá más que el fondo del escrito, irritó á la mayoría de la Asamblea.

Pidieron la lectura del expresado documento varios diputados, y principalmente Argüelles y el conde de Toreno, de los cuales el primero pidió, y estuvo muy en su derecho, que el Manifiesto en cuestion pasase á la Junta de censura de imprenta. El segundo fué más allá todavía; empero á todos llevó ventaja el diputado García Herreros, el cual despues de sentar los argumentos que creyó más fuertes para apoyar su proposicion, concluyó diciendo: «. . . . *Mi voto es que reconozca el autor ese papel, y si se ratifica en que es suyo, PÓNGASELE LUEGO EN CAPILLA Y AL CADALSO.*» No pidió más.

Desentendiéronse las Córtes de tan exagerado patriotismo, segun algunos le califican, y despues de una larga discusion, realmente borrascosa, se acordó arrestar á Lardizabal (hallábase á la sazón en Alicante), si resultaba ser en efecto autor del mencionado escrito, conducirle á Cádiz, rasgar todos los ejemplares de aquel, é intervenir los papeles que se encontrasen en el domicilio del autor.

El ex-regente D. Antonio Escaño, que residia en Cádiz, templó mucho á las Córtes publicando otro escrito en que desmentía todo lo dicho por Lardizabal. Creemos que así lo haria por templar realmente los ánimos agitados; por lo demás, ni Escaño ni ninguno de los regentes, juró espontáneamente. La dimision y todos los pasos dados por aquellos en 24 de Setiembre de 1810, prueban que estuvieron unánimes; y en prueba de que no hubo la menor divergencia de opiniones, diremos ahora, no habiéndolo hecho antes por no tener necesidad de repetirlo, que ó las Córtes fueron manifestamente injustas con la Regencia de entonces, ó algun motivo vieron para mandarles salir de Cádiz *en masa* y sin *exceptuar á ninguno*, luego que fueron relevados por Blake, Agar y Ciscar.

Despues siguieron las huellas de Escaño los ex-regentes Saavedra y Castaños, desde el punto de la respectiva residencia; pero tambien á ambos cogió en 1810 la proscripcion, rigor que despues

se atenuó, como lo prueban el mando concedido al segundo de estos últimos y la residencia en Cádiz de Escaño.

Continuó la agitacion en las sesiones, á consecuencia de otro escrito que se atribuyó á un oficial de la secretaría del Consejo, y que resultó ser obra del decano del mismo, D. José Colon, cuyo papel llevaba por título *España vindicada en sus clases y gerarquías*. El pié de imprenta hacia ver que estaba el escrito impreso en Cádiz, y las Córtes decretaron que el gobernador recogiese de casa del impresor todos los ejemplares, y el original á ser posible, y los presentase á las Córtes.

La proposicion fué del diputado García Herreros, y ella dió margen á una discusion en la que se vió una de esas verdaderas anomalías, que difícilmente pueden ser comprendidas. El diputado Villanueva, pidió fuese juzgado como traidor á la pátria el que en lo sucesivo escribiese, ó dijese, cosa contraria á la soberanía ó legitimidad de las Córtes, y á su autoridad para constituir el reino. El diputado Inguanzo, del partido contrario ó realista, impugnó la proposicion como *fautora del despotismo, de la tiranía más violenta y de la arbitrariedad más absoluta*. No fué esto lo más extraño y anómalo de lo entonces ocurrido; fué más peregrino todavía que los diputados más ardientemente liberales, entre ellos Argüelles, García Herreros y Mejía, abogaran con gran calor por las medidas represivas respecto de la prensa, considerándolas como salvadoras del sistema constitucional y de la pátria, en casos extremos, sin que por ellas se atentase á la libertad de imprenta; y los diputados Borrull, Valiente, Cañedo, Inguanzo, Anér y otros decididamente absolutistas, defendieran con extraordinario calor la libertad de imprenta, y tronaran contra toda medida que tendiese á coartarla. Los comentarios que de tan aparente contradiccion se desprenden, no los haremos nosotros; porque ya podemos estendernos muy poco, y habrían de ser naturalmente más largos de lo que conviene: diremos solamente que de aquel suceso pueden los partidos, todos, sacar mucho provecho para comprender lo que á cada uno conviene; porque en efecto, presenta muy cumplida enseñanza. Entiéndase que nosotros no conocemos, ni hemos conocido, ni esperamos conocer más que dos partidos en España, que son los primitivos; esto es, liberales y absolutistas; todos los demás, á nuestro juicio, ó proceden de despecho, ó de ambicion, ó de ilusiones irrealizables. La explicacion de nuestra teoría no es de este lugar.

En las sesiones de que acabamos de ocuparnos ligeramente,

llegó la agitacion al extremo de tomar parte en ellas los que ocupaban la pública tribuna, y el presidente tuvo necesidad alguna vez de levantar la sesion.

El diputado D. José Pablo Valiente, del partido absolutista, era mirado por el pueblo gaditano con cierta aversion, porque se le atribuia el haber llevado á Cádiz la fiebre amarilla, cuando esta terrible calamidad afligió á dicha hermosa ciudad, al regresar á ella de la Habana. Esta creencia muy parecida, aunque no tan desatinadamente infundada, como la del envenenamiento de las aguas, que se atribuyó á las órdenes religiosas en 1834, era bastante para que cuanto dijese ó hiciese, fuese mirado con marcada prevencion. Como si esta idea no fuese suficiente, el pueblo gaditano tenía otro motivo de animadversion, más justo si se quiere, contra el diputado Valiente. Habíase éste mostrado muy adicto al libre comercio con América; y como era aquel considerado como nocivo á los intereses de Cádiz, el dicho diputado era verdaderamente antipático en aquella poblacion.

Tomó la palabra en la cuestion relativa al escrito atribuido á D. José Colon, y fuese que los términos en que se expresó disgustasen á los que ocupaban la tribuna pública, ó bien que aquellos aprovecharsen la ocasion de manifestar su ódio al orador, es lo cierto que el tumulto tanto subió de punto, que el presidente del Congreso, para cortar el lance que amenazaba concluir de una manera muy desagradable, levantó la sesion.

Nada adelantó, empero; inmenso gentío se agolpó á la puerta del convento de San Felipe Neri, local en que se celebraban las sesiones, jurando no moverse de allí hasta que el objeto de su ódio cayese entre sus manos.

El gobernador de la plaza, que sin duda era hombre de ánimo, ó tal vez contaria con las simpatías de aquel pueblo amotinado, se presentó al Congreso, constituido en sesion secreta, y se ofreció á salvar al diputado. Admitida por aquel la proposicion, el gobernador salió á arengar al pueblo y exigió le dejaran sacar á D. José Pablo Valiente, respondiendo él de su persona. Logró su deseo, no sin trabajo y esfuerzo, y el diputado salió bien escoltado, al lado del gobernador, y llevándole éste al muelle de la puerta de Sevilla le pasó á bordo de un buque de guerra, á vista de todos. Los voluntarios gaditanos pasaron la noche sobre las armas, y varias patrullas recorrieron durante aquella la poblacion; pero no se alteró la tranquilidad.

En cuanto al asunto relativo al ex-regente Lardizabal, concluiremos diciendo, que instruida causa contra él, el ministerio fiscal pidió la pena de muerte, por no perder la costumbre de separarse del verdadero encargo del ministerio fiscal, cuya persona, en nuestro concepto, no es más que *la ley animada, ó la voz de la ley*, puesto que esta no puede hacerse oír por sí misma, y casi todos los que le ejercen, salvas honrosas escepciones, parece que entienden ó traducen su deber por llevar el rigor contra el que es acusado, hasta el último extremo posible. El tribunal, más comedido y justo, sentenció á Lardizabal á ser expulsado de los dominios españoles, y su Manifiesto á ser quemado públicamente por mano del verdugo. El escrito de Colon fué absuelto por la Junta de censura.

Casi al terminar el año, el diputado Morales de los Ríos propuso á las Córtes el cambio de regentes, por parecerle poco aptos los que entonces desempeñaban aquel elevado cargo. El partido liberal no admitió de buen grado la proposicion, porque temia que á su sombra renaciesen las pretensiones del ministro portugués en favor de la infanta de España y princesa del Brasil, doña Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII. El partido absolutista, en cambio, la aceptaba, por la misma razon que desagradaba al contrario.

Debemos manifestar que si algun partido conservaba entre los liberales la precitada infanta, le perdió entonces, á consecuencia de una carta que dirigió á las Córtes dicha señora, que no abogaba mucho en favor de sus facultades intelectuales. El objeto del escrito en cuestion era disculpar á la córte del Brasil, respecto de la parte que se le atribuía en los sucesos de Montevideo y el Rio de la Plata. Las Córtes oportunamente le contestaron que para el asunto de que se ocupaba en la carta recibida, *debía dirigirse á la Regencia, á la cual por sus atribuciones y facultades correspondia.*

El gobierno inglés no era seguramente el que menos intrigaba con los regentes; empero la cuestion se aplazó por aquel año, despues de varias sesiones secretas bastante agitadas, porque un partido queria que se excluyese de la Regencia á toda persona real, y el bando opuesto exigía lo contrario.

Nada más de notable ocurrió en las sesiones de Córtes, durante el año 1811.

SUCESOS DE LA GUERRA.

CATALUÑA.

Después de haber adquirido el invasor la posesión de Tortosa, fijó sus miras en Tarragona, que por tan largo tiempo habíase sostenido contra el intruso. Fija en la mente del general Suchet la idea de apoderarse de la mencionada plaza, comenzó por mandar al general Habert dirigirse contra el castillo de San Felipe, en el Coll de Balaguer, el cual poco defendido y guarnecido, se entregó cuando sólo contaba una compañía dentro de sus muros, aunque había oficiales casi para tres.

Como estaba á cargo de Suchet la antes llamada corona de Aragon, después de rendido el castillo y de situar las fuerzas militares del modo que creyó más conveniente, tomó la vuelta de Zaragoza.

ACCION DE VALLS.

Ausente de Cataluña Suchet, tomó el mando en jefe Macdonald. Por el gobierno legítimo mandaba el marqués de Campoverde, en ausencia del conde de la Bisbal (D. Enrique O'Donnell).

Macdonald, que no perdía de vista la plaza de Tarragona, cumpliendo el especial encargo de Suchet, había procurado sembrar la intriga dentro de la plaza, á fin de poner discordes á los ciudadanos con los militares y á las autoridades con el pueblo. Este innoble proceder no dió el resultado que el francés apetecía. El pueblo decidido por la justa causa y receloso del gobernador Iranzo, recordando los ejemplares que recientes estaban, como el ocurrido en Tortosa, resolvió no fiar la defensa de la plaza á Iranzo, y se mostró en abierta insurrección para lograr que aquel dimitiese, como en efecto dimitió, encargándose del mando el mismo Campoverde. Con esta medida se restableció completamente la tranquilidad, y se desvanecieron las esperanzas del francés.

Fiado en la red que hábilmente habia tejido, acercóse Macdonald á Tarragona, creyendo que la discordia interior le abriría las puertas. No existía, empero, semejante discordia: el disgusto popular habia terminado con la deposición de Iranzo, y todos, los paisanos y militares, estaban dispuestos y preparados á la defensa.

Macdonald se replegó sobre Lérida, sin tener noticia de un mal encuentro que le esperaba (10 de Enero).

El marqués de Campoverde habia mandado al general Sarsfield estar en observacion con la division que mandaba. Sarsfield, que observó al general Eugeni apostado tambien, pero sin apoyo visible de ninguna clase, atacó impetuosamente y derrotó al enemigo cerca de Valls.

Acudió en socorro de Eugeni, Palomboni (tambien italiano al servicio de Francia), con su brigada que fué deshecha, más todavía que por los españoles, por los fugitivos de Eugeni que todo lo atropellaban en su veloz carrera. Los pocos enemigos que se salvaron, lo debieron á los valerosos esfuerzos de los dragones franceses; su bizarro coronel Delort quedó completamente acuchillado, y el general Eugeni murió poco despues, á consecuencia de las heridas que recibió en aquella jornada. A Macdonald faltó tiempo para llegar á Lérida, caminando casi escondido, receloso, y andando solamente de noche, para que nadie le viese. De este modo pudo llegar á Lérida (15 de Enero).

La intranquilidad volvió á asomar la fatal cabeza en el Principado catalan, á consecuencia de haber sido nombrado D. Carlos O'Donnell para suceder en el mando á su hermano el de la Bisbal. El pueblo no queria más capitan general que Campoverde, y éste de su propia autoridad y por tranquilizar al pueblo, se hizo á sí mismo capitan general, puesto que sólo lo era accidentalmente, sin esperar la determinacion del supremo gobierno.

TENTATIVA SOBRE MONJUICH.

Estaba Campoverde en inteligencia con los leales de Barcelona, y meditaba un gran proyecto tiempo hacia; y ya porque le asegurasen que la ocasion habia llegado, ó bien porque él mismo temiese que la excesiva dilacion descubriese su propósito, determinó acercarse á Barcelona con el intento de sorprender la plaza ó, por lo menos, dar un atrevido golpe de mano sobre Monjuich.

Comenzó por realizar esta última idea. Al frente de suficientes fuerzas militares acercóse al fuerte, y destacó un batallon de granaderos. De estos la mayor parte descendieron animosamente al foso, en la seguridad de que una mano amiga facilitaria la entrada. Por desgracia su ilusion quedó bien pronto desvanecida, pues el nutridísimo fuego que Monjuich hizo sobre aquellos valerosos

guerreros, les hizo replegarse no sin pérdida, y á Campoverde regresar á Tarragona. Habiáanse trocado los papeles, ó los hechos; en vez de tener los españoles en Monjuich una mano amiga, del ejército español habian dado aviso al gobernador del castillo, general Maurice-Mathieu, que esperaba la sorpresa con las mechas encendidas (18 de Marzo).

INCENDIO DE MANRESA.

Napoleon, á quien ninguna consideracion divina ni humana habia variar del propósito que una vez concebía, empeñado en apoderarse de Tarragona comisionó al efecto al general Suchet, con notable disgusto de Macdonald, que era mariscal del imperio y par y duque de Tarento. Toda su categoría militar y política no impidió el que su emperador le dejase aislado en el gobierno de Barcelona con la parte septentrional de Cataluña, y diese á Suchet, simple general, el mando de la parte meridional con el encargo de tomar á Tarragona, y áun poniendo á sus órdenes al mariscal Macdonald, puesto que estaba éste último obligado á auxiliarle en su árdua empresa, secundando las disposiciones del que, en realidad, era un súbdito suyo.

Resignóse Macdonald, y en cumplimiento de las órdenes recibidas se avistó con Suchet en Lérida, y puestos ambos de acuerdo, el primero tomó la vuelta de Barcelona, para dar á la Europa atónita y á todo el mundo civilizado un nuevo escándalo con un nuevo acto de inaudito vandalismo.

Tenian los franceses el funesto privilegio de ser en la barbarie originales siempre. Parecía que, despues de ejecutar la última, les seria imposible inventar otra nueva, y que habrian forzosamente de limitarse á reproducir las anteriores. No era, pues, así como sucedía; su inventiva, cuando se trataba de superar á los hunnos de Atila, era prodigiosamente fecunda; y por esto ocurrió á Macdonald, que no era un hombre del vulgo, sino mariscal del imperio y par y duque, ponerse, como al frente, ó delante, de los infinitos vándalos que del mismo modo que él habian invadido á España.

Al llegar á Manresa, los ciudadanos escarmentados con la experiencia de cuatro años, prepararonse al ver que se acercaba la plaga de España, llevando á vanguardia al general Harispe con su division. Por lo que pudiera suceder, dieron el toque de somaten para reunirse; pero ni hostilizaron, ni hicieron movimiento alguno:

limitáronse á evacuar la poblacion, puesto que ni defenderse ni resistir podian, atendiendo á los muchos millares de franceses que se acercaban.

Quedó, pues, Manresa abierta y desierta: este fué el *delito* de sus moradores; *delito* que fué castigado por el jefe de las vandálicas hordas, con incendiar tan rica é industriosa poblacion. Ardieron cerca de OCHOCIENTAS casas, templos y fábricas, sin perdonar aquellos infernales tiranos ni á la doliente humanidad, puesto que prendieron fuego tambien á los hospitales. Esta barbarie dió márgen á escenas desgarradoras que ni la pluma puede describir, ni el lector podría mirar con ojos enjutos. No faltó al nuevo Neron su roca Tarpeya, desde donde contemplar lo *sublime* de su bárbara obra: el *humano* Macdonald, *dignísimo* secuaz del Coloso del siglo, presenció gozoso el incendio desde las alturas de Culla, dando una nueva y flagrante prueba de que él y los suyos eran los *soldados de la civilizacion*.

Indignados nuestros generales Sarsfield y el baron de Eroles, propusieron tomar venganza del feroz hecho de aquel repugnante vándalo; y con tal arrojo é indignacion acometieron, que arrollaron y destruyeron la retaguardia francesa, distinguiéndose mucho el brigadier D. José María Torrijos (30 de Marzo).

Macdonald entró, por fin, en Barcelona, despues de haber perdido en aquel y otros encuentros hasta 1,200 hombres; y el general Harispe regresó con sus tropas á Lérida á encontrar á Suchet, que de Aragon habia regresado á Cataluña para cumplir las órdenes de Napoleon. Harispe tuvo un camino muy agitado, acosado siempre por un célebre catalan, molinero en sus primeros años, y despues un dignísimo general de nuestro ejército y conde de Llobregat. Hablamos de D. José Manso.

SORPRESA DEL CASTILLO DE FIGUERAS.

El marqués de Campoverde justamente indignado con la inconcebible ferocidad de Macdonald, publicó una orden del dia para que todas las divisiones, brigadas, columnas y partidas sueltas, no diesen cuartel á ningun enemigo de cuantos fuesen hallados en las inmediaciones de Manresa ó de cualquier otro pueblo que hubiese sido incendiado ó saqueado. Y la precitada orden no fué una letra muerta: se cumplió al pié de la letra, por los españoles.

Deseoso el general español de dar un sensible golpe al enemigo,

pensaba en la manera de realizar su ardiente deseo, cuando un capitán llamado D. José Casas, puesto de acuerdo con un estudiante muy patriota, logró seducir, ó sobornar, á un criado del guarda-almacén del castillo de Figueras, á quien éste último fiaba la llave del almacén de víveres, que daba salida al foso del castillo.

Concertado el plan, el criado facilitó la llave el tiempo necesario para vaciarla en un molde de cera, por el cual se hizo inmediatamente otra llave igual á la primitiva. El capitán Casas dió parte á su jefe inmediato, que lo era un jefe de partida del Ampurdán, llamado D. Francisco Rovira, y éste trasladó la noticia al general Campoverde.

Dispuesta la sorpresa, el general comisionó para llevarla á cabo al mismo Rovira, auxiliado por D. Francisco Martínez, jefe de partida en Olot, y guardados ambos por la division Eroles.

El 9 de Abril se puso en marcha la columna, figurando dirigirse á penetrar en la frontera francesa. Aquella misma noche, aprovechando la densa oscuridad y un desatado temporal de agua y viento que no permitía andar á nadie por el campo, retrogradó la columna; mandando á vanguardia exploradores sueltos, para prevenir toda sorpresa.

El bizarro Casas con su tropa se introdujo por el camino cubierto, bajó al foso, franqueó con su llave la entrada de la poterna, y encontrando á la guardia dormida, cuando la despertó la tenía ya prisionera.

Al amanecer del 10 de Abril ya estaban dentro del castillo, Casas, Martínez y Rovira, con 2,000 hombres. La lucha fué breve, y aquellos denodados españoles se enseñorearon del castillo de Figueras. El día 12 tomó el barón de Eroles los castillos de Olot y Castellfollit, y el 16 entró en el de Figueras, para recibir cerca de 600 prisioneros. Era gobernador por el intruso el general Goyon, el cual despues de libre fué condenado á muerte en consejo de guerra, y perdonado por el emperador en virtud de los ruegos y lágrimas de su esposa y de su madre, y en consideracion á sus antiguos servicios.

Mandaba en aquella comarca el general Baraguay d' Hilliers y recibió notable pesadumbre con la inesperada pérdida del importante castillo, cuyo hecho reprobaron algunos por haber procedido de la venta de un criado. Tratándose de enemigos nobles y leales, pudiera ser cuestionable y nada más; que en la guerra, esos y peores arbitrios son admitidos y *ardides de guerra* son llamados. Pero

tratándose de incendiarios y violadores y asesinos y saqueadores, podría haber escúpulo? Fué una justísima y muy pequeña represalia, tomada á cuenta del feroz incendio de Manresa; y si el lector pudiera, que no puede, abrigar alguna duda, ahora se convencerá de que los franceses no merecian ninguna consideracion; que no podia tratárseles como á enemigos leales, sino como á gente facciosa, engañadora y falsa.

Baraguay dió parte á Macdonald, y éste á su vez mandó aviso á Suchet, pidiéndole tropas, *sin lo cual creia perdida toda la Cataluña superior*. Si Campoverde no hubiera sido moroso, contra su costumbre, otra cosa hubiera sido; empero no salió de Tarragona hasta el dia 20, diez despues de la toma del castilo, y llegó el 27 á Vich con la division Sarsfield. En total llevaria unos 6,000 hombres, y los franceses rodeaban con 10,000 el fuerte.

Marchaba Sarsfield de vanguardia, y al amanecer del 3 de Mayo se aproximó á la fortaleza Campoverde, muy distante de esperar la nueva infamia que iban á cometer los enemigos.

Seguro ya el general español de socorrer á los del castillo, puesto en combinacion con el baron de Eroles, que estaba dentro de aquel, y fuera con Manso y otros bizarros jefes de columna, el enemigo le propuso una honrosa capitulacion. Campoverde, que era un general caballero y un hombre *decente*, que esto solo bastaba para proceder bien, mandó suspender el ataque, para enterarse y acordar lo más conveniente.

Esto era lo que el innoble enemigo necesitaba para dar lugar á que llegase su artillería. Llegó esta, y sin esperar la respuesta de Campoverde, despues de haberle hecho suspender las operaciones con el indigno engaño, *rompieron el fuego los franceses*, cogiendo á los nuestros tan descuidados como confiados. Vea, pues, el lector la consideracion que merecia un enemigo *tan noble y leal*.

Vueltos los españoles de su primera sorpresa, se portaron con su connatural valor y con el impulso de la justa ira que tan infame proceder merecia. Entró, por fin, el socorro de víveres, efectos y 1,500 hombres; pero costó más de 300 muertos y casi 700 heridos, principalmente por los disparos hechos cuando los nuestros estaban tranquilos sobre las armas. No fué menor la pérdida del artero enemigo.

SITIO DE TARRAGONA.

Mientras el enemigo circunvalaba el castillo y construía con las líneas de circunvalación las de contravalación, para dificultar á la vez la entrada de socorro y la salida de la guarnición, Suchet se preparaba á cumplir las órdenes de su emperador respecto de Tarragona.

Desentendiéndose de las instancias de Macdonald y dejándole en su compromiso de Figueras, se dirigió contra Tarragona, después de pasar revista á 40,000 hombres. De estos mandó distribuir casi 20,000 para guardar las márgenes del Ebro y la parte de Cataluña y Aragón que creyó más necesario guardar, y destinó los otros 20,000, más bien más que menos, al sitio de Tarragona.

Guarnecían á la veneranda y memorable capital de la antigua España Tarraconense 6,000 soldados y 1,500 voluntarios, bajo las órdenes del bizarro general D. Juan Caro, hermano del célebre don José y del marqués de la Romana.

El día 3 de Mayo dió Suchet vista á la plaza; el 4 mandó al general Harispe franquear con su división el Francolí y atacar el fuerte del Olivo. Al mismo tiempo Palombini, general de brigada, se apoderaba de algunos reductos que estaban abandonados por inútiles, sobre el flanco izquierdo.

Molestaban á los sitiadores las salidas impetuosas que hacia el bizarro Caro, y los fuegos de una escuadra inglesa que protegía á los sitiados. Suchet mandó levantar reductos para guarecerse de la escuadra, y cortó el acueducto de tan venerable antigüedad que su construcción hace recordar á la poderosa Roma, para privar de agua á los sitiados, lo que no pudo por entonces lograr; porque dentro de la plaza había multitud de aljibes, que á la sazón estaban llenos de agua.

El día 10 de Mayo apareció el marqués de Campoverde, con el bizarro y desgraciado Sarsfield, al frente de 10,000 hombres. Por entonces acometieron los franceses el fuerte del Olivo; los españoles en su defensa hicieron extraordinarias proezas y mataron sobre 300 franceses en el primer choque; pero el número de estos venció y quedaron dueños del fuerte después de muchos días. En cambio el denodado Sarsfield cargó impetuosamente sobre Montblanch, y desalojó á los franceses, causándoles gran pérdida.

No se crea, empero, que la posesión del fuerte del Olivo fué

tan sencilla y fácil, aunque nos vemos obligados á referirla muy lacónicamente. Como no sería justo, sin embargo, dejar de consignar las proezas de nuestros compatriotas, copiaremos las palabras de un autor francés, que tomamos de un ilustrado historiador, por parecernos conveniente copiar las palabras de un compatriota de nuestros enemigos. Dice así:

« Muchos días hubo que trabajar bajo un fuego no interrumpido, y *esperimentando terribles pérdidas, pues todas las noches se contaban de cincuenta á sesenta muertos ó heridos*, entre los dos valientes regimientos que habian alcanzado el honor de este asedio.

» Queriendo abreviar estos mortíferos aproches, se apresuraron á establecer la batería de brecha á muy corta distancia del fuerte, y estuvo ya en disposicion de recibir la artilleria la noche del 27 (mes de Mayo).

» Siendo imposible el uso de los caballos en aquel terreno, se uncieron los hombres á las piezas y las arrastraron entre una horrible metralla que derribaba á gran número, sin enfriar el ardor de los otros (aunque el autor francés cuida de alabar á los que atacan que son los suyos, se comprende cuál y cuán bizarra sería la defensa hecha por los españoles).

» Como á pesar de la noche descubriese el enemigo desde la plaza lo que hacian aquellos grupos. intentó acometerles haciendo una salida repentina.

» Al frente de una reserva del 7.º de línea marchó el jóven y bizarro general Salme contra los españoles, y al dar el grito de *en avant! (¡adelante!)* una bala le derribó sin vida en el suelo.

» En pocas horas fué abierta la brecha; pero el enemigo echó abajo diversas veces nuestros espolones.

» Todo el dia siguiente 29 (Mayo) continuóse batiendo en brecha, y se resolvió dar el asalto, pues no hacia menos de dos semanas que estaban delante de Tarragona, y *si una sola obra costaba tanto tiempo y tantos hombres, habia que desesperar de apoderarse de la plaza.*»

Pero en alabar á los nuestros fué todavía más explícito el general enemigo, que en sus *Memorias* dejó escrito que *los españoles se habian batido como leones* á la bayoneta, al sable y brazo á brazo ó cuerpo á cuerpo.

Tomado á fuerza de dias, de sangre y de esfuerzos el Olivo, llegó á la plaza y penetró en ella un refuerzo de 2,000 mallorqui-

nes y valencianos. Campoverde salió de Tarragona y estableció su cuartel general en Igualada el día 3 de Junio, despues de encomendar la defensa al general D. Juan Senen de Contreras, recién llegado de Cádiz. Al general D. Juan Caro mandó á Valencia en busca de socorros; al baron de Eroles encargó se situase del lado de Montblanch, y á Sarsfield encomendó la defensa del arrabal y de la marina.

Suchet trató de hacerse con la plaza por medio de lisonjeras promesas; pero fué con desdeñoso enojo rechazado. La Junta catalana, para poder proceder con más libertad, salió de Tarragona y se fijó en Monserrat.

Antes de rayar el alba del día 8 de Junio asaltó el enemigo el fuerte de Francolí; pero Senen de Contreras mandó la evacuacion retirando la artillería, á fin de evitar el que los defensores de aquel fuesen cortados en el estrecho camino que guiaba á la plaza.

El valeroso Sarsfield hizo una impetuosa salida y destruyó obras, mató ingenieros y ahuyentó á los que las custodiaban. Trescientos granaderos españoles acuchillaron á los que guardaban otra de las infinitas obras de fortificacion, y, para concluir, puesto que el referir todos los episodios de aquel sitio es imposible sin escribir un entero tomo, diremos que segun *los mismos historiadores franceses*, en veinte dias perdieron aquellos 2,500 hombres, un GENERAL, dos CORONELES, quince COMANDANTES, diez y nueve OFICIALES de INGENIEROS, trece de ARTILLERÍA, y CIENTO CUARENTA de las demás armas. Esto confiesan los franceses, luego algo más sería.

Cumpliendo Caro con la mision que le encomendara el general en jefe español, mandó de Valencia una division de 4,400 hombres, desarmados los 400. Estos se armaron y equiparon en Tarragona y allí permanecieron para aumentar la guarnicion. Los 4,000 se trasladaron á Igualada, al campamento del marqués de Campoverde.

No estaban en tanto ociosos ni el baron de Eroles ni los partidarios. Aquel quitó en Falset al enemigo 500 acémilas cargadas, que sirvieron muy bien para los sitiados, y Villaamil destrozó completamente una columna francesa en Mora de Ebro.

Casi cincuenta piezas de batir habia reunido Suchet en la tercera paralela, para hacer fuego simultáneo sobre los tres fuertes de San Carlos, el Real y los Canónigos. Dichos tres fuertes fueron tambien simultáneamente asaltados, y en la defensa se distinguió muchísimo nuestro general Velasco, segundo de Sarsfield.

Tomados á fuerza de sangre los fuertes, que no costaron menos de 1,500 hombres, se dedicó Suchet á buscar los medios más á propósito de apoderarse de la plaza.

El general D. José Miranda, que habia conducido los 4,400 hombres recién llegados de Valencia, fué el encargado de molestar por fuera al enemigo, en combinacion con el baron de Eroles; pero el francés Harispe se interpuso á tiempo entre la trinchera y el campamento.

Por aquel tiempo comenzó á trabajar en favor del enemigo un terrible aliado; la discordia. El general Senen de Contreras no estaba en la mejor armonía con Campoverde: éste, por no destituir á aquel bruscamente, le *autorizó* para dejar el mando de la plaza *si queria*, indicándole además, que en caso afirmativo le entregase al bizarro general Velasco.

Resintióse Contreras y en vez de dejar el mando, llamó á Velasco y le mandó marchar al cuartel general. Los defensores se disgustaron y aún entibieron mucho, porque tenian gran confianza en la inteligencia y valor de Velasco.

Despues de haber abierto brecha en la plaza, y despues de haberla defendido los españoles de tal suerte que los franceses tuvieron que despejar el terreno de cadáveres de los suyos para poder avanzar, á las cinco de la tarde, por temor á las sombras de la noche, dispuso Suchet el asalto, encomendándole al general de division Habert, auxiliado por Montmarie y Ficatier, que lo eran de brigada.

Los detalles del asalto asombrarian á ser referidos, pero serian muy largos de contar; diremos solamente que costó mucho tiempo y muchas pérdidas á los franceses el verse dentro de la plaza, despues de haber luchado y reluchado mucho, y de haber sido más de una vez rechazados. Nuestro regimiento de Almansa se defendió bizarramente en las cortaduras de la Rambla; y para que cediese, fueron necesarios tres regimientos franceses.

En las gradas de la catedral se reunieron varios de los nuestros, y para penetrar allí los franceses necesitaron sostener una formal accion, en la cual murió el bizarro D. José Gonzalez, hermano del marqués de Campoverde. Penetraron, por fin, los franceses en el sagrado recinto; y el impío ejército de Napoleon, sin consideracion al santo lugar, pasó á cuchillo á cuantos en la iglesia encontró, incluso inermes ciudadanos de todo sexo que allí se habian refugiado.

El gobernador Contreras se mostró digno del mando. Cuando ya fué preciso abandonar la direccion y pelear nada más, se batió como un soldado y no se entregó hasta despues de estar herido de bayoneta en el vientre.

El saqueo, el incendio y los desmanes de todo género, siguieron á la entrada de muchos millares de franceses. Un escritor de ellos mismos dice que Suchet y los demás generales procuraron y lograron enfrenar á la soldadesca, aunque no sin grandes esfuerzos. Nosotros, que deseamos ser imparciales con amigos y enemigos, no teniendo, como en efecto no tenemos, razon para negar que así fuese, le consignamos del mismo modo que lo hemos leído (28 y 29 de Junio).

El general Contreras, despues de curado de su herida, fué trasladado á los Países-Bajos, como prisionero, y asegurado en el castillo de Bouillon, despues de haber desechado con indignacion las proposiciones de Suchet, que deseó atraerle como á un hombre inteligente y bizarro, al servicio de su emperador. A pesar de su reclusion, el valeroso Contreras pudo fugarse del castillo y andando el tiempo regresó á España.

La pérdida de Tarragona causó un profundo pesar en toda España y muy especialmente en Cataluña; porque les era menos sensible á los catalanes el no tener á Barcelona mientras conservaron á Tarragona, á cuya ciudad miraban como capital, mientras lograban recuperar la verdadera.

Todo el disgusto y enojo recayeron sobre el marqués de Campoverde; y como el llamado pueblo con la misma facilidad ama que ódia á los hombres públicos y sin dificultad cambia de afectos, del mismo modo que le proclamó, puede decirse, capitán general del Principado, comenzó á demostrar su deseo de que dejase de serlo luego que se perdió á Tarragona. Realmente no se comprende en qué pensó Campoverde que no intentó acometer alguna empresa en favor de los sitiados, ni se movió de su campamento de Igualada, teniendo allí reunidos 10 ó 12,000 hombres.

Llegó á noticia del precitado general el disgusto popular, y en consejo de guerra decidió abandonar con la division valenciana á Cataluña, resolucion que agradó mucho á los catalanes.

Embarcóse, por fin, la tropa en Arenys de Mar el dia 8 de Julio, en la escuadra inglesa, despues de haber sostenido algunos choques en el camino, y burlado al general gobernador de Barcelona y principalmente de Monjuich, Maurice-Mathieu, que fué con tro-

pas expresamente desde la capital para impedir el embarque. Gran parte de los aragoneses y valencianos se diseminaron, para incorporarse á las partidas sueltas: los catalanes, segun su gusto favorito, aumentaron los somatenes.

Campoverde, profundamente afectado al ver que habia desaparecido el cariño popular que tanto le agradaba, despues de dejar embarcada la tropa, se dirigió á Vich, no sabiendo si dimitir antes de ausentarse ó esperar la resolucion del gobierno. Este, empero, no le dejó vacilar durante mucho tiempo. El 9 de Julio le alcanzó en Vich el general D. Luis Lacy, con la órden de la Regencia para que le entregase el mando.

El nuevo capitau general ordenó al baron de Eroles la defensa de la montaña y del Montserrat, y él con la Junta catalana se trasladó á Solsona.

Suchet recibió lo que ardientemente esperaba; el baston de mariscal del imperio. Alegre y regocijado mandó demoler las fortificaciones de Tarragona, escepto las de la parte alta de la ciudad, dejó en ella 2,000 hombres de guarnicion, á cargo del general Bartoletti, y el dia 24 de Julio salió de la plaza para emprender la conquista del Monserrat.

TOMA DE MONTSERRAT.

No creemos necesaria una descripcion de la innaccesible montaña que Suchet se preparaba á tomar con más de quince mil hombres, y guardada por el baron de Eroles, que apenas tenia tres mil, y de estos casi dos tercios eran somatenes. El lector que por sí mismo no la haya visto, la habrá contemplado pintada, ó habrá leído cien descripciones de ella.

El dia 25 de Julio llegó Suchet personalmente y mandó hacer la acometida al general Abbé, secundado por Maurice-Mathieu. Los españoles no podian subdividirse, siendo relativamente tan reducido su número, para guardar la montaña. Hicieron, sin embargo, más que mucho defendiendo con un teson inaudito la subida, en la estension de la línea que podian ocupar, haciendo rodar despeñados á muchos centenares de franceses, á impulso de los ardientes proyectiles y de las piedras que contra ellos lanzaban. Como eran tantos, empero, los que atacaban, mientras los nuestros impedian tenaz y bizarramente la subida, Suchet destacó varias columnas de *voltigeurs*, acostumbrados á subir por todas partes y muy hábiles

gimnastas, que á larga distancia y por consecuencia sin ser vistos de los españoles, subieron á la montaña y cogieron á estos últimos entre dos fuegos.

Aquellos descreídos no respetaron el venerando monasterio, joya inapreciable de los catalanes, consagrado á la Virgen María; riquísima preciosidad de piedad y de arte que con orgullo enseñan los naturales á todos los forasteros. Los feroces soldados del Atila del siglo XIX, penetraron en el sagrado recinto y asesinaron á varios ermitaños y monjes benedictinos, inermes y resignados con el martirio que les aseguraba la inmortal corona. Vea el lector si será posible borrar jamás no ya de la historia, sino del pensamiento de los españoles las iniquidades inauditas y horrendas de aquellos feroces enemigos, impulsados por la tenaz é insaciable ambicion de un sólo hombre. Ellos hicieron una guerra injustificada é impía; y es una indeclinable obligacion de todo español el instruir en la historia á sus hijos, para que la tradicion de aquella terrible y memorable época no se pierda.

Lacy, que vió perdida casi por completo la Cataluña, como hombre de verdadero arrojo quiso llevar la guerra al suelo enemigo, y al efecto hizo una atrevida incursion en la Cerdeña francesa, en donde procedió de manera á propósito para intimidar al feroz enemigo. Al mismo tiempo y terminada la breve incursion, se dedicó á organizar el ejército casi destruido ó, más bien, diseminado, despues de la pérdida de Tarragona.

TOMA DEL CASTILLO DE FIGUERAS.

Deseaba Suchet regresar á Aragon, de donde habia salido por orden de Bonaparte; pero antes quiso no dejar en poder de los españoles el castillo de Figueras, cuya guarnicion, despues de todo, estaba indecisa sobre su suerte, aislada como habia quedado. Su posicion, además, iba siendo estrecha; porque el castillo seguia bloqueado por Baraguay d'Hilliers, apoyado por Macdonald, segun le dejamos al referir los sucesos ocurridos en los primeros dias de Mayo: esto es, llevaban los del castillo tres meses y medio de bloqueo, ó, lo que es lo mismo, desde el 7 de Mayo al 19 de Agosto. En este dia, acosados por el hambre y rendidos por la fatiga, hicieron los españoles una furiosa y desesperada salida, teniendo que ceder al número. Quedaron prisioneros unos 3,000 hombres, de ellos casi 1,800 enfermos y heridos.

TOMA DE LAS ISLAS MEDAS POR LACY Y EROLES.

Después de recuperado por los franceses el castillo de Figueras, Suchet, según deseaba, regresó á Aragon. Los españoles, que tienen el sello característico del hombre de verdadero ardimiento, á quien los trabajos acrisolan la resignacion y duplican las fuerzas para emprender de nuevo la lucha, en vez de arredrarse por la pérdida de todas las plazas fuertes, sólo pensaban en rehabilitarse para recomenzar con más ardor y tenacidad la santa lucha.

El terrible general No-IMPORTA, creado muy oportuna y exactamente en la imaginacion del llamado *coloso*, y el carácter especial de los españoles, no parecido al de ninguno de los pueblos que los franceses habian dominado casi con intentarlo, desesperaban á los franceses, porque hacian fracasar todos sus mejores proyectos y dejaban fallidos sus mejores cálculos. Siempre decian los invasores, cuando preparaban algun terrible golpe: *éste va á ser el último*; y siempre se encontraban tan al principio como el primer dia, y con muchos millones de francos de menos, y muchísimos soldados muertos de más.

En las terribles circunstancias en que se encontraba el Principado catalan, tanto el general Lacy como el baron de Eroles, fueron dos verdaderas columnas de la Independencia española, fuertísimas é inquebrantables.

Puesto de acuerdo el bizarro Lacy con un coronel inglés llamado Green, mandó al baron de Eroles acompañar á este último para dar un ataque sobre las islas Medas, situadas en el Ter.

Emprendióse la expedicion el dia 29 de Agosto; y apenas habian llegado los españoles, tomaron el fuerte que defendia las islas; y tanto el jefe inglés como el español, determinaron volarle. A pesar de la unánime decision, Eroles quiso dar antes parte á Lacy, que era el general en jefe, el cual desaprobó la predicha determinacion.

En vez de contestar se embarcó el 11 de Setiembre, y puesto al frente de las tropas reconquistó las islas, arrojó á los franceses, fortificó y guarneció el castillo y trocó el nombre de Islas Medas por el de *Islas de la RESTAURACION*.

DIVERSAS OPERACIONES MILITARES. ,

Ya de regreso Lacy, cayó de sorpresa sobre Igualada, mató casi 300 franceses de la guarnicion y obligó á los demás á refugiarse en un convento, de donde los arrojó haciéndoles perder mucha gente (4 de Octubre).

Al salir de Igualada el infatigable Lacy, sorprendió un gran convoy y le arrancó del poder de enemigo junto á Cervera, contra la cual se dirigió inmediatamente. Penetrando con sin igual denuevo, destrozó la guarnicion y obligó á rendirse á 600 franceses que atrincherados en la Universidad, que era un fuerte edificio, resistieron tenazmente (9 de Octubre).

En Cervera pereció hecho pedazos por el pueblo el corregidor *afrancesado*, el cual se mostró tan *humano* con los españoles, que á cuantos se retrasaban en el pago de las contribuciones, fuese por voluntad ó por imposibilidad, los encerraba en una jaula de hierro, cuyo modelo habia sido hecho por él, dejando fuera la cabeza del infeliz castigado por la bárbara ferocidad de aquel infame verdugo, despues de llenarle el rostro de miel para que colocado al sol, el ardor de éste y las innumerables moscas le atormentasen cruelmente. A este mismo bárbaro suplicio condenaba á cuantos no obedecian sus órdenes, por injustas que fuesen. No podemos aprobar que el pueblo tomase por su mano la justicia y de una manera tan atroz como hemos referido, pero tampoco podemos estrañarlo.

Inmediatamente y sin tomar descanso cargó el bizarro Lacy sobre Bellpuig, de cuya poblacion se apoderó á 14 de Octubre, haciendo prisioneros á 150 franceses, que no sobrevivieron más á la rendicion de la villa.

A la sombra de tanta hazaña crecian los somatenes y por todas partes pululaban las partidas, en términos que los franceses, cuando ya se creian dueños del Principado, se veian reducidos á poseer las plazas y á no salir de ellas sino en muy gran número, porque de otro modo iban expuestos casi á una muerte segura.

El baron de Eroles, no menos bizarro que Lacy, secundaba las operaciones de éste por la parte del Norte. Gobernaba á la sazón en la Seo de Urgell el famoso D. Manuel Fernandez de Villaamil; y despues de asegurarse de que el territorio que estaba puesto á su cuidado no peligraba por quedar guardándole el de Eroles, salió animosamente de la Seo, se metió en Francia, destrozó soldados.

incendió pueblos, sacó contribuciones y regresó á España diciendo: *una sola no les hace pagar tantas como han hecho.*

Aterrados los franceses por la inseguridad en que vivian, y comprendiendo que habian vuelto á los primitivos tiempos cuando ya se creian vencedores, porque ni podian tener comunicacion con Francia, ni apenas los de una plaza podian comunicarse con los de otra, abandonaron los pocos puntos abiertos que aún conservaban y se concentraron en las plazas fuertes. Los de Montserrat se retiraron á Barcelona, despues de haber cometido un nuevo acto de vandalismo, prendiendo fuego al venerando monasterio.

Pasaron encerrados los franceses todo el mes de Noviembre. En tanto el mariscal Macdonald fué reemplazado por el general Decaen, el cual quiso inaugurar su mando con algun golpe que le diese crédito, y aterrarse á los españoles. Lo primero podia suceder; lo segundo era más difícil empresa.

Como la principal dificultad y más apremiante necesidad de los franceses que invadian el Principado era la comunicacion con Francia y el abastecimiento de la capital de Cataluña, hizo Decaen preparar un gran convoy, reunió 14,000 hombres, y dispuso que de Barcelona saliese una division de 4,000 á proteger á aquellos y facilitar la introduccion del convoy. Este fué el primer golpe que preparó Decaen.

Lacy, que tenia muchos y muy buenos confidentes, en lenguaje vulgar *espías*, supo detalladamente el proyecto del enemigo, y trató de impedir su realizacion. Tenia, empero, pocas fuerzas militares para acometer tamaña empresa; y mientras procuraba juntar más, llegó el convoy á Barcelona y entró en la plaza. Pero ya habia Lacy reunido á Eroles, Manso, Sarsfield, Casas y Milans, los distribuyó y colocó en las posiciones que juzgó más conveniente, y esperó á Decaen en las alturas de la Gárriga.

Llegó el francés; Lacy le atacó denodadamente y le deshizo, en términos que tuvo necesidad de replegarse despues de rehecho, para ir á chocar, sin que hubiese podido preverlo, con Manso y Casas. Estos le deshicieron otra vez, costándole gran trabajo y esfuerzo el ordenar su gente; pero temeroso de las fuerzas escalonadas que por toda aquella comarca habia, torció por el camino de San Celoni, siempre perseguido (5 de Diciembre). El resultado de esta empresa fué el dejar libre de franceses todo el país de Vich.

Con este bizarro hecho de armas terminaron las operaciones militares de Cataluña, en 1811.

VALENCIA.

Creyendo Napoleon sometido al Principado catalan, volvió su ambicioso pensamiento á Valencia; y confiando en la inteligencia y valor del flamante mariscal Suchet, le dió orden para proceder á la conquista de la célebre ciudad del Cid.

El gobierno español que tuvo aviso de la precitada resolucion, eligió á Blake para defender la amenazada plaza; porque no tenia gran confianza en el carácter del marqués del Palacio, menos enérgico de lo que á su indisputable lealtad convenia.

Por segunda vez se infringió la ley que prohibia encomendar á ninguno de los regentes mando alguno militar, en consideracion á las relevantes circunstancias de Blake. No falta quien asegura que en la infraccion de la ley, que tenia en efecto fuerte apoyo en la inteligencia y valor de Blake, influyó no poco el embajador Wellesley, que deseaba verle lejos del centro del gobierno, temiendo siempre al inflexible teson y acreditado patriotismo de Blake. Este, sea de lo dicho lo que quiera, salió de Cádiz entre el popular aplauso y rodeado de la fúlgida aureola que merecia el verdadero vencedor en la Albuera, seguido de dos divisiones expedicionarias al mando de los generales Zayas y Lardizabal (31 de Julio).

Llegó á Valencia, desembarcando primero en Almería, y llamó al marqués del Palacio para ponerse de acuerdo con él; porque este último aunque á las órdenes de Blake, que era ya capitán general de ejército, conservaba la capitanía general de Valencia y Aragon.

ACCION DE ZÚJAR.

El mariscal Soult, que mandaba en aquella provincia, viendo llegar fuerzas enemigas, ordenó al general Godinot un movimiento contra dos divisiones españolas, mandada una por D. Ambrosio de la Cuadra y otra por D. José O'Donnell accidentalmente, por ausencia de Zayas.

El dia 9 de Agosto chocó Godinot, auxiliado por Leval, con los españoles en las alturas de Zújar. Resistió el choque O'Donnell (D. José), hasta que perdidos casi 100 muertos, 233 heridos y casi 1,000 entre prisioneros y dispersos, se replegó. No le persiguió

Godinot, temiendo al general Cuadra, que podia cargar por retaguardia.

Freire, que se hallaba con su division en la Venta del Baul, se retiró, sin haber tomado parte en la accion, en direccion de Cúllar y de allí se internó en Murcia, perseguido por el *general* Soult (no el *mariscal*, sino un hermano suyo).

No sin pasar hambre y trabajos llegó la division de Freire, siguiendo á la de O'Donnell, á Alcantarilla, en donde se reunieron las tres divisiones de que estaba formado el tercer ejército.

Fué reemplazado Freire por el general D. Nicolás Mahy en el mando de dicho tercer ejército, y sometido á una informacion, de la cual salió inculpable su honra militar. Creyósele culpable por no haberse movido de la Venta del Baul: él, empero, probó que habia hecho lo más conveniente, y que el descalabro habia consistido en la conducta militar de otros y no en la suya, que estaba ya muy acreditada.

No dejaba de ser respetable la fuerza numérica del ejército que reunió Blake, denominado segundo, para la defensa de aquel territorio; más sin embargo, su calidad, sus circunstancias y el empleo que debia tener, la hacian ser muy inferior á la francesa. Se componia en total de unos 27,000 hombres, de los cuales 2,300 estaban en las Atalayuelas; 3,800 guarnecian á Peñíscola y ocupaban su comarca; 4,600, recién llegados de Cataluña, ocupaban á Segorbe; una division de 4,400, tenia casi 2,000 sin armamento y sin instruccion; otra de 7,000, tenia casi 4,000 quintos, ignorantes de milicia é inermes como los anteriores, y 4,000 de nueva leva que á toda prisa organizaba Blake. A este ejército, denominado segundo segun ya hemos dicho, pertenecian 19 escuadrones, de los cuales 15 podian admitirse como buenos, y componian más de 1,500 caballos, al mando del general Sanjuan.

El dia 15 de Setiembre apareció Suchet en las inmediaciones de Valencia con 22,000 hombres, veteranos todos, distribuidos en tres divisiones al mando de Habert la primera, y de Harispe y Palombini la segunda y tercera respectivamente.

SITIO DEL CASTILLO DE SAGUNTO.

Mandó Blake acercarse á las tropas que se hallaban en Murcia, y al mismo tiempo que fortificó diversos puntos, entre ellos el castillo de Sagunto, fijó su cuartel general en Murviedro, despues de

haber nombrado gobernador de Valencia al bizarro general don Juan Caro.

Siempre previsor el prudente Blake hizo que la Junta de Valencia se trasladase á Alcira, más por desconfianza que por librería de los peligros del sitio, que fué el pretesto ostensible que tomó; y figurando hacer un honor al capitán general del distrito, cuyo carácter flexible temía, le sacó de Valencia para que le acompañase.

Dirigióse Suchet contra el castillo de Sagunto, construido en aquel mismo año por consejo de un general inglés, cuando aún mandaba en Valencia el general Bassecourt; pero descuidado por los sucesores de aquel, tuvo necesidad Blake de fortificarle tan pronto como llegó á Valencia. Es decir, que al acercarse el enemigo al llamado castillo, era éste un campo atrincherado, con más puntos vulnerables que defendibles, como debía esperarse de la precipitación que fué necesario emplear para ponerle en un mediano estado de defensa.

El conservar aquel fuerte era de la mayor importancia, porque su posesion era indispensable al enemigo: los nuestros tenían un vivo interés en detener allí á los franceses, para dar tiempo á la llegada de los necesarios socorros; y los enemigos necesitaban tomar el fuerte para proceder con libertad en las operaciones ulteriores, atacar á Peñíscola y caer sobre Valencia.

Consistía la guarnicion en 3,000 hombres, muchos de ellos de nueva leva; coronaban el fuerte 3 piezas de á 12; 6 de á 8; 8 de á 4 y 3 obuses, y era gobernador el coronel D. Luis María Andriani.

Después de haber Suchet ocupado la comarca y tomado las abandonadas poblaciones, examinó el llamado castillo y desde luego creyó que atacarle y tomarle seria una cosa misma.

En la noche del día 28 de Setiembre mandó Suchet tender las escalas, y por ellas subieron los soldados franceses con notable arrojó. Andriani, aunque no todos los defensores eran verdaderos soldados, acudió denodadamente después de arengar enérgicamente á aquellos. Carga á la bayoneta, yendo al frente de los suyos, hiere al coronel francés Gudin, rompe escalas, arrolla gente, la hiere, la despeña y deja sembrado el suelo de 300 cadáveres, cuya tercera parte casi eran de oficiales, además de los que murieron en la terrible caída de lo alto del muro al llano. Blake, en nombre del gobierno ascendió á brigadier, en el acto, al bizarro Andriani.

Gran pesar recibió Suchet al ver defraudada su esperanza, ó



más bien, la ilusion que le hizo mirar con desprecio la toma del fuerte de Sagunto, nombre que tanta y tan inmarcesible gloria recordaba, y que estaba próximo á la *altura* todavía llamada de *Anibal*.

Comprendiendo entonces Suchet la inmensa dificultad de la árdua empresa, mandó llevar toda la artillería de batir que habia depositado en Tortosa, como si tratase de tomar á Tarragona ú otra plaza de primer orden. No era, sin embargo, fácil empresa el trasladar el tren de batir; porque los bizarros partidarios obstruian el camino. Al mismo tiempo, las tropas de Suchet no podian estar nunca tranquilas, porque otros partidarios les hostilizaban cuanto podian. Por esto Suchet tuvo necesidad de dedicarse, no sin buena pérdida de gente, á dejar libre el camino real para poder trasladar la artillería de batir, á tomar el fuerte de Oropesa y otros que habian sido abandonados por los españoles.

En esto supo Blake que por las Cabrillas se aproximaba el general d'Armagnac, cuya tropa estaba situada en la Mancha, con el objeto de tomar la derecha del Guadalaviar. En el momento mandó orden á Freire, ya repuesto en el mando, para que enviase tropas del tercer ejército. Aquel destacó al general Mahy con 6,000 hombres y adelantó terreno hasta colocarse en posicion de impedir el paso á la division d'Armagnac.

Ya estaban á este tiempo establecidas las baterías francesas y vomitando proyectiles sobre el fuerte de Sagunto, no siendo las piezas que á éste guarnecian útiles para apagar los fuegos del enemigo, por su corto calibre. Por esto la artillería del fuerte, fué completamente inútil; y abiertas varias brechas, por ellas y por los puntos vulnerables mandó Suchet asaltar. El bizarro brigadier Andriani arengó lacónica y enérgicamente á sus soldados y se dirigió con ellos á encontrar el enemigo.

Un completo batallon de los famosos granaderos del Vístula y otros dos de línea que van en su apoyo, son rechazados á bayonetazos. Los del Vístula dejan por tierra más de la mitad de su fuerza: quinientos setenta granaderos, muertos y mal heridos, caen desplomados; y á los que se preparan á subir de refresco, los hacen rodar hasta el llano, arrojando millones de proyectiles sobre ellos y hasta las mismas bombas que poco antes habian lanzado sobre el fuerte los morteros enemigos. Aquella lucha titánica no podia prolongarse mucho: las fuerzas enemigas se centuplican y el número tan inmensamente mayor concluirá por vencer, puesto que la guar-

nición es demasiado escasa para acudir á todos los puntos por donde el feroz enemigo aparece; pero aún no ha vencido.

Blake, sin embargo, comprendiendo la necesidad de conservar á Sagunto si se queria prolongar la posesion de Valencia, conociendo tambien que los bizarros defensores estaban casi sin víveres y ya próximos á no poder sostenerse, se decidió á socorrerlos comprendiendo, empero, el riesgo positivo que habia en librar la batalla.

Ante todo comenzó por publicar una orden del dia, que habiéndola copiado íntegra en sus *Memorias* el general enemigo, Suchet, por lo digna, enérgica y patriótica, no será mucho que nosotros, amigos y compatriotas, la demos á conocer al público. Héla aquí:

«D. Joaquin Blake, capitan general de los reales ejércitos, etc., á los señores generales, jefes y oficiales y tropa que tiene el honor de mandar.

»Marchamos á atacar, y con la ayuda de Dios á batir al ejército de Suchet. Si hablase con tropas mercenarias, venales ó conducidas por fuerza como las del enemigo, insistiría en manifestaros las recompensas que deben acompañar á la victoria.

»Un motivo más noble de emulacion para los que no pueden ser insensibles á la gloria militar, sería llamar la atención hácia las almenas de Sagunto, hácia los terrados y murallas de Valencia, desde los cuales nos seguirán las miradas de los que esperan de nosotros su salvacion. La menor flaqueza, un instante de duda al marchar al enemigo, sería en esta ocasion, más que en ninguna otra, una vergüenza indisculpable.

»Pero hablo con españoles, que pelean por la libertad de su patria, por su religion y por su rey, y sería ofender los nobles sentimientos que los animan el decirles otra cosa sino que nuestro deber es vencer al enemigo, ó morir en el combate. Cuartel general de Valencia á 24 de Octubre de 1811.»

En la misma noche del 24 hallábase ya Blake sobre las alturas del Puig, y situadas las tropas en las posiciones de antemano designadas.

El dia 25, una hora despues de amanecer, nuestra primera línea avanzó y la segunda ocupó la posicion que aquella dejaba, y de los nuestros partió el ataque hecho de una manera vigorosa y que hacia presentir un triunfo seguro, si bien en la guerra la victoria, por muy segura que parezca, depende de pequeños accidentes, á las veces imposibles de prever.

El bizarro general Lardizabal atacó y tomó un altozano y cogió

así mismo algunas piezas de artillería. Sobre esto se trabó un recio combate para recuperar los franceses las piezas, en tanto que el general Zayas hacia prodigios en el llano con su division.

El combate estaba bizarramente sostenido por los españoles; pero ocurrió el desgraciado incidente de que nuestros generales Loy y Caro (D. Juan), á fuerza de ejecutar proezas, cayeron heridos entre las líneas enemigas, y por consecuencia fueron hechos prisioneros. Este percance causó en los nuestros muy mal efecto, como era natural, y quizá trastornó todo el plan y cambió la suerte del combate.

Zayas, á pesar de todo, se sostuvo valerosamente; fué la division O'Donnell (D. Carlos) la que se replegó en verdadera confusion. No se sabe qué voz traidora tomó cartas en aquella ruda pelea; empero fué lo cierto que la misma caballería que habia dado tantas muestras de arrojo é inteligencia, volvió grupas, y el valeroso general Mahy tambien cedió el campo en las colinas de Germannells, que habia estado hasta entonces ocupado, poco antes de que llegase un ayudante de Blake con la órden de que se mantuviese firme en su puesto. Alguna mano enemiga se encargó de poner término á la batalla, aprovechando la desgraciada ocurrencia de los bizarros generales D. Casimiro Loy y D. Juan Caro.

Perdimos en aquella jornada 389 muertos y 611 heridos, con 1,800 prisioneros: los extraviados ó dispersos pasaron de 2,000. Los franceses tuvieron, segun ellos, 700 bajas de muertos y heridos, pero quitaron muchas; porque fueron más de 400 de los primeros y setecientos de los últimos, entre los cuales se contó al mismo mariscal Suchet, herido de bala, pero levemente.

Duplicóse la pena de Blake al recibir despues de la batalla una órden de las Córtes, en que se le mandaba resistir en Valencia hasta el último extremo, siendo así que ya poca esperanza podia abrigar de conservarla, cuando antes de la batalla apenas tenia ninguna. Sin embargo, tomó las medidas que creyó más prudentes; hizo enarbolar en lo alto de la torre del Miquelet la bandera de *pronto socorro*, y despachó comisarios con pliegos para Andriani que no pudieron llegar, ni la baudera pudo verse, porque lo impidió la cerrazon de las nubes.

Suchet por su parte, que habia visto cuántos soldados le habia costado el fuerte de Sagunto y preveia cuántos más habia de costarle su posesion, envió al valeroso Andriani un parlamentario, pidiéndole mandase al campo francés un oficial de su confianza. An-

driani mandó á D. Joaquin de Miguel, entendido y valeroso capitán de artillería, al cual llevó Suchet á que hablase con los generales prisioneros, Loy y Caro, y viese doce cañones cogidos en la reciente batalla. Despues de hacerle comprender que la resistencia era, más que valor, temeridad insensata y sin objeto, le dijo que daba al fuerte una hora de tiempo para entregarse.

Andriani reunió á todos los jefes y oficiales, y despues de hacerles saber el verdadero estado en que se hallaban los nuestros, dijo resueltamente que si entre ellos habia alguno que se comprometiese á dirigir más allá la defensa, él desde luego le cederia gustoso el puesto y serviria como simple oficial á sus órdenes. Bien sabia cuán imposible era que otro fuese más allá que él: todos convinieron en que era forzoso capitular.

Salió, pues, la valerosa guarnicion de Sagunto el dia 26 de Octubre por la misma brecha, tambor batiente y bandera desplegada, con todos los honores de la guerra. Andriani fué recibido tan lisonjeramente como merecia; baste decir que el jefe de Estado mayor Saint-Cyr, *le dió el mismo caballo de batalla del mariscal Suchet*, para que se trasladase á Patres en donde el mariscal estaba.

Blake sabia perfectamente desde que fué á Valencia, que la ciudad acabaria por caer en poder del enemigo, así por el empeño que éste habia formado y por los grandes elementos de que disponia, como porque las circunstancias materiales de la plaza no permitian otra cosa que á fuerza de valor y sufrimiento prolongar la defensa.

La órden del gobierno y de las Córtes era tan terminante como perentoria, y Blake era obedientísimo al poder supremo; y, por otra parte, la poblacion estaba decidida por la defensa. Así fué que se dedicó á mejorar hasta donde fué posible las fortificaciones; hizo atrincherar el paso del rio, mandó salir de la plaza á la gente inútil para la defensa, colocó al teniente general Mahy con tres divisiones en Cuarte, Manises y Mislata, situó otra en el Monte Olivet, otra mandó á Ruzafa, y en el arrabal de Cuarte mandó estar otra prevenida para auxiliar á Mahy si fuese necesario: hecho esto se colocó él mismo con el resto del ejército sobre la márgen derecha del Guadalaviar, despues de haber nombrado gobernador de Valencia al general O'Donnell (D. Cárlos).

Convocó Blake á las milicias del país, y solo el batallon de Jativa respondió al llamamiento, y algunas partidas voluntarias. 22,000 hombres tenia en total, y Suchet, segun él mismo dijo

á Blake despues de entregada Valencia, reunió 35,000. El segundo esperaba atrincherado; el primero temia tomar la ofensiva, porque sabia muy bien cuánto costaba el vencer á los españoles, á pesar de que contaba con indisputables ventajas.

De este modo y en verdadera expectativa trascurrió todo el mes de Noviembre, en cuyos últimos dias fué reforzado Suchet por D^a Armagnac con la tropa que pudo recoger en la Mancha. No llegó, empero, sin contratiempo. Blake hizo marchar á Zayas al encuentro de D^a Armagnac, y á Freire que tomase el paso del rio Cabrial; el segundo tuvo que retroceder por mandado de Blake. En cuanto á Zayas, dió que hacer á D^a Armagnac, el cual, aunque con dificultad, pudo llegar al campo francés.

Ya corria el mes de Diciembre cuando Suchet recibió nuevos refuerzos. Llegó de Navarra la division Reille y de Aragon la division Severoli, con 6,000 hombres la primera y 8,000 la segunda. Y al mismo tiempo que los franceses se aumentaban, los españoles disminuian; los partidarios que pululaban por Aragon, entre los cuales se contaba entonces á Mina y al Empecinado, estaban muy mal avenidos, y tuvo necesidad Blake de mandar al conde del Montijo con una fuerte columna, para procurar arreglar aquellas diferencias.

Empeñado Napoleon en tomar á Valencia, única ciudad de importancia, fuera de Cádiz, que no estaba ya en poder de sus tropas, y deseando dominar en España para quedar en aptitud de hacer frente á la tormenta que del Norte de Europa le amenazaba, ni gente, ni recursos se escaseaban á Suchet. Por esto sobre los grandes refuerzos que todos los dias llegaban á su campo, desde Portugal mandó Marmont tropas que cayesen imprevistamente sobre Murcia. Hé aquí el por qué Blake tuvo que desmembrar su ejército para mandar gente de armas á Murcia, sobre la que habia tenido que mandar á Aragon.

El ilustre general español pasaba las noches, á pesar de lo crudo de la estación, al pié de su caballo ensillado, y al rayar el dia revistaba las obras y la batería, á donde acudian á darle los partes parciales y el general de lo ocurrido durante la noche.

El dia de la Natividad de N. S. J. (25 de Diciembre), notaron los españoles algun movimiento en el campo enemigo; pero no se pudo comprender si trataban de ataque, ó qué significaba el indicado movimiento. Era que el francés habia fabricado tres puentes, y que varias columnas se movian para atravesar el Guadalaviar.

A este tiempo recibió el general en jefe un apremiante aviso de Mahy, diciendo en él que no tenía fuerza suficiente para resistir el ataque que preveía y que juzgaba necesario abandonar aquellas posiciones.

El 26 acometió el general Harispe á nuestra izquierda y fué rechazado por la caballería del bizarro D. Martín de la Carrera. En este choque el denodado ANTONIO FRONDOSO, soldado del regimiento de Fernando VII, derribó al suelo, gravemente herido, al general Ronssard. Pero cargando columnas de refresco, la Carrera no pudo menos de replegarse sobre Alcira.

Mahy, sin duda impresionado por su creencia manifestada en el parte que dió á Blake, se sostuvo poco, y éste último vió á los enemigos ocupando á Cuarte, y á Mahy que tomaba hácia el Júcar por el camino de Chirivella.

Al cabo de tres horas de rudo combate Harispe había llegado á Cataroja, Musnier ocupaba á Manises y San Onofre, Reille seguía al alcance de Mahy, y solo el bizarro Zayas batía á Palombini en Misalata, haciéndole perder más de 800 hombres con 40 oficiales. En este choque fué muy notable que Mahy envió á Zayas refuerzos; y éste último, indignado porque aquel había dejado demasiado pronto las posiciones, dijo al que conducía los refuerzos: *vuélvase V. á quien le mandó, y sepa que para cumplir mi deber me sobra con la gente que tengo.*

Un gran golpe de mano meditaron los españoles, que fracasó por un bien pensado ardid de los franceses. Suchet había entrado en Chirivella; y para observar la multitud de combates que simultáneamente se sostenían, subió al campanario de la iglesia, desde donde se dominaba todo el campo de batalla.

Estaba solo con su escolta, y acudió un bizarro batallón español á cortarle el camino y hacerle prisionero, suponiéndole solo con sus ayudantes; porque á nadie más habían visto subir; pero vieron llegar al batallón desde la torre, y estendiéndose unos cien hombres que había llevado Suchet consigo, tomaron las entradas del pueblo tan oportunamente distribuidos, que parecía haber numerosa fuerza y el batallón se detuvo y se replegó en seguida.

Blake, hostigado por el inmenso número de franceses y sin esperanza ya de obtener el triunfo, determinó replegarse á los atrincheramientos exteriores para consultar con los generales lo que debería hacerse.

Replegóse, en efecto, con el mayor orden, con las divisiones de

Zayas, Lardizabal y Miranda, y reunió á los generales, brigadieres y coroneles para consultar con ellos lo que más pudiera convenir en tan críticas circunstancias.

Debemos lamentar la poca justicia con que el conde de Toreno trata al más entendido de nuestros generales, siendo aquella tanto más extraña, cuanto que un historiador contemporáneo del general en cuestion debió conocer, harto mejor que nosotros, la vida militar de aquel. Blake no obraba libre, sino bajo dos presiones á cual más fuertes é irresistibles: una era la orden del gobierno y otra la opinion y deseos de los ciudadanos, tan ligeros de imaginacion como vehementes en sus deseos. Además de que no podia escusar la batalla, ignoraba que el enemigo habia echado tres puentes sobre el Guadalaviar; no sabia más que la llegada de las divisiones Reille y Savaroli, ni podia suponer que Mahy se sostuviese tan poco tiempo, y creyó que cumpliria como el bizarro Zayas, aunque solo disponia éste de una division.

Generales valerosos tenia entonces, como siempre, infinitos el ejército español; empero como generales en jefe, ninguno sobrepusaba á Blake. Entendido, activo, bajo una apariencia exterior de impasibilidad, circunspecto, valeroso é inflexible, reunia á la inteligencia, el valor; á la prudencia, la actividad; á la humanidad, el severo carácter. Era, en fin, un hombre sin par para el supremo mando militar: viósele bien tal cual fué, en la Albuera. Y no solamente la opinion pública le hizo justicia, contra el dictámen del conde de Toreno, sino que los mismos enemigos se la hicieron tan cumplida, que Napoleon encargó muy particularmente á Suchet *procurase apoderarse á toda costa de la persona de Blake*. Sabia muy bien que era por su saber, el más temible de los caudillos españoles; así su fortuna hubiese corrido parejas con su inteligencia y su denuedo.

No se reunió gran número de individuos en la Junta, porque faltaban las divisiones de Mahy y algunas otras. Blake propuso á los que se reunieron las siguientes cuestiones: 1.^a *Si era posible ó no defender á Valencia.* 2.^a *Si era conveniente permanecer en las líneas, ó seria preferible hacer una salida y abrirse paso por entre los enemigos.* 3.^a *Si se optaba por este último extremo, cuándo seria más conveniente realizar la salida.*

Fué opinion unánime de los vocales que Valencia no podia resistir á un verdadero sitio dispuesto en toda regla. Casi hubo idéntica unanimidad en que debía verificarse la salida, y al momento,

sin que se opusiese nadie más que el general D. José Miranda. Por consecuencia quedó resuelta la salida, si bien se suspendió por aquella noche, á fin de dar raciones á las tropas y procurar enterarse de las posiciones del enemigo.

El día 27 hizo Blake retirar la artillería, sin que se apercibiese el enemigo, al centro de la ciudad, y se dispuso la salida para la noche del 28. En esta ocasion no podemos disculpar á Blake de un poco de morosidad. Cierto es que debió no dejar abandonada la artillería ni sacar sin racionar las tropas; pero uno y otro debió hacerse con extraordinaria velocidad, para no dar tiempo á que el enemigo extendiese su campo y ocupase el camino de Madrid, esparciendo cortaduras y sembrando de dificultades la salida, todo lo cual ejecutó desde el 25 al 28 de Diciembre. Porque temian esto mismo, todos en el consejo opinaron porque se verificase la salida sobre la marcha.

El día 28 estaba el ejército español racionado, municionado y la artillería retirada á lo interior de la plaza. La salida debía hacerse por el puente de San José, en direccion de Cuenca, á encontrar á los generales Freire y Bassecourt. Cada division habia de llevar una compañía de zapadores y obreros para allanar los pasos difíciles, y despues de haber entregado á D. Carlos O'Donnell una nota detallada de lo que debia hacer para defender la plaza, preparáronse para salir á las diez en punto de la noche. Aún ocurrieron inconvenientes que retrasaron la salida hasta las doce, á cuya hora rompió la marcha la division de vanguardia, que era la de Lardizabal, al frente de cuya primera brigada iba el brigadier Michelena. Este marchaba á la cabeza y atravesó el puente con notable decision, detrás del cual siguió el mismo Lardizabal con el resto de la division.

Anduvieron Michelena y los suyos algun trecho sin novedad, hasta que suelta el agua de la acequia de Mestalla, les interceptó el paso. El brigadier Michelena exhorta á los suyos y sigue denodadamente por en medio del agua, hasta que le detiene un piquete enemigo; pero siempre sereno y tranquilo, habla en francés al jefe y éste le abre paso.

Llega á Beniferri, en donde encuentra nueva fuerza francesa, la hace prisionera y la lleva consigo; pero los que guarnecen la poblacion le hacen fuego, y sin embargo el bizarro Michelena sigue adelante y llega con los suyos sano y salvo á Liria. Si todos hubie-

sen imitado á este intrépido y digno brigadier, otro hubiera sido el resultado de la salida.

Lardizabal, empero, siempre tan valiente, se muestra entonces indeciso; y mientras sale de su indecision, otra division que le seguia se encuentra con el imprevisto obstáculo de la brigada en que iba Lardizabal. A este tiempo ya resuena la generala en el campo enemigo; el fuego se aumenta, se multiplica, se generaliza y el plan ha fracasado: Blake, que al pié de un baluarte, con su estado mayor, presenciaba el desfile, vé que no es posible realizar la salida y dá órden para que regrese el ejército á los atrincheramientos y se coloque de nuevo la artillería que se habia retirado. Solo el atrevido y sereno Michelena ha realizado cumplidamente la parte que le correspondia.

Pero pasado aquel peligro, otro y no menor amenazaba: la ciudad se mostraba en un estado de verdadera sedicion; el reciente fracaso habia acabado de exasperar á los que de mucho tiempo antes estaban intranquilos y disgustados. No dejaban de trabajar para ello los *amigos* de los franceses, que sembraban la discordia muy de propósito y porque les era muy conveniente.

El dia 29 entró Blake en la ciudad y la recorrió á pié y sin escolta, á fin de que le viesen tranquilo y sin asomo de temor. La junta popular, en la cual debia haber algunos de no muy clara intencion, ó alucinados por los que no la tenian, celebró una sesion borrascosa; quiso reunir en ella el mando general militar y civil, y nombró varios comisarios de su seno que pasasen á examinar el estado de las fortificaciones, artilleria, etc., sin tener en cuenta la supina ignorancia de todos ellos en materias de guerra.

A la una de la noche se presentaron cuatro de los junteros á Blake, casi todos artesanos y dos frailes, gente toda *entendida* en asuntos de milicia. Blake retuvo á tres de ellos y dijo al cuarto contestase á la Junta que de ninguna manera accederia á sus imprudentes pretensiones; y á los tres que detuvo les hizo reunir al general Zayas, que era de toda confianza, *para que los hiciera alternar en el servicio con los soldados, á fin de que tuviesen así ocasion de ver si el servicio se hacia como la Junta deseaba.*

El dia 30 acudieron con la desatinada pretension de hacer *todo el pueblo* en masa una salida con las tropas, y cargar sobre el campo enemigo. Blake logró disuadirlos; pero se convenció de que no podia intentar nueva salida, porque no estaban los ánimos de los ciudadanos para dejarles libres y sin freno. Hubo entonces otro

mal y no pequeño: casi todos los soldados eran valencianos, y estaban ligados, ya por amistad, ya por parentesco, con los ciudadanos. Debieron haber dejado estas tropas lejos de su país, y haber llevado otras con Blake, antes de comenzar el sitio.

Al espirar el año 1811 quedaba Valencia en la estrecha posición que lacónicamente hemos descrito.

GALICIA Y ASTÚRIAS.

Poco sucedió de importante en el principado de Asturias y en el antiguo reino de Galicia, durante el año 1811. El día 19 de Marzo ocurrió una acción cerca de Cangas de Tineo, en las alturas de Puelo, en la cual vencieron los franceses, quedando herido nuestro general Bárcena. El bizarro Porlier, al frente de la caballería, salvó á los infantes y á generales y jefes de una ruina segura.

Mandaba en jefe el general Castaños, si bien se había hecho su nombramiento, más que con otro objeto, para que su nombre diese importancia al 6.º ejército, puesto que Castaños retenía el mando del 5.º (de Extremadura) en donde hacía falta su presencia.

El general Mahy, que había mandado en Galicia y Asturias, había sido reemplazado por D. José María de Santocildes, justamente acreditado desde su bizarra defensa de Astorga. A sus órdenes mandaba inmediatamente las tropas, distribuidas en tres divisiones, el general *Losada*, cuya división ocupaba á Asturias; el general *Taboada* situado en el Vierzo; el general *Cabrera*, en la Puebla de Sanabria, y en Lugo se situó un cuerpo de reserva.

El 14 de Junio salió el general francés Bonnet de Asturias, lo que proporcionó alguna tranquilidad á aquellos habitantes, dirigiéndose al reino de Leon.

El 22 de Junio entró en Astorga el general Santocildes entre el popular aplauso. La guarnición francesa se había retirado á Beavente, después de haber destruido parte de las fortificaciones.

El día 23 de Junio apareció el general Villetaux, dependiente de Bonnet, contra nuestro general Taboada, cuya línea se extendía por la parte que conduce desde Astorga á Ponterrada. Ocupaban los españoles la margen derecha del Orbigo, pues Taboada con la principal fuerza de su división tenía tomado el terreno que hemos antes indicado, y él se había situado en un pueblo llamado Cogorderos.

Emprendióse la lucha y Taboada, á pesar de tener mucho menor número de tropas, se sostuvo con gran valor hasta la llegada del general Castañon (D. Federico) con su division de Astúrias, cuya oportuna llegada equilibró las fuerzas; y cargando intrépidamente de flanco, mientras Taboada sostenia el ataque de frente, los franceses fueron tan completamente deshechos que un gran número de ellos quedó sobre el campo. Aquel no está precisado; pero el contarse en su número el general Villetaux, que mandó la accion y quedó tambien sin vida sobre el campo, dice bastante para comprender cuan grande sería la derrota de los franceses. Entre los prisioneros quedaron once jefes y oficiales.

Por este tiempo se contaba entre Astúrias y Galicia unos 16.000 españoles; y en la Liébana se hallaba el bizarro D. Juan Diez Porlier, comunicándose con los generales de Astúrias y Galicia, atendiendo á socorrerlos cuando era necesario, y organizando al mismo tiempo el 7.º ejército de nueva creacion, cuyo mando en propiedad habia de tener el general Mendizabal, á la sazón detenido en Extremadura.

La comarca de la Liébana, apenas nombrada en la historia, se distinguió muchísimo por su patriotismo jamás desmentido. Sufrieron tres invasiones de los franceses aquellos heróicos habitantes, sin dejarse dominar en ninguna.

La situacion topográfica de la Liébana era muy á propósito para resistir al feroz invasor, como país montuoso y enclavado entre Astúrias, Leon, Palencia y Santander. Aquella reducida comarca, no sólo servia por sus condiciones naturales para la defensa de los habitantes, si que tambien dichas condiciones y el preclaro patriotismo de aquellos eran un refugio en caso de desgracia para los patriotas que sostenian la guerra en las provincias limítrofes.

En Potes, villa capital de la Liébana, fué donde el benemérito Porlier fijó sus reales para desde allí atender al auxilio de los ejércitos inmediatos, como se vió en la rota de Puelo que salvó á la division española de una total ruina. Al propio tiempo organizaba el 7.º ejército, auxiliado por el que segun alguno llegó á ser su segundo, y segun otros su ayudante, el bizarro D. Matías de La Madrid.

El famoso Porlier, cuya última desgracia de antemano lamentamos, no se limitó á organizar el nuevo ejército: estableció hospitales militares, depósitos de municiones y de vituallas y de prisio-

neros, y áun fundó un colegio de cadetes. Todo esto debió la justa causa nacional al famoso Porlier, y á que lo ejecutase contribuyeron tanto y tan directamente los leales habitantes de la Liébana, como acabamos de referir.

No quiso dejar tranquilo á Porlier el gobierno usurpador, y contra él mandó al general Rognet al comenzar el segundo tercio del año. Penetró el francés por el valle de Valdegrado, no sin que le hostigasen aquellos valerosos naturales. Porlier ya esperaba al francés preparado y en terreno á propósito; pero el segundo llegó hasta Potes sin hacer otra cosa que dejar un *recuerdo muy suyo*, es decir, muy de los napoleónicos, quemando una acera de casas en la plaza del pueblo. Hecho esto retrogradó sin tomarse la pena de libertar á los prisioneros, sus compatriotas, que en Mogrovejo guardaba Porlier. Este asomó, al regresar Rognet, por el puerto de Pineda; y como en la manera de caminar comprendió el francés que se acercaba decididamente en su busca, torció el camino por Brañes para evitar el fatal encuentro y dirigirse á Reinosa. Tal fué la *brillante* campaña de Rognet en la Liébana.

Casi al terminar el año comenzó un movimiento tan inoportuno como perjudicial, en el alto personal del 6.º ejército. Castaños, su general en jefe, á tanta distancia no podía prestar sino su nombre; por manera que el general Abadía, á la sazón encargado del mando, obraba por sí propio y no podía hacer otra cosa. Este último hizo diversos cambios de jefes con notable daño de la causa que sostenía, por buena que fuese su intencion. La inseguridad de conservar el puesto hacía que ninguno de los jefes nombrados se interesase en los asuntos de la guerra, como que no sabian si en el momento de ir á proceder estarian ya depuestos.

Abadía tuvo que dirigirse á la Coruña, y dejó el mando de Asturias al marqués de Portago; y el general francés Bonnet, que tuvo oportunamente noticia del desconcierto en que el continuo cambio de jefes tenia á aquel ejército, penetró de nuevo en Asturias.

Acudió á marchas forzadas el general Moscoso, jefe de estado mayor general, de cuya prudencia, talento militar y valor se hacen justos elogios, y llegó á Asturias cuando Bonnet entraba en Oviedo.

El general Losada (D. Francisco Javier) con D. Pedro de la Bárcena, colocó su division, que era la primera del 6.º ejército, en las márgenes del rio Narcéa á fin de tener libre en un caso extremo la retirada á Galicia. Impidió por este medio que el general

Gauthier se colocase á su retaguardia, y le obligó á alejarse. Moscoso, puede decirse, dirigió aquel hecho de armas.

Llevaba consigo Bonnet 12,000 hombres (5 de Noviembre); pero no tuvo en que emplearlos para entrar en Oviedo. Los ciudadanos la habian abandonado, llevándose el dinero de las cajas, las armas de las fábricas, y cuanto llenaba los almacenes. Ya sabe el lector lo que sucedió á Gauthier que precedia á Bonnet.

Cambiaron despues de rumbo dirigiéndose á la parte Oriental, y dieron con el bizarro Porlier que les obligó á desandar el camino, con más velocidad de la que habian empleado para llegar hasta aquel punto. Encerróse, pues, Bonnet en Oviedo á meditar sobre el plan de campaña que deberia emplear, visto que además del sexto ejército español, el 7.º, casi improvisado por Porlier, comenzaba á darle cuidado.

ARAGON.

Durante algunos meses el general Suchet, cuando regresó á Zaragoza desde Cataluña, solo se ocupó de distribuir columnas que persiguiesen á las partidas sueltas, de las cuales algunas merecian tambien el nombre de columnas y áun el de brigadas. En este número se contaban las que mandaban el denodado Villacampa y el bizarro Empecinado.

Como los franceses todo lo arreglaban á fuerza de sobrecargar soldados, despues de sufrir algunos descalabros y de aumentar las fuerzas militares, lograron que los célebres partidarios dejasen temporalmente el suelo aragonés, pero no destruirlos. No hicieron más sino obligar á Villacampa á trasladarse á Cuenca, y á Guadalupe al Empecinado; pero con todas las respectivas fuerzas militares y sin notable pérdida, no obstante haberlas perseguido con teson é inteligencia dos generales tan entendidos como Abbé y París.

Al mismo tiempo que esto sucedia, detrás de las columnas francesas surgian como de la tierra improvisadas partidas, y de vez en cuando el bizarro Mina dejaba á Navarra y asomaba en Aragon; lo que equivale á decir que los invasores dejaban libre el suelo que pisabar y el que abandonaban ocupado.

Para cumplir las órdenes de Napoleon volvió á marchar Suchet á Cataluña, dejando en Zaragoza 2,000 hombres de infantería con 300 caballos, á las órdenes del general Compère, 4,000 con dos escuadrones de húsares en la frontera de Navarra, al mando

de Klopicki, y él con VEINTE MIL hombres tomó la vuelta de Cataluña.

Corria ya el mes de Octubre cuando el suelo aragonés estaba completamente invadido por nuestras partidas. Ya no solo se trataba de Villacampa y del Empecinado, sino de Durán, Amor (D. Bartolomé), Tabuena y otros infinitos, de los cuales solo el Empecinado tenia á sus órdenes CINCO MIL infantes y QUINIENTOS caballos, intrépidos como ellos mismos.

El general Musnier era el gobernador francés de Zaragoza, el cual perdía el tino, porque no sabia á que parte acudir. La *audacia*, como los franceses decian, de aquellos denodados españoles llegó hasta penetrar en Calatayud, *haciendo prisionera á la guarnicion* que constaba de QUINIENTOS SESENTA Y SEIS soldados.

Musnier, sirviéndose momentáneamente de la division Severoli que pasaba al campo de Valencia llamada por Suchet, ocupó á Calatayud abandonado ya por los españoles, y mandó columnas volantes en persecucion de estos.

Tanto efecto produjo aquella activa persecucion en el Empecinado que, como si tal cosa sucediese, el dia 6 de Noviembre rindió la guarnicion de la Almunia. Los demás llamados *cabecillas*, que generalmente son hombres de muy buena cabeza, escepto aquellos que abusando de las circunstancias son verdaderos bandidos, continuaron ejecutando proezas, hasta que comenzó entre ellos algun asomo de desacuerdo. Por esto Blake mandó al conde del Montijo con 2,000 hombres, segun el lector recordará todavía, y la orden al Empecinado y Durán de ponerse á las órdenes del precitado jefe, pasando á encontrarle á la provincia de Guadaluajara.

La division Severoli, que de Navarra habia pasado á Aragon para seguir á Valencia, continuó su marcha, y el intrépido y activo Mina penetró en Aragon y dió tanto que hacer á Musnier que, sirviéndose de una locucion vulgar, le volvia el juicio y le mareaba, sin poder nunca llegar á vencerle.

Penetró este bizarro caudillo español en las cinco Villas; estuvo en Ejéa, en Ayerbe y recorrió libremente toda la comarca (16 Octubre), llegando á imponer tal respeto á los enemigos que una columna mandada por Musnier encontró á Mina frente á frente, y en vez de atacarle se replegó en direccion de Haesca.

Mina se lanza en persecucion de la columna y tan de cerca le ataca, que aquella hace alto y forma el cuadro, única esperanza, y

muy leve, de salvacion. Pero carga á *la bayoneta* la terrible tropa de Cruchaga y rompe el cuadro. Ni un sólo enemigo se salvó: los que no murieron quedaron prisioneros, en número de SEISCIENTOS CUARENTA individuos de tropa, DIEZ Y SIETE oficiales y el jefe de la columna llamado Ceccopieri, herido además.

Juzgue el lector de la ira y asombro de Musnier cuando recibió la terrible noticia. En el momento salió él mismo en persecucion de Mina, combinando sus movimientos con otros jefes, y entonces se ostentó el genio estratégico de aquel gran caudillo en todo su brillo y esplendor; porque burlando á Musnier y á todos los demás jefes, casi á su vista siempre atravesó el reino de Aragon, penetró en Navarra, pasó á Guipúzcoa, se presentó en el puerto de Motrico, rindió la guarnicion francesa y la embarcó en la fragata *Iris*, de la marina real británica. Creemos escusado el comentar los hechos para realzar el gran mérito militar y el arrojo de D. Francisco Espoz y Mina. Los mismos hechos desnudos y descarnados, son su más cumplido elogio.

NAVARRA Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

Comprendiendo bajo este epígrafe, para no subdividir demasiado nuestra obra, la tierra de Búrgos y la de Rioja, diremos al lector que en tan vasta estension no abundaban menos que en Aragon los partidarios, ni eran menos denodados, inteligentes y activos de los que tanto daban en que entender á Musnier.

Mina, cuyo nombre era tan terrible á los franceses, Longa, el Pastor (Jáuregui), Campillo, Tapia, Merino y otros, traian tan inquietos á los franceses, lo mismo que Durán, Tabuena y el Empecinado en el territorio aragonés.

El célebre Mina, que gastaba cuanto tenia en remunerar á buenos confidentes para tener exactas noticias del enemigo, supo que el mariscal Massena se retiraba á Francia, despues de su desgraciada expedicion á Portugal, y con él iba un inmenso convoy.

Práctico como era Mina en el terreno, caminando de noche y de día por montañas y sendas escusadas de la provincia de Alava, dió vista al convoy al amanecer el día 25 de Mayo, al cruzar la sierra de Arlaban, en los confines de Alava y Guipúzcoa.

Dejó el intrépido Mina pasar la cabeza del convoy, y al llegar la retaguardia sale impetuosa é imprevistamente de su emboscada, y cae sobre la tropa de escolta. Esta se defiende y se entabla una en-

carnizada lucha, que duró desde las seis hasta las nueve de la mañana, á cuya hora los coches de lujo que Massena llevaba á Francia, dinero, alhajas, carros y, en fin, el convoy entero estaba en poder del valeroso Mina. De ciento cuarenta y un carros y nueve coches constaba el convoy: el valor total se calculó en CUATRO MILLONES de reales. Una buena parte del botin se repartió entre los individuos de la columna de Mina: el resto y las alhajas ingresaron en la caja militar. De la escolta murieron CUARENTA oficiales y OCHOCIENTOS soldados; el resto quedó prisionero, incluso el coronel Laffite, jefe de aquella. Massena, por su fortuna, se habia detenido en Vitoria, sin lo cual mal lo hubiera pasado.

La gran hazaña de Mina le dió justamente inmenso crédito; y lo que tuvo de más apreciable fué que merced á ella recobraron la libertad más de mil prisioneros españoles y algunos ingleses, que iban con el convoy á Francia.

Debe entender el lector que dieron á Napoleon tan gran cuidado los llamados *brigantes*, que hizo crear un gran ejército, denominado del Norte, al mando del mariscal Bessieres, que fué reemplazado despues por Dorsenne, compuesto nada menos que de SETENTA MIL hombres, de los cuales se burlaban casi impunemente los partidarios que recorrían la Navarra, las Vascongadas, Rioja y parte de Castilla la Vieja.

La ilustre y memorable hazaña de Arlaban, tanto cuanto levantó el nombre de Mina entre los españoles, le hizo odioso á los franceses. No contento el enemigo con destinar DOCE MIL hombres exclusivamente á perseguirle, apeló á un medio bajo é infame, úselle quien le usare, y verdaderamente desmoralizador, porque pone á prueba la lealtad de los que padeciendo necesidad verdadera, columbran un medio de remediarla, aunque indigno y villano.

El día 24 de Agosto publicó un bando el general Reille, gobernador francés de Pamplona, en el cual ofrecia SEIS MIL duros por la noble cabeza del gran Mina; CUATRO MIL por la de de Cruchaga, el que á la bayoneta rompió el cuadro francés en Aragon, y DOS MIL por cada uno de los demás caudillos de la partida.

Con orgullo consignamos aquí que no se encontró un español á quien tentase la oferta, aunque tantos necesitados habia en la partida cuantos hombres formaban la clase de tropa; y viendo el enemigo que por aquel infame medio nada adelantaria, apeló á la seducción, á las ofertas de dinero, de grados y de cuanto pudiera alucinar á los que ganar queria.

Mina, que vió entrar por entonces en Navarra la division Severoli, quiso tomarse tiempo para prepararse á hacer frente á cuantos llegasen. Al efecto admitió muy bien á los comisionados secretos de Reille y los entretuvo con buenas palabras, como quien trata de entrar en negociaciones.

Aprovechó el tiempo cuanto pudo, hasta que los comisionados del francés le hicieron saber que no podian esperar más y necesitaban una resolucion definitiva. Entonces Mina les propuso una reunion en el pueblo de Leoz, á cuatro leguas de Navarra, advirtiéndoles que habian de asistir todos sin faltar ninguno. Y se presentaron en efecto, á escepcion del jefe de la gendarmeria llamado Mendiri.

No se sabe á punto fijo si Mina tuvo aviso de que se trataba de tenderle un lazo, ó si quiso proceder de una manera arbitraria y poco leal, cosa que no podemos aprobar por más que de deslealtad hubiesen dado tantos ejemplos los franceses. De un modo ó de otro, y suponiendo lo primero, si se atiende al noble carácter de Mina, es lo cierto que éste fuertemente irritado por no haber parecido Mendiri y manifestando que la falta del jefe de los gendarmes era para él muy sospechosa, retuvo prisioneros á los otros tres comisionados, á pesar de que habian llegado hasta allí bajo el salvo conducto del mismo Mina. Tacháronle de alevoso los franceses, y nosotros quisiéramos haber encontrado más claro el móvil que hizo proceder á Mina de aquella manera, por honor á su nombre tan justamente célebre. Debemos agregar solamente que algunos suponen, y nosotros tambien lo creemos de la nobleza de Mina, que tuvo efectivamente aviso de que la falta del jefe de gendarmes no fué casual, y de que se le preparaba una emboscada.

Reille, el que puso en bando las cabezas de Mina y de Cruchaga, se vengó de éste último hecho haciendo fusilar y ahorcar á muchos paisanos, á bastantes prisioneros españoles y á no pocos *padres y parientes próximos de los voluntarios de nuestras tropas*. Al recordar esto, debemos dar por bueno cuanto hicieron con los franceses los españoles: aquellos siempre feroces y sin humanidad, vengaban en ancianos inermes y en mujeres indefensas la lealtad de los jóvenes, como si pudiesen aquellos impedir la resolucion de estos. Pero lleno el bizarro Mina de justísima indignacion por la nueva ferocidad de los nuevos hunnos, pasó un oficio al comandante general de Navarra concebido en los siguientes términos:

«Si el conde de Reille no revoca inmediatamente su decreto del 25 de Agosto (en que prometia continuar fusilando y ahorcando),

»cesa en su sistema y pone en libertad todos los presos por nues-
 »tra causa, haremos una guerra sin cuartel, *incluyendo la majes-*
 »*tad misma del emperador*, degollando cuantos parientes suyos y
 »de sus partidarios hallemos *en cualquier parte del mundo*. El sa-
 »queo y las llamas decidirán la suerte de sus bienes; y si Reille
 »quiere un plan devastador, nosotros, olvidando la moderacion
 »que nos distingue, esparciremos por todas partes la muerte y la
 »desolacion.»

»No cesará la catástrofe hasta finalizar con el último hombre
 »del ejército imperial que caiga en nuestro poder. V. S. no podrá
 »remediar el furor de la division, *que está decidida á morir, pero*
 »*empapada en sangre de franceses*.»

El dia 24 de Octubre expidió é hizo publicar un decreto cuyo principio es demasiado interesante para que el lector no agradezca el conocerle. Dice así:

«Nos D. Francisco Espoz y Mina, coronel de los reales ejérci-
 »tos (á pesar de sus muchas hazañas, de coronel le encontraron las
 »Córtes y así le tenían), comandante general en el reino de Navar-
 »ra, hacemos saber: que por el conde de Reille, edecan de S. M. el
 »emperador de los franceses, se publicó un bando en 5 de Agosto
 »de este año, por el que concedia un indulto á todos los volunta-
 »rios que deponiendo las armas abrazasen el partido imperial, es-
 »tendiendo la amnistía hasta el 15 de Setiembre, con la amenaza de
 »proceder militarmente contra todos los voluntarios, y de ahorcar
 »á los aprehendidos con las armas en la mano; haciendo respon-
 »sables á los padres, parientes y autoridades así civiles como ecle-
 »siásticas, y fulminando penas atroces contra todos.

»Creimos que tal decreto seria conminatorio, y que jamás un
 »general llegaria á realizar amenazas tan injustas como atroces,
 »pero una triste experiencia nos ha desengañado de que excedien-
 »do las conminaciones, *llegó su furor á un extremo inaudito de*
 »*barbarie*.

»El capitán D. MANUEL SADABA, mi ayudante de campo, que
 »hasta el pié del cadalso manifestó su firmeza exhortando á todos á
 »morir en defensa de la patria, el capitán graduado D. Simon de
 »Languidain y el subteniente D. Gregorio Solchaga, han sido,
 »ahorcado el primero, fusilados los otros dos con la mayor infamia,
 »escándalo del mundo, y violencia de todos los pactos recibidos en
 »las naciones. Muchos sacerdotes, alcaldes y otros paisanos han
 »sido pasados por las armas tan ignominiosa como cruelmente, lle-

»nando de furor á todas las almas buenas, que ven regado el suelo
 »con sangre inocente, preparando igual suerte á centenares de per-
 »sonas que hacen gemir en sus calabozos, sin otro delito que el de
 »parentesco con mis voluntarios, ó el *deseo de una sórdida ava-*
 »*ricia*..»

Tal era el mesurado principio del célebre decreto de Mina, el cual terminaba por decir que no pudiendo ser él indiferente á tantas y tan injustas atrocidades, habia dispuesto esperar hasta el día 1.º de Noviembre, para ver si el feroz Reille anulaba sus sanguinarias determinaciones. De no hacerlo así, desde el día 2 del citado mes comenzaría á imitar á dicho general, empezando por fusilar á **23** oficiales y **700** soldados franceses que tenia prisioneros. Concluía mandando leer aquel decreto á todos los prisioneros que tenia y á los que en lo sucesivo cayesen en su poder, *á fin de que supiesen el inminente peligro en que estaban de morir afrentosamente en una horca, por efecto de la crueldad de su mismo general, el conde de Reille.*

No fué el bando de Mina letra muerta: comenzó á cumplirse, hasta que Reille desistió al saber que Mina no habia ofrecido para no cumplir. Con esto y con la salida de las tropas francesas llamadas por Suchet, quedó Mina más libre y tranquilo para proseguir en sus operaciones militares, y los leales ciudadanos pudieron respirar con sosiego.

EJÉRCITO ALIADO.

Al comenzar Agosto, hallábase lord Wellington en Fuentegui-
 naldo, á corta distancia de Ciudad-Rodrigo, cuya plaza estaba poco
 menos que bloqueada por el ejército aliado.

Tenia el inglés consigo las divisiones españolas de D. Julian Sanchez y D. Carlos España; pero Wellington pensaba, más que en emplear las armas, en rendir por hambre á los defensores de Ciudad-Rodrigo.

Supo por entonces que Marmont se preparaba á dar socorro á la plaza, libre de otros apremiantes cuidados, porque el conde de Dorsenne, sucesor de Bessieres, habia retrocedido á Astorga y sostenia la lucha con el 6.º ejército español. Acababa Dorsenne de librar á aquel la batalla con dobles fuerzas, como generalmente sucedia, quedando por ende vencedor. No fué desastre de gran consecuencia, pero le pagaron los franceses á tan caro precio, al

atravesar los puertos de Fuencebado y Manzanal, que entre sus muertos contaron á uno de sus generales y á un jefe de brigada. Pero como quiera que Dorsenne habia hecho retroceder á nuestras tropas de Galicia, pudo despues replegarse sobre Astorga y dejar á Marmont en aptitud de socorrer á Ciudad-Rodrigo.

Seguro el conde de Dorsenne de que nada debia por entonces temer segun el estado y posicion de sus enemigos de Galicia, por que habia guarnecido con fuerzas suficientes las avenidas de Toreno para guardar la entrada de Astúrias, abandonó á Astorga y pasó á Tamames, á 22 de Setiembre, en donde le esperaba Marmont.

El dia 24 habian entrado socorros en la plaza, como se proponian: Welington, sin que neguemos su mérito militar, era muy poco activo y no se movió ni trató de impedirlo.

ACCION DE FUENTEGUINALDÓ.

Tampoco pensó el inglés en tomar la ofensiva, antes bien esperó á ser atacado. El dia 25 de Setiembre comenzaron los franceses la batalla, que ni fué importante, ni decisiva, ni de consecuencias. A pesar de esto fué Welington quien se replegó del campo de Fuenteguinaldo y tomó posiciones más á retaguardia, y el dia 27 se repitió el choque, dado con tanta flojedad y tibieza, que entre franceses y aliados no ocurrieron DOSCIENTAS bajas, y entre ambas acciones de guerra no pasarian de QUINIENTAS. Esto fué bastante notable, porque trabajó, ó figuró trabajar, la caballería francesa en número de 1,500 caballos, que se fueron aumentando hasta 3,000.

Poco despues Dorsenne se volvió atrás, dirigiéndose á Valladolid, y Marmont á Plasencia, que era el mismo punto que habia ocupado antes de ir á encontrar á Welington; por cierto que uno y otro, para hacer lo que hicieron, pudieron muy bien haberse ahorrado la molestia del camino. Ciertamente es que estaban ambos generales muy poco avenidos, y que además los mantenimientos estaban muy escasos.

Welington, con la sólita calma, comenzó á disponer el sitio de Ciudad-Rodrigo en toda regla, y en tanto D. Carlos España y don Julian Sanchez recorrian el país y no sin fruto. El segundo al salir el general Renaud, gobernador francés de Ciudad-Rodrigo, á hacer un reconocimiento, le hizo prisionero con la escolta que llevaba, y quitó á los enemigos 500 cabezas de ganado.

D. Carlos España, que recorría el país por opuesta parte, reci-

bió un parte de uno de sus subalternos en el cual le avisaban de que un jefe enemigo había fusilado en Ledesma seis prisioneros españoles, apenas los había cogido. El general España, acto continuo, le dirigió un enérgico oficio, que sustancialmente decía:

«Es preciso que V. E. entienda y haga entender á los demás generales franceses, que siempre que se cometa por su parte violacion de los derechos de la guerra ó se atropelle algun pueblo ó particular, repetiré yo inexorablemente igual castigo con los oficiales y soldados franceses..... De este modo se os obligará á conocer que esta es guerra de un pueblo libre y virtuoso, que defiende sus propios derechos y la corona de su rey, á quien libre y espontáneamente ha jurado y ofrecido obediencia, mediante una Constitucion sábia que asegure la libertad política y la felicidad de la nacion.»

Nótese, pues, en estas palabras del conde de España comprobado al pié de la letra lo que en otro lugar hemos dicho, y más adelante lo veremos mejor. Cuando el gobierno era constitucional, constitucional era él; cuando absoluto, absolutista.

Continuaba Welington imperturbablemente sus cálculos y disposiciones, mientras el general Girard, que mandaba el 5.º cuerpo de ejército francés, pensó en sacar de su inaccion al inglés.

ACCION DE ARROYO-MOLINOS.

Adelantó Girard hasta Cáceres y extendió su línea, sin otro objeto por entonces que el de privar á los aliados de recursos. Si Welington hubiese estado sólo, probablemente hubiera el francés logrado su propósito. El general Castaños, empero, instó al inglés, manifestándole que era poco decoroso para los aliados el dejarse acorrallar impunemente; y tanto dijo é instó, que el inglés se decidió por fin.

Hizo acercar á Hill, que se hallaba en la entrada de Portugal con 14,000 hombres, á las divisiones españolas de Sanchez y de España (el general) y se acercó igualmente D. Pedro Agustín Giron (después marqués de las Amarillas), que era el segundo de Castaños, con 5,000 españoles: 2,500 mandaba el bizarro D. Pablo Morillo, y otros 2,500 el caballeroso y valiente conde de la Penne Villemur.

Al momento supo Girard este movimiento de tropas, y abandonando á Cáceres se replegó sobre Arroyo-Molinos. Creyóse allí se-

guró de los ingleses al menos, porque sabia que Wellington era poco amigo de separarse de la frontera: siempre fueron los ingleses muy cuidadores de la guarda de Portugal.

Rayaba el alba del 28 de Octubre cuando Girard, que habia proyectado pasar á Mérida, hizo tomar esta direccion á la division de vanguardia. Una hora despues, como á las seis y media de la mañana, con gran sorpresa de Girard y cuando él mismo seguia la direccion de la vanguardia, los exploradores le avisaron de que la sierra se iba coronando de enemigos.

Repúsose, empero, de su sorpresa y despreció el aviso, porque avanzando bastante y flechando el anteojo no vió otra cosa que unas simples guerrillas; porque lo espeso de la niebla casi impedia la vista y exclamó con desprecio: *Eh bien! les brigants!* Creyó que era algun partidario que ó no se atreveria á detenerle, ó le costaria muy cara, de hacerlo, su demasia.

Mandó, pues, Girard, redoblar el paso; pero á la manera que en una representacion escénica de magia cambia la decoracion y presenta á la vista una mutacion apenas concebible por su rapidez, así con igual velocidad encontró Girard tomado el pueblo de Arroyo-Molinos que tenia á su espalda, por una parte del ejército aliado; otra le cortó el paso, y otra se dirigió contra las columnas de retaguardia. La vanguardia llevaba ya bastante delantera.

La accion fué breve, pero muy importante; consta que nuestra pérdida fué tan insignificante que no pasó de TREINTA españoles, y de SETENTA Y UNO entre portugueses é ingleses. De los franceses perecieron sobre el campo CUATROCIENTOS DOCE, SETECIENTOS VEINTE heridos y MIL CUATROCIENTOS prisioneros. Entre los muertos se contó al general Dombrowski y entre los prisioneros al duque de Aremberg, al general Brun, y otros varios jefes y oficiales de graduacion. Toda la artillería quedó en poder de los nuestros, con las banderas de los prisioneros y otros trofeos de guerra.

Girard con sus ayudantes y estado mayor pudo escapar, que así puede decirse, siguiendo la sierra, trepando por breñas y salvando precipicios. El denodado Morillo, con sus tropas, siguió al alcance de la vanguardia y persiguió á los que se habian salvado hasta el puerto de Quebradas. En cuanto á la primera, habia ganado ya demasiado terreno y llegó sana y salva á Mérida, en donde supo el completo destrozo de sus camaradas.

Drouet, el general en jefe, que habíase quedado con el resto

del 5.º ejército francés, trató de vengar el desastre; más acabó el año sin que lo verificase. Los aliados se fijaron en Cáceres; Hill volvió con su tropa á Portugal y ocupó el Alentejo.

Tanto temor embargó á los franceses, que en Badajoz tuvieron casi tres dias cerradas las puertas de la plaza, pero en vano. Parecia que Wellington cuando daba algun golpe regular, quedaba cansado para mucho tiempo. En cuanto á la célebre victoria de Arroyo-Molinos, podemos asegurar que se debió al general Castaños, sin cuyas instancias el inglés no hubiese abandonado su sólita impasibilidad.

MADRID.

En la córte de España apenas se notaba movimiento alguno, á pesar de residir en ella el titulado rey. Este vivía profundamente disgustado; porque si en efecto habia algun intruso que ilegítimamente ciñese la corona y tiránicamente gobernase en España, no era seguramente el humano y discreto José Bonaparte, sino el ambicioso, tiránico y sanguinario Napoleon.

En el distrito ó provincia de Castilla la Nueva, sí se observaba incesante movimiento; porque los partidarios traian, como en todas partes, á mal traer á los franceses. Los ex-médicos Palarea y San Martin (TIN-TIN), no hacian menores servicios á la justa causa que los partidarios de Aragon, de Navarra y de otros puntos.

Palarea se extendia frecuentemente por el reino ó provincia de Toledo, hasta Talavera de la Reina: San Martin llegaba hasta Cuenca, regresaba, iba á Ciudad-Real y estaba siempre en continuo movimiento. Tambien aparecia en Castilla la Nueva de vez en cuando, de la provincia de Segovia, que era el verdadero teatro de sus hazañas, el denodado partidario D. Juan Abril, como Saornil venia y volvia desde Castilla la Vieja, y como el famoso Chaleco (D. Francisco Abad). Respecto de Abril podemos referir una hazaña que, ciertamente, merece ser consignada. Casi al terminar el primer tercio del año, atacó y dispersó una columna francesa que llevaba CATORCE MIL cabezas de ganado, que habian reunido para aprovisionar á las tropas que carecian de subsistencias; Abril rescató las CATORCE MIL reses y bizarramente destruyó á las tropas que las escoltaban.

Tantos y tan atrevidos partidarios pululaban por Castilla la Nueva, ya fijos en ella, ya viniendo de otros puntos, y tanta y tan

decidida proteccion encontraban en los pueblos inmediatos á la córte, que en las Memorias del titulado rey José se leen las siguientes significativas líneas:

«*Les Français ne pouvaient se montrer DANS LES PROMENADES EXTERIEURES de la ville de Madrid, sans courrir le danger d'être enlevés. (Los franceses no podían presentarse EN LOS PASEOS EXTERIORES de la ciudad, ó villa, de Madrid, sin correr el riesgo de ser arrebatados).* Las precedentes palabras, lo dicen todo.

El pobre rey de farsa, que no merecia ciertamente la suerte que le deparó la ambicion de su hermano, aburrido y triste pensaba en los medios de salir de la violenta posicion en que se hallaba. Habia enviado á París á su ayudante el coronel Clermont-Tonnerre para que entregase una larga carta á Napoleon. Ni obtuvo respuesta, ni el ayudante regresó á Madrid. La titulada reina Julia, esposa de José, escribía á éste manifestándole con franqueza el poco aprecio que Napoleon hacia de sus observaciones respecto de la crítica posicion de su esposo, y que la escuchaba pocas veces y muy breve rato.

Al mismo tiempo que esto sucedia, el *Moniteur*, periódico bien inspirado, anunciaba la extincion del ardor pátrio en los españoles, los cuales clamaban porque su nacion se reuniese al imperio francés; y como José conocia perfectamente que las palabras del *Moniteur* eran de su hermano, y aunque sabia que era falso lo que de los españoles decia el periódico oficial de París, bastaba para que se penetrase de las verdaderas intenciones de Napoleon, aunque á la sazón poca duda podia tener.

Pero la reina Julia, instigada de continuo por su esposo, atacó ya de frente al emperador, el cual no pudo eludir una respuesta categórica. Y no fué esta, á la verdad, ambigua: dijo que *los intereses de España debian subordinarse á los del imperio, y que si su hermano se determinaba á dejar el trono, lo manifestase oficialmente por medio de su embajador.* No pudo ser más explícito.

Y como en los asuntos políticos, por yerro de cuenta se encuentra rara vez algo de verdad, mientras José tenia el alma torturada por los disgustos, en tanto recibia las noticias nada lisongeras que le enviaba su esposa, y al paso que consultaba con el embajador Laforet y de sus conferencias resultaba el escribir José á Napoleon que deseaba abandonar los asuntos políticos, daba festines, autorizaba la celebracion de los prohibidos bailes de máscaras, asistia y protegia las corridas de toros, y hacia cuanto le parecia

más conveniente para captarse el afecto de los españoles. Si la lealtad de estos no hubiera sido tan acrisolada, si hubiesen admitido de buen grado á José, éste habria hecho saber á su hermano, seguramente, que no le habia dado una corona para escarnecerle y ponerle en verdadero ridículo.

Otra mayor calamidad que las hasta allí sufridas se anunciaba ya, para desplomarse sobre los desgraciados españoles en el año siguiente. El hambre asoladora asomaba su fatídica cabeza. La escasez era grande, y los gobernadores franceses de las provincias se habian convertido en verdaderos acaparadores. José, que, como el lector sabe, mandaba el ejército del centro, viendo que iban á faltar á éste las subsistencias, hacia extraer los cereales de los mismos pósitos y hasta de las eras los hacia arrebatar.

En esto colmó la alegría de Napoleon el nacimiento de su hijo, titulado *rey de Roma*, y aquel creyendo ya asegurada la sucesion del imperio y olvidado de que hay una Providencia que más ó menos pronto castiga á los sanguinarios usurpadores, embriagado de placer quiso que su hermano José fuese uno de los padrinos de pila del recién nacido.

Aceptó José, más todavía que por no ser prudente la negativa, por tener ese justo motivo de trasladarse á París y hablar personalmente con su hermano.

El día 23 de Abril abandonó la córte de España acompañado de varios *españoles* como Urquijo, O'Farril, el conde de campo Alange y otros. Hasta el 10 de Mayo no penetró en Francia; y antes de llegar á Burdeos recibió aviso de Napoleon para que no saliese de España; pero estaba decidido, y en vez de retroceder duplicó la velocidad de la marcha, y llegó á París el día 15 de Mayo.

Despues de haber manifestado franca y explícitamente á su hermano todas las quejas que tenia, y que no regresaria á España sino bajo ciertas condiciones, Napoleon le aseguró que seria rey de hecho y de derecho, que cesarian los gobiernos militares, que le asistiria con un millon de francos cada mes, y le prometió, en fin, cuanto pudo halagarle y decidirle á revocar su resolucion.

El 27 de Junio abandonó José á París; en los primeros dias de Julio entró en España, y el 15 llegó á Madrid. Acto continuo reunió su Consejo, le hizo saber lo acordado en la entrevista que habia tenido con su hermano y le habló de la *reunion de Córtes*, que era uno de los extremos concertados en aquella, bajo idénticas bases á las que se habian establecido en la Isla.

José creía captarse con esto la voluntad de los españoles, que era el sueño dorado de su vida. Y tanto creía que adoptando el nuevo régimen la nación le admitiría, que, apenas llegado á Madrid, mandó á Cádiz á D. Tomás de la Peña, canónigo de Búrgos, á fin de que diestramente hablase en su nombre á la Regencia y á las Córtes. El buen canónigo se acercó en efecto á la primera, pero no á las segundas; porque la manera con que aquella le recibió, le hizo ver claramente cómo le recibirían en el Congreso.

Este contratiempo que, despues de todo, no debió coger de improviso al honrado José, hizo redoblar en él el disgusto. Por otra parte concluyó el Estío, pasó el Otoño y llegó Diciembre, sin que Napoleon hubiese cumplido cosa alguna de las que le ofreciera en París, inclusa la remesa del millon de francos, que no llegó ningun mes á poder de José. Viéndose este abrumado escribió á su hermano (24 de Diciembre), y aunque nos hemos propuesto, y lo cumpliremos, no detenernos en nuestra narracion sino cuando el interés ó la claridad de la historia imperiosamente lo exijan, no podemos prescindir de insertar algunos fragmentos del escrito de José á Napoleon, porque ellos despejan y aclaran la situacion, mucho mejor de cuanto pudiéramos decir nosotros.

«Señor, decia José, mi posicion he empeorado.
 »Hoy estoy reducido á Madrid; *estoy rodeado de la más terrible miseria*; no veo en derredor de mí sino desgraciados; mis principales funcionarios están reducidos á no tener fuego en su casa; todo lo he dado, todo lo he empeñado; yo mismo estoy cerca de la miseria. Permítame V. M. volverme á Francia, ó haga V. M. I. pagarme exactamente el millon de francos mensual que me ha prometido. Con este socorro podrá irse pasando, aunque mal; sin él no puedo prolongar mi permanencia aquí, y aun tendré dificultades para hacer mi viaje.»

En una segunda carta le decia: «. Estoy dispuesto á esperar los próximos sucesos, que decidirán la suerte de la España; pero ruego á V. M. me provea de los medios de hacer efectivo el millon mensual desde el mes de Julio. Estoy empeñado en París por un millon de mis bienes; en Madrid tengo empeñados los pocos diamantes que me quedaban; he gastado todo el crédito de que podia disponer. . . . *Estoy reducido á Madrid.*»

¡Y habrá todavía quien diga que Napoleon Bonaparte tenia corazon!!



Respecto de la guerra en el distrito en que *como general* mandaba José, hemos dicho ya lo conveniente. Réstanos solamente añadir, que en dicho distrito, que comprendia las provincias de Madrid, Avila, Segovia, Cuenca, Guadalajara, Toledo y Mancha, Villacampa y el Empecinado unidos arrojaron del puente y villa de Añón á los franceses, haciéndoles más de 100 prisioneros.

No sabemos por qué el Empecinado recibió orden de ponerse con su division, que tal era ya la que fué su partida, á las inmediatas órdenes de Zayas (el marqués de este título; no el bizarro general del mismo nombre). Pronto, empero, se conoció el desacierto y las Córtes disolvieron, muy acertadamente, la Junta provincial que tal habia dispuesto, y el Empecinado quedó en libertad de continuar su brillantísima y apenas creible campaña.

ANDALUCIA.

Respecto de Granada poco podemos decir, fuera de la atrevida expedicion que hizo el conde del Montijo, quien desde las Alpujarras llegó hasta Granada y llenó de pavor á la guarnicion de la bella ciudad de la Alhambra. Al terminar la primera mitad del año se retiró Sebastiani á Francia, y le reemplazó Leval en el mando de aquel distrito.

En 4 de Setiembre hizo el general Ballesteros un desembarco en Algeciras. Llegó al campo de San Roque, en donde le salió al encuentro una fuerte columna francesa, que fué batida por nuestro general.

Este bizarro hecho puso en alarma á Soult, el cual echando mano del remedio favorito y único de los franceses, mandó reunir dos divisiones, una al mando del general Godinot y al de Semelé la otra, en total unos 10,000 hombres. Dieron estos golpe en vago; porque Ballesteros, que no llevaba la cuarta parte de fuerza que el enemigo, se amparó á tiempo de Gibraltar, antes que los franceses llegasen (14 de Octubre).

Quiso Godinot no desaprovechar su marcha y cargó sobre Tarifa, la gloriosa ciudad de Guzman el Bueno; pero la sombra de este la defendió, y el francés fué rechazado.

Ambas divisiones se replegaron, hostigadas por las partidas que de la serranía de Ronda aparecieron. Entonces acercándose Ballesteros, fué picando la retaguardia á la division Semelé; y cuando Godinot se habia ya separado, llegó el primero á Bornos y cayó so-

bre él por sorpresa Ballesteros. Este hizo más de cien prisioneros.

Suponfáse en Godinot un tanto alterado el juicio. Al regresar de su poco afortunada expedición, Soult le reconvino por el ningún fruto que de ella se había sacado; y Godinot sin esperar un instante cogió el fusil de un soldado y se suicidó. Creyóse que aquel arrebató fué hijo de su falta de razón.

Los enemigos, respecto del sitio de Cádiz, ni iban adelante, ni retrogradaban.

Año 1812.

VALENCIA.

Si el lector recuerda el estado en que quedaron los asuntos de Valencia al terminar el año 1811, preverá sin duda alguna el desenlace del sitio.

Al amanecer el día 2 de Enero se vieron tres paralelas, dirigidas contra la semi-estrella de Monte Olivet una, otra contra el hornabeque del arrabal San Vicente, y la tercera contra el fuerte de Cuarte.

Comenzó el ataque, y los franceses espermentaron una pérdida que les fué muy sensible. Pereció su entendido coronel de ingenieros Huici, de quien se dice que había sido jefe de ataque en siete sitios seguidos, y fué á parecer en el sétimo.

Conociendo Blake la imposibilidad de defender una línea de una extensión de más de SIETE MIL varas, desde Santa Catalina á Monte Olivet, mandó clavar la artillería de hierro y retirar la de bronce, lo que se ejecutó el día 5 de Enero de tan admirable manera, que no lo vió el enemigo.

Los vándalos del siglo XIX rompieron el bombardeo contra la ciudad, y en 24 horas cayeron más de mil bombas y granadas, causando infinitos destrozos, entre ellos la pérdida de las dos ricas bibliotecas arzobispal y universitaria.

El día 6 intimó Suchet la rendición, y no fué oído; el 8 ya se trató de condiciones, porque si no la destrucción iba á ser completa; pero Suchet no quiso otra cosa que capitulación sin las circunstancias que Blake había consignado en su propuesta, respecto de retirarse las tropas á Cartagena y Alicante. Entonces el caudillo español reunió á los generales y brigadieres, en número de doce, y seis

opinaron de diversa manera que los seis restantes. Blake, cuyo voto era decisivo, quiso librar á Valencia de los horrores que iban en pos de los franceses, cuando sin que precediese capitulacion entraban en una plaza. Por esto comisionó al general Zayas para que pasase en su representacion al campo francés, en donde se extendió la capitulacion siguiente:

Art. 1.º «La ciudad de Valencia será entregada al ejército imperial. La religion será respetada, los habitantes y sus propiedades protegidos.

Art. 2.º »No se hará pesquisa alguna en cuanto á lo pasado contra aquellos que hayan tomado una parte activa en la guerra ó revolucion. Se concederá el término de tres meses al que quiera salir de la ciudad, con la autorizacion del comandante militar, para que pueda trasladarse á cualquier otro punto con su familia y bienes.

Art. 3.º »El ejército saldrá con los honores de la guerra por la puerta de Serranos, y depondrá las armas á la parte opuesta del puente sobre la orilla izquierda del Guadalaviar. Los oficiales conservarán sus espadas, como así mismo sus caballos y equipajes, y los soldados sus mochilas.

Art. 4.º »Habiendo ofrecido el Excelentísimo señor general en jefe Blake devolver los prisioneros franceses ó aliados de estos que se hallen en Mallorca, Alicante ó Cartagena, hasta que el cange pueda concluirse, hombre por hombre y grado por grado, se hará extensiva esta disposicion á los comisarios y otros empleados militares prisioneros por ambas partes.....

Art. 5.º »Hoy 9 de Enero, luego que la capitulacion esté firmada, algunas compañías de granaderos del ejército imperial mandadas por coroneles ocuparán las puertas del Mar y de la Ciudadela.—Mañana á las ocho de ella saldrá la guarnicion de la plaza por la puerta de Serranos, al paso que 2,000 hombres lo verificarán por la de San Vicente para dirigirse á Alcira.

Art. 6.º »Los oficiales retirados que actualmente se hallan en Valencia quedan autorizados á permanecer en la ciudad si gustan, y se procederá á los medios de asegurar su subsistencia.

Art. 7.º »Los comandantes de artillería y de ingenieros, y el comisario general del ejército, entregarán á los generales y comisarios, cada uno en la parte que le concierne, el inventario de todo lo que depende de su ramo respectivo.

»Valencia 9 de Enero de 1812.—El general de division José de Zayas, encargado por el Excelentísimo señor general Blake.—El

general jefe de estado mayor del ejército imperial de Aragon, Saint-Cyr-Nugues, encargado por el señor mariscal conde de Suchet.—Convengo en la anterior capitulacion.—Joaquin Blake.—Apruebo la presente capitulacion.—El mariscal del Imperio conde de Suchet.

Tan pronto como Blake hubo suscrito la capitulacion, ya prisionero de guerra, se dirigió á la Regencia, manifestándola en una sentida comunicacion cuanto habia ocurrido, comenzando por decir que la pérdida de Valencia habia sido prevista y anunciada tan pronto como cayó en manos del invasor la plaza de Tarragona. Dicha notable comunicacion concluía con las siguientes palabras: «. Yo espero que V. A. tendrá á bien ratificar el »cange convenido de los prisioneros, y enviar en consecuencia las »órdenes á Mallorca. Por lo que á mí toca, considero el cange de »los oficiales de mi grado sumamente lejano: me creo condenado á »la cautividad por el resto de mi vida, y miro el momento de mi »expatriacion como el de mi muerte; pero si mis servicios han sido »agradables á mi patria y si hasta este momento no he dejado »de contraer méritos por ella, suplico encarecidamente á V. A. »se digne tomar bajo su proteccion mi numerosa familia.»

Todos los escritos de este célebre general retratan su bella alma, y este involuntariamente hace que uno se conmueva, especialmente al leer que el momento de su expatriacion le consideraba como el de su muerte. Y en efecto necesitaba de proteccion su numerosa familia; porque aquel hombre probo, aquel honrado militar *jamás habia tenido otra cosa que su sueldo*; y si bien este era correspondiente á su elevada categoría, con arreglo á esta necesitaba vivir y mantener á los suyos.

Las cuatro y media de la tarde del dia 9 de Enero serian; cuando penetrando los franceses en Valencia, ocuparon la ciudadela. Aquella noche patrullaron mezclados con los españoles, y se mantuvo inalterable el orden.

El dia 10 á las seis de la mañana salieron escoltados 1,640 prisioneros que iban á ser cangeados en Alcira, por igual número de sus enemigos. Dos horas despues desfiló toda la guarnicion por la puerta y puente de San José, en donde depusieron las armas con arreglo á la capitulacion. La fuerza que salió tambor batiente y banderas desplegadas, fué la siguiente:

General en jefe.—Excmo. Sr. Capitan general D. Joaquin Blake.

Teniente general D. José Miranda, con la 1.^a division del segundo ejército (3,590 hombres).—Mariscal de Campo D. José de

Lardizabal, con parte de la vanguardia (1,775).—Mariscal de Campo D. José de *Zayas*, con la 4.ª division del cuarto ejército (2,027).—Brigadier *Morterin*, con la 2.ª seccion de la tercera division (1,645).—Brigadier *Loiri*, con la reserva de dicha division (4,347). Brigadier *Zea*, con SETECIENTOS CUARENTA Y DOS caballos.—Brigadier *Zapatero*, con TRECIENTOS OCHENTA Y TRES zapadores.—Brigadier *Arce*, con MIL CIENTO TREINTA Y SIETE artilleros y TRECIENTOS QUINCE caballos.—Ordenanzas montados del 2.º y 4.º ejército, CIENTO DIEZ Y SEIS.—Empleados de sanidad, administracion, etc., SESENTA Y CUATRO.—Total, DIEZ Y SEIS MIL CIENTO CUARENTA Y UN hombres; de estos, DIEZ MIL QUINIENTOS SETENTA Y DOS valencianos. Debe tenerse en cuenta que estas cifras están tomadas de los estados de fuerza hechos antes de capitular Valencia, despues de lo cual muchos individuos desertaron y otros se escondieron, por no pasar á poder del enemigo; por manera que no es posible precisar el número de prisioneros, ni la rebaja que puede prudencialmente hacerse de los estados de fuerza hechos con anterioridad. En dichos estados constaban tambien NOVENTA Y TRES jefes de comandante arriba; CIENTO NOVENTA Y OCHO capitanes y 568 subalternos. Tampoco se rebajaron en los estados los quintos desarmados, ni los enfermos; es decir que los útiles de los existentes apenas pasarian de 12,000.

A las tres de la tarde salió de Valencia el benemérito Blake, acompañado de sus ayudantes, por el camino de Murviedro. El mariscal Suchet le invitó á cenar, y le trató con toda la distincion que ciertamente merecia: tambien convidó á los demás jefes y oficiales prisioneros y los colmó de elogios por ambas defensas; la del fuerte de Sagunto y la de Valencia.

Los prisioneros todos fueron trasladados á Francia, lo mismo que Blake, el cual fué destinado al castillo de Vincennes como se habia hecho con otros españoles de distincion. Fué perfectamente tratado; pero como Napoleon tenia tanto miedo de que se fugase y volviese á estar al frente del ejército español, le tenia tan estrechamente vigilado que no permitia llegasen á su poder las cartas de España, ni de su propia familia, de la cual nada supo hasta dos años despues que recobró la libertad, cuando ya estaba tambien libre Fernando VII: por manera que no volvió el ilustre Blake á estar al frente del ejército, en la gloriosa lucha de la Independencia.

El dia 14 de Enero entró Suchet en Valencia y, doloroso es decirlo, fué perfectamente recibido. Con tanto afan de resistencia y

tanto haber increpado á Blake porque quiso capitular para evitar estragos, Suchet y los franceses fueron aclamados, y al arengarle la numerosa comision que salió á recibirle, se oyeron distintamente estas fatales palabras: «. *la ciudad más rica y opulenta de España*, DOLORIDA, QUEBRANTADA y MORIBUNDA estaba esperando este FELIZ Y AFORTUNADO DIA. Y por si esto no era bastante añadieron: *Entrad. excelso conde, á darla vida.*»

El clero secular, incluso el arzobispo, se distinguió en el mismo sentido; no así el regular, que se mostró disgustado hasta el punto de ofender á Suchet, quien hizo prender tantos religiosos que llegaron á la enorme cifra de 1.500. Los tuvo encerrados como si fuesen bandidos, y entre soldados los trasladó á Murviedro; y entregando cinco, al lado del mismo convento de San Francisco los hizo fusilar. Fueron los *asesinados* por Suchet Fr. Pedro Pascual Rubert, provincial de la Merced; Fr. José de Gérica, guardián de capuchinos, y tres lectores de capuchinos llamados Fr. Faustino Igual, Fr. Gabriel Pichó y Fr. Vicente Bonet. Los 1,495 restantes fueron llevados, á pié, á Francia prisioneros, en igualdad de circunstancias con los soldados.

Napoleon, á quien satisfizo mucho la toma de Valencia, hizo á Suchet, el asesino de frailes inermes, duque de la Albufera, con la propiedad de su magnífico lago; y para recompensar á los demás que se habian distinguido en el hecho de armas, dispuso que se agregasen á *su dominio extraordinario de España* 200.000,000 de francos (casi 800 millones de reales) reunidos de bienes de la provincia de Valencia. ¿Qué diria á esto el pobre José Bonaparte? Por nuestra parte diremos solamente que esta disposicion del usurpador demuestra su *generosidad*, puesto que destinó tan fabulosa cantidad á recompensar á los conquistadores de Valencia; pero es una generosidad muy parecida á la de D. Enrique el FRATRICIDA, que le llamaron el de las MERCEDES, de quien el célebre Mariana, su defensor, dice, no obstante, sustancialmente, que *era muy liberal*; pero añade: «*y era fácil serlo de hacienda AGENA*».

EJERCITO ALIADO.

TOMA DE CIUDAD-RODRIGO.

Al comenzar el año habia extendido Marmont sus tropas desde Salamanca hasta Toledo. Habíase tambien retirado Dorsenne, como

el lector ya sabe, y lord Welington creyó aquella ocasion oportuna para estrechar el sitio de Ciudad-Rodrigo.

Con este objeto dió orden al general Hill para que penetrase en la Extremadura española. A D. Carlos España y á D. Julian Sanchez mandó ocupar las márgenes del Tórmes, con encargo de que no dejasen atravesar las fuerzas francesas que ocupaban á Salamanca, y hecho esto se acercó á Ciudad-Rodrigo.

En la noche del 8 de Enero embistió y tomó el cerro de San Francisco, en donde colocó 33 piezas de artillería, distribuidas en tres baterías.

El general Graham tomó el 13 de Enero el convento de Santa Cruz; rompió el fuego el dia 14, y por la noche se apoderó del convento de San Francisco. Pasados cinco dias, despues de estar completa la segunda paralela, se comenzó á batir con toda decision la plaza, y desde el 19 al 30 se abrieron dos brechas tan practicable, que una de ellas tenia más de treinta varas de ancha y la otra diez.

Hallándose ya en tal estado la plaza, el general inglés intimó la rendicion, contestando el francés con una rotunda negativa. A consecuencia de esta se dió el asalto á las seis de la noche del mismo 30 de Enero, y Ciudad-Rodrigo fué tomada, haciendo prisionera á la guarnicion, que constaba de 1,700 hombres, incluso el general de brigada Barrié; MIL TRESCIENTOS habian perecido durante el sitio y el asalto.

De los aliados murieron más de 1,200, entre ellos dos generales ingleses, llamados Mackinson y Crawford.

La toma de esta plaza valió á Welington la grandeza de España de primera clase, con el título de duque de Ciudad-Rodrigo. Este entregó la reconquistada plaza á Castaños, como general español que mandaba en aquel distrito, despues de haber recompuesto las fortificaciones.

La toma de Ciudad-Rodrigo fué hasta cierto punto una compensacion de la pérdida de Valencia, siquiera solo fuese por el gran pesar que su rendicion causó al emperador. Con ella se reunió la necesidad en que se vió el usurpador de hacer salir de España á toda su brillante guardia imperial, y á los 6,000 polacos que tenia en el ejército de Aragon; porque el imperio ruso amenazaba con una nueva guerra.

SITIO Y TOMA DE BADAJOZ.

Después de haber Welington puesto en estado de defensa á Ciudad-Rodrigo y de haber reconstruido las fortificaciones de Almeida, emprendió la marcha á 5 de Marzo y llegó el 11 á Yelves. Allí tomó un tren de batir que tenia preparado, y después de haber echado sobre el Guadiana un puente de barcas, hizo desfilar al ejército y el dia 16 cayó sobre Badajoz.

Estaba guarnecida la plaza por 5,000 franceses á las órdenes del general Philippon. Este hombre, inteligente y valeroso, presentó una bizarra y bien entendida defensa; y el dia 19 (Marzo) hizo una brillante salida con 1,500 hombres, que causó algun destrozo en las obras de los sitiadores, pero que costó 300 hombres á los sitiados.

La víspera de la Anunciacion de Nuestra Señora (25 de Marzo) llovió tan descompasadamente que fuera de madre el Guadiana, el curso arrollador de las aguas se llevó el puente de barcas.

A pesar del citado percance, Welington, que habia formado seis baterías, una de tres cañones y cinco de á cinco, batió sin intermision el reduto de la *Picuriña*, y por la noche sus tropas le asaltaron y tomaron.

En los siguientes dias se estableció la segunda paralela y se abrieron brechas en los baluartes Trinidad y Santa María; pero fué preciso precipitar las operaciones y dar el asalto, porque se supo que Soult se acercaba á Extremadura.

Fué tan brava la resistencia de Philippon, que en los fosos perecieron muchísimos ingleses, realmente acobardados por el ímpetu de los defensores. Welington, asombrado al ver como caian casi sin resistencia los suyos, determinó dar el toque de retirada; pero en aquel momento recibió aviso de que el general Walker habia llegado al muro por el baluarte San Vicente y se dirigia á cargar por retaguardia sobre los franceses, al mismo tiempo que el general Pictor se habia posesionado del castillo.

Esto reanimó á los desanimados y cargando de frente, mientras Walker lo verificaba por retaguardia, los franceses tuvieron que rendirse, Philippon se encerró en el fuerte de San Cristóbal, pero tuvo que rendirse tambien al dia siguiente (7 de Abril). Es fama que de los ingleses perecieron casi 5,000: especialmente la mortandad fué terrible cuando se acobardaron en los fosos.

Los ingleses en aquella ocasion fueron *émulos* verdaderos de los invasores. A pesar de que eran aliados y *amigos* de los españoles y de que habian entrado en una poblacion española, saquearon y asesinaron á muchos pacíficos ciudadanos, é hicieron cuanto el más feroz enemigo pudiera haber hecho en una poblacion enemiga tambien. Dícese que Wellington procuró restablecer el orden. La Regencia y las Cortes le concedieron la gran cruz de San Fernando.

Después de haber ordenado la renovacion de las fortificaciones en la parte que habia quedado destruida, el inglés entregó la plaza de Badajoz al marqués de Monsalud, á la sazón capitán general de Extremadura.

Dos dias antes de rendirse Philippon llegó Soult á Villafranca de los Barros; pero como al continuar su camino supiese la rendicion de Badajoz, contramarchó, de pésimo humor por cierto, y regresó á Sevilla. Dejó, empero, al conde de Erlon en Extremadura.

Nótese aquí que el *grande* hombre, Napoleon decimos, airado al saber la pérdida de Badajoz, echaba la culpa de ella á Soult y á Marmont, siendo así que hallándose éste último en camino para ir al socorro de la plaza, nada menos que con cuatro divisiones, recibió orden de Napoleon mismo para que no pasase adelante, *ni se metiese en lo que no le importaba*.

De acuerdo con la orden recibida marchó Marmont sobre el Agueda, que así se lo habia preceptuado Napoleon, con cuatro divisiones de á 5,000 hombres cada una.

El 11 de Abril se acercó á Ciudad-Rodrigo é intimó la rendicion á la plaza: el 12 mandó parte de su fuerza á bloquear á Almeida. El general Foy pasó el Tajo por Almaraz y se dirigió á Trujillo; y toda esta actividad y este alarde de fuerzas paró en que el dia 16 levantó Marmont el bloqueo de Almeida, se retiró de Ciudad-Rodrigo y regresó á Salamanca, así como Foy retrogradó tambien, y repasó el Tajo por Almaraz.

Wellington, impasible siempre, dejó á D. Carlos España y una division inglesa á la vista de Ciudad-Rodrigo, y á Hill con dos divisiones en Extremadura. Después estableció su campo entre el Agueda y el Coa, en Fresneda y Fuenteguinaldo.

Ya por aquel tiempo estaba Napoleon muy distraido, y no de grata manera, con la guerra de Rusia. Vióse, pues, confirmado lo que el czar Alejandro I dijo á Cea Bermudez; *que procurasen los españoles sostenerse un año, que él los ayudaria*: sin duda ya estabase el autócrata preparando para emprender la guerra.

Wellington meditaba por entonces internarse por Castilla la Vieja, y parecióle muy oportuna ocasion la de haber el francés desmembrado, aunque relativamente en pequeña parte, las fuerzas militares que en España tenia.

Habian comprendido su proyecto los enemigos, especialmente Jourdan, que de nuevo era mayor general del ejército, y José habia recuperado de derecho y no más, el mando supremo del ejército. Los mariscales del imperio, á pesar de todo, obraban sin curarse para nada del buen José; y Soult, resentido segun se cree de no haber sido nombrado mayor general, no queria entrar en ninguna combinacion de las que el titulado rey acordaba con Jourdan, para oponerse á los proyectos de Wellington. Las reiteradas negativas de Soult y su ambigua conducta, así como la oposicion inexplicable que casi todos los generales presentaban, obligaron á escribir al mayor general Jourdan el siguiente parte, dirigido al ministro de la guerra del imperio francés:

«El duque de Ragusa (Marmont) anuncia de una manera positiva que lord Wellington va á tomar la ofensiva sobre él; sin embargo, el duque de Dalmacia (Soult), que en este caso debia enviar al conde de Erlon (Drouet) en socorro del ejército de Portugal, no ha hecho nada. El duque de la Albufera (Suchet), que debia dirigir una division sobre Madrid, se niega á ello; y el conde Cafarelli pretende que no puede enviar hoy socorro alguno sin exponer las provincias del Norte á un peligro inminente. Si pues Wellington marcha con todas sus fuerzas reunidas, el ejército de Portugal tendrá que combatir solo. Es posible que el enemigo sea batido; pero si sucediera lo contrario, podria haber resultados muy fatales, y todo por no haber sido ejecutadas las órdenes del rey. Si estas órdenes hubieran sido cumplidas, el rey, reuniendo su guardia á las tropas del ejército del Mediodia y de Aragon, que se habrian aproximado al Tajo, hubiera ido sobre el flanco del ejército inglés con un cuerpo de 20 ó 25,000 hombres, lo que ciertamente habria asegurado un éxito brillante.»

«Estoy tan firmemente persuadido del peligro que corren los ejércitos, si quedan así aislados, sin punto de apoyo en el centro, que he creido deber hacer presente á V. E. mi opinion. Podrá no ser fundada, pero al menos mi conducta es dictada por el celo del servicio de S. M. I., y por la gloria de sus armas.»

Y no se engañó el inteligente Jourdan. Wellington levantó su campo de Fuenteguinaldo el dia 13 de Junio y se dirigió á Sala

manca, llevando, como siempre, consigo las divisiones de D. Carlos de España y D. Julian Sanchez.

Al acercarse Welington á Salamanca salió de ella Marmont, dejando los conventos de San Vicente, San Cayetano y la Merced guarnecidos y fortificados, y se dirigió á Toro.

El dia 17 atravesó la primera division el Tormes por un vado. La division entró libremente en Salamanca, y el dia 20 apareció Marmont; pero ya estaban los aliados atacando los puntos fortificados, porque la retirada de los franceses habia dado tiempo para que se acercase el tren de batir.

Marmont quiso atacar á los aliados; pero Welington tenia tomada una gran posicion, en San Cristóbal, y quiso con ardid atraer á su enemigo á mejor terreno: pero no era hombre el inglés á quien se engañase fácilmente.

Ya estaba ardiendo el fuerte de San Vicente, incendiado por las balas rojas de los aliados, cuando pidió capitulacion el fuerte de la Merced; poco despues la pidió igualmente el de San Cayetano, despues de haber asaltado los ingleses en vano, perdiendo en el asalto más de cien hombres, entre ellos al mayor general Howard.

Los fuertes quedaron en poder de los aliados y las respectivas guarniciones prisioneras, y Marmont, despues de haber hecho mil inútiles tentativas para socorrer á los encerrados en los reductos y de haber visto la rendicion de estos, tomó de nuevo la vuelta de Salamanca. En su retirada se vengó cobardemente en los pueblos y en los ciudadanos indefensos, cometiendo cuantos desmanes pudieron, que no especificamos porque el lector ya conoce las costumbres de los soldados *civilizadores*.

Desesperado Marmont por la falsa posicion que ocupaba y las circunstancias en que se hallaba, perseguido por los aliados, vadeó el Duero; y el dia 2 de Julio llegó á Tordesillas. Allí fué reforzado con 10,000 hombres que le envió, motu proprio, el general Caffarelli. Los aliados hicieron alto en Rueda, y Welington mandó salir las guerrillas para hostigar al francés por ambos flancos y retaguardia.

FAMOSA BATALLA DE LOS ARAPILES.

Aún recibió nuevos refuerzos Marmont: la division Bonnet que venia de Astúrias se unió á él, y tambien reforzó su caballería, que estaba un tanto escasa, con 1,000 caballos.

Wellington, por su parte, dió aviso al general en jefe del ejército español de Galicia, para que avanzara sobre el Esla; pero Marmont se decidió á librar la batalla, para evitar que su enemigo recibiese refuerzos.

Como antes de tomar la ofensiva queria el francés llevar á Wellington á terreno que le conviniese, más de una semana empleó en marchas y contramarchas; y el inglés le imitaba, sin dejarse engañar del astuto y veterano francés (desde el 13 hasta el 20 de Julio). Y era sin duda que ambos temian los resultados de una batalla, que podian ser casi decisivos, y ninguno tenia bastante seguridad para ser el provocador.

En las continuas marchas y contramarchas se vió un espectáculo tan peregrino y raro, que pocos se habrán visto iguales. El dia 20 de Julio atravesó Marmont con todo su ejército el Guareña, al mismo tiempo que Wellington le atravesaba con el de los aliados en sentido inverso; esto es, el primero tomó la márgen derecha y el segundo la izquierda, sin que hubiese entre uno y otro más distancia que la de un rio bastante estrecho, y sin embargo de esto y de formar dos líneas paralelas, nada se dijeron ni se determinaron á hostilizarse.

El 21 pasó Marmont el rio hácia la parte en que los aliados se hallaban, y estos se dirigieron á ocupar su antigua posicion de San Cristóbal, apoyando el ala derecha en un pequeño pueblo que iba á hacer célebre su nombre y que tomó el de *ARAPILES* de dos cerros llamados *Arapil grande* y *Arapil menor*. Marmont se situó entre Alba de Tormes y Salamanca, pero pudo posesionarse del *Arapil grande*, que era una magnífica posicion.

Poco despues de amanecer el dia 22 comenzaron los movimientos precusores de la batalla en el campo francés. Wellington, que era indeciso, detenido y, si se quiere, inactivo, era general de ocasiones; las esperaba tanto cuanto era menester y espíandolas siempre, jamás dejaba de conocerlas ni de aprovecharlas. Gran general, como hombre conocedor teórico y práctico, á su perspicaz vista nada escapaba; y si bien tardaba mucho en decidirse, rara vez ó jamás, puede decirse, erraba, una vez dado el golpe.

Fijamente atento á los movimientos del francés, observó que éste prolongaba con exceso su línea izquierda. Comprendió la intencion del enemigo y las consecuencias que podia acarrear, y creyendo llegada la ocasion que tanto habia esperado, á la excesiva parsimonia sucedió la más impensada velocidad.

El ataque dado por Wellington á las posiciones enemigas fué rápido, decidido y arrollador. Simultáneamente fueron atacados el centro, la izquierda y la derecha en el Arapil grande. La division de caballería (de los aliados) al mando de Sir Packenham, destrozó la izquierda del francés cogiéndole 3,000 prisioneros.

El general Pack, con D. Carlos España, no pudo vencer la posicion del gran Arapil, porque era difícilísima de tomar, una vez ocupada por el enemigo; pero en cambio, atacando con la bizarría que podia esperarse de semejantes generales, dieron bastante en que entender á los que le ocupaban, para que no pudiesen acudir á reforzar las otras lineas los que en el Arapil mayor sobraban. Sin embargo, al fin de bastante luchar la abandonaron, y fueron perseguidos y arrojados de colina en colina.

Sir Stapleton Cotton cargó con una brigada de caballería y puso en fuga á otra gran parte de la fuerza francesa, hecho que costó la vida al bizarro general francés Marchand. Como si no fuera bastante el estar ya moralmente vencidos los franceses y medio vencidos materialmente, un nuevo desastre vino á completar la obra ya tan bien comenzada.

Casi á las cinco de la tarde quiso Marmont restablecer personalmente la batalla; pero la desgracia jamás hace cosa ninguna á medias: si comienza una obra, sabe concluir la todo lo más fatalmente que puede.

Realiza Marmont su propósito, y es herido primero en un brazo, en un costado despues. Apenas habian trascurrido algunos minutos, cuando cayó herido tambien el general Bonnet, segundo de Marmont, y aunque en el acto acudió bizarramente á reemplazar á éste el general Claussel, no hay ejército en el mundo que estando medio vencido y viendo caer heridos sucesivamente á los dos jefes superiores, se mantenga firme y no se declare derrotado.

Hubo, empero, un incidente favorable á los franceses, que fué un ataque mal dirigido por el general Clinton; pero además de que su colega Kole se apresuró á remediar el mal, ya estaba para los franceses perdida la batalla, y el desacierto de Clinton solo fué perjudicial porque le costó bastante gente.

Murieron en la batalla **1,800** franceses; quedaron heridos más de **2,500** y prisioneros **7,000**, con 11 cañones y 9 banderas y estandartes. Los aliados tuvieron **5,000** bajas, entre muertos y heridos: de dicho número la mayor parte fué á consecuencia del error de Clinton.

Tal fué para España el brillante resultado de la batalla de los ARAPILES, llamada por los enemigos, de *Salamanca*.

Cuando llegó á Cádiz la noticia (31 de Julio), el pueblo se lanzó á las calles frenético de gozo y de entusiasmo. El ministro de la Guerra se presentó en las Córtes y no pronunció más discurso que las siguientes, breves pero significativas, palabras:

«Señor, vengo de órden de la Regencia del reino á anunciar á »V. M. la derrota del mariscal Marmont en Arapiles.»

En el momento los diputados y el público que ocupaba las tribunas comenzaron á dar sonoras palmadas, y, se oyó una verdadera explosión de entusiastas aclamaciones. Fué forzoso aguardar mucho tiempo para que, restablecido el silencio, pudiesen ser entendidos los partes oficiales en que se detallaba la batalla. En el momento se acordó que en el instante, sin ceremonia para no invertir tiempo, las Córtes y la Regencia se trasladasen á la iglesia del Cármen, para dar gracias al Dios de las batallas entonando un solemne *Te Deum*, en acción de gracias por la gran victoria de Arapiles. También se nombró una comisión que pasase á felicitar á Sir Wellesley, como embajador de Inglaterra.

Consignaremos aquí unas líneas muy dignas de leerse, que inserta el erudito Lafuente.

Hablando Villanueva (dice el señor Lafuente) de la impresión que hizo en las Córtes la noticia de la derrota de Marmont en Arapiles, dice: «Fué rato de sumo gozo para el Congreso y para el público..... se abrazaban todos mutuamente: fué día de gran júbilo. »Al tiempo de la salva dispararon granadas los enemigos. Ya el »pueblo miraba esto con desprecio. Vino á tiempo la noticia alegre »de templar la pena que causó la desgraciada muerte de Novales, »el oficial mayor de la secretaría de Córtes, que murió en su cama á »las cuatro de la mañana, sofocado del humo de una bomba que »reventó en su cuarto. Cinco veces han disparado granadas los enemigos despues de la noticia.»

Este Villanueva fué un ilustrado sacerdote, diputado en aquellas Córtes, de quien ya hemos hecho mención, y que fué testigo presencial de tan conmovedor espectáculo.

Las Córtes, á propuesta de la Regencia, concedieron á Welington la insigne órden del Toison de Oro; y doña María Teresa de Borbon, esposa del célebre príncipe de la Paz, regaló al duque de Ciudad-Rodrigo (Welington) el mismo collar, de la expresada órden, que usó el infante D. Luis de Borbon, padre de dicha señora.

Las Cortes decretaron la creacion de un monumento que, colocado en los campos de Salamanca é inmediato á los Arapiles, perpetuase la memoria de la famosa batalla (4 de Agosto); y á mediados del mes se otorgó autorizacion para colocar en la plaza principal de Salamanca el busto de lord Wellington.

El mismo dia en que Marmont fué derrotado en los Arapiles, llegaba José á atravesar el puerto de Guadarrama (22 de Julio), para ir en socorro del precitado mariscal. En aquel dia supo el titulado rey que aquel se habia replegado sobre Salamanca y tomado posiciones, y determinó continuar hasta llegar al Tormes, y unirse al mariscal Marmont.

El dia 24 fijó su campo en Blasco-Sancho; y cuando se corrian las órdenes para tomar la vuelta de Peñaranda, supo oficialmente el resultado de la batalla, tan desastroso para los suyos, y que en la retirada habian perdido casi 1,000 prisioneros, sobre los 7,000 tomados en la batalla.

El 25 escribió Claussel á José, y el mismo Marmont, aunque mal herido, desde Arévalo decíanle que ibase á procurar llegar á Valladolid, antes de que lo verificasen los aliados.

Tan tristes nuevas hicieron vacilar á José, concluyendo por determinar su regreso á la córte. El 26 por la tarde ya habia dado vista de nuevo á Guadarrama; pero no prosiguió en direccion de Madrid. Un nuevo aviso de Claussel le hizo variar de propósito y fijar su campo en Segovia, para en caso necesario proteger, si le era posible, á los vencidos en Arapiles.

Marmont y Bonnet seguian curándose de sus heridas, y Claussel, desatentado y con su ejército casi indisciplinado por el vencimiento y no más organizado, en vez de seguir el plan que habia hecho al intruso fijarse en Segovia, en verdadera fuga tomó la direccion de Búrgos, siempre perseguido por los aliados, deseoso de pasar el E bro.

Jo-é temió entonces encontrarse aislado, si era acometido, y precipitadamente tomó la vuelta de Madrid llegando á esta villa á 5 de Agosto.

No logró Claussel su primitivo propósito: Wellington llegó á Valladolid; pero no para detenerse sino para proseguir su victoriosa marcha. Abandonó, en efecto, la capital de Castilla la Vieja y el dia 1.º de Agosto estableció su campo en Cuellar.

Al mismo tiempo el 6.º ejército (el de Galicia) habia llegado por Astorga á Toro, prolongando su línea hasta Tordesillas. Castañon

(D. Federico) con la vanguardia, rindió tres compañías francesas que se habían fortificado en la iglesia de un pueblo.

No pensaba Welington en perseguir á Clausel, sino en dirigirse contra José: los golpes tirados á la cabeza siempre son más aprovechados que los dirigidos á los extremos.

Abandonó, pues, á Cuellar Welington, el día 6 de Agosto, y el 8 llegó á San Ildefonso (la Granja), despues de haber dejado una division sobre el Duero, y al 6.º ejército en Valladolid.

Supo José que los aliados iban á pasar los puertos de Navacerada y Guadarrama; y habiendo previsto á tiempo el compromiso en que se iba á encontrar, dió orden á Soult para que á marchas dobles atravesase la Mancha y llegase hasta el Tajo. Soult, empero, que habíase distinguido ya más de una vez por su inobediencia, no hizo caso alguno de la orden de José. Por manera que si este permanecia en la córte esperaba ser vencido, porque la capital no tenia condiciones militares de resistencia; y si la abandonaba tampoco esperaba triunfar, habiendo Soult permanecido sordo á sus avisos.

No le detenia menos la necesidad de llevar consigo á todos los *afrancesados*, que como tan comprometidos, eran los primeros á acompañarle. Eran en efecto nada más que un verdadero estorbo, lo mismo en caso de batalla que en el de fuga.

Los aliados, empero, avanzaban, y José á pesar de todos los inconvenientes salió de Madrid, tan pronto como supo que aquellos pisaban ya el distrito de Castilla la Nueva. Dejó en Madrid una brigada á las órdenes del general Hugo, no para resistir sino para conservar el orden, mientras la autoridad del intruso fuese reconocida. Al coronel facultativo Lafont encargó la defensa del Retiro, en donde estaba el gran parque, y él salió de Madrid el día de San Lorenzo (10 de Agosto), de mal agüero para los franceses si recordaban la rota de San Quintín, mandando al general Treilhard observar al enemigo entre Majadahonda y Boadilla.

Llegó el intruso sin novedad, á Leganés; y Treilhard que observó una columna, pequeña relativamente, que los aliados llevaban como de descubierta, la atacó y venció quitándola los cañones y ocasionándola más de 300 bajas. Los aliados no llegaban á 2,000 y Treilhard llevaba más de 3,800. El intruso llegó á Valdemoro, y allí hizo noche (12 de Agosto).

Al mismo tiempo que en Valdemoro se alojaba José, entraba en Madrid la vanguardia de los aliados; los célebres Empecinado y Palarea entraron en la córte con aquella.

Escusado sería detenerse á explicar el júbilo general que causaría la entrada de tropas amigas, en una poblacion tan esencialmente enemiga de los franceses y la que más directa y largamente sentía su repugnante dominacion.

Pero cuando subió de punto el público regocijo, hasta un grado ciertamente inexplicable, fué al penetrar Wellington en Madrid llevando á su lado al Empecinado, que habia salido á su encuentro y cuyo nombre tan célebre y conocido era. Juntos igualmente se asomaron al balcon largo de las Casas Consistoriales y fueron frenéticamente victoreados y aplaudidos.

Fué tanto más notable la alegría que rebosaba de todos los corazones hasta llegar al rostro y á los lábios, cuanto que el hambre asoladora habíase mucho antes desarrollado ya; empero para el bizarro y leal español no hay tormento cuyo fatal poder sobrepuje á su arrojo, su valor y su lealtad.

Formado un nuevo ayuntamiento español, y nombradas autoridades, tambien nuevas, el dia 13 de Agosto se juró en la capital de la monarquía la Constitucion, siendo gobernador de Madrid el general D. Carlos de España, el cual con D. Miguel de Alava presidió la ceremonia y procedió á cumplir su mision con verdadero entusiasmo, como un verdadero constitucional. Esta es una nueva prueba que añadir á lo que más de una vez hemos dicho acerca del general España. Era demasiado brusco y rudo su carácter para pléjase al fingimiento: el gobierno le mandaba jurar y tomar el juramento, y no hubo nadie más solícito que él para jurar y hacer jurar.

El nuevo ayuntamiento obsequió al duque de Ciudad-Rodrigo con un magnífico baile, que dió en la misma noche del dia 13.

Con gran tranquilidad recibió Wellington el obsequio, como si no hubiese enemigos dentro del perímetro en que se hallaba el ejército aliado. Sin embargo asistió; y el dia 14 dió orden al general Packenham de tomar el Retiro, en donde estaba el parque y principal almacén de los invasores.

Como se habian muy bien fortificado, resistió algún tiempo; pero Packenham atacó simultáneamente por el exterior de Madrid y por dentro, en la parte contigua al jardín botánico. El dia de la Asuncion de Nuestra Señora (15 de Agosto) se rindió el coronel Lafont y entregó el Retiro. La guarnicion pasaba, poco, de 2,500 hombres; de provisiones y municiones habia grandes cantidades, y además se tomaron CIENTO OCHENTA Y NUEVE cañones de diversos calibres y 2,000 fusiles.

Dominaban entonces la fatal exaltacion y la intransigencia, que tantos daños han hecho siempre y quizá harán todavía lo mismo á la causa de los liberales que á la de los absolutistas. Queríase llevar todo á sangre y fuego y atemorizar con el rigor, en vez de atraer con una bien entendida benignidad.

D. Miguel de Alava dió una proclama escrita en los siguientes términos:

« Las Córtes generales y extraordinarias de la nacion, queriendo celebrar la publicacion de la Constitucion política de la Monarquía, han decretado un indulto general á todos los militares españoles de cualquier grado que sean, que sirvan en las tropas del tirano, siempre que las abandonen y se presenten á los jefes españoles dentro de un breve término.

»Hallándome comisionado por el supremo gobierno cerca del Excelentísimo señor duque de Ciudad-Rodrigo, he creido de mi obligacion haceros entender cual es la disposicion favorable de nuestro legítimo gobierno para con vosotros, á fin de que aprovechándoos de ella volvais al seno de vuestra amada patria, y á la estimacion de vuestros compatriotas.—El momento es el más oportuno. El enemigo no puede sostenerse mucho tiempo en el interior de nuestras provincias.... Vuestros padres, hermanos y amigos van á quedar enteramente afrentados con vuestra infame desercion; y si dais lugar á una nueva accion de guerra, vuestro delito será imperdonable, y ya no os alcanzará el indulto.

»Apresuraos pues á presentaros á las autoridades españolas, ó á los puestos avanzados del ejército aliado, y de este modo hareis olvidar vuestra falta, y probareis que vuestro corazon es español, aunque vuestra conducta exterior pudiese hacerlo dudar...—El mariscal de campo Miguel de Alava.»

La precedente proclama, escrita en sentido conciliador, fué mal recibida y muy murmurada por los exaltados de todos los partidos, con tanta mayor razon cuanto que refiriéndose á un punto extraño á los mismos partidos, ó sea á los absolutistas y liberales, y si solo á una cuestion puramente nacional y que á unos y otros interesaba, todos los que estaban decididos por la sangre y el fuego motejaron muy largamente al conciliador Alava. Y no solamente fué la gente agena al gobierno, sino la del gobierno mismo la que murmuró de la proclama en cuestion; y aún las mismas Córtes en poco no rechazan y condenan la bien entendida proclama del general Alava, que en pocas horas dió por resultado la presentacion de más de

mil ochocientos, oficiales y soldados. Había entre aquellos y estos muchos que, verdaderamente seducidos ó engañados, habían comenzado á servir en las filas enemigas, ó bien por librarse del mal trato que casi siempre reciben los prisioneros, pero decididos á presentarse en su ejército tan pronto como pudiesen, y detenidos despues por las voces que circulaban y el justo temor de cómo serian recibidos.

En el momento que Alava los facilitó el camino, dieron muestra ostensible de cuán contra su voluntad moraban el extraño campo: por esto en la *Gaceta* de aquel dia se leyeron las siguientes líneas:

«El feliz resultado de esta proclama ha sido haberse presentado »ya un gran número de estos soldados, deseosos de borrar con »sangre enemiga la mancha que les echó su adversa fortuna y no »una voluntad decidida, etc.»

Tambien se presentaron algunos de los que no eran militares, á los cuales denominaban *jurados* (nombre que se daba á los comprometidos con el gobierno de José), que no habían podido, ó querido seguir al intruso. Los principales, como los ministros y otros personajes *jurados*, como más comprometidos y temerosos, procuraron no permanecer en Madrid.

Nosotros, que seguiremos hasta el fin siendo imparciales, porque juzgamos que el serlo es en nosotros un deber indeclinable y una imprescindible obligacion, no dejaremos de decir que el gobernador de Madrid, D. Carlos de España, ya dió á entender entonces, aparte de su valor é inteligencia como general que nadie puede justamente negarle, su carácter más que severo duro y más que riguroso cruel, pero siempre en el cumplimiento de su deber. Entonces le ejercitó en favor del gobierno constitucional, como despues en defensa del absoluto.

El bando que publicó entonces estaba muy distante de parecerse á la proclama del general Alava. En él ofrecia someter á un consejo de guerra y tratar como espías á cuantos comunicasen directa ó indirectamente, por escrito ó de palabra, con los enemigos de la patria, con otros pormenores más que duros ridículos, porque no podían ser subsistibles, tales como prohibir á las esposas é hijos de los que habían seguido al invasor y habían comprado bienes nacionales, el salir de casa sino á misa, bajo la fianza de tres ciudadanos de arraigo, etc.

Como alguno pudiera comprender que la palabra *nacional*, tra-

tándose de bienes comprados, tenia la misma acepción que hoy, y no estando en armonía la prohibicion hecha por el conde de España con el sistema constitucional que á la sazón regía, debemos advertir que se referia á los bienes de los españoles leales que por radicarse en la parte de España dominada por el invasor, se habian vendido lo mismo á los franceses que á los españoles perjuros, ó *jurados*.

Parecerá quizá al lector que nos hemos separado del orden que habíamos adoptado y seguido hasta ahora, y le debemos de derecho una aclaracion.

Estamos fielmente persuadidos de que al escribir historia deben subordinarse otros extremos á la cronología, que aclara los hechos, más que otra cosa alguna, á los que son poco versados en esta importantísima parte de la literatura. El saltar de un año á otro, entremezclados los hechos y ocupándose de diversas provincias á un tiempo, ofusca la imaginacion de los que, inteligentes en otras materias, son poco peritos en la historia. Y como hemos empezado á tratar de la campaña hecha por los aliados y estos fueron los que entraron en Madrid, hemos preferido no cambiar de epígrafe ni abandonar á los aliados hasta que termine el año, para que haya absoluta y completa claridad en el orden cronológico.

Al bando del general España siguió la adopcion de diversas medidas que disgustaron mucho á la generalidad y que no fueron precisamente hijas de aquel, sino del gobierno. Figuró entre ellas la prohibicion relativa á la circulacion de la moneda francesa, que se mandó llevar á la tesorería general, pero sufriendo los tenedores de ella un quebranto al cambiarla que, si bien no era arbitrario sino arreglado á una tarifa y más módico que excesivo, siempre ocasionó perjuicios relativos á la mayor ó menor fortuna, segun la menor ó mayor cantidad cambiada.

El bizarro Empecinado paró muy poco en Madrid: aquel activo militar no se pagaba de los aplausos, sino de la gloria de sus propios hechos. Por esto pocos dias despues de penetrar en Madrid los aliados, él rindió la guarnicion de Guadalajara, mandada por el general Preux.

Otro partidario, que tambien adquirió gran nombradía, conocida por el ABUELO, hizo lo mismo en Toledo que el Empecinado en Guadalajara; empero no era todo gloria y triunfo, que tambien ocurrieron contratiempos.

El general Claussel, que mandaba las tropas de los heridos

Marmont y Bonnet, á quien dejamos en fuga, desordenado y en la mayor angustia, repuesto tan pronto como supo que los aliados se habian dirigido á Madrid, de Búrgos revolvió sobre Valladolid y cargando contra la ciudad hizo salir de ella al 6.º ejército español y replegarse á las montañas. En tanto Foy, por órden de Claussel, recogia las guarniciones de todo aquel territorio (18 de Agosto); mas despues de haberlo verificado con las de Toro y Zamora se dirigió á Astorga con el mismo objeto, para que le sorprendiese el disgusto de ver que el 6.º ejército nuestro le habia ganado por la mano, llevándose la guarnicion francesa de Astorga prisionera al Vierzo.

En cuanto á José, el dia 15 de Agosto se trasladó á Aranjuez desde Valdemoro, en donde le dejamos, y allí determinó dirigirse á Valencia. Puesto por obra su designio, el 22 llegó á Albacete; pero temiendo á los españoles que estaban posesionados del fuerte de Chinchilla, cuyos fuegos tanto podian dañarle, hizo abrir un nuevo camino, detencion que no le permitió llegar á Valencia hasta el dia 31.

Enterado José de lo que ocurría fuera del reducido recinto que habia llamado su córte, creyó conveniente entregar al mariscal Suchet el mando de ejército del centro, y tomó además otras providencias, segun creyó más oportuno para simplificar la administracion.

En cuanto á lo que ocurrió durante la marcha de José desde Aranjuez á Valencia copiaremos las líneas que de sus mismas Memorias toma un ilustrado autor coetáneo:

«Esta marcha de quince dias (dice) fué de las más penosas. Los habitantes huían, llevando sus bestias, y destruyendo sus hornos y sus molinos; no se encontraba trigo, ni menos harina. El calor era terrible, los arroyos estaban secos, y los pozos de las casas agotados ó cegados. Fué imposible mantener el órden y disciplina entre unas tropas que no recibían sueldo, y que en dias tan abrasadores no encontraban agua que llevar á la boca. El gran número de hombres sueltos y de criados agregados al convoy, cometieron desórdenes. Todos los que se rezagaban ó estraviaban para buscar agua y mantenimientos caían en poder de las guerrillas que seguían la columna y marchaban á sus flancos. Muchos españoles que habian dejado á Madrid, no pudiendo resistir las fatigas ni soportar las privaciones, tomaron el partido de volverse, ó de ocultarse en los pueblos á peligro de caer en poder de las parti-

»das. Casi la totalidad de los soldados de esta nacion al servicio del »rey desertó y se fué á incorporar á las guerrillas.»

El día 1.º de Setiembre abandonó Wellington á Madrid á consecuencia de haber sabido las operaciones realizadas por Claussel, dejando en la antigua córte tres divisiones y llevando cuatro consigo.

Claussel, que habia recuperado su actividad porque veia distantes á los aliados, tan pronto como supo la determinacion de Wellington, abandonó á Valladolid y siguió hasta llegar á Pancorbo.

Wellington procedió con su lentitud acostumbrada, á pesar de haber recibido de refuerzo el 6.º ejército, al mando de D. Francisco Javier Castaños, que constaba de unos 16,000 hombres.

Detenido Claussel en Bribiesca y Pancorbo, dió tiempo á los aliados para llegar hasta Búrgos y batir el castillo, bien guarnecido y fortificado con cinco baterías comunes. Resistia, empero, el castillo, y Wellington en la noche del 19 de Setiembre mandó tomar al asalto la altura de San Miguel, posicion difícil de tomar, y de la cual se posesionaron los aliados á costa de 21 oficiales y casi 500 soldados.

En la noche del 22, y al ir á comenzar el día 23, se dió orden para escalar la parte exterior del castillo, lo que no pudo verificarse segun los deseos del general en jefe, y apeló al trabajo de obras subterráneas.

La guarnicion francesa puso muy alto su nombre en la defensa de un punto que parecia de tan fácil adquisicion. A medida que estallaba una mina ó volaba un hornillo, los aliados ocupaban bizarramente las brechas que quedaban practicables; pero no menos bizarramente eran desalojados por los sitiados los sitiadores. Para gloria de nuestros enemigos, no omitirá nuestra imparcialidad decir que Wellington con todó su ejército, desesperado de tomar el castillo de Búrgos y viendo que habia sacrificado infructuosamente más de 2,000 hombres, desistió de su intento y levantó el sitio, quedando orgullosa, y con muy justo motivo, aquella heroica guarnicion, mandada por el general Dubreton.

Cuando Wellington acababa de dar tan indisculpable golpe en vago; cuando se retiraba, más corrido que contento, del castillo de Búrgos, las Córtes cometian un de-acierto, que por tal le tenemos, y que si bien acordado sobre un fundamento plausible, no fué menos inoportuno é inconveniente que otro, desechado casi con indignacion, y que excitó hasta el mayor extremo el patriotismo de la Regencia y de las Córtes.

Aquel mismo congreso que tan vivamente se disgustó con la propuesta de dar á Welington el mando de las provincias españolas limítrofes de Portugal, espontáneamente y sin excitacion de nadie, seducido ó ilusionado por los últimos hechos de Welington, expidió el decreto siguiente:

«Siendo indispensable, para la mas pronta y segura destruccion
 »del enemigo comun, que haya unidad en los planes y operaciones
 »de los ejércitos aliados en la península, y no pudiendo conseguirse
 »tan importante objeto sin que un solo general mande en jefe todas
 »las tropas españolas de la misma, las Córtes generales y extraor-
 »dinarias, atendida la urgente necesidad de aprovechar los glorio-
 »sos triunfos de las armas aliadas, y las favorables circunstancias
 »que van acelerando el deseado momento de poner fin á los males
 »que han afligido á la nacion, y apreciando en gran manera los dis-
 »tinguidos talentos y relevantes servicios del duque de Ciudad-
 »Rodrigo, capitan general de los ejércitos nacionales, han venido
 »en decretar y decretan: Que durante la cooperacion de las fuerzas
 »aliadas en la defensa de la misma península, se le confiera el
 »mando en jefe de todas ellas, ejerciéndolo conforme á las orde-
 »nanzas generales, sin mas diferencia que hacerse, como con res-
 »pecto del mencionado duque se hace por el presente decreto, ex-
 »tensivo á todas las provincias de la península cuanto previene el
 »artículo 6.º, título I, tratado VII, de ellas; debiendo aquel ilustre
 »caudillo entenderse con el gobierno español por la secretaría del
 »despacho universal de la Guerra.—Tendrálo entendido la Regen-
 »cia del reino, y dispondrá lo necesario para su cumplimiento,
 »haciéndolo imprimir, publicar y circular.—Dado en Cádiz á 22 de
 »setiembre de 1812.»

Desde luego podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que á estar libre el prisionero Blake, antes de adoptar tan grave determinacion, se hubiese opuesto con todas sus fuerzas, hasta donde le hubiera sido posible aquel hombre verdaderamente celoso del honor nacional. Si en efecto era conveniente el reunir bajo el mando de un solo general el del ejército para que hubiese unidad en los planes de campaña, ¿no habria un general español á quien confiar el mando supremo? Prisionero el ilustre Blake, ¿no quedaba el que era por todos reconocido como el vencedor en Bailen, cuya victoria fué la piedra angular del glorioso edificio de nuestra independencia? Podrásenos decir que entonces se hubiese resentido y retirado Welington; pero nosotros responderemos que antes de apelar á un ex-

tranjero para ofender injustamente á los españoles, debieron las Córtes dejar las cosas en el estado en que estaban, puesto que hasta entonces, despues de cuatro años de guerra y de existir dos las Córtes, no se habian acordado de adoptar semejante providencia, que á ser realmente necesaria, hubiéralo sido tanto, sino más, antes que cuando se adoptó. Allí no hubo más que ese entusiasmo nobilísimo, pero á las veces muy perjudicial, de que tan fácilmente se dejan llevar los españoles: llenos de gratitud, virtud que mas de una vez se ha vuelto muy en su contra, y habiendo concedido ya á Welington la grandeza, el ducado, el Toison y cuantas condecoraciones mas importantes habia en España, no sabiendo que hacer con él despues de entrar en Madrid, adoptaron aquel medio; y basaron el decreto en el fundamento, ó pretesto si se quiere, que les pareció mas conveniente ó plausible. Debemos advertir que en el mismo seno de las Córtes, muchos individuos reprobaron tan impremeditado nombramiento, y fuera de aquel no se diga.

El general Ballesteros, á la sazón capitán general de Andalucía, no anduvo con ambages: el 23 de Octubre, se dirigió al ministro de la Guerra por medio de un oficio en el cual probaba lo impremeditado y lo antiespañol de la determinación, manifestando resueltamente que estaba decidido á retirarse á su casa antes que reconocer como general en jefe á un extranjero. Coincidió casi con este desagradable incidente, la publicación de un folleto titulado *Ballesteros*, en el cual se trataba no de buena manera á la Regencia y las Córtes, respecto del punto en cuestión.

Como Ballesteros era muy querido de la tropa y tenia condiciones de muy buen militar, sin ser un grande hombre como general, se le destituyó antes que la noticia circulase, y fué reemplazado en la capitania general por el príncipe de Anglona, dando al primero el cuartel para Ceuta.

Agradó mucho á Welington la grata novedad, y le hizo olvidar el disgusto, no muy honroso por cierto, que habia sufrido frente al castillo de Búrgos. El nuevo general en jefe no solamente perdió un tiempo precioso y sacrificó 2,000 hombres, si que tambien dió lugar á Claussel para reorganizar las tropas y para recibir un refuerzo de 10,000 hombres llegado á marchas dobles de Francia. Tuvo además tiempo suficiente el general Caffarelli para incorporarse á Claussel con otros 10,000 hombres, for mando un total, en re los recién llegados y los que Claussel tenia, de 40,000 hom-



bres: todo esto ocurrió á consecuencia del desacierto del *nuevo general en jefe* que en otras ocasiones, con perjuicio de la justa causa, tan mirado y detenido habíase mostrado. No pudieron las Córtes elegir menos oportunamente el momento de dar el mando supremo y universal de las tropas españolas á un extranjero.

Por entonces Claussel se retiró á restablecer su salud, que de mucho tiempo antes padecía de una herida, y fué reemplazado por el general Souham.

Comenzó el nuevo general su marcha siguiendo la vuelta de Búrgos, y el nuevo general en jefe español lejos de esperar al enemigo, se replegó sobre Palencia y Valladolid. José á fuerza de esfuerzos personales habia logrado celebrar una conferencia con Soult, que le habia sido tan rebelde, con Suchet y Jourdan, y en ella habíase acordado dirigirse al Tajo para caer sobre Madrid: Welington temió verse sorprendido.

Souham siguió tan de cerca á Welington, que atacando muy á menudo la retaguardia, el primero causó bastantes bajas al segundo. Parecía que el distinguido honor que recibiera Welington habíale embriagado hasta el punto de entorpecer sus facultades intelectuales.

Estaba, ó parecia al menos, entontecido; porque yendo delante y con todos los elementos necesarios, quiso, *y no pudo*, cortar un puente sobre el Carrion y otro sobre el Pisuerga; por manera, que los franceses atravesaron sin la más pequeña dificultad. Por falta de gente no desempeñaria el triste papel de fugitivo el nuevo general en jefe, porque además de los anglos-portugueses, con él iba Castaños con todo el 6.º ejército; y por si esto no bastaba, antes de querer cortar los puentes *y no poder* cortarlos, se le incorporó el valeroso Porlier con una division.

En Villamuriel hubo un combate, sin la voluntad de Welington, en el que el general Alava queriendo levantar la reputacion de los españoles, recibió una grave herida, aunque afortunadamente no mortal.

El nuevo general en jefe cruzó, pasó y repasó rios, marchó y contramarchó por llanos y colinas, y se hizo *célebre* por lo que destrozó; pues ya que no pudo cortar los puentes del Carrion y el Pisuerga, pudo despues destrozarse los de Simancas, Quintanilla, Toro, Zamora, Tudela, Tordesillas, Puente-Duero y otros.

No por esto dejaban los franceses de echar puentes provisionales en unos puntos; rehabilitar los destrozos de Welington en

otros, y vadear en los más, para no dejar de perseguirle y hostigarle. Y los desaciertos del nuevo general en jefe *español* dieron lugar á que el plan combinado entre José y sus generales se realizase.

El día 8 de Noviembre hallábase Wellington en Arapiles, antes teatro de sus glorias y entonces si no de su oprobio, prueba flagrante de la pequeñez de los hombres tenidos por grandes. Habíasele reunido Hill con sus tropas, por su mandado, en vez de perseguir á Drouet como pudo y debió, según pronto veremos. Siguiéronle los franceses, cruzando el Tormes por tres puntos distintos, estando ya próximos á reunir 80,000 hombres, á consecuencia del acuerdo tomado en Valencia por José con sus generales.

Provistos de 120 cañones y del correspondiente material de guerra avanzaron en busca de los aliados, con el firme propósito de recuperar en los Arapiles el honor que allí habían perdido las armas francesas.

El 15 de Noviembre levantó Wellington su campo, pasando por Tamames á Ciudad-Rodrigo, llevando una muy penosísima marcha, por lo crudo y lluvioso de la estación: las subsistencias escaseaban mucho; los caminos estaban intransitables.

El día 18 llegó á Ciudad-Rodrigo el nuevo general en jefe. Continuando siempre desatentado, desde que se le dispensó el honor de preferirle á los generales españoles, á pesar de haber dejado aisladas en Madrid tres de sus divisiones, él se metió en Portugal. Antes había empeñado una acción con unos grandes rebaños, que á causa de la noche fueron tomados por enemigos: error en que no incurrió él solo y del cual salieron todos pronto.

Que Claussel llevara su ejército desorganizado y fugitivo después de la gran rota de Arapiles, se comprende perfectamente; pero que llevase el suyo Wellington en idénticos términos, habiendo sido el vencedor y llegado á penetrar en la corte de España, ni aún puede concebirse. Sin embargo, así fué; y no hubo causa ostensible para que Wellington entonteciese, fuera del desacierto cometido ante el castillo de Búrgos. Este error, empero, no debió ser bastante para desorientarle hasta el punto de hacer una larguísima marcha, fugitivo y acosado siempre, antes por el contrario, debió comprometerle á reparar su desacierto y á dar á España una palpable muestra de que las Cortes habían tenido peregrino acierto al darle el mando supremo de sus ejércitos.

Pero no lo hizo así: desatentado y sin brújula, perdió en su poco honrosa retirada 3,000 prisioneros, entre ellos un general,

que los enemigos llevaron gozosos á Salamanca. Cómo podria indemnizar Welington los males que acarreó con su incalificable proceder, que convirtió á un ejército vencedor y moralizado en fugitivo y desmoralizado, hasta el punto de verse precisado á escribir, entre otras, las siguientes líneas:

«La disciplina del ejército de mi mando, en la última campaña ha decaido á tal punto, que *jamás he visto ni leído cosa semejante.*»

¿Y á quién podia culpar? ¡A quién podia exigir responsabilidad por haber sus tropas cometido *desmanes y escesos de toda especie*, segun sus mismas palabras, sin tener por *disculpa desastres ni notables privaciones!* El mismo general en jefe se formaba la causa al escribir las precedentes líneas. Nosotros hemos visto lo que es un general en jefe cuando hace lo que debe, y hemos visto tambien, si alguno se atrevió á dar mal ejemplo, pagarlo tan caro que todos los demás, en número de muchos millares de hombres, quedaron penetrados de las ventajas que consigo lleva la honradez.

El respetable general Castaños, por una ligereza de las Cortes y de la Regencia, subordinado ahora á un extranjero, disgustado por el fatal papel que habia desempeñado en aquella vergonzosa retirada (retirada que no puede justificar nadie llevando los aliados 73,000 hombres), tan pronto como se vió en Portugal se retiró con su 6.º ejército á Galicia y se fijó en el Vierzo. Porlier con su division se trasladó á Asturias.

Habiéndonos propuesto, para no truncar la narracion ni alterar el órden cronológico, seguir á Welington hasta terminar el año, vamos á presentarle al lector tan divertido y obsequiado, como si no hubiera marchitado los laureles de Arapiles, con su *memorable* é incomprendible retirada.

WELINGTON EN CÁDIZ.

Hallándose el año ya en lo más crudo del invierno, el inglés tomó cuarteles desde Lamego hasta las Sierras de Baños y de Bejar; y despues de arreglados aquellos, el vencedor de Arapiles, despues desatentado fugitivo, se trasladó á Cádiz, á donde, en efecto, llegó felizmente.

El pueblo le recibió con extraordinario entusiasmo, porque recordaba la parte de gloria y aún estaba deslumbrado por el esplen-

doroso brillo de la batalla de los Arapiles, y la densa niebla de la retirada no la conocia en todos sus detalles. Hay más todavía: el pueblo, *de todas clases y condiciones*, es, por punto general, poco perspicaz y muy apasionado en sus juicios. Cuando dá en rebajar á una persona, cuestiona sobre los más grandes hechos y halla razones, si no verdaderas especiosas, para hacerlos aparecer como vulgares, ya que no los pinte como reprobables. En cambio, cuando trata de ensalzar al objeto de sus favores, engalana y atavía los desaciertos con los adornos, falsos ó verdaderos, que le presta su exagerado entusiasmo, y hasta los errores los encomia como aciertos. Quizás á consecuencia de esta verdad, acreditada por la práctica del mundo, la retirada de Welington seria comparada, por lo menos, con la de Massena, y hallarian en Cádiz muchas razones para presentarla como un golpe maestro, propio de un general émulo de los Turenas, Farnesios, Condé, duques de Alva ó Juanes de Austria. El hecho positivo es que Welington hizo una entrada en la residencia de la Regencia y las Córtes españolas, que pudiera haber satisfecho á Enrique IV de Francia despues de haber ganado su corona, á Alejandro Farnesio despues de la gloriosa y laboriosísima toma de Amberes, y á Cárlos I de España cuando vió prisionero á Francisco I de Francia.

No se crea por lo que de decir acabamos, que damos nosotros mismos en la falta que acabamos de criticar, rebajando los méritos del general en jefe de los aliados. No es posible olvidemos sus brillantes hechos en Portugal, en Ciudad-Rodrigo, Badajoz y Arapiles, hechos que, sea dicho de paso, recompensó España tan largamente cuanto fué posible. En tal concepto, bien merecia los obsequios: nos referimos solamente al mal resultado que dió un nombramiento que tanto hirió á los generales españoles, desde cuya época pareció que habíanse llevado á Welington, y habian traído otro para que ocupase su puesto.

Por entonces dióse tregua á la guerra, y todo fueron festejos y alegría. El marqués de Wellesley, hermano de Welington, dió un magnífico banquete en obsequio de este último y convidó á todos los diputados. El gobierno dió un brillantísimo baile tambien en honor del vencedor de Arapiles, aunque encerrado despues en Portugal. Cuéntase á propósito de este baile, del cual hizo los honores la célebre condesa de Benavente y duquesa viuda de Osuna, que esta señora recibió un anónimo, cuando estaba ya en el baile, advirtiéndola que habian envenenado la cena; pero todos cenaron

y ninguno murió: créese que fué escrito el anónimo para frustrar la diversion, haciendo que la concurrencia se dispersase.

El dia 30 de Diciembre, á consecuencia de haber dispensado las Córtes á Welington el honor de que una comision de su seno le visitase para felicitarle, pidió permiso aquel para presentarse á dar personalmente las gracias. Concedido el permiso, uno de los secretarios anunció al duque de Ciudad-Rodrigo; toda la Cámara se puso en pié, despues de suspender la discusion; cuatro diputados salieron á recibirle y le precedieron y acompañaron, *diéronle asiento entre los mismos diputados*, honra que quizá solo él haya recibido, y acto continuo, levantándose y saludando, leyó *en español* un discurso, de cuyo conocimiento no queremos privar á nuestros lectores.

«Señor (dijo lord Welington): no me habria yo resuelto á solicitar el permiso de ofrecer personalmente mis respetos á este augusto Congreso, á no haberme animado á ello la honra que V. M. me ha dispensado el dia 27 de éste, enviando una diputacion á felicitar-me de mi llegada á esta ciudad: distincion que no debo atribuir sino á la parcialidad con que en todas ocasiones ha mirado V. M. los servicios que la suerte me ha proporcionado hacer á la nacion española.—Dígnese, pues, V. M. permitirme manifestar mi reconocimiento por este honor, y por las diferentes muestras de favor y confianza que he recibido de las Córtes, y asegurarle que todos mis esfuerzos se dirigirán al apoyo de la justa é importante causa que la España está defendiendo.—No detendré con nuevas protestaciones á V. M., ni ocuparé el tiempo de un Congreso, de cuya conducta, sábia, prudente y firme, depende, con el auxilio de la divina Providencia, el feliz éxito de todos nuestros conatos.—No solo, señor, los españoles tienen puesta la vista en V. M., sino que á todo el mundo importa el dichoso fin de su vigoroso empeño en salvar la España de la ruina y destruccion general, y en establecer en esta monarquía un sistema fundado en justos principios, que promuevan y aseguren la prosperidad de todos los ciudadanos y la grandeza de la nacion española.»

El presidente de las Córtes contestó al inglés en los siguientes términos:

«S. M. se ha enterado de cuanto acaba de manifestar el duque de Ciudad-Rodrigo, general en jefe de los ejércitos españoles; y respecto al proceder que las Córtes generales y extraordinarias han observado con tan ilustre caudillo, no han hecho más que acreditar el aprecio que han juzgado ser debido al vencedor de Massena

»y de Marmont; al reconquistador de Ciudad-Rodrigo y Badajoz;
»al que hizo levantar el sitio de Cádiz; al que libertó tantas de
»nuestras provincias, y cuyos triunfos sobre los franceses han cele-
»brado los pueblos de Castilla, como pudieran celebrar los triunfos
»del genio del bien sobre el genio del mal; y al que entrando en
»Madrid hizo publicar el sagrado código de nuestra Constitución,
»obra inmortal de este agosto Congreso.

»En lo demás, las Cortes generales y extraordinarias no omiti-
»rán medio alguno para terminar felizmente la lucha en que la Es-
»paña y tantas otras naciones se hallan empeñadas; y no ya espe-
»ran ni confían en el duque de Ciudad-Rodrigo, sino que dan por
»seguros nuevos triunfos y victorias, y cuentan con que los ejércitos
»españoles y aliados, conducidos por tan ilustre caudillo, no solo ar-
»rojarán á las huestes francesas mas allá del Pirineo, sino que, si me-
»nester fuese, colocarán sobre las márgenes del Sena sus triun-
»fantes pabellones; pues no sería la primera vez que los leones
»españoles han hollado en sus orillas las antiguas lises de la
»Francia.»

No anduvo escaso en elogios el presidente de las Cortes; y si bien dijo verdad, parece que en boca del jefe de la representación nacional no sonaban bien las esperanzas de salvación que cifraba en un extranjero, por muchos méritos que tuviese y que nos guardaremos muy bien de negar. Hubiera sido más digno de la nación española el haberlas cifrado en los mismos que habían dado á España pingües cosechas de gloria y eran españoles. Lo mejor que tuvo el breve discurso del presidente fueron las últimas palabras, que siendo, como en efecto eran, incuestionable verdad, lisonjaban con sobrada razón el justo orgullo nacional.

Respecto de haber libertado á Cádiz, feliz acontecimiento de que el lector todavía no tiene noticia, deberemos decir que si se quiere, fué consecuencia, en efecto, de la victoria alcanzada en los Arapiles y de la entrada de los aliados en Madrid. Esto no obstante, como quiera que no fué directamente obra de Wellington y solo venimos ocupándonos de los hechos de los aliados al mando inmediato del precitado general, no hemos hablado aún de tan fausto acontecimiento porque nos reservamos hacerlo para cuando tratemos de los sucesos de Cádiz, que será muy pronto.

En cuanto el duque de Ciudad-Rodrigo, solo nos resta decir que después de haber recibido inexplicables obsequios, ya comenzado el año siguiente (1813) se trasladó á Lisboa, en donde no fué

menos obsequiado que en la residencia de la Regencia y las Córtes españolas.

ANDALUCIA.

Antes de alejarnos más en nuestra narracion de los sucesos á que dió márgen la entrada en Madrid de los aliados, debemos manifestar lo ocurrido en la residencia del gobierno español.

Vió Soult palpablemente las consecuencias que á la causa que él sostenia habian acarreado su inobediencia y su tenacidad. Comprendió que aquella estaba casi al borde de un verdadero precipicio y próxima á perderse, y esta reflexion le hizo variar de conducta y salir de Andalucía.

El día 24 de Agosto comenzó á levantar el sitio de Cádiz, al cabo de dos años y medio, y el día 25 la magnífica ciudad de Hércules y la isla de Leon quedaron libres de enemigos, los cuales arrojaron al mar la artillería de batir con los proyectiles de toda clase. Sin embargo, á guisa del mal intencionado que viendo su impotencia para dañar todo lo que desea se contenta con hacer el mal que puede, así Soult por no marchar de allí sin ocasionar algun perjuicio, hizo lanzar sobre la ciudad un buen número de bombas cuando ya iba á retirarse. Por cierto que su mala intencion la pagaron algunos de los suyos, á consecuencia de haber reventado bastantes piezas, por la exagerada carga que en ellas pusieron.

El gozo popular fué indescriptible, salvo algunas excepciones hijas de la pérdida de los negocios lucrativos á que dan lugar los sitios, y de los cuales se aprovechan siempre los logreros de oficio. La Regencia y las Córtes asistieron á un solemne *Te Deum*, y se celebró el fausto acontecimiento con diversos regocijos.

El día 27 abandonó Soult á Sevilla, para dirigirse á Valencia, en donde esperaba José; empero dejó en la antigua Hispalis la retaguardia, con la orden de permanecer allí dos dias. Apenas habíase apartado Soult de los muros de Sevilla, cuando á ella se acercaba uno de nuestros bravos generales, del cual hace tiempo no hemos hablado, sin embargo de que siempre que le hemos citado ha sido con elogio.

Apareció, pues, cerca de Sevilla el entendido y bizarro general D. Juan de la Cruz Murgueon, llevando como auxiliares al coronel Skerret, inglés, con una brigada tambien inglesa, y otro coronel llamado Downie, escocés, que mandaba otra brigada levantada y

formada por él á la cual denominó de *Leales Estremeños*, que formaba un notable y bello contraste, por estar vestida segun el uso remoto.

Encontróse nuestra brillante hueste con la fuerza francesa, junto á los olivares de Castilleja de la Cuesta, y la batió completamente, haciendo que se replegasen los invasores sobre Triana, quedando entre los nuestros y Sevilla el bello Guadalquivir.

El hermoso puente de hierro que divide á Sevilla de Triana sustituyó á un puente de barcas que vió á las gloriosas huestes de San Fernando, y que fué roto por las barcas *acorazadas* que inventó nuestro celeberrimo almirante de Castilla Raimundo Bonifaz, aunque en nuestros dias, si bien más perfeccionado, se nos ha querido dar por reciente el invento.

Murgeon, que era tan bizarro, y Downie, que sobre serlo tambien mucho, iba animado con la espada del conquistador del Perú, lanzáronse con sus tropas sobre el puente de barcas.

Explicaremos primero en breves palabras, por qué causa estaba en poder del valeroso Downie la espada de Francisco Pizarro. Aquella era propiedad de los marqueses de la Conquista, descendientes de Pizarro, guerrero que, si bien valerosísimo y célebre, estuvo muy distante de parecerse al gran conquistador de Méjico y á Hernan Cortés, el de las NAVES, el primer héroe del siglo XVI. Downie, que formó en Extremadura su legion, como lo indicaba el nombre de aquella, trataba á la que era á la sazón marquesa de la Conquista; y esta al ver el antiguo traje que á los legionarios habia dado su valeroso jefe, quiso honrar á éste con la célebre espada, que databa de la época en que aquella forma de trajes estaba en uso.

Cargaron, pues, los nuestros sobre el puente, en cuya cabecera se sostuvo un rudo y expuesto choque. Downie, que era intrépido en demasía, saltó solo por un hueco del puente y faltando los piés al caballo, cayó con éste y fué herido y hecho prisionero. Sin perder un momento la serenidad, viéndose ya en poder del enemigo, con robusto brazo arrojó la espada á los legionarios, á fin de evitar que el trofeo de Pizarro fuese á poder de los invasores.

Fuertemente irritados los nuestros con la prision de Downie, duplicaron su valor y sus esfuerzos; y subiendo animosamente, ó trepando más bien, por las vigas del puente, pusieron en fuga á los franceses que se encerraron en la poblacion y cerraron las puertas.

Favorecieron los paisanos á nuestras tropas, facilitándoles grandes tablones y otros medios para pasar el rio, como en efecto le atravesaron por el puente y por más abajo de la Torre del Oro, y los mismos paisanos abrieron la Puerta del Arenal, hoy derribada, por dond  penetraron en Sevilla.

El pueblo del poético Betis, sin recordar que aún estaban los enemigos dentro de sus muros, ech  á vuelo las campanas; colg ronse vistosas colgaduras en todos los balcones, y Sevilla entera se entregó al regocijo. Los franceses, que temian verse acorralados por todo el pueblo protegido por nuestras tropas, lanzándose por las puertas de Carmona, del Sol y del Cármen,   tomar el camino de Alcalá de Guadaíra, dejaron abandonados los cañones, que apenas componian una batería, y 200 prisioneros entre ellos el bizarro Downie, aunque en mal estado,   consecuencia de sus heridas.

Libre ya de franceses Sevilla, el día 29 de Agosto se publicó la Constitucion de Cádiz.

Al marchar de Sevilla el mariscal Soult, dió lugar   que se distinguiese mucho nuestro general Ballesteros, que poco despues se disgustó just simamente por el nombramiento de general en jefe hecho á favor de Welington.

Soult se dirigia entonces camino de Granada; y Ballesteros, que no llevaba fuerza militar proporcionada, sin abandonar las sierras de Torcarles molestaba la retaguardia de Soult y se amparaba de la Sierra; acometia el flanco derecho, y volvia   replegarse; caia sobre el izquierdo y nuevamente se amparaba de la Sierra, y de tan hábil manera fué persiguiendo   Soult hasta que el día 3 de Setiembre, al llegar   Antequera, atacó formalmente la retaguardia y la quitó tres cañones y buen número de prisioneros.

Tambien en Loja ocasionó otro percance el bizarro Ballesteros   los enemigos, cumpliendo perfectamente con los deberes de capitán general de Andalucía.

Más afortunado fué el conde de Erlon (Drouet) en su marcha desde Extremadura   Andalucía, para reunirse   Soult, segun el nuevo plan de campaña. Drouet no tuvo quien le persiguiese, porque su persecucion debió proceder de Welington; y como éste di  siempre muestras de no querer perseguir á nadie, en vez de mandar   su general Hill que hostigase   Drouet, puesto que éste último era el único que podia hacerlo, le mandó pasar el Tajo y dirigirse   Castilla la Vieja; ya lo hemos indicado antes de ahora.

Llegó, pues, Drouet   Córdoba, sin el menor contratiempo; Soult

habia ya salido de Granada, por lo que acelerando el primero sus jornadas, se reunió al segundo en Huescar (16 de Setiembre).

Detrás de Soutl llegó Ballesteros á Granada, precedido del príncipe de Anglona. Penetraron ambos en la hermosa ciudad de Boabdil al dia siguiente de salir el francés, y fueron recibidos por los granadinos con indescriptible júbilo.

Como en el año cuyos sucesos venimos narrando se declaró en España la terrible miseria y el hambre con todos sus horrores, refiérense muy por menor las principales causas de aquella. Nosotros hemos indicado ya alguna, quizá [la principal, antes de ahora: las cosechás venian siendo muy escasas, y los exíguos productos de la tierra caian en poder de los invasores; esto en cuanto á cereales. Si se trata de numerario, podremos decir lo mismo. Nada era suficiente á poner fin á las exigencias de los insaciables invasores. Cita un ilustrado historiador, fundándose en datos oficiales, que solo la provincia de Jaen pagaba anualmente por contribucion de guerra VEINTE Y UN MILLON SEISCIENTOS MIL reales, fabulosa cantidad tratándose de una provincia rica sí, pero no de las mayores de España, y de un ramo solo cuando tantos pretextos se buscaban para hacer exacciones.

No bastando nada á los que se propusieron robar sin la menor rémora, que si la palabra no es muy decorosa, tampoco puede ser sustituida por otra, no quedó particular acaudalado, ni templo alguno, desde la parroquia de la capital hasta la de la aldea, y desde la magnifica basilica hasta la modesta ermita, que no fuese tambien robada.

Y no era extraño el *gran* emperador al despojo que escandalosamente realizaban sus secuaces. Envidioso, que tambien lo era, de nuestras riquezas artísticas y deseando poseer las inapreciables joyas que nos legaron los Murillos, Riberas, Juanes, y tantos otros cuya enumeracion tarde acabaria, mandó establecer en el alcazar de Sevilla una *Comision* IMPERIAL, á fin de que recogiese todos los cuadros de valor y los remitiese á París para enriquecer su Museo. ¡Qué grande hombre fué Napoleon II!

No podemos recordar aquí un refran por demasiado vulgar; empero, diremos, que si volvieron muchos de los cuadros arrebatados en 1812 cuando llegó el año 1815, otros muchos no han sido devueltos todavía ni probablemente lo serán ya. Era admirable la fidelidad con que los dignos *discipulos* de Napoleon, imitaban á su maestro: tambien Soutl al reunir cuadros para aquel, cuidó de

reunir para sí; y no solamente reunieron los jefes superiores, en general hablando, cuadros y alhajas para llevar á Francia; hicieron tambien cuanto pudieron para sí propios: si entre ellos hubo alguna escepcion, ya la hemos consignado. Uno de los pocos que procedieron como caballeros, fué el mariscal Monecy.

Siguiendo en sus operaciones al ejército de Wellington y á los que de él dependian, diremos, que el general inglés Hill, al marchar en busca de su general en jefe, pasó por Madrid y destruyó las fortificaciones del Retiro. Al mismo tiempo *voló la magnífica fábrica de la China*, de la cual salian obras tan delicadas que competian con las extranjeras, y que los hijos de Albion envidiaron siempre. Esta fué una de las muchas infamias que entonces hicieron nuestros *amigos y aliados*, infamia que consignamos con mucho gusto, por más que lamentemos el hecho, para que sirva de útil enseñanza y lleve el convencimiento á las personas que aún crean útiles y desinteresadas las alianzas con que de vez en cuando nos favorecieron los extranjeros.

La infame operacion la verificó Hill á la vista de las divisiones del 5.º ejército español, despues de lo cual, siguiendo la instruccion del *extranjero* general en jefe de los ejércitos *españoles*, recogió todas las fuerzas militares y dejó la capital de España á merced de los franceses.

La total destruccion de nuestra magnífica y realmente famosa fábrica, fué el último hecho de los aliados en el año 1812.

VALENCIA, ALICANTE Y MURCIA.

Dejamos á Soult y Drouet reunidos en Huescar, desde donde partieron en busca del rey intruso. No llevaron buen camino, porque en muchas partes no le encontraban á propósito para la artillería, y más aún por la escasez de víveres. Los franceses no perdonaban medio ninguno, incluso los más rigurosos, para adquirir comestibles; en cambio, en cuanto los españoles, que estaban apostados y ocultos, anunciaban su aparicion, escondian en los pueblos cuanto podian, y aún lo arrojaban á los rios, cuando estos estaban á mano. Preferian privarse de cuanto tenian á entregarlo á los enemigos.

Por fin el 2 de Octubre llegaron Soult y Drouet á Almansa, eⁿ donde se fijó por entonces el cuartel general. Soult pasó el día 3 á Fuente la Higuera, á ver al titulado rey, que allí se hallaba con Jourdan y otros generales.

El recibimiento que hizo el intruso al mariscal fué atento, pero frío. Recordaba su inobediencia: y como si esto no fuese bastante, una casualidad habia hecho llegar á sus manos unos pliegos que iban dirigidos á su hermano Napoleon, por los cuales se cercioró de la mala conducta de Soult para con él.

Disimuló, sin embargo, y el mariscal atribuyó á su tenaz inobediencia la frialdad política con que el llamado soberano de España le recibiera. Este último hizo reunir á todos los jefes superiores á los cuales mandó exponer su dictámen, resultando la opinion unánime de ponerse inmediatamente en comunicacion con el ejército francés de Portugal.

Jourdan, que era y fué siempre el íntimo confidente de José, creyó necesario recuperar ante todo á Madrid; pero sin abandonar á Valencia. Aquella operacion deberia practicarse con el ejército del centro agregándole alguna parte del otro llamado del Mediodia, y 6,000 hombres del que habia llevado Soult. Este no queria desprenderse de fuerza alguna y propuso diversos proyectos á [José, el cual se mantuvo firme y los desoyó, aprobando absolutamente el proyecto de Jourdan.

Reuniéronse, pues, 50,000 hombres con 84 cañones, no sin haber puesto Soult en juego nuevas intrigas, hasta que cansada la paciencia, muchas veces excesiva, de José, éste le amenazó con quitarle el mando y trasladarle á Drouet, concluyendo por decir le mandaria marchar á Paris, á dar cuenta de su conducta. Descubrióse, por los pliegos que examinó el intruso, todo cuanto hasta entonces habia estado oculto; pero el altanero duque de Dalmacia que así le tituló Napoleon, notando la inesperada fortaleza del hombre que tan facilmente se dejaba dominar, comprendió que algun arcano reservaba su corazon y obedeció, como hombre que no tiene la conciencia tranquila y teme se descubra lo que tanto le importa ocultar.

Pasó Dronet á tomar el castillo de Chinchilla; y aunque tardó poco en abrir brecha, el gobernador y la guarnicion cumplieron con su deber. A pesar de esto en la noche del 8 de Octubre estalló una terrible tormenta, que lanzó un rayo sobre el sitiado castillo. El gobernador murió asfixiado con más de cincuenta individuos que componian la sesta parte de la guarnicion. La impensada y desgraciada muerte que aquellos bravos militares sufrieron aterró y desconcertó á los demás, que capitularon sin saber cómo el dia 9 de Octubre, al siguiente de haber ocurrido la catástrofe.

No pudo continuar operando sobre aquel terreno el general Drouet, porque fué llamado por José para acompañarle á Madrid; pero Valencia, rendida la capital, como el lector ya sabe, estaba en mucho peor situacion que Cataluña.

Durante el año no habian estado en dicha provincia ociosas las armas. Rindióse la capital al comenzar aquel, como en su lugar hemos manifestado. Habia esparcidos por aquella comarca de 18 á 20,000 soldados de nuestras tropas; pero de jefe supremo, casi estaban huérfanos.

Habia llegado á reforzar á Suchet, creyendo todavía á Valencia en poder de españoles, una division mandada por Montbrun, procedente de Portugal. Este general al saber la entrega de la capital, determinó marchar sobre Alicante.

Montbrun adolecia del mismo mal que todos sus compañeros. Faltábale conocer á los españoles, y creia que un golpe fuerte los aturdió y quitaba el vigor, siendo precisamente lo contrario lo que siempre les ha sucedido. Partiendo de este error, creyó que la pérdida de Valencia los habria desconcertado, y por ende supuso que el tomar á Alicante seria operacion facilísima, que podria consumar como de paso y sin detenerse.

Llegó, pues, el día 10 de Enero y comenzó por intimar la rendicion. Viendo que la ciudad no pensaba en entregarse, lanzó sobre ella varias granadas y allí se detuvo cerca de dos dias inútilmente, hasta que comprendió, por fin, que los españoles resistirian con tenacidad y se retiró, porque ni llevaba tren verdadero de batir, ni material á propósito para establecer un sitio en toda regla. Vengóse á la francesa de la lealtad de los alicantinos, cometiendo en los pueblos del tránsito todo género de desmanes.

MUERTE DE DON MARTIN DE LA CARRERA.

Poco despues se apoderó Suchet de Denia, despues de abandonarla su gobernador D. Esteban Echenique, viendo que no era socorrido por el general Mahy.

Casi al terminar el mes llegó á Valencia una division, mandada por el general Soult, hermano del mariscal duque de Dalmacia, que fué la primera que llegó del ejército de Andalucía. Pasó de Valencia á Murcia, en donde fué obsequiado con un banquete, no se sabe si espontánea ó forzadamente. De un modo ó de otro, el bizarrísimo D. Martin de la Carrera, indignado por aquella muestra de defe-

rencia y aprecio dada á un general enemigo, se propuso interrumpir de sangrienta manera la fiesta.

Al efecto distribuyó el general español su tropa para que entrase simultáneamente por varias partes, y él determinó penetrar en Murcia por la puerta de Castilla con un escuadron.

Verificó el valeroso D. Martin la sorpresa, pero dejáronle aislado: la ciudad por temor, ó por haber sido sorprendida tambien, ó fuese por lo que fuese, no apoyó al heróico caudillo, ni los demás penetraron á tiempo. El hecho fué que los franceses, tan azorados que su caudillo Sault *casi rodó la escalera* al abandonar el festin (esto es auténtico), se repusieron pronto al ver que sólo habia dentro de la ciudad un centenar de buenos ginetes.

El denodado español fué hostilizado de todas partes, puesto que hasta los balcones estaban coronados de franceses. Sin embargo, resistió luchando con cuantos se le presentaron en la calle; en las plazas dió tan tremebundas cargas, que acuchilló más de QUINIEN-TOS enemigos en diversos sitios; empero de los suyos iban tambien pereciendo unos, quedando otros fuera de combate, hasta que la Carrera se encontró sólo entre varios ginetes franceses. Rodeáronle seis; mató dos; hirió tres; cargaron más, y aquel verdadero rayo de la guerra hubiera dado cuenta de todos ellos, á no haber sido por que cayó del caballo des angrado. Hacia largo rato que su generosa y noble sangre brotaba en raudales por varias heridas de bala y sable. Otros enemigos nobles y ¡qué nobles! decentes al menos, hubiesen sin duda alguna conservado la vida de aquel verdadero héroe, siquiera le hubiesen puesto á buen recaudo, para que no les dañase; empero en aquella época no podia exigirse á los invasores semejante nobleza, aunque el valor, en todos tiempos y ocasiones, honró siempre al valor. Los franceses no entendian sino de destruir y quitar obstáculos á sus proyectos.

D. MARTIN de la CARRERA, verdadero mártir de su lealtad y de la Independencia española, dió su nombre despues á la calle de San NICOLÁS, en la cual perdió la vida, que valió mucho más que la de todos los invasores, sin esceptuar á su emperador,

A muy caro precio pagó Murcia el banquete, que por honor de los murcianos suponemos seria obra del mismo Sault que exigiria se le obsequiase, así como igualmente suponemos que no ayudaron al heróico la Carrera atemorizados por la numerosa division que hacia inútil la lucha é impotente el valor. Aquella gente ingrata y de mal corazon, salió en la misma noche de Murcia, despues de

haber consumado sus sólitas *hazañas*. El mismo resultado tuvo la prudencia de los murcianos, del que hubiese tenido su imprudencia.

No se tache, ya que de prudencia hablamos, á D. Martin de la Carrera de imprudente y ligero. Penetró en Murcia confiado en que no le faltaria apoyo suficiente: faltóle empero, y ya tirado el guante no tuvo más camino que elegir del que eligió, que fué el de buscar la muerte de los héroes.

No hay sol sin sombra, ni anverso sin reverso: por desgracia el heroismo de la Carrera tuvo poco despues un reverso tan repugnante como lamentable, que vamos á referir con el mayor disgusto, pero que nuestro deber nos obliga á consignar.

Habia Suchet colocado al general Harispe sobre la márgen derecha del Júcar y en Gandía al general Habert; y luego que se apoderó de la abandonada Denia, dió orden á Severoli para tomar á Peñíscola.

Era esta obra más para dicha, que para brevemente desempeñada. Su situacion sobre una elevada roca que entra mucho en el mar formando casi una isleta, rodeada de fortificaciones y defensas superiores, la hacian muy difícil de tomar por fuerza de armas. Aun en aquellos tiempos en que ni se conocian la artillería ni medio alguno de opugnacion y ataque de los que tanto se han multiplicado en nuestros dias, los cartagineses eligieron á Peñíscola, entonces llamada por ellos Acra-Leuka, para su principal parque y almacén, por la defensa natural y la gran seguridad que ofrecia.

Era gobernador de la amenazada plaza D. Pedro García Navarro, apellido más de una vez fatal y notado en la historia española por los hechos de algunos, que no le llevaron con tanta gloria como otros. Si Andriani ó cualquier otro de los muchos gobernadores de plazas que fueron dignísimos, hubiese estado al frente de la guarnicion de Peñíscola, de seguro el francés hubiera sufrido la vergüenza de retirarse. García Navarro, empero, á la intimacion de Severoli contestó estas palabras, que sólo con la sangre del mal gobernador podian ser canceladas. «El gobernador y la Junta militar de Peñíscola (decia Navarro), convencidos *de que los verdaderos españoles* son los que unidos al rey D. José Napoleon procuran hacer menos desgraciada su patria. . . .» No queremos añadir más. Concluia aquel desgraciado militar por ofrecer la entrega de Peñíscola, sin más condicion que la de no quedar prisionera de guerra la guarnicion, permitiendo á sus individuos dirigirse á donde les conviniese.

Gozoso Severoli al ver que un traidor, indigno del glorioso nombre de español, le entregaba de balde lo que tal vez no hubiera podido adquirir ni á costa de mucha sangre, admitió al traidor Navarro al servicio del intruso. Hízose, pues, aquel, compañero de los incendiarios de su patria y de los asesinos y opresores de sus compatriotas. El nombre de NAVARRO sería para nosotros un terrible baldon, si no fuese porque á su frente podemos colocar el de la CARRERA, y por fortuna los de los imitadores del primero son tan escasos, como profusamente abundantes los del segundo.

Después de rendida Valencia, había tomado O'Donnell (D. José), á la sazón jefe de estado mayor del tercer ejército, el mando de las tropas españolas en Valencia, aunque en calidad de interino.

Tratando O'Donnell de llamar la atención de Suchet hácia otra parte, para poder acometer al general Harispe situado en el camino de Alicante, hizo llegar á la vista de Denia una escuadrilla, cuya presencia produjo el efecto deseado.

ACCION DE CASTALLA.

Tenia Suchet noticia de que llegaría muy pronto una escuadra inglesa y siciliana, y temió fuese la escuadrilla anglo-española una parte de aquella. En tal creencia cargó fuerzas el mariscal sobre la costa de Denia y Cullera, y O'Donnell mandó á Roche y Michelena, jefes, respectivamente, de la primera y tercera division, atacar á las que mandaban Delort y Mesclop, que se extendían por Alcoy hasta Castalla.

El primer ataque de los nuestros fué impetuoso, y los franceses salieron expulsados de Castalla; pero confiados los españoles en la fuga de los franceses é ignorantes de una emboscada que preparada había, en el calor del ataque, sin tener en cuenta que iban desamparados de caballería, avanzaron denodadamente hasta una espesa arboleda y unos olivares, de donde salió la caballería francesa que estaba emboscada, cogiendo á nuestra infantería aislada y en terreno á propósito para dar cargas, y la accion se perdió (21 de Julio).

En el acto, para completar la obra, Mesclop atacó á la division de Roche, viendo desecha la de Michelena. Aquel y sus tropas resistieron bizarramente; pero llegó de refuerzo Harispe, y todo fué después confusion y desorden.

La accion de Castalla costó 300 muertos, 497 heridos y 2,800

prisioneros, dos cañones, además, con muchas municiones y tres banderas.

Dijimos en el correspondiente lugar que el conde de la Bisbal (D. Enrique O'Donnell), hermano de D. José, dejó el mando de Cataluña; y no hemos vuelto á hablar de él hasta ahora, que el lector le encontrará desempeñando el elevado cargo de regente del reino.

Su hermano D. José, llevó la culpa del desastre de Castalla, como hubiera llevado la gloria si los nuestros hubiesen vencido, puesto que era el general en jefe; y la noticia de la expresada rota, causó tanto disgusto en Cádiz, que dió márgen á muy acaloradas cuestiones en las Córtes. La Bisbal, como recto militar, se desentendió del parentesco, y no presentó la menor oposicion á que se investigaran las causas primordiales del desastre, para exigir la responsabilidad á quien correspondiese, si bien las Córtes habian recibido con disgusto cierto nombramiento hecho por los regentes, de que hablaremos despues.

Todos designaban como culpable por su poco acierto, ó escesaiva confianza, á D. José O'Donnell, si bien otros cargaban más parte de culpabilidad sobre el jefe de la caballería, llamado Santisteban, por no haber auxiliado á la infantería, cuando esta fué sorprendida por los de la emboscada.

Los más vehementes entre los diputados, y muy especialmente los valencianos, motejaban á los regentes, porque los encontraban morosos y poco decididos contra los culpables en el desastre de Castalla, llegando á expresarse algunos diputados en términos que no favorecian mucho á la confianza que la Regencia debia inspirar á las Córtes.

Uno de los diputados valencianos, decia: «V. M. tiene ya el desengaño á la vista, pues que siendo el general en jefe el primer responsable de las operaciones militares con arreglo á ordenanza, el gobierno á la primera noticia que ha recibido le ha calificado de inocente, nombrándole desde luego para mandar un cuerpo de reserva: un general, pues, que así se halla sostenido por el gobierno, del que forma parte su hermano, sin embargo de haber sido el suceso tan escandaloso, ¿qué ventaja tan conocida no lleva sobre los oficiales y jefes de aquel ejército para prometerse muy felices resultados de la averiguacion mandada por el gobierno?....»

Otro, atacando aún más explícitamente, dijo:

«¿Quién es el general en jefe? El hermano de un regente. ¿Quién

ha de nombrar el comisionado? La Regencia. ¿Quién será el que se nombre? Un militar subalterno, y dependiente más que otro alguno del poder ejecutivo. ¿Quiénes los testigos? Militares. Pregunto ahora: ¿tendrán estos libertad para deponer contra un general en jefe, hermano de un regente, y ante un comisionado nombrado por la Regencia, que por más que se diga, ha de hallarse comprometido y envuelto en mil consideraciones y respetos? Y cuando nos desentendamos de todo lo dicho, ¿la nación podrá mirar sin sospecha este proceder?» Y concluía diciendo, que el nombramiento de comandante general de un ejército de reserva, que no existía, era capaz de abatir el ánimo del comisionado, de los testigos, y de todos los que tuvieran que entender en el proceso.

Un tercero, más decidido, severo y exigente, tomó la palabra, para pronunciar las siguientes:

«Exijo antes de todo por condicion indispensable que todos los jefes que han mandado en la accion de Castalla, incluso el general, se pongan en un castillo sin comunicacion, puesto que no lo ha hecho el gobierno; el cual además ha conferido al mismo general en jefe otro destino para que no le costase el trabajo de pedirle. Señor, si los clamores de aquellas provincias no hubieran llegado tan uniformes, podria haber algun género de duda; pero no la hay. El escándalo ha sido muy grande; llegue, pues, el castigo hasta el esterminio.....»

»Yo creo al regente O'Donnell muy capaz de firmar la muerte de su hermano si le creyese delincuente; pero no puedo asegurar del mismo modo que *habrá veracidad en las declaraciones.....*»

El nombramiento á que poco hace nos hemos referido y á que aludieron en sus peroraciones los diputados fué, como alguno de estos especificó, de general en jefe de una reserva cuya formacion aún no estaba decidida. El haber quitado el mando del ejército de Valencia á D. José O'Donnell, fué dar por admitido que éste último habia incurrido en falta; y el nombrarle jefe de la proyectada reserva, pareció como un verdadero desagravio. Esta contradiccion en que incurrió la Regencia fué, sin duda alguna, uno de los motivos que disgustaron á la mayoría de los diputados.

El día 17 de Agosto, casi un mes despues de la rota de Castalla, se decidió nombrar una comision de guerra, para entender en tan desagradable asunto. La comision evacuó su informe el día 18, pidiendo que la Regencia nombrase una persona de notoria instruccion y conocida imparcialidad, para que instruyera ó formara un su-

mario relativo á las causas del desastre de Castalla en el improrogable término de quince días, comenzando por averiguar la conducta del general en jefe.

Fué tambien de opinion la comision de guerra de que una copia legalizada del sumario se remitiese á las Córtes, y sucesivamente de todos los procedimientos hasta la terminacion del proceso; que éste se imprimiese y publicase, y que no tuviese efecto el nombramiento de general en jefe de la proyectada reserva en favor de don José O'Donnell, hasta que se aclarase la conducta en Castalla del agraciado.

Unos diputados encontraron escelente el dictámen de la comision; á otros les pareció muy suave y benigno, aunque, por fin, se aprobó. Y despues de haber armado tanto ruido que casi se pareció mucho al escándalo, el calor fué templándose y sucedió lo que casi siempre en España. Por el pronto, el conde de la Bisbal, como militar pundonoroso y honrado caballero, dimitió el cargo de regente.

Para reemplazar á D. José O'Donnell en el mando del segundo y tercer ejército, fué nombrado el bizarro y entendido general don Francisco Javier de Elío. Apenas habia desembarcado, cuando se le confirió el mando ya indicado, sin dejarle descansar de su gloriosa expedicion al Rio de la Plata.

Para concluir con los sucesos ocurridos en Andalucía, diremos que el bizarro Ballesteros hizo la guerra con mucha gloria, recorriendo desde el campo de Gibraltar, las provincias de Sevilla y Córdoba, y regresando despues. De nuevo salió hácia la Serranía, siempre haciendo poner en alarma á los enemigos.

El día 14 de Abril sostuvo un récio choque en Osuna, peleando en medio de las calles y obligando á los franceses á encerrarse en un pequeño castillo.

Llegó el bizarro Ballesteros á intimidar á Soult en términos, que fortificó la línea del memorable Guadalete, temiendo quedar incomunicado con las tropas de Cádiz y Sevilla. Allí mismo fué atacado el francés por el capitan general de la provincia, el bizarro D. Francisco Ballesteros, que vadeó el Guadalete y dió muy mal rato al enemigo, por más que el resultado no fuese grato, porque originó bastante pérdida.

En aquel glorioso combate pereció heroicamente el brigadier D. Rafael Ceballos Escalera, que llegó á coger un cañon enemigo y bregando para arrancarle y llevarle á los suyos, murió de un bala-

zo. Las Córtes hicieron honor á la memoria de aquel infortunado héroe y acordaron socorrer á su desolada familia.

NAVARRA, ARAGON Y CATALUÑA.

Al comenzar el año continuaba ejecutando proezas el animoso é infatigable Mina.

El 11 de Enero sostuvo un récio combate con el general Abbé, en persona, en las inmediaciones de Sangüesa. Abbé fué completamente derrotado por Mina, quien le cogió 400 prisioneros, haciéndole perder más de 1,000 entre muertos y heridos, y le quitó además dos cañones. A favor de la noche y de lo accidentado del terreno, pudieron escapar los franceses.

De nuevo puso Mina en alarma á los enemigos, hasta el punto de determinar estos la reunion de 20,000 soldados, llamando auxilios de Castilla y Aragon, para penetrar inopinadamente en Navarra con el general Dorsenne al frente, y batir de un modo decisivo á Mina.

Los franceses, siempre *civilizados* y *civilizadores*, penetraron en Navarra y se dirigieron al valle del Roncal, en donde estaban los heridos y los enfermos de Mina en quienes impía y bárbaramente vengaron su ira. En cuanto á Mina, á pesar de la arrolladora tempestad que sobre él habia estallado, dividiendo su gente como en los lances críticos solia, fué burlando al francés y desapareció de Navarra, internándose en el alto Aragon.

Allí le creían y allí le perseguían los franceses, cuando con sorpresa de amigos y enemigos apareció en Guipúzcoa. El día 9 de Abril viósele sobre las alturas de Arlaban, sin poder comprender por donde habia ido. Nadie pudo adivinar su propósito; pero como entre todos los caudillos españoles incluso los mejores generales, ninguno tuvo mejor organizado el servicio de espías ni hizo mayores sacrificios que Mina para tenerlos á su devocion, recibió exacta noticia de que iba á pasar hácia Francia un gran convoy, y quiso hacer lo mismo que en otro tiempo hiciera, al trasladarse á Francia el mariscal Massena.

Sabia Mina lo que iba en el convoy y que le escoltaban 2,000 hombres; y no queriendo desperdiciar la ocasion, anduvo con los suyos á catorce y quince leguas por dia, á pesar de las terribles dificultades que siempre presentan los caminos desusados.

Llegado el momento, descendió con el valeroso Cruchaga, su segundo, circunvaló á Salinas y en cuanto llegó el convoy, los es-

pañoles hicieron una descarga cerrada, é inmediatamente se lanzaron á la bayoneta sobre los franceses. El choque apenas duró hora y media; pero el resultado fué bien-funesto para los enemigos: 600 muertos, 930 heridos, 150 prisioneros y 320 fugitivos ó dispersos, que forman el total de los 2,000 hombres.

Cogió, pues, el valeroso Mina todo el riquísimo convoy, interesantes pliegos de José para Napoleon y, lo que apreció más que todo, las dos banderas que los dos batallones franceses llevaban. El secretario de José, llamado Deslandes, que llevaba los pliegos para Napoleon, bajó del carruaje para fugarse, y fué muerto de una cuchillada.

Era muy difícil que unos enemigos del *temple* y de la *índole* de los franceses no jurasen el exterminio de un enemigo como Mina. Como para ellos no habia armas vedadas porque todas las encontraban buenas, viendo que el poner á precio la cabeza del héroe, como en otro tiempo hicieron, no habia dado resultado, apelaron á ganar á uno de esos partidarios que siempre aparecen en circunstancias análogos, y que no son otra cosa que verdaderos bandidos.

Uno de estos llamado *Tris* y conocido por el *Malcarado*, apodo que sin duda le caracteriza, fué el instrumento de que, probablemente á fuerza de oro, se valieron los franceses.

El infame *Tris*, sin duda para llamar la atencion de Mina y atraerle á aquel sitio, comenzó á cometer más desmanes que un francés. Surtió efecto la villana añagaza y el noble caudillo acudió en efecto, á observar la conducta del partidario; pero á fin de no inspirarle desconfianza, comenzó por encargarle el cuidado del pueblo en que se hallaban, para evitar toda sorpresa.

Muy distante estaba el valeroso Mina de suponer cuan cerca se hallaba de la muerte. Fingiéndose leal el villano *partidario*, aceptó el encargo y, como el mismo Mina refiere en sus *Memorias* de tan sencilla como inimitable manera: «Propúsome *Tris* (dice) con toda
»la astucia de un alma depravada, que creía conveniente para ma-
»yor seguridad enviar á Huesca uno de sus confidentes á fin de que
»observara si la guarnicion enemiga de aquel pueblo hacia algun
»movimiento.

»Convine en la propuesta y de buena fé, con esta mayor confian-
»za, nos echamos á descansar. Pero resultó que en lugar de la co-
»mision de observar llevó el confidente de *Tris* la de hacer mover
»las tropas que habia en Huesca, y antes de amanecer del otro dia
»(23 de Abril) ya teníamos sobre Robres 800 infantes y 150 caballos

»de la division de Pannetier que desde Navarra se habia ido cor-
 »riendo á Aragon. Adelantáronse algunos caballos conducidos por
 »el confidente enviado por Tris, y esta fué mi fortuna; rodean mi
 »alojamiento, despiértome al ruido que sentia en la calle, me aso-
 »mo á la ventana, y veo que los enemigos forcejean la puerta de la
 »casa; llamo á mis asistentes, y corro á las armas. Mi maletero Luis
 »Gaston á mis voces corre á la puerta, y medio la abre para obser-
 »var lo que habia: llego yo á ella al tiempo que uno de los húsares
 »franceses hacia empeño de entrar con su caballo; deténgole yo
 »dando al caballo con la tranca de la puerta..... arremolínanse otros
 »cinco caballos que estaban próximos á la puerta con los movimien-
 »tos del primero, y cejan algun tanto, dando lugar con esto á que
 »yo pudiera cerrar la puerta y sé me preparase el caballo; montado
 »ya en él, hago al patron que abra enteramente la puerta, y salgo
 »con precipitacion seguido de algunos ayudantes que alojaban en
 »la misma casa, y de un tajo de sable hiero malamente en un bra-
 »zo al húsar que estaba próximo á mi salida; pico el caballo ade-
 »lante dando grandes voces á mis soldados; atúrdense estos, cor-
 »ren unos sin caballos hácia donde suena el grito; otros montados
 »en pelo y muy á la ligera de ropas, otros sin armas y todos confu-
 »sos y atolondrados. Y para que los más puedan lograr su salida,
 »entretengo á los enemigos corriendo de uno á otro lado, y soste-
 »niendo sus ataques con un puñado de valientes que de pronto lo-
 »graron reunírseme. Poco despues Iribarren, Gurrea y algunos otros
 »más se me reunen, y con ellos hago más frente al grueso de la
 »caballería enemiga, y rechazo algunos grupos de ella, y cuando
 »llegaba su infantería dejé el pueblo, y cada cual de los que me
 »acompañaban tiró por donde pudo; los que se vieron imposibilita-
 »dos de salir quedaron hechos prisioneros, y entre ellos mi malete-
 »ro Luis Gaston; logré rescatar á mi ayudante secretario D. Félix
 »Boira, que se vió muy apretado por un trozo de enemigos, pero
 »tenia serenidad y brío, y acostumbrado á salvar peligros, aunqu-
 »herido, con mi auxilio se desembarazó de estos y vióse libre d
 »sus garras.»

Cuenta luego cómo aguardó á que los franceses desocuparan e
 pueblo, cómo interceptó un parte del alcalde y párroco de Sariñe-
 na, y por último añade: «Apenas el enemigo habia desocupado e
 »pueblo, volví yo á él; me encontré un espía de los franceses veci-
 »no de Zaragoza, y lo hice fusilar: averigüé el descuido ó la mala
 »intencion de no haber dado aviso de los movimientos de los fran-

»ceses, teniendo tiempo y ocasion para hacerlo conforme les estaba
 »mandado, de tres alcaldes ó regidores de los pueblos por donde
 »transitaron y en donde hicieron alguna mansion, y sufrieron tam-
 »bien aquella pena.

»Igual suerte experimentaron el cura y el alcalde de Sariñena,
 »despues de recibida informacion en regla de sus sentimientos y
 »procederes, de la cual resultaron los malos hechos que se les im-
 »putaban.

»Hice, por último, fusilar á *Tris*, despues de convencido de su
 »delite de traicion, y le acompañó un criado que tenia, á quien an-
 »tes de la guerra se habian probado dos muertes. Estos últimos su-
 »frieron la condena en el pueblo de Alcubierre.....»

Libre Mina, siguió corriendo la tierra de Aragon y despues pasó á Guipúzcoa, en donde le estaba reservado un dolorosísimo disgusto. En las cercanías de Ormaiztegui, una bala de cañon llevó ambas manos á D. Gregorio Cruchaga, valeroso y fiel segundo de Mina (7 de Marzo). Aquel desgraciado y benemérito español murió á consecuencia de aquella desgracia, con tanto dolor de Mina, de quien, segun vulgarmente se dice, era *piés y manos*, como sincero sentimiento de sus tropas.

Poco despues, el mismo Mina fué herido, en un muslo, de bala de fusil, en Santa Cruz de Campezu.

Hemos ya referido, respecto de Aragon, la parte que tomó el célebre Mina en los hechos ocurridos en dicho antiguo reino, cada vez que se veía obligado á abandonar á Navarra: referiremos ahora lo que nos falta agregar á lo antes expuesto.

Mandaba en Aragon por el gobierno legitimo, D. Pedro Sarsfield. Este valeroso general inauguró su mando en Aragon tomando á Barbastro, el dia 18 de Setiembre. Despues de este suceso, redújose la campaña de Aragon á continuos encuentros y escaramuzas, en que ayudaron á Sarsfield muy oportunamente los partidarios, teniendo en continuo movimiento y perpétuo desasosiego á los franceses. Otro célebre hecho, llevado á cabo en Aragon por el bizarro baron de Eroles, le referiremos despues, por creerlo así más conveniente.

En la parte de Cataluña hacíase célebre el general D. Luis Lacy, y no adquirian menor celebridad el infatigable baron de Eroles y los activos y bizarros caudillos Milans y Manso.

No faltaban, por desgracia, espéctaculos sangrientos, porque los hostigados franceses se vengaban en la gente inerme y en los

pueblos que creían, ó se les autojaban, más sospechosos que otros; Lacy, naturalmente, tomaba cuantas represalias podia.

Ya en los principios del año habia dicho bizarro general sorprendido y hecho brisionero en Villaseca al coronel Dubarry, con toda la fuerza que mandaba. En cambio en San Feliú de Codina, el general Decaen sorprendió á Sarsfield y le hizo prisionero. Este disgusto se trocó pronto en júbilo. CUATRO bizarros soldados españoles cargaron furiosamente sobre los que llevaban á su general, y en pocos minutos le rescataron. Sarsfield, sentido de la sorpresa, viéndose libre, rehizo su tropa y dispersó completamente á los enemigos.

ACCION DE ALTAFULLA.

El dia 24 de Enero fué atacado el baron de Eroles, que solo llevaba su division, por dos enemigas, mandadas por Maurice-Mathieu y Lamarque. Viendo los franceses que con fuerzas iguales rara vez vencian, siempre que podian duplicaban las fuerzas.

El resultado fué el que debia esperarse de la desigualdad del número. Perdió el de Eroles unos 500 hombres y dos cañones, salvándose la division merced á la serenidad de Eroles y la bizarría de 200 cazadores, que casi por completo se sacrificaron, por salvar á los demás.

Vengó largamente Sarsfield el desastre, penetrando en Francia, á 14 de Febrero, en donde sacó contribuciones, tomó ganados y regresó sano y salvo al territorio español.

Pocos dias despues (3 de Marzo), penetró Lacy en Aragon y llegó hasta Roda, en donde fué acometido por el general Bourke. Sostúvose bizarramente el de Eroles y derrotó al francés, el cual se retiró en fuga y herido, despues de haber dejado casi 1,000 hombres sobre el campo. Verificado este alarde de vigor, como quien dá muestra de que no aprecia en nada el desastre de Altafulla, regresó victorioso á Cataluña. Este hecho es el que no hemos designado al tratar de Aragon, porque fué llevado á cabo por un general del ejército de Cataluña, que sólo hizo una brevísima incursion en territorio aragonés.

El resto del año pasó en encuentros parciales y escaramuzas, en que se distinguieron mucho los partidarios Manso, Milans, Rovira y otros, y en las desastrosas represalias de que no ha mucho hicimos mencion.

Napoleon, sin curarse para nada de José, dió el mando superior de Cataluña al mariscal Suchet, sin quitar á Decaen el mando inmediato del Principado, reservando al antedicho mariscal su autoridad sobre Aragon y Valencia.

Por aquel tiempo la Regencia hizo nueva distribucion de los ejércitos españoles. Francia, á pesar de haber sacado fuerzas militares para atender á la campaña de Rusia, aún tenia en España pocos menos de 240,000 soldados. Su ejército del *Centro*, constaba de DOCE MIL QUINIENTOS; el del *Mediodia*, de CINCUENTA Y SEIS MIL CUATROCIENTOS TREINTA Y SIETE; en *Cataluña*, *Aragon* y *Valencia* tenia SESENTA MIL QUINIENTOS CUARENTA; en el *Norte*, CUARENTA Y OCHO MIL TRESCIENTOS TREINTA Y TRES y el llamado ejército de Portugal, constaba de CINCUENTA Y DOS MIL SEISCIENTOS DIEZ Y OCHO.

Los ejércitos españoles, segun la nueva distribucion, eran seis: cuatro de operaciones y dos de reserva. El primero, ó de Cataluña, estaba á las órdenes del general Copons: el segundo, Valencia, á las del general Elío; el tercero y cuarto, cuyo destino no se prefijó entonces, á las del duque del Parque y Castaños, respectivamente. El mando de los dos de reserva le encomendó la Regencia al conde de la Bisbal y á Lacy. Continuaba en todo su vigor el nombramiento de general en jefe ó, como algunos con razon le llaman, de generalísimo en favor de Welington, en virtud de lo cual se pusieron á sus órdenes 50,000 hombres.

GALICIA Y ASTÚRIAS.

No ocurrieron hechos notables en el Principado de Astúrias y antiguo reino de Galicia. Del mismo modo que la historia se ocupa muy poco de los célebres hechos de un soldado, porque rara vez los que los presencian los consignan, al paso que jamás omiten el referir largamente los de los caudillos, de idéntica manera sólo se estienden al tratar de las grandes batallas, sin ocuparse de los hechos parciales que diezman y perjudican en detalle á los enemigos, haciéndolos por su continuidad más irreparables perjuicios que las ruidosas batallas.

Continuaba mandando las tropas de Astúrias y Galicia el general Abadía, aunque dependiendo siempre de Castaños, quien á la azon mandaba los ejércitos 3.º, 6.º y 7.º El dia 7 de Abril quiso

ver por sí mismo el estado del ejército de Galicia, y se trasladó á esta provincia desde Portugal, en donde se hallaba.

Pasó Castaños una minuciosa revista, no solamente á las tropas, sino á la provincia toda, y no fué infructuoso su viaje, puesto que dictó muy buenas medidas. Pero ni en Galicia ni en Astúrias ocurrió ningun hecho de los que se llaman notables: redújose la guerra por aquella parte á esas operaciones que forman una verdadera lima sorda, que destruye sin que lo parezca.

Bonnet, volvió á entrar, al finalizar Marzo, en Astúrias; pero tuvo que abandonar muy pronto el campo, hostigado por todas partes. A los generales Santocildes y Mendizabal auxiliaban poderosamente Porlier, Campillo y otros partidarios.

OPERACIONES MILITARES EN EL RESTO DE ESPAÑA.

La Junta de Búrgos fué llevada á Soria, por haber sido sorprendida cerca de Segovia. Los franceses las perseguian de muerte, como que formaban en cada provincia el núcleo de la defensa y de la resistencia.

Como si se tratase de bandidos ó criminales de otra especie, los invasores llevaron á los de la Junta entre bayonetas y rodeados de fuerza militar. Creyóse que este alarde seria con el único objeto de imponer é intimidar; pero apenas llegaron á Soria, cuatro individuos de la Junta con otros dependientes de ella, fueron fusilados y puestos despues colgados en horcas. Esta verdadera iniquidad dió márgen á una sangrienta escena. Ciertó es que D. Gerónimo Merino jamás pecó de blando; pero no lo es menos, que el asesinato de la Junta no podia quedar impune, ni debia darse á los verdugos y tiranos de España una muestra de debilidad.

Era Merino el jefe español que más próximo estaba al lugar del sacrificio heróico de los leales españoles de la Junta burgalesa, y tocábale por ende ser el primero á hacer sentir el hierro á los verdugos, y á hacerlos ver que ni habia debilidad, ni temor. Si la venganza escedió ó no al nuevo crimen de los invasores, no lo diremos nosotros: lo cierto fué que Merino, vehementemente airado contra los asesinos de los individuos de la Junta, fusiló diez franceses, de sus prisioneros, por cada uno de aquellos y cinco por cada dependiente de la Junta de los que habian sido tambien fusilados, en total CIENTO DIEZ. En otra ocasion pudiera culparse de cruel á Merino; pero nó en la presente, pues si hubo crueldad la



provocaron los enemigos con su ferocidad. Y no es el número de víctimas el que caracteriza de cruel un hecho sangriento, sino la inocencia de aquellas y la manera de sacrificarlas (mes de Marzo).

Respecto de hechos más gratos, podemos referir el llevado á cabo por nuestro antiguo conocido el famoso Jáuregui, que siendo ya jefe de una formal brigada, casi division por el número de soldados, tomó á Lequeitio. También siguieron ejecutando proezas por el territorio vascongado, Longa, Renovales y otros no menos intrépidos y atrevidos partidarios.

Poco antes habia estado expuesto á la muerte á manos de la traicion y de idéntica manera que el famoso Mina, el no menos famoso Empecinado. Casi hubo también absoluta identidad en el fundamento de la traicion. Con la forjada contra Mina quisieron vengar la sorpresa del convoy cerca de Arlaban; con la que meditaban contra el bizarro Empecinado trataron de desfogar su traidora ira, por haber éste célebre caudillo destrozado diversas columnas de franceses, sin dejar á estos reposo en ninguna parte del territorio que recorría.

Sin embargo de haberse libertado de la emboscada, milagrosamente puede decirse, el Empecinado, lleváronla á cabo los traidores y los enemigos con más sigilo y cautela que la fraguada contra Mina. El valeroso Empecinado fué atacado de improviso, cuando menos podia esperarlo y menos podia defenderse, en términos que le causaron un verdadero destrozo, le hicieron más de 1,000 prisioneros, y él mismo no fué cogido porque, con aquel gran corazón que tenia, en la alternativa de elegir entre una muerte cierta y otra probable, pero no segura, se encomendó á la Patrona de las Españas y se arrojó denodadamente por un despeñadero.

Atribuyóse la inicua traicion al segundo del Empecinado, don Saturnino Albuin, el Manco. Dió más fuerza á esta creencia la conducta anterior del apellidado Manco, porque intentó ganar á su jefe luego que le vió vivo, aunque magullado, para que abjurase de su buena causa; y no pudiendo lograrlo, se separó del Empecinado y levantó partidas denominadas *Contra-Empecinados*, que fueron dejando sólo á su jefe para pasarse á los leales. El conde de Toreno, al menos, á D. Saturnino Albuin achacó la traicion que hemos referido, y la conducta que éste observó después da mucho vigor á tal creencia. El espresado suceso ocurrió el día 7 de Febrero, en Rebollar de Sigüenza.

Repuesto el Empecinado de los efectos del tremebundo descen-

so que se vió obligado á hacer, tres meses despues, reorganizada su tropa, cayó sobre Cuenca. En esta ciudad penetró intrépidamente, y los franceses se encerraron con toda seguridad en los fuertes, puesto que el Empecinado no tenia medio de batir aquellos; sin embargo, no dejó de causarles pérdidas de gente y de dinero.

Tampoco andaban remisos para tener en continuo movimiento á los franceses los demás partidarios de Castilla, entre los que seguian figurando Durán, San Martin (Tin-Tin), Abad (Chaleco), Baca, el P. Nevot (el Fraile) que se corria de Valencia por la Mancha, á Castilla, y otros infinitos que cada dia aparecian.

En cuanto á José, despues de haber conferenciado en Valencia con sus generales, se dirigió por Cuenca y Tarazona, mientras Soult caminaba la vuelta de Aranjuez, á encontrarse con el intruso sobre el Tajo. Las tropas españolas, que colocadas en la márgen contraria del rio pudieron haber detenido la marcha de los franceses y áun obligarles á retroceder si hubiesen estado apoyados por Wellington, fueron completamente inútiles; porque sobre no haber tenido apoyo, todavía Wellington las desmembró dando órden á Hill, como el lector ya sabe, para que fuera á incorporársele sobre el Tormes con sus tres divisiones, quedando por este hecho reducida la fuerza española á los partidarios. El lector juzgará de la conducta del general en jefe *anglo-español*; diremos solamente que los franceses pudieron sin obstáculo habilitar los puentes que Hill habia hecho cortar, porque en esto de destruir eran los suyos muy peritos, y atravesaron el Tajo cómodamente.

En el paso del Jarama quisieron incomodarle los partidarios; empero estaban muy distantes de tener fuerzas materiales para lograrlo, en virtud de lo cual á 2 de Noviembre entró José en Madrid.

Fácil es calcular la pena que experimentaríá el leal vecindario, ya bastante acosado por el hambre y la miseria, al ver entrar en la villa á sus verdugos. Verdad es tambien que la pena tenia su fundamento en mirarlos como opresores, pues que, por lo demás, si temian que cometiesen desmanes, no esperaban fuesen mayores que los ejecutados por las tropas de Hill. Ciertamente que los ingleses durante su permanencia en Madrid procedieron más bien que como amigos y aliados, como tiránicos invasores.

Debemos consignar aquí, con mucho gusto, el ilustre nombre de un insigne patricio. Hablamos de D. Pedro Sainz de Baranda, á la sazón primera autoridad local por efecto de las circunstancias,

aunque solo era regidor de ayuntamiento, á cuya energía y patriotismo se debió la buena conducta que observaron los franceses durante su corta permanencia en la córte, puesto que salió á recibir á José al puente de Toledo y parlamentó con el jefe de la vanguardia, haciendo que el enemigo ofreciese garantías, antes de entrar, en favor del vecindario y que cumpliese despues sus promesas.

El día 6 de Noviembre, abandonó José de nuevo á Madrid, para unirse en Castilla la Vieja al ejército de Souham. Madrid quedó entonces bajo la paternal autoridad de Sainz de Baranda.

El nuevo viaje de José fué tambien infructuoso: Soult parecia el angel malo del rey intruso. Al frente el primero de 80,000 hombres veteranos, aguerridos y prácticos, cuando Welington solo contaba con 60,000 y desiguales en pericia y aptitud; prontos los primeros á alcanzar á los segundos; estos desorganizados, como quien marcha casi en fuga, al paso que los primeros iban organizados y con el vigor del que vé al enemigo fugitivo, el veterano é inteligente Jourdan propuso un proyecto que, no solo á su juicio sino al de los mejores generales, era infalible para derrotar de una manera decisiva al ejército aliado. Solamente Soult se opuso á la realizacion del nuevo plan de ataque. La parte mayor y más escogida de aquel numeroso ejército, estaba á las órdenes de Soult, con quien Souham y Drouet se disgustaron por su tenaz oposicion. José, empero, consultó con su amigo Jourdan, y éste le aconsejó cediese al parecer de Soult, puesto que si desmembraba el ejército llevándose sus tropas, el plan sería irrealizable, dejando al dicho mariscal la responsabilidad de lo que pudiese despues suceder.

Siguió José el parecer de Jourdan, y á éste, seguramente, debió Welington el poder penetrar sin contratiempo en Portugal.

Por lo expuesto se vé claramente el *respeto* que el mariscal Soult tenia al que llamaba rey, á pesar de que Napoleon, hostigado y muy pensativo por los asuntos de Rusia, habia devuelto toda su autoridad á su hermano, confiriéndole de nuevo el mando en jefe de todos los ejércitos franceses que hacian en España la guerra.

José, que sabia mucho menos que su hermano de los asuntos de España, encargó á su fiel Jourdan la redacción de una Memoria, trabajo que este ilustre guerrero desempeñó tanto más admirablemente, cuanto que habiendo pedido noticias y datos exactos para desempeñar su delicada obra, sólo el mariscal Marmont se los remitió brevemente y tales cuales podia desearlos. De Soult no hay para que decir si cumpliria el encargo; Dorsenne, para no cûmplir, se

valió de un pretesto plausible; Suchet manifestó tener *instrucciones particulares* del emperador, y para concluir, solo en Marmont encontró obediencia á las órdenes del titulado rey, en cuyo nombre pidió las noticias que necesitaba.

La conducta del tirano de Europa con su hermano José, cuando no fué mala, fué al menos ambigua. Si en 1812 cambió, al parecer, fué por que no le quedaba ni imaginacion, ni tiempo para hacer frente á la tempestad que por el Norte de Europa le amenazaba. Por esto al devolver su autoridad, aparentemente, á José, escribía á cada general de sus ejércitos en España lo que le convenia.

En fuerza de continuos cálculos y gestiones, logró firmar alianzas con la veleidosa Austria y con la incomprensible Prusia. Turquía y Suecia, empero, se negaron resueltamente á las gestiones de Napoleon, y Suecia fué más allá todavía: la alianza que negó á Napoleon la firmó con la Rusia. Este hecho fué tanto más notable, cuanto que en Suecia mandaba un hombre que era hechura de Napoleon: un hombre elevado del vulgo á los primeros puestos del Estado y que llegó á ser rey de Suecia tan querido de su pueblo, que en el trastorno universal ocasionado por la caída del llamado coloso y la restauracion en Francia de los Borbones, rey de Suecia siguió siendo y afirmó la corona en las sienes de sus legítimos sucesores. Aludimos al sargento Bernadotte, luego mariscal y príncipe del imperio francés, y últimamente, rey de Suecia.

Tambien trató Napoleon de pactar con Inglaterra, pero quizá para ganar tiempo más que con intencion de lograr su propósito, puesto que ponía por condicion el reconocimiento de las intrusas dinastías, que á la sazón reinaban en España y en Italia.

Y en tanto se trataba de alianzas, Napoleon sacaba fuerzas de España y de todas partes las reunía, hasta juntar casi **SESENTA MIL** hombres que hizo avanzar hasta cerca del Vístula, á donde él mismo se dirigió saliendo de París el dia 9 de Mayo. Esta y no otra fué la razon de devolver á José, aparentemente, como ya hemos dicho, su perdida autoridad; que de habérsela vuelto realmente, ningun general francés hubiese desafiado las iras de Napoleon, haciendo decidida oposicion á las órdenes de su hermano José.

HAMBRE EN ESPAÑA.

El año 1812 es conocido por el horrible nombre histórico de **AÑO DEL HAMBRE.**

Las causas que atrajeron esta terrible calamidad, hermana gemela casi siempre de la guerra y la peste, las hemos indicado antes de ahora. La exígua cosecha del mismo año 1812 y el destrozo de los sembrados hijo de la fatal campaña, unido al desvelo de los criminales acaparadores, consumaron la triste obra de destrucción.

Sabido es, porque desgraciadamente lo hemos visto no muchos años hace, que el precio del trigo es el barómetro infalible que marca los de todos aquellos artículos con razon llamados de primera necesidad, y en 1812 llegó hasta CUATROCIENTOS CINCUENTA reales la fanega, en Andalucía y en otras provincias. En Madrid se llegó á vender á QUINIENTOS CUARENTA, y en Castilla la Vieja, en donde, por punto general, la cosecha que en otras provincias se llama mediana merece el nombre de malísima, todavía pasó de TRESCIENTOS reales. De aquí forzosamente resultó el subir á tal grado el precio del pan, que en Madrid se vendía á DIEZ Y SEIS reales el pan de dos libras y costaba una PESETA un panecillo. Pasó poco despues el precio á VEINTE reales y CINCO, respectivamente, y llegó á VEINTE Y CUATRO las dos libras de pan y OCHO el panecillo. Dicho se está que ni los pobres, ni los medianamente acomodados podrian comer pan: las personas pudientes le escaseaban; porque era cuestion de gastar cinco, seis y más duros en sólo este artículo, cuando se trataba de una casa en que se reunia una familia algo numerosa.

Proporcionalmente subió el precio de la cebada, el del maiz, el centeno y las patatas, que de todo se hacia pan y todo se hacia imposible al pobre. El pan de patata y maiz se vendía á 12 y 14 reales las dos libras, y las judías y todas las verduras y hortalizas, no hablemos de las carnes, y todos los comestibles, en fin, llegaron á tan fabulosos precios, que las calles estaban llenas á toda hora de verdaderos espectros, que con demacrado semblante, febriles movimientos y desencajados ojos se fijaban, sosteniéndose apenas, frente á las casas de los grandes y poderosos, para disputarse á brazo partido, hasta donde la falta de las fuerzas físicas lo permitian, los tronchos, cáscaras é inmundicias, que con el nombre vulgar de *basura*, arrojaban los criados en medio de los arroyos.

El gobierno estableció casas en donde se repartian raciones á los pobres, mediante un vale ó bono que las parroquias y alcaldías repartian, cuyas raciones eran conocidas por la *sopa económica*. Ni faltó gente pudiente que con verdadera liberalidad socorriese á los

desvalidos; empero ni la sopa económica, ni los caritativos poderosos podían socorrer á tanto miserable famélico, ni una miseria tan general y espantosa puede socorrerla más providencia que la Divina. Sobre este punto no nos estenderemos más por no afligir el ánimo del lector, ni tampoco el nuestro, recargando los tonos de tan desgarrador cuadro. Este fué uno de *los inmensos beneficios* que España debió al *coloso* del siglo y á sus *civilizadores* secuaces.

RESEÑA DE LAS TAREAS LEGISLATIVAS DE LAS CÓRTESES.

El día 21 de Enero fué creado por las Córtes el Consejo de Estado, y resuelta la delicada cuestion de Regencia.

Determinóse, pues, que fuesen cinco y no tres los regentes, y fueron nombrados para desempeñar tan elevados cargos el teniente general de los ejércitos duque del *Infantado*, el teniente general de la armada D. Juan María *Villavicencio*, el consejero de Indias don Joaquin *Mosquera y Figueroa*, el consejero D. Ignacio *Rodriguez de Rivas* y el teniente general conde de la *Bisbal*. El 22 de Enero fueron nombrados consejeros de Estado los ex-regentes Blake, Agar y Ciscar.

Ya por aquel tiempo se habia aprobado una proposicion de Ar güelles, para que no formase parte de la Regencia ninguna persona real.

El 24 de Enero fué declarado benemérito de la pátria el sábio é ilustre Jovellanos, cuyo luminoso informe sobre la Ley Agraria fué recomendado para la enseñanza pública.

Tambien al comenzar el año hicieron aquellas Córtes el verdadero servicio á la civilizacion, de abolir la repugnante pena de horca.

La principal tarea del Congreso en el año de cuyos sucesos venimos ocupándonos, fué la publicacion de la Constitucion, de cuyo proyecto dimos detallada cuenta al tratar de los asuntos referentes al año anterior (1811).

Quedó aprobada en el *primer título (de la Nacion y de los españoles)*, la soberanía nacional, y fueron declarados españoles los nacidos en *todos* los dominios de España aquende y allende los mares.

Por el *segundo (del territorio, Religion y gobierno de España)* quedó preceptuado que era y seria perpétuamente la religion católica, apostólica, romana, la única observada en España, y en cuan-

to á la forma de gobierno seria la *monarquía moderada hereditaria*.

El título *tercero (de las Córtes)* establecía una sola cámara de diputados.—Por cada SETENTA MIL almas se elegiría un diputado, fuese eclesiástico ó seglar.—El modo de elegirlos habria de ser el indirecto, pasando por tres juntas electorales, á saber: una parroquial, otra de partido, y de provincia la tercera.

Despues se expresaba la duracion anual de las sesiones y otros detalles que todos conocen, y por consiguiente seria inútil consignarlos. Solo diremos que para el sostenimiento del sistema representativo adoptaron una sábia medida: tal fué la de crear una *diputacion permanente*, compuesta de siete diputados, cuya especial mision era la de velar por el exacto cumplimiento de la Constitucion de la monarquía, durante cada período en que estuviesen cerradas las Córtes.

Declarábase sagrada é inviolable la persona del rey, nunca sujeta á responsabilidad, reconociendo como soberano á don Fernando VII de Borbon y en falta de éste á sus legítimos sucesores.

Consumaron la obra, que en otra ocasion hemos reprobado, de excluir de los derechos de sucesion (no consignándolo en la Constitucion, sino en un decreto separado) al infante D. Francisco de Paula Antonio y á su hermana doña María Luisa, reina viuda de Etruria, «*por las circunstancias especiales que en ellos concurren.*» Tales eran las embozadas palabras del decreto que fundadamente hemos reprobado. Por consecuencia, á falta de D. Cárlos María Isidro y sus descendientes legítimos, sucederia en la corona de España la infanta doña Carlota Joaquina, hermana del rey y princesa del Brasil, y á falta de ésta la princesa de las Dos-Sicilias doña María Isabel, tambien hermana de Fernando VII (madre de María Cristina y abuela, por consecuencia, de Isabel II).

La exclusion de la reina de Etruria fué hasta cierto punto fundada, puesto que si bien la verdadera razon no se publicó, la aparente no dejaba de tener fuerza. Fundábanla en la conducta que observó dicha princesa en los fatales acontecimientos de Aranjuez y Madrid.

No fué menos fundada la exclusion de doña María Luisa, archiduquesa de Austria, por haber contraído matrimonio con Napoleon.

En la premura con que se nos obliga á terminar la obra, premu-

ra nacida de algunos que desean saberlo todo al mismo tiempo que rehusan el que se dé las regulares dimensiones á la publicacion, omitiremos el decir más acerca del punto de que venimos ocupándonos, así porque nos detuvimos lo bastante sobre él al presentarle en proyecto, como porque el Código fundamental hecho en 1812 es demasiado conocido, como que circula impreso de mano en mano.

Quedó, pues, aprobada la Constitucion, y se mandó promulgar el dia 19 de Marzo, por ser el aniversario de la abdicacion de Carlos IV, cuya promulgacion tuvo efecto, habiendo firmado dos ejemplares del referido Código los 184 diputados presentes, destinando un ejemplar á la Regencia, y otro al archivo de las Córtes.

El mismo 19 de Marzo juraron la Constitucion los regentes y los diputados, despues de lo cual asistieron á un solemne *Te Deum* que se entonó en la iglesia del Cármen en accion de gracias.

En 17 de Abril fueron suprimidos todos los Consejos, menos el de Estado, creando por el momento un tribunal especial que sustituyese al de las órdenes, para conocer en los negocios relativos á las militares.

Fué redactada y aprobada una nueva forma para la eleccion de ayuntamientos constitucionales, cesando los regidores perpétuos, é igualmente se dictaron providencias respecto de las diputaciones provinciales.

Suscitóse una agitada controversia acerca de la época en que anualmente habrian de reunirse las Córtes. La Constitucion prefijaba el dia 1.º de Marzo; empero algunos pretendian que fuese á 1.º de Octubre. Ganaron, por fin, los que esto pretendian, y basando la innovacion en la premura del tiempo, el estado de la nacion, y las distancias, se convocaron Córtes ordinarias para el dia 1.º de Octubre del año 1813.

En el mes de Abril tuvieron necesidad de ocuparse las Córtes de desagradables asuntos relativos á la imprenta. Naturalmente, de la libertad de imprenta, tan lata como se concedió, se aprovecharon lo mismo los amigos que los enemigos del nuevo régimen.

Entre la multitud de papeles que hizo gemir las prensas, publicáronse en sentido liberal *El Tribuno*, *El Conciso*, *El Semanario patriótico*, etc., y en favor del opuesto partido *El Censor*, *El Procurador de la Nacion y del Rey* y *El Diario Mercantil*. Así tambien se publicaban otra infinidad de escritos, algunos ni diarios ni periódicos, que sostenian con excesivo calor unas y otras ideas políticas, en

tre cuyas publicaciones figuró un folleto titulado *Diccionario Manual*, que se ensañaba contra las Córtes. Para neutralizar su efecto, ó destruirle más bien, escribió D. Bartolome José Gallardo el *Diccionario crítico-burlesco*, verdadero libelo de que ya hemos hablado, aunque sin citar su origen, ó la verdadera causa de su aparicion.

Tan repugnante escrito, que nada, por sagrado que fuese, respetaba, fué recibido con disgusto por unos, con desprecio por otros, con repugnancia por los más. Los mismos que en él encontraban alguna gracia, no negaban que era de muy mal género, y que si revelaba instruccion y talento, era para poner de relieve lo mal que el autor empleaba uno y otro.

El diccionario de Gallardo ocupó á las Córtes. El día 18 de Abril tratóse de él en sesion secreta, resolviendo aquellas hacer una manifestacion *de la amargura y sentimiento que habia producido en las Córtes la publicacion del folleto en cuestion; que resultando probados los insultos que pudieran inferirse á la Religion por el citado escrito, se procediera con la posible brevedad á reparar sus males, con todo el rigor que las leyes prescribian, dando cuenta á las Córtes, etc.* Esto fué todo: Gallardo, ya lo hemos dicho en otra ocasion, hizo casi más daño á la causa liberal, que algunos centenares de absolutistas reunidos. Hizo tan mal uso de su talento que ninguna persona debe envidiársele, siendo así que es lo único en el mundo que debe mirarse con noble envidia.

Tratóse tambien en aquellas Córtes del Tribunal de la Inquisicion. Materia fué esta que dió márgen á muy acaloradas cuestiones. Estaba aquel como en suspenso; y se pidió su rehabilitacion por medio de la comision de las Córtes, en la cual se contaba á Muñoz Torrero, que formuló voto particular, separándose de la comision de que era individuo.

Querian unos discutir la proposicion sobre la marcha, otros pedian tiempo para pensar con la debida detencion en tan grave asunto, y entrevióse la predisposicion de amigos y enemigos á librar una gran batalla. El célebre poeta D. Juan Nicasio Gallego, habló muy de propósito en favor de la extincion definitiva del precitado Tribunal del Santo Oficio; pero el vice-presidente, más que por favorecer á aquel, por meditar la manera de vencer en la ruda lucha, propuso y logró alcanzar la votacion favorable para que la discusion se suspendiese para más adelante, temiendo que si se discutia entonces, los amigos de la Inquisicion triunfarian.

Establecióse en aquella legislatura el Tribunal especial de Guer-

ra y Marina, y se publicó asimismo el reglamento del Consejo de Estado, en 8 de Junio.

En el mismo mes declararon las Córtes reconocer por Abogada y Patrona de España á Santa Teresa de Jesús, asunto que un historiador muy autorizado é ilustre, encuentra de índole bien extraña y no muy propia de una *Asamblea nacional del carácter de aquella*. Nosotros encontramos muy propio de la Representacion de una nacion esencialmente católica, el que en época de tanto desastre y calamidad tanta, acudiese á una mediadora que intercediese en favor de España con el Soberano dispensador de los bienes, cuando tantos males afligian á la nacion. El carácter de aquella Asamblea no podia separarse esencialmente del de la nacion á quien representaba, y las ambiguas palabras que manifiestan la extrañeza de que aquel Congreso se ocupase de un asunto como el de que venimos hablando, parece que no favorecen mucho las ideas religiosas de aquella Asamblea, en la que de todo hubo, y más de religioso existió que de impío. Segun dicho acuerdo, además, el Congreso de 1812 no hizo otra cosa que confirmar el de las Córtes de 1617 y 1626, segun en el mismo decreto (28 de Junio) se manifestaba.

Tambien se ocuparon de verdaderas nimiedades, tales como mandar que la plaza principal de cada pueblo, llevase el nombre de plaza de la Constitucion, sin que esta medida diese otro resultado que los consiguientes cambios, cada vez que le habia de sistema. Bien es verdad, tambien, que en más de una ocasion, si no hubiese sido por el mencionado letrado puesto en cada plaza, no se hubiera conocido que el sistema constitucional regía.

Con mayor elogio de las Córtes podemos citar el cuidado que tuvieron de premiar distinguidos méritos, en prueba de lo cual citaremos dos solos hechos, que tomamos de un ilustre autor moderno.

Tratando de premios dice el erudito Lafuente:

«Entre las poblaciones lo fueron la ciudad de Manresa y la villa de Molina; entre los particulares, se declaró benemérito de la patria al difunto brigadier D. Gregorio Cruchaga, y se otorgó un premio al patriotismo de Francisca Cerpa, y otro al heroismo de D. Vicente Moreno.

»Citamos estos dos casos por muy notables, y porque prueban hasta dónde rayaba el patriotismo de nuestro pueblo. La Francisca Cerpa, vecina de Salteras, era una viuda con siete hijos, á los cuales, conforme iban llegando á la edad competente, los hacia tomar las armas, invirtiendo en armarlos y vestirlos el último resto de sus

»bienes, hasta el extremo de quedar reducida á vivir de limosna.
 »El jefe político de Sevilla recomendaba otras virtudes suyas. Las
 »Córtes declararon que le eran muy gratas las virtudes patrióticas
 »de dicha Francisca Cerpa; que se publicaran en la *Gaceta* del go-
 »bierno *para gloria de los españoles*; y que la Regencia le señalara
 »una pensión, que si bien, decian, no podrá corresponder *al aprecio*
 »*que la nacion hace de esta española*, servirá para atender á la indi-
 »gencia en que libre y espontáneamente se ha constituido *por dar*
 »*todo lo que tenia para defender la patria*.

»El D. Vicente Moreno, capitan del regimiento de infantería pri-
 »mero de Málaga, murió en Granada en un patíbulo por haberse
 »negado heroicamente á las sugerencias que el general Sebastiani le
 »hizo, repetidas al pié del cadalso, para que reconociese al rey intru-
 »so. Las Córtes acordaron: 1.º Que la Regencia del reino disponga,
 »que teniéndose por vivo al heroico capitan Moreno, se le pase
 »siempre revista en su regimiento como existente en él, y que sus
 »goces y sueldos se le entreguen puntualmente á su viuda é hijos
 »durante su vida: 2.º Que su hijo D. Juan, cadete del regimiento de
 »infantería, 1.º de Málaga, sea educado por cuenta del Estado en el
 »colegio militar de la Isla de Leon: 3.º Que siempre que éste pase
 »revista en el colegio haya de espresarse que es sostenido en él por
 »cuenta de la nacion en remuneracion de los sobresalientes méritos
 »y ejemplar patriotismo de su padre el capitan D. Vicente Moreno,
 »y señaladamente por la firmeza de ánimo y heroismo con que espi-
 »ró en un cadalso por no querer reconocer el gobierno intruso.»

Al cabo de tanto tiempo se resolvió el célebre proceso del ilus-
 trísimo obispo de Orense; proceso que no favorece á aquellas Córtes
 lo que otros de sus acuerdos. Y aunque hubo un fuerte elemento
 de justa oposicion, cuando los acuerdos tienen que aparecer como
 colectivos, por más que en realidad no lo sean, el elemento re-
 volucionario que allí ganó la batalla, hizo que sobre todos en ge-
 neral recayese, por lo menos, la injusticia de la atentatoria medida.

Vea el lector imparcial el decreto y juzgue por sí mismo:

«Las Córtes generales y extraordinarias, en vista de la certifi-
 »cacion remitida á S. M. de órden de la Regencia del reino por ofi-
 »cio del secretario de Gracia y Justicia, fecha 13 del corriente, en la
 »cual se acredita lo ocurrido en el acto de prestar el reverendo
 »obispo de Orense el juramento de guardar y hacer guardar la
 »Constitucion política de la monarquía española; y resultandó de
 »ella haberlo verificado dicho R. Obispo despues de hacer varias

»protestas, reservas é indicaciones contrarias al espíritu de la mis-
 »ma Constitucion y al decreto de 18 de Marzo de este año, y re-
 »pugnantes á los principios de toda sociedad, segun los cuales no
 »puede ni debe ser réputado como miembro de ella ningun indivi-
 »duo que rehuse conformarse con las leyes fundamentales que la
 »constituyen, así en la sustancia como en el modo prescrito al efecto
 »por la competente y legítima autoridad, han venido en decretar y
 »decretan:

»I. El R. obispo de Orense D. Pedro Quevedo y Quintano es
 »indigno de la consideracion de español, quedando por consecuen-
 »cia destituido de todos los honores, empleos, emolumentos y pre-
 »rogativas procedentes de la potestad civil.

»II. Será además expelido del territorio de la monarquía en el
 »término de 24 horas, contadas desde el punto en que le fuere inti-
 »mado el presente decreto.

III. »Esta resolucion comprenderá á todo español que en el
 »acto de jurar la Constitucion política usare ó hubiere usado de re-
 »servas, protestas ó restricciones, ó no se condujere, ó hubiese con-
 »ducido, de un modo enteramente conforme á lo prevenido en el de-
 »creto de 18 de Marzo de este año; y en el caso de ser eclesiástico,
 »se le ocuparán las temporalidades.

»Lo tendrá entendido la Regencia, etc. (17 de Agosto).»

Es decir, en último resúmen, que entonces, como siempre, se proclamaba una libertad que no era real ni efectiva, sino cuando la persona que de ella hacia racional uso, se adhería á las ideas de los que disponian del mando y con aquellas se conformaba: en separándose en un ápice, ya la libertad desaparecia. El obispo de Orense obró, no cuestionaremos si bien ó mal, *libremente* y con arreglo á su conciencia: despues se plegó á las circunstancias ó, más bien, á la fuerza, y juró del modo que se lo exigieron. Y sin embargo, se le formó proceso y se llegó á decir en el párrafo I del decreto en cuestion que el R. obispo *¡¡era indigno de la consideracion de español!!* Se le concedieron 24 horas nada más para verificar su expatriacion, y.... ¿por qué delito? ¿Habia conspirado? Habia delinquido, ó faltado á las leyes? No por cierto: ningun delito tenia fuera del de no haber pensado del mismo modo que muchos diputados, y el de haber sido bastante franco, á fuer de honrado, para manifestar sin rebozo la verdad, al paso que tantos otros se hacian los liberales por ambicion, ó para perjudicar al nuevo sistema.

Aquel verdadero atropello y manifiesto atentado contra la liber-

tad tan ensalzada y preconizada, cometido contra el doble respeto que se debe á un príncipe de la Iglesia y á un venerable anciano, quitó mucho crédito á aquellas Córtes, si bien todos comprendian desde fuera cuántos y quiénes formaban el elemento revolucionario, los cuales tenian, como todo partido extremo, la libertad en los labios, y en el corazon y los hechos el más férreo é insoportable despotismo.

Tocóle despues el turno al *Voto de Santiago*, ó sea á la piadosa y casi inmemorial costumbre de dar al arzobispo y cabildo de Compostela, ó Santiago, una medida fija de trigo y de vino, voto fundado en una disposicion escrita del rey D. Ramiro I, diploma que en opinion de algunos es apócrifo, referente á la célebre batalla de Clavijo.

Ya habíase preparado el campo y se venia tratando de aquella materia de mucho tiempo antes, y fué milagroso que el gobierno de Carlos III no se anticipase á las Córtes de Cádiz. Por fin, estas últimas cortaron cuestiones aboliendo de un modo rotundo y decisivo aquella especie de contribucion conocida por el nombre vulgar de *Voto de Santiago*, cuyo asunto se trató en el mes de Setiembre, aunque no se publicó el decreto en que se determinaba la supresion, hasta el 14 de Octubre.

Por aquel tiempo ocurrió el desastre de Castalla.

Ya sabe el lector que uno de los regentes, el conde de la Bisbal, habia dimitido, á consecuencia del espresado desastre. Era aquel tan buen general como más de una vez hemos visto, reputado como liberal, y el único que á la sazón representaba verdaderamente en la Regencia el elemento militar, tan necesario en la representacion real cuando toda España estaba en armas.

Habia en las Córtes verdadera division, respecto de aquel suceso: unos diputados querian admitir la renuncia; otros nó, porque creian muy difícil encontrar quien dignamente reemplazase al dimitente. Sin embargo, despues de muy acaloradas cuestiones la dimision fué admitida, no habiendo tenido poca parte en aquel hecho la falta de imparcialidad que supusieron en la Bisbal, por haber nombrado la Regencia jefe de la reserva á O'Donnell (D. José), cuando todavía estaban por esclarecer los asuntos de Castalla.

Tampoco estuvieron conformes los pareceres para dar sucesor al de la Bisbal. Dividiéronse entre D. Pedro Gomez Labrador, y don Juan Perez Villaamil, ambos considerados como personas muy respetables. El primero podia ser considerado como templado

liberal, y el segundo como realista moderado, permítasenos la calificación; no la encontramos más genuina para significar que ni el primero era exaltado ó revolucionario, ni el segundo intransigente ó sistemático.

Aunque por pocos votos venció Villaamil, y éste en union con sus colegas, dió una muestra de la consideracion que su contrincante le merecia, entregándole el ministerio de Estado. Era á la sazón ministro de este ramo el marqués de Casa-Irujo, el cual fué depuesto y reemplazado por D. Pedro Gomez Labrador, justamente acreditado por su carácter firme, demostrado en las conferencias de Bayona, y por su españolismo, que le hizo resistir á las seducciones del tirano, y le dió ánimo y vigor para burlar á sus carceleros y penetrar en España. En cuanto á españolismo, no le era inferior Villaamil, y era reputado como gran jurisconsulto y hombre muy erudito.

El 2 de Setiembre ratificaron las Córtes el tratado de amistad con el imperio ruso, representando la autoridad real en San Petersburgo, el entendido diplomático D. Francisco de Cea Bermudez, cuyo tratado á la letra decia:

«S. M. C. D. Fernando VII, rey de España y de las Indias, y S. M. el emperador de todas las Rusias, igualmente animados del deseo de restablecer y fortificar las antiguas relaciones de amistad que han subsistido entre sus monarquías, han nombrado á este efecto, á saber: S. M. C., y en su nombre y autoridad el Consejo Supremo de Regencia residente en Cádiz, á D. Francisco de Cea Bermudez; y S. M. el emperador de todas las Rusias, al señor conde Nicolás de Romanzoff, su canciller del Imperio, presidente del Consejo Supremo, senador, caballero de la órden de San Andrés, de San Alejandro Newsky, de San Wladimir de la primera clase, y de Santa Ana, y varias órdenes extranjeras, los cuales, despues de haber cangeado sus plenos poderes, y hallados en buena y debida forma, han acordado lo que sigue:

Artículo 1.º »Habrá entre S. M. el rey de España y de las Indias, y S. M. el emperador de todas las Rusias, sus herederos y sucesores, y entre sus monarquías, no solo amistad, sino tambien sincera union y alianza.

Art. 2.º »Las dos altas partes contratantes en consecuencia de este empeño, se reservan el entenderse sin demora sobre las estipulaciones de esta alianza, y el concertar entre sí todo lo que pueda tener conexión con sus intereses recíprocos, y con la firme in-

intencion en que están de *hacer una guerra rigorosa al emperador de los franceses, su enemigo comun*, y prometen desde ahora vigilar y concurrir sinceramente á todo lo que pueda ser ventajoso á la una ó á la otra parte.

Art. 3.º »S. M. el emperador de todas las Rusias, reconoce por legítimas las Córtes generales y extraordinarias, reunidas actualmente en Cádiz, como tambien la Constitucion que estas han decretado y sancionado.

Art. 4.º »Las relaciones de comercio serán restablecidas desde ahora, y favorecidas recíprocamente: las dos altas partes contratan-tes proveerán los medios de darles todavia mayor extension.

Art. 5.º »El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones serán cangeadas en San Petersburgo en el término de tres meses, contados desde el dia de la firma, ó antes si ser pudiere.

»En fé de lo cual; Nos los infrascritos, en virtud de nuestros plenos poderes, hemos firmado el presente tratado, y hemos puesto en él los sellos de nuestras armas.

»Fecho en Veliky-Louky á 8 (20 en España) de Julio del año de gracia de mil ochocientos y doce. (L. S.) Francisco de Cea Bermudez.—(L. S.) El conde Nicolás de Romanzoff.»

Algun célebre historiador extraña, con justa razon, que en un tratado de la naturaleza del precedente se incluyese el artículo tercero; y, dadas las circunstancias del emperador de Rusia, parece que supone, más que una espontánea voluntad de reconocer las Córtes de Cádiz, una intencion ó interés de parte del Autócrata, que tiempo adelante desapareció, y le hizo ser enemigo del sistema constitucional.

Nosotros ni encontramos la menor contradiccion, ni suponemos semejante interés particular y nos explicamos muy fácilmente el pensamiento y la conducta de Alejandro I. El nuevo sistema de gobierno adoptado en España, pudo hacer la felicidad de nuestra nacion, sin perjudicar á las demás naciones; el representante de aquella indicaria la conveniencia de ingerir en el tratado el artículo en cuestion, y el ruso ninguna dificultad encontraria, por la razon arriba expresada.

De 1812 á 1820 hubo un cambio tan radical, que en nada se parecia la política seguida en el segundo á la aceptada y observada en el primero. Sin que nosotros tratemos de aprobar ni anatematizar á personas ni cosas, porque no es nuestra mision ni nuestro propósito, ateniéndonos á la *verdad*, no á los juicios apasionados de unos

ni de otros, esto es, circunscribiéndonos al exámen de hechos y documentos oficiales, podemos afirmar que en el período de tres años (del 20 al 23) se entabló una abierta lucha entre la revolucion y el trono: esto es incuestionable. Ni damos por ahora ni quitamos la razon á quien pueda tenerla; pero que la lucha fué cierta, es incontrovertible; y esto supuesto, no hay contradiccion, ni necesidad de que mediase intencion particular en el emperador de Rusia, al reconocer en 1812 lo que le pareció perjudicial á las testas coronadas en 1823. Cada uno cuida de sus propios intereses, y cambia de ideas á medida que varían las circunstancias particulares ó generales.

A consecuencia del tratado de Veliky-Louky, la Regencia mandó de embajador á la córte de San Petersburgo al Sr. D. Eusebio Bardají y Azara.

Las Córtes, en el período legislativo de que venimos ocupándonos, trataron de las contribuciones ordinarias y extraordinarias, figurando entre ellas un servicio extraordinario de 10.000,000 de reales pedido á Cádiz, y otro con destino á la reparacion del Trocadero, cuyas obras estaban empezadas.

Igualmente dispusieron el nombramiento de juntas para preparar la eleccion de diputados á Córtes y provinciales, mandando cesasen las Juntas de provincia, tan pronto como quedasen instaladas las diputaciones, en cuyo mismo caso se encontrarían las comisiones de partido, despues de estar funcionando los ayuntamientos constitucionales.

Mandaron tambien las Córtes que el tribunal supremo de Guerra y Marina y los prelados y jueces eclesiásticos, girasen una visita general á las cárceles de las respectivas jurisdicciones.

En 9 de Octubre se publicaron los necesarios decretos relativos á reglamentar las audiencias y juzgados de primera instancia. Dicho se está que los decretos en cuestion abrazarian toda la parte reglamentaria, la forma de hacer los nombramientos y circunstancias que habian de concurrir en los nombrados, fijando, por ultimo, los límites de las jurisdicciones eclesiástica, castrense ó militar, y ordinaria.

Tambien se trató un punto de gran interés y bastante complicado al mismo tiempo. Ocupáronse las Córtes de las providencias que en definitiva deberian adoptarse con los *afrancesados*.

En 1810 habian las Córtes pedido informe al Consejo real, y este ni se apresuró á evacuar la consulta, ni dejó de mostrarse despues bastante laxo, sin que en la tramitacion, paulatinamente segui-

da despues, se resolviese nada decisivo. Tal vez la duda respecto del resultado definitivo de la lucha, empeceria la resolución de los informantes.

En 1812 no pudieron las Córtes dejar de tomar el asunto en consideracion, deseando adoptar una medida general que enfrenase las iras populares, puesto que el pueblo, en donde podia, hacia sentir aquellas bien duramente, sobre todo el afrancesado que quedaba al alcance de su mano.

Con este motivo se expidió un decreto por las Córtes redactado con tal lenidad, que los mismos autores más entusiastas por aquellas Córtes le encuentran *tibio, pálido*. Esto exacerbó los ánimos de algunos diputados.

Entonces fué tambien cuando, segun en otro lugar hemos dicho, publicó el general Alava su conciliadora proclama; y como esta coincidiese con el espresado decreto de las Córtes, de diversos pueblos y de los mismos ejércitos españoles llovieron, permítasenos la frase, fuertes representaciones á las Córtes contra los afrancesados.

A consecuencia de esto presentóse un nuevo proyecto de decreto el cual dió motivo á brillantes discursos, siendo notabilísimo el siguiente, por lo cual otros antes que nosotros le han publicado, que pronunció el diputado Capmany:

«Señor: ninguna enfermedad corporal puedo alegar que me obligue á pedir á V. M. la licencia que se ha servido conceder á tantos señores diputados para salir á tomar aires. Mi enfermedad no es física, es moral, es enfermedad de amor, de amor de la pátria, dolencia que no la curan ni médicos, ni medicinas. Deseo, no la salud, que á Dios gracias la disfruto, sino la prolongacion de la vida sobre mi avanzada edad: y este remedio solo de la benigna mano de V. M. puedo recibirlo. Necesito para dilatar y refrescar mi corazon besar las piedras de Madrid rescatado, suelo santo, que transforma á cuantos le habitan en criaturas de acerado temple. Pero, Señor, no oiga V. M. mi ruego, nó; porque ni debe concederme esta gracia, ni yo puedo admitirla aunque aquí fallezca.

»¡Qué me importa que hayan salido de la capital los enemigos armados de la España por una puerta, si entran por la otra los enemigos de la pátria, teniéndose por más seguros entre los mismos pacientes patriotas á quienes habian oprimido cuatro años continuos, con su insolencia y desprecio unos, con sus escritos y discursos otros, con el terror y la amenaza, y algunos con la prision y el dogal! Por más seguros, repito, se creen, que entre las

bayonetas francesas, que habian sido hasta ahora su guarda y su defensa. Muchos no han salido de sus nuevos domicilios, levantados de las ruinas de otros tímidos y vacilantes, y muchos han tenido que volver despachados de sus mismos infames valedores que se han desprendido de ellos como de instrumentos viles de que ya no necesitan.

»Cobardes y avergonzados huyeron de la vista de los buenos; y vuelven con rostro sereno, esto es, con esperanza de proteccion, á presentarse en aquella desolada capital, sepulcro de mártires, y cuna de héroes, sin temor de que las piedras ensangrentadas de sus calles se levanten contra ellos, ya que la discrecion y paciencia de aquel pueblo magnánimo les permita respirar.

»No faltarán algunos que aun pedirán premio por el mal que han dejado de hacer, ó por el menor mal que hicieron, pudiéndole haber hecho mayor. Parece que muchos, no solo esperan la impunidad, segun la confianza con que se presentan allí y aquí, sino gracias por su pasada conducta.....

»Purifíquese antes, y muy pronto, el suelo y entresuelo de Madrid, manchado por las inmundas plantas, é inficionado por 'el aliento pestífero de los sacrílegos y bárbaros satélites del gran ladrón de Europa, y ahora profanado por la presencia de muchos infelices hijos de la madre España, vieja eterna, á pesar del que la queria remozar, y de los que de entre nuestra familia le habian vuelto la espalda despues de haberla escarnecido y acoceado. Lloren ahora de alguna manera su pecado, como pide la justicia, los que de tantas lágrimas de inocentes han sido causadores. ¡Yo me despido de tí, córte de *Fernando*, cabeza y centro de los patriotas españoles! Seré yo el desterrado mientras vivan otros dentro de tus muros (indignos de ser tus moradores) salvos y salvados, justificados, y quién sabe si despues ensalzados.

»Gran dia de juicio aguarda la nacion en todas partes: pues que en todas hay rincones apestados que desinfectar, para que nunca más pueda retoñar tamaño mal. Y no hay que esconderse allí los desleales eclesiásticos, porque allí serán buscados: no hay sagrado para ellos. La ley, la pátria y la religion los llamará á juicio; les hará cargos, y muy rigurosos, porque han pecado á dos manos, como hombres y como ministros del Señor. Claman por este dia de juicio los desdichados inocentes, los robados, los apaleados, los hollados, los martirizados por los desleales españoles, servidores y siervos del intruso rey, á quien tan á costa de su propia pátria han complacido. Claman justicia los niños que quedaron sin padre, que murió por la pátria, ó en batalla, ó en la horca. Claman las esposas, desamparadas de sus esposos fugitivos de la crueldad de los delatores, y jueces intrusos. Claman los ancianos, que no

verán más su familia reunida como ántes, comiendo debajo de la higuera: todo desapareció, hombres, animales y árboles.....

»Todos los que han padecido constantes los trabajos que ha descargado sobre ellos la inhumanidad de los franceses, deben llamarse propiamente héroes, porque la virtud característica del heroísmo es la fortaleza: esta será para siempre la virtud y la divisa del pueblo español, y por excelencia del de Madrid, en donde se encendió el primer fuego de la libertad, y se ha guardado hasta hoy inextinguible, aunque escondido á los ojos infieles: semejante al fuego eterno de Vesta, en cuya conservacion estaba librada la duracion del imperio romano. Ahora se trata de merecer otro título y otro nombre, el de *furias*; sí, furias contra nuestros opresores: guerra nueva, y valor de otra especie, quiero decir, coraje, furor sagrado. El que no tenga resolucion para mostrarlo con obras ó palabras, renuncie al nombre de español. Ya es preciso que seamos todos delincuentes ante Napoleon: este es el desafio que todos debemos anunciarle. ¿Qué nos resta, pues, que hacer? *Quemar las naves* como hizo Hernan Cortés, para no esperar retirada.

»He dicho más arriba ante Napoleon, y he dicho mal, porque *Napoleon* ni es santo, ni es hombre, ni es nombre, ni es monstruo tampoco, porque *no está en el catálogo de los animales raros* de la naturaleza. Con más propiedad pudiera habersele llamado *volcán*, ó *peste*, esto es, estrago, azote del género humano.

»Perdóneme la circunspeccion de V. M., si me hubiese extrañado del asunto principal que está destinado al exámen y discusion de este agosto Congreso. Si he rodeado, nunca he perdido de vista el punto á donde dirijo mis reflexiones. Sirva á lo menos esta exposicion preparatoria de desahogo á mi combatido corazon, y como de preliminar á la grave cuestion del dia; dia memorable y dichoso si acertamos á unir á su tronco tantas ramas desgajadas por la ventisca de pasiones y opiniones.

He dicho todo esto con protesta de no renunciar la palabra en el curso de la discusion.»

Esta patriótica peroracion fué acogida con entusiastas aplausos, y acabó de coronar la obra la lectura, que se dió acto continuo, de una exposicion remitida á las Córtes por los jefes y oficiales del estado mayor general del ejército español, cuyo documento no es menos interesante que el precedente discurso.

Dice así:

«Señor: los oficiales del estado mayor general de los ejércitos

nacionales, creyendo que como individuos de la primera corporacion militar de la nacion se hallan obligados á hacer presente á V. M. las ideas que juzgan más apropósito para exaltar el entusiasmo, y conservar el honor de la milicia española, se atreven á llamar la atencion de V. M., sobre un punto digno de su soberano exámen, y exponen:

»Que en estos dias felices y gloriosos, en que variando tan lisonjeramente el aspecto de los sucesos militares han evacuado los enemigos la mayor parte de la península, es tiempo de resolver acerca de los que han abandonado la patria en sus apuros, y quieren volver á su seno ahora que la ven triunfante (para esto faltaba mucho todavía).

»Ciertamente es notable, cualquier ciudadano que haya manchado el glorioso nombre de español con esta mancha; pero particularmente son acreedores á la execracion pública y á la indignacion de V. M. los militares de cualquier clase y graduacion que han abandonado las banderas que juraron defender, desoyendo los clamores de la patria cuando más necesitaba de los brazos y constancia de sus hijos. Muchos de estos hay que ahora se presentan á las autoridades legítimas y á los jefes que ocupan á los pueblos evacuados, y tienen la desvergüenza de hacerlo, adornados con las mismas insignias y graduaciones de que se han hecho indignos. Es verdad, señor, que el gobierno ha circulado ya un decreto, prohibiendo el uso de estos distintivos de honor á los que hayan estado ocultos en las provincias ocupadas, hasta que despues de averiguada su conducta se resuelva lo conveniente. Pero ¿cómo se harán estas averiguaciones? ¿Serán acaso como las que se han hecho hasta aquí con los paisanos emigrados, ó con los prisioneros fugados de entre los enemigos? Y aunque se hagan con más legalidad y justicia, y aunque los militares que han vivido ocultos y retirados justifiquen que no han jurado ni servido al enemigo, ni aun reconocido al gobierno intruso, ¿dejan por esto de ser desertores de sus banderas, y unos cobardes que privaron á la patria de sus servicios cuando más los necesitaba? Los militares, señor, que se han quedado en pais invadido son delinquentes, sea cual sea su proceder; pues aunque no hayan cooperado á la ruina de la nacion, no la defendieron como habian jurado, y no son dignos de consideracion alguna, y deben de ser mirados como desertores y traidores á sus banderas, á sus juramentos, á sus más sagrados deberes. Siendo esto, señor, una verdad incontestable, si despues de sufrir estos malvados un juicio de mera fórmula vuelven á ostentar las insignias que afrentaron, y ocupan los destinos de que huyeron, ¿cómo los militares que han derramado su sangre, que han hecho tantos sacrificios, y que han sufrido con tan heróica

constancia los reveses de la fortuna, han de mirar con indiferencia el verse confundidos con los perjuros, y tener tal vez que obedecer sus órdenes? ¿Cómo V. M. ha de tener confianza de ellos para entregarles una compañía, un regimiento, una plaza ó una division? Grandes males, señor, se seguirian de la menor tolerancia en asunto de tantas consecuencias.

»En atencion á lo cual, á V. M. rendidamente suplican tenga á bien examinar esta reverente exposicion, y que en caso de que las paternales miras de V. M. no se avengan con el rigor que prescriben las reales ordenanzas para los desertores en tiempo de guerra, tenga á bien determinar que los que se han quedado ocultos en pais ocupado, aunque no hayan prestado auxilios á los enemigos, sean mirados como desertores, quedando privados de sus graduaciones sin distincion alguna, como igualmente de las órdenes y demas distintivos militares. Y si acaso quieren expiar su delito, pueden servir de soldados á las puertas avanzadas de mayor riesgo de los ejércitos; donde despues de lavar con su sangre la mancha de su honra, vuelvan á emprender su carrera, subiendo sin consideracion alguna por todos los empleos menores de la milicia, y esto formando cuerpos separados, pues los valientes soldados de la pátria se desdeñarán sin duda de alternar con los perversos.

»Esto, señor, nos dicta nuestro pundonor, y estos son los deseos de todos los militares españoles, que esperan con ansia la soberana resolucion de V. M., que es á quien toca mirar por el honor y buen nombre de los ciudadanos que defienden la pátria, de sus injustos invasores.»

Esta patriótica exposicion, digna de la ilustre, bizarra y pundonorosa corporacion que la suscribia, fué unánimemente aplaudida y excitó el entusiasmo popular, tanto como el discurso de Capmany.

Por fin, despues de una amplia discusion, terminó esta por la adopcion de una medida general contra los afrancesados, sin exceptuar á ninguna clase de las comprendidas bajo aquel fatal nombre.

Decretóse, por fin, la inhabilitacion perpétua de cuantos habian seguido al intruso, privándoles de las rentas, destinos, pensiones, encomiendas, privilegios, etc. Los grandes y títulos que hubiesen recibido confirmacion de aquellos por el usurpador, quedarian durante su vida privados de ellos, y lo mismo se dispuso relativamente respecto de los eclesiásticos y militares.

Posteriormente (14 y 23 de Noviembre) se hicieron aclaraciones y enmiendas para atenuar el rigor, tanto porque fueron las Córtes, como siempre sucede, tan motejadas de rigorosas, como poco antes lo habian sido de condescendientes y suaves, como porque siempre los que se elevan no quieren dañar á los que por un yerro de la cuenta ó de la fortuna pueden algun dia levantar tambien el vuelo, y medir á aquellos por quienes fueron perjudicados, con la misma vara que ellos fueron medidos.

Por aquel tiempo recibieron las Córtes una carta de la princesa del Brasil, la pretendiente á la Regencia, felicitándolas por su patriótica y digna conducta y por los hechos que habian consumado.

Con este motivo se suscitó de nuevo la cuestion de Regencia tan inútilmente como siempre, respecto de pertenecer á ella ni la predicha princesa ni tampoco ninguna persona real.

Respecto de este incidente sólo agregaremos que la proposicion respecto de declarar regente á la espresada princesa partió del diputado por el Perú, D. Ramon Feliú. La indicacion causó un verdadero tumulto; y como apoyase decididamente á Feliú el presidente D. Andrés de Jáuregui, nombrado aquel mismo dia, tuvo necesidad de abandonar el sillón presidencial, porque le criticaron amargamente y aún le denostaron de inconveniente manera.

Tambien en la legislatura de que lacónicamente nos venimos ocupando, se trató de un asunto pendiente con Inglaterra, relativo á la promesa que ésta hizo de pacificar aquellas de las posesiones ultramarinas que habíanse sublevado.

Nombró Inglaterra comisionados *ad hoc* que se entendiesen con D. Ignacio de la Pezuela, ministro de Estado; y cuando el asunto parecia terminado, las exigencias de los ingleses y los comentarios puestos por ellos, en su provecho, al último tratado, volvieron á embrollar el asunto que ya tocaba á su término.

Despues de muy debatido pasó al Consejo de Estado, el cual evacuó una consulta larguísima al cabo de algunos meses, y no pasó de allí el expediente. El gobierno veria, ó no veria, la consulta, y luego pasaria el asunto á descansar en el archivo.

Despues de haberse ocupado las Córtes de algunas reformas administrativas, y de haber publicado varios decretos favorables á los habitantes de Ultramar, entre ellos la abolicion de las *mitas* ó repartimiento de indios, para atraer á los indígenas, casi al fin del año se mandó celebrar el aniversario de la promulgacion del Código constitucional; se previno á la Regencia observase en sus do-

cumentos el lenguaje constitucional; se aprobó la creación de una *cátedra de Constitución* en el seminario nacional de Monforte, y se dispuso, por último, que los tribunales del reino prefiriesen á *todo otro asunto* los relativos á infracciones de la Constitución política de la monarquía.

El asunto importante con que terminaron las Córtes sus tareas en 1812, fué el relativo al Tribunal de la Inquisición.

El día 8 de Diciembre presentó la comisión su dictámen. Componían aquella los canónigos Muñoz Torrero y Espiga, con don Agustín Argüelles, D. Mariano Mendiola, D. Andrés de Jáuregui, D. Antonio Oliveros, que resueltamente propusieron la completa abolición del Tribunal, y los diputados Cañedo y Huerta, que hicieron voto particular.

También el diputado Perez (D. Antonio Joaquín) hizo voto particular.

Después de discutirse con mucha animación tan grave asunto, se acordó imprimir y repartir el dictámen de la mayoría, y aplazar la más amplia discusión para el 4 de Enero del siguiente año, al cual vamos á pasar, sin tomar descanso.

Año 1813.

NORTE DE ESPAÑA.—OPERACIONES DE GUERRA.

Como los españoles, en la guerra especialmente, á ningún otro soldado se parecen en su innegable sufrimiento, sobriedad y abnegación, al comenzar el año 1813 en ninguna parte de España se mantenía más viva la guerra que en el Norte, por lo mismo que lo duro del clima y el rigor del invierno eran allí más insupportables que en otros puntos de España.

Operaban entre la provincia de Búrgos y las Vascongadas tres divisiones. La que mandaba el célebre D. Francisco Anchía, conocido por LONGA, rindió la tropa enemiga que se hallaba en Cubo, desde donde se corrió á Briviesca, esquivando el encontrarse con las dos divisiones reunidas de Palombini y Caffarelli (28 de Enero).

Esperábanle ambos, seguros de derrotarle, hasta que se convencieron de que les había burlado, y se retiraron Caffarelli á Vitoria, y Palombini á Poza, en el camino de Santoña.

A este tiempo Longa (así le llamaremos, puesto que sólo de este modo es conocido), habíase reunido con D. Gabriel de Mendi-

zabal, que mandaba la segunda division del Norte, y esperaba muy tranquilo á Palombini, de lo cual este se hallaba muy ageno. Debemos, sin embargo, manifestar que las llamadas divisiones españolas en realidad no lo eran: entre las de Mendizabal y Longa, apenas se reunian 5,000 hombres, y por consiguiente la más pequeña de las francesas reunia más soldados, ella sola, que las dos españolas reunidas. Debe constar esto, para que el lector pueda apreciar mejor el valor y áun la intrepidez de los nuestros.

El 11 de Febrero fué imprevistamente atacado Palombini por los españoles de Longa y Mendizabal; y en el primer encuentro le cogieron algunos prisioneros y parte de los bagajes. Palombini procuró reunir gente de aquellas cercanías, y pagó la sorpresa con otra que obligó á los españoles á replegarse; pero llevando consigo todo lo que habian cogido en la primera accion. Palombini tomó la vuelta de Vizcaya.

Poco despues fué relevado Caffarelli en el mando de aquel ejército. Claussel, que habia estado curándose de sus heridas, repuesto ya, volvió á ponerse al frente de sus tropas.

TOMA DE CASTROURDIALES.

Deseoso Claussel de ganar en lo posible el tiempo que habia perdido, determinó dirigirse contra Castrourdiales, puerto no tan importante como otros, pero muy abrigado y seguro para buques de cierto porte.

Púsose al efecto de acuerdo con Palombini, el cual llegó á dicho punto el 13 de Marzo, siguiéndole de cerca Claussel. Apenas llegados aplicaron las escalas, subiendo por ellas y bajando áun con más velocidad, arrojados por los españoles.

El gobernador D. Pedro Pablo Alvarez, seguido de unos 1,000 soldados, acudió tambien á todas partes para defender aquella pequeña plaza, que dió suficiente tiempo á que apareciese el bizarro Mendizabal con una brigada y el coronel Lopez Campillo con unos 900 *tiradores de Cantabria*, antes de que Claussel recibiese socorros. Tuvo, pues, Claussel necesidad de replegarse (26 de Marzo), abandonando los pertrechos de asalto.

Casi estaba para terminar Abril cuando de nuevo aparecieron los franceses sobre Castrourdiales, reforzados con la division Foy. Tratábase ya de un sitio en regla y de batir los muros con artillería.



Nunca podrán ponderarse bastante el patriotismo y el valor de aquel puñado de héroes y de los habitantes, que correspondieron dignamente á la invitacion del gobernador Alvarez. Sin embargo, el tren de batir aportilló por diversos sitios las antiguas y endebles murallas, y la defensa se hizo imposible.

Pasaron los españoles al castillo, y desde allí dos compañías solas resistieron lo bastante para permitir el embarque de las otras ocho. En cuanto á las dos ya citadas, se sostuvieron denodadamente hasta que terminada aquella operacion, arrojaron al mar cañones y cuanto pudieron, y siguieron á sus compañeros á bordo de la escuadra inglesa. El último que se embarcó fué D. Pedro Pablo Alvarez, á quien hizo célebre la defensa de Castrourdiales, áun con haber recaído en una plaza casi insignificante.

Hiciéronse *memorables* los franceses en Castrourdiales, del modo que solian: debemos decir, empero, que superaron los italianos á los franceses en cometer todo género de desmanes, y que el general Foy procuró en vano contenerlos.

En tanto se realizaban estos sucesos, el infatigable Mina obraba una sobre otra hazaña, en el territorio que habia elegido como principal teatro de sus inmarcesibles glorias.

El 28 de Enero derrotó al general Abbé en Mendivil. Poco despues sitió á Tafalla; Abbé acudió en socorro de los sitiados, pero Mina le batió é hizo alejar de aquellas líneas, despues de lo cual preparó el asalto, que no tuvo efecto, porque se rindió la guarnicion francesa (10 de Febrero).

Animado con resultado tan feliz, se apoderó de Sos: despues batió al enemigo en Lerin, y posteriormente en Lodosa, haciendo la caballería de Mina algunos centenares de prisioneros.

TOMA DEL CASTILLO DE FUENTERRABÍA POR LOS ESPAÑOLES.

Vamos á referir en muy breves líneas uno de esos hechos que salen de la esfera de lo comun, y de los que la historia presenta muy pocos ejemplos.

Un sargento de la division de Mina, llamado FERMIN DE LEGUA, con quince hombres escogidos nada más, acometió la difícil empresa de hacerse dueño del castillo de Fuenterrabía.

Hallábase aquel héroe situado en Vera con sus quince hombres, cuando ideó acometer aquel hecho difícil siempre, y colosal cuando con tan exíguos elementos queria consumir tan grande obra.

El 11 de Marzo, sin más preparativos que fuertes clavos y gruesas cuerdas, con sus quince soldados abandonó á Vera, cuando aún era bastante de día, y á las once de la noche llegó al castillo, cuyos defensores se hubieran reído largamente si hubiesen sabido que iban á ser atacados por quince hombres, en vez de una brigada, y por un sargento, en vez de un jefe superior.

A pesar de tan despreciables elementos, sin tener Leguía otro consultor que su gran corazón, sirviéndose de las cuerdas escaló el muro sin más compañía que uno sólo de sus soldados, en union del cual sorprendió y desarmó al centinela, mientras seguian subiendo los demás, hasta el número de cinco. Desarmaron y ataron á los que estaban de guardia, y Leguía tomó las llaves y abrió la puerta á los nueve soldados restantes, con los cuales hizo prisioneros á los artilleros que habia cerca de las piezas.

A medida que iban rindiendo á los soldados, que todos dormian, los iban amordazando para que no despertasen á los demás antes de tiempo. Leguía, clavó los cañones, que eran dos de á 24 y uno de á 18, tiró al mar el balerío y demás municion gruesa, recogió la pólvora, todas las armas blancas y de fuego, la bandera del castillo y luego incendió este último, por tres partes.

La guarnicion del castillo dormia en la plaza, y solo quedaba en aquel la guardia de prevencion y algunos artilleros. El incendio avisó á la guarnicion de la triste novedad que ocurría, y le hizo salir apresuradamente de la plaza; empero á pesar de su premura y de llevar Leguía la carga de armas y pólvora, llegó sano y salvo y sin perder un hombre á la presencia de Mina, que en el acto y en nombre de la Regencia le ascendió á teniente, y aún más merecia.

El inusitado hecho asombró á los enemigos, y llenó de ira y de enojo á los generales. Claussel y Abbé, se pusieron de acuerdo y distribuyeron sus fuerzas, de modo que no pudieran escapar Mina ni los suyos.

Cuando ya le creian cogido entre ambos fuegos, apareció el temido caudillo á retaguardia de Claussel, rindiendo una columna que habia quedado en Mendigorria (21 de Abril). Despues de este notable hecho, durante más de dos meses llevó Mina al redropelo á ambos generales, obligándoles á marchar y contramarchar, sin darles un día de descanso, y convirtiéndose en impalpable sombra cuando uno ú otro, ó ambos, alargaban la mano para asirle. En Junio terminó la activa persecucion, porque se vieron los france-

ses todos en un extremo conflicto, segun despues manifestaremos.

A pesar de nuestros vivos deseos de referir los hechos sin interrupcion y observando con todo el posible rigor el órden cronológico, un hecho importantísimo ó, más bien, decisivo, nos obliga á abandonar el territorio del Norte y trasladarnos á Madrid, para regresar de nuevo muy en breve al Norte.

Antes daremos cuenta, aunque someramente, del número y situacion de las fuerzas beligerantes; porque la grave importancia del suceso que muy en breve vamos á referir, exige imperiosamente algunos detalles ó noticias preliminares.

El ejército aliado, despues de su marcha, casi en fuga y á fuerza de tiempo y diligencia, habia llegado á reunir 102,000 hombres de todas armas. De ellos 48,000 eran ingleses, poco á propósito para otra cosa que para batirse en línea; 28,000 portugueses, y 26,000 españoles al mando de Castaños. De estos hallábanse con los aliados dos divisiones, mandadas por D. Carlos España y don Pablo Morillo. Las otras tres, al mando de La Bárcena, Losada y Porlier, ocupaban á Asturias, desde el Vierzo.

En cuanto á los franceses, tenian divididas sus tropas en tres cuerpos de ejército denominados del Centro, del Mediodia y de Portugal. Este le mandaba el conde de Reille, compuesto de 35,000 hombres, el del Centro, con 30,000 soldados, mandábale el general Drouet, ó sea el conde de Erlon, y el del Mediodia, de 21,000, estaba á cargo del general Gazan, por ausencia de Soult que habia sido llamado á Francia.

Con Soult habian marchado 6,000 hombres; y no mucho despues pidió Napoleon á José 25 escogidos en cada batallon y en cada escuadron, y 10 de cada brigada ó compañía de artilleros. La campaña de Rusia iba completando la obra comenzada en España, y entre ambas naciones se preparaban á ser la espada de la Justicia Divina, que se aprestaba á vengar los delitos, y ánt crímenes, del que en su desapoderada ambicion creyó estrecho círculo el mundo, para girar en una inmensa órbita haciendo sus esclavos á reyes y á pueblos y á todos los seres nacidos.

A consecuencia de la disminucion de fuerzas enemigas y de haber mandado Napoleon que se trasladasen algunas de aquellas al Norte de España, para tener expedita siempre la comunicación entre nuestra nacion y Francia, disminuyeron los ejércitos franceses en unos 10,000 hombres, quedando reducidos el de Portugal, al mando de Reille, á la fuerza de 29,424 infantes, y 3,202

ginetes, aparte la artillería. Su situación era en Búrgos y Palencia, cubriendo el paso del Esla. El ejército del Centro, al mando de Drouet, con 11,223 infantes y 1,317 caballos, ocupaba á Segovia y Rioseco, y el del Mediodía, al mando de Gazan, con 25,377 infantes y 6,212 ginetes, se extendía desde Madrid hasta Zamora, ocupando á Toro, Avila y Salamanca. Por manera, que los 86,000 hombres, quedaron reducidos á 76,755, no incluyendo en uno ni en otro caso la artillería ni los ingenieros.

MADRID.

Habia mediado Marzo, cuando José recibió la órden de su hermano para abandonar la córte y fijar en Valladolid su cuartel general, haciendo concurrir en Castilla la Vieja á los dos ejércitos del Mediodía y Centro.

El 17 salió José de Madrid sin despedirse de él, porque no suponía que no habia de entrar más en su recinto. Para guarnecerle dejó la division Leval, otra de caballería y una brigada de reserva.

La marcha del intruso fué, como de costumbre, dificultosa y pesada: siempre llevaba consigo á los principales afrancesados y sus familias, de los cuales puede decirse que le hicieron más perjuicio que favor con decidirse por él. Creyeron que jamás sucumbiría la causa, y por esto abandonaron la que les pareció hundida; y si despues no le abandonaron á él, fué, sin duda, por temor de no ser admitidos en el partido leal.

Llegó el intruso á Valladolid el 23 de Marzo, en donde recibió nuevas instrucciones de París. Todos los días las mandaba Napoleon, y solo servian para embrollar más y más las operaciones. Ni aquel ni su ministro de Guerra podian saber lo que era conveniente en una campaña que por completo desconocian, y las llamadas instrucciones, solo servian para desesperar más á Jourdan y á José. El empeño, sobre todo, era el cargar fuerzas sobre el Norte; el pretexto, tener libres las comunicaciones; el designio, tener bien guarnecida la parte de España que siempre pensó hacer suya, y de cuya posesion no dudaba; porque calculaba pactar paces con los ingleses, cediéndoles el Portugal, como si fuera suyo, y devolver á Fernando VII la corona, siempre que éste aceptase y aquellos aprobasen la cesion de la Navarra y puntos de Vizcaya, que deseaba incorporar á la vacilante corona que ya oscilaba con mucha violencia sobre su frente.

OPERACIONES IMPORTANTES DE CAMPAÑA.

Había llegado Mayo, cuando Wellington creyó conveniente abrir la campaña de aquel año. Aunque no pudo hacerlo con tanto sigilo que José no supiese algo de sus movimientos, todavía éste último quedó sorprendido cuando oficialmente supo que la vanguardia y tres divisiones más de los aliados habían pasado el Duero, permaneciendo en la márgen derecha, para tener ambas guardadas. Wellington, despues de verificada esta importante operacion, levantó su campamento y tomó la vuelta de Salamanca.

Al llegar á Tamames se reunió al ejército D. Cárlos España con su division, no completa, pero reforzada con la caballería del intrépido D. Julian Sanchez. Poco despues llegó Hill con sus tropas, y con su division el valeroso Morillo.

José había prevenido al general Gazan llamase á Leval, que estaba en Madrid, tan pronto como se notase la decision de los aliados; pero Gazan en vez de cumplir la órden, que no parecia sino que estaban desorientados ó tenían mala intencion, pasó personalmente á Valladolid, á fin de pedir *permiso* para ejecutar lo que de antemano se le había mandado poner por obra, sin necesidad de cumplir semejante ceremonia.

El 26 de Mayo aparecieron junto á Salamanca los aliados: el general Villatte quiso impedir con su caballería el paso del Tormes; pero pagó á buen precio su desacierto. Su gente fué destrozada, perdió casi toda la fuerza que llevaba, las municiones y bagajes, y tuvo que retirarse sin parar hasta Medina del Campo.

Otro cuerpo de tropas francesas se opuso al paso del Tórmes; pero D. Pablo Morillo le hizo sufrir igual suerte que á la de Villatte: por manera, que las fuerzas aliadas se iban concentrando, mientras José permanecia en el error de que el grueso del ejército, su enemigo, se hallaba en Salamanca, siendo así que avanzaba por la ribera izquierda del Duero, á atravesar el T. Isla.

Al mismo tiempo asomaba por tierra de Benavente el resto del ejército español de Galicia, mandado, accidentalmente y por ausencia de Castaños, por D. Pedro Agustin Giron (marqués de las Amarillas); y por otro punto, si bien á consecuencia de un mismo plan y de una misma órden, se acercaba Porlier, con la quinta division de Astúrias.

Habian los franceses destruido el puente de Castrogonzalo, sin

embargo de lo cual, siguiendo un plan preconcebido y muy maduramente meditado, fué vadeado el Esla, y todas las fuerzas que debían concurrir á completar las que habían de tomar parte en el hecho de armas que se preparaba, se hallaron reunidas en Villalpando al comenzar el mes de Junio.

El general en jefe, al mismo tiempo, tomó la vuelta de Zamora, despejó el terreno de franceses, echó un puente por junto á Carvajales, vadeó el Duero, y el día 31 de Mayo estableció su campo en Toro.

A todas las operaciones presidió el más completo sigilo, y la precaucion de que tan amigo era Wellington: por manera, que los mensajeros franceses que daban aviso de los movimientos ejecutados por sus enemigos, eran los que huían de estos, arrojados de los puntos que iban ocupando aquellos.

A 3 de Junio pasó Hill con sus tropas el Duero; y viendo Wellington reunidos todos los elementos que pensaba poner en juego, segun la combinacion que había hecho, fijó su campo en Ampudia á 6 de Junio, mandó á los españoles establecer el suyo en Cuenca de Campos, y del mismo ejército nuestro distribuyó las guarniciones de Ciudad-Rodrigo, Zamora, Toro y Salamanca.

Ni José ni Jourdan tenían la menor noticia del plan de Wellington; y como éste era tan circunspecto y precavido que hacia marchas y contramarchas falsas para ocultar hasta el tiempo oportuno sus verdaderas intenciones, el titulado rey y su mayor general no sabían ni lo que observaban, ni lo que podían esperar ó temer, ni lo que debían hacer ó preparar.

Con tales antecedentes dicho se está cuán desordenadamente procederian los franceses, siempre observando al enemigo, contradiciéndose realmente cuando aquel con estudio se contradecía, y obrando como quien vacila siempre y nunca sabe lo que hace.

El día 2 de Junio se supo la llegada de Leval y Drouet á las márgenes del Duero. Cuando esto sucedía, ya el general Hugo, á quien Leval había dejado como jefe de la guarnicion de Madrid, había tambien abandonado la corte de España.

Pocos dias estuvo Hugo solo, pero fueron bastantes para que los habitantes de Madrid comprendiesen que los asuntos de la guerra no iban muy bien para los enemigos, puesto que el jefe francés se esmeraba en tratar bien al pueblo madrileño y se desvelaba porque los soldados no diesen á aquel motivo alguno de queja; prueba indudable de que no estaban boyantes.

El 23 de Mayo recibió órdenes reservadas el general Hugo; y el 28 salió de Madrid llevando delante, con el mayor cinismo, no suyo precisamente, sino de Napoleon, de José y de todos los jefes superiores, un inmenso convoy para conducir dinero, alhajas de incalculable valor y preciosidades de todo género, entre estas muchas riquísimas pinturas de la escuela española é italiana, fruto de sus actos vandálicos.

Hugo tomó el camino de Guadarrama para incorporarse á José; y cuando éste vió llegar á Drouet y Leval, sabiendo por estos que ya se habia dado orden á Hugo para que cargase con el inmenso producto del continuo saqueo y se incorporase al cuartel general, de acuerdo con Jourdan distribuyó sus tropas en la forma siguiente: colocó el ejército del Mediodía desde Tordesillas á Torrelobaton, en donde apoyaba la derecha, y en el punto contrario la izquierda; la division D'Armagnac con la caballería de Reille, la situó en Medina de Rioseco; la division Cassagne, al mando de Drouet, en Valladolid; en Palencia, la division Maucune, y él estableció el cuartel general en Cigales. Esperaba dar destino á los que habian de llegar, segun lo exigiesen las circunstancias; empero á alguno esperaba en vano, porque Suchet, por ejemplo, no podia moverse de Valencia. Libre de franceses el distrito de Castilla la Nueva con la marcha de Hugo, el ejército español que en aquel operaba se fué corriendo, con el objeto de impedir que el precitado mariscal acudiese al llamamiento de José. Este no tardó mucho en deshacer los movimientos que habia hecho, al saber que la concentracion de sus enemigos pasado el Esla era ya un hecho consumado, por lo cual determinó variar la situacion de los cuerpos de ejército.

Dióse, pues, la orden de retirada: el dia 1.º de Julio salió de Valladolid el gran parque de artillería é ingenieros, en direccion de Búrgos. Con él fué la turba multa de afrancesados, la servidumbre y los equipajes y recámara del intruso, y todo, en fin, cuanto era un verdadero estorbo; José desmembró de sus tropas 4,000 hombres, para escoltar aquella inútil falanje.

Dos dias despues (3 de Junio) el ejército entero se replegó, tomando posiciones detrás de los rios Pisuerga y Carrion: el intruso salió de un gran conflicto, porque temia ser atacado en las primeras posiciones que tenia. Esperaba con ansia la llegada de Clausel á Búrgos, que debia llegar con el ejército del Norte; pero como no recibia aviso ninguno, siempre temiendo verse seriamente compro-

metido, y encontrando mil dificultades para mantener su ejército en las nuevas posiciones, mandó continuar la retirada el día 5; y atravesando terreno con la misma lentitud que antes le había adelantado, el 9 dió vista á Búrgos.

Ya había llegado Hugo, á quien dió orden de llevar todo el riquísimo fruto de los diarios saqueos, hechos impunemente, hasta Vitoria, y regresar á Búrgos. Hizolo así aquel, y entregó el inmenso convoy en la capital de Alava al general Lamartinière, quien se encargó de guardarle, con su division.

Wellington hizo el mismo camino que su enemigo, con su parsimonia acostumbrada, y como él llegó tambien (12 de Junio) á dar vista á Búrgos, en donde José había establecido su cuartel general.

Mandaba la vanguardia de José el conde de Reille, el que dispuso los *asesinatos* en Pamplona, y la de los aliados el general Hill. Ambos chocaron, sin que el choque tuviese más resultado que pocos heridos y menos muertos. Fué un verdadero compromiso, porque no era posible verse tan de cerca pacíficamente; pero ni José tenia prisa por librar la batalla, ni Wellington tenia más que aquel, siguiendo su costumbre de no precipitar sin necesidad los sucesos, y menos aún no ocupando las posiciones que le eran convenientes.

Terminado el breve choque, José continuó su movimiento retrógrado: el corazon le decia que iba á serle funesto el combate; por otra parte le temia, porque debia ser sin duda decisivo y á aquella hora no había llegado Claussel, con el tan deseado ejército del Norte.

José, al levantar de Búrgos su cuartel general, determinó volar el castillo. Dada la orden al general D'Aboville, que mandaba la artillería, éste dispuso lo necesario, y mandó poner cierta cantidad de pólvora dentro de cada bomba, que había nada menos de 6,000 en el castillo, á fin de que reventasen y no pudiesen ser útiles á los españoles.

Aquella diabólica y destructora determinacion produjo un efecto tan terrible, como imposible de explicar. Aguardaron los franceses á que desfilasen sus tropas, como era natural; y sin embargo, no aguardaron tanto que no cogiese á un escuadron de dragones, que caminaba á retaguardia, aquel verdadero cataclismo, que no pareció otra cosa el volar la fortaleza que un choque del firmamento estrellado contra la tierra.

Eran las nueve de la mañana del dia 13 de Junio cuando la hor-

rible y atronadora detonacion [asombró á la que fué capital del condado de Castilla, en la cual se sintieron los efectos de un verdadero terremoto, resintiéndose casi todos sus edificios, sin exceptuar la bellísima catedral.

Aquella insigne barbárie, propia de los invasores, causó no pequeño daño en el escuadron de que antes hemos hablado. Las bien rellenas minas lanzaron con el mismo ímpetu que pudieran haberlo hecho los fusiles, todos los proyectiles menores. Algunas granadas tambien causaron grandes destrozos, viéndose por el suelo hombres y caballos, casi el escuadron entero; y áun dentro de la misma ciudad, perecieron soldados y paisanos.

Tres dias despues habia llegado José á Miranda; pero ya no pudo caminar tranquilo; el bizarro coronel D. Julian Sanchez y otros famosos jefes de partida, fueron hostigándole por ambos flancos.

Ya en Miranda, manda marchar á Gazan con dos divisiones sobre Espejo; á Reille que se dirija á Balmaseda, para asegurar la comunicacion con Francia; á Foy que se reuna con Reille, y despues envia exploradores para saber si Claussel se aproxima.

No lo pasaban muy bien los aliados, aunque iban menos mal que los enemigos, porque el país les facilitaba espontáneamente los recursos que negaban, ó solo daban por fuerza, á los invasores. Notábase, empero, la falta de víveres, y Welington podia haberse entouces quejado con mucho mayor razon que en otro tiempo.

A pesar de lo dicho y de haber encontrado en aquel montuoso terreno bastantes dificultades para el trasporte de la artillería, llegaron los aliados, siempre persiguiendo á José, al Ebro y le atravesaron. Fueron los primeros los españoles. Atravesó nuestro 4.º ejército, mandado por D. Pedro Giron (el marqués de las Amarillas), por Polientes; Welington, con la mayor parte de las tropas, por Puente de Arenas, y por San Martin de Linés, la retaguardia mandada por Graham.

El bizarro Anchía (Longa) se unió con sus tropas á los aliados en Medina de Pomar, y fué incorporado á las divisiones que formaban el ala izquierda, despues de haber mandado Welington á los españoles dirigirse á Balmaseda (16 de Junio).

Fuertemente impresionados los generales enemigos al ver que los aliados habian cruzado el Ebro, creyeron necesario tomar una determinacion decisiva, porque era ya inevitable la batalla. El conde de Reille, empero, aconsejó á José diese órden para contra-

marchar sobre Navarra, y evitar el encuentro, por entonces al menos, hasta saber de Claussel, de quien en dicha provincia sabrian infaliblemente noticias ciertas. José, tan manejable generalmente, no accedió al buen consejo de Reille; y era, sin duda alguna, que iba á sonar la hora de la caida decisiva del intruso, y por esto su ductil carácter se habia trocado en teuz é inflexible.

Desechado el buen consejo de Reille, mandó José dejar una columnilla de 700 hombres, en los fuertes de Pancorbo, y que avanzase el ejército sobre Vitoria. Créese, y no sin fundamento, que el intruso temió alejarse de aquellos sitios y dejar el gran convoy á merced de sus enemigos, y al mismo tiempo tuvo muy presente el reiterado encargo de Napoleón, respecto de mantener siempre expedita la comunicacion con Francia.

FAMOSA BATALLA DE VITORIA.

Llegaron los enemigos á la provincia de Alava, y los amigos los alcanzaron y se colocaron tan de cerca, que la retaguardia francesa tuvo que hacer frente para resistir diversas acometidas de nuestra vanguardia (20 de Junio).

Tan de cerca fué hostigada la retaguardia de los invasores, que temiendo no poder resistir apresuró la marcha, y se incorporó al centro de su ejército.

El bizarro general Mendizabal se habia dirigido á Santoña, á donde llegó poco despues de haber reforzado la guarnicion de esta plaza la que estaba en Castrourdiales; porque José habia mandado concentrar todas las fuerzas, sin dejar guarnicion más que en los puntos más principales. Wellington tambien concentró sus fuerzas cerca de Vitoria, madurando su plan por momentos, y siempre decidido á no anticipar la batalla, ni esponerse á dar un golpe en vago.

Por fin el dia 19 de Junio recibió José un aviso de Claussel, noticiándole su salida de Pamplona, de donde habia tomado la vuelta de Logroño. El intruso le mandó aviso para que apresurase la marcha, acercándose cuanto antes pudiese á Vitoria, procurando reunirse al ejército, á más tardar, el dia 21.

En aquella ocasion Wellington tuvo muy bien distribuido el servicio de confidentes. José se habia animado mucho con la próxima llegada de Claussel, y porque tambien esperaba á Foy: con las fuerzas que uno y otro acaudillaban, el ejército francés

quedaría en posición de hacer frente á todo cuanto pudiese ocurrir.

Wellington, empero, recibió aviso de uno de sus confidentes, y por él supo que Claussel no podría llegar antes del 22, puesto que había determinado dar descanso á sus tropas todo el día 20: quizá no recibió el aviso de José. Esto fué bastante para que el general en jefe de los aliados determinase dar el 21 la batalla sin escoger posiciones, á fin de evitar que recibiese el enemigo los grandes refuerzos que esperaba.

A este tiempo la falange afrancesada caminaba ya á Francia, bien escoltada con los 4,000 hombres de la division Maucune, por si la suerte de las armas les era contraria.

Las fuerzas militares estaban proporcionadas. José presentó en batalla CINCUENTA Y CUATRO MIL hombres, de todas armas. Wellington SESENTA MIL; empero la pequeña diferencia estaba más que compensada, porque José, que había llegado primero, temiendo ser acometido sin poderlo evitar, eligió muy á su gusto las posiciones, al paso que Wellington no pudo tomar ninguna buena.

Ocupaban las líneas del intruso la derecha é izquierda de Victoria, hasta las alturas de la Puebla de Arganzon siguiendo la margen del Zadorra, por una parte; y por otra hasta Abechucho, pueblo situado en la carretera de Francia. Colocadas de este modo por José las fuerzas que formaban su derecha é izquierda, tomó un elevado cerro para colocar su centro, dominando el valle del Zadorra, y cubriendo al mismo tiempo el camino de Madrid y el de Francia. Lo mismo el centro que las alas derecha é izquierda tenían sus correspondientes reservas, y la línea general formaba una curva de dos leguas y más de tres cuartos, casi tres leguas: las posiciones no podían ser mejores.

El anhelo con que unos y otros se preparaban; el misterio que rodeaba á los directores de las operaciones militares; la gravedad que se observaba en todos los aspectos y hasta los más insignificantes detalles, anunciaban que se preparaba un gravísimo acontecimiento.

Apenas había rayado el día 21 de Junio cuando José, que iba á mandar personalmente la batalla, llevando á su lado al mayor general Jourdan, revistó el ejército y reconoció las posiciones.

A las ocho de la mañana comenzó la batalla. Don PABLO MORILLO con su division acometió la posición ocupada por el ejército francés del Mediodía, colocado en las alturas de la Puebla de Ar-



C. MUÑOZ, dib.^o y lit.^o

Famosa Batalla de Vitoria.

Lit. de J. JONON Madrid.

ganzon. Bueno es consignar que al ejército español y al bizarro Morillo cupo la honra de dar comienzo á la memorable batalla que coronó la obra, así puede decirse, comenzada en Bailen. Ella salvó la Independencia española, puesto que si sus resultados no fueron de veinticuatro horas, pronto verá el lector que en los campos de Vitoria triunfaron sobre las águilas francesas los leones españoles de una manera decisiva.

El general Morillo acometió á la cabeza de su bizarra division con tanto valor, que muy pronto recibió una herida; empero no por esto abandonó el campo.

Hill, que mandaba el cuerpo de ejército á que la division Morillo pertenecía, con otras dos sostuvo perfectamente á aquel; y el resultado fué arrojar al ejército francés del Mediodía de las eminencias que ocupaba.

Hill atravesó inmediatamente el Zadorra por la Puebla, y cruzando el estrecho desfiladero formado por dicho rio y por aquellas pintorescas montañas que parecen desafiar al cielo, se posesionó de Subijana de Alava.

Comprendiendo José, ó Jourdan, el inminente peligro, acudió á reforzar á los suyos, para darles fuerza moral con su presencia. Al mismo tiempo mandó hacer fuego á discrecion á una batería de treinta piezas, que hizo no poco estrago; pero los españoles no retroceden, ni dejan de apoyar á estos los anglo-portugueses, y José en persona pierde la posicion, despues de haber perdido la de la Puebla.

En aquel dia, forzoso es confesarlo, José demostró palpablemente que no era cobarde, ó que su honor y su compromiso pudieron más en él que todo temor. No solamente escapó milagrosamente ileso, si que tambien se vió más de una vez rodeado de cadáveres.

Entonces creyó Welington llegado el momento de generalizar la batalla, y se movió con el centro, atacando simultáneamente por cuatro partes. El ataque se dirigió principalmente á un cerro que constituia toda la defensa y la esperanza del intruso, que estaba perfectamente guardado y coronado de una numerosa artillería.

Sangrienta y terrible fué la lucha; amigos y enemigos sabian muy bien que el bando que entonase el himno de victoria, aquel seria el que para siempre triunfase, así como el vencido quedaria para siempre humillado.

Hora y media habia transcurrido sin que pudiesen prever fran-

ceses ni aliados cuál sería en definitiva el vencedor. Las divisiones que cruzaron por Tres Puentes, lograron hacer cesar un poco á los franceses; pero la numerosa artillería de estos no dejaba avanzar decididamente, hasta que Wellington logró aproximar dos brigadas de la suya y comenzó el combate á cambiar de aspecto.

Animados los nuestros con tan poderoso y oportuno refuerzo, cargaron con dobles bríos; porque llegar á la cima de un elevado cerro, no es lo mismo que defenderse desde la cúspide; el que está arriba lleva inmensa ventaja al que tiene necesidad de subir.

Una hora despues los franceses, casi en fuga, abandonaban el disputado cerro y se replegaban apresuradamente en direccion de la ciudad, dejando en poder de los nuestros diez y ocho cañones.

Debemos manifestar, empero, que no todos los enemigos se dirigieron á la ciudad en verdadera dispersion: algunos batallones se retiraron en órden, haciendo fuego por escalones y causando el posible estrago en los que los perseguian.

No solamente Morillo y Roland Hill, ni el mismo Wellington, fueron los héroes de aquel memorable dia. El ala derecha de los franceses se defendia bizarramente, sobre el camino de Bilbao, de las fuertes acometidas del inglés Graham, á quien el lector ya conoce desde el combate famoso del cerro del Puerco. Sin embargo, posesionados los enemigos de las Gamarras Mayor y Menor y de Abechucho, no sabemos cómo hubiera salido Graham de su empeño, si el español D. Pedro Agustin Giron no hubiese acudido de Balmaseda por Orduña y Murguía, para sostener con teson y arrojo á Graham.

Otro español tambien contribuyó, y no poco, al triunfo de Vitoria. El denodado D. Francisco Anchia, conocido por Longa, con sin igual ardimiento desalojó á los franceses de Gamarra Menor, al tiempo que Pak, inglés, se apoderaba de la Mayor, tomando la artillería que habia en el puente.

Esta fué para José la pérdida más sensible. Gamarra Mayor, situada en el camino de Francia entre Vitoria y Bayona, hacia falta á los franceses, así para tener expedita la carretera, como para cumplir el reiteradísimo encargo de Napoleon.

Son indescriptibles el valor y tenacidad con que los invasores cargaron más de una vez contra los aliados, con el objeto de recuperar la predicha importante posicion; empero Graham, cuya bizarría y teson son bien conocidos del lector, no consintió que la recuperasen ni se movió, hasta que vió que los enemigos, en fuga unos,

y escalonándose otros, se replegaban sobre Vitoria. Entonces Graham, Pak y Longa, ocuparon el camino de Francia, impidiendo que se retirasen los franceses en aquella direccion.

Ya eran las seis de la tarde, cuando el enemigo, sin esperanza alguna, estaba en completa derrota. La caballería francesa, que era la última y única áncora de los fugitivos, pudo hacer muy poco, ó nada; porque el terreno no la permitía maniobrar, ni desplegar la batalla.

De la numerosa artillería francesa *solo salvaron los invasores un obús y un cañon*; todos los bagajes, municiones, dinero, parques, almacenes, todo, en una palabra, quedó en poder de los aliados.

José, desgraciado verdaderamente porque ni un dia fué verdadero rey, merced á la ambicion de su intrigante hermano, digno como era por su honradez de mejor suerte de la que le cupo, escapó, esta es la palabra, sin más acompañamiento que dos gendarmes. A costa de un inmenso rodeo logró salvar el obstáculo de las divisiones que ocupaban la carretera de Francia; pero se encontró completamente obstruido el camino por los carros de equipajes y los coches suyos y de sus generales, y con gran parte del inmenso convoy que había escoltado Hugo desde Madrid.

Dejemos caminar al infortunado víctima del ambicioso Napoleon, su hermano, y tomemos un breve reposo para comenzar el tomo XVI.

FIN DEL TOMO XV.

ÍNDICE GENERAL DEL TOMO XV.

CONCLUYE EL AÑO 1808.

ARAGON.

PRIMER SITIO DE ZARAGOZA.

	Páginas.
Preparativos de defensa.	5
Brusca, pero patriótica, decision del pueblo.—Su valor.— Defensa.—Ataque de tres columnas francesas.	7
D. Mariano Cerezo.—Batalla de la <i>Eras</i> .—Vence gloriosa- mente el pueblo zaragozano.	6
D. Lorenzo Calvo de Rozas.	8
Fuerzas militares que defienden á Zaragoza.—Desacierto co- metido por Palafox.	9
Guarnecen los defensores á Monte-Torrero.—Solemne y sublime juramento.—Incidente desgraciado.	10
Proposiciones hechas por el enemigo.—Negativa rotunda.— Llega con refuerzos el general Verdier.—Ataque á Monte- Torrero.—El comandante Falcó.—Es fusilado.	11
Llega á la plaza un refuerzo.—Bombardeo.—Puntos ataca- dos.—Caudillos que los defienden.—La célebre <i>Agustina</i> <i>Zaragoza</i> .—Su heroísmo.	12
D. Francisco Rosete y D. Gerónimo Piñeiro.—Valor del mar- qués de Lazán y de Calvo de Rozas.—Llega Palafox á Za- ragoza.—Entusiasmo del pueblo.—Fabricase pólvora en la plaza.	13
Combate glorioso en los conventos de San Juan y los Capu- chinos.—Barbarie de los franceses.—Intrépidas salidas.—	:

	Páginas.
El coronel de caballería D. Fernando Gomez Butron.	14
Dilátase el sitio.—Nuevo bombardeo.—Lacónica proposición de Verdier.—Lacónica y enérgica contestación de Palafox.—Nuevos incidentes.	15
Fuga de algunos.—D. Luciano Tornos.—Equivocación de los franceses, que les cuesta muy cara.	16
Nuevos refuerzos que prepara Palafox.—Penetran los franceses en Zaragoza.	17
Consejo de autoridades y personas principales.—Levantán el sitio los franceses.—Pérdidas de artillería que sufren. Créase una condecoración.	18

CATALUÑA.

SITIO DE GERONA.

Sale Duhesme de Barcelona.—Jactancia de este general.—Obstáculos que encuentra en su camino.—Da vista á Hostalrich.	19
No puede tomar la población.—Llega á Gerona.—Recibe grandes refuerzos.—Defensores.—El marqués del Palacio.—Providencias que adopta.—D. Francisco Barceló.—Los somatenes.	20
Temores del general Lecchi.—Enciérrese en Monjuich.—Intima Duhesme la rendición á Gerona.—No es oído el parlamentario.—Nuevas baterías.—El coronel D. Narciso Warletta.—Su gran valor.	21
Levanta Duhesme el sitio.—Trabajos que pasa en el camino.	

MADRID.

Madrid sin gobierno.	22
El desgraciado D. José Viguri.—Su desastrosa muerte.	23
Erígese en poder supremo el Consejo de Castilla.—Deseos de crear un nuevo poder que reemplace á la autoridad Soberana.—Determinase crear una Junta Central y Suprema.	24
Nuevas intrigas del general Cuesta.—Sus arbitrariedades.—Individuos que formaban la Junta Central.	25
Instálase el 25 de Setiembre, en Aranjuez.—Innovaciones propuestas por el Consejo de Castilla.—No son aceptadas.	26
Primeras resoluciones adoptadas por la Junta.—D. Manuel José Quintana.—Nuevas resoluciones, mal recibidas.—Portugal	27
D. Federico Moretti.—Decreto del rey de Inglaterra.—Fuerzas auxiliares de dicha nación.—Abandona Junot á Lisboa.	28
Es batido el general Delaborde.—Batalla.—Armisticio.	29

Convencion de Cintra.	30
Mal efecto que aquella produce en Inglaterra.	

MEDIDAS ADOPTADAS POR LA JUNTA CENTRAL, PARA
LA PROSECUCION DE LA GUERRA.

Medidas de guerra que se adoptan.—Dictámen del entendido Blake	31
Toma con su ejército la vuelta de Reinosa.—Sale á su encuentro Bessieres.—Brillante combinacion de Blake.—El marqués de Portago.—Echa de Bilbao á los franceses.—Distribucion de los ejércitos españoles.	32
Llega á España el mariscal Ney, con 15,000 franceses.—Sale de Bilbao el marqués de Portago y pasa á Balmaseda.—Refuerza al ejército español la division de Astúrias.—Toma Blake las alturas de Begoña.—Vence el de Portago á una division francesa.—Llega el conde de San Roman con la division de Dinamarca.—Situacion de los ejércitos españoles.	33
Penetra en España el mariscal Jourdan, con otro cuerpo de ejército.	34
Valor del general español D. Juan de la Cruz Murgeon.—Pignatelli es depuesto por Castaños.—El conde de Cartajal y el general la Roca.—Determina Napoleon trasladarse á España.	35
Jactanciosas palabras del llamado <i>Coloso del Siglo</i> .—Mariscales de Francia destinados á España,—Colosal ejército enemigo.—Proezas de Blake.—Llegada de D. Francisco Palafox al cuartel general de aquel.—Es depuesto Blake.—Reemplázale el marqués de la Romana.	36
Honrosa y satisfactoria comunicacion que remite á Blake la Junta de Galicia.	

ACCIONES DE ZORNOZA BALMASEDA Y GÜEÑES.

Lealtad de Blake.	37
Lefebvre se dirige á Zornoza.—Distribucion del ejército español de la izquierda.—Fuerza que se hallaba en Zornoza.	38
Triple fuerza que lleva Lefebvre.—Ataca este á Blake.—Repliégase este á Bilbao.—Dirigese hácia Balmaseda.—Retan los generales españoles Acebedo y Martinengo á dos divisiones francesas.—Estas esquivan el combate replegándose á Orduña.	39
Llega el marqués de Portago á Balmaseda.—Arroja aquel del pueblo al general Villatte.—Fuerzas militares del ejército de Blake.—Carta del general Berthier á José Napoleon.	40

Exageracion de los franceses.—Fuerzas militares de Francia. 41
 Importantes palabras de Napoleon.

ACCION DE ESPINOSA DE LOS MONTEROS.

Aparece el mariscal Victor.—Triunfo de este.—Renuévase el
 combate.—Victoria de los franceses.—Pérdida de genera-
 les españoles, víctimas de la arteria francesa. 42
 Valor de Blake.—Derrota.—Es relevado aquel.—Alcanza Le-
 fevre á los enfermos y heridos españoles.—Barbárie de
 aquel general y de sus secuaces.—Llega el ejército espa-
 ñol á Leon.—Carta de la Junta de Galicia á Blake. 44

NAPOLEON EN ESPAÑA.

Avanza en direccion de Búrgos.—Disposiciones que adopta.
 —Ejército de Extremadura.—Imprudencia del conde del
 Belveder. 45
 Infamias y horrores que autoriza Napoleon.—Notables pala-
 bras de un historiador francés. 46
 Amnistía publicada por el intruso.—Excepciones. 47
 Junta de generales españoles.—Ejército que reúne Castaños.

BATALLA DE TUDELA.

Dirígese Napoleon á Madrid. 48
 Aglomeracion de fuerzas.—Batalla de Tudela.—Valor de
 D. Juan O'Neill.—Detalles.—Movimiento de tropas. 49
 Llega Napoleon á Somosierra.—D. Benito Sanjuan.—Cho-
 que en el paso del puerto.—Valor de la caballería polaca.
 —Es herido el valeroso general Sanjuan. 50
 Preparativos de defensa en Madrid.—Comunicacion del go-
 bierno intruso al legítimo.—Dignidad de este.—D. Tomás
 de Morla.—Resuelve la Junta central trasladarse á Bada-
 joz.—Microscópica guarnicion de Madrid. 51
 Bárbaro asesinato del marques de Perales.—Aparecen las
 avanzadas francesas.—Intima Napoleon la rendicion.—Es
 rechazado.—Trátase de capitulacion. 52
 Bate Napoleon el Retiro.—Penetra Villate.—Trátase de ca-
 pitulacion.—Patriotismo del marqués de Castelar y del
 vizconde de Gante.—Capitulacion. 53

SEGUNDA ENTRADA DE JOSÉ BONAPARTE EN MADRID.

Disgústase José con su hermano Napoleon.—Entrevista de
 ambos en Chamartin.—Falta Bonaparte á la capitulacion.
 —Atenúa el rigor de algunas disposiciones.—Entra de

noche y sale inmediatamente de Madrid.—Carta de José á Napoleon.. . . .	57
Exige el juramento de fidelidad.—Comision que se le presenta.—Notables palabras que median.—Disposiciones en proyecto.	58
Distribucion de las tropas españolas.—Asesinato del bizarro general Sanjuan.—Penas y castigos aplicados á los sediciosos.—Dimite el general la Peña.—El general Galluzo reemplaza á Sanjuan.—Situacion de las fuerzas francesas.	59
Entra en Cuenca el duque del Infantado.—Llega el conde de Alacha con su tropa.—Desórdenes contra los afrancesados y muerte de algunos de estos.—Heroismo de los habitantes de Villacañas.—La junta central en Trujillo. . .	60
Resuélvese fijar en Sevilla el gobierno central.—Incidente ocurrido con el general Cuesta.—En Mérida piden á la Junta nombre á Cuesta capitán general de Extremadura.—Intentan los franceses forzar el paso de Despeñaperros.—Los cuatro reinos de Andalucía forman una nueva junta.	61
Llega el marqués de Campo-Sagrado.—Reunen fuerzas militares las provincias andaluzas.—Disposiciones de guerra.—Queda instalada en Sevilla la junta central.—Fallece Floridablanca.—Remplázale el marqués de Astorga.	62
Circunstancias del intruso José.—Disposiciones que adopta.—Gran revista en la Ronda de Madrid.—Nombra Napoleon á José su <i>lugarteniente</i> en España.—Regresa á Francia el primero.—Fuerzas auxiliares de Inglaterra.	63
Dirígense á Astorga los ingleses.—Mueve su campo el marqués de la Romana.—Replégase Soult sobre Carrion.—Destrozos hechos por nuestros <i>amigos</i> , los ingleses.	64
Accion entre aliados y franceses.—Percance sufrido por los ingleses.—Destrozó hecho en los franceses.	

Año 1809.

NAPOLEON EN ASTORGA.

Acércase Soult á Astorga.	65
Reúnese á él Napoleon.—Juntan 70,000 infantes y 10,000 ginetes.—Consejo dado por el de la Romana el inglés Mhoore.—Disgusto de los españoles con sus <i>aliados</i> .—Mala conducta de Mhoore con el de la Romana.—Pérdidas que tuvimos.	66

NAPOLEON EN VALLADOLID.

Crímenes verdaderos de los ingleses.—Escaramuza.—Perece el general francés Colbert.—Nueva infamia de nuestros

<i>amigos</i> los ingleses.—Retrocede Napoleon.—Dirígese disgustado á Valladolid.	67
Cruel tiranía del invasor.	68
Carta en que Napoleon refiere sus actos sanguinarios á José.	69
Decreto tiránico de Napoleon.	

BATALLA DE LA CORUÑA.

Llega á la Coruña el ejército inglés.—Vuela un puente.—Repáranle los franceses.—Fuerzas militares de ambos campos.—Carga la division Delaborde.	70
Generalízase la accion.—Cae herido el general Baird, inglés.—Cae Mhoore herido por una bala de cañon.—Fallece.—Reemplázale Sir Hoppe.—Separa la noche á los combatientes.—Sitia Soult á la Coruña.—Entra en ella.	71
Apodérase del Ferrol.	

ARAGON.

SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA.

Pasa revista Palafox á los defensores.	72
Piérdese el Monte-Torrero.—Avanza sobre la plaza el general Gazan.—Gloriosa defensa de D. José Manso y del capitán de artillería Velasco.—Retírase Gazan.—El caballero Moncey trata de evitar desgracias.—Desecha toda proposicion Palafox.—Releva Junot á Moncey.—Trasládase Mortier á Calatayud.	73
Segunda paralela.—Baterias.—Quedan apagados los fuegos españoles.—Es arrasado el reducto del Pilar.—Diversos incidentes.	74
Hambre y peste.—Heroismo y valor de los aragoneses.—Reemplaza á Junot Lannes.—Disposiciones que adopta.	75
Horrible cuadro que la plaza presenta.—Carta del mariscal Lannes á Napoleon.	76
Propone capitulacion.—Lacónica y enérgica respuesta.—Nueva lucha.—Palabras de un autor francés.	77
Destrozo hecho en los franceses por las calles de Zaragoza. Cuéstales TRECE DIAS <i>el llegar al Coso</i> .—Asustado Lannes manda no pelear á cuerpo descubierto: perecen los generales Rostoland y Lacoste, dos generales más de brigada, cinco coroneles, 17 oficiales de ingenieros y casi CUARENTA jefes y oficiales de otras armas, NOVECIENTOS soldados y son heridos más de 2,000.—Continúan los curiosos detalles.	78
Desárrrollase con furia la epidemia.—Nuevos detalles.	79
Fabuloso patriotismo de los zaragozanos.—Es atacado por	

la epidemia el general Palafox.—Parlamento.	80
Palabras muy notables de los soldados franceses.—Cuestion entre Lannes y el presidente de la comision zaragozana.—Necesidad mútua de capitulacion.	81
Capitulacion.	82
Nueva heroína.—Palabras del erudito Lafuente.—Causas de la mala situacion de España, relativamente á la guerra.	83
Trabajos que sufren los franceses al atravesar el Guadarrama.	84
Orden de Napoleon.—Farsa sostenida por éste respecto de su hermano.—Disgusto de éste último.	85
Entra éste en Madrid públicamente.	

DÉSGRACIADA JORNADA DE UCLÉS.

Situacion de Galicia.—Pasa á Orense el de la Romana.—Ejército del Centro.	86
Manera con que gobernaba la Junta.—El general Venegas en Uclés.—Manda el del Infantado á aquel cargar sobre Tarancon.—Inteligencia de Venegas.—Horrible temporal.—Extravíase la caballería.	87
Nulidad del Infantado para el mando superior militar.—Venegas le insta y aquel no contesta.—Toma aquel posiciones en Uclés.—Aparece la vanguardia francesa.—Trábase la lucha.	88
Venegas es atacado de una terrible fiebre.—Piérdese la accion.—Valor de D. Pedro Agustin Giron.—Bizarria del marqués de Albudeite, ex-capitan de Reales Guardias de Corps.—Quedan deshechas las divisiones de Venegas y Senra.	89
Verdaderas causas del desastre.—Inaudita barbarie de los franceses en Uclés.—Nuevas y repugnantes atrocidades cometidas por los invasores.	90
Parte de la victoria de Uclés dado por Jourdan á José.—Rectificacion.	91
El del Infantado se dirige á Cuenca.—Cambia de parecer y se dirige á Murcia.—Nuevo cambio y se dirige á Sierra-Morena.	

CATALUÑA.

El general Vives estrecha el bloqueo de Barcelona.—Sitia Saint-Cyr á Rosas.	92
Llega el famoso Reding con su division y el marqués de Lazan con la suya.—D. MARIANO ALVAREZ.—Desaparece Vives y toma el mando Reding.	

ACCION DE MOLINS DE REY.

Reaparece Vives.—Ataca Saint-Cyr á los españoles.—De Tomo XV.	
---	--



sastre..	93
Motin contra Vives.	

SEVILLA.

Disposiciones adoptadas por la Junta central.	94
Continúan las disposiciones de la Junta.—Decreto contra los obispos que habian reconocido al intruso.. . . .	95

MADRID.

Medidas adoptadas por José.	97
-------------------------------------	----

SUCESOS DE LA GUERRA.

Distribucion de los ejércitos franceses.	100
Situacion y operaciones de los mismos.	101
Ejércitos de España.—Es cortado el puente de Almaraz.—El conde de Cartaojal.—El duque de Alburquerque.—Bizarria de los ginetes españoles en Mora.	103
Replégase Alburquerque á Consuegra.—Disidencia entre aquel y Cartaojal.—Acuden á la Junta.	

ACCION DE CIUDAD-REAL.

Dirigese Cartaojal á Ciudad-Real.	104
Impericia de aquel —Atácale Sebastiani.—Le vence y le obliga á pasar al Viso.	

BATALLA DE MEDELLIN.

Acércase Victor á Mérida.—Llega al inutilizado puente de Almaraz.	105
Atraviesa el Tajo por Talavera y el puente del Arzobispo.—Desastre que experimenta la caballería francesa.—Fijase Cuesta en los llanos de Medellin.—Llega Alburquerque.—Disposiciones preliminares para la batalla.—Atraviesan los franceses el Guadiana, por el puente de Medellin.	106
Elogio de los soldados españoles, hecho por los mismos autores franceses.—Bizarria del general Cuesta.—Idem del valeroso duque de Alburquerque.	107
Pérdidas.—Proceder de la Junta central, á consecuencia de la batalla.—Palabras del erudito Lafuente.. . . .	108
Posiciones que ocupa Cuesta despues de la batalla.—Entabla José negociaciones con la Junta central.—Comisionado que elige.—Patriótica respuesta de la Junta.	109
Carta, sobre el mismo asunto, del general Sebastiani al ilustre Jovellanos.—Magnífica contestacion del segundo al primero.	110
Patriotismo y desprendimiento de los habitantes de nuestras posesiones de Ultramar.—Medidas que se adoptan respecto de aquellos países.	111
Murmuraciones contra la Junta.—Infundados rumores res-	

pecto de aquella.— <i>Auxilios</i> materiales dados por Inglaterra.	112
Verdadera intencion de dicha nacion.—Pretension original de Sir Jorge Smith.—Digna actitud de la Junta.	113
GALICIA Y ASTURIAS.	
Llega Soult á Lisboa.—Valor de los portugueses.—Sospechas que recayeron sobre aquel general.—Patriotismo y valor de los gallegos.—Pérdidas que hicieron experimentar á Soult.	114
Aparece Welington ante Soult.—Diversos combates.—Re-pasa Soult el Duero.—Sorpresa de aquel.—Desconcierto y confusion en el ejército francés.—Decláranse estos en retirada.—Trabajos que sufren en el camino.	115
Vandalismo y barbárie de los franceses.—Llegan á Orense.—Nuevas muestras de valor dadas por los gallegos.	116
Acércase á Asturias el marqués de la Romana.—Pasa á Ponferrada.—Determina tomar á Villafranca.—Ríndense los franceses que la guarnecen.	117
Digna y cuerda conducta de la Junta de Asturias.—Ejércitos asturianos.—El general Worster hace una incursion en Galicia.—Comportamiento poco acertado y nada meritorio de dicho general.—Partidas en Galicia.	118
Partidarios.—Colombo y <i>Cachamuña</i> .—García del Barrio y Morillo.—Progresos de las partidas.—Valor de Morillo en el puente de San Payo.—El abad de Valladares.—Intima la rendicion á Vigo.—Escrúpulo militar del gobernador.—Medio de hacer que desaparezca.—Intima de nuevo la rendicion Morillo.	119
Impaciencia de dicho jefe.—Entrégase Vigo.—Importancia de este triunfo.—Sitio de Tuy.—Divergencia entre los jefes.—Desastre ante la plaza.—Levantán los nuestros el sitio.	120
Abandonan los franceses la plaza.—D. José María Vazquez (<i>el Salamanquino</i>).— <i>Division del Miño</i> .—D. Martin de la Carrera.—Destroza á la division Maucune.—Utilidad de la entrada de los españoles en Santiago.	121
Poco cuerda conducta del marqués de la Romana.—Dá oidos á chismes y hablillas.—Colócase en pugna con la Junta de Asturias.—Parodia á Napoleon (cuando el <i>famoso</i> 18 brumario).—Nombra nueva Junta.—Disgústanse todos con el marqués.	122
Prepárase una gran invasion francesa en aquel país.—Llega Ney á Oviedo.—Infame conducta de este malvado general.—Conducta no muy digna del general Ballesteros.—Queda Kellerman en Oviedo y Bonnet en Villaviciosa.—Ataca nuestro general Mahy á Lugo.—Bate bizarramente	

- Mendizabal á los franceses. 123
- Choque de españoles y franceses mandados por Fournier.—Magnífico ardid de Mahy.—Gánase la acción.—Cerca Mahy á Lugo.—Aparece Soult.—Levántase el sitio.—Escápase la Romana de Oviedo.—Denominanle los soldados *el marqués de las Romerías*.—Consejo de generales franceses Plan de aquellos.—El conde de Noroña.—Es vencido Soult.—Desastres que sufre. 124
- Nuevo desastre que experimenta en Monte-Furado.—Infame venganza que toma, como siempre, Soult.—Llega á la Puebla de Sanabria.—Sale Franceschi con pliegos para José.—Fr. Juan Delica hace á Franceschi prisionero.—Abandona Ney, tras de Soult, el territorio gallego.—Aquel se enemista con este último, por su carácter despótico é irascible.—Desmanes y crímenes de los infames invasores. 126
- Disgusto de Ney y de Soult.—El por qué estaban disgustados.—Entra en la Coruña el bizarro conde de Noroña.—D. Pedro de la Bárcena persigue á Kellerman. 127
- Ballesteros y O'Donnell (D. José) persiguen á Bonnet. Llegan con grandes pérdidas, Kellerman y Bonnet á Castilla.—Determina Ballesteros caer sobre Santander.—Su poca pericia.—Tiene que huir con D. José O'Donnell.—Embarcación y *remeros* que improvisan.—Noble y valerosísima conducta del regimiento de la Princesa, viendo ausente á su coronel.—Llega aquel *desde Santander á Molina de Aragon*.—Alegria de los coruñeses.—Llega el de la Romana á la Coruña.—Comienza á proceder tan desacertadamente como en Oviedo. 128
- Disgusto que ocasiona la conducta del de la Romana.—Disposiciones que dicta.

CATALUÑA.

- Reding en Tarragona.—Partidas y somatenes. 129
- Fuerzas militares de España.—D. Juan Bautista de Castro.—Plan de operaciones.—Sale Reding en socorro de Iranzo. Interpónese Saint-Cyr.—Reúñese el consejo de guerra en Montblanc. 130
- Decision del consejo.

ACCION DE VALLS.

- Encuentro con los nuestros y el general Sohuam.—El general Martí, de nuestra vanguardia, acepta el combate.—Resultado de la acción.—Inaudito valor de Reding. 131
- Regresa con cinco heridas á Tarragona.—Entran en Reus los franceses.—Guerra que hace á estos con los somatenes el general Wimpffen.—Arroja éste de Igualada á los franceses.—Parlamento de Saint-Cyr á Reding.—Vuelve Saint-

Cyr á Barcelona.	132
Mandan los franceses á los barceloneses prestar juramento de fidelidad á José.—El heroico magistrado <i>Dueñas</i> .—Enérgica decision de <i>Asaquirre</i> , contador de Hacienda.—Ruín venganza de los franceses.	133
Fallece el verdadero vencedor en Bailen, el bizarro y heroico Reding, en Tarragona, á consecuencia de las heridas recibidas en Valls.—Merecido elogio de este gran general.—Inconsideracion con que fué tratado por el gobierno.	134

CASTILLA.

Disposiciones que adopta Napoleon, respecto de España.—Disidencias entre Soult y Ney.—JUAN MARTIN, el EMPERCINADO.	135
Antecedentes del mismo.—La Junta le nombra capitán.—Don Juan Diaz Porlier, el MARQUESITO.—D. Bartolomé Amor.—El cura de Villoviado, MERINO.	136
D. Juan Echavarri.	

SEVILLA.

Noticias que recibe la Junta central.	137
Disidencia entre los vocales de aquella.	138
D. Manuel José Quintana.—Reflexiones que hace el autor.	139
Proposicion presentada por los <i>jovellanistas</i> .—Es tomada en consideracion.—D. Antonio Valdés.—D. Ramon Calvo de Rozas.—Acuerdo de la Junta.—Decreto que á todos disgusta.—Segundo decreto que disgusta á los avanzados.	141
Decreto.—Motivo del general disgusto.	142
Otro decreto que agrada á todos.	

MADRID.

El duque de Mahon y Urquijo.	143
Ridícula situacion en que se encuentra el rey José.	144
Disposiciones militares adoptadas por el invasor.—Rebeldía de Víctor y Sebastiani con su rey.—Palabras de un historiador francés.	145

ARAGON.

Toma de Jaca.—Idem de Monzon.—Resistencia de Mequinenza.—El ilustre Blake reemplaza al valeroso Reding.	146
Llega Mortier á Molina.—Marcha á Castilla la Vieja.—Suchet en Aragon.—Lealtad de los de Albelda.—Los de Monzon arrojan á los franceses de la plaza.—Son acuchillados	

- los euemigos.—Blake toma la vuelta de Alcañiz.—Arroja de este punto á los invasores. 147
Sale Suchet de Zaragoza.—Llega á dar vista al ejército de Blake.

ACCION DE ALCAÑIZ.

Ganan los españoles la accion de Alcañiz.—Detalles.

ACCION DE MARÍA.

- Ganan la accion los franceses.—Retirada sobre Botorrita.—Regresa Suchet á Zaragoza.—Jefes prisioneros. 148

ACCION DE BELCHITE.

- Sale Suchet, de nuevo, de Zaragoza.—Encuentra á Blake en Belchite.—Circunstancias que dan el triunfo á Suchet.—Detalles.—Valor de Blake y de los generales Lazan y la Roca.—Censura de Blake. 149
Ventajas que obtienen los franceses.

CATALUÑA.

MEMORABLE SITIO DE GERONA.

- Acércase Saint Cyr á Gerona.—Circunstancias de la plaza. . . 150
D. MARIANO ALVÁREZ DE CASTRO.—D. *Juan Bolivar*.—D. *Guillermo Minali*.—D. *Isidro de la Mata*.—Unánime patriotismo de los de Gerona.—D. Enrique O'Donnell.—El general Verdier reemplaza á Reille.—Piedad de los gerundenses.—Manda refuerzos Saint-Cyr desde Vich.—Intiman los franceses la rendicion á la plaza.—Fuerte y magnífica contestacion dada por Alvarez de Castro.—Bombardeo. 151
Toma Saint-Cyr á San Feliú de Guixols.—Pérdidas de los franceses.—Ataque á Monjuich.—D. MARIANO MONTORO.—Hazaña de este español.—Asalta el enemigo.—Es rechazado.—Repite inútilmente el asalto.—El coronel Muff. 152
Incidente fatal, probablemente traidor.—Forzada inaccion de los sitiadores.—Trabajos de sitio. 153
Es evacuado Monjuich.—Queda casi arruinado.—Valor é inteligencia de Alvarez de Castro.—Bizarria y patriotismo de los catalanes. 154
Brillante marcha que verifica Blake con sus tropas.—Llega á Vich.—Pasa por Coll del Buch á Sant Hilary.—Bizarria de D. Manuel Llauder.—Valor de O'Donnell.—Los somatenes. 155
Simultáneos y gloriosos esfuerzos de Blake, Llauder, Clarós y Rovira.—Llega el general Garcia Conde.—Su valor y pericia.—Introduce en Gerona un conyvo de DOS MIL acé-

milas, 4,000 infantes y 500 ginetes.—Enojo de Saint-Cyr y Verdier.—Continúan las proezas de los generales españoles.	156
Gloria de Blake y de los generales que le secundaron.—Nuevo asalto.—Escena verdaderamente infernal.	157
Gloria de las armas españolas (19 de Setiembre).—D. Blas Fournás.—Su heroísmo.—Es rechazado el francés en todas partes.—Sus pérdidas.	158
D. Luis Roca de Togores, conde de PINO-HERMOSO.—Su valor y patriotismo.—Blake se fija en Hostalrich.—Bizarra imprudencia de D. Enrique O'Donnell.	159
Hazaña notabilísima con que indemniza su temeraria imprudencia.	160
Saint-Cyr es reemplazado por el mariscal Augereau.—Hambre en Gerona.—Precios fabulosos de los comestibles.	161
Imposibilidad absoluta de introducir socorros en la plaza.—Escenas desgarradoras.	162
Trasládase Blake á Manresa y reúne una <i>Junta de salvacion</i> .—Situacion terrible de los de la plaza.	163
Su incontrastable patriotismo y su férreo carácter.—Es aporillada la muralla.—Estado de los escasos defensores.	164
Enferma el sin par gobernador Alvarez de Castro.—Adminístranle los últimos Sacramentos de la Iglesia.—Encárgase del mando D. Juan Bolívar.—La Junta decide capitular.—D. Blás Fournás es comisionado para formular la capitulación.—Bases de aquella.	165
Admiracion de los franceses al entrar en la plaza.—Detalles.—El enfermo y valeroso Alvarez es llevado prisionero á Francia.—Tráenle de nuevo á España.	166
Alevosa y miserable infamia del <i>Coloso</i> del siglo y de sus secuaces; desgraciado fin del <i>HEROE de GERONA</i> .—Curioso documento.	167
Disposiciones de la Junta, para honrar la memoria del inmortal Alvarez y socorrer á su familia.	

MADRID.

Decretos expedidos por el intruso de José.	168
Varias disposiciones del mismo.	169
Epítetos con que designan á José los madrileños.	

EXTREMADURA.

Reune Soult las tropas de Mortier y de Ney.—Dirigese el primero contra Ciudad-Rodrigo.—Llega Foy á Madrid con pliegos de Soult.—Objeto y resultado de dicho viaje	170
Wellesley en Abrantes.—Conferencia con Cuesta.—Carta	

- del primero á su amigo Sir Jorge Williers.—Idem al conde de Castlereagh. 171
- Disposiciones de guerra, adoptadas por Cuesta y Wellesley.—Fuerzas militares de Soult.

GRAN BATALLA DE TALAVERA DE LA REINA.

- Reúnense Cuesta y Wellesley. 172
- Llega Wilson á Escalona.—Avanzan los aliados sobre Talavera.—Aviso de Víctor á José.—Disgusto de éste.—Disposiciones que adopta.—Diferencia entre Cuesta y Wellesley.—Pormenores. 173
- Concéntrase el invasor sobre Toledo.—Llega Wilson á Navalcarnero.—Escaramuza junto á Talavera.—Latour-Maubourg ataca á Zayas.—Vacilan los nuestros.—Auxílialos el bizarro duque de Alburquerque con 3,000 ginetes españoles.—Aquel rechaza á la vanguardia francesa. 174
- Detalles.—Aparece el grueso del ejército enemigo.—Sorpresa de una division inglesa.—Atraviesan los franceses el Alberche. 175
- Batalla.—Detalles.—Gran triunfo de España. 176
- Opinion de los autores franceses, sobre aquel glorioso hecho de armas. 177
- Datos oficiales.—Nota del erudito Lafuente. 178
- Rigor militar de Cuesta.—Premios que éste y Wellesley reciben.—Desacierto de ambos. 179
- Pormenores.

ACCION DEL PUENTE DEL ARZOBISPO.

- Llegan los aliados á Oropesa.—Disgústase Welington (Wellesley). 180
- Accion de guerra.—Resultado.

MADRID.

- Regresa José á Madrid. 181
- El general Venegas.—Generales que llevaba á sus órdenes.

ACCION DE ALMONACID.

- Detalles. 182
- Célebre proclama del intruso.—Notables contradicciones. 183
- Dimision de Cuesta.—Reemplázale accidentalmente D. Francisco Eguía.—Término de aquella campaña. 184
- Violenta determinacion que ocurrió tomar, pero no la tomó, á Napoleon.—Llega á Sevilla, como embajador de Inglaterra.

terra, el marqués de Wellesley, hermano del general del mismo nombre (Wellington).—Pormenores curiosos. . . . 185

NUEVOS GUERRILLEROS Y JEFES DE FRANCO.

D. Juan *Palarea*, D. José Martínez de *San Martín* (Tin-Tin).
—*Renovales*, *Albuin*, *Saornil*, *Cuevillas*, etc. 186
Reglamento publicado por el gobierno.—Cuerpos francos. . . 187
Notables hechos del valeroso *Renovales*.—Su segundo, llamado *Sarasa*.—Fama justísima del *Empecinado*. 188
Detalles relativos á los guerrilleros. 189

SEVILLA.

Disidencias en el seno de la Junta central.—Disgusto de la nacion con ella. 190
Ambicion de D. Francisco Palafox.—Escrito del mismo. . . . 191
Conspiracion contra la Junta.—Descúbrela al marqués de Wellesley el duque del Infantado. 193
Crease una comision ejecutiva.—Detérminase reunir las Cortes del reino. 194

TRATADO DE VIENA.

Detalles relativos á la política exterior.—Manifiesto de la Junta central. 195

BATALLA DE TAMAMES.

Antecedentes. 196
El duque del Parque.—Detalles de la batalla.—Vencen los españoles.—Dirígese el del Parque á Salamanca.—Marchand no se atreve á esperarle.

ACCION DE MEDINA DEL CAMPO.

Determinacion desacertada del duque del Parque. 197
Avanza hasta Medina del Campo.—Choque.

BATALLA DE ALBA DE TÓRMES.

Desaciertos del duque vencedor en Tamames.—Ataca Kellerman. 198
Piérdese la batalla.

BATALLA DE OCAÑA.

Desaciertos imperdonables del gobierno español.—Indígnase la Junta contra Eguía. 199
Precedentes de la batalla. 200
Manda José, en persona, la batalla.—El general Areizaga.—Valor de los generales marqués de Zayas y Lacy.—Intre-

pidéz de Lacy.—Cae herido el general Leval (francés).— Detalles.	201
Grandes pérdidas de España.—Imcomprensibles circunstan- cias de la batalla.—Mal conportamiento de los aliados, ingleses.—Egoismo nunca desmentido de aquellos.	202
Disposiciones que adopta la Junta.—Energía del marqués de la Romana.	203

Año 1810.

Disposiciones que piensa adoptar Napoleon.—Instruccion para la imposicion y exaccion de la contribucion extraor- dinaria de guerra.	205
Acércanse 100,000 franceses á la frontera española.— José decide invadir la Andalucía.—Disposiciones que adopta.	206

INVASION EN ANDALUCÍA.

Llega José á Despeñaperros, con la falange afrancesada.— Dificultades de aquel paso.	207
Curiosos detalles.	208
Trasládase la Junta á la isla de Leon.—Cómo la trata el pue- blo.—Estalla un motin en Sevilla.—Instálase una Junta suprema nacional.—Idem, una Junta de guerra.—Intrigas de Palafox (D. Francisco).—Desaparece, así como el conde del Montijo y los demás vocales, al aproximarse los franceses.	209
Dirigese Víctor y Mortier á Sevilla.—Llegan á Ecija.—Salva, tal puede decirse, la causa nacional el inteligente y bizarro duque de Alburquerque.—Entran en Sevilla los franceses, sin encontrar resistencia.	210
Dirigese Víctor á Cádiz.—Pasa Sebastiani á Málaga.—Saquea y destroza vandálicamente.—Cinismo de un francés llama- do Boyer ó Bruyer.	211
Arresta Sebastiani al general Cuesta.—Logra éste embar- carse para Mallorca.—Sórdida y vergonzosa avaricia de Sebastiani.—Trátase de sustituir á la Junta central con una Regencia.—Decreto.	212
Individuos del Consejo de Regencia.—Disuélvese la Junta central.—Juran los cinco regentes.—Instruccion para la convocacion de las Córtes.	213

REGLAMENTO PARA EL CONSEJO DE REGENCIA.

Insértase íntegro.	218
Fórmula de juramento.	219

INSTALACION DE LA REGENCIA.

Motin en la isla de Leon entre los individuos de la disuelta Junta.—Circunstancias de los regentes.	220
Continúan ensañándose en Cádiz contra los individuos de la disuelta Central.—Fallece el conde de Tilly.—Poco digna manera con que inaugura su mando la Regencia.	221
Medida poco meditada y violenta que adopta aquella.—Documentos curiosos.	222
Proceso contra algunos de la Central.—Consulta del Consejo.	223
Real resolucion.—Animosidad del Consejo contra la disuelta Junta.	224
Confórmase la Regencia con el dictámen del Consejo.—Providencias que adopta aquella para defender á Cádiz.—Servicio de correos marítimos.—Su utilidad y conveniencia.	225
Intiman los franceses la rendicion á Cádiz.—Patriotismo de la Junta de Cádiz.—Resultado de la inteligencia y valor del duque de Alburquerque.—Trata Sout de ganarle, en vano.—Digna contestacion de aquel buen patricio.—Intenta despues ganar al general Alava, capitan general de aquel departamento.—Lealtad de aquel.—Fuerzas militares de España.	226
Proyecto de la Regencia.—Descalabro marítimo natural.—Comienzan los franceses las hostilidades.—Providencias guerreras.	227
Magnífica proposicion hecha por la Junta de Cádiz.—Dáse á Blake el mando del ejército.—Alburquerque pasa de embajador á Lóndres.—Origen de este nombramiento.—Otras providencias adoptadas por la Junta.	228
Diversas providencias de guerra.—D. Pedro Villacampa.—Su inteligencia y valor.	229
Nueva é impía infamia de los franceses.—Incorpórase á la Regencia el obispo de Orense.	230

SEVILLA.

Circunstancias del viaje de José Bonaparte.—Albañil digno de eterna memoria.—Cánsase José de esperar en vano la rendicion de Cádiz.—Trasládase de las líneas del sitio al Puerto de Santa María.	231
Poco patriótico comportamiento de las Andalucías, excepto Cádiz.—Publica José en Sevilla varios decretos.—Su espíritu.—Decretos de Napoleon rey de hecho de España.	232
Espíritu de aquellos.—Disgusto de José.—Motivos de aquel.	233
Sale de Sevilla.—Llega á Madrid.—Fallece el conde de Cabarrús.	

MADRID.

- Recibe el intruso pliegos de su hermano.—Decreto imperial.
—Desaprueba Napoleon las operaciones militares hechas
por José. 234
Este determina abdicar la irrisoria corona.

ASTURIAS.

- Llamamiento de la Regencia al patriotismo de los españoles.
—Bonnet y Porlier. 235

SITIO DE ASTORGA.

- Loison sitia á Astorga.—Intima la rendicion.—Recházale el
gobernador Santocildes.—Levanta el francés el sitio.—
Vuelven á aparecer los franceses. 236
Atacan á Astorga.—Aportillan la muralla.—Amenazan pasar
á cuchillo la guarnicion, si no se rinde.—Nueva embestida.
—Recomienza el fuego.—Agótanse las municiones.—Capi-
tulan.—Valor extraordinario de un cabo primero. . . . 237
Prémianle despues las Córtes.

NAVARRA.

- Pasa Suchet personalmente á Navarra.—Estado de este anti-
guo reino.—Mina y Suchet. 238

VALENCIA.

- Pasa Suchet á Aragon.—Partidarios.—Toma Suchet la vuel-
ta de Valencia.—D. José Caro. 239
Su fatal conducta.—Choque en Alventosa.—Penetra Suchet
en Segorbe.—Pasa á Murviedro (Sagunto).—Reúnense
Suchet y Habert.—Dan vista á Valencia.—Intima la rendi-
cion.—Es rechazada la intimacion.—Levanta el campo el
francés.—Reflexion oportuna.

ARAGON.

- Toma Villacampa á Teruel.—Llega Suchet á Zaragoza.—In-
sistencia de Napoleon.—Dirigese á Berthier. 241
Orden de Napoleon para sitiar á Lérida y Mequinenza.—
Mina, el Mozo, en las Cinco Villas.—Activa persecucion
que sufre.—Es hecho prisionero.—Trasládanle al castillo
de Vincennes.—D. Francisco Espoz y Mina, tio del Mozo. 242

CATALUÑA.

D. Enrique O'Donnell, capitán general de Cataluña.—Barbarie de los invasores.—Atroz, pero inevitable, represalia.	243
Situación verdadera de los franceses.—Orden del día.— <i>Humanitario</i> decreto de Soult.	244
Justa y enérgica contestación de la Regencia al bárbaro decreto.—Derrota de Duhesme.—Nuevo triunfo contra coraceros franceses.	245
Entra Augereau en Barcelona.—Es reemplazado Duhesme por Maurice Mathieu.—Vence O'Donnell en Moya.—Sangriento combate.—Retírase aquel al campo de Tarragona.—El bizarro gobernador de Hostalrich, D. Julian Estrada.	246
Vence D. Juan Caro en Villafranca del Panadés.—Es hecho prisionero el bizarrísimo Estrada.	

SITIO Y TOMA DE LÉRIDA.

Llega Suchet al frente de Lérida.—Augereau es depuesto del mando de Cataluña.—Reemplázale Macdonald.	247
Circunstancias de defensa de la amenazada plaza.—Engaña Suchet á O'Donnell.—Ataca el primero al castillo de Gardén.—Valor del general García Conde.	248
Trabajos de sitio.—Dudosa conducta de García Conde, hasta entonces valeroso y leal.—Cae Lérida en poder de Suchet.	

SITIO Y TOMA DE MEQUINENZA.

Vá Musnier contra Mequinenza.—Circunstancias de la plaza.—Trabajos que sufre el ejército francés.	249
Capitula honrosamente la plaza.	

PROYECTO DE EVASION.

Mal comportamiento del tirano francés con Fernando VII.—El barón de Kolly.	250
Carta de Jorge III á Fernando VII.—Viaje de Kolly.	251
Llega á Francia.—Detalles del proyecto de evasión.—El ministro francés de policía.	252
Carta de Fernando VII al gobernador de Valencey.	253
Curioso interrogatorio.	254
Comunicación de Fouché á Napoleon.—Circunstancia notable en la publicación de dicho documento.	257

NUEVAS OPERACIONES DE CAMPAÑA.

Guerra en Aragon.—Cartagena, Alicante, etc.	258
Feroz despotismo de Sebastiani.—Su repugnante avaricia.	259

Toque de rebato.—Persecucion á Sebastiani.—Ejército español de la izquierda. 260

SITIO DE CIUDAD-RODRIGO.

Circunstancias y guarnicion de Ciudad-Rodrigo.—Numeroso ejército que lo sitia.—Detalles del sitio. 261

Escandalosa conducta de los ingleses.—Trátase de capitulacion.—Condiciones honrosas. 262

Llega Mahy cerca de Astorga.—Sepáranse de Welington algunos jefes españoles.—Proclama de Massena.—Fuerzas militares de Francia. 263

Desunion entre los jefes franceses.—Consecuencias de aquella. 264

SITIO DE ALMEIDA.

Establece el sitio Massena.—Circunstancias de la plaza.—Desgracia accidental dentro de aquella.—Entra Massena en Almeida, favorecido por la casualidad, ó por la traicion. 265

Conducta doble, ó inexplicable de los *aliados* ingleses.—Levanta el campo Welington.—Replégase sobre el Mondego.—Disgusto de Napoleon. 266

Reúnese Massena á Reynier en Celórico.—Gana Welington la delantera á Massena.—Llega aquel á Sierra de Alcoba.—Llega tambien Ney al pié de la Sierra.

ACCION DE BUSACO.

Sorpréndese Massena. 267

Murmuran de aquel sus súbditos.—Libra la batalla.—Detalles muy curiosos. 268

Muertes y heridas de generales franceses.—Son estos vencidos.—*Noble* desquite.—Pasa Welington á las famosas posiciones de Torres-Vedras.—Desmanes de los ingleses. 269

Da vista Massena á las famosas posiciones.—Su asombro.—Examina aquellas.—Fija las suyas. 270

Auxilio de españoles.—Diversos encuentros.—Welington y Massena. 272

Comienza Massena los preparativos de su admirable retirada.—Llegan refuerzos franceses. 273

MOVIMIENTOS MILITARES EN ESPAÑA.

Dirígese Blake á Murcia.—Da el mando militar al bizarro Elío. 274

Sale de Granada Sebastiani.—Diversos detalles.—Frustra Blake la empresa de Sebastiani.—Sale aquel contra éste. 275

ACCION DE BAZA.

Atraviesa Blake los Velez, Blanco y Rubio.—Freire rechaza la caballería francesa.—Incidente.—Queda en balanzas la

victoria.	276
Hechos diversos.	

CATALUÑA.

Estrecha Suchet el sitio de Tortosa.	277
Encuentros distintos y escaramuzas.—Entra un convoy en Barcelona.—Hábil maniobra de D. Enrique O'Donnell.—Apuro en que coloca á Macdonald.—Dirigese éste en busca de Suchet.—Sarsfield y Georget.	278

SORPRESA DE LA BISBAL.

Llega O'Donnell á Vidreras.—Pasa á La Bisbal.—Hace capitular á Schwartz.—Caen en nuestro poder San Feliú de Guixols y Palamós.—Pérdidas de los franceses.—O'Donnell (D. Enrique) recibe el título de conde de La Bisbal.—Queda cojo á consecuencia de su hazaña.	279
Reemplaza al marqués de Campo Verde el baron de Eroles.—El baron de la Barre.—Resultados de la guerra en Cataluña.	280
O'Donnell y Caro (D. José).—Quejas contra éste.—Reemplázale el general Bassecourt.—Desaparece Caro.	281
Fatales <i>hazañas</i> de aquel.—Continúan las operaciones de campaña.	282
Termina el año, sin que tenga término el sitio de Tortosa.	

BREVE RESEÑA DEL RESTO DE LAS OPERACIONES DE CAMPAÑA.

Cádiz y Sevilla.	283
Expedicion de Lacy.—Hazañas de éste.—Toma la fuerte posicion de Casares.—Embárcase en Marsella.—Regresa á Cádiz.—Nueva expedicion.—Detalles.	284

ARAGON.

Persigue Klopicki á Villacampa.—Choque en la Fuen-Santa.

CASTILLA.

Partidarios.—Feroicidad de los invasores.	285
Inaudita y criminal barbarie de Kellerman.—Idem de Rognet.—Represalias.	286
Más partidarios castellanos.	

NAVARRA.

D. Francisco Espoz y Mina.—Aróstegui.—Longa.	287
Hazañas y hechos de Mina.	288

REUNION DE CÓRTESES.

Antecedentes.—Sesion del Consejo de 9 de Junio.—Consejeros asistentes.	289
Continúan los antecedentes.	290
Convocatoria á Córtes.	291
Dudosa legitimidad de aquellas.	292
D. Agustin Argüelles.	294
Agitacion de la Regencia.—Fijase dia para la apertura del Congreso.—Júbilo en la Isla de Leon.—Ceremonia.—Juramento.	295
Eleccion de la mesa.—Flagrante contradiccion en que incurren algunos diputados.—Perjurio de las Córtes.—Juramento de la Regencia.	298
El obispo de Orense.	299
Nuevo secretario de las Córtes.—Paso en vago dado por la Regencia.—El diputado Capmany.	300
Division de partidos.—Diputados notables en uno y otro de aquellos.	301
Renuévase la Regencia.—El marqués del Palacio.—Real decreto.	302
Otro decreto.	304
Otro de 27 de Setiembre.—Otro de 15 de Octubre.	306
Episodio relativo al duque de Orleans despues Luis Felipe I de Francia.	307

DECENIO SEGUNDO.

Año 1811.

CORTES.

Gestiones del gobierno español en favor de Fernando VII.	308
El marqués de Ayerbe.—Agitacion en España.—Castigos.—Real decreto.	309
Providencias acordadas por las Córtes.	310
Proyecto de Constitucion política de la monarquía.—Comision redactora.—Asuntos de Ultramar.—Ciérranse las Córtes en la Isla y ábrense en Cádiz.	311

SUCESOS DE LA GUERRA.

Wellington en las líneas de Torres-Vedras.—Avanza Soult hácia Portugal.—Circunstancias de los ejércitos amigo y enemigo.—Muerte del marqués de la Romana.	312
Movimientos militares.	

SITIO DE BADAJOZ.

- Dirigese Soult contra Badajoz.—Gobernador de esta plaza.
—Intima el sitiador la rendicion. 313
- Disposiciones adoptadas por el general Mendizabal.—Valor del general La Carrera.—Bizarra salida por D. Carlos de España.—Toman los franceses el castillo de Pardaleras.
—Imprudencia del valeroso Mendizabal.—Batalla. 314
- Detalles.—Intima Soult de nuevo la rendicion á la plaza. . . 315
- Lamentable desgracia ocurrida al valeroso é inteligente general Menacho.—Favorece su muerte al sitiador.—Acalorada sesion de Córtes.

CÉLEBRE RETIRADA DE MASSENA.

- Comienza el difícil movimiento. 316
- Curiosos detalles de la retirada. 317
- Generales franceses que molestan á Massena.—Vandalismo, siempre creciente, de los franceses.—Ferocidad de los mismos. 318
- Inaccion de Welington.—Llega Massena á la frontera española.—Combate junto al Coa.—Ganan los aliados.—Reparte Massena sus tropas por España.—Fijase en Salamanca. 319

EXTREMADURA.

- Nueva distribucion y denominacion de ejércitos españoles.—Sitia Beresford á Campo Mayor.—Evácuana los franceses.—Llega Castaños al campo español.—Los generales España y Morillo (D. Pablo) ocupan las plazas de Alburquerque y Valencia de Alcántara, respectivamente.—Dá Castaños el mando de la caballería al conde de la Penne Villemur.—Junta de generales. 320
- Acuerdo de Castaños y Beresford.—Sitia Spencer (inglés) á Almeida.—Welington entre Dos-Casas y Turones (rios).

ACCION DE FUENTES DE OÑORO.

- Franquea Massena el Azava.—Carga impetuosamente sobre Fuentes de Oñoro.—Son arrojados por los aliados.—Batalla.—Ataque á Pozovelho.—Triunfan los aliados. 321
- Indecision de Welington y de Massena.—El segundo repasa el rio Dos-Casas.—Manda volar las murallas de Almeida y abandonar la plaza.—Recibe orden Massena de regresar á Francia.—Reemplázale Marmont.

FAMOSA BATALLA DE LA ALBUERA.

- Sitia Beresford á Badajoz.—Comunicacion de las Córtes á la Regencia. 322

Honradez y modestia de Blake.—Expedicion.—Generales que la mandan.—Toma Blake la vuelta del condado de Niebla.	323
Revista sus tropas.—Acuerdo conveniente.—Llega Blake á Extremadura.—Aparece Soult en Santa Marta.—Levanta Beresford el sitio de Badajoz.—Llegan los nuestros á la Albuera.—Fuerzas de uno y otro campo.—Situacion de la Albuera.	324
Posiciones.—Llega Castaños.—Acércanse las avanzadas francesas.—Pericia de Blake.—Movimiento que dispone y que nos da el triunfo.	325
Valor de los nuestros.—Rehácense los enemigos.—Detalles.	326
Desastre de los polacos.—Derrota de los franceses.—Sus enormes pérdidas.	327
Pérdidas de los aliados.—Alegría del gobierno.—Premios que concede á los vencedores.—Apatía de Welington.—Honra inusitada que concede al célebre Blake el Parlamento inglés.—Episodio curioso.	328
Disposiciones de Welington.—Reemplaza Giron á D. Carlos España, herido en la Albuera.—Terrible siniestro.	329
Levántase el sitio de Badajoz.—Pasa Blake el Guadiana.—Regresa Soult á Sevilla.—Fuerza numérica de los franceses.	

ANDALUCIA.

Expedicion al mando de La Peña.	330
Fuerzas de que se compone.—Vacilacion de La Peña.—Equivocacion natural del general Zayas.—Choca Lardizabal, que manda nuestra vanguardia, con la division Villate.—Hace replegar el primero al segundo.	331
Ataca Víctor el Cerro del Puerco.—Valor é inteligencia de Graham.—Triunfa de los franceses.—Valor del general Lardizabal.—Equívoca conducta del general La Peña.—Resiéntese Graham.	332
El general Valdés recupera á Rota.—Disgústase el gobierno con el general la Peña.—Resultado del disgusto.	333
Premio al bizarro Graham.—Expedicion del general Zayas.—Resultado.	334
Real cédula.	335

CORTES.

D. José Canga Argüelles, ministro de Hacienda.—Presupuesto.—Arbitrios.	336
Disposiciones adoptadas por las Córtes.—Créase la Cruz de San Fernando.—Supresion de la bárbara prueba del tormento.	
Varias disposiciones.	337

DOMINIOS DE AMÉRICA.

Insurreccion.	338
Detalles.	339
Orígen de la insurreccion.	340
Disposiciones que adopta el gobierno.—Real decreto.	341
El diputado Mejía.—Continúa la insurreccion.	342
Más detalles.	343
Queda desecha la insurreccion.	

PROYECTO DE CONSTITUCION.

La comision redactora presenta el proyecto al Congreso.	344
Resúmen del proyecto.	345
Jueces de imprenta.—Sus nombres.	346
Resultados inmediatos de la libertad de la prensa.—D. Bartolomé José Gallardo.	347
Concluye el proyecto de Constitucion.	348
Acuerdos convenientes.—Proposicion poco patriótica.	349
Es deshechada.—Decreto importante.—Contribucion sobre carruajes.	350
Alléganse recursos.—Mensaje del czar Alejandro I.	351
Abrense las universidades.—Concesion de privilegios á los cuerpos facultativos del ejército.—Áltérase la tranquilidad en el Congreso.	352
El ex-regente Lardizabal.—Escrito que publica.—Consecuencias de la publicacion.	353
Agitacion en las sesiones de Córtes.	354
El diputado D. José Pablo Valiente.—El pueblo quiere arrastrarle.—Sálvale el gobernador de Cádiz, de acuerdo con las Córtes.	355
Termina el incidente ocurrido con Lardizabal.—propónese el cambio de regentes.—La princesa del Brasil.—Intrigas del gobierno inglés.	356

SUCESOS DE LA GUERRA.

CATALUÑA.

Entrégase el castillo de San Felipe.—Toma Suchet la vuelta de Zaragoza.

ACCION DE VALLS.

Toma el mando en Cataluña el general Macdonald.—Intrigas de éste para apoderarse de Tarragona.—Acércase á la plaza. 357

El general Sarsfield derrota á los franceses en Valls.—Derrota tambien á la division Palombini.—Refúgiase Macdonald á Lérida.—Disgusto de los catalanes.

TENTATIVA SOBRE MONJUICH.

Valor de los españoles.—Golpe frustrado. 358

INCENDIO DE MANRESA.

Avistase Suchet con Macdonald en Lérida.—Vandalismo de éste último y de sus secuaces.—Bárbaro incendio de Manresa. 359

Parodia Macdonald á Neron.—Toman justa venganza nuestros generales Sarsfield y el baron de Eroles.—D. José Manso.

SORPRESA DEL CASTILLO DE FIGUERAS.

Patriótica orden del dia, dada por el general marqués de Campoverde. 360

El capitán D. José Casas.—Sorpresa en el castillo de Figueras. 361

Nueva infamia de los franceses.—Entran socorros en el castillo los españoles. 362

SITIO DE TARRAGONA.

Dirígise Suchet contra Tarragona.—Distribucion de las fuerzas francesas.—Franquea el francés Harispe el Francolí.—Detalles del sitio.—Acometen los franceses el fuerte del Olivo. 363

Inaudita defensa de los españoles.—Importantes palabras de un autor francés. 364

Continúan los detalles.—Triunfos del de Eroles.—Más detalles. 365

Memorable asalto.—Defensa heroica en lo interior de la plaza. 366

El general Contreras.—Es llevado prisionero.—Fúgase de la prision.—Cae Tarragona en poder del invasor.—Disgústase el pueblo con Campoverde, que fué su idolo. . . 367

Reemplaza á éste último D. Luis Lacy.

TOMA DE MONSERRATE.

Marcha Suchet contra Monserrate.—Acomete el general Abbé á los españoles.—Valor de estos. 368

Impiedad de los franceses.—Arrojo del general Lacy.

TOMA DEL CASTILLO DE FIGUERAS.

Sigue bloqueado el castillo por Baraguay d'Hilliers.—Furiosa salida hecha por los españoles.—Entregase el castillo. 369

TOMA DE LAS ISLAS MEDAS POR LACY Y EROLES.

- Regresa Suchet á Aragon.—Eroles y el inglés Green, atacan las islas Medas.—Toman el fuerte.—Consulta el de Eroles á Lacy.—Marcha éste á incorporarse con aquel.—Toma las islas.—Cambia el nombre de estas. 370

DIVERSAS OPERACIONES MILITARES.

- Cae Lacy sobre Igualada.—Tómala y pasa á cuchillo á los que se resisten.—Quita un convoy al enemigo.—Dirigese contra Cervera.—Destroza y rinde á la guarnicion.—El corregidor *afrancesado*.—Perece á manos del pueblo.—Apo-
dérase Lacy de Bellpuig.—Crecen los somatenes.—D. Manuel Fernandez Villaamil.—Su hazaña. 371
- Terror de los franceses.—Destroza de nuevo Lacy á los franceses.—Manso y Casas consuman la obra comenzada por Lacy.—Queda libre todo el país de Vich. 372

VALENCIA.

- Trata Suchet de tomar á Valencia.—El gobierno manda á Blake á dicha plaza.

ACCION DE ZUJAR.

- Choque en las alturas de Zújar.—Retrase D. José O'Donnell. 373
- Llegan los españoles á Alcantarilla.—Fuerzas militares que reúne Blake.—Aparece Suchet cerca de Valencia.

SITIO DEL CASTILLO DE SAGUNTO.

- Providencias que adopta Blake. 374
- Circunstancias del castillo.—El bizarro coronel D. Luis María Andriani.—Disponen los franceses el asalto.—Valor de Andriani.—Es ascendido á brigadier. 375
- Imponente tren de batir que se acerca al castillo.—Aproxímase D'Armagnac por las Cabrillas.—Detalles del asalto. . 376
- Magnífica proclama de Blake.—Interesantes detalles. . . 377
- Valor de los generales Caro (D. Juan) y Loy.—Son heridos.—Pérdidas.—Orden de las Cortes españolas.—Suchet manda un parlamentario á Andriani. 378
- Entrégase Sagunto.—Honorífico recibimiento que hace Suchet al bizarro gobernador español.—Disposiciones adoptadas por Blake. 379
- Suchet recibe refuerzos.—Continúan los detalles. 380
- El soldado español ANTONIO FRONDOSO.—Diversos choques.—Golpe frustrado. 381
- Elogio de Blake.—Reune una Junta de generales.—Opinion de estos. 382
- Proyéctase una salida.—Bizarria y serenidad del brigadier

Michelena..	383
Frústrase la salida.—Actitud inconveniente de la Junta de Valencia..	384

GALICIA Y ASTURIAS.

Breve reseña de acontecimientos militares.	385
Choca el general Taboada con Villeteux.—La comarca de Liébana.—D. Juan Diaz Porlier.	386
Invasion en la Liébana.—Detalles.	387
Huyen los franceses ante el bizarro Porlier.	

ARAGON.

Reseña de lo ocurrido en este reino.	388
Varios partidarios antiguos y nuevos.—Rinde el Empecinado á la guarnicion de la Almunia.—Desacuerdo entre los partidarios.—Mina y Musnier.—Penetra aquel en las Cinco Villas.—Ataca á una columna francesa.	389
El valeroso Cruchaga.—Valerosos hechos del intrépido Mina.	

NAVARRA Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

Partidarios célebres.—Proyecto de Mina.	390
Apresa un gran convoy.—Ejército de 70,000 franceses, contra los partidarios.—Pone precio el general Reille á las cabezas de Mina y Cruchaga.	391
Trata de ganar á Mina.—Reunion de éste con varios franceses.—Resultado de la entrevista.—Bárbaros asesinatos cometidos de orden de Reille.—Bando del mismo.—Bando de Mina.	392

EJÉRCITO ALIADO.

Wellington en Fuenteguinaldo.—Situacion de los ejércitos.	394
---	-----

ACCION DE FUENTEGUINALDO.

Comienza la batalla.—No dá importantes resultados.—Sitia Wellington á Ciudad-Rodrigo.—Comunicacion de D. Carlos España al general enemigo.	395
--	-----

ACCION DE ARROYO-MOLINOS.

Adelanta Girard hasta Cáceres.—Patriótico y valeroso consejo que dá Castaños á Wellington.—Generales y tropas españolas.—Concéntrase Girard sobre Arroyo-Molinos.	396
Dirígese hácia Mérida.—Engáñase Girard.—Pérdidas de unos y otros.—El denodado Morillo persigue á los vencidos.—Terror que experimentan los franceses.	397

MADRID.

Partidarios españoles.—Sus hazañas.	398
Crítica situación de los franceses.—Notables palabras copiadas de las <i>Memorias</i> del titulado rey José Bonaparte.—Manda á París á su ayudante, el coronel Clermont.—Tonnerre.—Quejas de José á Napoleon.—Respuesta que éste dá á la reina Julia, esposa de José.—Ficticia alegría, para disimular los disgustos que sufre José.	399
Nace el titulado <i>Rey de Roma</i> .—Trasládase José á París.—Entrevista con su hermano.—Falsas promesas de éste.—Sale José de París.—Llega á Madrid y reune su consejo.	400
Cartas de José á su hermano Napoleon.	401
Triunfo de Villacampa y el Empecinado en Auñón.	

ANDALUCIA.

Expedicion del conde de Montijo.—Desembarca Ballesteros en Algeciras.—Alarma de Soult.—Carga Godinot sobre Tarifa.—Es rechazado.	402
Suicidase el general Godinot.	

Año 1812.

VALENCIA.

Detalles del sitio.—Bombardeo.	403
Proyecto de capitulacion.	404
Sentida exposicion de Blake, prisionero, á las Cortes.—Es llevado al castillo de Vincennes.—Entrégase Valencia.	405
Fuerzas españolas que salen de la plaza.—Entra Suchet en Valencia.	406
Antipatriótico comportamiento de los ciudadanos, en general.—Barbarie inaudita de Suchet.—Arbitrariedad de Napoleon.	

EJÉRCITO ALIADO.

TOMA DE CIUDAD-RODRIGO.

Extiende Marmont sus tropas desde Salamanca á Toledo.	407
Disposiciones adoptadas por Wellington.—Toma á Ciudad-Rodrigo.—Wellington recibe el título de duque de Ciudad-Rodrigo, con la grandeza de España.—Entrega la plaza al general Castaños.	408

SITIO Y TOMA DE BADAJOZ.

Wellington cae sobre Badajoz.—El gobernador Philipon hace

una salida.—Toman los aliados el castillo de la <i>Picuriña</i> . —Detalles del asalto.—Ríndese Badajoz.—Ríndese el castillo de San Cristóbal.	409
Destrozos ocasionados por los ingleses.—Inconsecuencia de Napoleón.—Inútil alarde de los franceses.—Gratas esperanzas.	410
Carta de Jourdan al ministro francés, de la guerra.—Levanta Wellington su campo de Fuenteguinaldo.	411
Movimientos de tropas.—Llega Marmont á Tordesillas.	

FAMOSA BATALLA DE LOS ARAPILES.

Recibe Marmont refuerzos.	412
Espectáculo peregrino.—Comienza la batalla—Pericia de Wellington.	413
Los generales España y Pak, cargan contra el Arapil Mayor.—Detalles de la batalla.—Marmont es dos veces herido.—Triunfo de los nuestros.—Pérdidas de los franceses. . . .	414
Dá cuenta el ministro de la Guerra, español, á las Córtes, del triunfo en los Arapiles.—Entusiasmo.—Palabras del señor Lafuente.—Premio á Wellington.	415
Decreto de las Córtes.—Marcha de José.—Detalles de aquella.—Regresa el intruso á Madrid.—Llega el 6.º ejército nuestro, á Toro.	416
Desobedece Soult á José.—Avanzan los aliados.—Choque en que vencen los franceses.—Entran los aliados en Madrid. . . .	417
Júbilo en la córte.—Júrase en ella la Constitución.—Obsequio á Wellington.—Toma Packenham el Retiro.	418
Proclama.	419
Frutos de aquella.—Bando de D. Carlos España.	420
Medidas que disgustan á la generalidad.—Rinde el Empecinado la guarnición de Guadalajara.—Revuelve Claussel contra Valladolid.	421
Trasládase José á Aranjuez.—Líneas tomadas de las <i>Memo-rias</i> escritas por el mismo José.	422
Sale Wellington de Madrid.—Detalles é incidentes de la marcha.	423
Decreto de las Córtes.—Reflexiones sobre el mismo.	424
Disgusto del general Ballesteros.—Quitanle el mando.—Desaciertos de Wellington.	425
Retírase Wellington sobre Palencia y Valladolid.—Valor del general Alava.—Destrozos hechos por orden de Wellington. . . .	426
Continúan la marcha y desaciertos de Wellington.	427
Palabras de dicho general.—Disgusto del general Castaños.	

WELLINGTON EN CÁDIZ.

Toma cuarteles el inglés en Lamego.—Llega á Cádiz.—Entusiasmo con que es recibido.	428
--	-----

Festejos y alegría.	429
Preséntase Welington á las Córtes.—Honra que estas le dispensan.—Discurso que pronuncia.—Contestacion del presidente.	430
Trasládase Welington á Lisboa.	431

ANDALUCIA.

Levanta Soult el sitio de Cádiz.—Gozo general.—Sale Soult de Sevilla.—D. Juan de la Cruz Murgeon, Skerret, inglés, y Downie, escocés	432
Choque en Castilleja de la Cuesta.—La espada de Pizarro.—Detalles del choque.	433
Entran los españoles y salen los franceses de Sevilla.—Soult camina á Granada.—Llega Drouet á Córdoba.	434
Ballesteros y el príncipe de Anglona entran en Granada.—Hambre en España.—Robos artísticos cometidos por los agentes de Napoleon.	435
Destrozos hechos por nuestros aliados.	

VALENCIA, ALICANTE Y MURCIA.

Llegan Soult y Drouet á Almansa.	436
Avístanse con José en Fuente la Higuera.—Disposiciones que se acuerdan.—Pasa Drouet al Castillo de Chinchilla.—Desgraciado suceso.	437
Detalles de la guerra en Alicante.	

MUERTE DE D. MARTIN DE LA CARRERA.

Entra Suchet en Denia.—Entra en Murcia Soult (hermano del mariscal).—Hazaña de D. Martin de la Carrera.	438
Curiosos pormenores.—Valor fabuloso de dicho general español.—Su gloriosa muerte.—Vandalismo de Soult, en Murcia.	439
Toma de Peñíscola, por la traicion del gobernador Garcia Navarro.	440

ACCION DE CASTALLA.

Detalles de la accion.—Piérdese.	441
Disgusto en las Córtes contra D. José O'Donnell.—Discursos de algunos diputados.	442
Nómbrase una comision de guerra.	443
Reemplaza á O'Donnell el general Elío.—Hazañas de Ballesteros.—Muerte gloriosa de Ceballos Escalera.	444

— NAVARRA, ARAGON Y CATALUÑA.

Accion en Sangüesa.—Hazañas de Mina.—Coge un gran convoy á los franceses.	445
---	-----

Traicion del <i>Malcarado</i> .—Refiérela el mismo Mina.	446
Muerte del valeroso D. Gregorio Cruchaga, segundo de Mina. —D. Pedro Sarsfield toma á Barbastro.	448
Hazaña de Lacy en Villaseca.—Queda prisionero el bravo Sarsfield.—Rescátanle cuatro de sus soldados.	

ACCION DE ALTAFULLA:

Combate.—Triunfan 6,000 franceses sobre 3,000 espa- ñoles.—Penetra Sarsfield en Francia y aterroriza á los fran- ceses.—Derrota Eroles á los franceses en Roda.	449
Fuerzas militares de Francia.—Distribucion de los ejércitos españoles.	

GALICIA Y ASTURIAS.

Detalles de la campaña.	450
---------------------------------	-----

OPERACIONES MILITARES EN EL RESTO DE ESPAÑA.

Criminal rigor de los franceses con la Junta de Búrgos.— Venganza que toma el cura Merino.	451
Toma Jáuregui á Lequeitio.—Traicion contra el Empecina- do.—Librase por su fabuloso valor.—Quién fué el autor de la traicion.	452
Hechos de los partidarios.—Detalles.	453
Sale José de Madrid.—Soult siempre inobediente.—Memoria redactada por Jourdan.	454
Mala conducta de Napoleon con su hermano José.—Alianzas. —Bernadotte.—Fuerzas francesas sobre el Vistula.	

HAMBRE EN ESPAÑA.

Orígen de dicha terrible calamidad.	455
Reseña de las tareas legislativas de las Córtes.	457
Periódicos y folletos.	459
Diccionario de Gallardo.—El Tribunal de la Inquisicion.— Créase el Tribunal especial de Guerra y Marina.	460
Reconocen las Córtes por Abogada y Patrona de España á Santa Teresa de Jesus.—Líneas copiadas del erudito La- fuente.	461
Decreto contra el obispo de Orense.	462
El voto de Santiago.—Reemplaza D. Juan Perez Villaamil al conde de la Bisbal, en el cargo de regente.	463
Reemplaza D. Pedro Gomez Labrador al marqués de Casa Irujo, en el ministerio de Estado.—Tratado de alianza entre España y Rusia.	465
Pasa de embajador á San Petersburgo D. Eusebio Bardají y Azara.—Diversas disposiciones de las Córtes.—Medida contra los <i>afrancesados</i>	467
Magnífico discurso del diputado Capmani.	468

Representacion á las Córtes del cuerpo de Estado mayor del ejército Español.—Resolucion contra los afrancesados. . .	472
La princesa del Brasil se dirige á las Córtes.—Cuestion de Regencia.—Incidente ruidoso.—Asunto relativo á Inglaterra.—Idem respecto de Ultramar.	473
Diversos asuntos acordados por el Congreso.	

Año 1813.

NORTE DE ESPAÑA.—OPERACIONES DE GUERRA.

Longa vence á los franceses en Cubo.—Reúnese aquel con D. Gabriel Mendizabal.	474
Nuevo choque con Palombini y Caffarelli.—Este es relevado por Claussel.	

TOMA DE CASTROURDIALES.

Asalto.—Valor de D. Pedro Pablo Alvarez.—Retírase Claussel.—Aparecen de nuevo los franceses.	475
Valor de los defensores de Castrourdiales.—Entran los franceses.—Vandalismo de estos y de los italianos.—Mina derrota al general Abbé en Mendivil.—Sitia á Tafalla.—Derrota de nuevo á Abbé.—Ríndense los franceses de Tafalla.—Apodérase Mina de Sos.—Bate á los franceses en Lerín y en Lodosa.	

TOMA DEL CASTILLO DE FUENTERRABÍA POR LOS ESPAÑOLES.

Fabuloso valor de un sargento español llamado <i>Fermin de Leguía</i> .—Toma con <i>quinze hombres</i> el castillo de Fuenterrabia.	476
Detalles curiosos.—Asombro de los franceses.—Hechos heroicos de Mina.	477
Distribucion de fuerzas militares.	478

MADRID.

Orden que manda Napoleon á José.—Sale éste de Madrid, para no volver á verle.—Llega á Valladolid.—Proyectos.	479
--	-----

OPERACIONES IMPORTANTES DE CAMPAÑA.

Determina Welington abrir la campaña.—Reúnese á D. Carlos España y D. Julian Sanchez.—Aparecen los aliados junto á Salamanca.—Villatte es derrotado junto al Tormes.—Morillo derrota á los franceses tambien junto al Tormes.—Movimiento de tropas españolas.	480
Detalles de campaña.	481
Continúan los detalles.—José da orden de retirada.	482

- Wellington sigue siempre á los franceses.—Choque parcial.
—Tratan los franceses de volar el castillo de Búrgos.—
Vuélanle en efecto.—Horribles y aterradores destrozos. . . 483
- Destrozo en uno de sus mismos escuadrones.—Proyectiles
rellenos que vuelan con el castillo.—José camina hostiga-
do por D. Julian Sanchez.—Marcha Gazan sobre Espejo.
—Disposiciones que adopta José.—Unese Longa al ejército
español en Medina de Pomar.—Cruzan el Ebro los aliados.
—Buen consejo dado á José por el general Reille. . . . 484
- El titulado rey no le toma.—Guarnece los fuertes de Pancor-
bo.—Manda avanzar al ejército sobre Vitoria.—Propónese
salvar el gran convoy y cumplir las imperiosas y despóti-
cas órdenes de su hermano.

FAMOSA BATALLA DE VITORIA.

- Choca la vanguardia española con la retaguardia francesa.
—Esta última se apresura á unirse á su ejército.—Concen-
tra Welington sus tropas cerca de Vitoria.—Este último
determina tomar la ofensiva. 485
- El por qué.—Fuerzas militares de una y otra parte.—Recor-
re José sus posiciones.—Comienza la batalla D. Pablo
Morillo. 486
- Este arroja de su posicion al ejército francés del Mediodia.
—Hill atraviesa el Zadorra.—Refuerza José personalmen-
te á los suyos.—Muéstrase valeroso.—Welington dispone
generalizar la batalla.—Ataca simultáneamente por cuatro
partes. 487
- Pierden terreno los franceses.—Nuevo ataque de los aliados.
—Pierden las posiciones los franceses.—Valor de nuestros
caudillos.—Longa desaloja al enemigo de Gamarra Me-
nor.—El general Pak, aliado, los arroja de Gamarra Ma-
yor.—Consecuencias de esta pérdida.—Valor de Graham. 488
- Defiéndense algunos franceses por escalones.—Pak y Longa
ocupan el camino de Francia.—Quiere favorecer la caba-
llería francesa á los suyos, y no puede.—Enormes pérdi-
das de los franceses—Escapa José solo, con dos gendar-
mes.—Obstáculos que encuentra en su fuga.

ERRATAS.

Páginas.	Lineas.	Dice.	Debe decir.
9	2	podrian	podian
18	20	hacerla	hacerlo
18	28 30 y 32	obuces	obuses
21	1	Lechi	Lecchi
21	34	Varleta	Warleta
22	12	tenia	temia
22	25	babia	habia
25	31	individuo	individuos
34	21	perseguilre	perseguirle
35	33	nomhre	nombre
39	27	habia	habian
41	2	duqae	duque
44	9	que,	que
47	30	iguales,	iguales;
64	6	Alaejos	Alaejos
67	30	respeto	respecto
72	35	respectivamente	respectivamente,
78	33	30	40
80	22	partes;	partes,
82	3	pnerta	puerta
82	23	10	9.º
82	25	11	10
87	22	cnmplir	cumplir
87	32	solamenee	solamente
88	22	ajustar	juntar
89	37	Si	Si,
90	25	carneceria	carniceria
99	15	le	las
113	1	sostenida	sosteniendo
113	26	guarneeer	guarnecer
136	25	Navas	Nava
137	26	otro	otros
142	1	qne	que
181	4	deslealtad	lealtad
191	30	anunciados	enunciados
202	26	el duque	al duque
203	18	ambos grande etc.	ambos, á pesar de ser uno de ellos grande de España, etc.
203	18	Jnnta	Junta
206	10	angustioso	angustioso
240	9	de Valencia	con Valencia
268	37	incomparable	incomparables
270	40	aón	aún
286	31	Roguet	Rognet
289	29	deshecho	desecho
312	21	tirano	tirano
328	20	VALRO	VALOR
449	4	brisionero	prisionero
478	9	sueeso	suceso

RECTIFICACION IMPORTANTE.

En la plantilla para la colocacion de las láminas que se halla á continuacion, donde dice: *José Bonaparte (rey intruso)*, etc., debe decir: *Napoleon Bonaparte*, etc.

178	0	successo	178
179	10	argantoso	179
180	20	de Valencia	180
181	30	incomparabilis	181
182	40	adp.	182
183	50	Kopul	183
184	60	descepno	184
185	70	trano	185
186	80	valno	186
187	90	prisionero	187
188	0	successo	188
189	10	argantoso	189
190	20	de Valencia	190
191	30	incomparabilis	191
192	40	adp.	192
193	50	Kopul	193
194	60	descepno	194
195	70	trano	195
196	80	valno	196
197	90	prisionero	197
198	0	successo	198
199	10	argantoso	199
200	20	de Valencia	200
201	30	incomparabilis	201
202	40	adp.	202
203	50	Kopul	203
204	60	descepno	204
205	70	trano	205
206	80	valno	206
207	90	prisionero	207
208	0	successo	208
209	10	argantoso	209
210	20	de Valencia	210
211	30	incomparabilis	211
212	40	adp.	212
213	50	Kopul	213
214	60	descepno	214
215	70	trano	215
216	80	valno	216
217	90	prisionero	217
218	0	successo	218
219	10	argantoso	219
220	20	de Valencia	220
221	30	incomparabilis	221
222	40	adp.	222
223	50	Kopul	223
224	60	descepno	224
225	70	trano	225
226	80	valno	226
227	90	prisionero	227
228	0	successo	228
229	10	argantoso	229
230	20	de Valencia	230
231	30	incomparabilis	231
232	40	adp.	232
233	50	Kopul	233
234	60	descepno	234
235	70	trano	235
236	80	valno	236
237	90	prisionero	237
238	0	successo	238
239	10	argantoso	239
240	20	de Valencia	240
241	30	incomparabilis	241
242	40	adp.	242
243	50	Kopul	243
244	60	descepno	244
245	70	trano	245
246	80	valno	246
247	90	prisionero	247
248	0	successo	248
249	10	argantoso	249
250	20	de Valencia	250
251	30	incomparabilis	251
252	40	adp.	252
253	50	Kopul	253
254	60	descepno	254
255	70	trano	255
256	80	valno	256
257	90	prisionero	257
258	0	successo	258
259	10	argantoso	259
260	20	de Valencia	260
261	30	incomparabilis	261
262	40	adp.	262
263	50	Kopul	263
264	60	descepno	264
265	70	trano	265
266	80	valno	266
267	90	prisionero	267
268	0	successo	268
269	10	argantoso	269
270	20	de Valencia	270
271	30	incomparabilis	271
272	40	adp.	272
273	50	Kopul	273
274	60	descepno	274
275	70	trano	275
276	80	valno	276
277	90	prisionero	277
278	0	successo	278
279	10	argantoso	279
280	20	de Valencia	280
281	30	incomparabilis	281
282	40	adp.	282
283	50	Kopul	283
284	60	descepno	284
285	70	trano	285
286	80	valno	286
287	90	prisionero	287
288	0	successo	288
289	10	argantoso	289
290	20	de Valencia	290
291	30	incomparabilis	291
292	40	adp.	292
293	50	Kopul	293
294	60	descepno	294
295	70	trano	295
296	80	valno	296
297	90	prisionero	297
298	0	successo	298
299	10	argantoso	299
300	20	de Valencia	300
301	30	incomparabilis	301
302	40	adp.	302
303	50	Kopul	303
304	60	descepno	304
305	70	trano	305
306	80	valno	306
307	90	prisionero	307
308	0	successo	308
309	10	argantoso	309
310	20	de Valencia	310
311	30	incomparabilis	311
312	40	adp.	312
313	50	Kopul	313
314	60	descepno	314
315	70	trano	315
316	80	valno	316
317	90	prisionero	317
318	0	successo	318
319	10	argantoso	319
320	20	de Valencia	320
321	30	incomparabilis	321
322	40	adp.	322
323	50	Kopul	323
324	60	descepno	324
325	70	trano	325
326	80	valno	326
327	90	prisionero	327
328	0	successo	328
329	10	argantoso	329
330	20	de Valencia	330
331	30	incomparabilis	331
332	40	adp.	332
333	50	Kopul	333
334	60	descepno	334
335	70	trano	335
336	80	valno	336
337	90	prisionero	337
338	0	successo	338
339	10	argantoso	339
340	20	de Valencia	340
341	30	incomparabilis	341
342	40	adp.	342
343	50	Kopul	343
344	60	descepno	344
345	70	trano	345
346	80	valno	346
347	90	prisionero	347
348	0	successo	348
349	10	argantoso	349
350	20	de Valencia	350
351	30	incomparabilis	351
352	40	adp.	352
353	50	Kopul	353
354	60	descepno	354
355	70	trano	355
356	80	valno	356
357	90	prisionero	357
358	0	successo	358
359	10	argantoso	359
360	20	de Valencia	360
361	30	incomparabilis	361
362	40	adp.	362
363	50	Kopul	363
364	60	descepno	364
365	70	trano	365
366	80	valno	366
367	90	prisionero	367
368	0	successo	368
369	10	argantoso	369
370	20	de Valencia	370
371	30	incomparabilis	371
372	40	adp.	372
373	50	Kopul	373
374	60	descepno	374
375	70	trano	375
376	80	valno	376
377	90	prisionero	377
378	0	successo	378
379	10	argantoso	379
380	20	de Valencia	380
381	30	incomparabilis	381
382	40	adp.	382
383	50	Kopul	383
384	60	descepno	384
385	70	trano	385
386	80	valno	386
387	90	prisionero	387
388	0	successo	388
389	10	argantoso	389
390	20	de Valencia	390
391	30	incomparabilis	391
392	40	adp.	392
393	50	Kopul	393
394	60	descepno	394
395	70	trano	395
396	80	valno	396
397	90	prisionero	397
398	0	successo	398
399	10	argantoso	399
400	20	de Valencia	400
401	30	incomparabilis	401
402	40	adp.	402
403	50	Kopul	403
404	60	descepno	404
405	70	trano	405
406	80	valno	406
407	90	prisionero	407
408	0	successo	408
409	10	argantoso	409
410	20	de Valencia	410
411	30	incomparabilis	411
412	40	adp.	412
413	50	Kopul	413
414	60	descepno	414
415	70	trano	415
416	80	valno	416
417	90	prisionero	417
418	0	successo	418
419	10	argantoso	419
420	20	de Valencia	420
421	30	incomparabilis	421
422	40	adp.	422
423	50	Kopul	423
424	60	descepno	424
425	70	trano	425
426	80	valno	426
427	90	prisionero	427
428	0	successo	428
429	10	argantoso	429
430	20	de Valencia	430
431	30	incomparabilis	431
432	40	adp.	432
433	50	Kopul	433
434	60	descepno	434
435	70	trano	435
436	80	valno	436
437	90	prisionero	437
438	0	successo	438
439	10	argantoso	439
440	20	de Valencia	440
441	30	incomparabilis	441
442	40	adp.	442
443	50	Kopul	443
444	60	descepno	444
445	70	trano	445
446	80	valno	446
447	90	prisionero	447
448	0	successo	448
449	10	argantoso	449
450	20	de Valencia	450
451	30	incomparabilis	451
452	40	adp.	452
453	50	Kopul	453
454	60	descepno	454
455	70	trano	455
456	80	valno	456
457	90	prisionero	457
458	0	successo	458
459	10	argantoso	459
460	20	de Valencia	460
461	30	incomparabilis	461
462	40	adp.	462
463	50	Kopul	463
464	60	descepno	464
465	70	trano	465
466	80	valno	466
467	90	prisionero	467
468	0	successo	468
469	10	argantoso	469
470	20	de Valencia	470
471			

GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

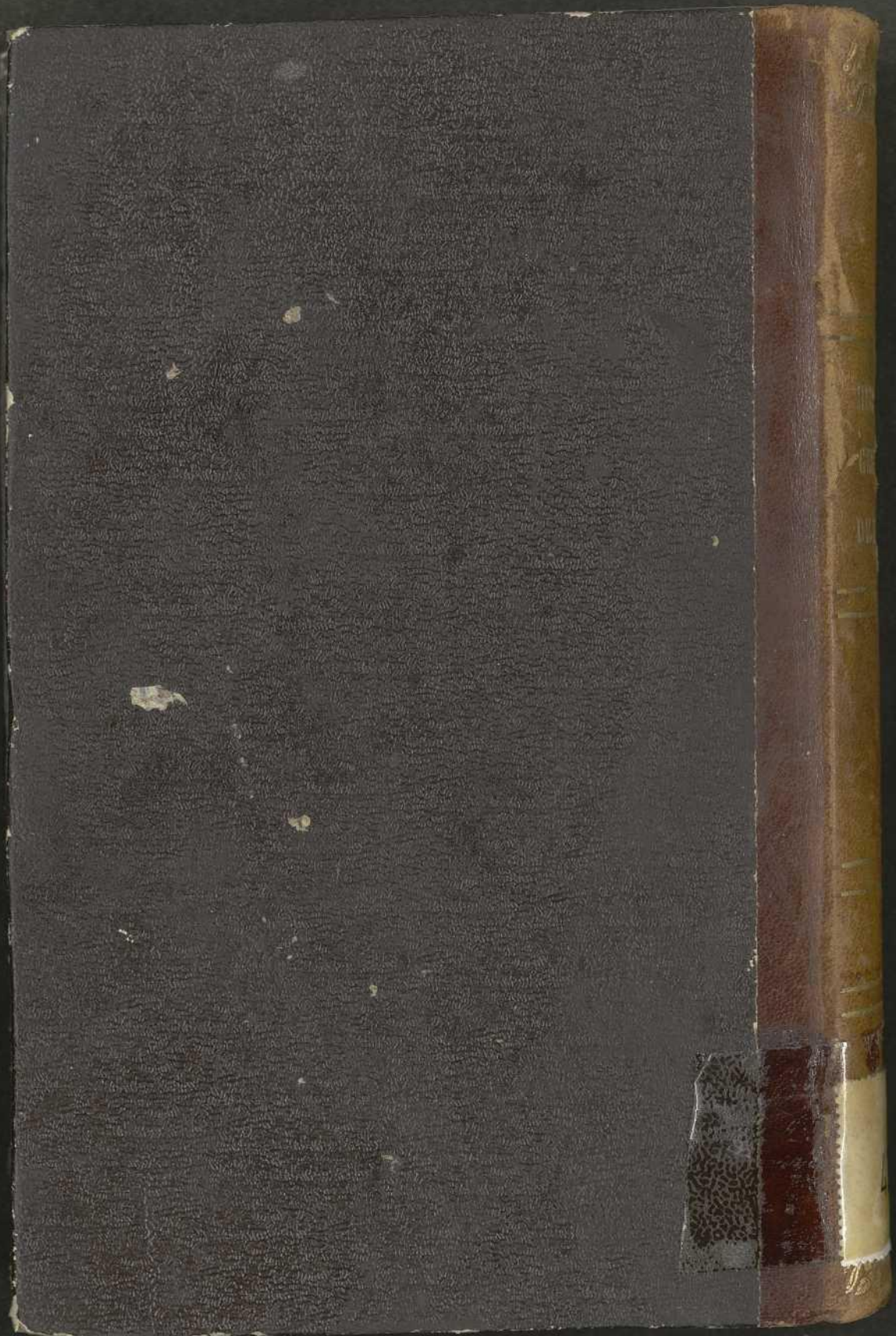
- 1.^a—JOSÉ BONAPARTE (REY INTRUSO),—página 57, dando frente a la 56.
- 2.^a—D. FRANCISCO JAVIER CASTAÑOS (PRIMER DUQUE DE BAILEN),—pág. 225, dando frente a la 224.
- 3.^a—CÉLEBRE BATALLA DE LA ALBUERA,—pág. 324, dando frente a la 325.
- 4.^a—FAMOSA BATALLA DE VÍTORIA,—pág. 486, dando frente a la 487.

GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

- 1.^a—JOSÉ BONAPARTE (ANT. INTRUZO).—página 87, dando
frente a la 58.
- 2.^a—D. FRANCISCO JAVIER CASTAÑOS (PRIMER DUQUE DE PAI-
SEN).—pág. 226, dando frente a la 224.
- 3.^a—CIENTOS BATALLA DE LA ALBUERA.—pág. 324, dando
frente a la 323.
- 4.^a—FAMOSO BATALLA DE VITORIA.—pág. 486, dando frente
a la 487.







HISTORIA
GENERAL
DE ESPAÑA

43

4339